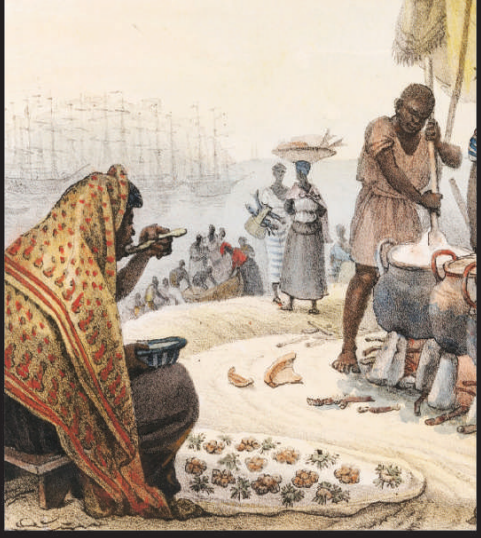
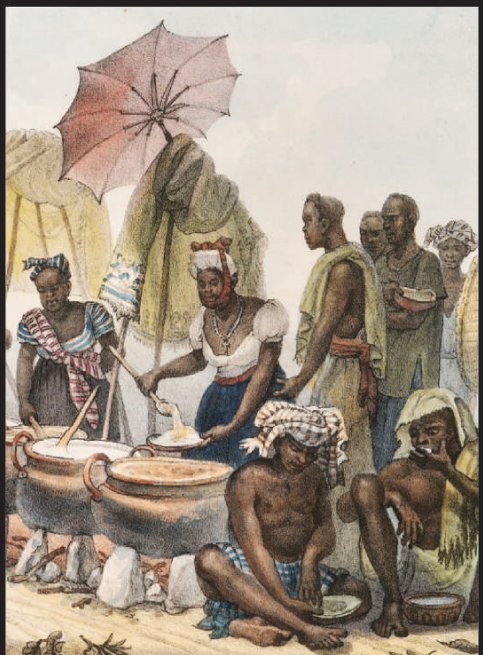
ACCESO ABIERTO



¡Nunca más esclavos!

Una historia comparada de los esclavos que se liberaron en las Américas

ALINE HELG



BANCO DE LA REPÚBLICA COLOMBIA

HISTORIA

ALINE HELG

¡Nunca más esclavos!

Una historia comparada de los esclavos que se liberaron en las Américas

Traducción de Julia García Aranzazu

CREATIVE COMMONS

blaa
Biblioteca Luis Ángel Arango

BANCO DE LA REPÚBLICA

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

México - Argentina - Brasil - Colombia - Chile - Ecuador - España
Estados Unidos de América - Guatemala - Perú - Venezuela

Primera edición en francés, 2016
Primera edición en español, 2018

Helg, Aline
¡Nunca más esclavos! Una historia comparada de los esclavos que se liberaron en las Américas / Aline Helg ; trad. de Julia García. – Bogotá : FCE, Banco de la República, 2018
416 p. : ilus. ; 23 x 17 cm – (Colec. Historia)
Título original: ¡Plus jamais esclaves! De l'insoumission à la révolte, le grand récit d'une émancipation (1492-1838)
ISBN 978-958-8249-43-8

1. Esclavitud – América Latina – Historia 2. Esclavitud, rebeliones – América Latina – Historia 3. Esclavitud – Emancipación – América Latina 4. Esclavitud – Estados Unidos de Norteamérica – Historia 5. Esclavitud, rebeliones – Estados Unidos de Norteamérica – Historia 6. Esclavitud – Emancipación – Estados Unidos de Norteamérica I. García, Julia, tr. II. Ser. III. t.

LC E446.H39 Dewey 306.362 H762n

Distribución mundial

© 2016, Éditions La Découverte
Título original: *¡Plus jamais esclaves! De l'insoumission à la révolte, le grand récit d'une émancipation (1492-1838)*
University of North Carolina Press

© 2019, University of North Carolina Press, www.uncpress.org
Título original: *Slave No More: Self-Liberation before Abolitionism in the Americas*, para el epílogo y pasajes seleccionados

D. R. © 2018, Banco de la República
Calle 11 No. 4-14, Bogotá, Colombia
www.banrep.gov.co
www.banrepcultural.org

D. R. © 2018, Ediciones Fondo de Cultura Económica SAS
Calle 11 No. 5-60, Bogotá, Colombia
www.fce.com.co

Fondo de Cultura Económica
Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14738 Ciudad de México
www.fondodeculturaeconomica.com

Armada: Vicky Mora
Diseño de portada: Ignacio Martínez

ISBN 978-958-8249-43-8

Impreso en Colombia • *Printed in Colombia*

SUMARIO

Introducción 9

Primera parte
TERRITORIOS Y PERÍODOS

I *La trata y la esclavitud en las Américas* 29

Segunda parte
DE LA CONQUISTA AL FINAL DE LA GUERRA
DE LOS SIETE AÑOS (1492-1763)

II *El cimarronaje, un camino arriesgado pero posible hacia la libertad* 61

III *Comprar la libertad y servir en el ejército, dos vías legales de liberación pero de acceso desigual* 89

IV *La conspiración y la revuelta, estrategias excepcionales* 113

Tercera parte
LA ERA DE LAS INDEPENDENCIAS (1763-1825)

V *Los esclavos, actores en el proceso de independencia de Estados Unidos* 151

VI *De la revolución servil de Saint-Domingue a la nación negra de Haití* 186

VII *Las repercusiones de la Revolución haitiana* 217

VII *Las guerras de independencia de la América ibérica: nuevas oportunidades de liberación* 258

Cuarta parte
ENTRE ESCLAVISMO
Y ABOLICIONISMO (1800-1838)

IX *El cimarronaje y la compra de libertad, estrategias siempre reinventadas* 289

X *Revueltas y abolicionismo* 321

Epílogo (1838-1888) 359

Bibliografía 375

Índice de gráficos e ilustraciones 409

INTRODUCCIÓN

A mediados del siglo XVIII, cada año desembarcaban entre 53000 y 70000 cautivos de África para ser luego vendidos en los mercados de esclavos de las Américas. Estos hombres, mujeres y niños entendían entonces que, si bien habían sobrevivido a la larga travesía del Atlántico en buques negreros, tendrían que seguir el camino a pie, a menudo encadenados los unos a los otros, hacia la plantación, mina, o morada del amo que los hubiera comprado en alguna isla del Caribe, en Georgia, sobre la costa Pacífica de América del Sur, o en Brasil. El látigo, el hambre, la sed, la enfermedad y la muerte eran omnipresentes. Pero, al llegar, estos africanos también descubrían un mundo desconocido con su propio relieve, vegetación, alimentos, animales, y habitantes de lenguas incomprensibles. Empezaban así a reconocer a los blancos pues ya eran quienes mandaban en los barcos, pero también descubrían otros esclavizados negros y menos negros, amerindios agrupados en comunidades rurales, y toda una población libre más o menos mestiza que se atareaba en las ciudades, caminos y ríos. Parte de esa población que no estaba sometida al látigo estaba conformada de hombres y mujeres que habían sido liberados de su condición de esclavo, llamados "libertos". Más numerosos aún eran aquellos cuyos padres eran libertos, africanos o descendientes de africanos deportados. En algunas regiones los llamados "libres de color" sobrepasaban ampliamente el número de esclavos o, incluso, representaban la mayoría de la población. En el *hinterland*, más allá de las zonas colonizadas por las plantaciones o por las minas, algunas comunidades alternativas establecidas por esclavos fugitivos se creaban de manera progresiva. Así pues, en un momento en que la trata de negros no había dejado de crecer desde 1492, y en que la esclavitud parecía indestructible, algunos esclavos habían logrado ganar su libertad y la de sus descendientes. Más aún, allí donde la trata de esclavos se había detenido, el número de esclavizados[1] disminuía rápidamente. Y, sin embargo, nadie en aquellos años que precedieron la guerra de los Siete Años

[1] Este libro considera a los hombres, las mujeres y los niños capturados en África y llevados a la fuerza a las Américas como cautivos, para ser vendidos como esclavos, así como a sus descendientes sometidos a la esclavitud, como seres humanos integrales y como agentes históricos. Por esta razón, en muchas ocasiones, se refiere a ellos como "esclavizados" y "esclavizadas", para enfatizar su plena humanidad más allá de su condición. Sin embargo, para variar la terminología, aliviar el texto y cuando se trata de legislación o de citaciones, se utilizan alternativamente los términos "esclavos" y "esclavas", sin dejar de considerarlos como actores de su propia historia y de la historia de las Américas.

(1756-1763) cuestionaba la institución de la esclavitud salvo algunos cuáqueros y metodistas ingleses de la costa nororiental del continente.

¿Cómo lograron estos hombres y mujeres volverse libres antes de que se formara cualquier movimiento abolicionista de la esclavitud en América y en las metrópolis europeas? ¿Qué estrategias privilegiaron para conseguirlo? ¿Y correspondían estas a un contexto particular? ¿Cómo pudieron manifestarse plenamente como seres humanos y como actores sociales aunque la legislación los considerase principalmente como bienes muebles? ¿Cómo cambiaron los medios por los cuales los esclavizados se liberaban al difundirse el abolicionismo en la segunda mitad del siglo XVIII? ¿Conseguirían esclavos y abolicionistas juntar sus fuerzas para ponerle fin a la trata de negros y a la esclavitud?

Son estas las preguntas a las cuales este libro busca responder procurando siempre, a la vez, destacar el punto de vista de los esclavizados. El objetivo no es establecer una jerarquía de las distintas luchas por la libertad, o de glorificar, por ejemplo, a los esclavos insurrectos o a los cimarrones a expensas de aquellos que sufrieron la esclavitud hasta su muerte. Para todo esclavo sobrevivir era una victoria en sí. Sin embargo, el libro se concentra en aquellos que, individual o colectivamente, por la fuerza, el sacrificio, la astucia, la paciencia o el azar, consiguieron obtener su libertad. De esta manera, este libro muestra que, a medida que la esclavitud se desarrollaba, las bases mismas de la esclavitud racial eran menoscabadas por individuos o grupos de esclavos que obtenían su libertad.

Esta obra inscribe la busca de la libertad por parte de los esclavizados en un marco más general: el de la lucha por sobrevivir en la situación particularmente alienante que representaba la esclavitud. Todos los esclavos se imaginaban estrategias para volver su condición menos invivible y, como todas las otras clases sobreexplotadas, recurrían tanto al acomodamiento como a la resistencia más o menos activa, y sólo optaban, excepcionalmente, por la sublevación armada cuyos riesgos conocían bien. A diferencia de las otras clases subalternas, su condición de "bienes muebles" hacía que la realización de los fundamentos de la condición humana (tener una familia, una vida social, o un proyecto personal, por ejemplo) ya representara un rechazo claro de su condición y, por ende, una victoria por sobre ella. Sin embargo, el hecho de ser propiedad de un amo o ama cuyos poderes eran casi ilimitados, mitigaba siempre las posibilidades de victoria. Los arreglos se renegociaban sin cesar, las familias estaban en riesgo permanente de ser separadas por la venta de alguno de sus miembros, la tasa de mortalidad en las plantaciones de caña de azúcar era muy alta, y el reemplazo constante de la mano de obra por nuevos cautivos africanos creaba un estado de inestabilidad permanente. Sin embargo, con la construcción de lazos familiares y de redes comunitarias, la invención de prácticas culturales y religiosas, de lenguas y de técnicas comunes, los esclavos lograron, con el tiempo, formar un tejido social y cultural en el cual podían vivir su humanidad aunque las autoridades y

sus amos les considerasen como bienes. Más aún, las diversas formas de resistencia adoptadas por los africanos y afrodescendientes que permanecieron esclavizados contribuyeron fundamentalmente a las maneras de pensar, a las técnicas, a las expresiones artísticas y espirituales, y a las estructuras comunitarias que caracterizan el continente americano hoy en día. Si bien el proyecto esclavista logró sobreexplotar a hombres, mujeres y niños basándose en su raza, no logró aniquilar su humanidad.

Sin embargo no es tanto ese trasfondo el que funda el objeto de mi investigación, sino el caso particular de esclavizados que alcanzaron la libertad por sus propios medios y que a veces llegaron incluso a representar la mayor parte de la población de algunas regiones. Para entender este fenómeno tuve que tomar en cuenta el conjunto conformado por las Américas continentales y el Caribe y una perspectiva de larga duración (*longue durée)* de 1492 a 1838, momento en el que la emancipación general en el Imperio británico marcó el comienzo del final de la esclavitud en esa parte del mundo.

Concentrándome en los esclavizados como actores de la historia (*historical agency*), he querido mostrar cómo muchos hombres, mujeres y niños esclavizados lograron liberarse, contra todo pronóstico, durante los primeros 250 años de la colonización cuando nadie, en la sociedad del momento, se planteaba —ni mucho menos defendía— el final de la esclavitud. También he buscado entender la reacción de los esclavos cuando la legitimidad de la esclavitud comenzó a ser cuestionada a mediados del siglo XVIII y cuando el orden colonial se empezó a desintegrar, conduciendo así a la independencia de Estados Unidos, de Haití, y de la América Latina continental. También he examinado las estrategias que los esclavos utilizaron para liberarse y para acelerar la abolición de la esclavitud cuando esta última empezó a decaer después de la independencia tanto en el norte de Estados Unidos, como en varias repúblicas hispanoamericanas. Finalmente, mi libro culmina con el estudio de la emancipación general decretada por los británicos en 1833, efectiva en 1838 cuando las acciones de los esclavos se combinaron con las de los abolicionistas en Gran Bretaña para acabar con la esclavitud en las colonias británicas. Así pues, el año 1838 se destaca como el apogeo de un proceso iniciado tres siglos antes cuando sólo los esclavos luchaban contra su condición de sumisión. Si bien la esclavitud persistió después de 1838 en varias regiones del continente y de las islas del Caribe hasta su abolición final en 1888 en el Brasil, una nueva dinámica y nuevos actores intervinieron en la difusión del abolicionismo, sostenida a su vez por algunos estados independientes y por el Imperio británico. Los esclavos ya no estaban solos en su búsqueda de libertad sino que podían contar con apoyo de gran peso.

Basándome en una muy rica historiografía, he distinguido cuatro estrategias principales por medio de las cuales los esclavizados lograban liberarse: la fuga y el cimarronaje; la liberación certificada por un documento legal de libertad (también llamada manumisión en el derecho romano, ibérico y

anglosajón); el alistamiento militar (para los hombres) a cambio de una promesa de manumisión; y la revuelta.

Aunque el suicidio puede ser considerado como la forma total de liberación, lo he apartado deliberadamente de mi investigación, pues incluirlo me habría llevado hacia consideraciones más metafísicas[2]. He comparado estas cuatro vías de liberación abarcando casi tres siglos y medio en las colonias de España, Portugal, los Países Bajos, Francia, Gran Bretaña y Dinamarca, así como en los países que, una vez independientes, siguieron siendo esclavistas. Mientras que la mayoría de los historiadores de la esclavitud se han concentrado en una sola estrategia, un período o una región específica, este estudio es el primero de tal amplitud en términos de tiempo y de espacio. Este enfoque multidimensional me ha permitido constatar la preponderancia de una u otra estrategia según el contexto demográfico, económico, político, e ideológico. Igualmente, me ha permitido destacar ciertos períodos marcados por una multiplicación de las conspiraciones y rebeliones en concordancia con un contexto internacional particularmente agitado, mientras que otras estrategias de emancipación tendieron a ser más constantes.

Efectivamente, por todas partes y a través de los siglos, la fuga y el cimarronaje sirvieron de antídotos a la esclavitud. Esto no es sorprendente porque, huyendo, el esclavo daba a conocer su rechazo al cautiverio. En otras palabras, al salvarse, el individuo buscaba asegurar su salvación como ser humano frente a la esclavitud. El cimarronaje acompañó la colonización a medida que esta progresaba sobre el territorio y que la trata de negros se desarrollaba. Y el cimarronaje no disminuyó después de la consolidación de ciudades y de centros agrícolas o mineros sino que, incluso, se multiplicó o generalizó durante las guerras, con el paso de las tropas, la descomposición social, y la partida de los amos. Los esclavos huían hacia las villas para fundirse con la población libre de color; se escapaban al interior y a las montañas, los bosques y los pantanos. Pasaban de un régimen colonial a otro, de un país a otro, por tierra, por río, por mar. Aunque difíciles de cifrar, la fuga y el cimarronaje permitieron a muchos esclavos obtener su libertad.[3]

Para el esclavo, el principal medio legal para volverse libre, bajo el Antiguo Régimen de esclavitud, era la manumisión. Esto significaba que, o bien

[2] En este libro menciono los suicidios individuales o colectivos de esclavos en el momento de la represión de algunas revueltas o complots serviles. Más allá, es importante notar que el suicidio de esclavos era suficientemente grave como para ser sancionado por leyes especiales durante el período de la esclavitud. Aunque no ha sido estudiado desde un ángulo comparativo, ha sido el objeto de estudios particulares, entre estos Terri L. Snyder, *The Power to Die: Slavery and Suicide in British North America*, University of Chicago Press, Chicago, 2015; Richard Bell, *We Shall Be No More. Suicide and Self-Government in the Newly United States*, Harvard University Press, Cambridge, 2012, p. 201-246; Louis A. Pérez Jr., *To Die in Cuba. Suicide and Society*, University of Carolina Press, Chapel Hill, 2005, p. 25-64.

[3] *Flight to Freedom. African Runaways and Maroons in the Americas*, University of the West Indies Press, Kingston, Jamaica, 2006, p. 127-129.

el amo —a menudo después de su muerte o a cambio de años suplementarios de servicio— le concedía la libertad a su esclavo; o bien el esclavo, o un tercero, le pagaba al amo el valor comercial del esclavo, comprándole así su libertad. Esta puesta en libertad era certificada por un documento de manumisión, una "carta de libertad", según los procedimientos establecidos por la ley. El acceso a la manumisión era, sin embargo, muy desigual: siempre estuvo codificado para los esclavos de la América española y del Brasil mientras que, para el resto de las Américas, fue progresivamente restringido hasta volverse excepcional. En todas partes, sin embargo, le requería al esclavo un compromiso y un extra de trabajo a largo plazo, un sentido de economía y de planificación, y un comportamiento irreprochable, así como una red de apoyo. La proporción de esclavos que lograron obtener un certificado de manumisión a lo largo de su vida fue limitada, pero esa población afrodescendiente libre aumentó rápidamente gracias a su reproducción natural hasta superar, a menudo, el número de esclavos que vivía en las ciudades[4]. Aun cuando la manumisión no amenazara directamente la institución de la esclavitud, su práctica demostraba la llana humanidad y capacidad de los esclavizados de ser libres, contribuyendo de hecho al movimiento abolicionista.

El alistamiento militar a cambio de una promesa de libertad era una forma de manumisión que dependía del contexto de guerra, y que estaba reservada para los esclavos hombres. Este medio de emancipación existía ya en los tiempos de la conquista española pero llegó a adquirir dimensiones inéditas a partir de la guerra de independencia de Estados Unidos y, un tiempo después, con la insurrección de Saint-Domingue (la parte francesa de la isla de La Española) y con las guerras de independencia de la América española. A veces, la carencia de hombres en los ejércitos implicaba ondas de alistamiento, que traían consigo altos riesgos de hambre, enfermedad y muerte, pues estas suponían desplazamientos de larga distancia, así como exponerse a los ataques del enemigo y a la confrontación armada. Además, el esclavo soldado no obtenía automáticamente su certificado de manumisión al final de la guerra, sino que debía tramitar un largo procedimiento cuyo resultado no se garantizaba. Sin embargo, el alistamiento militar de los esclavos hizo avanzar la causa abolicionista pues demostraba la disposición de los esclavos a morir por la patria, por una patria que de ese momento en adelante les debía la libertad y la ciudadanía.

La revuelta, definida aquí como la sublevación violenta de una centena de esclavos o más, que trae consigo la destrucción y/o víctimas entre los blancos y las fuerzas del orden, era la estrategia más arriesgada para liberarse;

[4] Robin Blackburn, "Introduction", *in* Rosemary Brana-Shute y Randy J. Sparks (dir.), *Paths to Freedom. Manumission in the Atlantic World*, University of South Carolina Press, Columbia, 2009, p. 3; Herbert S. Klein, *African Slavery in Latin America and the Caribbean*, Oxford University Press, New York, 1986, p. 229-230.

pocos fueron los esclavos que recurrieron a ella pues el castigo que le seguía era cosa segura en caso de fracaso: captura, tortura hasta la confesión, suplicio de una larga agonía y decenas de latigazos y, a veces, venta por fuera del país. Algunas sublevaciones espontáneas de pequeños grupos de esclavos hartos de los abusos de algún contramaestre, o buscando escapar, marcaron ciertamente la historia de la esclavitud en las Américas, pero no eran revueltas masivas contra la institución. En realidad, la única rebelión de esclavos masiva que menoscabó de manera irremediable una gran parte del sistema de plantación esclavista fue la de 1791 en la Plaine-du-Nord, en Saint-Domingue, y que dio lugar a la abolición total e inmediata de la esclavitud en la colonia francesa en 1793. Luego, entre 1816 y 1831, tres importantes revueltas en las colonias británicas contribuyeron de manera decisiva a la abolición de la esclavitud por parte del Parlamento de Londres en 1833, que entró en vigor en 1838. En otras partes, sin embargo, las insurrecciones no alcanzaron tal magnitud ni liberaron más que a unos pocos esclavos delatores y fugitivos con suerte. En vez, se traducían casi siempre por una onda de represión y de terror indiscriminada, y por el recrudecimiento de los códigos esclavistas.

Para analizar y comparar las estrategias de liberación empleadas por los esclavos en un período de tres siglos, me basé en la literatura secundaria producida en inglés, francés, portugués y español tanto en América como en Europa. Naturalmente, mis lecturas no fueron exhaustivas, pero intenté, tanto como pude, cruzar los enfoques, confrontar las interpretaciones divergentes e incluir los más recientes descubrimientos de una historiografía que vive un crecimiento acelerado y una evolución constante. Como lo explico más adelante, a partir de la década de 1930 algunos historiadores empezaron a reconocer a los esclavos como actores históricos autónomos. Esta perspectiva se generalizó a partir de la década de 1980 con historiadores cuyo punto de vista y cuestionamientos estuvieron marcados por un contexto político cambiante durante el siglo XX y los principios del siglo XXI, cosa que he tenido en cuenta al separar la presentación que hacen de los hechos de su interpretación. Debido a la talla monumental del campo espacial y temporal que abarca esta obra, no he considerado emprender mi propia investigación en los archivos pero he consultado, ocasionalmente, algunas fuentes primarias sobre las cuales cabe formular un par de observaciones.

Escribir la historia de las estrategias de las cuales disponían los esclavos para liberarse, teniendo en cuenta su punto de vista, es un trabajo particularmente arriesgado pues sólo algunos de ellos dejaron algún documento escrito por su propia mano. Como lo era el caso de todos los subalternos del Antiguo Régimen y de los principios del siglo XIX, lo frecuente era que las voces de los esclavos no sobrevivieran a menos de que fueran transcritas o transformadas por agentes del Estado o de la Iglesia; por los que los poseían y explotaban; por testigos o activistas. Además, una de las estrategias empleadas, el cimarronaje, no podía (por definición) dejar muchos rastros salvo

algún anuncio de fuga publicado en la gaceta local por los amos, o un reporte escrito por los cazadores de esclavos y, recientemente, alguno que otro rastro arqueológico. La manumisión, al contrario, se materializaba en un documento escrito que se registraba (o no) en archivos centralizados, municipales o regionales, cuya conservación fue un tanto aleatoria. Esta situación ha permitido elaborar estudios detallados sobre algunas ciudades o provincias, pero ha hecho que toda investigación sistemática sobre una colonia o un país sea imposible. Igualmente, el examen metódico de la emancipación a través del servicio militar resulta inconcluso pues el registro de los esclavos-soldados, como de la información de su liberación, fue inconstante y parcial. Las revueltas son tal vez la estrategia más documentada pero más difícil de analizar pues en aquella época no hacía falta que los esclavos se sublevaran físicamente o que pasaran a la acción para que se les acusase de revuelta: conspirar era un crimen casi tan grave como rebelarse; imaginar matar equivalía a matar. Por consiguiente, según el contexto, criticar la injusticia de un amo con un amigo, hablar de protestar, conocer a un sospechoso o encontrarse por casualidad en el lugar equivocado podía conducir a ser acusado de conspiración y de revuelta. La justicia podía detener, interrogar y torturar a los sospechosos sin ningún tipo de límite y no necesitaba pruebas materiales ni confesiones por parte de los acusados para condenarlos a la horca, a la rueda o a la hoguera, y esto sin ningún tipo de defensa. La tarea del historiador también se dificulta por el hecho de que muchas "revueltas" sólo fueron relatadas por los jueces que establecieron que habían tenido lugar. Incluso, muchas veces, el único dato indiscutible era la lista de los condenados junto con el castigo al que se les había sometido.

Por otro lado, las fuentes escritas disponibles en las distintas regiones de América presentan inmensas disparidades. Los archivos que el Reino Unido, Francia, y los Países Bajos dedicaron a sus respectivas colonias, así como los de los Estados Unidos, ofrecen una documentación de orden demográfico, económico, social y político. Al contrario, los de la Península y de la América ibérica son modestos en materia pues, por ejemplo, incluyen pocos registros de plantación. A la vez, muchas de las colecciones provinciales desaparecieron por accidente o por negligencia, mientras que, en 1889, la Primera República del Brasil ordenó deliberadamente la destrucción de los fondos relacionados a la esclavitud en los archivos federales con el fin de borrar su rastro[5]. Por cierto, para el conjunto de las Américas, varios archivos judiciales y notariales de capitales provinciales conservan documentos sobre la esclavitud a nivel regional o local, pero generalmente se limitan a casos llevados ante la justicia, inventarios y transacciones, sin dar información sobre la experiencia de los esclavos en los hogares y en las plantaciones protegidas de

[5] Dale Torston Graden, *From Slavery to Freedom in Brazil. Bahia, 1835-1900*, University of New Mexico Press, Albuquerque, 2006, p. 199.

toda intervención externa. Además, en Gran Bretaña y en Estados Unidos la esclavitud fue el objeto de largos y virulentos debates expresados en una abundante literatura que halagaba sus beneficios o que denunciaba sus horrores, y que ha sido una fuente de información para los historiadores. En comparación, resulta muy diferente el caso de la América hispanófona, donde el proceso de abolición dejó pocos rastros escritos, así como el de las Antillas francesas u holandesas, Puerto Rico, Cuba y el Brasil, donde dominaba el analfabetismo, y las publicaciones contra la abolición fueron limitadas. Mientras que desde la década de 1770 algunos esclavos anglófonos publicaban poemas y autobiografías conmovedoras, ningún caso equivalente se presentó en el mundo hispanófono, lusófono o francófono[6].

A pesar de estas dificultades y diferencias la historiografía de la esclavitud en las Américas se desarrolló en todo el continente a partir de la década de 1980 de manera paralela a la evolución de unas sociedades americanas multiétnicas y multirraciales que luchaban por la igualdad y la ciudadanía. Un siglo antes, Cuba y Brasil habían finalmente abolido la esclavitud, en 1886 y 1888 respectivamente; el sur de Estados Unidos se vio obligado a emancipar a todos sus esclavos en 1865 después de la guerra más mortífera en la historia del país; y los Países Bajos lo hicieron en 1863. Antes, entre 1848 y 1856, Francia y Dinamarca habían abolido la esclavitud en sus colonias como lo habían también hecho varias repúblicas hispanoamericanas en su territorio. En 1838, las colonias británicas emanciparon a todos sus esclavos tras la publicación del decreto de abolición adoptado por el Reino Unido en 1833. Solamente Haití, en 1804, y luego Chile, América Central y México en la década de 1820 decretaron el fin inmediato de la esclavitud con el impulso de la independencia, mientras que en los estados del norte de Estados Unidos lo hicieron de manera gradual entre 1777 y 1823. Hizo falta pues más de un siglo, de 1777 a 1888, para que la esclavitud de los africanos y de sus descendientes desapareciese como sistema legal de trabajo en las Américas, cosa que demuestra tanto su importancia, como los ajustes requeridos después de su interdicción. Durante los decenios siguientes, intelectuales, políticos, economistas y religiosos debatieron la cuestión de la esclavitud y de

[6] Ver Phillis Wheatley, *Poems on Various Subjects, Religious and Moral*, A. Bell, London, 1773, <http://digital.tcl.sc.edu>; Mary Prince, *The History of Mary Prince, a West Indian Slave*, F. Westley and A. H. Davis, London, 1831, <http://docsouth.unc.edu>; Olaudah Equiano, *The Interesting Narrative of the Life of Olaudah Equiano, or Gustavus Vassa, Written by Himself*, Middlesex Hospital, Londres, 1789, <http://docsouth.unc.edu>. Los escritos de los esclavos (*"slave narratives"*) se multiplicaron en Estados Unidos después de 1831; ver por ejemplo la colección Henry Louis Gates Jr. (dir.), *The Classic Slave Narratives*, Penguin Books, New York, 1987. Entre los esclavos no anglófonos, solamente Juan Francisco Manzano, en Cuba, escribió su historia, pero fue publicada primero en inglés en 1840, en Londres, bajo una versión modificada, traducida por el abolicionista Richard Madden, y en español solamente en 1937, en otra versión editada (Juan Francisco Manzano, *Autobiografía del esclavo poeta y otros escritos; edición, introducción y notas de William Luis*, Iberoamericana-Vervuert, Madrid-Francfort-sur-le-Main, 2007).

sus víctimas dentro de un contexto marcado por el determinismo racial y por la renovación del colonialismo. Así pues, excepto por algunos activistas, generalmente afrodescendientes, rara vez se resaltó el papel jugado por los esclavizados en su propia liberación aunque hayan puesto las bases que les servirían, en el futuro, a los historiadores[7].

Los primeros estudios que reconocieron a los esclavos como actores sociales en sí fueron publicados en la década de 1930. En 1935, el filósofo y sociólogo estadounidense W. E. B. Du Bois publicó *Black Reconstruction in America*, en el que destacaba el papel crucial que habían jugado los esclavos durante la guerra civil (o guerra de Secesión) que le había puesto fin a la esclavitud y durante la breve Reconstrucción que los había integrado a la nación[8]. Poco después fueron apareciendo análisis decididamente marxistas como los de otro estadounidense, Herbert Aptheker, sobre el mismo tema y sobre las revueltas de esclavos en Estados Unidos, que destruían la imagen del esclavo pasivo y sumiso[9]. Se puede también citar al trinitense C. L. R. James, quien situaba la revolución haitiana en el centro de la lucha contra la esclavitud[10]. Paralelamente, varios estudiantes de antropología del estadounidense Franz Boas publicaron trabajos que resaltaban los aportes de los africanos esclavizados a las sociedades americanas en términos de cultura. Entre ellos estaba el brasilero Gilberto Freyre, quien promovió, desde 1933, la tesis de la convivialidad entre amos y esclavos en el Brasil en su libro *Casa grande & senzala*. Poco tiempo después, el cubano Fernando Ortiz abandonó el determinismo racial e inventó el término de "transculturación" para definir el proceso de influencia mutua entre las culturas africanas y occidentales dentro de la sociedad cubana. Asimismo, Melville J. Herskovits insistía en las múltiples contribuciones que los esclavos venidos de África occidental habían aportado a la cultura y a la sociedad americana, así como múltiples formas de resistencia[11].

[7] Con respecto a la historiografía sobre la esclavitud anterior a 1930 ver, por ejemplo, para los Estados Unidos: Peter Kolchin, *American Slavery. 1619-1877*, Hill and Wang, New York, 1993, p. 273-277; para América Latina, Michael Zeuske, "Historiography and Research Problems of Slavery and the Slave Trade in a Global-Historical Perspective", *International Review of Social History*, vol. 57, nº 1, abril 2012, p. 90-93; para la América francesa, ver la bibliografía de Antoine Gisler, *L'esclavage aux Antilles françaises: XVIIe-XIXe siècle, contribution au problème de l'esclavage*, Éditions Universitaires, Fribourg, 1965, p. XII-XIV.

[8] W. E. Burghardt Du Bois, *Black Reconstruction in America. An Essay toward a History of the Part Which Black Folk Played in the Attempt to Reconstruct Democracy in America, 1860-1880* (1935), Russell & Russell, New York, 1962.

[9] Herbert Aptheker, *The Negro in the Civil War*, International Publishers, New York, 1938; Herbert Aptheker, *American Negro Slave Revolts*, Columbia University Press, New York, 1943.

[10] C. L. R. James, *The Black Jacobins, Toussaint Louverture and the San Domingo Revolution*, Secker and Warburg, London, 1938.

[11] Gilberto Freyre, *Casa-grande & senzala: formação da família brasileira sob o regime de economia patriarcal*, Maia & Schmidt, Rio de Janeiro, 1933; Fernando Ortiz, *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar (advertencia de sus contrastes agrarios, económicos, históricos y sociales, su*

Durante el transcurso de la Segunda Guerra Mundial, la aplicación del racismo pseudocientífico y del antisemitismo en las políticas de genocidio de la Alemania nazi hizo que las sociedades latinoamericanas, alabadas por Freyre y Ortiz, parecieran casi modelos de armonía racial, contrariamente al sur de los Estados Unidos, marcado por la segregación y los linchamientos. La publicación de *An American Dilemma: The Negro Problem and Modern Democracy* del economista sueco Gunnar Myrdal en 1944, cuyo trabajo mostraba una nación estadounidense bloqueada por la contradicción moral entre sus ideales de libertad y de progreso, y la realidad su racismo visceral contra los negros, incitó a los historiadores a examinar el pasado esclavista de los Estados Unidos para encontrar las raíces de esas brutales relaciones raciales. Tres años más tarde, el historiador estadounidense Frank Tannenbaum publicó *Slave and Citizen*, una obra deliberadamente comparativa en la cual remontaba a la esclavitud para explicar por qué, en la década de 1940, las relaciones raciales en el sur de los Estados Unidos se caracterizaban por la segregación y los linchamientos, mientras que estas eran, en Brasil, más fluidas y menos violentas. La esclavitud brasilera había sido, según él, relativamente benigna pues la Iglesia católica y la ley, de origen romano, habían protegido al esclavo mientras que, en los Estados Unidos, los dueños de plantación habían hecho del esclavo un simple bien de producción que respondía a las necesidades de una economía capitalista en pleno desarrollo[12]. La tesis de Tannenbaum tuvo un impacto enorme, particularmente en aquella tendencia de los investigadores a clasificar las sociedades americanas en una escala de tolerancia racial, cosa que situaba a la América anglófona y protestante en el extremo más esclavista y racista, y a la América latina y católica en el otro extremo, mientras que la América francesa y católica estaba en una posición ambigua. Sin embargo, en razón de su enfoque legal y estructural, Tannenbaum ignoraba la capacidad de acción (*agency*) de los esclavos contra la sumisión.

El asunto de la acción de los subalternos en los sistemas de dominación totalitaria cobró sentido en la década de 1950 cuando los afroamericanos iniciaron una movilización sin precedentes contra la violencia racial, y en pro de los derechos cívicos en el Sur segregacionista de los Estados Unidos. Casi como una réplica distante a estos hechos, Kenneth Stampp, en *The Peculiar Institution* (1956), describió la esclavitud en el Sur como un sistema de trabajo rentable, a pesar de que se fundase en la explotación, el maltrato y unas deplorables condiciones de vida, pero insistía a la vez en las capacidades de resistencia de los esclavos por medio del sabotaje de la producción, de

etnografía y su transculturación), J. Montero, La Habana, 1940; Melville J. Herskovits, *The Myth of the Negro Past*, Harper, New York, 1941.

[12] Frank Tannenbaum, *Slave and Citizen. The Negro in the Americas*, Vintage Books, New York, 1946.

la fuga y, a veces, de la revuelta violenta. Al contrario, Stanley Elkins, en *Slavery: A Problem in American Institutional and Intelectual Life* (1959), parecía ir contra la corriente cuando retomó las tesis de Freyre y de Tannenbaum para afirmar que la esclavitud estadounidense había sido mucho más cruel que aquella que había tenido lugar en América Latina. Al comparar las plantaciones del sur estadounidense con los campos de concentración nazi, este sostenía que en el sur de Estados Unidos la esclavitud había sido tan brutal e inhumana, y la dominación de los amos tan totalitaria, que habían despojado a los esclavos de su herencia africana para volverlos seres sumisos y dóciles[13]. En respuesta a Elkins, los estudios se multiplicaron para mostrar que, en Estados Unidos, lejos de ser "Tíos Tom" y "Mammies" (estereotipos de esclavos dóciles), los hombres y mujeres esclavizados habían recurrido a toda una panoplia de estrategias manifiestas y sutiles para sobrevivir como seres humanos de derecho, y contribuir a todos los aspectos de la cultura y de la sociedad estadounidense[14].

En América Latina, la ausencia de un racismo institucionalizado y, a la vez, de organizaciones negras, permitió que el mito de la "suavidad" de la esclavitud latinoamericana se mantuviera hasta la década de 1990. La visión del Brasil como una tierra de armonía racial, difundida por Freyre, se extendió a toda la América hispanohablante atribuyendo así, a la esclavitud ibérica, un carácter más humano que a la esclavitud estadounidense. Asimismo, desde el final de la década de 1950, América Latina se vio afectada por el desarrollo de guerrillas marxistas y por la imposición de dictaduras militares sostenidas por Washington. En aquel contexto de guerra fría, los historiadores latinoamericanos (a veces desde el exilio) privilegiaban los análisis estructurales, como el de la dependencia, por sobre una revalorización de la autonomía histórica de los esclavos[15]. De hecho, los primeros estudios enfocados en las acciones de los esclavos latinoamericanos fueron producidos por comparatistas estadounidenses que buscaban identificar los factores de la relativa paz racial que reinaba en América Latina (reconociendo, a la vez, la existencia de grandes disparidades socio-raciales), en un momento en que los guetos de las ciudades del norte y del occidente de Estados Unidos ardían en llamas[16]. El reconocimiento de la herencia africana en las culturas de

[13] Kenneth M. Stampp, *The Peculiar Institution. Slavery in the Ante-Bellum South*, Knopf, New York, 1956; Stanley M. Elkins, *Slavery. A Problem in American Institutional and Intellectual Life*, University of Chicago Press, Chicago, 1959.

[14] Para dos libros pioneros, ver John W. Blassingame, *The Slave Community. Plantation Life in the Antebellum South*, Oxford University Press, New York, 1972; Eugene D. Genovese, *Roll, Jordan, Roll. The World the Slaves Made*, Pantheon Books, New York, 1974.

[15] Ver especialmente Manuel Moreno Fraginals, *El ingenio: El complejo económico social cubano del azúcar*, Comisión Nacional Cubana de la Unesco, La Habana, 1964; Florestan Fernandes, *A integração do negro na sociedade de classes*, Dominus Editôra, São Paulo, 1965.

[16] Por ejemplo, Carl N. Degler, *Neither Black nor White. Slavery and Race Relations in Brazil and the United States*, Macmillan, New York, 1971; David W. Cohen y Jack P. Greene (dirs.),

América Latina, como el desarrollo de una sociología y de una antropología latinoamericanas que estudiaban los nexos entre pobreza, discriminación racial y pasado esclavista, harían que los historiadores empezasen a producir un análisis más crítico de la esclavitud en la región. A partir de la década de 1980 ese interés por el estudio de los esclavos se vio reforzado por la formación de diversas organizaciones negras en América Latina, y por el diálogo académico interamericano[17].

La historiografía de la esclavitud en las colonias británicas de las Antillas y de las Guayanas se desarrolló con la independencia de estas últimas a partir de la década de 1960. El acceso al estatuto de nación impuso un cuestionamiento sobre el origen y los ancestros que habían sido, en la mayoría de los casos, esclavos venidos de África. Asimismo, el hecho de que desde el siglo XVII una parte de aquellos territorios hubiese sido poblada por esclavos fugitivos agrupados en sociedades cimarronas, de cierta manera protoindependientes, reforzó dicha tendencia. Atacada desde 1944 por el historiador marxista de Trinidad, Eric Williams, siguiendo un razonamiento primordialmente económico, la visión tradicional británica según la cual la emancipación de los esclavos de las colonias británicas había sido el fruto de los abolicionistas londinenses fue rechazada al principio de la década de 1980 por los historiadores Richard Hart, jamaiquino, y el barbadense Hilary Beckles. Estos últimos sostenían que habían sido los esclavos mismos quienes, por sus revueltas y resistencia, habían empujado a Gran Bretaña a declarar la emancipación[18].

En cuanto a la América esclavista francesa, una historiografía que considerase a los esclavos como actores autónomos tomó más tiempo en desarrollarse, particularmente en el caso de las islas y territorios que permanecieron atados a Francia después de la descolonización. Así como en Gran Bretaña, la abolición se relacionó, durante mucho tiempo, con el político francés que había firmado el acta de emancipación; a la vez, el dogma de la igualdad republicana retardó el estudio de la discriminación racial y de las resistencias serviles. En ese caso, al igual que en los anteriores, lo que primero captó la

Neither Slave Nor Free. The Freedmen of African Descent in the Slave Societies of the New World, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1972. Ver también el libro del holandés Harry Hoetink, *Slavery and Race Relations in the Americas; Comparative Notes on Their Nature and Nexus*, Harper & Row, New York, 1973.

[17] Ver los estudios pioneros en este campo de Roger Bastide, *Les Amériques noires, les civilisations africaines dans le nouveau monde*, Payot, Paris, 1967; Franklin W. Knight, *The African Dimension in Latin American Societies*, MacMillan, New York, 1974.

[18] Eric E. Williams, *Capitalism & Slavery*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1944; Richard Hart, *Slaves Who Abolished Slavery*, 2 vol., Institute of Social and Economic Research, University of the West Indies, Kingston, Jamaica, 1980-1985; Hilary Beckles, *Black Rebellion in Barbados: The Struggle against Slavery, 1627-1838*, Antilles Publications, Bridgetown, Barbados, 1984. Ver también Richard Price (dir.), *Maroon Societies. Rebel Slave Communities in the Americas*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1987 (1era edición, 1973).

atención de los historiadores fue el estudio del cimarronaje, con el cual buscaban resaltar el poder de acción de los esclavos, incluso en el caso de Saint-Domingue[19]. Los comienzos de la historiografía sobre los esclavos de las Antillas y de la Guyana holandesa fueron incluso más modestos, sin contar la que trataba a los cimarrones (*maroons*) del Surinam, independiente en 1975[20]. Sorprendentemente, si bien había obsesionado a los observadores del siglo XIX, la Revolución haitiana —única insurrección victoriosa de esclavos (mayoritariamente africanos) que se terminaría por la abolición de la esclavitud y por la independencia de una república negra— sólo se convirtió en un campo de estudio histórico en sí a partir de la década de 1990[21]. Al mismo tiempo, los historiadores de la esclavitud dejaron atrás los estudios comparativos nacionales para privilegiar perspectivas más regionales o, al contrario, trasnacionales, y enfocadas en la circulación de las ideas y de las personas, particularmente en el caso del mundo atlántico y de la diáspora africana[22].

Ya en la década de 1960, los historiadores y sociólogos de la esclavitud, probablemente influenciados por la movilización social que sacudía entonces a todo el continente, desde los Estados Unidos hasta América Latina y el Caribe, buscaban categorizar y clasificar las acciones llevadas a cabo por los esclavos para liberarse de su condición. Uno de los primeros en hacerlo, el sociólogo jamaiquino Orlando Patterson, distinguió la "resistencia pasiva", caracterizada, según él, por el rechazo al trabajo, la sátira, la fuga y el suicidio, de la "resistencia violenta", que dividía a su vez en "individual" y "colectiva"[23]. El historiador estadounidense Eugene Genovese quiso demostrar que un viraje decisivo se había producido a partir de la era de las revoluciones, en particular de la Revolución haitiana: a su juicio, antes del final del siglo XVIII las revueltas de esclavos habrían sido "restauracionistas" (buscaban restaurar

[19] Jean Fouchard, *Les marrons de la liberté*, Éditions de l'École, Paris, 1972.

[20] El surinamés Anton de Kom fue uno de los precursores con su libro *Wij slaven van Suriname* (1934), publicado en una traducción alemana con el título de *Wir Sklaven von Surinam*, Verlagsgenossenschaft Ausländischer Arbeiter in der UdSSR, Moskau, 1935. Ver también Silvia W. de Groot, *Van isolatie naar integratie; de Surinaamse Marrons en hun afstammelingen; officiele documenten betreffende de Djoeka's (1845-1863)*, M. Nijhoff, s-Gravenhaage, 1963; Richard Price, *The Guiana Maroons. A Historical and Bibliographical Introduction*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1976.

[21] David B. Gaspar y David P. Geggus (eds.), *A Turbulent Time. The French Revolution and the Greater Caribbean*, Indiana University Press, Bloomington, 1997.

[22] Ver Philip D. Curtin, *The Atlantic Slave Trade. A Census*, University of Wisconsin Press, Madison, 1969. El primero en utilizar la expresión "diáspora africana" fue Vincent Bakpetu Thompson, *The Making of the African Diaspora in the Americas: 1441-1900*, Longman, White Plains, New York, 1986; ver también Paul Gilroy, *The Black Atlantic: Modernity and Double Consciousness*, Verso, London, 1993.

[23] Orlando Patterson, *The Sociology of Slavery. An Analysis of the Origins, Development and Structure of Negro Slave Society in Jamaica* (1967), Fairleigh Dickinson University Press, Rutherford, New Jersey, 1975, p. 260-283.

la libertad de los participantes, principalmente africanos); luego, habrían sido revolucionarias, pues pretendían erradicar la institución de la esclavitud y buscaban establecer una sociedad burguesa democrática. Pues hubiera una suerte de jerarquía de las resistencias partiendo del acomodamiento (considerado como pasivo, no heroico), para culminar con la revuelta armada[24]. Sin embargo, algunos historiadores, como el cubano Manuel Moreno Fraginals, siguieron estimando que el trauma de haber sido arrancados de África y trasportados en los buques negreros había sido tan profundo, y la deshumanización causada por la esclavización tan absoluta, que habían dejado a los esclavos en un estado de desculturación, incapaces de asumir responsabilidades personales, económicas o familiares[25].

A medida que se fue desarrollando, el campo de estudios de la resistencia reveló nuevas expresiones de esta, pero sin refutar la distinción entre resistencia violenta y resistencia no-violenta (a veces llamada contradictoriamente "resistencia pasiva"). Para la mayoría de los historiadores, las formas violentas incluían el cimarronaje, el suicidio, el homicidio, la conspiración y la rebelión. A la inversa, el recurrir a los derechos legales y a los tribunales, las prácticas culturales, la religión, así como toda acción discreta que pretendiera disminuir la rentabilidad de la esclavitud (la seducción, la simulación, la ralentización de la producción, el sabotaje, el hurto, la embriaguez) hacían parte de la resistencia no violenta[26]. Otros especialistas, como Michael Craton, veían en el origen africano o creole de los esclavizados la explicación fundamental de sus diferentes estrategias. Los esclavos nacidos en África que habían atravesado el Atlántico en los botes negreros habrían recurrido, a menudo, a la revuelta armada y a la constitución de comunidades de esclavos fugitivos (sociedades cimarronas), mientras que los que habían nacido en suelo americano habrían utilizado formas de resistencia más *creolizadas*, que mezclaban elementos de la cultura, y formas de protesta, africanas y americanas[27].

A partir de la década de 1980, la jerarquización de las formas de resistencia condujo a una multiplicación de los estudios consagrados a las revueltas serviles, de donde emergió una imagen victoriosa del esclavo macho, rebelde,

[24] Eugene D. Genovese, *From Rebellion to Revolution. Afro-American Slave Revolts in the Making of the Modern World*, Louisiana State University Press, Baton Rouge, 1979.

[25] Manuel Moreno Fraginals, "Apports culturels et déculturation", *in* Manuel Moreno Fraginals (dir.), *L'Afrique en Amérique latine*, Unesco, Paris, 1984, p. 9-25.

[26] Por ejemplo Kátia M. de Queirós Mattoso, *Ser escravo no Brasil*, Brasiliense, São Paulo, 1982, p. 174-189. Para un ejemplo reciente, Manuel Barcia, *Seeds of Insurrection. Domination and Resistance on Western Cuban Plantations, 1808-1848*, Louisiana State University Press, Baton Rouge, 2008.

[27] Michael Craton, *Testing the Chains. Resistance to Slavery in the British West Indies*, Cornell University Press, Ithaca, 1982. Ver también Michael Mullin, *Africa in America. Slave Acculturation and Resistance in the American South and the British Caribbean, 1736-1831*, University of Illinois Press, Urbana, 1992.

que se impondría entonces como modelo. Algunos historiadores, atrapados en esta dinámica, confundieron conspiración, e incluso sospecha de complot, con revuelta, como lo habían hecho los jueces, antes que ellos, por motivos opuestos. Dichos historiadores formularon la hipótesis de que, si ciertas rebeliones no hubiesen sido apagadas tan rápido, y si ciertas conspiraciones no hubieran sido denunciadas justo antes de su ejecución, estas habrían podido convertirse en revueltas casi tan masivas como la de Saint-Domingue[28]. Esta idealización del esclavo sublevado, incluso revolucionario, tendía a privilegiar el combate de los hombres a expensas de la lucha de las mujeres, y a subestimar las formas de combate y de resistencia menos evidentes gracias a las cuales la inmensa mayoría de los esclavizados había sobrevivido y una minoría de ellos, que incluía a muchas mujeres, se había liberado.

No obstante, en esa misma época, otros historiadores, fundándose en los estudios de James Scott[29], privilegiaron la resistencia discreta o "sutil" para mostrar que, a menudo, era más eficaz a largo plazo que la revuelta violenta que, salvo pocas excepciones, conducía irremediablemente a la represión masiva, sangrienta y ejemplarizante[30]. Al mostrar las particularidades de la condición de las esclavas y de sus estrategias de oposición, los estudios de género, a partir de las investigaciones de Deborah White, contribuyeron de manera decisiva a la valorización de la resistencia sutil[31]. Con los trabajos pioneros de Paul Lovejoy y, luego, de John Thornton, un conocimiento más profundo de las sociedades, de las culturas y del contexto histórico del cual provenían los africanos deportados permitió afinar el análisis del impacto de los esclavos en las manifestaciones de oposición a la esclavitud americana[32].

Es pues sobre esta vasta literatura secundaria que he construido mi estudio. Sabiendo que la bibliografía estará siempre por completar, he hecho un esfuerzo por comparar los análisis y las interpretaciones a mi disposición, sin a priori. Sin embargo, este libro se apoya en el siguiente postulado fundamental: los esclavos eran agentes de su propia historia, al igual que las otras

[28] Además de las obras de Aptheker, Hart, Beckles, Craton citadas más abajo, ver por ejemplo David Barry Gaspar, *Bondmen & Rebels. A Study of Master-Slave Relations in Antigua, with Implications for Colonial British America*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1985; Jerome S. Handler, "Slave Revolts and Conspiracies in Seventeenth-Century Barbados", *New West Indian Guide*, vol. 56, nº 1-2, 1982, p. 5-43.

[29] James C. Scott, *Weapons of the Weak. Everyday Forms of Peasant Resistance*, Yale University Press, New Haven, 1985; James C. Scott, *Domination and the Arts of Resistance. Hidden Transcripts*, Yale University Press, New Haven, 1990.

[30] Emília Viotti da Costa, *Crowns of Glory, Tears of Blood. The Demerara Slave Rebellion of 1823*, Oxford University Press, New York, 1994.

[31] Deborah Gray White, *Ar'n't I a Woman? Female Slaves in the Plantation South*, W.W. Norton, New York, 1985.

[32] Paul E. Lovejoy, *Transformations in Slavery. A History of Slavery in Africa*, Cambridge University Press, Cambridge, 1983; John K. Thornton, *Africa and Africans in the Making of the Atlantic World, 1400-1680*, Cambridge University Press, Cambridge, 1992.

clases subalternas, como de hecho lo reconocían los jueces durante los procesos a los cuales podían ser sometidos. Aunque las leyes esclavistas exigieran la sumisión absoluta al amo, los esclavos lograban sobrevivir, poseer unos cuantos objetos, construir lazos sociales, tradiciones culturales y religiosas, e incluso una familia y un proyecto personal (tener un jardín propio, pasar de ser esclavo de plantación a ser esclavo doméstico, comprar su libertad, y huir individualmente son todos ejemplos de ello). Todo esto representaba una victoria considerable —una afirmación de su intrínseca humanidad—, una victoria que sólo en pocos casos se arriesgarían a perder. Efectivamente, sería erróneo pensar que los esclavizados no tenían nada que perder: los que querían ganarse la libertad se veían enfrentados a importantes dilemas. Cada estrategia de emancipación conllevaba riesgos; incluso, la manumisión podía verse comprometida por la enfermedad o por la mala fe de un amo. Pero ninguna era más riesgosa que la preparación de una insurrección (la conspiración) y la revuelta, estrategias que implicaban la cuasi certeza de ser matado o arrestado y, por consiguiente, de ser sometido a suplicios y/o a una muerte atroz. Por lo demás, todos los esclavos habían sido testigo de flagelaciones y de ejecuciones públicas[33]. Así pues, he analizado los complots y las revueltas con circunspección y con particular atención a la represión que estas engendraban.

Este estudio comparativo que abarca todo el espacio americano, con una perspectiva de largo plazo, permite comprender, por primera vez, la magnitud del éxito de las acciones emprendidas por los esclavos con el fin de liberarse. Antes del desarrollo del abolicionismo y de la era de las revoluciones, miles de esclavos lograron volverse libres en todas partes. Estas extraordinarias victorias individuales o colectivas frente a la esclavitud, obtenidas por hombres y mujeres generalmente iletrados, interrogan nuestra concepción de la historia de los derechos humanos y del papel fundador de la Ilustración en dicha evolución. También cuestionan la centralidad de la revuelta como motor de la historia. En efecto, mi análisis diacrónico y transversal revela que muchos esclavos conocían bien el contexto en el que vivían. Pues aunque, a lo largo de los siglos, no dejaran de actuar de manera discreta o manifiesta contra sus inhumanas condiciones, recurrieron a una u otra estrategia, en función de la que mejor se adaptase para liberarse en su respectivo entorno.

Después de una primera parte dedicada a presentar las grandes fases de la trata de negros relacionada con la colonización del territorio y con la evolución de la institución de la esclavitud, mi libro está organizado en función del cambiante contexto de los tres primeros siglos de la colonización de América. La segunda parte explica cómo, en un contexto de expansión del esclavismo, miles de personas lograron liberarse principalmente escapándose

[33] Herbert S. Klein & Francisco Vidal Luna, *Slavery in Brazil*, Cambridge University Press, New York, 2010, p. 207-208.

tierra adentro o comprando su libertad. En esta parte se revela que las revueltas serviles fueron pocas a pesar del descubrimiento y la represión de presumidas conspiraciones por parte de las autoridades.

La guerra de los Siete Años (1756-1763) alteró la relación entre las colonias y las metrópolis, e inició la "era de las independencias" (que concuerda con la era de las revoluciones); esto conforma la tercera parte del libro. Por todos lados, los esclavos, en números nunca antes vistos y con una insistencia nueva, aprovecharon las fallas que, después de 1763, aparecieron en los sistemas de dominación, y que dieron lugar a la independencia de los Estados Unidos, Haití y la América ibérica continental. Según la región y el momento, estos esclavos se escaparon por miles, se implicaron en un proceso de manumisión, y se alistaron en ejércitos para luego ser emancipados. En Saint-Domingue, el impacto de la Revolución francesa en la sociedad colonial fue tal, que los esclavos pudieron organizar una revuelta masiva que, después de trece años de enfrentamientos letales, dio lugar de manera simultánea a la segunda nación independiente de las Américas, y a la primera nación que aboliera completamente la esclavitud. De allí en adelante, para los cautivos, la institución de la esclavitud dejó de ser inmutable, como lo indica la abolición inmediata o gradual que adoptaron varios territorios independientes del continente.

La cuarta parte revisita las estrategias de liberación, en manos de los esclavos, una vez que se hubo amenguado el impacto de la Revolución haitiana, y que las guerras de independencia en el continente se terminaron, hasta la abolición definitiva de la esclavitud en las colonias británicas en 1838. Esta parte se enfoca pues en las regiones todavía profundamente esclavistas del sur de los Estados Unidos, de las Antillas, de las Guayanas y del Brasil y muestra, de nuevo, la asombrosa capacidad que tenían los esclavos para actuar en función de su contexto, pues si bien continuaban a adoptar las estrategias de huida y de compra de la libertad que se habían desarrollado desde el siglo XVI, cuestionaban cada vez más los fundamentos cristianos y legales de la esclavitud. Y lo que es más, habían entendido que, sin una nueva falla en el sistema, rebelarse era actuar en vano. Conscientes de que eran la propiedad privada de un amo, se dieron también cuenta de que no podían enfrentar la institución de la esclavitud sin que una autoridad superior a aquella de sus amos —el rey, la Biblia, o el Parlamento— cuestionara también el poder que sus amos tenían sobre ellos. Cuando esta situación se dio —como en el Imperio británico del primer tercio del siglo XIX bajo la influencia de los abolicionistas—, centenas y miles de esclavos arriesgaron sus vidas para rebelarse, acelerando así la emancipación general.

El epílogo revisita las principales estrategias de liberación de los esclavizados a lo largo de los cincuenta años que siguieron la emancipación general en las colonias británicas en 1838, hasta la abolición de la esclavitud en Brasil —y en las Américas— en 1888. Sin duda, el año de 1838 fue un momento

crucial en las luchas de los esclavizados por la libertad pues significó el final de la esclavitud en ciertas partes del continente americano y del Caribe, y el ascenso del abolicionismo. Pero en 1838 la esclavitud seguía siendo legal en las colonias francesas y en la mayoría de las repúblicas suramericanas, y la "segunda esclavitud" florecía en el sur de Estados Unidos, Cuba y Brasil. En las siguientes décadas, a medida de que aparecieron nuevas oportunidades de liberarse, otra vez incontables esclavos participaron activamente en el colapso de la esclavitud, con las mismas estrategias de liberación que antes: escapándose, trabajando sin descanso para comprarse, o alistándose en un ejército. Lo que pretendo entonces con este libro es destacar las luchas de esos hombres, esas mujeres y esos niños por su libertad.

Primera Parte

TERRITORIOS Y PERÍODOS

CAPÍTULO I
LA TRATA Y LA ESCLAVITUD EN LAS AMÉRICAS

TENDENCIAS TRANSCONTINENTALES

ENTRE los siglos XVI y XIX, las Américas cristianas recurrieron, en distintos grados, a la esclavización de los africanos y de sus descendientes. En esta óptica, durante casi cuatro siglos, cada año eran deportados miles, y decenas de miles de hombres, mujeres y niños desde África hacia el Caribe y el continente americano. En total, según las estimaciones de *The Trans-Atlantic Slave Trade: A Database*, unos 12 332 000 africanos fueron embarcados en naves negreras rumbo a América[1]. Aproximadamente ocho a diez millones adicionales murieron antes, bien sea durante su captura, en el camino hacia los puertos africanos o durante la larga espera en los galpones costeros. Recogiendo sus primeras víctimas en Senegambia por el puerto de Gorea, la trata se extendió progresivamente a toda la costa de Guinea y en su *hinterland*. En el siglo XVII también se alimentaba del reino del Kongo hasta Angola, junto con el vasto interior de ambos, exportando así cautivos principalmente a partir de Elmina, Ouidah, Calabar, Cabinda y Luanda. Toda esta región siguió proporcionando la mayoría de los esclavos en el siglo XIX, momento en el que Mozambique, hasta ese entonces principal tributario de la península Arábica y de la costa oriental de la India, fue también absorbido por la trata transatlántica. Así pues, los africanos deportados provenían de culturas muy diferentes, mayoritariamente del norte de la línea ecuatorial: los wólof, los mandingas (de los cuales forman parte los bambaras), los ashanti (a los cuales pertenecen los akan, llamados coromantee por los británicos), los gbe (los ewé, los fon), los yorubas (llamados lucumí por los españoles) y los igbo (o ibo); al sur los kongo y los bantú y, en Mozambique, los makua[2].

[1] Esta es la fuente más rica hoy en día sobre la trata transatlántica, y está disponible en la página web *Voyages: The Trans-Atlantic Slave Trade Database*, <www.slavevoyages.org>. Todas las cifras dadas en este capítulo provienen de dicha fuente pero no incluyen a los esclavos africanos enviados a Europa ni a otras regiones de África (<www.slavevoyages.org/tast/assessment/estimates.faces>).

[2] Paul E. Lovejoy, *Transformations in Slavery*, *op. cit.*, p. 46-67, 140-151; Philip D. Morgan, "The Cultural Implications of the Atlantic Slave Trade: African Regional Origins, American Destinations, and New World Developments", *Slavery & Abolition*, vol. 18, nº 1, 1997, p. 122-145.

Estas deportaciones hacia las Américas, que se sumaban a la trata negrera del Sahara y a la trata negrera oriental, iniciadas en la segunda mitad del siglo VII[3], tuvieron fuertes repercusiones demográficas, económicas y políticas en toda el África oriental subsahariana y el Mozambique[4]. De esos 12 332 000 africanos arrancados de su tierra natal, casi dos millones (es decir 16% del total) murieron durante el viaje transatlántico, y 10 538 000 sobrevivieron para ser vendidos como esclavos en los puertos americanos[5]. Pero la muerte perseguía a los supervivientes que sucumbían en gran número durante el año tras su llegada, en los puertos, durante los trayectos hacia la mina, plantación o casa a la cual estaban destinados, así como en sus nuevos lugares de trabajo. Siendo así, a lo largo del interminable periplo, millones de hombres, mujeres y niños africanos murieron de manera prematura de maltrato, hambre, sed, enfermedades (de viruela, en particular) y desesperanza. Otros intentaron sublevarse o escapar durante el terrible viaje[6]. Según varias estimaciones, los que seguían con vida después de su llegada a las Américas eran menos de la mitad de los que habían sido originalmente capturados en África[7].

[3] Menos estudiada y menos documentada que la trata transatlántica (o euro-cristiana), las tratas subsahariana y oriental (o arabo-musulmana) llevaron más de catorce millones de africanos a través del Sahara, el mar Rojo y el océano Indio entre el siglo VII y el final del siglo XIX; casi tres millones de ellos murieron en camino. Ver Bouda Etemad, *Crimes et réparations. L'Occident face à son passé colonial*, André Versaille Editeur, Bruxelles, 2008, p. 136.

[4] Paul E. Lovejoy, *Transformations in Slavery*, *op. cit.*; David Eltis et David Richardson, "West Africa and the Transatlantic Slave Trade: New Evidence of Long-Run Trends", *Slavery & Abolition*, vol. 18, nº 1, 1997, p. 16-35; David Eltis, "The Volume and Structure of the Transatlantic Slave Trade: A Reassessment", *William and Mary Quarterly*, vol. 58, nº 1, enero 2001, p. 17-46. Sobre la historiografía de la trata transatlántica, ver John Wood Sweet, "The Subject of the Slave Trade. Recent Currents in the Histories of the Atlantic, Great Britain, and West Africa", *Early American Studies*, vol. 7, nº 1, primavera de 2009, p. 1-45.

[5] Según *Voyages*, *op. cit.*, un total de 1 954 420 de cautivos pereció durante la travesía transatlántica.

[6] Eric Robert Taylor, *If We Must Die: Shipboard Insurrections in the Era of the Atlantic Slave Trade*, Louisiana State University Press, Baton Rouge, 2006; Richard B. Sheridan, *Doctors and Slaves. A Medical and Demographic History of Slavery in the British West Indies, 1680-1834*, Cambridge University Press, Cambridge, 1985; David L. Chandler, *Health and Slavery in Colonial Colombia*, Arno Press, New York, 1981. Sobre las repercusiones sociales y espirituales de la trata sobre los cautivos en África y durante la travesía del Atlántico, ver Vincent Brown, *The Reaper's Garden: Death and Power in the World of Atlantic Slavery*, Harvard University Press, Cambridge, 2008, p. 24-48.

[7] Joseph C. Miller, *Way of Death. Merchant Capitalism and the Angolan Slave Trade, 1730-1830*, J. Currey, London, 1988, p. 440-441. Johannes M. Postma, *The Dutch in the Atlantic Slave Trade, 1600-1815*, Cambridge University Press, Cambridge, 1990, p. 258, estima que la tasa de mortalidad, entre la captura en África y la adaptación en América, podía llegar a ser del 70% de los esclavos. Al contrario, Herbert S. Klein, *The Atlantic Slave Trade*, Cambridge University Press, Cambridge, 1999, p. 154-158, defiende una tasa de mortalidad mucho menor para todo el proceso de la trata.

Sin embargo, los supervivientes africanos transformarían rápidamente la demografía y la sociología de las Américas. En efecto, a pesar de los efectos deletéreos de la trata, hasta la década de 1820, los africanos sobrepasaron de lejos a todos los otros grupos que llegaron al "nuevo" continente, siendo casi cuatro veces más numerosos que los inmigrantes europeos[8]. Estos desplazados forzosos, mayoritariamente hombres jóvenes[9], recurrieron a una multitud de estrategias para sobrevivir bajo la esclavitud y, a veces, para liberarse de ella. Algunos se unieron, de grado o por fuerza, a la población de origen europea y amerindia, acelerando así el mestizaje, y una parte de ellos accedió a la libertad, dando así lugar a la categoría socio-racial de "libres de color", es decir negros y afrodescendientes libres que, aunque estuvieran sometidos a fuertes discriminaciones legales, cuestionaban por su existencia misma la esclavitud fundada en la "raza" de los africanos y de sus descendientes nacidos en América.

La esclavitud afectó todas las regiones americanas, de norte a sur, de las costas Atlánticas a las del Pacífico, pasando por las del Caribe. Así como lo muestra el Gráfico I.1, el país que de manera más abundante y continua se sirvió de la esclavitud fue Brasil, que importó esclavos de manera permanente entre 1561 y 1856. Según las estimaciones de *The Trans-Atlantic Slave Trade*, 46,2% de los 10538000 hombres, mujeres y niños africanos desembarcados en las Américas fueron llevados a Brasil. Le siguen las Antillas británicas, con 22,0% del total, la mitad de ellos exclusivamente para Jamaica. En seguida encontramos a las Antillas francesas, con 10,6% del total (del cual 70% fue llevado a Saint-Domingue), y el Caribe español con 7,6% del total (sobre todo Cuba, y Puerto Rico en menor cantidad). Sin embargo, si agregamos las Antillas holandesas y danesas[10], el conjunto del Caribe recibió 41,7% de los esclavos africanos. El 12,1% restante llegaron a las Américas continentales (excluido el Brasil): 4,6% a las colonias españolas, 3,8% a las Guayanas (sobre todo a la Guyana holandesa y, en menor medida, británica y francesa)[11],

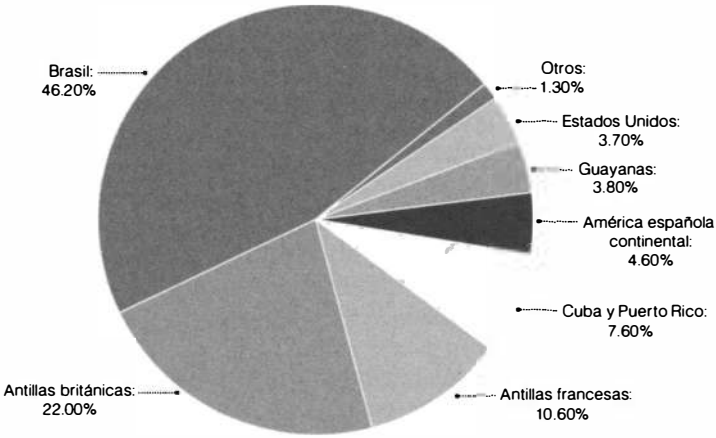
[8] David Brion Davis, *Slavery and Human Progress*, Oxford University Press, New York, 1984, p. 73. La predominancia de jóvenes adultos hombres en la trata negrera atlántica era una respuesta tanto a la demanda americana como a la oferta africana pues las mujeres, libres o esclavas, se necesitaban en África porque eran ellas quienes cumplían con gran parte del trabajo agrícola, y porque muchas sociedades eran polígamas. Igualmente, los niños eran de gran valor local, en la trata del Sahara y en la trata oriental (Herbert S. Klein, *African Slavery in Latin America and the Caribbean*, *op. cit.*, p. 147-148).

[9] Según *Voyages*, *op. cit.*, 64,6% del total de africanos deportados era de sexo masculino, y 20,1% eran niños.

[10] Las islas de Aruba, Curazao y Bonaire, así como tres Pequeñas Antillas (San Martín, San Eustaquio, Saba), pertenecían a los Países Bajos, y Santa Cruz, Santo Tomás y San Juan (las islas Vírgenes) a Dinamarca.

[11] Situadas en una región descuidada por los poderes coloniales hasta 1650, las Guayanas estaban conformadas por la Guayana francesa alrededor de Cayena, mientras que los británicos y neerlandeses peleaban entre sí por el control de Surinam y de la Guyana (Esequibo, Demerara

GRÁFICO I.1. *Africanos esclavizados desembarcados en las Américas por región, 1501-1866*



FUENTE: *Voyages: The Trans-Atlantic Slave Trade Database.* www.slavevoyages.org/tast/assessment/estimates.faces

y solamente 3,7% a las colonias continentales de Gran Bretaña y futuros Estados Unidos[12]. Sin embargo, esta repartición geográfica sólo tiene en cuenta los esclavos llegados directamente de África, sabiendo que una parte de ellos, particularmente los que eran llevados a Jamaica, era inmediatamente reexportada hacia las colonias que España y Gran Bretaña tenían en el continente[13].

La trata de negros no fue ni uniforme ni constante. Entre 1526 y 1650, los portugueses (hasta la década de 1620), y luego los holandeses, tuvieron en sus manos el monopolio del tráfico transatlántico; un total de 726 000 cautivos africanos con vida fue desembarcado en las Américas, principalmente en las colonias españolas del continente y en el Brasil portugués. De 1650 a 1775, con la participación concurrente de los británicos y de los franceses en la trata, y con el desarrollo de la plantación de caña de azúcar en el Caribe y el Brasil, 4 796 000 africanos fueron descargados en las Américas. El total de desplazados en los últimos cien años de la trata, de 1775 a 1866, sobrepasó

y Berbice) hasta comienzos del siglo XIX. El Surinam se convirtió entonces oficialmente en una colonia holandesa, y la Guyana, en una colonia británica. Sobre la trata holandesa en esas colonias, ver Johannes M. Postma, *The Dutch in the Atlantic Slave Trade, op. cit.*, p. 174-195, 211-221.

[12] *Voyages, op. cit.*

[13] Los historiadores estiman que el 20% de los africanos que llegaron a Jamaica, es decir más o menos 200 000 personas de 1 020 000, fue reexportado. Teniendo en cuenta ese excedente, la América continental no brasilera se habría llevado el 14% (y no el 12,1%) del total de los africanos importados (Philip Curtin, *The Atlantic Slave Trade, op. cit.*, p. 25-26).

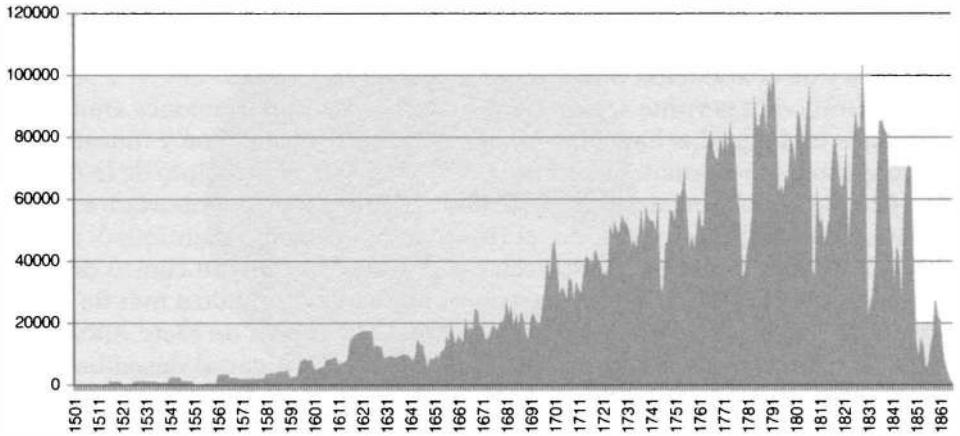
ese número pues durante ellos llegaron 5 016 000 nuevos cautivos[14]. Además, esta inmensa cifra correspondiente a la mitad del total de diez millones y medio de africanos llegados a América se alcanzó a pesar de la influencia de la filosofía de la Ilustración, del reconocimiento creciente de la libertad como derecho fundamental, del acceso a la independencia de las Américas continentales y de la abolición progresiva de la trata de negros.

El Gráfico I.2 permite seguir la evolución de las importaciones anuales de africanos esclavizados hacia las Américas de 1501 hasta 1866 y muestra que la trata progresó de manera continua de 1501 hasta el principio de la década de 1620 durante los cuales más de 17 000 africanos fueron importados anualmente. Después de este período, el ritmo de importación disminuyó, con un efectivo de más o menos 10 000 esclavos por año durante un cuarto de siglo. Pero después de 1655 aumentó casi continuamente, llegando a más de 70 000 africanos importados en 1755, en vísperas de la guerra de Siete Años. Después de una mengua durante la guerra, la trata dio lugar al desembarco de un promedio anual de 78 000 cautivos a partir de 1766, hasta una nueva disminución durante la guerra de independencia de Estados Unidos (1776-1781). Pero la década de 1784 a 1793 representa la culminación de la trata pues las importaciones de africanos llegaron a un promedio de casi 91 000 africanos por año. De 1794 a 1824, la revolución de Saint-Domingue, las guerras napoleónicas, la abolición de la trata danesa, británica y estadounidense en 1807 y holandesa en 1814 y las guerras de independencia hispanoamericanas sometieron el tráfico negrero a fuertes variaciones a pesar de las cuales se mantuvo en un promedio de 64 000 africanos anuales importados durante esas tres décadas. A pesar del acatamiento, por parte de España, Francia y Portugal, de la prohibición de la trata de negros adoptada en Viena diez años antes, a partir de 1825 las importaciones retomaron su ritmo fulgurante para alcanzar nuevamente un total de casi 88 000 africanos por año entre 1826 y 1831. De hecho, el récord histórico absoluto fue alcanzado en 1829 cuando 106 000 africanos fueron despachados mayoritariamente en Brasil, Cuba y las Antillas francesas. De 1831 a 1850, a pesar de nuevos tratados que prohibían la trata, casi 54 000 africanos en promedio fueron importados cada año, sobre todo por Cuba y Brasil. Después de 1856, año en el que Brasil dejó de lado el contrabando de esclavos, Cuba fue la última colonia que siguió violando los tratados, e importó unos 148 000 esclavos más hasta 1866, cuando los últimos 722 africanos esclavizados llegaron a la isla, cerrando así más de tres siglos y medio de comercio de seres humanos[15].

[14] *Voyages, op. cit.*

[15] *Voyages, op. cit.* Después de la abolición oficial de la trata negrera por parte de Dinamarca (1803), el Reino Unido (1807) y los Estados Unidos (1808), las Antillas danesas y británicas y los puertos del sur estadounidense importaron unos cuantos miles de esclavos africanos hasta la década de 1820.

GRÁFICO I.2. *Africanos esclavizados desembarcados en las Américas por año, 1501-1864*



FUENTE: *Voyages: The Trans-Atlantic Slave Trade Database.* www.slavevoyages.org/tast/assessment/estimates.faces

Los africanos y sus descendientes esclavizados contribuyeron masivamente al desarrollo de todas las actividades económicas de las sociedades americanas, desde el servicio doméstico hasta el transporte, de la minería hasta la plantación, de la labor manual bruta hasta el artesanado altamente cualificado. Además, los esclavos representaban un capital importante cuyo valor era generalmente superior al de las tierras o edificios de una propiedad, y que el propietario podía vender, alquilar, legar, empeñar o utilizar para pagar sus deudas. La esclavitud era mayoritariamente rural, pues había ido sustituyendo la mano de obra amerindia que había sido exterminada o que escaseaba. Esclavos de ambos sexos trabajaban por tanto en las explotaciones de oro, índigo, tabaco, azúcar, café, cacao, arroz y algodón, de las cuales se enriquecían las metrópolis europeas y las élites coloniales y americanas. Muchos ganaderos, muleteros, porteadores, remeros y vendedores eran esclavos. Las ciudades y los pueblos tenían entonces una considerable población que vivía bajo el yugo de la esclavitud y se componía particularmente de mujeres y de mujeres jóvenes que se encargaban de las distintas tareas domésticas: trabajaban como cocineras, lavanderas, planchadoras, vendedoras ambulantes, prostitutas, nodrizas, camareras, sirvientas, parteras o sanadoras. Los esclavos urbanos hombres eran, entre otras cosas, mayordomos, criados, cocineros, panaderos, cocheros, jornaleros, porteros, obreros de construcción, costureros, zapateros, ferreteros, vendedores ambulantes, mozos, músicos o empleados de

las fuerzas militares. Muchos vivían en casa de sus amos, pero otros residían y trabajaban de manera independiente, pagándole una suma fija, diaria o semanal, a su propietario[16]. Como lo muestra el historiador Herman Bennett, los esclavos urbanos no sólo jugaban un papel crucial en la economía de las ciudades, sino que además "otorgaban también un capital cultural" a sus amos y amas, pues contribuían a la posición social de estos últimos. Mientras más esclavos, ataviados en librea, tuviera una casa de aristócratas, mejor eran considerados sus propietarios por el resto de la sociedad. Para los grandes terratenientes que residían en las ciudades, los esclavos eran tanto el origen (por el producto de su trabajo no remunerado) como la manifestación de su riqueza y de su posición social[17].

El Perú y el Brasil: después de los amerindios, los africanos (1492-1650)

Los primeros africanos esclavizados llegaron a América poco después de Cristóbal Colón en 1492; hacían parte de los ejércitos de los conquistadores que derrocaron los Imperios azteca e inca. Desde el comienzo de la colonización, estos esclavos incluían *ladinos* (esclavos de ascendencia africana, europeizados, venidos de la península ibérica) y *bozales* (*boçais* en portugués, venidos directamente de África, no europeizados). Junto con ellos llegaron también negros y mulatos libres. Efectivamente, la esclavitud estaba por ese entonces bien establecida en la península, particularmente en el ámbito del trabajo doméstico y el artesanado urbano. Los esclavos africanos habían suplantado a sus predecesores moros, llegando a representar hasta 10% de la población de las ciudades portuarias del Portugal y de España. Pero fue en las islas de la costa Atlántica de África septentrional —São Tomé, las Canarias y Madera— que, a partir de 1450, los portugueses y los españoles desarrollaron

[16] Carmen Bernand, *Negros esclavos y libres en las ciudades hispanoamericanas*, Fundación Histórica Tavera, Madrid, 2001, p. 12-20, 29-57.

[17] Herman L. Bennett, *Africans in Colonial Mexico. Absolutism, Christianity, and Afro-Creole Consciousness, 1570-1640*, Indiana University Press, Bloomington, 2005, p. 30-32; Sherwin K. Bryant, "Finding Gold, Forming Slavery: The Creation of a Classic Slave Society, Popayán, 1600-1700", *The Americas*, vol. 63, nº 1, julio 2006, p. 81-112. Ver también para el siglo XIX, Sandra Lauderdale Graham, *House and Street. The Domestic World of Servants and Masters in Nineteenth-Century Rio de Janeiro*, Cambridge University Press, Cambridge, 1988; Elizabeth Fox-Genovese, *Within the Plantation Household. Black and White Women in the Old South*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1988. Incluso en Gran Bretaña, en el siglo XVIII, la posesión de esclavos domésticos africanos era un indicador de pertenencia a la aristocracia de alto rango (Sylvia R. Frey, *Water from the Rock. Black Resistance in a Revolutionary Age*, Princeton University Press, Princeton, 1991, p. 73).

el sistema de plantaciones azucareras, fundado en la esclavitud de miles de bozales, que luego caracterizaría las Américas[18].

Sin embargo, nada había preparado la esclavización de africanos a convertirse en algo tan importante para las colonias americanas. En efecto, en el momento de la llegada de los europeos, había unos 57 millones de habitantes en el conjunto americano. Esta población indígena representaba una mano de obra que los colonizadores habrían podido utilizar abundantemente. Al principio, de hecho, los españoles no dudaron en esclavizar a los nativos del Caribe, así como lo hicieron los portugueses con los tupí-guaraní de la costa brasilera. Pero esas poblaciones fueron rápidamente exterminadas por la crueldad de los conquistadores, las epidemias, las enfermedades contra las cuales no estaban inmunizados, el trabajo forzoso y el choque cultural. Las sociedades indígenas del Caribe y de la costa de Brasil, que eran semisedentarias y frágiles, desaparecieron casi totalmente en un siglo. Si bien los territorios densamente poblados de los imperios inca y azteca no quedaron completamente despoblados, perdieron casi un 90% de su población original entre 1520 y 1620[19].

Este rápido despoblamiento, junto con la violencia de la colonización, fueron denunciados en la época por hombres tales como el dominicano Bartolomé de las Casas (1474-1566), quienes, después de 1530, llevaron poco a poco a la Corona española a prohibir la esclavitud de los indios. Sin embargo, el sistema de la encomienda según el cual se les otorgaban comunidades indígenas a los conquistadores de las cuales estos podían exigir trabajo y tributo, persistió hasta mucho después de su interdicción real en 1542. A partir de la segunda mitad del siglo XVI, España también transformó el sistema de trabajo tributario inca, la mita (llamada repartimiento en México), y obligó a cada comunidad indígena a suministrar, tres veces al año, una cuota de trabajadores temporales para las minas, plantaciones, carreteras, y talleres de tejido. Paralelamente, las autoridades procedieron a relocalizar de manera forzosa una parte de la población amerindia que había sobrevivido en pueblos de indios cercanos a los centros coloniales de trabajo e impidió, a la vez, que los indios se instalaran en las ciudades[20].

A partir de 1550, en muchos territorios los amerindios ya no eran lo suficientemente numerosos como fuerza de trabajo duradera. A la vez, ni España, ya bastante ocupada con enviar soldados a su vasto imperio europeo, ni el Portugal despoblado, estaban en condiciones de compensar las pérdidas

[18] James Lockhart y Stuart B. Schwartz, *Early Latin America. A History of Colonial Spanish America and Brazil*, Cambridge University Press, Cambridge, 1983, p. 17-29; Herbert S. Klein, *African Slavery in Latin America, op. cit.*, p. 16-20; Matthew Restall, "Black Conquistadors: Armed Africans in Colonial Spanish America", *The Americas*, vol. 57, nº 2, octubre 2000, p 171-205.

[19] Thomas Calvo, *L'Amérique ibérique de 1570 à 1910*, Nathan, Paris, 1994, p. 28-33.

[20] James Lockhart y Stuart B. Schwartz, *Early Latin America, op. cit.*, p. 65-72, 86-121; Thomas Calvo, *L'Amérique ibérique, op. cit.*, p. 67-103.

demográficas amerindias enviando colonos o siervos peninsulares. A partir de ese momento, las monarquías recurrieron a la esclavitud tal y como la practicaban ya en sus colonias insulares africanas y, con ello, se impuso la trata de negros bajo monopolio portugués. Entre 1500 y 1650, la América continental española y Brasil importaron, cada uno, un total de casi 350 000 esclavos[21].

En cuanto a las colonias de España, los destinos principales eran Perú y México, seguidos de Colombia y Venezuela y, en menor medida, América Central y Ecuador. Después de hacer escala en La Habana, los africanos eran despachados en los puertos de Veracruz, Cartagena de Indias y Portobelo, en Panamá, para luego ser llevados, encadenados o amarrados, a pie o en barco, a las zonas de plantación o de minería. Los que tenían como destino Perú llegaban desde Panamá por el Pacífico, o desde Cartagena por caminos peligrosos que pasaban las tórridas llanuras de Colombia y los picos glaciales de los Andes. La alta demanda de esclavos en Perú se debía a que los conquistadores habían priorizado la zona del litoral Pacífico, poco poblado, con respecto al eje inca de los Andes donde vivía la mayor parte de los indígenas, ahora agrupados en pueblos de indios, y al hecho de que los españoles se negasen a desplazar a la población nativa, ya bastante frágil, a la costa Pacífica. En 1555 había ya 3 000 bozales en el Perú, y la mitad de ellos se encontraba en Lima. Un siglo más tarde, Perú contaba con 100 000 esclavos que representaban entre el 10% y el 15% de su población, la mayoría de ellos concentrados en la costa. En Lima había entonces unos 20 000 esclavos que, junto con los negros libres, representaban la mitad sus habitantes. Allí se desempeñaban como domésticos, porteros, vendedores, lavanderas, artesanos, trabajadores no cualificados, marineros y soldados, entre otros. Algunos eran asignados al trabajo forzoso en las panaderías y talleres de tejido en la periferia de Lima, y a veces trabajaban encadenados junto con los condenados. En el sur de Lima, unos 20 000 esclavos trabajaban en las plantaciones azucareras de la región de Pisco e Ica. Muchos eran también empleados en la Marina Real o en las minas de plata y oro en el sur. Algunos esclavos estaban encargados de la ganadería y de la cría de caballos, otros eran muleteros en el interior[22].

Por aquella época, en México (que se extendía de los actuales Florida y Nuevo México hasta lo que hoy en día es Costa Rica) vivían unos 35 000 esclavos, que representaban menos del 2% de su población. Como en Perú, eran empleados en una gran variedad de sectores como el trabajo doméstico, el artesanado, los talleres de tejido, así como la minería de oro y de plata; pero lo cierto es que jugaron un papel económico menos importante que en

[21] *Voyages*, *op. cit.*

[22] Frederick P. Bowser, *The African Slave in Colonial Peru, 1524-1650*, Stanford University Press, Stanford, 1974; Herbert S. Klein, *African Slavery in Latin America*, *op. cit.*, p. 28-33; Carmen Bernand, *Negros esclavos y libres*, *op. cit.*, p. 99-100.

otras partes debido a una cierta reanudación del crecimiento demográfico indígena después de 1600. Sin embargo, eran esenciales en ciertas regiones, como en Veracruz, donde desarrollaron los cultivos de caña de azúcar[23]. Si bien Colombia, Venezuela y Ecuador tenían entonces un lugar secundario en el Imperio americano español, los esclavos se desempeñaban allí en tareas productivas y domésticas similares a las de los esclavos en Perú y México. En la región de Popayán, en el sur de Colombia, un número creciente de esclavos fue asignado tanto a la agricultura como a las minas de oro: la esclavitud complementó la encomienda ilegal de indígenas hasta su prohibición a finales del siglo XVII. Por otra parte, los españoles promovieron la pesca de perlas en la costa caribeña entre Riohacha y Cumaná y, cuando hubieron diezmado a los nativos que obligaban a zambullirse en apnea, los reemplazaron por esclavos africanos. Lucrativa para el Tesoro real, la pesca de perlas le costó la vida a un gran número de esclavos[24].

A partir de 1560, el otro gran destino de la trata africana fue Brasil, que importó 350 000 africanos hasta 1650 a través de los negreros portugueses y, de manera fugaz, holandeses. Carente de explotaciones mineras importantes (el oro de Minas Gerais no fue descubierto sino hasta 1690), y con una mano de obra amerindia en declive, la costa brasilera se desarrolló progresivamente según el modelo de la plantación azucarera esclavista que el Portugal había experimentado, años antes, en las islas africanas de São Tomé y Madeira. Mientras que, inicialmente, los portugueses se habían servido principalmente de los indios tupí como esclavos en las plantaciones del nordeste, en 1600 la mitad de la fuerza de trabajo venía de África, y el Brasil se había convertido así en el primer productor mundial de azúcar. Veinte años más tarde, la mayoría de las plantaciones sólo empleaba esclavos africanos. El Brasil importaba entonces, cada año, y exclusivamente para él, más bozales que el conjunto de las colonias españolas[25].

[23] Herbert S. Klein, *African Slavery in Latin America, op. cit.*, p. 21-43; Patrick J. Carroll, *Blacks in Colonial Veracruz. Race, Ethnicity, and Regional Development*, University of Texas Press, Austin, 1991, p. 21-39; Matthew Restall, *The Black Middle. Africans, Mayas, and Spaniards in Colonial Yucatan*, Stanford University Press, Stanford, 2009; Robinson A. Herrera, "'Porque no sabemos firmar': Black Slaves in Early Guatemala", *The Americas*, vol. 57, nº 2, octubre 2000, p. 247-267.

[24] Sherwin K. Bryant, "Finding Gold, Forming Slavery", *art. cit.*, p. 81-112; Miguel Acosta Saignes, *Vida de los esclavos negros en Venezuela*, Hesperides Distribución-Ediciones, Caracas, 1967, p. 143-146, 235-236.

[25] *Voyages, op. cit.*; Stuart B. Schwartz, *Sugar Plantations in the Formation of Brazilian Society. Bahia, 1550-1835*, Cambridge University Press, Cambridge, 1985, p. 3-202.

La plantación azucarera, nuevo modelo letal en el Caribe, el Brasil y América del Norte (1650-1775)

En 1621 los neerlandeses atacaron las posesiones de Portugal en África y Asia, iniciando así la impugnación del monopolio portugués del comercio atlántico entre la América continental, Europa y África. La ocupación holandesa en Brasil, de Recife y de la provincia de Pernambuco en 1639, y luego en la costa Atlántica de África, marcó el inicio de una rápida expansión de la esclavitud en América. Efectivamente, los neerlandeses empezaron a participar en la trata de negros y a fomentar el crecimiento de las plantaciones de caña en las colonias francesas e inglesas del Caribe y de América del Norte[26]. A partir de 1641, los ingleses se lanzaron a su vez en el tráfico de africanos, rivalizando así —y luego superando— tanto a los neerlandeses como a los portugueses, quienes continuaban abasteciendo el Brasil. En la década de 1670, los franceses se implicaron también en la trata. Así, el total anual de africanos esclavizados importados al conjunto americano pasó de 8 500 bozales en 1650 a 79 000 en 1775, nueve veces lo que había sido ciento veinticinco años antes (ver figura 2), y a pesar de la disminución de la trata durante la guerra de los Siete Años[27].

Desde su temprana ocupación de Pernambuco, los neerlandeses habían modernizado las plantaciones azucareras de la región y habían suplantado a los portugueses en el comercio de esclavos. Tras su evicción del Brasil, se implantaron, junto con algunos esclavos, en las nuevas colonias británicas y francesas del Caribe, sobre todo en Barbados, Guadalupe y Martinica, donde el tabaco y el índigo eran producidos por trabajadores europeos bajo contrato de cumplimiento forzoso de varios años (*engagés* en francés, *indentured servants* en inglés). Bajo la influencia holandesa, la economía de estas islas pasó a depender de la esclavitud de africanos, como lo muestra el ejemplo de Barbados. En 1645 la isla tenía una población de 37 000 blancos, mayoritariamente sirvientes irlandeses y escoceses bajo contrato, y 5 700 esclavos africanos. Poco después de la invasión de Irlanda y Escocia por Oliver Cromwell, el número de blancos en Barbados aumentó con la deportación de miles de irlandeses condenados al trabajo forzoso. No obstante, en 1680, el número de esclavos había subido hasta 38 000, mientras que el de los blancos había bajado a 17 000, de los cuales sólo 2 000 eran trabajadores contratados. Un siglo más tarde, los blancos en Barbados no eran más numerosos que antes, pero ya había 68 000 esclavos. Esta cifra ocultaba el hecho de que, de 1650 a 1775, esta pequeña isla de 430 km² había importado un total de

[26] Sobre la trata negrera holandesa, ver Pieter C. Emmer, *Les Pays-Bas et la traite des Noirs*, Karthala, Paris, 2005.

[27] *Voyages*, *op. cit.*

432000 africanos, es decir un promedio de 3 450 por año, que los plantadores británicos habían explotado hasta la muerte o reexportado a Jamaica y hacia otras colonias británicas de América del Norte y del Caribe[28]. El azúcar dominaba la economía de Barbados, y los azucareros, su sociedad. Guadalupe y Martinica vivieron cambios similares pero menos rápidos.

Basándose en estos logros, Francia colonizó a Saint-Domingue (la mitad occidental de La Española) a principios del siglo XVIII, y Gran Bretaña a Jamaica, islas que, siendo menos estrechas que las Pequeñas Antillas, se convertirían en la encarnación misma de la colonia azucarera. Sus mejores tierras fueron transformadas en vastas plantaciones esclavistas, y los esclavos africanos representaban la mayor parte de la población, mientras que los blancos y los libres de color sólo representaban el 15% de ella. Así, el número de esclavos en Jamaica pasó de 9500 en 1675 a 193000 en 1775[29]; en Saint-Domingue, de 2000 en 1680, alcanzó los 117000 en 1740, y casi 250000 en 1775[30]. Los cultivos de caña de azúcar tenían en promedio una centena de esclavos cada uno, y los más vastos alcanzaban los 200, rápidamente agotados por el ritmo desenfrenado del sistema. En Saint-Domingue, un africano de dos moría de maltrato, cansancio, enfermedad o desnutrición en menos de ocho años después de su arribo. En Jamaica, si se descuenta los recién llegados, la población esclavizada se redujo, cada año, del 2,4% entre 1739 y 1787. Pero según los dueños de plantación de Jamaica y Saint-Domingue, este sistema de producción antropofágico era rentable pues afirmaban que sacaban provecho de la compra de un cautivo africano después de entre tres y siete años de trabajo[31]. Además, así se enriquecían las coronas de Gran Bretaña y Francia. Este nuevo tipo de esclavitud rural masiva era profundamente diferente de la esclavitud más urbana que había caracterizado el Perú y México antes de 1650; poco a poco, dominaría todo el Caribe y una parte de la América continental. Al mismo tiempo, durante todo el siglo XVIII, los británicos, después de haberse enfrentado a los holandeses, dominaron la trata de negros en la que participaban también los franceses. En total, las islas Caribe británicas, holandesas y francesas importaron 2 277 00 africanos esclavizados entre 1651 y 1775 —casi la mitad de los 4 796000 africanos desembarcados en toda América durante

[28] Herbert S. Klein, *African Slavery in Latin America*, *op. cit.*, p. 50-51; Jerome S. Handler y Arnold A. Sio, "Barbados", en David W. Cohen y Jack P. Greene (eds.), *Neither Slave Nor Free*, *op. cit.*, p. 218; Don Jordan y Michael Walsh, *White Cargo. The Forgotten History of Britain's White Slaves in America*, New York University Press, New York, 2008; *Voyages*, *op. cit.*

[29] Douglas Hall, "Jamaica", en David W. Cohen y Jack P. Greene (eds.), *Neither Slave Nor Free*, *op. cit.*, p. 194.

[30] Herbert S. Klein, *African Slavery in Latin America*, *op. cit.*, p. 56-57; Christopher L. Miller, *The French Atlantic Triangle. Literature and Culture of the Slave Trade*, Duke University Press, Durham, 2008, p. 30.

[31] Gabriel Debien, *Les Esclaves aux Antilles françaises*, Sociedad de historia de Guadalupe, Basse-Terre, 1974, p. 374; Vincent Brown, *The Reaper's Garden*, *op. cit.*, p. 56, 188.

esos ciento veinticinco años[32]—. Ese fue el peso humano —y sobre todo el precio humano— del azúcar y, en menor medida, del café en aquella época.

Al rápido desarrollo de la plantación azucarera en las Antillas francesas y británicas se añadió la reactivación de las importaciones de africanos por el Brasil después del descubrimiento, en 1690, de minas de oro en Minas Gerais. En efecto, para atender las necesidades de la región aurífera, 161 000 nuevos cautivos fueron desembarcados durante la última década del siglo XVII, es decir dos veces más que en la década de 1680. El número de esclavos que trabajaba en Minas Gerais se quintuplicó entre 1710 y 1735, pasando de 20 000 a 100 000, para alcanzar los 174 000 en 1786. En 1729, el descubrimiento de minas de diamantes en la región enmarcó el traslado de un número creciente de esclavos a las explotaciones, mientras que otros se hicieron sirvientes y artesanos en las ciudades que se iban fundando en los alrededores. El desarrollo de Minas Gerais tuvo como consecuencia el desplazamiento del centro de gravedad del Brasil del norte hacia el sur, con la transferencia de la capital de Salvador de Bahía a Río de Janeiro en 1763; de allí, la colonización y la esclavitud se difundirían a través la región de São Paulo. Hacia 1770, unos de 19 000 africanos llegaban a Brasil cada año.

Por su parte, las colonias españolas continuaban haciendo venir nuevos esclavos. En Colombia, particularmente, miles de esclavos se iban añadiendo a los que ya trabajaban en las minas de oro de Popayán, mientras que otros comenzaban a explotar las minas aluviales de oro del norte de Antioquia y del Chocó, en la costa Pacífica. En Venezuela, la expansión de los cacaotales justificó nuevas importaciones de africanos, ampliando el número de esclavos en el país a 64 000 hacia 1750[33].

El siglo XVIII fue también el siglo del desarrollo de la esclavitud en las colonias británicas de la costa este de América del Norte (los futuros Estados Unidos de América). En total, entre 1700 y 1775, las colonias que iban de Massachusetts a Georgia importaron cerca de 265 000 esclavos directamente de África, a los cuales hay que añadir los miles de otros reexportados desde Jamaica y Barbados. A la vez, el número de esclavos instalados en la costa estalló, pasando de 29 000 en 1700 a 470 000 en 1770, mientras que la población total aumentaba de 251 000 a 2 148 000. En 1770, los esclavos eran pues dieciséis veces más numerosos que en 1700, y su proporción en la población total se había doblado, pasando a representar el 12% en 1700, al 22% en 1770. Sin embargo, estas cifras disimulaban una diferencia fundamental: para repetir la clasificación del historiador Ira Berlin, las colonias británicas continentales del Sur (Maryland, Virginia, las Carolinas del Norte y del Sur y

[32] *Voyages*, *op. cit.*

[33] *Ibid.*; Herbert S. Klein, *African Slavery in Latin America*, *op. cit.*, p. 67-88; William F. Sharp, *Slavery on the Spanish Frontier. The Colombian Chocó, 1680-1810*, University of Oklahoma Press, Norman, 1976.

Georgia) se habían convertido en sociedades de plantación esclavista, mientras que las colonias situadas en el Norte (Massachusetts, New Hampshire, Rhode Island, Connecticut, Nueva York, New Jersey y Pensilvania) siguieron siendo sociedades con esclavos, pero en las cuales estos últimos no representaban la mayoría de la fuerza de trabajo[34].

La transformación de Virginia en sociedad esclavista a partir de 1675 ilustra bien esta creciente diferencia entre Norte y Sur. Tan pronto como en el año 1619, unos comerciantes neerlandeses habían vendido los primeros africanos en Virginia para que cultivaran el tabaco junto con los trabajadores bajo contrato irlandeses y escoceses; algunos de estos africanos trabajaban también bajo contrato y pudieron recobrar su libertad después de un cierto plazo. Durante el último cuarto del siglo XVII, una conjunción de factores condujo al desarrollo de la esclavitud en la colonia: la dificultad creciente en hacer venir sirvientes europeos ahora atraídos por la colonización de Pensilvania, una baja de la mortalidad, el incremento de la trata de negros y la disminución del precio de los esclavos. A partir de 1735, la plantación de tabaco basada en el trabajo esclavista se había establecido en toda la región de la bahía de Chesapeake comprendiendo la costa Atlántica de Maryland y de Virginia. Aunque los colonos continuaban importando africanos (en total 115 000 entre 1701 y 1775), el Chesapeake se convirtió a la vez en la primera región de las Américas que asegurara el crecimiento natural de su población esclavizada. Esta particularidad no significaba que sus plantadores fueran menos abusivos que sus homólogos del Caribe o de Brasil, sino que resultaba de un conjunto de condiciones que hacía que la tasa de nacimientos superara ligeramente la de defunciones, como la existencia de pequeñas explotaciones con esclavos alojados por familias y con una mejor situación sanitaria que alargaba la esperanza de vida. En 1770 el Chesapeake tenía ya 323 000 esclavos, de los cuales la mayoría había nacido allí[35].

Más al sur, tras su fundación en 1670, el estado de Carolina (que se dividió en 1729 en Carolina del Norte y Carolina del Sur) se especializó primero en el comercio de esclavos amerindios, aunque ya empleaba esclavos de África del oeste en la ganadería. Mientras que los pioneros ingleses eliminaban a los indios de la región, algunos propietarios de la isla de Barbados, saturada de plantaciones, se instalaron allí con sus esclavos para fomentar el cultivo del índigo y, más tarde, del arroz, gracias a las técnicas desarrolladas por esclavos importados de la costa de Guinea, donde el cultivo de arroz estaba muy arraigado. Charleston se convirtió rápidamente en el principal puerto negrero de América del Norte. En cuanto a Georgia, que había estipulado en

[34] *Voyages, op. cit.*; Ira Berlin, *Many Thousands Gone. The First Two Centuries of Slavery in North America*, The Belknap Press of Harvard University Press, Cambridge, 1998, Cuadro I, p. 369-371.

[35] *Ibid.*, p. 29-46, 109-141, 369; *Voyages, op. cit.*

1732, año de su fundación, que descartaría la esclavitud para acoger primero a pioneros europeos pobres, no logró atraer a tantos de ellos y, diez años más tarde, abrió sus puertas a los plantadores de las otras colonias británicas y a la esclavitud para sustentar la producción del arroz. En 1770, Carolina del Sur y Georgia contaban, juntas, con 90 000 esclavos en una población total de menos de 110 000 habitantes, es decir una demografía parecida a la de las Antillas azucareras[36].

A partir de 1680, la esclavitud de africanos se difundió también en las colonias inglesas en el norte de Chesapeake. En total, los puertos septentrionales importaron más de 26 000 cautivos entre 1663 y 1775, la mayoría de ellos después del 1731, y estos fueron empleados sobre todo en las actividades portuarias, el trabajo doméstico y la artesanía, siendo mucho menos numerosos que en el Sur. En Nueva York, los neerlandeses habían introducido la esclavitud de los africanos en 1625 y, en el momento de la conquista inglesa (en 1664), un habitante de cada cinco allí era esclavizado. Un siglo más tarde, las colonias de Nueva York y de New Jersey tenían 27 000 esclavos, que representaban el 10% de la población. En Rhode Island, la esclavitud se desarrolló no sólo en los puertos, sino también en la ganadería. Por lo demás, el Norte dependía indirectamente de la esclavitud del Sur, ya que sus puertos se enriquecían gracias al comercio del tabaco, arroz e índigo producidos por los esclavos del Chesapeake y Carolina, así como del azúcar de las Antillas británicas[37].

En Nueva Francia (Canadá), la esclavitud de los amerindios preexistió y sobrepasó ampliamente la esclavitud de africanos importados durante la segunda mitad del siglo XVII. Así pues, los afrodescendientes esclavizados fueron siempre pocos y trabajaban principalmente en el servicio doméstico. En 1689, Luis XIV autorizó la importación de esclavos de África a Nueva Francia, expresando a la vez sus reservas al respecto —debido al coste de su explotación y su supuesta inadaptación física al clima frío—, pero las guerras impidieron la realización de estos proyectos. Después de esto, las iniciativas de importación de africanos fueron individuales y limitadas. En 1759, Nueva Francia contaba con unos 1 100 esclavos negros (y el doble de esclavos amerindios, llamados *panis*), principalmente en Montreal y en algunas ciudades secundarias[38].

Finalmente, el rápido crecimiento de la importación de esclavos africanos entre 1650 y 1775 se explica también por la colonización de nuevos territorios, como Luisiana y Guayana. En 1718, los franceses fundaron la Nueva Orleans y varios plantadores del Caribe se instalaron entonces, con sus esclavos, en la región del delta del Misisipi para cultivar arroz, índigo y tabaco, desarrollando

[36] Ira Berlin, *Many Thousands Gone*, *op. cit.*, p. 64-76, 142-176, 370; *Voyages*, *op. cit.*

[37] Ira Berlin, *Many Thousands Gone*, *op. cit.*, p. 47-63, 177-194, 369; *Voyages*, *op. cit.*

[38] Robin W. Winks, *The Blacks in Canada. A History*, Yale University Press, New Haven, 1972, p. 1-11.

también el trueque de cueros y pieles con los amerindios del interior. Incluso en las regiones de Illinois y en el Alto Misisipi, los colonos franceses utilizaron esclavos africanos y amerindios. Mientras que contaba con 1 385 esclavos entre 4000 habitantes en 1720, Luisiana tenía 4730 esclavos por 7900 habitantes en 1750. Al pasar del dominio francés al dominio español, en 1763, el número de esclavos en Luisiana siguió aumentando, hasta alcanzar la cifra de 9201 esclavos por 16000 habitantes en 1777[39].

La esclavitud también se extendió por la costa de la Guayana, donde holandeses, ingleses y franceses fundaron colonias a finales del siglo XVII, entrando en conflicto los unos con los otros. Esto fue sobre todo el caso en Surinam, donde se implantó el modelo mortífero de la plantación azucarera antillana. Entre 1650 y 1680, un total de 16600 africanos fue importado y, sin embargo, la población esclavizada era solamente de 4 280 individuos en 1684. Un siglo más tarde, en 1775, el total acumulado de cautivos africanos importados alcanzaba los 226400, pero el número de esclavos censados sólo alcanzaba entonces los 75000, repartidos entre las plantaciones de caña de azúcar o café, cada una con un promedio de 156 esclavos junto con un puñado de blancos. Esta impactante pérdida demográfica se explicaba tanto por las duras condiciones de vida de los esclavos, y con ello una muy corta esperanza de vida, como por el cimarronaje (ver capítulo 3). A diferencia de otras colonias americanas, el Surinam se distinguía por el alto número de plantadores esclavistas judíos debido a la política de apertura de Países Bajos con respecto a los israelitas, para ese entonces excepcional en Europa[40].

ALGODÓN, AZÚCAR Y CAFÉ, DEVORADORES DE ESCLAVOS EN EL SUR DE ESTADOS UNIDOS, CUBA Y BRASIL (1775-1870)

En vísperas de las reformas y revoluciones que iban a sacudir a América, las élites coloniales habían conseguido imponer la esclavitud racial de los africanos y de sus descendientes afroamericanos por doquier. Durante el último

[39] A partir de 1777, España liberalizó la importación de esclavos en Luisiana que contaba, en 1788, con 20773 esclavos y 18737 habitantes libres y, en 1800, con 24264 esclavos y 19852 libres. Ver Gwendolyn Midlo Hall, *Africans in Colonial Louisiana. The Development of Afro-Creole Culture in the Eighteenth-Century*, Louisiana State University Press, Baton Rouge, 1992, p. 10, 279; Cécile Vidal, "Africains et Européens au pays des Illinois durant la période française (1699-1765)", *French Colonial History*, vol. 3, 2003, p. 51-68; Ira Berlin, *Many Thousands Gone*, *op. cit.*, p. 370.

[40] *Voyages*, *op. cit.*; Johannes M. Postma, *The Dutch in the Atlantic Slave Trade*, *op. cit.*, p. 182-195; Richard Price, *The Guiana Maroons*, *op. cit.*, p. 7-9; Richard y Sally Price, "Introduction", en Richard y Sally Price (eds.), *Stedman's Surinam. Life in an Eighteen-Century Slave Society*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1992, p. XII; David Brion Davis, *Slavery and Human Progress*, *op. cit.*, p. 98-99; Alex van Stipriaan, *Surinaams contrast. Roofbouw en overleven in een Caraïbische plantagekolonie, 1750-1863*, KITLV Uitgeverij, Leiden, 1993, p. 104.

cuarto del siglo XVIII, este sistema socioeconómico se vio reforzado tanto por el federalismo adoptado por los Estados Unidos después de su independencia, como por las reformas mercantilistas impuestas por España y Portugal. De 1781 a 1810, no menos de 1 763 000 esclavos de África fueron importados a las Américas. A ellos se añadieron, entre 1811 y 1866, otros 1 900 000 africanos, de los cuales 1 145 000 fueron enviados al Brasil, 550 000 a Cuba, 96 000 a las Antillas francesas y, puesto que se habían firmado nuevos tratados que prohibían la trata en 1817 y 1818, se puede decir que la gran mayoría de ellos fue importada por contrabando. La trata de esclavos, dominada por los británicos durante todo el siglo XVIII, fue también negocio de los franceses en la década que precedió la Revolución de 1789, convirtiéndose luego en asunto de todos, incluidos los estadounidenses, para volver a ser un cuasimonopolio portugués después de 1817[41]. Durante este último período, contrariamente a las tendencias demográficas de los siglos precedentes, cerca de la mitad de los cautivos africanos eran niños y los hombres adultos eran solamente un tercio; pues bien, los esclavistas sabían que el tráfico humano estaba condenado a desaparecer, a mediano o a largo plazo, y esperaban así hacer perdurar este sistema de trabajo forzado[42].

Después de la Declaración de independencia en 1776, la esclavitud empezó a disminuir en los Estados Unidos, más que nada debido a la guerra con Gran Bretaña. Paralelamente, en sólo diez años, todos los estados del Norte, a excepción de Delaware, abolieron gradual o inmediatamente la trata de negros y la esclavitud (ver capítulo 5), y todos los estados del Sur, salvo Carolina del Sur y Georgia, prohibieron o impusieron impuestos pesados sobre las nuevas importaciones de esclavos. En 1787, la cuestión de la trata dividió la Convención de Filadelfia puesto que por lo menos diecinueve de cincuenta y cinco de los delegados presentes (todos blancos) poseían esclavos. Los representantes de Carolina del Sur y Georgia lograron que la trata internacional pudiera seguir existiendo, durante veinte años más, sin traba alguna[43].

A partir de 1790, se invirtió esta tendencia: la esclavitud progresó nuevamente de manera fulgurante en el sur de Estados Unidos, un territorio cuya área se había triplicado con la compra de Luisiana a los franceses, con la adquisición sin pago de la Florida española, y con la anexión del Texas mexicano. A los seis estados meridionales iniciales se añadieron, entre 1812 y 1850, nueve nuevos estados esclavistas. Además, después de la invención de la desmotadora de algodón en 1793, el arroz, el tabaco y la caña de azúcar pasaron rápidamente al segundo plano en el ámbito de la producción basada en el trabajo de esclavos. A partir de 1820, el algodón alcanzó a representar

[41] *Voyages, op. cit.*; Philip Curtin, *The Atlantic Slave Trade, op. cit.*, p. 216, 234.

[42] David Eltis, *The Rise of African Slavery in the Americas*, Cambridge University Press, Cambridge, 2000, p. 232.

[43] Ira Berlin, *Many Thousands Gone, op. cit.*, p. 308-309.

un tercio de las exportaciones de Estados Unidos y, en 1850, más de la mitad. La plantación de algodón dominaba todo el Sur, desde la Carolina del Norte hasta Texas y Arkansas. El número de esclavos en el Sur aumentó proporcionalmente, pasando de los 700000 en 1790 a cuatro millones en 1850. Este crecimiento demográfico rápido se dio, en gran parte, gracias al excedente de los nacimientos sobre las defunciones, a unas condiciones climáticas y sanitarias favorables, y al predominio de las pequeñas plantaciones que empleaban familias de esclavos. Pero las importaciones de esclavos también contribuyeron a este crecimiento hasta 1808, cuando la trata fue oficialmente abolida en Estados Unidos. Así pues, Charleston continuó recibiendo, cada año, miles de africanos traídos por los barcos negreros, permitiendo que el Sur comprara unos 230 000 esclavos africanos entre 1790 y 1808. Incluso después de esta fecha, entre mil y dos mil esclavos fueron importados ilegalmente cada año hasta 1820[44].

Sin embargo, a partir 1820, la trata de negros en el interior del sur de Estados Unidos tomó unas dimensiones extraordinarias: por lo menos 900 000 esclavos fueron desplazados a la fuerza hacia los nuevos territorios entre esta fecha y 1860. Los dueños vendieron sus esclavos a propietarios instalados más al sur y al oeste, o bien se los llevaron consigo, a menudo encadenándolos unos a otros. Estos emigrantes involuntarios partían hacia su nuevo destino a pie o amontonados en vagones para ganado y calas de barco, mientras que los mercados de esclavos florecían. El censo de 1850 muestra bien estos cambios: por aquella época, poco más de la mitad de los cuatro millones de esclavos del Sur cultivaba algodón, el 20% trabajaba en otras plantaciones, 15% eran empleados domésticos y el 10% restante trabajaba en las minas, la industria, la madera y la construcción (en las vías de ferrocarril en especial). Y de este trabajo forzoso de los esclavos no sólo dependía la economía del Sur sino también la del norte estadounidense, donde la esclavitud había sido abolida. Allí, el algodón alimentaba la industria textil y la hilandería, antes de ser exportado como producto manufacturado[45].

En 1775, la colonia azucarera más rica era sin duda Saint-Domingue, llamada "la perla de las Antillas", que producía la mitad del azúcar y del café consumidos en el mundo. Representaba dos tercios del comercio exterior de Francia y, por consiguiente, producía rentas considerables para la monarquía francesa. Esta riqueza era el fruto del trabajo forzoso de unos 500000 esclavos, que constituían la mitad de los esclavos de todo el Caribe. En efecto, en cuarenta años, el número de esclavos en Saint-Domingue se multiplicó por cuatro al ritmo de unas importaciones masivas que sumaron un total de

[44] John Mack Faragher, Mari Jo Buhle, Daniel Czitrom y Susan H. Armitage, *Out of Many. A History of the American People*, vol. 1: *to 1877*, Prentice Hall, Upper Saddle River, New Jersey, 1997 (3era edición), p. 297-306.

[45] *Ibid.*

479000 africanos entre 1761 y 1790. Estos 500000 esclavos (mayoritariamente bozales) representaban entre el 88% y el 90% de la población de la colonia francesa, frente a 40000 blancos y 30000 libres de color. La mayoría de ellos era explotada en las plantaciones de caña de azúcar y café; otros en la agricultura de subsistencia, el trabajo doméstico y la artesanía urbana[46]. A diferencia de Jamaica, la economía de Saint-Domingue no dependía pues únicamente del azúcar, sino de un abanico de actividades económicas.

A partir de la década de 1770, la esclavitud se desarrolló también en Cuba, al tornarse la isla hacia la producción de azúcar de caña. Dos acontecimientos imprevisibles favorecieron este cambio. En primer lugar, la ocupación de La Habana en 1762 por los británicos sacudió brutalmente a Cuba, que hasta entonces había sido una colonia secundaria en el dispositivo español, salvo por la importancia de su puerto, que era una escala vital en el comercio atlántico. Más allá de La Habana, la isla estaba débilmente poblada y su exportación principal era el cuero. Campesinos (guajiros) de ascendencia amerindia, africana y española cultivaban productos de subsistencia y tabaco; sus 32000 esclavos representaban cerca de un cuarto de la población y eran empleados en la ganadería de bovinos o el cultivo todavía marginal de la caña de azúcar. En diez meses de ocupación, los británicos importaron 4000 bozales, establecieron las primeras grandes plantaciones azucareras esclavistas, y los primeros lazos comerciales entre Cuba y los futuros Estados Unidos. Después de la retirada británica en 1763, España mostró un interés particular en la defensa militar y el desarrollo azucarero de la isla bajo el modelo de Saint-Domingue, lo cual significaba la inevitable multiplicación del número de sus esclavos. En 1789, Madrid liberalizó la trata de esclavos en Cuba, Santo Domingo (la mitad oriental de La Española, actual República Dominicana), Puerto Rico y Venezuela. Dos años más tarde, Cuba contaba con 65000 esclavos, pero el número de blancos y de libres de color había aumentado paralelamente, manteniendo la proporción de los esclavos en un cuarto de la población total[47].

El segundo detonador de la expansión de Cuba fue la insurrección de los esclavos de la Plaine du Nord de Saint-Domingue en 1791 (ver capítulo 6). A pesar de su proximidad y del miedo que suscitó, la revolución de Saint-Domingue que le siguió, destruyendo la economía azucarera más provechosa de la época, le permitió a Cuba convertirse en la nueva perla de las Antillas.

[46] *Voyages, op. cit.*; David P. Geggus, *Haitian Revolutionary Studies*, Indiana University Press, Bloomington, 2002, p. 5-6; David P. Geggus, "Sugar and Coffee Cultivation in Saint Domingue and the Shaping of the Slave Labor Force", en Ira Berlin y Philip D. Morgan (eds.), *Cultivation and Culture: Labor and the Shaping of Slave Life in the Americas*, University Press of Virginia, Charlottesville, 1993, p. 73-98.

[47] Hugh Thomas, *Cuba or The Pursuit of Freedom*, Da Capo Press, New York, 1998 (2da edición revisada), p. 47-69; Aline Helg, *Liberty and Equality in Caribbean Colombia, 1770-1835*, University of North Carolina, Chapel Hill, 2004, p. 55-56, 85.

Cuba acogió a muchos refugiados de la colonia francesa, algunos con sus esclavos, que contribuyeron a la modernización de la producción azucarera y que iniciaron el cultivo del café. Simultáneamente, Madrid prolongó durante seis años adicionales el comercio libre de esclavos (reservándolo únicamente para los bozales, con el fin de evitar el riesgo de una propagación revolucionaria), y lo extendió a los puertos de sus otras colonias americanas. El resultado no se hizo esperar: en 1817, los esclavos que trabajaban en Cuba representaban más del tercio de sus habitantes. Por primera vez, los blancos se habían vuelto minoritarios (45%) frente a 200000 esclavos y a 116000 libres de color[48].

Mientras que a comienzos de la década de 1820 las colonias españolas del continente ganaban su independencia contra la metrópolis, España supo guardar a Cuba (y Puerto Rico) en su regazo, dejando que su élite sacara provecho de la producción azucarera y asustándola ante el prospecto de una revolución como la que se había producido en Saint-Domingue. A pesar de algunas crisis pasajeras, la economía de Cuba y su número de esclavos continuaron progresando hasta 1841, año en que la isla se convirtió en el primer productor mundial de azúcar, con 437000 esclavos bozales y criollos para un total de un millón de habitantes[49]. Un tercio de estos esclavos eran explotados en las plantaciones de azúcar del centro de la isla, un tercio en otras actividades agrícolas, y otro tercio se dedicaba a diversas actividades domésticas, artesanales y portuarias. No obstante, al contrario del sur de Estados Unidos, en Cuba los plantadores no lograban asegurar el crecimiento natural de la mano de obra servil debido al desequilibrio demográfico entre los africanos recién llegados, al cual se añadían las deplorables condiciones sanitarias de la isla y el maltrato que se les reservaba a los esclavos. Por consiguiente, los plantadores recurrían sin tregua a la trata de negros (ilegal desde el acuerdo firmado con Londres en 1817). Unos 560000 africanos fueron pues importados a Cuba entre 1800 y 1850, la gran parte de ellos en la década de 1830[50]; de 1851 a 1866, otros 188000 esclavos fueron desembarcados ilegalmente[51]. A pesar de estas compras, el número de esclavizados en 1861 había bajado a 370000, mientras que la población de blancos y de libres de color aumentaba. En esto, Cuba siguió diferenciándose de la típica colonia azucarera antillana en la que los esclavos representaban la inmensa mayoría de la población. En efecto, al lado de los esclavos, siempre hubo en Cuba una abundante población de ascendencia africana libre, cosa que explica las expresiones *clase*

[48] Hugh Thomas, *Cuba or The Pursuit of Freedom*, *op. cit.*, p. 72-84.

[49] *Ibid.*, p. 169.

[50] Robert L. Paquette, *Sugar Is Made with Blood. The Conspiracy of La Escalera and the Conflict between Empires over Slavery in Cuba*, Wesleyan University Press, Middletown, Connecticut, 1988, p. 131.

[51] Rebecca J. Scott, *Slave Emancipation in Cuba. The Transition to Free Labor, 1860-1899*, Princeton University Press, Princeton, 1985, p. 10.

de color o *raza de color* bajo las cuales los cubanos reunían ambas categorías[52]. A su vez, la inmigración española acompañó constantemente la trata de negros, pues los blancos nunca representaron menos de 40% de los habitantes de la isla. Finalmente, desde 1847, los plantadores cubanos suplementaron la importación de bozales con la venida de trabajadores chinos bajo contratos de cumplimiento forzoso de ocho años (llamados *coolies*). En total, hasta 1874, 125 000 chinos fueron concertados de esta manera y, a menudo, sufrieron condiciones similares a las de los esclavos[53].

El tercer polo de crecimiento espectacular de la esclavitud en el siglo XIX, Brasil, sacó total provecho, como Cuba, de la destrucción de la economía de Saint-Domingue. En una primera fase que se extiende hasta la independencia de Brasil en 1822, la producción de azúcar aumentó rápidamente, al principio en las plantaciones esclavistas de nordeste. De allí, el cultivo de la caña se extendió a las provincias de Río de Janeiro y São Paulo, haciendo de Brasil el segundo productor mundial de azúcar después de Cuba. Por otro lado, la producción de algodón se desarrolló en las nuevas regiones de colonización de Maranhão y de Pará, gracias también a la importación de esclavos. Por consiguiente, el número de esclavizados en Brasil aumentó muy rápido, alcanzando la cifra de 1 148 000 (cerca de un tercio de la población total)[54] en 1823. Ni la independencia ni la adopción, en 1824, de una constitución monárquica que garantizaba las libertades fundamentales y la igualdad ante de la ley cuestionaron la dependencia de la economía brasilera de la esclavitud de africanos.

En la década de 1820, Brasil comenzó a tornarse hacia el otro gran cultivo esclavista, dominado por Saint-Domingue hasta 1791, y del cual se convertiría el primer exportador mundial: el café. Desde su implantación en la región de Rio hasta la década de 1880, el cultivo de café creció sin cesar, penetrando nuevas fronteras, y conquistando sucesivamente Minas Gerais, São Paulo, Paraná y Rio Grande do Sul. La expansión de las plantaciones de azúcar y de café dependió constantemente del aumento de la mano de obra esclava y, por consiguiente, de la trata de negros. Hasta 1851, Brasil continuó importando bozales por miles cada año —entre 30 000 y 50 000 por año entre 1840 y 1850—, violando así la nueva ley de 1831 que pretendía hacer respetar el tratado de 1818, con el cual se había abolido la trata. A pesar de la ausencia de todo censo nacional antes de 1872, los historiadores consideran que el número de los esclavos alcanzó un máximo de 1 700 000 en la década

[52] Por consiguiente, los libres de color, que representaban cerca del 20% de la población total de Cuba entre 1774 y 1817, no eran sino el 15% en 1841. Ver United States, War Department, *Report on the Census of Cuba, 1899*, Government Printing Office, Washington, 1900, p. 97-98.

[53] Rebecca J. Scott, *Slave Emancipation in Cuba*, *op. cit.*, p. 29.

[54] Leslie Bethell y José Murilo de Carvalho, "Brazil from Independence to the Middle of the Nineteenth Century", en Leslie Bethell (ed.), *The Cambridge History of Latin America. Volume III: From Independence to* c. *1870*, Cambridge University Press, Cambridge, 1985, p. 679.

de 1840, lo que situaba a Brasil en segunda posición detrás de Estados Unidos, que tenían entonces 2 500 000 esclavos[55].

Sin embargo, siguiendo el ejemplo de sus colegas cubanos, los hacendados brasileros no mejoraron las condiciones de vida de sus esclavos para favorecer su crecimiento demográfico natural. Por consiguiente, después de 1851, estos últimos disminuyeron muy rápido, tanto en cifras absolutas como en proporción a la población total. Pero la trata se revitalizó en el interior del Brasil al vender a los esclavos de las regiones septentrionales en decadencia hacia el sur en pleno *boom* cafetero[56]. Así pues, la esclavitud siguió siendo la forma dominante de trabajo en todos los sectores vinculados a la exportación. Según el primer censo de 1872, de los 1 500 000 esclavos con los que contaba entonces Brasil (el 16% de la población total), 1 200 000 eran activos económicamente y, de estos, 800 000 trabajaban en la agricultura. Entre estos últimos, un tercio trabajaba en los cafetales, un tercio en los cultivos de caña, algodón o cacao, y otro tercio en la ganadería de bovinos y sus derivados, o en la agricultura de subsistencia. Los 400 000 esclavos restantes eran domésticos, jornaleros, mineros, artesanos, vendedoras en el mercado, obreras en la industria textil o músicos; 118 000 de ellos vivían en las ciudades que tenían más de 20 000 habitantes[57]. En 1872, sin embargo, los libres de color se habían convertido en la categoría socio-racial más numerosa de Brasil, con cerca de 4 250 000 individuos, representando el 44% de la población total, frente a un 40% de blancos[58].

Después de 1775, la esclavitud tomó también un impulso en otras regiones americanas, aunque de manera menos masiva o más efímera que en los Estados Unidos, Cuba o Brasil. Así pues, Puerto Rico, que permanecería bajo dominación española hasta 1898, siguió una evolución paralela a la de Cuba, pero con diferencias sustanciales. En primer lugar, un relieve montañoso más generalizado que en Cuba hizo que las plantaciones de caña sólo pudieran desarrollarse en ciertos enclaves, particularmente en la región de Ponce. Por consiguiente, el pequeño campesinado autónomo que se había establecido antes de que estallara la revolución en Saint-Domingue continuó desempeñando un papel importante en la economía de la colonia. Aunque el número de esclavos aumentó rápidamente con la trata de negros, pasando de 13 000 en 1790, a 51 000 en 1846, la proporción de esclavizados con respecto a la población total siguió siendo alrededor del 12%. Después de 1846, las importaciones de africanos cesaron pero el número de esclavos era todavía alto

[55] Herbert S. Klein, *African Slavery in Latin America*, *op. cit.*, p. 129. Después de 1851, Brasil importó 984 esclavos más en 1852 y 320 en 1856 (*Voyages*, *op. cit.*).

[56] Emília Viotti da Costa, *The Brazilian Empire. Myths and Histories*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 2000 (edición revisada), p. 128-135, 144-147.

[57] Herbert S. Klein, *African Slavery in Latin America*, *op. cit.*, p. 126-130.

[58] Herbert S. Klein, "Nineteenth-century Brazil", en David W. Cohen y Jack P. Greene (eds.), *Neither Slave Nor Free*, *op. cit.*, p. 314.

—unos 42 000 en 1860—, aunque los blancos y los libres de color constituían la inmensa mayoría de los habitantes de la isla. Los esclavos puertorriqueños trabajaban principalmente en la producción azucarera, en general con la ayuda de trabajadores libres. Puerto Rico estaba pues muy lejos de seguir el modelo de la colonia azucarera antillana, aunque abasteciera de grandes cantidades de azúcar a Estados Unidos y Europa[59].

Guadalupe y Martinica, que habían estado en declive desde 1750, recobraron su importancia para Francia a medida que esta última perdía el control y las rentas de Saint-Domingue. Napoleón Bonaparte consiguió restablecer la esclavitud que los jacobinos habían abolido en Guadalupe en 1794 (mas no en Martinica, ocupada en ese entonces por los británicos). Bajo la Restauración, la trata de negros arrancó de nuevo a pesar de su interdicción oficial en 1818 y, en 1831, en el conjunto de ambas islas vivían nuevamente 180 000 esclavos, tal y como en 1789. Sin embargo, la economía se diversificó menos que antes, y estos esclavos producían sobre todo azúcar, a expensas de aquello que se había cultivado en la década de 1780: algodón, café e índigo. Cuando la Monarquía de Julio finalmente abolió la trata en 1831, el número de esclavos disminuyó, mientras que el número de libres de color aumentó, muchos de estos libertos que se habían convertido en pequeños campesinos independientes. En vísperas de la abolición definitiva, en 1848, había un total de 72 000 libres de color y de 161 000 esclavos en las dos islas. De 1789 a 1848, el número de los blancos se había quedado estancado en menos de 10 000 personas en Martinica como en Guadalupe[60].

En cuanto a Jamaica, la isla siguió importando africanos esclavizados de manera masiva hasta principios del siglo XIX: de 193 000 en 1775, los esclavos pasaron a ser 300 000 en 1800, frente a 30 000 blancos y 10 000 *coloureds* (libres de color). Gracias a la importación de 91 400 cautivos suplementarios entre 1800 y 1808, los dueños de plantación llegaron a evitar una disminución de su mano de obra servil, mas no a impedir una baja de la producción azucarera. En 1834, año en que la abolición gradual votada por el Parlamento británico entró en vigor, en Jamaica había todavía 311 000 esclavos. Al mismo tiempo, el número de *coloureds* se había triplicado hasta alcanzar los 35 000[61].

En el continente americano, de finales del siglo XVIII a los primeros años del siglo XIX, las colonias españolas de Luisiana, Venezuela y el Río de la Plata

[59] Jay Kinsbruner, *Not of Pure Blood. The Free People of Color and Racial Prejudice in Nineteenth-Century Puerto Rico*, Duke University Press, Durham, 1996, p. 28-31; Christopher Schmidt-Nowara, *Empire and Antislavery. Spain, Cuba, and Puerto Rico, 1833-1874*, University of Pittsburgh Press, Pittsburgh, 1999, p. 38.

[60] Herbert S. Klein, *African Slavery in Latin America*, *op. cit.*, p. 109-111; L[ouis] C[hevalier], "Peuplement et population de la Guadeloupe", *Population*, vol. 18, n° 1, 1963, p. 137.

[61] Philip Curtin, *The Atlantic Slave Trade*, *op. cit.*, p. 59; Douglas Hall, "Jamaica", *art. cit.*, p. 194; Thomas C. Holt, *The Problem of Freedom. Race, Labor, and Politics in Jamaica and Britain, 1832-1938*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1992, p. 118-119.

sacaron provecho de la liberalización del comercio negrero decretado por Madrid, importando miles de esclavos. Así pues, entre 1791 y 1806, Buenos Aires recibió 109 barcos negreros que traían más de 10 000 esclavizados de África, y probablemente importó una cantidad similar, por contrabando, desde Brasil. En aquella época, los esclavos abundaban en el servicio doméstico de Buenos Aires y, así como en otras ciudades del continente, eran esenciales en la artesanía y la economía urbana en general. Junto con los libres de color, los esclavos representaban entonces cerca del tercio de la población de Buenos Aires, cuya mayoría era blanca y mestiza. En la pampa vecina, muchos esclavos trabajaban en la cría del ganado, la curtiduría y la agricultura, y otros fueron vendidos más en el interior, hasta en Chile y Bolivia[62].

Finalmente las Guayanas también se beneficiaron de la destrucción de la economía de Saint-Domingue. La Guayana francesa importó algunas centenas, incluso más de 2000 esclavos de África cada año hasta 1829, año en el que alcanzó la población más numerosa de su historia hasta la abolición de la esclavitud en 1848, es decir 23000 habitantes (sin contar a los amerindios), entre los que estaban: 19300 esclavos, empleados sobre todo en la producción azucarera, 1300 blancos, y menos de 1 500 libres de color[63]. El Surinam neerlandés adquirió unos cuantos miles de esclavos cada año hasta 1806, cuando la trata legal cesó debido a la ocupación británica, pero prosiguió entre 1820 y 1825, cuando la colonia (de nuevo holandesa) importó un total de más de 4000 cautivos. Así, en 1830, había en Surinam 49000 esclavos y 5000 libres de color, así como probablemente menos de 3000 blancos. Pero los británicos eran los principales importadores de africanos esclavizados en la región. Después de haberse tomado a Esequibo, Demerara y Berbice de las manos de los neerlandeses en 1796, los británicos importaron un total de más de 72000 bozales hasta 1808 y renunciaron progresivamente a cultivar algodón y café, optando más bien por la caña de azúcar. Cuando estas tres provincias se volvieron oficialmente británicas en 1814, contaban con una población de 110000 esclavos, más que el conjunto de todas las demás colonias americanas esclavistas que poseía todavía el Reino Unido, excepto Jamaica, frente a una minoría ínfima de blancos y libres de color. En el momento de la emancipación general en 1838, los plantadores de la Guayana británica declararon poseer cerca de 83000 esclavos por cuya pérdida fueron ampliamente indemnizados[64].

[62] George Reid Andrews, *The Afro-Argentines of Buenos Aires, 1800-1900*, University of Wisconsin Press, Madison, 1980, p. 24-26, 29-41; 27000 esclavos llegaron al Río de la Plata entre 1791 y 1810, y otros 3800 entre 1821 y 1840, después de la independencia, cuando la trata ya era ilegal (*Voyages, op. cit.*).

[63] Serge Mam-Lam-Fouck, *La Guyane française au temps de l'esclavage, de l'or et de la francisation (1802-1946)*, Ibis Rouge, Petit-Bourg, 1999, p. 118; *Voyages, op. cit.*

[64] Herbert S. Klein, *African Slavery in Latin America, op. cit.*, p. 130-136; David W. Cohen y Jack P. Greene (eds.), *Neither Slave Nor Free, op. cit.*, anexo p. 336; Barry W. Higman, *Slave Populations of the British Caribbean, 1807-1834*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1984, p. 47.

Así, desde el siglo XVI, por todas partes, a excepción del sur de los Estados Unidos, los esclavistas no habían buscado o no habían llegado a asegurar la autorreproducción de su mano de obra esclava, y habían tenido que seguir haciendo venir nuevos cautivos de África para compensar las pérdidas y defunciones.

De un sistema esclavista a otro: puntos de convergencia y divergencia

Aunque las monarquías europeas que colonizaron las Américas lo hicieron en períodos distintos y en nombre de doctrinas cristianas opuestas, todas recurrieron a la trata de negros y a la esclavitud. Más aun, todas adoptaron una regla común que hacía que la esclavitud fuera una condición que el tiempo no limitaba, sino que era heredada de la madre, no del padre. En otros términos, como en el derecho romano, la ley del vientre (*partus sequitur ventrem*) definía el estatus de los recién nacidos: si su madre era esclava, sus hijos también lo eran, sin importar el estatuto de su padre. Si la madre era libre pero el padre esclavo, los hijos eran libres. Esta anomalía de la filiación en sociedades que eran todas patriarcales permitía que un dueño pudiera violar o unirse a una mujer esclava sin preocuparse de los niños que pudiesen nacer de ello, y hasta aumentar sus propiedades humanas si era propietario de la madre. La violencia sexual de los hombres libres con respecto a las mujeres cautivas y la apropiación de sus niños por los amos y amas caracterizó, sin distinción, el conjunto de las Américas del siglo XVI al siglo XIX y deja ver un primer rasgo similar fundamental en toda la esclavitud americana[65].

A la vez, había diferencias en cuanto a la legislación y los códigos negros que regían la esclavitud. Las leyes promulgadas por los reyes de España y Portugal eran más exigentes hacia los dueños y más humanas hacia los esclavos que las leyes británicas, francesas, holandesas y estadounidenses. Pero rara vez eran aplicadas en el territorio debido a la impotencia del Estado colonial, al aislamiento de las plantaciones y a la colusión de intereses entre gobernadores, monarcas y propietarios de esclavos. Igualmente, en las colonias ibéricas y francesas, el catolicismo imponía la evangelización y el bautismo de los esclavos, bien fueran cautivos africanos o nacidos en América, y se les consideraba entonces como miembros de la comunidad cristiana. Por el contrario, las diversas iglesias protestantes, incluso hasta después de la década de 1760, desaconsejaban la cristianización de los esclavos por temor a que

[65] Thomas D. Morris, *Southern Slavery and the Law, 1619-1860*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1999, p. 43-49.

estos se considerasen libres e iguales después de ser bautizados[66]. Pero, concretamente, en América, la Iglesia católica siempre careció de sacerdotes fuera de las grandes ciudades, y los esclavos de las plantaciones y las minas recibían sólo excepcionalmente la visita de un cura. Además, la Iglesia y las órdenes religiosas poseían ellas mismas esclavos y tendían a compartir los intereses económicos de la élite dominante. En cuanto al trato que se les daba, los esclavos de las colonias ibéricas y francesas eran sometidos a castigos igualmente arbitrarios, atroces y humillantes, como los de la América protestante.

En general, cualquiera que fuese la legislación o la religión de los dueños, las condiciones de trabajo y supervivencia de los esclavizados en las plantaciones eran tan precarias que provocaban tasas de mortalidad y suicidio muy elevadas, e implicaban una renovación constante de la mano de obra cautiva. En realidad, más que la potencia colonial, la ley o la religión, había otras diferencias mucho más determinantes en la existencia de los esclavos: su proporción en la población, su composición demográfica (sexo, edad, lugar de nacimiento, pertenencia étnica), y su contexto de trabajo (plantación grande, pequeña explotación agrícola, mina, fábrica, taller, morada del dueño, o autonomía con el pago de un salario fijado por el amo).

Sin embargo, había una diferencia cuyas consecuencias fueron determinantes: la actitud, de las distintas sociedades esclavistas, frente a la emancipación y, en particular, frente a la compra de la libertad por parte de los esclavos. Mientras ambas cosas, como el *partus sequitur ventrem*, hacían parte de la legislación romana, fueron aplicadas de manera muy desigual en las Américas. No obstante, era justamente el acceso a una de estas dos opciones lo que determinaba la formación más o menos rápida de una clase de hombres y de mujeres libres de ascendencia africana. Desde un principio, las colonias españolas fueron regidas por las leyes que eran vigentes en la península ibérica. Las *Siete Partidas* de Alfonso X, cuerpo normativo inspirado en el derecho romano y redactado entre 1254 y 1265, justificaban la esclavitud pero consideraban a los esclavos como seres humanos *per se*. Las *Partidas* estipulaban tanto que era legítimo que los esclavos buscaran ganar su libertad, como que la emancipación por parte de los dueños era un acto caritativo. Los esclavos de las colonias españolas disponían pues de la posibilidad de ser liberados, o de comprar su libertad o la de sus seres cercanos, primero como un privilegio que dependía del amo y, progresivamente, como un derecho codificado. En cuanto al Brasil, existían diversas formas de manumisión, pero estaban menos reguladas y, por consiguiente, dependían en mayor medida del consentimiento del dueño.

[66] Manuel Lucena Salmoral, *Les Codes noirs hispaniques*, Unesco, Paris, 2005; Frédéric Régent, *La France et ses esclaves: de la colonisation aux abolitions (1620-1848)*, Grasset, Paris, 2007, p. 64-69; William M. Wiecek, "The Statutory Law of Slavery and Race in the Thirteen Mainland Colonies of British America", *William and Mary Quarterly*, vol. 34, nº 2, abril de 1977, p. 263-264.

Según las leyes ibéricas, el manumisión podía ser el resultado de la compra, por el esclavo, de su propia libertad, de la compra por un tercero (en general por parte de parientes), o de la concesión de la libertad por el propietario del esclavo. En este último caso, la manumisión era concedida la mayoría de las veces después de la defunción del amo o de la ama, en el testamento y, a veces, después de que una serie de condiciones hubieran sido cumplidas por el esclavo, tales como varios años de servicio a otro miembro de la familia. Por otro lado, los esclavos de las colonias españolas y portuguesas podían comprar su libertad de manera progresiva según el principio de coartación (o *coartação*): en cuanto hubieran pagado un anticipo sustancial, accedían al estatus pasajero de coartado, a medio camino entre esclavo y libre, reduciendo progresivamente los derechos que sus dueños tenían sobre ellos. Contrariamente a lo previsto por derecho romano, el matrimonio de un esclavo o de una esclava con un cónyuge libre no le concedía a este la libertad, excepto si el cónyuge libre compraba la libertad de su esposo o esposa esclavo. La existencia de la manumisión y de la coartación contribuye a explicar, a partir del siglo XVII, el rápido crecimiento de una población de libres de ascendencia africana en las colonias ibéricas que, a pesar de la importancia de la esclavitud, se volvió mayoritaria en regiones como Panamá, la costa Atlántica de Colombia y de Venezuela, ciertas partes de Brasil, Puerto Rico o Santo Domingo. Incluso en Cuba y Brasil la población de libres de color siguió creciendo durante las épocas de importación masiva de bozales, hasta el punto de llegar a ser mayoritaria, en el momento de la abolición[67], en ciertos lugares.

En cambio, las colonias de plantación esclavistas británicas y holandesas se esforzaron muy temprano en impedir la manumisión con el fin de bloquear el crecimiento demográfico de la categoría social de los libres de ascendencia africana, la cual ponía en tela de juicio la justificación racial de la esclavitud. Las manumisiones fueron pues excepcionales en dichas colonias, y la mayoría de la población de ascendencia africana, sin distinción de color de piel, estaba esclavizada. En el sur de los Estados Unidos después de la independencia, esta práctica se reforzó a medida que la esclavitud se extendía allí, hasta el punto que el estatus casi siempre correspondía con la raza: libre y blanco versus negro o mulato y esclavo. En cuanto a las colonias francesas, el desarrollo de una población libre de color nacida del concubinato entre amos y mujeres esclavas incitó a la Corona, a partir de 1685, a restringir drásticamente las emancipaciones y compras de libertad por parte del esclavo o sus próximos, excepto si el dueño se casaba con la madre esclava por la Iglesia católica[68].

[67] Frederick P. Bowser, "Colonial Spanish America", en David W. Cohen y Jack P. Greene (eds.), *Neither Slave Nor Free*, *op. cit.*, p. 19-38; Herbert S. Klein, *African Slavery in Latin America*, *op. cit.*, p. 217-241.

[68] David W. Cohen y Jack P. Greene, "Introduction", en David W. Cohen y Jack P. Greene (eds.), *Neither Slave nor Free*, *op. cit.*, p. 1-18.

A pesar de estas diferencias entre las posibilidades de manumisión y, por ello, del dispar desarrollo de una población afrodescendiente libre, esta última sufrió de un estatus inferior al de los blancos en todas partes. He aquí la segunda similitud fundamental: toda América era racista hacia los afrodescendientes libres. La discriminación racial apaleaba no sólo a los negros "puros" sino también a los "mestizos": mulatos o pardos (un padre negro, otro blanco), zambos, *cafusos* o *griffe* (un padre negro, el otro amerindio), los cuarterones y toda otra "mezcla" hasta el quinterón (un abuelo negro, quince abuelos blancos), todos marcados de modo indeleble por la ascendencia africana[69].

En la América ibérica, la sociedad colonial se fundaba en el principio de la limpieza de sangre, condición que había emergido durante la reconquista de la península ibérica contra los musulmanes. Según esta idea, para ser considerado como alguien honorable, para poder estudiar, ejercer las profesiones superiores y tener funciones reales o eclesiásticas, además de católico, según la fórmula de la época, había que ser "reputado por blanco, honrado, limpio de la mala raza de negros, moros, judíos, recién convertidos a nuestra santa fe y penitenciados por el santo oficio de la inquisición y otros tribunales". Se trataba pues de un racismo basado en la herencia racial y religiosa. En términos más concretos, en Brasil, la Inquisición se preocupó más de la presencia considerable de judíos y conversos que en la América española, donde la interdicción de inmigrar que se les impuso a musulmanes, judíos y conversos fue mejor respetada. En la América española, la exigencia de la pureza de sangre se aplicó más que nada a los negros y a los afrodescendientes, ajustando así la idea de pureza de sangre a la raza, a través de un racismo fundado en la herencia racial y en la condición de la esclavitud. Los españoles, los amerindios y sus descendientes, mestizados entre ellos o no, cumplían con las condiciones requeridas por la pureza de sangre, pero los esclavos africanos y sus descendientes, incluso si eran libres y/o con una parte de ascendencia europea o amerindia, eran considerados como "de origen impuro y depravado" pues estaban marcados por la hereditaria "mancha de la esclavitud". Así pues, todos los africanos y afrodescendientes libres eran reagrupados bajo la denominación degradante de *castas* y sometidos a numerosas restricciones como, por ejemplo, a la prohibición de llevar trajes y joyas lujosas u ostentosas. Las discriminaciones más pesadas eran las que excluían a los afrodescendientes de toda formación intelectual, de los oficios no manuales, de los puestos reales y del clero. Salvo ciertas excepciones, estas limitaciones los confinaron a unos cuantos sectores determinados como la artesanía, el transporte y la agricultura. Además la primera Constitución

[69] Por otra parte, el hijo de un negro y de un mulato era llamado "zambo" en las colonias británicas y "griffe" o "câpre" en las colonias francesas; el de un blanco y un cuarterón, respectivamente, "mustee" y "mamelouk", entre otras denominaciones (Cécile Vidal, "Church, Métissage, and the Language of Race in the Mississippi Colony during the French Period", en Cécile Vidal (ed.), *Louisiana: Crossroads of the Atlantic World*, Pennsylvania Press, Filadelfia, 2013, p. 125-146).

Política de la Monarquía Española de Cádiz, en 1812, los excluyó del sufragio debido a su raza. Como los blancos eran minoritarios en todas las colonias ibéricas, no siempre fue posible aplicar con rigor estas normas reales de discriminación racial, pero siguieron vigentes en el continente hasta las independencias, y perduraron en Cuba y Puerto Rico hasta 1876. Mientras que en la década de 1820 toda la América ibérica independiente eliminó las referencias y las discriminaciones raciales en cuanto a la población libre, Brasil y Argentina, hasta 1826, excluyeron a los libertos del sufragio masculino[70].

El principio religioso-racial de la limpieza de sangre era desconocido en la América británica y en las colonias francesas y holandesas. Sin embargo, también allí se "racializó" la condición de la esclavitud y se les concedió un estatus inferior a los descendientes de esclavos africanos "puros" o "mestizos" bien fueran nacidos libres o libertos. Las colonias de estas tres monarquías distinguían a los negros "puros" de los *coloureds*, de los "mulatos" o de los *kleurlingen vrije*. Durante las primeras décadas de la colonización, estos mestizos eran pocos y se trataba, generalmente, de niños ilegítimos de un padre colono y blanco y podían, después de la muerte de este último, heredar de su propiedad en caso de que no hubiera heredero legal. En el caso de los territorios de Francia, el Código Negro de 1685 les otorgaba a los libertos y a los libres de color la igualdad con respecto a los blancos, sin hacer recaer en ellos la supuesta "mancha" hereditaria de la esclavitud, como en el mundo ibérico. Pero a medida que los colonos blancos se sintieron más amenazados por los libres de color, nuevos reglamentos reales aproximaron a estos últimos a los esclavos, en particular ordenándoles llevar siempre un documento que atestiguara de su estatus libre, sin el cual podían ser considerados como esclavos. Otras ordenanzas les prohibían tener los mismos apellidos que las familias blancas, los sometían a un impuesto de capitación, y les exigían que siempre manifestaran deferencia hacia los blancos. En Jamaica y en otras colonias británicas, los plantadores blancos defendían sus intereses gracias a los poderes legislativos de las asambleas coloniales en las cuales participaban; mientras que, a finales del siglo XVII, las discriminaciones hacia los libres de color no diferían de las ya vigentes para todos los sujetos de su majestad en Inglaterra; en el siglo XVIII estas asambleas pudieron excluirlos progresivamente de los empleos públicos, del derecho al voto y a la adquisición de grandes propiedades. En cuanto a los libres de color de las colonias de Países Bajos, también se les impuso una cantidad de leyes cada vez más restrictivas, como en Curazao, donde eran abundantes. Sin embargo en Surinam, algunos libres de color fueron autorizados a desempeñar funciones

[70] Aline Helg, "La limpieza de sangre bajo las reformas borbónicas y su impacto en el Caribe neogranadino", *Boletín de Historia y Antigüedades* (Academia Colombiana de Historia), vol. 100, nº 858, enero-junio de 2014, p. 143-180; Herbert S. Klein, *African Slavery in Latin America*, *op. cit.*, p. 217-241.

intermediarias a finales del siglo XVIII para compensar la rápida disminución de la población blanca. De manera general, contrariamente a los libres de color del mundo ibérico, a los de las colonias de Gran Bretaña, de Francia y de los Países Bajos no se les prohibía el acceso a la educación superior en la metrópoli, y un número muy pequeño de ellos fue lo suficientemente rico como para formarse allí. Por otro lado, en todas las Américas, a excepción de los Estados Unidos y de ciertas islas británicas, la falta de blancos disponibles para servir en las milicias de defensa del territorio obligó a las autoridades a movilizar y a armar a los libres de color. No obstante, por temor a que estos últimos se unieran bajo una causa común con los esclavos o a que manifestaran veleidades de poder, generalmente se organizaban unidades que separaban a los negros de los mulatos, y los ponían siempre bajo mando blanco[71].

Por todas partes, a partir de la segunda mitad del siglo XVIII, la élite blanca de las colonias pidió que se dibujara una línea que separara a un blanco de un no blanco libre: en general un octavo (cuarterón), incluso un decimosexto (quinterón) de ascendencia africana bastaba para hacer que un individuo libre perdiera su posición de blanco y los privilegios que esta conllevaba, como lo era el caso de la limpieza de sangre. Así pues, en la América ibérica, británica, francesa u holandesa, como en los Estados Unidos esclavistas, la "mancha de la esclavitud" marcaba tanto a los esclavos como a los "libres de color" y a los negros "puros" tanto como a los "mestizos". La esclavitud era racial y continuaba siendo un peso con el que cargaban aquellos que lograban eximirse de ella.

Esta limitación no impidió a los esclavos esforzarse más o menos discretamente por llevar una vida humana a pesar de su condición de "bien mueble". Algunos alcanzaron la libertad, bien fuera comprándola, o rebelándose y, particularmente, huyendo y formando sociedades cimarronas en las fronteras interiores de América; y eso hicieron hasta mediados del siglo XVIII, en un contexto en el cual la esclavitud parecía inmutable, como lo examina el capítulo siguiente.

[71] Ver David W. Cohen y Jack P. Greene (eds.), *Neither Slave Nor Free*, *op. cit.*

Segunda Parte

DE LA CONQUISTA AL FINAL DE LA GUERRA DE LOS SIETE AÑOS (1492-1763)

Capítulo II

EL CIMARRONAJE, UN CAMINO ARRIESGADO PERO POSIBLE HACIA LA LIBERTAD

A lo largo del tiempo, y para todos los grupos sociales, la estrategia de huir, de escaparse, ha sido utilizada para alejarse —a corto o largo plazo— de condiciones que el individuo considera como intolerables e inmutables. Se puede decir lo mismo del caso de los esclavos. La gran mayoría de los que fueron capturados en África probablemente pensaron escaparse en el momento de su captura o durante su transporte y confinamiento en los almacenes costeros, algunos intentaron hacerlo, y pocos lo lograron, individual o colectivamente. Una prueba de ello es el término "quilombo", o comunidad cimarrona en el Brasil, que tiene un origen centroafricano, y que se refiere a las sociedades guerreras conformadas, en gran parte, de hombres adultos de ascendencia múltiple, y que se habían formado como consecuencia de las guerras, las migraciones forzadas y las hambrunas que había dejado la trata esclavista[1]. Una vez embarcados en los buques negreros, hombres, mujeres y niños intentaron huir, lanzándose por la borda y, generalmente, ahogándose; otros se dejaban morir[2].

Una vez desembarcados en los puertos americanos, muchos africanos conservaban sus esperanzas de huir y ser libres. A medida que iban llegando para abastecer la mano de obra servil que sustentaba el progreso de la colonización en las islas del Caribe y a lo largo del litoral continental, procuraban huir tierra adentro y se escondían en las montañas, en los bosques y en las zonas pantanosas próximas de su lugar de trabajo. El cimarronaje de pequeña escala, o la fuga individual de corta duración, les permitía saborear una noche o un par de días de libertad, de soledad, de la compañía de un ser querido o de sus hijos, de la compañía de sus parientes, incluso sabiendo que tendrían que pagarlo con el látigo y el cepo al regresar. A veces, la fuga individual podía conducir a intentar cambiar de identidad y hacerse pasar por libre, particularmente en el caso de las mujeres, de los hombres que se enrolaban en un barco, y de los esclavos criollos; todos ellos se podían fundir más fácilmente en la heterogénea población de una ciudad o de un puerto. A partir de 1730,

[1] James H. Sweet, *Recreating Africa. Culture, Kinship, and Religion in the African-Portuguese World, 1441-1770*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 2003, p. 50.

[2] David Eltis, *The Rise of African Slavery*, *op. cit.*, p. 228-233; Joseph C. Miller, *Way of Death*, *op. cit.*, p. 408-410.

ciertos cimarrones urbanos aprendieron a leer y a escribir con el fin de desbancar el estereotipo del "esclavo inculto" o para falsificar un salvoconducto o una "carta de libertad"[3]. En último lugar, el cimarronaje de gran escala, o la huida de larga duración, y el llevar una vida libre, en soledad o en grupos pequeños en los bosques y en zonas fronterizas, fue también una forma fundamental de lucha contra la esclavitud que dio origen a sociedades cimarronas (*maroon societies*).

Los que tomaban la decisión de huir lo hacían por diversas razones: para rechazar el tormento cruel e incomprensible que venían aguantando desde África, para escapar del maltrato y del hambre, como reacción a un castigo particularmente injusto o para evitar un castigo, para reencontrarse con parientes o seres queridos. Muchos esclavos huyeron también por temor a lo que les pudiese ocurrir en caso de que su amo falleciera (los índices de mortalidad entre los blancos también eran altísimos[4]), a ser vendidos a otro dueño o a la llegada de un nuevo regidor de plantación. Entre estos fugitivos, algunos buscaban más que huir de una amenaza: querían ganar su libertad[5]. Así pues, escapar era una estrategia de intensidad variable. A menudo duraba sólo una noche o algunos días, lo que le daba tiempo al esclavo de visitar a un ser cercano o de descansar un poco. En estos casos, los amos tendían a reprender la infracción, aunque a veces la toleraban. Para el esclavo que escapaba durante un período breve, el objetivo no era conseguir la libertad y este tipo de casos no será estudiado aquí. Al contrario, escapar de la condición de esclavitud podía ser un verdadero proyecto que realizaba fundiéndose en la población afrodescendiente libre, o instalándose en los márgenes de las fronteras de colonización, o formando sociedades alejadas de los blancos en el *hinterland*. Este cimarronaje de gran escala —urbano, rural o marítimo— representaba una búsqueda de libertad que, a veces, tenía éxito.

[3] Frederick P. Bowser, *The African Slave in Colonial Peru*, *op. cit.*, p. 191-195; Bernard Lavallé, "Violence esclavagiste et marronnage à Trujillo (Pérou) au XVII[e] siècle", en Jean-Paul Duviols et Annie Molinié-Bertrand (eds.), *La Violence en Espagne et en Amérique (XVe-XIXe siècles). Actes du colloque international "Les raisons des plus forts"*, Presses de l'Université de Paris-Sorbonne, París, 1997, p. 271-290; Peter H. Wood, *Black Majority. Negroes in Colonial South Carolina, from 1670 through the Stono Rebellion*, W. W. Norton, New York, 1975, p. 239-268; Ira Berlin, *Many Thousands Gone*, *op. cit.*, p. 70; Antonio T. Bly, "'Pretends He can Read': Runaways and Literacy in Colonial America, 1730-1776", *Early American Studies*, vol. 6, nº 2, otoño 2008, p. 261-294.

[4] En la Jamaica del siglo XIX, la tasa de mortalidad de los blancos, debido en particular a la fiebre amarilla y a la malaria, era superior a la de los negros: representaba más del 10% por año, y era compensada por la inmigración contante de ingleses, irlandeses, escoceses y judíos del Brasil y de Surinam (Vincent Brown, *The Reaper's Garden*, *op. cit.*, p. 13, 17).

[5] Alvin O. Thompson, *Flight to Freedom*, *op. cit.*, p. 40-78.

El cimarronaje, primera forma de sublevación contra la esclavitud

El cimarronaje de gran escala fue ampliamente utilizado por los esclavizados para rebatir su avasallamiento y afirmar su libertad. Para darse cuenta de ello hoy en día, a comienzos del siglo XXI, basta con examinar con cuidado el mapa étnico de las Américas y notar que está marcado por la existencia de comunidades, incluso de sociedades, cuyos antepasados fueron grupos de africanos que, entre los siglos XVI y XIX, huyeron y llegaron a establecerse duraderamente, a veces mezclándose con los amerindios no colonizados en las vastas zonas fronterizas de las Américas, durante el curso de las sucesivas olas de trata negrera. Situadas en regiones fronterizas cuyo acceso fue difícil durante mucho tiempo, estas comunidades cimarronas crearon un sistema de trueque y defensa gracias al cual pudieron subsistir.

La importancia del cimarronaje, particularmente en el siglo XVII, se puede percibir a través de la multitud de términos inventados para referirse a él. Las palabras *marron* y *maroon* provienen de español *cimarrón*, cuya evolución en términos de significado muestra bien la manera como los colonos consideraban a los esclavos africanos: *cimarrón* designaba primero al ganado que se escapaba a las montañas de la isla de La Española, luego se utilizaba para aludir al esclavo amerindio en fuga y, finalmente, designó al esclavo africano fugitivo[6]. Los múltiples nombres que existen para definir las sociedades cimarronas y a sus miembros demuestran su ubicuidad: *palenques*, *cumbes* o *mambises* en español, *quilombos*, *mocambos*, *ladeiras*, *magotes*, *palmares* o *coitos* en portugués, *outlaw camps*, *maroon settlements*, *runaway* o *fugitive slaves*, *hog hunters*, *negroes of the mountains* o *bush negroes* en inglés, *boschneegers* ("bush negroes") o *schuilneegers* ("hide-negroes") en neerlandés, y *bandes cimarronas*, *rebelles*, *nèg'mawon* o *"nègres marrons"* en francés[7]. Cabe notar que muchos de estos grupos fugitivos no resistieron mucho tiempo pues el clima y las condiciones de vida en los bosques o las zonas pantanosas eran, a menudo, insalubres. Muchos cimarrones vivían de pillar plantaciones, pueblos y caminos importantes, pero resistían poco tiempo ante las tropas que las autoridades enviaban a combatirles pues generalmente iban muy

[6] [Richard Price], "Introduction: Maroons and Their Communities", en Richard Price (ed.), *Maroon Societies*, *op. cit.*, note 1, p. 1-2.

[7] *Ibid.*; Mário José Maestri Filho, *L'esclavage au Brésil*, Karthala, Paris, 1991, p. 160; Herbert Aptheker, "Maroons within the Present Limits of the United States", en Richard Price (ed.), *Maroon Societies*, *op. cit.*, p. 151-167; Vincent B. Thompson, *The Making of the African Diaspora*, *op. cit.*, p. 273-287; Wim S. M., *The Boni Maroon Wars in Suriname*, E. J. Brill, Leyde, 1990, p. 10. Para una colección reciente de estudios sobre el cimarronaje, ver Jean Moomou y los miembros de la APFOM (éds.), *Sociétés marronnes des Amériques:* mémoires, patrimoines, identités et histoire: du XVIIe au XXe siècles: actes du colloque, Saint-Laurent-du-Maroni, Guyane française (18-23 noviembre de 2013), Ibis Rouge Editions, Matoury, 2015.

bien armadas. Los capturados eran condenados a ser ejecutados de manera cruelmente ejemplar o sometidos a una flagelación pública antes de ser vendidos en otro lugar. En otros casos, los cimarrones entraban en conflicto con tribus amerindias. Por otro lado, al refugiarse en el interior no colonizado, contribuyeron sin saberlo a la conquista indirecta de nuevas fronteras al servir de exploradores sobre tierras de las cuales se apropiaron luego los colonos europeos.

Sin embargo, si bien el cimarronaje no logró acabar con la institución de la esclavitud en ninguna parte, sí la debilitó considerablemente. Así como lo escribe Richard Price, "en el conjunto de las Américas negras, estas comunidades [cimarronas] se distinguen como un cuestionamiento heroico de la autoridad blanca y como la prueba viva de la existencia de una conciencia de los esclavos que se negaba a ser limitada por la concepción o manipulación de los blancos"[8]. Efectivamente, el cimarronaje representó una amenaza costosa y constante para las autoridades y para los esclavistas, quienes se veían obligados a contratar cazadores profesionales, a formar milicias o a hacer venir tropas de Europa para sofocarlo e impedir su extensión. Algunas de estas comunidades fueron reconocidas como autónomas y sus esclavos fugitivos fueron declarados libres por las autoridades coloniales esclavistas incapaces de someterlas, cosa que representaba una gran victoria contra la esclavitud. Otros grupos de prófugos sobrevivieron, e incluso crecieron discretamente en las regiones fronterizas hasta integrarse progresivamente en las poblaciones libres de color a medida que el Estado extendía su control sobre la periferia, cosa que también representaba una victoria sobre la esclavitud.

El cimarronaje encarnó la forma principal de rebelión de los esclavizados hasta mediados del siglo XVIII. Era una rebelión que se extendió en el largo plazo ya que era un "delito contra el orden público [...] consistente en el levantamiento público y en cierta hostilidad contra los poderes del Estado, con el fin de derrocarlos" (*Real Academia Española*). A veces diferenciados por los historiadores, rebelión y cimarronaje estaban a menudo imbricados, el uno generaba el otro, hasta el punto que ciertas rebeliones fueron en realidad tentativas colectivas de cimarronaje. Igualmente, una vez establecidas, las sociedades cimarrones se armaban, atacaban plantaciones y pueblos para obtener ciertos bienes, y se defendían contra toda incursión de las fuerzas coloniales o esclavistas sobre su territorio[9]. Pero el cimarronaje fue también una estrategia de liberación que evolucionó con el paso de los siglos.

Entre 1525 y 1600, la gran mayoría de los africanos esclavizados que habían sobrevivido a la travesía del Atlántico fue desembarcada en la América española continental, es decir en México, Perú y Colombia. Se trataba más

[8] [Richard Price], "Introduction", *art. cit.*, p. 2.

[9] Miguel Acosta Saignes, *Vida de los esclavos negros en Venezuela*, *op. cit.*, p. 293-296; Orlando Patterson, *The Sociology of Slavery*, *op. cit.*, p. 267.

que nada de hombres, pero también mujeres y niños, importados con el fin de reemplazar a los amerindios diezmados por el trabajo forzoso en las minas, la agricultura y la ganadería, la construcción, los transportes, la pesca de perlas y los talleres de tejido. Así como en la península ibérica, en América los africanos también se ocupaban de los quehaceres domésticos y del pequeño comercio. Estos esclavos llegaron a unas sociedades en mutación, dominadas por hombres españoles que no eran suficientemente numerosos como para extender su poder más allá de las ciudades ni de sus explotaciones agrícolas o mineras. De hecho, salvo las regiones más pobladas que correspondían a los antiguos imperios precoloniales, gran parte de las tierras americanas no había sido colonizada y, a menudo, ni siquiera había sido explorada por los europeos. Siendo así, existían vastas extensiones de tierra pobremente pobladas por unas pocas tribus amerindias, de modo que escapar (en grupo o individualmente) hacia esos territorios desconocidos resultaba una opción muy arriesgada pero efectiva para los africanos.

Por lo tanto, decenas, cientos y luego miles de cautivos africanos, entre los cuales se encontraban mujeres y niños, se liberaron de la esclavitud huyendo hacia las montañas, por los ríos, en los llanos y bosques tropicales. Numerosos informes de la época dan fe de este vasto fenómeno y, en ellos, se puede apreciar cómo los funcionarios reales solían pedirles medios financieros a sus superiores para menguar las fugas de esclavos, y, una vez estos últimos establecidos tierra adentro, para detener sus abusos, ataques, robos y raptos de mujeres esclavas y amerindias. A partir de la década de 1520, empezaron a emanar peticiones de este tipo de las regiones de Veracruz, Jalapa, Córdoba y Oaxaca en México, de la isla de La Española, Florida, y Panamá, Cartagena de Indias y Santa Marta en Colombia; luego, a medida que la colonización se extendió y que se intensificó la esclavitud, otras peticiones también fueron expedidas de Caracas, Coro, Lima, Trujillo y Buenos Aires, entre otras[10].

Algunos ejemplos ilustran bien que el cimarronaje fue la forma principal de rebelión en el siglo XVI, empezando con la rebelión del Negro Miguel, en 1553, en la región aurífera de San Felipe, en Venezuela, donde una centena de africanos recientemente importados trabajaba en las minas reales. Miguel, su mujer, y otros africanos huyeron a las montañas cercanas y establecieron un campamento fortificado desde el cual atacaron la mina, permitiendo así la fuga colectiva de varios esclavos. En su punto culminante, esta comunidad cimarrona contaba con unos 180 hombres y mujeres, africanos y amerindios, que presionaron a los colonos, dispersados en la región, hasta que los españoles llegaron a desalojarles. Si bien Miguel y varios de sus compañeros

[10] Colin A. Palmer, *Slaves of the White God. Blacks in Mexico, 1570-1650*, Harvard University Press, Cambridge, 1976, p. 122-124; Miguel Acosta Saignes, *Vida de los esclavos negros en Venezuela*, *op. cit.*, p. 249-259; Frederick P. Bowser, *The African Slave in Colonial Peru*, *op. cit.*, p. 187-191; Jean-Pierre Tardieu, *Cimarrones de Panamá: la forja de una identidad afroamericana en el siglo XVI*, Iberoamericana-Vervuert, Madrid, 2009.

fallecieron en el combate o fueron ejecutados, otros se refugiaron en la profundidad de las montañas y continuaron viviendo al margen de la esclavitud hasta que lograron constituir comunidades cimarronas seguras e insertadas en las redes de contrabando[11]. En la región aurífera de Zaragoza y Remedios, en Antioquia (Colombia), se produjeron levantamientos similares en 1598 y 1607, respectivamente, cuando cientos, incluso miles de esclavos, según los cronistas de la época, asesinaron a sus dueños o jefes de equipo y se refugiaron en los bosques. Allí construyeron palenques, desde donde continuaron atacando a los propietarios de las minas, a los viajeros y a los comerciantes. La Audiencia real de Bogotá envió refuerzos, armas y municiones para intentar imponer el orden y destruir los palenques, en particular las rancherías de Guinea, en las cuales más de 300 cimarrones vivían de la agricultura. El ejército llegó a capturar un número indefinido de fugitivos, pero no a erradicar el cimarronaje de la región. Con el desarrollo de la piratería y el contrabando, ciertos grupos de cimarrones se establecieron cerca del litoral y, allí, abastecían a los corsarios en términos de ganado, productos agrícolas y pieles, a cambio de armas, herramientas y dinero. Justamente, fueron unos cimarrones quienes ayudaron al pirata Francis Drake a hacerse con un importante tesoro real cerca de Panamá en 1572[12].

Otro ejemplo, en la provincia de Vilcabamba, cerca de Cuzco (Perú) en 1602, muestra que los cimarrones podían también buscar enfrentarse a los amos de los que habían escapado. En este caso, varios esclavos africanos e indios se habían escapado de una mina de oro y de una plantación vecinas en las cuales trabajaban, codo a codo, en condiciones muy duras. Se agruparon entonces en una banda rebelde multiétnica liderada por un indio, Francisco Chichima. Este último, al parecer, había preparado minuciosamente un ataque contra los españoles, movilizando a los esclavos de las haciendas y acumulando víveres en el campamento que su banda protegía. Al principio, los insurrectos llegaron a quemar una propiedad, a matar a seis indios que no habían querido cooperar, y a asediar a una centena de españoles. Pero el intendente de la provincia obtuvo refuerzos y, finalmente, los bandidos se rindieron presentando la cabeza decapitada de Chichima. Después del incidente, los funcionarios reales, hacendados y propietarios de minas siguieron temiendo que los africanos y los amerindios que explotaban se uniesen para masacrarlos. Pero este fue un ataque aislado, y lo siguió siendo durante mucho tiempo, pues los esclavos rebeldes, en particular los africanos, habían comprendido que el cimarronaje era la forma de acción colectiva contra la

[11] Miguel Acosta Saignes, *Vida de los esclavos negros en Venezuela*, *op. cit.*, p. 254-261.

[12] María Cristina Navarrete, "Los palenques, reductos libertarios en la sociedad colonial, siglos XVI y XVII" , *Memoria y Sociedad*, Bogotá, vol. 7, nº 14, abril de 2003, p. 84-85; Jane Landers, *Black Society in Spanish Florida*, *op. cit.*, p. 17-18.

esclavitud más adaptada al contexto de una época en que la colonización era todavía muy fragmentaria[13].

La Corona española intentó responder a estas huidas de esclavos de diversas maneras. La abundancia de leyes y reglamentos sobre el cimarronaje muestra tanto la importancia del fenómeno, como la incapacidad de las autoridades de frenarlo. En 1520, estas últimas prohibieron el envío de esclavos ladinos y moros a América, pues se les acusaba de incitar a los africanos a huir; luego recomendaron evitar la importación de ciertas etnias africanas consideradas como particularmente indóciles. También estipularon ciertos castigos atroces: cincuenta latigazos seguidos de privaciones y del yugo, cargar con un peso encadenado al tobillo, y mutilación, castración (prohibida en 1540) o ahorcamiento para los fugitivos reincidentes. Luego las autoridades incitaron que se perdonase a los que se entregaban, pues consideraban que el miedo a ser castigados era lo que los disuadía de rendirse. También procuraron hacer cargar a los dueños con una parte de la responsabilidad de las huidas de esclavos, obligándolos a declarar las desapariciones so pena de multa. Toda persona que escondiera o ayudara a un esclavo cimarrón era castigada, mientras que la que le denunciara o le detuviera debía ser recompensada por el propietario perjudicado[14].

Sin embargo, estas medidas no disminuyeron las fugas de esclavos. Regiones enteras al margen de las zonas controladas por españoles se poblaron tanto de africanos fugitivos como de indios escapados de pueblos de indios o nunca sometidos, y sus descendientes. Así, la mayoría de la población afrodescendiente o zamba que caracteriza al actual Panamá, el *hinterland* de Veracruz en México y la región interior colombo-venezolana comprendida entre Valledupar, Mérida y Valencia proviene de palenques ya establecidos en el siglo XVI. Igualmente, la población afroamerindia de la región de Esmeraldas, en Ecuador, desciende de pequeños grupos de africanos que sobrevivieron a los naufragios de los barcos que los transportan para ser vendidos como esclavos en Perú. A partir de 1533, algunos de ellos llegaron a refugiarse tierra adentro donde entraron en contacto —y a menudo se unieron— con amerindios, dando origen a comunidades cimarronas. Después de aceptar la intervención de frailes y convertirse al catolicismo, estas comunidades afroindígenas lograron negociar el reconocimiento de su autonomía por España en 1600. El Perú es una excepción a este fenómeno de escapes colectivos tierra adentro, pues ni su árida costa, ni sus pequeñas ciudades, ni los Andes densamente poblados por los quechuas y los aimaras eran propicios para establecer refugios para comunidades cimarronas. Allí, los esclavos fugitivos

[13] Frederick P. Bowser, *The African Slave in Colonial Peru*, *op. cit.*, p. 176-178.

[14] Miguel Acosta Saignes, *Vida de los esclavos negros en Venezuela*, *op. cit.*, p. 251-259; Colin A. Palmer, *Slaves of the White God*, *op. cit.*, p. 123-126.

formaron grupos móviles que se dedicaban al bandidaje, particularmente alrededor de Lima[15].

Palenques y quilombos irreductibles

El cimarronaje de gran escala se amplificó durante el siglo XVII tras la llegada de nuevos africanos que eran enviados a trabajar en las haciendas de azúcar y cacao en todas las colonias continentales de España, y en las minas aluviales de la costa Pacífica de Colombia y Ecuador. También se volvió frecuente en Brasil a causa de la importación masiva de esclavos a la costa del nordeste. Además, a medida que se desarrollaba la piratería, algunas comunidades cimarronas y tribus amerindias empezaron a participar en el comercio de contrabando, intercambiando oro y pieles por armas y municiones. Los gobiernos coloniales continuaron promulgando leyes que castigaban cruelmente a los cimarrones pero, a menudo, les impusieron también multas a los amos cuyos esclavos fugitivos eran capturados. Esto condujo a la tendencia, entre los dueños, de no señalar las huidas y no reclamar a los cimarrones arrestados. Las autoridades también lanzaron a soldados y milicias contra las bandas y los campos de fugitivos, operaciones cuyos resultados fueron desiguales. Por consiguiente, muchas veces se veían forzadas a firmar tratados de paz con los jefes cimarrones y concederles a los palenques ciertos derechos territoriales y autonomía administrativa, a condición de que dejasen de acoger nuevos esclavos fugitivos[16].

Uno de los primeros palenques invictos fue Yanga, situado en las montañas del *hinterland* de Veracruz, en México. Creado en la década de 1580 por Ñanga (Yanga), un bozal de alto rango (probablemente akan) que había reunido numerosos cimarrones bajo su mando, sobrevivía de sus propios cultivos, de robar de material y mujeres en las haciendas vecinas, y de los ataques dirigidos al camino real que iba de Veracruz a la ciudad de México. En 1608, el palenque tenía un grupo de aproximadamente ochenta hombres, todos esclavos cimarrones, veinticuatro mujeres negras o amerindias, y muchos niños. Estaba rodeado de barricadas, trampas y puestos de guardia, y contaba con sesenta chozas, campos para la agricultura, ganado y aves de corral. Puesto que vivían con el temor permanente de ser atacados, un capitán oriundo de Angola tenía bajo su mando a la mitad de los hombres del palenque y estos se dedicaban a la vigilancia y a los pillajes que proveían su abastecimiento.

[15] Ève Demazière, *Les cultures noires d'Amérique centrale*, Karthala, Paris, 1994, p. 64-73; Miguel Acosta Saignes, *Vida de los esclavos negros en Venezuela*, *op. cit.*, p. 249-259; Charles Beatty-Medina, "Between the Cross and the Sword", *art. cit.*; Frederick P. Bowser, *The African Slave in Colonial Peru*, *op. cit.*, p. 187-191.

[16] Donna J. Guy et Thomas E. Sheridan (eds.), *Contested Ground. Comparative Frontiers on the Northern and Southern Edges of the Spanish Empire*, University of Arizona Press, Tucson, 1998.

Ese año, los españoles enviaron a un sacerdote franciscano a que negociara un acuerdo de paz con Ñanga, quien pidió la libertad perpetua de los cimarrones que vivían en el campamento, pero aceptó reenviar a sus amos a todos los que huyeran en el futuro. Exigió también que el "capitán Ñanga" fuera gobernador, y que le sucedieran sus hijos y descendientes. Las condiciones de Ñanga se quedaron sin respuesta alguna durante nueve años en los cuales los españoles lanzaron varios ataques contra el palenque, forzando cada vez a los cimarrones a huir y reconstruir su campamento. Finalmente, en 1618 las autoridades coloniales aceptaron las principales peticiones del ya viejo Ñanga. El palenque se convirtió así en un pueblo libre bajo el nombre de San Lorenzo de los Negros, cuyos esclavos fugitivos fueron amnistiados y emancipados a cambio de que se comprometieran a arrestar y entregar a todo nuevo cimarrón que allí se presentara a las autoridades. Siguiendo el modelo de los pueblos de indios, San Lorenzo de los Negros disponía de su propio cabildo, dirigido por Ñanga y sus descendientes, pero no podía acoger a ningún otro habitante que no fuera miembro del antiguo palenque, junto con sus descendientes, a excepción de un corregidor y de un cura. El acuerdo fue aparentemente respetado hasta el final de la dominación española[17].

Otros palenques y quilombos conformados en el siglo XVII también llegaron a hacer doblegar la autoridad colonial. En Colombia, el Palenque de San Basilio tuvo un destino similar al de Yanga, aunque su historia legendaria fusiona el destino de dos palenques, el de Matuna y el de San Miguel Arcángel. Al principio del siglo XVII, en el momento del auge de haciendas azucareras en el suroeste de Cartagena de Indias, cientos, e incluso miles de africanos recién llegados huyeron hacia los montes de María y más allá, y fundaron varios palenques. Entre ellos estaba Domingo Biohó, quien afirmaba haber sido rey en África y logró reunir a decenas de hombres y de mujeres cimarrones junto con los cuales sembraba el terror en las haciendas alrededor de Tolú. Biohó se hizo llamar rey bajo el nombre de Benkos y siguió haciendo crecer su grupo hasta trasladar su comunidad de fugitivos al palenque fortificado de Matuna. Acto seguido, las tropas españolas y las de Benkos se libraron a una larga guerra, interrumpida periódicamente por algunas tentativas de negociación, que culminó con la captura de Benkos, condenado a la horca en 1619.

Sin embargo, los esclavizados de la región de Cartagena siguieron escapándose y reagrupándose en palenques; incluso se aliaron con algunos terratenientes comprometiéndose a labrar sus tierras a cambio de utensilios y de armas. Como respuesta, el gobernador decidió expedir un conjunto de leyes cuyo objetivo era castigar a los cimarrones según dos criterios: el número de

[17] Colin A. Palmer, *Slaves of the White God*, *op. cit.*, p. 128-131; David M. Davidson, "Negro Slave Control and Resistance in Colonial Mexico, 1519-1650", en Richard Price (ed.), *Maroon Societies*, *op. cit.*, p. 92-98; Patrick J. Carroll, *Blacks in Colonial Veracruz*, *op. cit.*, p. 90-92.

reincidencias y el tiempo de fuga. Las penas variaban entre 100 a 300 latigazos, la mutilación de orejas, el garrote, el descuartizamiento o la horca. En 1634, después de una expedición contra el palenque de Limón, decenas de esclavos fugitivos fueron capturados y juzgados, y veintitrés de ellos fueron condenados a una muerte horrible seguida de la exhibición de sus cabezas y miembros a lo largo del camino que llevaba a Cartagena, así como en ciertas calles y plazas de la ciudad[18].

Pero esta represión no logró ponerle freno al cimarronaje. A finales del siglo XVII, palenques conformados a la vez por esclavos africanos y criollos, amerindios, libres de color, inmigrantes y soldados, así como por mujeres (a veces secuestradas) y niños se multiplicaron en el sur de Cartagena, en las afueras de Santa Marta y Panamá, a lo largo del río Magdalena y en la región aurífera de Mompox. Si bien algunos cimarrones vivían de la rapiña y la delincuencia, otros hacían parte de redes de contrabando, de trabajo agrícola o de minería. Presionado por los hacendados esclavistas, el gobernador de la provincia de Cartagena ordenó lanzar una ofensiva general contra estos refugios ilegales. Algunos, como el palenque de Tabacal, que había sido organizado por Domingo Padilla, un esclavo ladino que se había fugado con su mujer y sus hijos, fueron destruidos a punta de fuego y sangre. En 1693, catorce cimarrones de Tabacal, entre los cuales se encontraba Padilla, fueron colgados frente al matadero de Cartagena; el cuerpo de Padilla fue recortado y sus miembros expuestos en lugares estratégicos para atemorizar a los esclavos. Otros 110 hombres, mujeres y niños fueron condenados a 100 o 200 latigazos, infligidos públicamente, antes de ser devueltos a sus propietarios para que se les vendiera en el exterior. Varias comunidades de esclavos fugitivos sufrieron la misma suerte, cosa que permitió a los hacendados apropiarse de las tierras que los cimarrones habían labrado y de las minas que habían comenzado a explotar.

Sin embargo, a pesar de esta violenta represión, cientos de cimarrones se habían escapado hacia el interior y seguían existiendo algunos palenques como el de San Miguel Arcángel en el sur de Cartagena, dirigido por Domingo Criollo. Finalmente, en 1713, es decir un siglo después del tratado concluido por la monarquía y Ñanga en México, el obispo de Cartagena forzó a las autoridades reales a que llegaran a un compromiso con una parte de los fugitivos. Bajo su protección, los cimarrones de los montes de María obtuvieron el reconocimiento de su libertad personal y la autonomía del palenque de San Miguel Arcángel (renombrado Palenque de San Basilio), a cambio de dejar las armas y de entregar a todo nuevo esclavo fugitivo[19].

[18] Hélène Vignaux, *Esclavage et rébellion: la construction sociale des Noirs et des mulâtres (Nouvelle-Grenade, XVIIe siècle)*, Presses Universitaires de la Méditerranée, Montpellier, 2007, p. 133-135.

[19] María del Carmen Borrego Plá, *Palenques de negros en Cartagena de Indias a fines del siglo diecisiete*, Escuela de Estudios Hispanoamericanos, Sevilla, 1973; María Cristina Navarrete P.,

La sociedad cimarrona tal vez más importante de principios del siglo XVII fue Palmares, en la provincia de Pernambuco, en Brasil, fundada en 1600 y víctima, desde 1612, de expediciones portuguesas. En la década de 1630, los neerlandeses ocuparon dicha provincia y descubrieron que Palmares no era un campamento sino una federación de pueblos en la que se agrupaban por lo menos 11 000 cimarrones, de los cuales la mitad vivía en las dos aglomeraciones más grandes que estaban aisladas y fortificadas. El primer ataque que lanzaron los neerlandeses fue contra pequeños *mocambos*, y se terminó en la masacre de cientos de esclavos fugitivos; el segundo, en 1645, fue dirigido hacia los dos quilombos grandes que encontraron abandonados pues sus habitantes, que habían sido alertados, pudieron huir hacia el interior. Así pues, los expedicionarios se limitaron a incendiar las chozas y a destruir los campos de cada palenque. Sin embargo, uno de los militares neerlandeses dejó un informe según el cual la sociedad de Palmares practicaba una agricultura meticulosa y estaba dirigida por un rey que ejercía una "justicia de hierro" contra todo miembro que pudiese comprometer la seguridad de la comunidad. A pesar de las destrucciones de 1645, la federación de quilombos continuó extendiéndose y amenazando las plantaciones azucareras que estaban en plena expansión.

Hacia 1675, el conjunto de Palmares comprendía entre 18 000 y 30 000 fugitivos, entre los cuales se hallaban africanos de diversas etnias así como criollos, y algunos amerindios. Este conjunto reconocía la autoridad de un rey, Ganga Zumba, y de jefes que lo representaban en cada *mocambo*. La sola aglomeración fortificada de Macaco, donde vivía el rey, contaba con 1 500 chozas y varios miles de habitantes. En 1678, ante la imposibilidad de vencerlos por la guerra, el gobernador de Pernambuco y Ganga Zumba negociaron un tratado que le concedía la libertad a los *quilombolas* (los cimarrones del quilombo), la autonomía a la federación, y el goce de una parte de las tierras que ocupaban. Pero el compromiso, que tenía sus ambigüedades, fue rechazado por un jefe intransigente, Zumbi dos Palmares, quien hizo envenenar a Ganga Zumba, tomó el mando del movimiento y siguió resistiendo, con sus tropas, a los ataques portugueses durante quince años.

No fue sino hasta 1694 que un poderoso ejército portugués consiguió tomar por la fuerza el último bastión fortificado del amplio complejo de Palmares. Según las fuentes portuguesas, 200 resistentes *quilombolas* se lanzaron desde lo alto de un peñasco para encontrarse con la muerte, otros 200 murieron en combate, y más de 500 hombres, mujeres y niños fueron capturados y vendidos como esclavos. Zumbi y un pequeño grupo de combatientes lograron escapar durante un cierto tiempo, pero el líder fue herido, capturado y decapitado el 20 de noviembre de 1695. Su cabeza fue expuesta

Cimarrones y palenques en el siglo XVII, Editorial Facultad de Humanidades, Cali, 2003, p. 64-114; Hélène Vignaux, *Esclavage et rébellion*, *op. cit.*, p. 204-274.

en Recife para "matar la leyenda de su inmortalidad". Sin embargo, miles de quilombolas que habían huido durante la década de guerra lograron fundar nuevos quilombos en los bosques de Paraíba, y cientos de esclavos fugitivos crearon mocambos en las capitanías de Río de Janeiro, Bahía y Minas Gerais en el trascurso de los siglos XVII y XVIII. Su modo de vida y economía dependían en gran parte de su situación: de 1740 a 1763 unos 100 *quilombolas* de Buraco de Tatú, cerca de Salvador, vivían del bandidaje y el rapto de habitantes libres y esclavizados en los alrededores de la ciudad, mientras que otros se habían instalado en la periferia de las plantaciones[20].

En Minas Gerais, después del descubrimiento de oro a finales del siglo XVII, las importaciones anuales de nuevos esclavos se multiplicaron por cinco entre 1710 y 1735, hasta alcanzar la cifra de 100 000 esclavos en la región, provocando simultáneamente la formación de decenas de quilombos. Durante estas dos décadas, el frenesí aurífero condujo a que los propietarios les dejaran una gran autonomía a sus esclavos para que explotaran más oro, pero esto hizo que aumentara también el temor de rebelión. Por consiguiente, en 1719, el capitán general de la región anunció haber descubierto una conspiración de los esclavos de las minas del distrito de Rio das Mortes. El movimiento tenía que haber comenzado el Jueves Santo para sorprender a los blancos, ocupados celebrando Pascua, pero una disputa entre minas y angolas sobre el liderazgo de la rebelión permitió detener y castigar a los supuestos conspiradores justo ante de que pudiesen actuar. En un informe que el capitán general le envió al rey de Portugal, este se felicitaba de haber desmantelado y reprimido el complot que habría podido ser fatal, pero le informaba del siguiente dilema:

> "La sedición ha sido apagada y el país ha recobrado su tranquilidad. Sin embargo, como no podemos impedir que los negros restantes dejen de pensar, ni privarles de su deseo natural de libertad, y como no podemos eliminarles a todos solamente por este deseo ya que nuestra existencia aquí depende de ellos, se debe concluir que este país siempre estará sometido a este problema."[21]

Efectivamente, en los territorios poco colonizados, como Minas Gerais, las huidas de esclavizados hacia las colinas y ríos arriba eran abundantes, y estos fundaban quilombos por todas partes. El más grande era el de Jacuí, cerca de São João del Rei, que protegía casi 4 000 fugitivos y representaba

[20] Stuart B. Schwartz, *Slaves, Peasants and Rebels. Reconsidering Brazilian Slavery*, University of Illinois Press, Urbana, 1996, p. 103-136; João José Reis, "Quilombos e revoltas escravas no Brasil", *Revista da Universidade de São Paulo*, vol. 14, nº 39, diciembre de 1995-febrero de 1996, p. 16-20, <www.usp.br >.

[21] Conde Don Pedro de Almeida au roi, 20 abril de 1719, citado en Robert Edgar Conrad, *Children of God's Fire. A Documentary History of Black Slavery in Brazil*, Princeton University Press, Princeton, 1983, p. 396.

una amenaza a la expansión de la colonización minera en la región. Si bien el ejército lanzó una operación contra Jacuí en 1756, el terreno montañoso y el esparcimiento de los centros mineros y urbanos continuaron facilitando las fugas de esclavos. A Lisboa llegaban sin cesar las quejas de los gobernadores y propietarios de esclavos de la zona, disgustados por la inseguridad que los cimarrones hacían reinar con sus ataques, robos, raptos, saqueos y homicidios. A finales del siglo XVIII, sólo en Minas Gerais, se podían contar 117 quilombos cuyos miembros no sólo eran bandidos, ya que algunos extraían oro, cultivaban para el consumo local y participaban en el mercado del contrabando[22].

El problema del cimarronaje en el inmenso territorio brasileño era tal que los gobernadores no vacilaron en intentar reprimirlo, sometiendo a los fugitivos capturados a mutilaciones, a que se les marcase con hierro candente, a que se les cortase el tendón de Aquiles, o que se les amputase una pierna, así como otros a castigos particularmente crueles. Se les impuso también a los esclavos una cantidad importante de restricciones en cuanto al porte de herramientas y armas, a los desplazamientos y hasta al padrinazgo de sus hijos. Para colmar la ausencia de policía rural, se instauraron milicias privadas dirigidas por *capitães do mato* ("capitanes de bosque"), quienes recibían patentes para defender el campo de ataques de cimarrones, de indios y de todos los que cupieran bajo la denominación de "bandidos". Estos capitanes prácticamente tenían carta blanca para reclutar a hombres y, dados los peligros y las duras condiciones de su misión, a menudo terminaban movilizando esclavos y libertos recientes pues el ejército no entraba en esas regiones de bosques y de *sertão*, salvo en el momento de ataques coordinados contra los quilombos más importantes. Además, como los *capitães do mato* no formaban parte del ejército, no recibían sueldo, y eran pagados por pieza por los propietarios de los esclavos fugitivos, quienes les daban primas que generalmente se redistribuían entre ellos. Para los esclavos alistados por sus amos en estas expediciones, estas representaban una nueva vía posible a través de la cual, si acumulaban suficiente dinero, podían terminar comprando su libertad. Capturando esclavos fugitivos, estos esclavos milicianos podían esperar emanciparse; otros escogían luego volverse cimarrones. El campo de acción de los *capitães do mato* estuvo limitado geográficamente, y ellos no consiguieron reducir realmente el cimarronaje de gran escala en el interior del país. Lo que sí es cierto es que forzaron a los *quilombolas* que vivían cerca de las ciudades y de las regiones colonizadas a formar grupos reducidos y móviles para evitar, así, la traición y la captura[23].

[22] Carlos Magno Guimarães, *Uma negação da ordem escravista: quilombos em Minas Gerais no século XVIII*, Icone Editora, São Paulo, 1988; Kathleen J. Higgins, *"Licentious Liberty" in a Brazilian Gold-Mining Region: Slavery, Gender, and Social Control in Eighteenth-Century Sabará, Minas Gerais*, Penn State University Press, University Park, 1999, p. 176-179.

[23] A. J. R. Russell-Wood, *Slavery and Freedom in Colonial Brazil* (1982), Oneworld, Oxford, 2002, p. 124-126; João José Reis, "Quilombos e revoltas escravas no Brasil", *art. cit.*, p. 20-21;

Glorias y reveses del cimarronaje de gran escala en las Antillas azucareras

A partir de 1650 el desarrollo fulgurante de la plantación azucarera esclavista en las islas del Caribe provocó la formación de sociedades cimarronas como consecuencia de la evasión de africanos recientemente desembarcados o de insurrecciones de esclavos. En todas las islas, estos cimarrones sacaron provecho de la ocupación todavía escasa del territorio por los colonos europeos y de la existencia de regiones difícilmente accesibles en las cuales podían refugiarse. Lo primero que hacían era atacar las plantaciones para abastecerse de alimentos y armas, y raptar a las mujeres; luego se establecían progresivamente en comunidades más organizadas que representaban un verdadero problema para los colonos: amenazaban su seguridad (incluso llegaban a cometer homicidios); hacían todo desplazamiento y transporte peligroso; atraían a los esclavizados pues se convertían en modelos a seguir; eran un peso considerable para las milicias y tropas desabastecidas.

Tanto como había sido el caso, en el siglo XVI, de las coronas española y portuguesa, los otros poderes coloniales tampoco encontraron cómo acabar con el cimarronaje. En ocasiones movilizaban esclavos emancipados o amerindios para que persiguiesen a los cimarrones, o estipulaban castigos ejemplares como método de disuasión. El Código Negro de Luis XIV, promulgado en 1685, establecía una progresión de las penas que iban desde cortar las orejas y marcar con una flor de lis en uno de los hombros, a cortar una pierna y marcar el otro hombro, hasta la pena de muerte. El código de Carolina del Sur de 1712 preveía lo mismo, con castigos que iban de la flagelación a la marcación de la letra "R" sobre la mejilla derecha, a la ablación de una oreja; luego venían la castración y la pena de muerte por toda tentativa de fuga por fuera de la colonia. El código negro adoptado por Virginia en 1682 autorizaba a los blancos a matar a todo esclavo fugitivo que se negase a rendirse[24]. Estas mutilaciones y muertes eran muy costosas para los dueños ya que disminuían el valor y el rendimiento de sus esclavos. Por consiguiente, muchos de ellos no respetaban la obligación legal de declarar las fugas y torturaban

Francis Albert Cotta, "Les compagnies de mulâtres et de Noirs *libertos*. Mobilité sociale et offices militaires en le Minas Gerais, Brésil, XVIII[e] siècle", en Carmen Bernand y Alessandro Stella (ed.), *D'esclaves à soldats: Miliciens et soldats d'origine servile, xiiie-xxie siècles*, L'Harmattan, Paris, 2006, p. 159-162; Kathleen J. Higgins, *"Licentious Liberty" in a Brazilian Gold-Mining Region*, *op. cit.*, p. 179-190.

[24] Luis XIV, *Code noir ou édit du Roi, touchant l'état et la discipline des esclaves nègres de l'Amérique française, donné à Versailles*, mes de marzo 1685, <http://gallica.bnf.fr>; Charles M. Christian (avec Sari J. Bennet), *Black Saga. The African American Experience*, Houghton Mifflin, Boston, 1995, p. 19, 27-28. Para consultar un análisis de este código, ver Erwann Le Guern, "Une chose baptisée? Le statut juridique de l'esclave des colonies françaises sous l'Ancien Régime", tesis de DEA de historia del derecho, Universidad Rennes-I, 2002-2003.

ellos mismos a sus esclavos si volvían o eran arrestados. Sin embargo, ni siquiera medidas como esas lograron frenar el fenómeno.

Así, en Barbados, la isla pionera de las colonias azucareras, desde 1650 algunos esclavos africanos y trabajadores irlandeses contratados se escaparon refugiándose en cuevas o bosques. Pero la expansión de la plantación azucarera en esta pequeña isla acabó rápidamente con toda posibilidad de formar sociedades cimarronas duraderas, y unos cuantos esclavos optaron entonces por el cimarronaje marítimo, huyendo en canoas hacia las islas vecinas de Santa Lucía, San Vicente, Dominica y Tobago. Otros se enrolaban en buques comerciales o piratas poco exigentes, hasta el punto de llegar a representar una parte importante de las tripulaciones. No se sabe a ciencia cierta cuántos fueron exactamente, pero las fugas eran suficientemente importantes como para que, repetidas veces, las autoridades británicas legislaran contra el cimarronaje marítimo[25].

En Jamaica, el cimarronaje adquirió tales dimensiones que el gobierno británico tuvo que aceptar que se firmase un tratado de paz que concedía la libertad a los cimarrones. En efecto, tan pronto como Inglaterra tomó la isla de las manos de España en 1655, los esclavos de los colonos españoles sacaron provecho de la situación para huir, formar guerrillas, y refugiarse en el masivo de las Montañas Azules al este de la isla. Las rebeliones y las fugas de esclavos continuaron mientras que se iban estableciendo los primeros hacendados ingleses, facilitadas por la existencia de montañas escarpadas, tupidas, difíciles de acceder, y donde abundaban fuentes de agua potable[26]. Como no lograban desalojarlos, los ingleses optaron por importar africanos en masa, venidos principalmente de la costa de Guinea: de unos estimados 8000 en 1664, el número de esclavos en la isla pasó a 9 500 en 1673, a 45000 en 1703, a 80000 en 1722 y a 130000 en 1754[27]. Pero las rebeliones seguidas de fugas de esclavizados se multiplicaron, reforzando las dos grandes sociedades cimarronas de Jamaica: la que ya existía en las Montañas Azules (Windward Maroons) que se rejuveneció con la llegada de cientos de hombres, mujeres y niños africanos, formando una federación de pueblos dominada por la personalidad guerrera de la sacerdotisa Nanny (también conocida como Queen Nanny); y la de las montañas tupidas de Cockpit Country, al

[25] Hilary Beckles, "From Land to Sea: Runaway Barbados Slaves and Servants, 1630-1700", en Gad J. Heuman (ed.), *Out of the House of Bondage. Runaways, Resistance and Marronage in Africa and the New World*, Frank Cass, Londres, 1986, p. 79-94; David B. Gaspar, *Bondmen & Rebels, op. cit.*, p. 204-207; N. A. T. Hall, "Maritime Maroons: *Grand Marronage* from the Danish West Indies", en Hilary Beckles et Verene Shepherd (eds.), *Caribbean Slave Society and Culture. A Student Reader*, The New Press, New York, 1991, p. 387-400. Sobre la "révolution sucrière" en las plantaciones esclavistas de Barbados a finales de la década de 1640, ver Barry William Higman, "The Sugar Revolution", *Economic History Review*, vol. 55, nº 2, mayo de 2000, p. 213-236.

[26] Orlando Patterson, "Slavery and Slave Revolts: A Sociohistorical Analysis of the First Maroon War, 1665-1740", en Richard Price (ed.), *Maroon Societies, op. cit.*, p. 246-292.

[27] Orlando Patterson, *The Sociology of Slavery, op. cit.*, p. 97.

occidente (Leeward Maroons), más autocrática y centralizada alrededor de un jefe akan. En 1673, la primera gran rebelión reunió a unos 300 esclavos, en su mayoría akan, provenientes de las plantaciones de la parroquia de Saint Ann; habían asesinado a sus amos y a trece otros blancos para luego refugiarse en Cockpit Country. Después de esa rebelión, varias otras estallaron, bajo el mismo modelo, en diversas provincias de la isla y, en muchos casos, los *maroons* (cimarrones de Jamaica y sus descendientes) terminaban siendo arrestados y sometidos a castigos crueles con los que se pretendía disuadir al resto, pero que no lograron reducir el cimarronaje[28].

Hacia 1720, el número de *maroons* en Jamaica sumaba varios miles, y sus comunidades continuaban atrayendo nuevos integrantes provenientes de los 80 000 esclavos entonces presentes en la isla. Los británicos redoblaron sus esfuerzos para someterlos, contratando también esclavos e indios misquitos en sus operaciones, frente a *maroons* que recurrían a tácticas de guerrilla africanas desconcertantes y mejor adaptadas al terreno. En 1734, después de meses de combates, los británicos pudieron tomar el pueblo de Nanny Town en las Montañas Azules; cientos de *maroons* huyeron, y una parte de ellos se refugió en Cockpit Country. Este último se convirtió así en el nuevo objetivo de los militares británicos. Bajo el mando de Cudjoe, probablemente nacido en el palenque de un padre akan fugitivo, estos cimarrones optaron por sobrevivir antes que correr el peligro de ser aniquilados por el ejército. Después de largas negociaciones, en marzo de 1739, Cudjoe firmó un tratado de paz con las autoridades británicas, que le garantizaba "un estado perfecto de libertad" a Cudjoe y a los miembros de su comunidad que habían estado por fuera del poder de su amo desde hace más de dos años, obligando a la comunidad a reenviar a los más recientes. Los otros *maroons* podían escoger entre seguir siendo sujetos de Cudjoe o regresar a donde sus amos a cambio de la promesa de ser perdonados. A la vez, el tratado preveía que se le concedieran 600 hectáreas de tierra a la comunidad de Cudjoe, sobre las cuales les estaría prohibido cultivar caña de azúcar, pero donde podrían vivir de la ganadería, la caza y el cultivo de víveres que podrían vender en los mercados de la región. La comunidad podía ejercer su propia justicia, salvo en cuanto a los crímenes que llevaban a la pena de muerte, los cuales debían ser transmitidos a la justicia británica. Otro compromiso era que sus hombres participaran en la defensa de la isla en caso de ataque y que se reenviara todo nuevo esclavo fugitivo a los hacendados. Un año más tarde, los británicos firmaron un tratado de paz más restrictivo con los *maroons* de las Montañas Azules[29], señalando el fin de la primera guerra cimarrona de Jamaica, pero no de las rebeliones ni del cimarronaje en la isla.

[28] *Ibid.*, p. 267-270.

[29] Michael Craton, *Testing the Chains*, *op. cit.*, p. 67-96; Marvis Campbell, *The Maroons of Jamaica, 1655-1796*, African World Press Inc., Trenton, New Jersey, 1990. Para un estudio fundado

Varias comunidades cimarronas fueron también formadas por esclavos en otras islas de las Antillas, pero estas resistieron menos tiempo que las de Jamaica. En 1639, en San Cristóbal (compartida en ese entonces por Francia e Inglaterra), unos sesenta africanos, incluyendo mujeres y niños, buscaron huir de la crueldad de sus dueños refugiándose en las montañas de donde siguieron atacando a los colonos franceses. Conscientes de lo que les esperaría si llegasen a ser arrestados, construyeron un campamento fortificado al borde de un acantilado y, cuando el gobernador de la parte francesa lanzó a 500 soldados bien armados contra ellos e hizo incendiar sus chozas, unos pocos llegaron a saltar al vacío y muchos fueron quemados vivos, otros fueron descuartizados y sus miembros fueron expuestos en estacas a la vista de todos los esclavos. No obstante, más grupos cimarrones se formaron a medida que llegaban nuevos esclavos de África y que las condiciones de vida y de trabajo en las plantaciones se empeoraban[30].

En Martinica, todavía poco poblada, la banda de Francisque Fabulé, conformada por 400 o 500 esclavos fugitivos, fue la primera en ser identificada en 1665 por el gobernador francés. Capturado una primera vez, Fabulé contribuyó durante un tiempo a luchar contra el cimarronaje, pero luego huyó de nuevo, antes de ser arrestado y condenado a las galeras en 1671. No obstante, los fugitivos habían logrado construir pequeñas comunidades en los bosques donde vivían de sus cultivos y de la rapiña. El cimarronaje se desarrolló de manera más amplia en Guadalupe, sobre todo en Basse-Terre, donde el terreno montañoso retardó la colonización. A partir de la década de 1720, las autoridades intentaron capturar a los cientos de cimarrones que se habían establecido allí no sin antes raptar a sus mujeres en las plantaciones. Si bien en 1737 llegaron a capturar a cuarenta y ocho de ellos, de los cuales ocho fueron ejecutados, estaban lejos de erradicar el cimarronaje que se perpetuó en Basse-Terre hasta la abolición de la esclavitud[31]. En Saint-Domingue, al igual que en Martinica, los cautivos africanos llevaban huyendo por montones desde principios del siglo XVIII, y varios formaron bandas cimarronas que saqueaban regularmente las plantaciones en el sur de Cap-Français (el actual Cap-Haïtien). Otros se habían refugiado en la zona montañosa de bosques tupidos en la frontera con Santo Domingo, la parte española de La Española. A pesar de varias expediciones militares entre 1728 y 1740, diez

en la historia oral de los descendientes de los cimarrones de las Montañas Azules, ver Kenneth M. Bilby, *True-Born Maroons*, University Press of Florida, Gainesville, 2005.

[30] Jean-Pierre Sainton et Lydie Ho-Fong-Choy Choucoutou, "Le processus d'occupation des Petites Antilles (du milieu du XVIe au début du XVIIe)" en Jean-Pierre Sainton, Raymond Butin, Richard Château-Degat, Lydie Ho-Fong-Choy Choucoutou, y Georges B. Mauvois (eds.), *Histoire et civilisation de la Caraïbe (Guadeloupe, Martinique, Petites Antilles), Tome I: Le temps des genèses, des origines à 1685*, Maisonneuve & Larose, Paris, 2004, p. 249-250.

[31] Gabriel Debien, "Marronage in the French Caribbean", en Richard Price (ed.), *Maroon Societies, op. cit.*, p. 107-109; Frédéric Régent, *La France et ses esclaves, op. cit.*, p. 165.

años más tarde, había todavía cientos e incluso miles de fugitivos. Entre las bandas cimarronas, la banda de Le Maniel, fundada a finales del siglo XVII, resistió a los ataques militares durante varias décadas y terminó por concluir un tratado de paz, en 1785, con los gobiernos coloniales de ambas mitades (francesa y española) con la promesa de reenviarles a todo esclavo fugitivo[32].

En Cuba, antes de que la colonia española empezara a producir azúcar en masa, unos esclavos africanos fugitivos habían creado pequeñas comunidades cimarronas en las montañas, como la de El Portillo en el extremo oriental de la isla. En 1747, el gobernador movilizó a un centenar de hombres de la región para destruirla. Aunque muchos cimarrones lograron escapar, once adultos (y dos niños) fueron capturados y llevados ante la justicia. Las declaraciones de estos cautivos, conservadas en los archivos cubanos, muestran, en primer lugar, la diversidad étnica que caracterizaba algunos palenques nacidos del azar de las fugas exitosas. Estos hombres y mujeres declararon ser kongo, carabalí, mina o mandinga, supervivientes de la travesía transatlántica; una se declaró jamaiquina. Los detenidos explicaron que habían huido para escapar de un propietario o propietaria que los castigaba desmesuradamente, que robaba sus pocos bienes o que no había respetado una promesa de libertad. Declararon también que su objetivo era poder vivir en familia de los frutos de la tierra. El juez decidió que, en caso de haber sido importados legalmente a Cuba, serían devueltos a su dueño para que les castigara, pero que si habían llegado por contrabando, serían vendidos en una subasta pública[33].

Al contrario, en las pequeñas islas cuyo relieve era poco atropellado, como Granada y Antigua, las comunidades cimarronas no resistieron más allá de la década de 1730, cuando la colonización y la plantación esclavista se extendieron sobre la mayoría del territorio. El cimarronaje, fuertemente reprimido, decayó[34]. Así, en Antigua, entre 1722 y 1749, unos cincuenta esclavos eran todavía ejecutados cada década por haber huido, pero, de 1750 a 1759, sólo hubo diez que sufrieron esa suerte[35]. De hecho, en el Caribe, las comunidades cimarronas sobrevivieron sólo allí donde, como en Jamaica, se habían instalado en montañas inaccesibles y de poco interés para los dueños de plantación. Esto no impidió al misionero moravo C. G. A. Oldendorp describir a los esclavos que había interrogado en la década de 1760 en las Antillas danesas con las siguientes palabras: "Siguen sus propias disposiciones

[32] Yvan Debbasch, "Le Maniel: further notes", en Richard Price (ed.), *Maroon Societies*, *op. cit.*, p. 143-148; David P. Geggus, *Haitian Revolutionary Studies*, *op. cit.*, p. 71-74.

[33] Gabino La Rosa Corzo, *Runaway Slave Settlements in Cuba. Resistance and Repression*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 2003, p. 42-62.

[34] Michael Craton, *Testing the Chains*, *op. cit.*, p. 115-118; David B. Gaspar, "From 'The Sense of Their Slavery': Slave Women and Resistance in Antigua, 1632-1763", en David Barry Gaspar y Darlene Clark Hine (eds.), *More Than Chattel. Black Women and Slavery in the Americas*, Indiana University Press, Bloomington, 1996, p. 221-224.

[35] David B. Gaspar, *Bondmen & Rebels*, *op. cit.*, p. 194.

naturales e irreprimibles, y consideran válidos todos los medios posibles con los cuales puedan ganar su libertad. Con este fin, se escapan de sus amos y huyen a las montañas y a los bosques"[36].

El cimarronaje internacional y la política de asilo de España

Durante la mayor parte del siglo XVIII, el conflicto entre las potencias europeas creó nuevas oportunidades para los fugitivos del Caribe. Con el objetivo de frenar la intrusión de piratas y colonos franceses, neerlandeses y británicos en los territorios periféricos de su imperio, la monarquía española puso en marcha una política de acogida a los bozales que se escapaban de las colonias enemigas, garantizándoles asilo y libertad si se convertían al catolicismo. En algunas regiones llegó incluso a ofrecerles tierras, a instalarlos en pueblos nuevos y a movilizar a los hombres en las milicias locales de defensa. Así, cuando la noticia de la existencia de dicha política empezó a regarse, los esclavos de las otras colonias empezaron a explotar esta nueva posibilidad de emancipación.

La política de asilo española empezó en La Española en la década de 1670 como respuesta a la colonización del occidente de la isla por los franceses. Los primeros en beneficiarse de ella fueron cincuenta esclavizados africanos que huían de sus amos franceses y se vieron emancipados y enviados al nuevo pueblo de San Lorenzo de los Minas, cerca de Santo Domingo, bajo la supervisión de la Iglesia. En los años que siguieron, muchos fugitivos los imitarían[37]. La monarquía española renovó esta política en 1680 en la isla de Trinidad (en la época todavía hacía parte de Venezuela y los franceses tenían ambiciones de apropiársela), donde les dio asilo y libertad a los esclavos fugitivos de las islas de Barlovento, declarando que "han de gozar de la libertad todos aquellos negros que vinieron buscando la fe de cualquiera de las naciones extranjeras que ocupan territorios de ese Reino"[38]. Al final de la década de 1680, diez esclavos fugitivos de la Corona británica se refugiaron en Florida "en busca del santo bautismo y la protección de Su Majestad" y terminaron obteniendo su libertad en 1693[39].

[36] Citado en Alvin O. Thompson, *Flight to Freedom*, *op. cit.*, p. 40.

[37] José Luis Sáez, *La iglesia y el negro esclavo en Santo Domingo: Una historia de tres siglos*, Patronato de la Ciudad Colonial de Santo Domingo, Santo Domingo, República Dominicana, 1994, p. 52-55.

[38] "R.C. otorgando la libertad a los esclavos que vinieran de las Antillas menores extranjeras en demanda de bautismo", 29 mayo de 1680, en Manuel Lucena Salmoral, *Regulación de la esclavitud negra en las colonias de América Española (1503-1886): Documentos para su estudio*, [Alcalá de Henares, Madrid]: Universidad de Alcalá; [Murcia]: Universidad de Murcia, [2005], p. 194-195.

[39] Citado en Linda M. Rupert, "'Seeking the Water of Baptism': Fugitive Slaves and Imperial Jurisdiction in the Early Modern Caribbean", en Lauren Benton y Richard J. Ross (eds.), *Legal Pluralism and Empires, 1500-1850*, New York University Press, New York, 2013, p. 205.

Durante las décadas que siguieron, individuos o grupos de esclavos se escaparon de Saint-Domingue a Santo Domingo; de Carolina del Sur y de Georgia a Florida; de Jamaica a Cuba; de Belice a Guatemala; y de Curazao y las Guayanas a Venezuela. En la mayoría de los casos, las autoridades españolas les acordaban la libertad si se convertían al catolicismo, esperando a la vez obtener trabajo, obediencia, y ayuda en la defensa del territorio por parte de los nuevos libertos. Sin embargo, cuando los cimarrones de la isla neerlandesa de Curazao atravesaban el mar que les separaba de Venezuela, a menudo desaparecían en las inmensas regiones interiores en vez de buscar asilo. En 1702, treinta y dos de esos cimarrones fueron capturados y vendidos como esclavos por el gobernador de Caracas. Un capitán de las milicias locales objetó contra dicha venta ante la Real Audiencia de Santo Domingo, alegando que los esclavos tenían derecho al asilo y la libertad. La Real Audiencia, con base en los casos ya mencionados, decretó que los treinta y dos fugitivos debían ser emancipados, alistados en las milicias y que se les tenía que otorgar tierras. Los hacendados de Venezuela se opusieron a la decisión pero, en 1721, el gobernador terminó por emancipar a los fugitivos e instalarlos en el nuevo pueblo de Curiepe, al este de Caracas, resolución que demuestra el compromiso de la monarquía española para con su política de asilo[40]. En otros territorios españoles también esclavos cimarrones de colonias protestantes fueran emancipados y asignados a regiones particulares donde construyeron nuevos pueblos tales como San Mateo de los Cangrejos, cerca de San Juan en Puerto Rico. La población más emblemática de todas fue el pueblo (junto con su fuerte militar) de Gracia Real de Santa Teresa de Mosé, ubicado estratégicamente al norte de San Agustín, en Florida, fundado en 1738 bajo la orden del gobernador español con una centena de esclavos fugitivos de Georgia: no sólo estos cimarrones ayudaron a construir el fuerte y se establecieron con sus familias en la aldea adyacente sino que además sirvieron como milicianos en la defensa de Florida contra los ataques británicos[41].

Luego, en 1750 y 1753, el rey Fernando VI, basándose en la reales cédulas promulgadas desde 1680, resolvió "por punto general que desde ahora en adelante, para siempre, queden libres todos los negros esclavos de ambos sexos que, de las colonias inglesas y holandesas de la América, se refugiasen (ya sea en tiempo de paz o de guerra) a mis dominios, para abrazar nuestra Santa Fe Católica"[42]. Los esclavos de las colonias protestantes sabían de esta

[40] *Ibid*., p. 199, 209-211.

[41] Luis M. Díaz Soler, *Historia de la esclavitud negra en Puerto Rico* (1953), Editorial Universitaria, Universidad de Puerto Rico [Río Piedras], 1981, p. 232-36; Jane Landers, *Black Society in Spanish Florida*, *op. cit*., p. 23-35. Después de que España le cediera Florida a Gran Bretaña en 1763, los libres de color de Mosé y San Agustín emigraron a Cuba.

[42] "R.C. ordenando poner en libertad los esclavos de las colonias inglesas y holandesas que huyesen...", 24 de septiembre de 1750, y "R.C. extendiendo al resto de las colonias españolas la

política y, aunque no tenemos cifras, muchos arriesgaron su vida para escapar por tierra o por mar "con el pretexto de abrazar nuestra Santa Fe Católica", y obtener su libertad en suelo español. La monarquía española, por su lado, veía en los refugiados una posibilidad de aumentar su población y de mejorar la protección de sus territorios periféricos. Como lo nota la historiadora Linda Rupert, la historia de esos refugiados muestra que, a veces, "los intereses de las personas esclavizadas que buscaban la libertad coincidieron con los esfuerzos de la Corona española por consolidar su poder"[43].

El cimarronaje y la colonización del territorio continental

En los siglos XVII y XVIII, el continente americano ofrecía inmensos espacios sin colonizar que podían servir de refugio a los fugitivos. En Luisiana, cuando los colonos franceses empezaron a cultivar arroz, índigo y tabaco sirviéndose de mano de obra esclavizada amerindia y recién llegada de África, las huidas se multiplicaron. A partir de 1724, un edicto modificó ciertos artículos del Código Negro de 1685, relativos al cimarronaje, adaptándolos a la nueva colonia: la progresión de las penas relativas a los fugitivos era la misma, pero además todo liberto que resguardara a un cimarrón podía ser esclavizado de nuevo.

Sin embargo, la principal amenaza para la pequeña minoría de colonos franceses, dispersados río arriba del Misisipi, era la población amerindia, organizada en naciones, que resistía con tenacidad a la usurpación de sus tierras y a la esclavización de sus miembros por parte de los franceses. Por consiguiente, los colonos temían cada vez más que los amerindios les atacasen, formando una alianza con los africanos esclavizados que les superaban en número. Si bien tal alianza nunca se produjo en gran escala, los cautivos africanos lograron sacar provecho del conflicto entre colonos e indios. Así pues, cuando los natchez atacaron brutalmente Fort Rosalie en 1729 y mataron a la mitad de los colonos, la mayoría de los 280 esclavos se unió con los natchez contra sus amos, o aprovechó para escaparse. En general, puesto que los franceses explotaban sin merced tanto a amerindios como a africanos, hombres y mujeres de ambos grupos aprovechaban para huir hacia el *hinterland* de Luisiana para formar pequeñas comunidades cimarronas, a menudo multiétnicas[44].

orden de liberar a los esclavos huidos de las colonias inglesas y holandesas que llegan a ellas para ser católicos", 21 de octubre de 1753, en Manuel Lucena Salmoral, *Regulación de la esclavitud negra en las colonias de América Española*, *op. cit.*, p. 215, 217.

[43] Linda M. Rupert, "'Seeking the Water of Baptism'", *art. cit.*, p. 200.

[44] Frédéric Régent, *La France et ses esclaves*, *op. cit.*, p. 66-67; Gwendolyn Midlo Hall, *Africans in Colonial Louisiana*, *op. cit.*, p. 97-118; Ira Berlin, *Many Thousands Gone*, *op. cit.*, p. 88-90.

La implementación del sistema esclavista en las colonias británicas del norte del continente también dio lugar a casos de cimarronaje, como lo atestiguan los periódicos de la época. En Nueva York, por ejemplo, los propietarios de esclavos publicaron 350 anuncios que notificaban la fuga de esclavos cimarrones ente 1726 y 1770[45]. En Virginia, según un estudio de 1 500 avisos de fuga de esclavos publicados en la *Virginia Gazette* entre 1736 y 1800, la gran mayoría de los fugitivos era masculina, y estaba conformada por criollos, no por africanos. Algunos esclavizados escapaban para reencontrarse con miembros de sus familias, cosa que hacía que los capturaran en poco tiempo; otros se iban a las ciudades pues allí podían encontrar trabajo más fácilmente y a veces incluso podían hacerse pasar por libres. Unos cuantos esclavos huyeron de Virginia a Carolina del Norte, que en ese entonces estaba poco colonizada, o a Pensilvania, que tenía la reputación de ser más tolerante. Otros se dirigían a los puertos para enrolarse como marineros o para esconderse en barcos, cosa que limitaba el riesgo de verse reapropiados por sus amos, pero que a la vez aumentaba la posibilidad de ser capturado y vendido por los negreros. Las fugas eran suficientemente numerosas como para suscitar la creación de leyes que preveían la mutilación, castración, y ejecución de los cimarrones, así como una recompensa por su captura. El establecimiento de palenques en tierras poco colonizadas y la protección de cimarrones por parte de blancos pobres, por piedad o por provecho (haciéndolos trabajar para ellos), tuvieron también como efecto la promulgación de nuevas leyes particularmente severas. Al mismo tiempo, para la vigilancia del territorio y la persecución de los cimarrones siempre fue necesario movilizar fuerzas militares blancas muy costosas[46].

Cuando Carolina del Sur desarrolló un modelo de esclavitud a gran escala (en 1710 la colonia ya contaba más africanos que blancos), las fugas de esclavizados se multiplicaron, como lo muestran allí también la legislación inspirada en el Código Negro francés y los anuncios en las gacetas. Cientos de fugitivos se instalaron en las regiones pantanosas y en los manglares del Great Dismal Swamp, en la frontera con Virginia, donde era prácticamente imposible capturarlos. Desde el final del siglo XVII a 1763, otros lograron llegar a San Agustín, en la Florida, donde las autoridades españolas les daban asilo y libertad, como se ha mencionado previamente[47].

[45] Richard E. Bond, "Shaping a Conspiracy: Black Testimony in the 1741 New York Plot", *Early American Studies*, vol. 5, nº 1, primavera de 2007, p. 75.

[46] Gerald W. Mullin, *Flight and Rebellion. Slave Resistance in Eighteenth-Century Virginia*, Oxford University Press, New York, 1972, p. 39-40, 105-121, 129; William M. Wiecek, "The Statutory Law of Slavery and Race in the Thirteen Mainland Colonies of British America", *art. cit.*, p. 270-277.

[47] Timothy James Lockley (ed.), *Maroon Communities in South Carolina. A Documentary Record*, University of South Carolina Press, Columbia, 2009, p. XVII-XX, 1, 6.

En este contexto, un grupo de esclavos cerca de Charleston, Carolina del Sur, organizó la rebelión más mortífera de la historia de las colonias británicas de América del Norte, llamada la revuelta de Stono. Existen pocas fuentes escritas del evento, pues la revuelta no llevó ni a un proceso, ni a un debate archivado, pero pareciera que su líder hubiese sido un esclavo africano llamado Jemmy, seguido por veinte hombres. Después de reunirse cerca de un puente que cruzaba el río Stono, un domingo de septiembre de 1739, los esclavos atacaron un almacén en el que robaron armas y mercancías, y decapitaron a los dos blancos que lo atendían para luego exponer sus cabezas en las escaleras de la entrada. Acto seguido, el grupo se dirigió hacia el sur gritando "*Freedom!*" y se fue agrandando, a medida que avanzaba, incendiando casas y plantaciones y matando a unos veinte blancos, incluidos mujeres y niños. Pero no todos los esclavos encontrados en su camino se unieron a ellos, e incluso algunos defendieron a sus amos: uno de estos mató a un insurrecto y, por tal acto de lealtad, fue más tarde emancipado. Los rebeldes, cuyo número alcanzaba ya los sesenta o cien, se detuvieron al atardecer para celebrar su victoria bailando, cantando y tocando el tambor. Allí fueron sorprendidos por las milicias y unos hacendados quienes mataron a la mayoría de ellos de inmediato o después de capturarlos. Algunos pudieron llegar a San Agustín y se resguardaron bajo la protección de los españoles.

Los historiadores, faltos de fuentes, han querido interpretar esta sanguinaria rebelión de un día y están de acuerdo sobre el objetivo final de la epopeya de Jemmy y sus compañeros: obtener la libertad en San Agustín. Además, Jemmy y algunos de sus compañeros eran probablemente originarios del reino católico del Kongo, y por lo tanto particularmente sensibles a la propaganda española. Los rebeldes habrían supuestamente decidido actuar pues, con la reanudación de la guerra entre Gran Bretaña y España en 1738, Carolina del Sur estaba a punto de promulgar un decreto de seguridad que obligaba a todos los hombres blancos a portar un arma, incluidos los domingos en la iglesia. Según un historiador, la rebelión de Stono tenía también una dimensión "de género" pues, por sus acciones (en particular la exposición de las cabezas de sus dos primeras víctimas), por su marcha y celebración, estos hombres, casi todos africanos, habrían querido afirmar su masculinidad y su experiencia marcial, en un momento en el que la colonia dejaba la ganadería e industria maderera para plantar arroz, cosa que acababa con la división sexual del trabajo. Cabe resaltar que si bien los insurgentes de Stono sembraron la muerte y el fuego allí por donde pasaron, no querían tomar el poder ni atacar la institución de la esclavitud, pero sólo llegar a la Florida: eran, ante todo, cimarrones[48].

[48] Peter H. Wood, *Black Majority*, *op. cit.*, p. 308-320; Edward A. Pearson, "'A Countryside Full of Flames': A Reconsideration of the Stono Rebellion and Slave Rebelliousness in the Early Eighteenth-Century South Carolina Lowcountry", *Slavery & Abolition*, vol. 17, nº 2, 1996, p. 22-50.

En América del Sur, el desarrollo de las minas gracias al trabajo de los esclavizados atizó el cimarronaje al norte de Medellín y al sur de Popayán, en Colombia, así como en la costa Pacífica de Colombia y Ecuador, y en las regiones de Salvador de Bahía y de Minas Gerais en Brasil, donde se multiplicaron los palenques y los quilombos. En todo el imperio continental español se habían fundado comunidades fugitivas en las zonas de frontera, colonizadas ilegalmente en la ausencia de toda presencia del Estado o de la Iglesia católica. También llegaban fugitivos por mar, en particular de la isla neerlandesa de Curazao a la región de Coro en Venezuela. Mientras que cientos de comunidades estaban compuestas sólo de esclavos cimarrones, otras, llamadas *rochelas,* se conformaban de esclavos fugitivos negros y mulatos, amerindios, mestizos e, incluso, uno que otro blanco desertor o fugitivo. Según un testigo español del siglo XVIII, todos estos hombres y mujeres se mezclaron tanto entre ellos "que propagaron una infinidad de castas difíciles de distinguir"[49]. Por ejemplo, en 1720, las autoridades españolas estimaron que había 20000 cimarrones en Venezuela; en la década de 1770 admitían que el número de arrochelados, sólo en la región del Caribe colombiano, era de 60000, es decir un cuarto de la población (sin contar unos 100000 amerindios no colonizados[50]). Durante todo el siglo XVIII, en Brasil tanto como en la América española, los ejércitos coloniales lanzaron expediciones costosas de (re)conquista de las tierras del interior para reunir a todos los cimarrones y otros fugitivos en nuevas poblaciones bajo autoridad real y clerical[51]. En un proceso que no dejó de ser incompleto, miles de esclavos cimarrones y sus descendientes se inmiscuyeron silenciosamente en los rangos de la población libre de color, lo que representa una victoria considerable contra la esclavitud, aunque se le mencione poco en la historiografía. Otros fugitivos se escaparon aún más lejos en el *hinterland* salvaje.

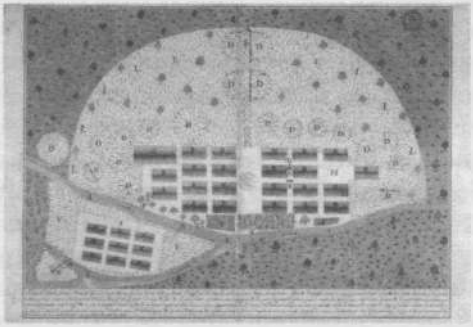
Fuera de este proceso de colonización ilegal, la monarquía española intentó promover la fundación de pueblos negros en las regiones donde las naciones amerindias cuestionaban su soberanía. A veces, los primeros pobladores de estos asentamientos fueron arrochelados desplazados de manera forzosa,

[49] Citado en Aline Helg, *Liberty and Equality, op. cit.*, p. 21. Ver *ibid.*, p. 20-39; Francisco U. Zuluaga R., *Guerrilla y sociedad en el Patía. Una relación entre clientelismo político y la insurgencia social,* Universidad del Valle, Facultad de Humanidades, Cali, 1993, p. 31-66; William F. Sharp, *Slavery on the Spanish Frontier, op. cit.,* p. 153-158; Anthony McFarlane, *"Cimarrones* and *palenques*: runaways and resistance in colonial Colombia", *Slavery & Abolition*, vol. 6, nº 3, 1985, p. 131-151; Miquel Izard, *Orejanos, cimarrones y arrochelados. Los llaneros del Apure,* Sendai Ediciones, Barcelona, 1988; Linda M. Rupert, "Inter-colonial Networks and Revolutionary Ferment...", *art. cit.*, p. 81-86.

[50] M. Acosta Saignes, *Vida de los esclavos negros en Venezuela, op. cit.*, p. 249; Aline Helg, *Liberty and Equality, op. cit.*, p. 25.

[51] Donna J. Guy y Thomas E. Sheridan, "On Frontiers", en Donna J. Guy y Thomas E. Sheridan (eds.), *Contested Ground, op. cit.*, p. 3-15; Mary Karasch, "Interethnic Conflict and Resistance on the Brazilian Frontier of Goaiás, 1750-1890", en *ibid.*, p. 115-134.

ILUSTRACIÓN I.1. *Quilombo Buraco do Tatú, Salvador, Brasil, 1743-1763, anónimo.*



Arquivo Histórico Ultramarino, Lisboa.
http://www.sudoestesp.com.br/file/colecao-imagens-periodo-colonial-bahia/671/

como en el Darién (al sur del actual Panamá), o pardos libres y esclavos confiscados a sus amos, como en el caso de La Emboscada, fundada a mediados del siglo XVIII en Paraguay para fortalecer la protección de Asunción. Estos pueblos de frontera, abandonados por las autoridades, vivían en condiciones de miseria cercanas a la de los palenques, pero sus habitantes se habían liberado de la esclavitud de manera legal[52].

Un caso de cimarronaje más conocido y de gran importancia fue el de los africanos que habían sido llevados a Surinam para cultivar caña de azúcar entre los siglos XVII y XIX. El cimarronaje en Surinam remonta a 1651, año en que los ingleses establecieron la primera plantación en la costa de las Guayanas. A partir de ese momento, los esclavos comenzaron a escaparse hacia el interior de la región que estaba tupida de una selva tropical espesa, surcada de ríos y poblada de comunidades indígenas. Las fugas se perpetuaron en los años siguientes con el crecimiento de la colonización inglesa al ritmo de llegadas esporádicas de esclavos hasta 1667, y con la venida de hacendados judíos sefardíes y askenazis. Así pues, hacia 1715, la colonia tenía 2000 europeos de diversos orígenes (neerlandés, francés, judío y alemán, entre otros), con respecto a una población esclavizada de 22000 personas (principalmente mandingas y kongos[53]). Cincuenta años más tarde, cuando

[52] Aline Helg, *Liberty and Equality*, *op. cit.*, p. 28-29; Capucine Boidin, "Esclaves, pardos et milices au Paraguay (XVII-XIX[e] siècles)", en Carmen Bernand y Alessandro Stella (eds.), *D'esclaves à soldats*, *op. cit.*, p. 334-337. Los afrodescendientes libres y esclavos representaban el 11% de la población de Paraguay a comienzos del siglo XIX, y los esclavos eran más que nada artesanos, empleados domésticos y ganaderos.

[53] Richard Price, *The Guiana Maroons*, *op. cit.*, p. 7-9; Cornelis C. Goslinga, *The Dutch in the Caribbean and in the Guianas, 1680-1791*, Van Gorcum, Assen, 1985, p. 359-362.

empezó la producción de café, el número de esclavos se había duplicado (gran parte de ellos acababa de llegar de África). En su conjunto la colonia neerlandesa contaba apenas con un blanco para veinticinco esclavos, pero en las plantaciones azucareras, que tenían en promedio 149 esclavos cada una, el ratio de blancos frente a los esclavos era aun más desigual[54].

En Surinam, tanto por las desastrosas condiciones de vida, como por la extensión del territorio sin conquistar, el cimarronaje se desarrolló en paralelo al régimen de plantación y alcanzó sin tardar unas dimensiones incontrolables. Grupos de africanos de las mismas plantaciones se escaparon en un principio al sur y formaron campamentos móviles en las cercanías de las explotaciones esclavistas que atacaban para surtir sus provisiones. Con el tiempo, esas comunidades se multiplicaron y se agrandaron con la venida de nuevos fugitivos y esclavos (sobre todo mujeres) raptados durante las redadas y se introdujeron más hacia el sur, llegando a sumar cientos y miles de cimarrones en 1700. Los Bush Negroes sometieron a las plantaciones a sus ataques recurrentes por medio de tácticas de guerrilla, incitando a veces a los esclavos de las plantaciones a que se rebelaran, mataran a sus amos, y se unieran a palenques. Los hacendados y las autoridades respondían a ello enviando milicias adicionales e inclusive movilizaron esclavos a los cuales les prometían libertad a cambio de que destruyesen los campamentos y capturaran a los cimarrones. Pero tales expediciones eran muy costosas en términos de hombres y dinero con respecto a los mediocres resultados que daban. La perspectiva de los atroces castigos infligidos a los fugitivos arrestados, como la amputación de una pierna, la hoguera, cortarles el tendón de Aquiles o el desmembramiento, no llegaba a frenar las fugas de esclavos. Además, los Bush Negroes conocían mejor el terreno que los colonos y sus tropas y, con el tiempo, se habían establecido en pueblos fortificados, con sus mujeres e hijos, formados por tres "tribus": los ndjuka, los saramaka y los matawai[55]. A pesar de contar con una autosuficiencia alimenticia basada en la agricultura, la caza y la pesca, seguían representando una amenaza para los terratenientes tanto por sus ataques como por el refugio que les procuraban a los esclavos fugitivos. Como lo indicaba un jefe cimarrón en 1757:

> Si vuestro gobernador y vuestros consejeros no quieren rebeliones, deberían cerciorarse de que los terratenientes tratasen mejor las gentes que son su propiedad en vez de dejarles en las manos de gestores y de contramaestres que se entregan a la bebida, que castigan a los negros injusta y cruelmente, que seducen a sus esposas e hijas, descuidan a los enfermos y, que de ese modo provocan la huida en los bosques de un gran número de gentes industriosas y fuertes que os dan de

[54] Alex van Stipriaan, *Surinaams contrast*, *op. cit.*, p. 128.
[55] Richard Price, *The Guiana Maroons*, *op. cit.*, p. 22-31.

qué vivir con su sudor, sin los cuales vuestra colonia no podría sobrevivir y a quiénes, finalmente, les deben su inmerecida fortuna de pedirles paz.[56]

En efecto, el gobierno colonial tuvo que reconocer su impotencia y terminó por concluir tratados de paz con estas tres "tribus" del sur, en 1760, 1762 y 1767 respectivamente, a cambio de los cuales estas se comprometían a no acoger a nuevos cimarrones[57].

Estando ahora bloqueadas las posibilidades de fuga hacia el sur, los esclavos rebeldes del Surinam huyeron hacia el oeste, donde se agruparon progresivamente en una nueva "tribu" bajo el doble mando de Boni, a la cabeza de los hombres guerreros, y de Aluku, jefe de los que no combatían. Después de algunos años de escaramuzas, en 1772 el gobierno colonial envió a 1 500 soldados europeos, junto con 300 esclavos a quienes prometieron la libertad y un pedazo de tierra, a que les atacasen. Los cimarrones fueron aniquilados y los pocos sobrevivientes huyeron a la Guyana francesa[58]. Sin embargo, ni la guerra ni los tratados de la década de 1760 acabaron con el cimarronaje pues los esclavos fugitivos crearon otras dos "tribus" en el interior, los paramaka y los kwinti. Según estiman los historiadores, en la segunda mitad del siglo XIX, el 10% de los esclavos del Surinam se liberaron gracias al cimarronaje[59].

En resumen, entre los siglos XVI y XVIII, cientos de miles de africanos y de afrodescendientes privilegiaron la vía del cimarronaje y formaron palenques para liberarse del cautiverio porque eran formas de sublevación que correspondían a un contexto de colonización progresiva que iba dejando inmensos vacíos territoriales, sobre los cuales ni el Estado ni los esclavistas tenían el control. Aunque las milicias y los soldados capturasen un número indeterminado de fugitivos, a menudo condenados a una muerte cruel, una gran parte de los cimarrones pudo escaparse del yugo de la esclavitud sobreviviendo en los bosques, en las montañas y en los pantanos. Cerca de los puertos y ciudades principales, grupos de cimarrones controlaban el paso de hombres y de

[56] Citado en Cornelis C. Goslinga, *The Dutch in the Caribbean and in the Guianas, 1680-1791*, *op. cit.*, p. 374.

[57] *Ibid.*, p. 375-415; Wim S. M. Hoogbergen, *The Boni Maroon Wars in Suriname*, E. J. Brill, Leiden, 1990, p. 6-13.

[58] *Ibid.*, p. 52-104; Jean Moomou, *Le monde des marrons du Maroni en Guyane (1772-1860). La naissance d'un people: les Boni*, Ibis Rouge, Matoury, 2004. Sobre la unidad de los 300 esclavos, el Korps Zwarte Jagers, ver Rosemary Brana-Shute, "Sex and Gender in Suriname Manumissions", en Rosemary Brana-Shute y Randy J. Sparks (eds.), *Paths to Freedom*, *op. cit.*, p. 189.

[59] Silvia W. de Groot, "The Maroons of Surinam: Agents of Their Own Emancipation", en David Richardson (ed.), *Abolition and Its Aftermath. The Historical Context, 1790-1916*, Frank Cass, London, 1985, p. 55, 78; Pieter C. Emmer, "Who Abolished Slavery in the Dutch Caribbean?" en Seymour Drescher y Pieter C. Emmer (eds.), *Who Abolished Slavery: Slave Revolts and Abolitionism: A Debate with João Pedro Marques*, Berghahn Books, New York, 2010, p. 106.

mercancías para desvalijarlos, y hacían redadas en las haciendas; otros participaban de las redes de producción minera, agrícola, o contrabandista. Otros esclavos fugitivos, en particular las mujeres y los criollos, se refugiaban en las ciudades para fundirse discretamente en la población libre de color. A pesar de la multiplicación de los códigos esclavistas y la brutalidad de los castigos, el cimarronaje no fue erradicado. Dos, e incluso tres generaciones más tarde, a medida que las fronteras de la colonización avanzaban y se extendía el mestizaje, los descendientes de esos cimarrones se insertaron en la población libre, pasando entonces a ser una mayoría.

Capítulo III

COMPRAR LA LIBERTAD Y SERVIR EN EL EJÉRCITO, DOS VÍAS LEGALES DE LIBERACIÓN PERO DE ACCESO DESIGUAL

Como el cimarronaje, comprar su libertad o alistarse en el ejército fueron dos estrategias que, desde su llegada a La Española, los esclavos implementaron para liberarse. Como en el caso del cimarronaje, las dos estrategias prepararon el proceso de abolición de la esclavitud que se desarrollaría en el siglo xix. Pero, contrariamente al cimarronaje, no eran formas de sublevación sino de resistencia individual, familiar o a veces comunitaria que utilizaban el marco legal vigente para dejar atrás la condición servil. La carta o certificado que obtenía el esclavo emancipado no era sólo un documento legal que este tenía que llevar consigo, sino también el resultado de un proceso social al cabo del cual el amo o juez decidía que tal esclavo o esclava podía ser libre. Implicaba pues una interacción entre el esclavo, su propietario y las autoridades en la cual el esclavo, a pesar de su condición, tomaba la iniciativa y se proyectaba hacia un futuro de libertad. Igualmente, el alistamiento militar a cambio de la promesa de libertad era un compromiso que, en una época en la que gran parte de los ejércitos estaba compuesta de reclutas de las clases populares seleccionados por sorteo y de mercenarios, significaba también una oportunidad de demostrar su coraje y masculinidad.

En todas las colonias, el reclutamiento de esclavos compensó la escasez de milicianos locales y soldados europeos enviados por las monarquías cuando se producían invasiones enemigas y ataques de piratas, y les permitió a algunos esclavos conscriptos ganar su libertad. En cuanto al acceso a la manumisión, fue muy heterogéneo y siempre estuvo relacionado al contexto histórico, a la legislación vigente, al sector económico en el cual trabajase el esclavizado, y a su inserción urbana o rural. A pesar del desarrollo de la trata y de las plantaciones esclavistas, la desigualdad principal residía en el hecho que los esclavos de las colonias de España y Portugal siempre tuvieron el derecho de comprar su libertad, mientras que aquellos de las colonias británicas, neerlandesas y francesas padecieron la restricción progresiva de dicha posibilidad, la cual se volvió excepcional en el siglo xviii. Pero allí donde era reconocida, la emancipación permitió el desarrollo de una población afrodescendiente libre que, poco a poco, sobrepasó la población de esclavizados cuando la importación de nuevos cautivos cesó.

La liberación planificada: comprar la libertad y emanciparse en la América ibérica

En la América española y portuguesa, muchos esclavos se liberaron por medio de la manumisión, o sea la obtención de un documento legal de libertad. Heredada del derecho romano, y retomada en la legislación peninsular del siglo XIII, la manumisión fue aplicada a los esclavos de las Américas. Durante mucho tiempo los historiadores estudiaron la manumisión solamente en el marco de las leyes pero hoy en día, gracias al examen de archivos municipales y regionales, la analizan en su práctica. Efectivamente, la emancipación podía ser concedida por el amo, pero a menudo era el producto de un proceso llevado a cabo por el esclavizado que le compraba su propia libertad a su dueño (la automanumisión), o que tenía parientes o seres cercanos que la compraban por él. La emancipación proveniente de dicha transacción se codificó poco a poco, pasando así de ser un privilegio dependiente de la bondad de los amos, a ser una opción reconocida por la ley y eximida de la alcabala (el impuesto sobre las ventas) en la segunda mitad del siglo XVIII. Ese tipo de manumisión se podía también conseguir con el pago progresivo de cuotas, práctica que se convirtió en un cuasi derecho en el siglo XVIII bajo la designación de coartación o *coartação*, y que le impedía al amo vender o desplazar un esclavo que ya hubiese pagado una parte de la suma. Por consiguiente, los esclavos que compraban su libertad o la de sus seres cercanos contribuyeron a la erosión de la esclavitud, y formaron, en muchas regiones, sociedades donde la mayoría de los negros, mulatos y zambos ya no eran esclavos sino libres. No obstante, esta estrategia implicaba tener una buena relación con sus amos, sin el consentimiento de los cuales el esclavizado corría el riesgo de verse envuelto en un largo y costoso procedimiento legal cuyo desenlace distaba de estar asegurado[1].

En realidad, a pesar de un marco legal más bien favorable, tanto en la América española como en Brasil, la manumisión exigía un esfuerzo considerable a largo plazo: para obtenerlo, los esclavizados tenían que acumular suficiente dinero para comprar su libertad a un precio previamente acordado que, normalmente, no excedía el valor comercial del esclavo. En ciertos sectores de actividad específicamente urbanos como el artesanado, el transporte, la lavandería, la cocina, la venta ambulante y la prostitución, se daba la posibilidad de que un esclavo que trabajase los domingos o durante horas

[1] Manuel Lucena Salmoral, "El derecho de coartación del esclavo en la América Española", *Revista de Indias*, vol. 59, nº 216, 1999, p. 357-374; Frederick P. Bowser, *The African Slave in Colonial Peru*, *op. cit.*, p. 273-274, 278-280; A. J. R. Russell-Wood, *Slavery and Freedom in Colonial Brazil*, *op. cit.*, p. 32; Eduardo França Paiva, "Revendications de droits coutumiers et actions en justice des esclaves en le Minas Gerais du XVIII[e] siècle", en Jean Hébrard (ed.), *Brésil: quatre siècles d'esclavage – nouvelles questions, nouvelles recherches*, Karthala, Paris, 2012, p. 115-131.

adicionales pudiera comprar su libertad al cabo de varios años. Un caso en el que la compra de la libertad podía producirse sin muchas trabas, era el de un esclavo que no vivía con su amo, y que le pagaba una cuota fija diaria o semanal. Al contrario, los esclavos que vivían en el campo, y que se desempeñaban en la agricultura y la ganadería, rara vez lograban comprar su libertad y, cuando lo hacían, era más que nada vendiendo el excedente de lo que cultivaban o criaban los domingos. En cuanto a los esclavos de las regiones mineras, el acceso a la manumisión fue diversa. En el Chocó (la costa Pacífica colombiana) los propietarios no se oponían a que los esclavos sacaran oro durante su tiempo libre hasta acumular oro suficiente para comprar su libertad. Al contrario, en las minas de oro y de diamantes en el Minas Gerais brasilero, los amos solían oponerse a que los esclavos hicieran lo mismo, pues estos conocían las técnicas de producción y podían convertirse en competencia. De hecho, esta oposición a la compra de libertad por parte de los mineros fue una de las causas del cimarronaje y de la explotación minera ilícita que caracterizaron Minas Gerais (ver capítulo 2).

Por estas diversas razones, y casi en todas las colonias ibéricas, las mujeres constituían la mayoría de los emancipados. Hasta hace poco los historiadores sostuvieron que esto se explicaba porque las mujeres esclavizadas, al volverse concubinas de sus amos, eran liberadas por estos últimos. Pero las razones son otras: la esclavitud urbana y las actividades que conducían a la manumisión eran mayoritariamente femeninas (contrariamente a la esclavitud rural), cosa que les facilitaba el acceso a la manumisión más a las mujeres que a los hombres. Otro rasgo general de los emancipados era que se trataba de esclavos nacidos en América más que de aquellos que habían sido deportados de África y que se trataba de mulatos y de mestizos afrodescendientes más que de negros. Esto se debía, en parte, a que los nacidos en América conocían mejor las leyes y costumbres locales y, por lo tanto, se beneficiaban más fácilmente de las redes de patrocinio de la élite blanca para llevar a cabo un proceso de manumisión, que los bozales[2].

[2] Stuart B. Schwartz, "The Manumission of Slaves in Colonial Brazil: Bahia, 1684-1745", *Hispanic American Historical Review*, vol. 54, nº 4, noviembre de 1974, p. 603-665 ; James H. Sweet, "Manumission in Rio de Janeiro, 1749-54: An African Perspective", *Slavery & Abolition*, vol. 24, nº 1, abril de 2003, p. 54-70; Kathleen J. Higgins, "Gender and the Manumission of Slaves in Colonial Brazil: The Prospects for Freedom in Sabará, Minas Gerais, 1710-1809", *Slavery & Abolition*, vol. 18, nº 2, 1997, p. 1-29; Douglas Cole Libby et Afonso de Alencastro Graça Filho, "Notarized and Baptismal Manumissions in the Parísh of São José do Rio das Mortes, Minas Gerais (c. 1750-1850)", *The Americas*, vol. 66, nº 2, octubre de 2009, p. 211-240; Carlos Eduardo Valencia Villa, *Alma en boca y huesos en costal: una aproximación a los contrastes socio-económicos de la esclavitud, Santafé, Mariquita y Mompox, 1610-1660*, Instituto Colombiano de Antropología e Historia, Bogotá, 2003, p. 119-153; William F. Sharp, *Slavery on the Spanish Frontier*, *op. cit.*, p. 141-142. La posibilidad de manumisión en las minas de oro dio lugar a la leyenda de Chico Rei, un rey venido de África, vendido como esclavo junto con su hijo en Minas Gerais a comienzos del siglo XVIII. Gracias a la venta del oro que encontraba por cuenta propia, Chico

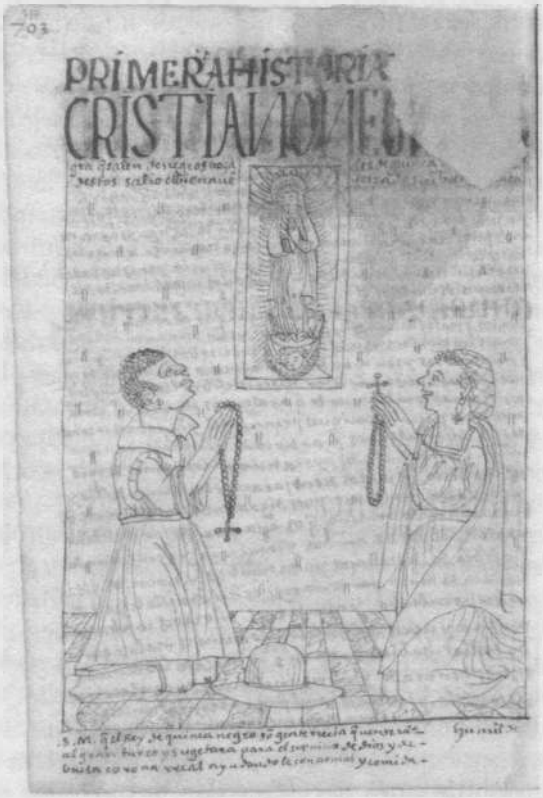
Los estudios en los archivos parroquiales han revelado además que ciertos esclavizados, en particular las madres, decidían comprar la libertad de sus hijos antes que la propia. Este descubrimiento ha permitido relativizar la insistencia de la historiografía en los fenómenos de aborto y de infanticidio como formas de resistencia por parte de las madres quienes, con esos gestos dramáticos, buscaban evitarle una vida de sufrimiento a sus hijos y, a la vez, privar a su propietario de nuevos esclavos[3]. Es cierto que algunas mujeres decidían abortar o matar a los recién nacidos con este objetivo —como lo muestra la legislación que reprimía tales actos—, pero otras, como lo muestran los registros de bautizo, invirtieron todo lo posible por comprar la libertad de su hijo recién nacido. Por ejemplo, en 1640 en Lima, la esclava María Ramos le pagó setenta pesos a su ama para comprar la manumisión de su pequeña hija de cuatro meses, Inés; en 1595, también en Lima, la esclava Juana Bohío compró la libertad de su sobrina Lorenza. De manera similar, los registros parroquiales de São José do Rio das Mortes en Minas Gerais muestran que a mediados del siglo XVIII algunos hijos de esclavos africanos o criollos fueron emancipados el día de su bautizo gracias al pago de su valor comercial por parte de sus padres o padrinos (en un caso el medio de pago fue un esclavo bozal). Si bien comprar la libertad de un recién nacido o de un niño pequeño era menos costoso que la de un adolescente o de un adulto, lo primero era más arriesgado a causa de la alta tasa de mortalidad infantil: era, pues, un esfuerzo considerable por parte de los padres para que su hijo, si sobrevivía, viviera libre. Otro tipo de estrategia familiar era que los padres se liberasen ellos mismos para poder acumular suficiente dinero y pagar la manumisión de sus hijos lo más pronto posible[4]. Los libros de bautizo muestran que, en ciertos casos, los niños nacidos de una unión consensual o forzada entre una esclava y un hombre libre eran emancipados, al nacer, por el padre, a menudo blanco y propietario de la madre. Este fue el caso de un escultor y arquitecto de iglesias barrocas en Minas Gerais, llamado Antônio

Rei habría comprado la libertad de su hijo y luego la suya. Después, padre e hijo habrían comprado, poco a poco, la libertad de todos los miembros de su tribu, quienes habrían hecho lo mismo para los esclavos de otras tribus, hasta formar un reino en el distrito de Vila Rica (hoy llamada Ouro Preto) y poseer una mina cuya riqueza era inagotable, gracias a la cual fundaron la cofradía de Santa Ifigenia (negra), y construyeron la iglesia del Rosario, donde, cada 6 de enero, organizaban una suntuosa procesión real (Clóvis Moura, *Dicionário da escravidão negra no Brasil;* assessora de pesquisa Soraya Silva Moura, Editora da Universidade de São Paulo, São Paulo, 2004, p. 99-100).

[3] Por ejemplo, Mário José Maestri Filho, *L'esclavage au Brésil*, *op. cit.*, p. 127-139. Sobre los hombres esclavizados que desposaban mujeres libres, particularmente indias que daban a luz hijos libres, ver Paul Lokken, "Marriage as Slave Emancipation in Seventeenth-Century Rural Guatemala", *The Americas* 58:2 (octubre de 2001), p. 175-200.

[4] Frederick P. Bowser, *The African Slave in Colonial Peru*, *op. cit.*, p. 281-282; Douglas Cole Libby y Afonso de Alencastro Graça Filho, "Notarized and Baptismal Manumissions", *art. cit.*, p. 232-233.

ILUSTRACIÓN III.1. *Negros cristianos bozales de Guinea rezando. Felipe Guamán Poma de Ayala, Peru, 1615.*



Det Kongelige Bibliotek, Copenhagen.
http://http://www.kb.dk/permalink/2006/poma/717/en/image/?open=&imagesize=XL

Francisco Lisboa, conocido como Aleijadinho, nacido en 1730 de un padre portugués y de una madre que era su esclava: su padre lo registró como liberto al nacer pero este no liberó a su madre[5].

En sus proyectos de manumisión, los esclavos de la América hispanófona contaban, en principio, con el apoyo de la Iglesia católica. Es cierto que la Iglesia apoyaba la esclavitud y que era propietaria de esclavos pero, a la vez, se encargaba de proteger la personalidad moral de los esclavizados, y de administrarles los sacramentos tanto como lo hacía con los blancos. La Iglesia les suministraba pues un marco religioso y normativo en el cual podían inscribir

[5] Clóvis Moura, *Dicionário da escravidão negra no Brasil*, *op. cit.*, p. 22-24.

sus solicitudes y acusaciones contra un amo que irrespetara los principios cristianos. Es por esta razón que, en una época en la que el matrimonio católico estaba lejos de ser la regla en las clases populares, muchas parejas de esclavos decidían hacer santificar su unión por un cura e inscribirla en los registros parroquiales: esto les permitía reivindicar el derecho de vivir juntos para consumar el matrimonio, protegiéndose así de una potencial violación de la esposa por parte del amo, o de ser separados si alguno de los dos era vendido. De acuerdo con la unión marital católica, si uno de los esclavos casados moría, su viudo se quedaba con sus bienes, o con la suma de las cuotas que el difunto hubiera abonado al procedimiento de coartación (aunque esto significaba a menudo una larga lucha judicial cuyo resultado era imprevisible). Sin embargo, el matrimonio por la Iglesia no impedía que los hijos de los esclavos fueran vendidos lejos de sus padres[6]. Otro caso de manumisión entre parejas era cuando uno de los dos conseguía pagarse su propia manumisión y procedía a pagársela a su cónyuge. En ocasiones, incluso, los amos se aprovechaban de ello: en 1615 en Lima, el mercero Antón Bran tuvo que pagar 1 000 pesos (de los cuales pagó la mitad a crédito) para comprar la libertad de su mujer, Isabel, es decir el doble del precio promedio de una mujer criolla esclavizada en aquella época[7].

Muchos esclavos sacrificaban una parte de su vida sirviendo sin falta un amo o ama que les había prometido la libertad si ellos les acompañaban hasta la muerte. En algunos casos, sucedía que mujeres esclavizadas se convertían, a menudo bajo presión, en las concubinas de su propietario —o de uno de sus hijos— a cambio de la promesa que este inscribiera su emancipación (o la de los hijos nacidos del concubinato) en su testamento. Este era también el caso de los esclavos domésticos fieles que asistían a sus amos en diferentes etapas de la vida incluyendo, por ejemplo, en una enfermedad. Pero la promesa de manumisión después del deceso del propietario tenía sus riesgos, como lo muestran numerosas denuncias judiciales presentadas tanto por esclavos, como por los herederos de un dueño. Esto se daba cuando, por ejemplo, un esclavo descubría que, al morir, el propietario no había incluido su manumisión en el testamento, o que le había agregado años suplementarios de servicio a sus descendientes como condición adicional de liberación. A veces, los herederos objetaban las manumisiones que figuraban en los testamentos o intentaban pagar las deudas que habían dejado los difuntos vendiendo sus esclavos. Estos conflictos *post mortem* revelan las contradicciones internas de las leyes ibéricas según las cuales el esclavizado era a la vez capital y mercancía, y ser humano dotado de una personalidad moral, religiosa y jurídica, en un contexto en el que la esclavitud era, más que nada, una relación

[6] Michelle A. McKinley, *Fractional Freedoms: Slavery, Intimacy, and Legal Mobilization in Colonial Lima, 1600-1700*, Cambridge University Press, New York, 2016, p. 74-107.

[7] Frederick P. Bowser, *The African Slave in Colonial Peru*, *op. cit.*, p. 280, 445.

de poder. Además, a pesar de la obligación legal según la cual los propietarios debían cuidar de sus esclavos una vez que estos envejecieran, se enfermaran o tuvieran alguna discapacidad, algunos amos escogían liberarlos cuando se volvían improductivos, dejándolos así en un abandono cruel[8].

Los esclavizados que adquirían el estatus de *libertos* o *libertas* se quedaban generalmente en la pobreza pues comenzaban su vida libre con una deuda o sin dinero tras haberlo invertido todo para comprar su libertad. Muchos, ya viejos, habían dedicado una parte considerable de su existencia a ahorrar dinero para liberarse o a esperar el testamento de su amo; otros, sin embargo, eran jóvenes o niños, quienes se liberaban del cautiverio a temprana edad, o quienes nunca habían conocido la esclavitud. Algunos lograban sobreponerse a la pobreza, particularmente los libertos que habían sido aprendices y que terminaban abriendo su propio taller de costura o de zapatería, u obtenían contratos como albañiles o carpinteros; algunas libertas lograban vivir decentemente de los ingresos de una taberna, de un pequeño comercio ambulante o del arriendo de un cuarto. A veces esos libertos se convertían en propietarios de bienes inmuebles y adquirían ellos mismos uno o dos esclavos[9].

En último lugar, a partir del final del siglo XVII, algunos esclavizados estaban lo suficientemente enterados de las leyes y del funcionamiento judicial ibérico como para poder objetar el maltrato que se les daba, sin cuestionar, no obstante, abiertamente la esclavitud. Así pues, se referían a cláusulas de las *Siete Partidas* que obligaban a los amos a vestir, alimentar, y sanar a sus esclavos, instruirlos en la religión católica y que prohibían el uso de castigos excesivos, para denunciar los abusos de sus dueños. Si se comprobaba el maltrato hasta el punto de significar que el amo era indigno del papel casi parental que tenía que jugar en la vida de sus esclavos, estos últimos estaban autorizados a ser comprados por otro amo (indemnizando así al propietario original) y, en casos inusuales de suplicios "injustificados" que hubieran amenazado la seguridad pública, el amo culpable debía conceder la libertad a la víctima y pagarle una indemnidad de por vida. Pero tales decisiones eran excepcionales pues cuestionaban el orden social y el poder de los amos sobre su propiedad humana. En los archivos españoles, los casos de maltrato y mutilación de esclavos, a veces incluso mortales, abundan. Pero casi todos se terminan con un veredicto a favor de que el amo pueda seguir siendo propietario de su víctima esclavizada; sólo en muy pocos casos se ordenaba vender el esclavo a alguien más. Cabe notar que la mayoría de los casos de

[8] Para casos detallados, *ibid.*, p. 274-278, 287-297; Hélène Vignaux, *Esclavage et rébellion*, *op. cit.*, p. 137-159; Kathleen J. Higgins, *"Licentious Liberty" in a Brazilian Gold-Mining Region*, *op. cit.*, p. 145-162.

[9] Frederick P. Bowser, *The African Slave in Colonial Peru*, *op. cit.*, p. 125-146, 272-323.

abuso no eran llevados ante la justicia real sino que se quedaron confinados en la esfera privada de los propietarios de esclavos[10].

El largo combate de los esclavos reales en las minas de El Cobre, al este de la isla de Cuba, merece también ocupar un puesto particular entre la panoplia de estrategias que los esclavos de las Américas utilizaron para mejorar su situación y volverse libres. Como lo ha estudiado María Elena Díaz, el rey de España confiscó una concesión minera de Cuba en 1670, junto con los 271 esclavos que su propietario había abandonado y que, de allí en adelante, se convirtieron en esclavos reales. Durante los ciento treinta años que siguieron, estos esclavos y sus descendientes se mostraron hostiles a ser propiedad del rey a través de distintos medios hasta lograr ser emancipados colectiva y definitivamente en 1800: se agruparon en palenques en las montañas cercanas, se sublevaron, manipularon los conflictos entre los gobernadores de Cuba y las autoridades en Madrid para hacer escuchar sus quejas y hasta enviaron (en dos ocasiones) una delegación a España, al final del siglo XVII y poco antes de 1800, un logro extraordinario al tratarse de hombres y mujeres esclavizados. De esta manera consiguieron demostrar lo siguiente: dado que el rey era su amo legal pero que no podía cuidarlos concretamente, se les tenían que dar tierras para que cultivaran sus propios víveres[11].

Las estrategias dieron sus frutos y, poco después de 1700, la monarquía reconoció la comunidad de El Cobre como una especie de pueblo de indios con cabildo propio, sin importar el hecho de que casi todos sus habitantes fueran afrodescendientes y esclavos. Los hombres adultos de El Cobre, así como de los pueblos de indios, debían cumplir con la mita, según la cual aportaban cuotas de trabajadores temporales para la construcción de fortificaciones y, además, debían formar una milicia al servicio del rey. En la vida cotidiana eran casi soberanos: los hombres se dedicaban sobre todo a la agricultura y las mujeres al trabajo en las minas de cobre. La población aumentó con el simple crecimiento natural. Entre 1700 y 1769, 167 esclavos, mayoritariamente hombres, lograron comprarse la libertad a través de la coartación, y algunos de ellos adquirieron tierras e incluso un par de esclavos domésticos, cosa que dio lugar a importantes diferencias sociales dentro de la comunidad. En la década de 1770, El Cobre tenía 900 "esclavos" sin amo, 450 libres de color y tres o cuatro blancos que eran curas y funcionarios reales. Pero en 1780 un conjunto de circunstancias hizo que un edicto real privatizara de nuevo las minas, con lo cual los esclavos de El Cobre también lo fueron: varios de ellos fueron asidos por propietarios autoproclamados y

[10] Hélène Vignaux, *Esclavage et rebellion*, *op. cit.*, p. 179-188; Nicole von Germeten, *Violent Delights, Violent Ends: Sex, Race, & Honor in Colonial Cartagena de Indias*, University of New Mexico Press, Albuquerque, 2013, pp. 100-105; Colin A. Palmer, *Slaves of the White God*, *op. cit.*, p. 100-105.

[11] María Elena Díaz, *The Virgin, the King, and the Royal Slaves of El Cobre. Negotiating Freedom in Colonial Cuba, 1670-1780*, Stanford University Press, Stanford, 2000, p. 32-33.

luego (re)esclavizados. La comunidad envió un emisario a Madrid y, en 1800, la monarquía proclamó la libertad colectiva de los esclavos cobreros, delimitando sus tierras e imponiéndoles la mita. En un momento donde el sistema de la plantación esclavista se consolidaba rápidamente en Cuba, esta decisión representó una victoria considerable para estos hombres, mujeres y niños que de allí en adelante fueron oficialmente libres[12].

Cuantificar las emancipaciones —compradas por el esclavo o un pariente u otorgada por su dueño— en la América española y portuguesa es una tarea imposible. Los historiadores sólo disponen de una parte de los registros de manumisión, de las actas notariales, de los registros de bautismo, de los depósitos de quejas y de los testamentos que atestiguan de las manumisiones, cuando estas se dejaban por escrito. Además, los incontables esclavos que intentaron comprar su libertad o la de un prójimo sin conseguirla también demostraron su voluntad de emancipación y paciencia. Ahora bien, según varios estudios de caso, entre el 75% y el 80% de los esclavizados que obtenían la manumisión en el mundo iberoamericano la compraban o recibían de un pariente. Las modalidades de compra iban del pago total de la suma a un préstamo parcial, y del pago por cuotas al compromiso de trabajar para el amo durante un tiempo adicional determinado. Pocos esclavos "recibían" la manumisión de sus amos mientras estos últimos siguieran vivos o por medio de su testamento[13].

Así pues, en la América ibérica, los esclavos que se liberaban a través de la manumisión, aunque fueran escasos, contribuyeron a aumentar el número de afrodescendientes libres pues, efectivamente, una gran parte eran mujeres cuyos futuros hijos, por el principio *partus sequitur ventrem*, nacerían también siendo libres. Las autoridades se inquietaron del crecimiento de una población libre de color gracias a la manumisión y comenzaron a insistir en que todo hijo nacido antes de la emancipación de su madre era por definición esclavo; luego, en contradicción con el principio romano, que aquellos que nacieran de una madre coartada (parcialmente emancipada), no serían parcialmente coartados sino esclavos. En las regiones agrícolas o mineras donde había más esclavizados hombres (a menudo nacidos en África) que mujeres, la población afrodescendiente libre aumentaba gracias a la unión o el matrimonio de estos esclavos con mujeres libres, amerindias o negras: los hijos que nacían de dichas parejas no eran ni esclavos, ni indios sometidos a la mita.

[12] *Ibid.*, p. 32-33, 39, y 257 para ver las estadísticas.

[13] Stuart B. Schwartz, "The Manumission of Slaves", *art. cit.*; James H. Sweet, "Manumission in Rio de Janeiro", *art. cit.*; Kathleen J. Higgins, "Gender and the Manumission of Slaves", *art. cit.*; Douglas Cole Libby y Afonso de Alencastro Graça Filho, "Notarized and Baptismal Manumissions", *art. cit.*; Carlos Eduardo Valencia Villa, *Alma en boca y huesos en costal*, *op. cit.*, p. 127; Lyman L. Johnson, "Manumission in Colonial Buenos Aires, 1776-1810", *Hispanic American Historical Review*, vol. 59, nº 2, mayo de 1979, p. 258-279.

Sin embargo, en toda la América ibérica los libres de color siguieron marcados por la "mancha de la esclavitud". En las colonias españolas, a partir del final del siglo XVI, se habían vuelto tan numerosos que la monarquía quiso someterlos a un tributo de castas (capitación específicamente reservada a los afrodescendientes libres). Pero en las regiones donde los negros, mulatos, zambos, cuarterones y quinterones libres sobrepasaban el número de esclavizados, como en Colombia y Venezuela, la resistencia de los libres de color frente al nuevo impuesto fue tal que los funcionarios reales no lograron imponerlo. En otras partes, el tributo de castas fue recaudado de manera irregular[14]. Por consiguiente, en toda la América española continental, gracias a la emancipación comprada por el esclavizado o sus parientes, u otorgada por el amo, miles de esclavos obtuvieron su libertad. Los hijos y nietos de estos libertos nacieron libres y, progresivamente, estas castas marginalizaron la esclavitud y refutaron efectivamente el tributo por el cual la monarquía quería hacer perdurar el lazo que les ataba a la trata negrera y a la esclavitud.

Hacia la interdicción de la manumisión en los territorios británicos y neerlandeses

Contrariamente a los esclavos de la América ibérica, los de las colonias británicas y neerlandesas se vieron enfrentados a la restricción cada vez más severa de la manumisión y de la compra de libertad. En efecto, sin ningún marco legal impuesto por la metrópolis, los colonos podían reglamentar la esclavitud de manera mucho más libre que los colonos españoles y portugueses, quienes debían obedecer a unas leyes que se habían promulgado a inicios de la reconquista de la península ibérica de las manos de los musulmanes. Hasta mediados del siglo XVII, los esclavos africanos de los colonos ingleses de Virginia o de Barbados trabajaban a menudo junto a trabajadores contratados, muchos de estos irlandeses católicos, en las plantaciones de índigo y de tabaco. Mientras que la mayoría de los africanos vivió siempre como propiedad de su amo, algunos fueron sometidos a ese mismo sistema de contrato, y recobraban su libertad al cabo de cinco o siete años. Algunos esclavizados lograron negociar con sus dueños para obtener su propia libertad o la de sus hijos[15].

Asimismo, en la colonia neerlandesa de los Nuevos Países Bajos, poco después de la fundación de Nueva Ámsterdam (la futura Nueva York) en 1625, la esclavitud no estaba todavía codificada. En 1630 su población era de unos 300 colonos blancos y sesenta esclavizados, de los cuales la mitad pertenecía a

[14] Frederick P. Bowser, *The African Slave in Colonial Peru*, *op. cit.*, p. 302-310.

[15] Ira Berlin, *Many Thousands Gone*, *op. cit.*, p. 36-38; Maurice Burac, *La Barbade: les mutations récentes d'une île sucrière*, Presses Universitaires de Bordeaux, Bordeaux, 1993, p. 15-26.

la Compañía Neerlandesa de las Indias Occidentales. Cinco años más tarde, los esclavos de esta última les enviaron una petición a los dirigentes de la Compañía, en La Haya, a través de la cual les pedían un salario equivalente al de los trabajadores blancos; la Compañía aceptó. Después de esta primera victoria, los esclavos siguieron enviando peticiones para hacer valer sus derechos y, en particular, para obtener su libertad o la de sus hijos. También acudieron a las cortes de justicia neerlandesas quienes, aunque no emitieran decisiones favorables a los esclavos en cada caso, reconocieron que los esclavos tenían personalidad jurídica. Muchos esclavos y esclavas se convirtieron al cristianismo, se casaron por la Iglesia y bautizaron a sus hijos pensando, con lógica pero sin resultado, que esto facilitaría su emancipación. Otros trabajaban arduamente para liberarse o liberar a sus hijos, pero la compra de la libertad era muy costosa y los propietarios generalmente le ponían trabas a menos que se tratara de un esclavo improductivo. Sin embargo, no era imposible liberarse; en 1664 cuando los ingleses tomaron el control de la colonia, el 20% de sus 376 habitantes afrodescendientes eran libres[16].

No obstante, el aumento de las importaciones de bozales reforzó la legislación que regulaba la esclavitud y condujo a la mayoría de las colonias neerlandesas y británicas a dotarse de códigos esclavistas (generalmente promulgados por una asamblea colonial) que limitaban drásticamente la manumisión. En el Surinam neerlandés, una ley de 1733 sometió toda manumisión a la presentación de una petición oficial por parte del propietario del esclavo, y a que se depositara una garantía financiera para que el esclavo, una vez liberado, no tuviera que recurrir a la caridad pública. Veinte años más tarde, el gobernador de Curazao exigió también que se pagara una suma de 100 florines (equivalente a dieciocho meses de salario para un trabajador manual neerlandés) para la emancipación de un esclavo, y la mitad para una esclava[17].

En la mayoría de las colonias británicas, las restricciones se implementaron mucho antes. A partir de 1670, sólo las manumisiones por testamento o por acta notarial fueron autorizadas y, siendo así, generalmente se referían sólo a las esclavas concubinas de amos difuntos y de los hijos de estos; a veces también se les daba una pensión de por vida. Algunos cuáqueros fueron sensibles al mensaje del fundador de la Sociedad de los Amigos, George Fox, quien les recomendaba evangelizar a sus esclavos y ser compasivo con ellos, pues eran todos iguales frente a los ojos de Dios. Por ejemplo, en 1683 en Barbados, Thomas Wardall estipuló en su testamento que "ciertos de sus esclavos debían ser liberados", y que "todos los hijos de sus esclavos nacidos

[16] Christopher Moore, "A World of Possibilities: Slavery and Freedom in Dutch New Amsterdam", en Leslie Harris & Ira Berlin (eds.), *Slavery in New York*, New Press, New York, 2005, p. 29-56.

[17] Rosemary Brana-Shute, "Sex and Gender in Suriname Manumissions", *art. cit.*, p. 176-178; Harry Hoetink, "Surinam and Curaçao", en David W. Cohen y Jack P. Greene (eds.), *Neither Slave Nor Free*, *op. cit.*, p. 67-68.

después del 9 de abril de 1673 debían ser liberados al cumplir los 34 años si aceptaban ser bautizados en la fe cristiana"[18]. En casos muy excepcionales, un esclavo podía ser emancipado tras haber jugado un papel decisivo en la protección de la comunidad blanca: en 1675, por ejemplo, la Asamblea de Barbados liberó a la esclava que había denunciado lo que se había considerado en la época como una peligrosa conspiración de esclavos; en 1736 la Asamblea de Antigua emancipó a tres esclavos por la misma razón (ver capítulo 4). Pero en Virginia, a partir de 1691, todo amo que liberara a un esclavo debía pagar el transporte del esclavo al exterior de la colonia en un plazo de seis meses; en 1723 la manumisión en Virginia se volvió el privilegio de los esclavos que se la merecieran particularmente, y fue sometida a la aprobación del gobernador y de la asamblea colonial. A partir de 1739, Carolina del Sur dejó de autorizar la emancipación por testamento, haciéndolo solamente posible por medio de actas notariales[19].

Otra finalidad de estas restricciones cada vez más agudas era combatir la tendencia que tenían los amos a abandonar los esclavos improductivos a la caridad pública. En 1739, en Barbados, se empezó a exigir de los amos que emancipaban a un esclavo que le pagaran a su respectiva parroquia la suma de cincuenta libras, que servirían de pensión para el esclavo, quien recibiría cuatro libras al año para su alimentación y cuidados. Muchos de los propietarios eludían este requerimiento tanto en las colonias inglesas como neerlandesas[20]. En Nueva Inglaterra las leyes también restringieron las posibilidades de la manumisión por parte de los amos, y exigieron que estos depositaran abonos considerables para evitar que los libertos cayeran en la indigencia. Si ya eran pocas, las manumisiones se volvieron escasísimas: incluso en Filadelfia, ciudad portuaria sin lazo directo con las plantaciones azucareras y con una gran comunidad cuáquera, sólo noventa esclavos fueron emancipados entre 1698 y 1763, es decir un promedio de un esclavo cada nueve meses, y esto en un período durante el cual la población de esclavos de Filadelfia pasó de 213 a 1375[21].

Al contrario de los esclavizados de la América ibérica, los de las colonias británicas y neerlandesas no podían vislumbrar liberarse pagando una suma preestablecida pues la compra de la libertad no figuraba en la legislación

[18] Jerome S. Handler, *The Unappropriated People. Freedmen in the Slave Society of Barbados*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1974, p. 29; Larry Dale Gragg, *The Quaker Community on Barbados. Challenging the Culture of the Planter Class*, University of Missouri Press, Columbia, 2009, p. 121-141.

[19] Sumner Eliot Matison, "Manumission by Purchase", *Journal of Negro History*, vol. 33, nº 2, abril de 1948, p. 148; Charles M. Christian, *Black Saga*, *op. cit.*, p. 27-28.

[20] Jerome S. Handler, *The Unappropriated People*, *op. cit.*, p. 34-44. En aquella época, el salario anual de un trabajador manual cualificado era de más o menos treinta libras.

[21] Ira Berlin, *Many Thousands Gone*, *op. cit.*, p. 186-187; Maurice Jackson, *Let This Voice Be Heard. Anthony Benezet, Father of Atlantic Abolitionism*, University of Pennsylvania Press, Philadelphia, 2009, p. 14.

aunque, en la práctica, ocurría a veces que los amos propusieran una especie de coartación a los esclavos que no necesitaban directamente. En estos casos, el esclavizado podía trabajar y ganarse un salario con el cual le pagaba cuotas a su propietario hasta completar el precio de su valor y obtener un acta de manumisión. De todas maneras, esta forma de auto liberación fue siempre inusual, y más que femenina fue utilizada por esclavos hombres (sobre todo esclavos artesanos considerados como más autosuficientes); además, siempre dependió de la buena voluntad del amo, quien podía oponerse a ella hasta el último momento[22]. Igualmente, denunciar a un amo por maltrato era casi imposible y en ningún caso se terminaba por la liberación del esclavo. Sin embargo, sucedió que algunos esclavos protestaran de manera colectiva, ante sus amos o representantes, contra los abusos de los contramaestres. Por ejemplo, en 1738, los esclavos de una plantación de Barbados dejaron sus herramientas y se fueron a Bridgetown, sin permiso, para presentar una denuncia contra su administrador a los abogados del cultivador. Allí exigieron el reemplazo del responsable, así como más comida, ropa y tiempo libre; también pidieron ser supervisados, de allí en adelante, por tan sólo dos contramaestres, uno blanco y uno negro, y no aceptaron retomar sus labores sino hasta después de haber obtenido lo que requerían[23].

El Código Negro y las restricciones a la manumisión en las colonias francesas

En cuanto a los esclavos de las colonias de Francia, también se vieron sometidos a la restricción paulatina de sus posibilidades de emancipación. En 1660, la emancipación y la compra de la libertad propia o ajena por parte del esclavo no estaban reglamentadas, y dependían del buen grado del amo en cuestión. En las Antillas, donde la gran mayoría de los colonos eran hombres, el estatus de los mulatos, nacidos de madres africanas y padres blancos, eran considerados como más cercanos al estatus libre de sus padres que al de sus madres esclavizadas, y muchos mulatos eran emancipados a los veinte o veinticinco años por sus padres. Pero a partir de 1675, el principio de *partus sequitur ventrem* se impuso también allí y se volvió más y más difícil, para los niños de madre esclava y padre blanco, despojarse de la esclavitud. Además, el Código Negro de 1685, con el que se quiso poner fin al concubinato entre amo y esclava, decretaba lo siguiente:

[22] Sumner Eliot Matison, "Manumission by Purchase", *art. cit.*, p. 148; Charles M. Christian, *Black Saga*, *op. cit.*, p. 27-28.

[23] Hilary Beckles, *Black Rebellion in Barbados*, *op. cit.*, p. 67.

> Los hombres libres que tengan uno o varios hijos de su concubinato con esclavas, asimismo como los amos que lo hubieran permitido, serán condenados a pagar, cada uno, una multa de 2 000 libras de azúcar y, si son ellos los amos de la esclava de la cual hayan tenido los dichos hijos, que además de la multa se les prive de la esclava y de los hijos y que ella y ellos sean adjudicados al hospital sin jamás poder ser emancipados.

Sin embargo, si el hombre libre no tenía esposa legítima durante el concubinato con su esclava, y si se casaba con esta por la Iglesia católica, la esclava era emancipada y los hijos de la pareja eran declarados libres y legítimos. El Código Negro no mencionaba la violación de mujeres esclavas por sus amos, contramaestres u otros, ni el destino de los niños que pudiesen nacer si se diera el caso, pues consideraba a los esclavos como "cosas muebles", sin derecho a la propiedad privada, ni siquiera la de su propio cuerpo[24]. Sin embargo —o por consiguiente— la violación, que era muy común, contribuyó a que nacieran muchos esclavos mulatos[25].

El Código Negro les dejaba sólo una pequeña posibilidad a los esclavizados de comprar su libertad o la de un ser querido puesto que, como bienes muebles, por principio, no podían poseer nada que no fuera de sus amos. Sin embargo, podían ser emancipados sin justificación por su amo llegado a la edad adulta, o con la autorización de los padres de este si tenía menos de 26 años. Finalmente, los esclavos designados como "legatarios universales por sus amos, o nombrados albacea de su testamento o tutores de sus hijos, serán considerados y reputados libres". Este artículo demuestra que tales casos de emancipación podían darse, contradiciendo así el estatus de "bienes muebles" reservado a los esclavizados[26].

Después de 1685, al extenderse la trata negrera hacia las Antillas francesas, y luego hacia Luisiana, las restricciones a la emancipación se multiplicaron, como lo había sido el caso en las colonias inglesas y neerlandesas. A partir de 1713, un decreto sometió las manumisiones a la aprobación de los gobiernos coloniales so pena de que fuera vendido el liberto para el provecho del rey; en 1720 otro decreto ordenó que se les registrara oficialmente. Mientras que en los primeros años del siglo XVIII los esclavos que eran llevados al territorio metropolitano francés eran declarados libres, a partir de 1716 una serie de ordenanzas reales acabó con esa posibilidad de liberación. El concubinato entre amos y esclavos no desapareció pero sólo los hijos de las uniones más estables fueron emancipados por su padre blanco, mientras que la violación de las esclavas era considerada por los administradores como algo

[24] Luis XIV, *Code noir ou Édit du roi*, *op. cit.*

[25] John D. Garrigus, *Before Haiti. Race and Citizenship in French Saint-Domingue*, Palgrave MacMillan, London, 2007, p. 40-41.

[26] Luis XIV, *Code noir ou Édit du roi*, *op. cit.*

debido, e incluso como un medio de control y de humillación de la población esclavizada. No obstante, estas nuevas restricciones eran ignoradas con frecuencia, como lo demuestra la multiplicación de reglamentos con los que se intentaba impedir las estrategias utilizadas por amos y esclavos para eludirlas. Algunos hombres blancos, por ejemplo, emanciparon fraudulentamente a los hijos que tenían con esclavas inscribiéndolos como libres en los registros de bautizo. A veces los propietarios emancipaban esclavos vendiéndoles certificados de manumisión, o aceptando que fueran sustituidos por otros esclavos. Más común aun era que los amos emanciparan a sus esclavos de facto, sin procedimiento formal, registrándolos como *libres de savane* (libres de hecho), pero conservándolos como dependientes. Finalmente, en la década de 1760, se expidieron decretos que sometieron toda manumisión a un impuesto y a la aprobación del gobernador y se exigió que, antes de bautizar un niño de color, los curas verificasen el estatus de su madre, libre o esclava, con las autoridades coloniales[27].

Al mismo tiempo, la condición de los libres de color se volvió más difícil. En el Código Negro, Luis XIV le había otorgado "a los libertos los mismos derechos, privilegios e inmunidades de los cuales gozan las personas nacidas libres", es decir la igualdad racial, sin las restricciones ligadas a la mancha de la esclavitud que prevalecían en las monarquías ibéricas. Pero al desarrollarse una clase de mulatos y negros libres, tanto los hacendados blancos como los administradores reales pusieron estas disposiciones en tela de juicio. A partir de 1694, los afrodescendientes libres fueron registrados en un padrón separado al de los blancos, y se les agrupó en la categoría de "gente de color libre". Se les restringieron cada vez más los derechos, en comparación con los blancos, y, en 1777, se les prohibió incluso pisar el suelo de la metrópoli[28]. Pero lo cierto es que estas medidas no pudieron frenar el aumento de la población de color libre, principalmente por su crecimiento natural, y por la discreta integración de los *libres de savane*. En Martinica había, en 1700, 507 libres de color, que representaban el 7% de sus habitantes libres; en 1767 eran 1 814, es decir el 13% de su población libre. En Guadalupe, para los mismos dos años, los libres de color pasaron de ser 239 a 1 162

[27] M.-L. Marchand-Thébault, "L'esclavage en Guyane française sous l'Ancien Régime", *Revue Française d'Histoire d'Outre-Mer*, vol. 47, n° 166, 1er trimestre 1960, p. 27-28; Léo Elisabeth, "The French Antilles", en David W. Cohen y Jack P. Greene (eds.), *Neither Slave Nor Free, op. cit.*, p. 137-143; Caroline Oudin-Bastide, *Travail, capitalisme et société esclavagiste: Guadeloupe, Martinique (XVIIe-XIXe siècle)*, La Découverte, Paris, 2005, p. 227-231; John D. Garrigus, *Before Haiti, op. cit.*, p. 40-41; Arlette Gautier, *Les sœurs de Solitude: La condition féminine en l'esclavage aux Antilles du XVIIe au XIXe siècle*, 1985; reprint, Presses Universitaires de Rennes, Rennes, 2010, p. 141-147; Liliane Chauleau, *En les îles du vent, la Martinique, XVIIe-XIXe siècle*, L'Harmattan, Paris, 1994, p. 131-134; Bernard Moitt, *Women and Slavery in the French Antilles, 1635-1848*, Indiana University Press, Bloomington, 2001, p. 155; Frédéric Régent, *La France et ses esclaves, op. cit.*, p. 185.

[28] Sobre la creciente imposición de discriminaciones y acosos a los libres de color de las colonias francesas, ver Frédéric Régent, *La France et ses esclaves, op. cit.*, p. 192-210.

respectivamente, pero su proporción con respecto a la población libre siempre se mantuvo debajo de 10% porque el número de blancos se multiplicó por cuatro. Simultáneamente, en ambas islas, la población esclavizada aumentó rápidamente: de unos 5000 esclavos en Guadalupe, y de 14500 en Martinica al principio del siglo XVIII, se pasó a 70000 hombres, mujeres y niños esclavizados en cada una de las islas en 1767, prueba de que cada vez era más difícil liberarse por la manumisión[29].

En Saint-Domingue, el aumento de la población libre de color fue aun más espectacular: de 500, es decir el 11% de los habitantes libres en 1700, pasaron a ser 2456 en 1730, y en 1767 eran ya 6180, es decir el 25% de la población libre. Pero durante esos 67 años el número de esclavizados también se había disparado, pasando de 9000 a 220000, haciendo que la proporción de libres dentro de la población afrodescendiente se redujera a la mitad, pasando de representar 5% a sólo 2,5%.[30] La multiplicación de los libres de color en Saint-Domingue no tuvo equivalente en las otras islas azucareras por varias razones. Primero, en Saint-Domingue, el recrudecimiento de las leyes que regulaban la emancipación no ocurrió sino hasta 1760, cosa que había permitido que se desarrollara una población libre de color más importante que en las otras islas, que incluía ricos propietarios de plantaciones esclavistas. Con una población blanca en la cual había cinco veces más hombres que mujeres, hasta 1730 el concubinato forzado o consensual (más que el matrimonio) entre hombres blancos y mujeres esclavizadas o emancipadas era muy común. Por consiguiente, en las primeras décadas del siglo XVIII, había más mulatos libres en Saint-Domingue que en el resto de las Antillas, bien fuera porque hubieran nacido de una madre liberta, o porque su padre los hubiese registrado como libres al ser bautizados; al ser este el caso, muchos pertenecían de nacimiento a la clase de los terratenientes esclavizadores. Otros mulatos se volvían libres al morirse su padre y amo si este los había declarados legatarios universales. Sin embargo otros, nacidos de una violación o de una relación fugaz de su madre con un blanco, no podían escapar de la esclavitud: entre 1760 y 1792, el 2% de los esclavos de las plantaciones de Saint-Domingue eran mulatos[31]. La manumisión resultaba pues de diferentes procesos. Como lo demuestra el estudio de 238 manumisiones registradas entre 1721 y 1770 en la parroquia de Nippes, al sur de la colonia, hecho por la historiadora Arlette Gautier, el 44% de los esclavos emancipados estaba conformado por concubinas o por niños mulatos liberados por sus amos (y a menudo padres) blancos. Algunos habían sido liberados después de haber cuidado de un amo enfermo, otros habían comprado su libertad: un carpintero pagó por su libertad

[29] Charles Frostin, *Les révoltes blanches à Saint-Domingue aux XVIIe et XVIIIe siècles (Haïti avant 1789)*, Presses Universitaires de Rennes, Rennes, 2008, p. 261.

[30] *Ibid.*

[31] David P. Geggus, "Sugar and Coffee Cultivation in Saint Domingue and the Shaping of the Slave Labor Force", *op. cit.*, p. 79.

tres esclavos; una mujer pagó 600 libras y una joven esclavizada por un acta de manumisión. Algunos esclavos también compraron la libertad de algún pariente o hijo[32].

Más que en las otras Antillas francesas las condiciones para acordar la manumisión en Saint-Domingue se endurecieron después de la imposición de un impuesto sobre la emancipación de los mulatos en 1764. La ley exigía que los libres de color suministraran un documento que corroborara su libertad, sin el cual se les podía esclavizar nuevamente. Puesto que suponía que una persona de ascendencia africana era por defecto esclava, esta ley introducía el equivalente de la "mancha de la esclavitud" española que, hasta ese momento, había estado ausente del Código Negro. Poco después, una nueva regulación exigió que los amos les diesen nombres "africanos" y no propios a la "raza blanca" a los esclavos que emancipaban y que registraban, para evitar que se les confundiese con los franceses y europeos. Al mismo tiempo, la frontera racial entre blancos y afrodescendientes, sin importar el grado de mestizaje, se fue solidificando. Para su gran pesar, a los libres de color cada vez se les llamaba más *affranchis* (libertos), aun cuando una gran parte de ellos hubiese nacido libres[33].

No obstante, ya en aquella época, Saint-Domingue se distinguía de las otras colonias de plantación por un fenómeno social único que sería crucial en el proceso que condujo a la Revolución haitiana: una parte importante de su minoría libre y de sus dueños de plantación esclavistas estaba compuesta de afrodescendientes, que eran los hijos y nietos de los esclavos emancipados en los comienzos de la colonización francesa. Así pues, si bien la proporción de esclavos en la población no había dejado de aumentar, ciertas familias libres de color, a través de matrimonios estratégicos y de alianzas cruciales, rivalizaban ahora con la élite de hacendados blancos[34].

En Luisiana la esclavitud de los africanos fue más tardía pues los colonos se la habían impuesto a los amerindios en un primer lugar. El primer barco negrero llegó en 1719 y, hasta que Francia se la cediera a España en 1763, Luisiana fue una colonia de frontera caracterizada por los mismos rasgos que las tierras interiores de las colonias ibéricas: cimarronaje, unión de hombres africanos con mujeres amerindias, una población afrodescendiente mestiza libre en crecimiento (mulatos y *griffes*)[35]. A medida que la frontera retrocedía, muchos de estos cimarrones y sus descendientes se integraban

[32] Arlette Gautier, *Les sœurs de Solitude*, *op. cit.*, p. 153-55.

[33] Malick Walid Ghachem, *The Old Regime and the Haitian Revolution*, Cambridge University Press, New York, 2012, p. 93-104. A título indicativo, en Saint-Domingue en 1786, el promedio del impuesto de manumisión llegaba a las 1 274 libras por esclavo, sabiendo que el precio medio de un esclavo llegado de África era de 1 800 a 2 000 libras (Frédéric Régent, *La France et ses esclaves*, *op. cit.*, p. 53-54, 185-186).

[34] John D. Garrigus, *Before Haiti*, *op. cit.*, p. 55-56, 60.

[35] Gwendolyn Midlo Hall, *Africans in Colonial Louisiana*, *op. cit.*, p. 240.

discretamente en la población libre e incluso "blanca". Las manumisiones, sin embargo, fueron muy pocas: entre 1699 y 1765, en Alta-Luisiana, sólo se registraron cuatro actas de manumisión[36]. En la década de 1720, sólo dos matrimonios de hombres blancos terminaron en la manumisión de sus respectivas esposas e hijos; dos o tres negros libres o africanos libertos, emancipados por sus buenos servicios, lograron comprar la libertad de sus esposas esclavas. También se puede destacar el caso del esclavo Louis Congo, quien, en 1725, aceptó el cargo odiado de verdugo que los libres rechazaban, a cambio de su libertad, la de su mujer, un pedazo de tierra, y una ración de vinos y licores. Ante la ausencia de cualquier alternativa, el consejo tuvo que aceptar sus exigencias, sin por ello emancipar oficialmente a su esposa[37]. Pero, de manera general, las posibilidades de manumisión disminuyeron, en Luisiana como en otras partes, a medida que las plantaciones se extendían y que aumentaba la importación de esclavos de África[38].

Sin embargo, cuando Francia le cedió Luisiana a España en 1763, los esclavos pudieron emanciparse al igual que los de las colonias españolas, como lo revela el estudio de Kimberly Hanger sobre Nueva Orleans en el período de 1769 a 1779. Por supuesto, los esclavos siguieron huyendo hacia las tierras del interior en busca de libertad, pero otros se enteraron rápidamente de que ya podían comprar legalmente su libertad y acudir a un tribunal si su propietario se negaba o fijaba un precio que excedía su valor de mercado. Así, entre 1769 y 1779, 198 esclavos pudieron comprar su manumisión por sus propias cuentas o con la ayuda de un ser cercano, pero cincuenta de ellos tuvieron que hacer intervenir la justicia a su favor, cosa que muestra la resistencia de los amos franceses a las leyes españolas. No obstante, en una ciudad en la que los hombres blancos eran dos veces más numerosos que las mujeres blancas, una parte de las 121 mujeres y de los 120 niños que fueron emancipados entre 1769 y 1779 eran, respectivamente, sus concubinas e hijos nacidos de esas uniones ilegítimas[39].

El ejemplo de Luisiana ilustra mejor que cualquier otro cuán dependiente de la legislación era la manumisión, tanto francesa como española; demuestra también la aptitud de los esclavizados de aprovechar esta oportunidad legal de liberarse tan pronto como fuera posible. E incluso si los propietarios a menudo despreciaban la ley, el marco jurídico ibérico, favorable a que los esclavos pudiesen comprar su libertad o la de otros, hizo que, a partir del siglo XVI, los esclavos de las colonias de España y Portugal pudieran emanciparse por montones, contrariamente a las colonias de Francia, Gran Bretaña

[36] Cécile Vidal, "Africains et Européens au pays des Illinois", *art. cit.*, p. 55-56.

[37] Gwendolyn Midlo Hall, *Africans in Colonial Louisiana*, *op. cit.*, p. 124-132, 239-242.

[38] *Ibid.*, p. 279.

[39] Kimberly S. Hanger, "Avenues to Freedom Open to New Orleans' Black Population, 1769-1779", *Louisiana History: The Journal of the Louisiana Historical Association*, vol. 31, nº 3, verano de 1990, p. 237-264.

y los Países Bajos. Por consiguiente, ya desde el comienzo del siglo XVIII, estas inmensas regiones tenían una población afrodescendiente libre más abundante que la población blanca y, en las regiones donde la trata de negros se había agotado, incluso más abundante que la población esclavizada.

El servicio militar, otra manera de conquistar la libertad

A través del tiempo, y en todas las sociedades esclavistas, el ejército y la marina emplearon a hombres esclavizados, y a los más valientes los recompensaban, a veces, emancipándolos. Las Américas coloniales no fueron una excepción, tanto en el trascurso de la conquista como durante las guerras entre las monarquías coloniales[40]: esclavos africanos y ladinos acompañaron a los españoles y a los portugueses desde su llegada al Caribe y al continente y, luego, en las guerras contra los indios. Algunos no estaban armados pero servían de marineros, pioneros, portadores o zapadores. Otros sí levaban armas y se les puede calificar de "conquistadores negros"; muchos de ellos ganaron así su libertad. Por ejemplo, el africano del oeste, Juan Garrido, fue primero esclavo en Portugal y España, luego fue enviado a conquistar México bajo las órdenes de Hernán Cortés; allí fue emancipado y recibió una parcela de tierra en la ciudad de México para él, su esposa y sus hijos. Sebastián Toral obtuvo su libertad gracias al papel que jugó en la toma de Yucatán, región en la que después se instaló y formó una familia. El bozal Juan Bardales recibió, además de su liberación, una modesta pensión por su participación en la conquista de América Central (los actuales Panamá y Honduras). En cuanto a Juan Valiente, esclavo de un español establecido en Puebla, México, fue contratado por este último en la conquista de Guatemala. Allí, a espaldas de su amo, Valiente se unió a la expedición militar de Pedro de Alvarado que llevó a 200 negros a buscar oro en el Perú. Contrariamente a la mayoría de sus compañeros, Valiente sobrevivió la travesía por los Andes. Se incorporó entonces a los hombres de Diego de Almagro que partieron a la conquista de Chile bajo las órdenes del español Juan de Valdivia, el cual le nombró capitán con su propio caballo. Valiente se estableció en Chile, se casó con una esclava emancipada por Valdivia, quien les atribuyó tierras y, en 1550, una encomienda de indios, e, incluso, acudió a las autoridades reales para obtener su libertad. Sin embargo, Valiente murió unos años más tarde, en combate

[40] Ver Christopher Leslie Brown y Philip D. Morgan (eds.), *Arming Slaves: From Classical Times to the Modern Age*, Yale University Press, New Haven, 2006; Carmen Bernand y Alessandro Stella (eds.), *D'esclaves à soldats: Miliciens et soldats d'origine servile, XIIIe-XXIe siècles*, L'Harmattan, Paris, 2006; Peter Michael Voelz, *Slave and Soldier: The Military Impact of Blacks in the Colonial Americas*, Garland, New York, 1993.

contra los indios, siendo capitán y encomendero pero todavía legalmente esclavo. Su hijo, nacido libre, heredó su encomienda[41].

A partir de la década de 1550, la defensa de los puertos del Caribe empezó a requerir más fuerzas militares que la misma conquista, en vista de los ataques de los piratas ingleses y franceses. Los pillajes de Santiago de Cuba, Santo Domingo y Cartagena de Indias, en particular por Francis Drake, hicieron reaccionar a la Corona española: mandó construir fortificaciones y cavar fosos alrededor de las ciudades portuarias, lo cual requirió una numerosa mano de obra esclava, y movilizó los vecinos en milicias y guardias navales. En el trascurso del siglo XVII, frente a la multiplicación de los asaltos de piratas y filibusteros de diversos orígenes, España formó milicias segregadas de blancos, mulatos y negros libres en sus puertos atlánticos y pacíficos. Durante los ataques se volvió inevitable movilizar también a algunos esclavizados a quienes la monarquía prometía la emancipación si se llegaban a distinguir por acciones heroicas defendiendo su soberanía o la vida de sus sujetos[42].

En Brasil también se emplearon esclavizados en el ejército con el fin de suplir la escasez de soldados. La ocupación neerlandesa de Pernambuco, entre 1630 y 1638, exigió una movilización particularmente importante de hombres para defender la provincia portuguesa; al constatar que la pequeña comunidad blanca no era suficiente para tal hazaña, el ejército recurrió a los libres de color y a esclavos "prestados" por sus amos. Entre libertos y esclavos, los soldados afrodescendientes no eran sino 400, es decir menos del 1% de los 43 000 esclavos que vivían en ese entonces en la región pero, reunidos en un regimiento negro bajo el comando de Henrique Dias (hijo de africanos libertos), representaban más de un décimo de las tropas brasileras. Entre los esclavos angola, mina o criollos enviados al combate con la promesa de un certificado de libertad si eran valientes, algunos lograron ganarse la libertad aunque, en última instancia, sus propietarios tuvieran que dar la última palabra, generalmente después de recibir algún tipo de compensación. El regimiento negro luchó de manera tan honorable que, después de la victoria contra los Países Bajos, Dias logró que se mantuviera el regimiento y, en 1656, que todos sus esclavos y oficiales negros fuesen emancipados. Tras su muerte en 1662, el regimiento negro, siempre con un comandante negro, siguió siendo una unidad activa en la defensa de Pernambuco hasta mediados del siglo XVIII, pero la manumisión de sus reclutas dependió de la excepcionalidad del coraje de estos últimos[43].

[41] Matthew Restall, "Black Conquistadors", *art. cit.*, p. 171-188.

[42] *Ibid.*, p. 197-198; Jane Landers, "Transforming Bondsmen into Vassals: Arming Slaves in Colonial Spanish America", en Christopher Leslie Brown y Philip D. Morgan (eds.), *Arming Slaves: From Classical Times to the Modern Age*, Yale University Press, New Haven, 2006, p. 122-123.

[43] Hebe Mattos, "'Black Troops' and Hierarchies of Color in the Portuguese Atlantic World: The Case of Henrique Dias and His Black Regiment", *Luso-Brazilian Review*, vol. 45, nº 1, 2008, p. 6-29.

Desde finales del siglo XVII, el desarrollo del cimarronaje en la periferia de los territorios colonizados representó un problema para el Brasil en términos de seguridad, incluso más que la piratería. Como se ha mostrado en el capítulo 2, frente a la escasez de policía regional y a la reticencia de los blancos a alistarse, la búsqueda y captura de esclavos cimarrones fue delegada a *capitães do mato*, que a su vez reclutaban esclavos prestados por sus amos. Estos esclavos "cazadores de esclavos" a veces conseguían comprar su libertad con las primas que recibían por la captura de los fugitivos. La fiebre del oro en Minas Gerais también desencadenó la movilización de esclavizados por parte de los colonos pioneros de São Paulo, quienes necesitaron fuerzas armadas para defender las minas en su posesión contra sus nuevos rivales provenientes del nordeste y del Portugal con sus propios esclavos. Sin llegar a resolver el problema de orden público en la región, el armamento de esclavizados, tanto por parte de los paulistas como de los nuevos buscadores de oro, fue la oportunidad para un número creciente de esclavizados de comprar su libertad o de escaparse[44].

De similar manera, después de haber fundado Nueva Ámsterdam, los neerlandeses se vieron en apuros al faltarles las tropas necesarias para luchar contra los amerindios que se resistían a la usurpación de su territorio y contra las pretensiones belicosas de los ingleses. En 1640 reclutaron no sólo a libres de color, quienes fueron recompensados con parcelas de tierra ubicadas en las zonas fronterizas amenazadas, sino también a esclavos, quienes se veían prometer su libertad e incluso, a veces, tierras propias. Esto les permitió a los neerlandeses crear una zona de amortiguación entre los colonos blancos y los amerindios, defendida por negros libres y libertos; muchos esclavos obtuvieron así su libertad y la conservaron, en 1664, con el paso de la región a la soberanía inglesa[45]. En las Antillas francesas, el reclutamiento de esclavos a cambio de una promesa de libertad también se implementó para robustecer los ejércitos. En 1697, al organizar el ataque naval contra Cartagena, en Colombia, el barón de Pointis hizo una escala en Saint-Domingue para pedirle refuerzos al gobernador, quien no dudó en incluir esclavos al montón, muchos de los cuales, después de la victoria, fueron liberados y pensionados, e incorporados en una compañía de milicianos negros y mulatos[46].

Sin embargo, de hecho la movilización de esclavos estuvo bastante limitada en todas las Américas, y las manumisiones incondicionales eran excepcionales. De manera simultánea, las medidas para impedir que estos "manumitidos por el servicio de las armas" se unieran con los esclavos y contra sus antiguos amos se multiplicaron. Aun así, los esclavos sirvieron como soldados en muchos conflictos militares además de los que ya se han mencionado aquí: en la

[44] Kathleen J. Higgins, *"Licentious Liberty" in a Brazilian Gold-Mining Region*, *op. cit.*, p. 190-195.
[45] Christopher Moore, "A World of Possibilities", *art. cit.*, p. 41-44.
[46] John D. Garrigus, *Before Haiti*, *op. cit.*, p. 42-43.

defensa de los puertos cubanos contra los ingleses en la década de 1660, en la defensa de Antigua contra los ataques navales nacidos de las guerras franco-británicas durante la primera parte del siglo XVIII; en la lucha de Carolina del Sur contra los yamasee, los cherokee y los creeks en 1715; en las guerras de Luisiana contra los chickasaw entre 1736 y 1741; en las guerras contra los cimarrones de Jamaica y de Surinam; y tanto en el Caribe como en el continente durante la guerra de los Siete Años, entre otras[47]. Estas experiencias militares les permitieron a los esclavizados ganarse la libertad bien fuera a través de la manumisión o, de manera ilegal, al desertar las tropas durante las marchas y combates.

Un último ejemplo del reclutamiento militar de esclavos es el caso de Cuba durante la guerra de los Siete Años, pues deja ver una nueva perspectiva del esclavo soldado cuyo sacrificio por la defensa de la patria era visto como incompatible con la esclavización. En efecto, cuando los británicos atacaron el puerto de La Habana en 1762, contaban con refuerzos de 2000 esclavizados que habían comprado en Jamaica, y otros cien de Martinica, Barbados, Antigua, y otras islas británicas. Los españoles también recurrieron a esclavizados que eran propiedad del rey, o que les suministraron los plantadores para reforzar las tropas en los fuertes y las milicias de libres de color de la ciudad. Pero el gobernador de Cuba, temiendo que los esclavos movilizados les desertaran y se unieran a los británicos, compró la libertad de una docena de los que eran propiedad de privados que se habían ofrecido a defender a España. Además, formó una compañía de unos cien esclavos que emancipó y que sometió al comando de oficiales blancos, no sin antes prometerle una compensación a cada dueño. En realidad, el reclutamiento de estos esclavos no impidió que los británicos ocuparan la isla durante once meses, pero cuando las fuerzas españolas lograron retomar el control de Cuba, la cuestión de la libertad de estos cien esclavizados y de la compensación de sus amos volvió al orden del día. Una proclamación invitó a todo esclavo y propietario a quien le incumbiera a que presentara una petición. Además, el rey de España autorizó al nuevo gobernador de la isla a que le acordara la libertad a todo esclavo adicional que se hubiese distinguido particularmente por su valentía y sacrificio, hazaña generalmente evaluada según el número de heridas que tuviera. En total, 155 esclavos fueron públicamente declarados "libres de toda sumisión, cautiverio y servidumbre", y recibieron un certificado de emancipación. Asimismo, tres esclavos

[47] Peter H. Wood, *Black Majority*, *op. cit.*, p. 124-130; María Elena Díaz, *The Virgin, the King, and the Royal Slaves of El Cobre*, *op. cit.*, p. 89-93; Gwendolyn Midlo Hall, *Africans in Colonial Louisiana*, *op. cit.*, p. 169-174; Hélène Vignaux, *Esclavage et rébellion*, *op. cit.*, p. 158-159. Ver también Carmen Bernand y Alessandro Stella (eds.), *D'esclaves à soldats*, *op. cit.*, p. 85-174; David B. Gaspar, *Bondmen & Rebels*, *op. cit.*, p. 118-124; Maria Alessandra Bollettino, *Slavery, War, and Britain's Atlantic Empire. Black Soldiers, Sailors, and Rebels in the Seven Years' War*, Ph.D. dissertation, University of Texas at Austin, diciembre de 2009.

emancipados pero con heridas demasiado graves como para poder trabajar recibieron una pequeña pensión vitalicia, y seis fueron coartados (emancipados parcialmente). El gobierno compensó también, en dinero o en especie (es decir con otros esclavos), a los propietarios cuyos esclavos habían sido emancipados o habían muerto en combate[48].

Aunque la manumisión no ponía en tela de juicio la esclavitud ni los derechos de propiedad de los amos, sí demostró que, mucho antes de la era de las revoluciones y de las independencias, algunos esclavizados lograban llevar a cabo un proyecto de emancipación propio o de un ser cercano al trabajar más de lo requerido, ahorrando hasta acumular su valor comercial. Este método de liberación hizo que muchos esclavizados pasaran del trabajo forzoso no remunerado al trabajo para sí, y esto bajo un Antiguo Régimen en el cual el trabajo manual era todavía considerado como el destino de la plebe y, más aun, como una mácula hereditaria en el mundo ibérico. Como lo resalta Caroline Oudin-Bastide, la compra de la libertad por parte del esclavo anticipaba la concepción moderna del trabajo como fuente de progreso y de bienestar y de moneda de cambio[49], para transcender la definición materialista de Adam Smith según la cual "el precio real de cada cosa, lo que cuesta cada cosa realmente para aquel que quiere obtenerla es el trabajo y la pena que se debe imponer para obtenerla"[50]. Pues los esclavizados que pasaban años de sus vidas trabajando más de lo requerido para emanciparse no buscaban obtener una "cosa", sino un derecho natural: la libertad.

Este proceso sería luego retomado en la década de 1780 con las leyes de abolición gradual de la esclavitud que permitieron que un número creciente de esclavizados comprasen su libertad por sus propios medios o que la negociaran. En cuanto al reclutamiento militar a cambio de la promesa de libertad, este era una solución a la falta de hombres libres capaces o dispuestos a servir en las colonias americanas. Pero este implicaba también una nueva percepción de los esclavos militares vistos, no como bienes muebles, sino como patriotas e incluso héroes, dispuestos a dar la vida por su rey o por su ciudad. Es por esto que, a partir de la década de 1770, y del comienzo de las guerras de independencia en el continente americano, la manumisión inmediata o a término, a cambio de prestar el servicio armado, tomaría un nuevo impulso. Pero el armamento de esclavizados representaba también un peligro, pues estos podían volverse contra sus amos y contra el poder colonial.

[48] Evelyn P. Jennings, "Paths to Freedom. Imperial Defense and Manumission in Havana, 1762-1800", *in* Rosemary Brana-Shute et Randy J. Sparks (eds.), *Paths to Freedom*, *op. cit.*, p. 125-138; Maria Alessandra Bollettino, *Slavery, War, and Britain's Atlantic Empire*, *op. cit.*, p. 274-275.

[49] Caroline Oudin-Bastide, *Travail, capitalisme et société esclavagiste*, *op. cit.*, p. 215.

[50] Adam Smith, *Selected Philosophical Writings*. Edited and introduced by James R. Otteson, Imprint Academic, Exeter, 2004, p. 277.

Así como lo examina el capítulo siguiente, los esclavistas vivieron con un temor permanente de revueltas y de conspiraciones de esclavos, aun cuando pocas de ellas se materializaron.

Capítulo IV

LA CONSPIRACIÓN Y LA REVUELTA, ESTRATEGIAS EXCEPCIONALES

Hasta la era de las independencias, los esclavizados, como toda clase sobreexplotada, se sublevaron contra sus amos matándolos y destruyendo sus lugares de trabajo; cuando lo hacían, era generalmente para después escaparse, más que para intentar construir una sociedad diferente en la cual fueran ellos, libres, quienes dominaran. Pues bien, sin apoyo, sin ningún sector social que cuestionase la institución de la esclavitud, la estrategia más radical de la cual disponían los esclavos era escapar hacia las tierras que los blancos aún no habían conquistado, y conformar comunidades cimarronas. Estos grupos de fugitivos eran una amenaza permanente para varias sociedades esclavistas pues atraían a los esclavos poco dóciles y organizaban redadas en las plantaciones. Paralelamente, hasta la década de 1670, la manumisión representó, en todas las colonias, una posibilidad de salir de la esclavitud de manera legal, sin tener que sublevarse, pero después de aquella época, sólo los esclavos de las colonias ibéricas podían esperar emanciparse en cantidades importantes.

Sin embargo, según varios historiadores, los primeros doscientos cincuenta años que siguieron la conquista de las Américas estuvieron salpicados de conspiraciones y revueltas serviles. Este capítulo muestra que, en realidad, una gran parte de estas rebeliones sólo existía en el imaginario temeroso de las élites coloniales y de muchos blancos. Los colonos europeos y sus descendientes, muy minoritarios en todos los lugares, vivían con la angustia permanente de que los amerindios los fuesen a atacar, y que los africanos esclavizados que importaban en crecientes números para el trabajo doméstico, la construcción, las minas y las plantaciones se rebelaran. Los indios podían surgir, en cualquier momento, del *hinterland* no colonizado, mientras que estaban rodeados de negros hasta en la intimidad de sus hogares. Estos últimos les parecían tanto más temibles cuanto los blancos no entendían sus lenguas y culturas pero eran conscientes de su sed de libertad. Los colonos, sintiéndose pues muy expuestos y mal protegidos por tropas que juzgaban siempre como insuficientes, a menudo transformaban lo que no eran sino manifestaciones discretas de disconformidad en conspiraciones que asimilaban después a sublevaciones que reprimían de manera cruel. Los historiadores, al leer los testimonios de los blancos, han tendido a tomárselos palabra por palabra para luego constatar que los esclavizados fueron

siempre unos rebeldes animados por la voluntad de liberarse a toda costa. Sin embargo, un análisis minucioso de estas conspiraciones y revueltas muestra que estas se materializaron poco pues los esclavos sabían que sólo unas condiciones excepcionales permitirían el éxito de una rebelión; siempre estuvieron bien informados de las relaciones de poder y del movimiento de las tropas y no se rebelaban a menos de que estimaran que los colonos estaban en una situación particularmente vulnerable. Además, cuando lo hacían, por lo general no era para destruir la sociedad blanca, sino más bien para huir hacia el *hinterland*.

Crimen y castigo según la justicia colonial

Antes de examinar las rebeliones verificadas, es conveniente recordar que la legislación del Antiguo Régimen no distinguía la intención de la acción. Un complot, es decir un "acuerdo entre dos o más personas para hacer algo ilícito, inmoral o perjudicial contra personas, instituciones, Gobierno, etc." (*Gran diccionario de uso del español actual*), podía fácilmente ser asimilado a una revuelta ("rebelión o levantamiento contra el poder establecido que lleva a cabo un grupo de civiles, guerrilleros, militares, etc." (*ibid.*), incluso si sólo se trataba de un intento de complot. De hecho, bajo el Antiguo Régimen, conspirar era tan grave como lo era sublevarse, y ambos conducían a penas similares. Además, toda revuelta contra la autoridad legítima y todo atentado contra la jerarquía social o familiar era castigado de forma severa y considerado como traición. Siendo así, en las colonias esclavistas donde los esclavos eran propiedad de sus dueños, todo acto o signo de resistencia de los primeros contra la sumisión total se convertía en un acto de traición. En Gran Bretaña, en particular de 1351 a 1828, el que un subalterno asesinara un superior (una mujer a su marido, un hijo a su padre, un sirviente o aprendiz a su maestro) era considerado como una "pequeña traición", y podía llevar a la hoguera. En las colonias británicas, los códigos negros reinterpretaban dicho crimen cuando se trataba de un esclavo: una pequeña traición no sólo designaba el homicidio o la tentativa de homicidio de un amo o contramaestre, sino el homicidio de todo blanco por parte de un negro, y siempre conducía a la pena de muerte. En sí, los esclavizados eran considerados como traidores potenciales; cualquier fechoría podía ser interpretada como una pequeña traición. Además, en caso de una revuelta o una conspiración (confirmada o supuesta), los esclavos eran acusados de atacar a la sociedad misma y, por ende, al Estado y al rey, y se les acusaba por consiguiente de "alta traición"[1].

[1] John Briggs *et al.* (eds.), *Crime and Punishment in England. An Introductory History*, University College London Press, Londres, 1998, p. 63-70; Diana Paton, "Punishment, Crime, and

Por otra parte, en todo juicio era necesario presentar pruebas; no se trataba tanto de pruebas materiales sino de la confesión del acusado o de los acusados. Siendo así, a los sospechosos se les creía culpables y los jueces no tenían impedimento alguno en términos de los medios de los cuales disponían para obtener sus confesiones. En las colonias ibéricas y francesas, los casos de los esclavos incriminados eran adelantados por las mismas cortes de justicia que se ocupaban de los habitantes libres. Por ejemplo, en España y en sus territorios americanos era indispensable que el acusado se confesase en los procesos criminales; en un caso ideal, la confesión era espontánea, pero si el acusado se negaba a responder de manera satisfactoria a una o varias preguntas, se le podía someter a la tortura dirigida por un juez y ejecutada por un "cirujano". La duración de la tortura se dejaba en las manos del juez pero, en todo caso, el acusado era el responsable de sus heridas, de la pérdida de sus extremidades o de su vida, dado que tenía la posibilidad de responder a una justicia real que no hacía otra cosa que buscar respuestas. Si el acusado se negaba a repetir una confesión que había dado al ser torturado, bajo el pretexto de que esta le había sido arrancada violentamente, el juez podía someterlo dos veces más a una serie de suplicios. Además, la sentencia final del juez debía ser acompañada de pruebas documentadas y de las declaraciones concordantes de dos testigos; según la gravedad del crimen y la condición del acusado, la sentencia podía ser final o sometida a la aprobación de la Audiencia Real del virreinato, y a una posibilidad de apelación de las partes[2].

Las colonias británicas y neerlandesas establecieron cortes de justicia especial para los esclavos a partir de la década de 1660 con un procedimiento expeditivo y sin posibilidad de apelación y, en los casos en que se descubría un complot o una rebelión servil, se formaban rápidamente tribunales de excepción con jueces que a menudo eran voluntarios, y sin ningún tipo de jurado. El margen que se daban los jueces-hacendados para reprimir las tentativas de complot servil era amplio: en 1696, la Asamblea de Jamaica aprobó un decreto que estipulaba que el que uno o varios esclavos "imaginaran la muerte de una persona blanca" era un crimen susceptible de la pena de muerte. En 1744, la misma asamblea confirmó el decreto, precisando que dicho crimen de la imaginación debía ser juzgado como "el crimen de homicidio, y castigado como tal"[3]. Puesto que los códigos negros británicos no autorizaban los testigos en los casos de los esclavos, bastaba con que un testigo del lado del blanco convenciese a los jueces para que un esclavo fuera sometido a tortura, juzgado como culpable y condenado por conspiración o revuelta.

the Bodies of Slaves in Eighteenth-Century Jamaica", *Journal of Social History*, vol. 34, nº 4, verano de 2001, p. 930.

[2] Susana García León, *La justicia en la Nueva España: criminalidad y arbitrio judicial en la Mixteca Alta (siglos XVII y XVIII)*, Editorial Dykinson, Madrid, 2012, p. 55-158.

[3] Citado en Vincent Brown, *The Reaper's Garden*, *op. cit.*, p. 3, 273 (nota 3).

En caso de que no hubiera testigo blanco se podían adoptar leyes de excepción, como fue el caso en 1741 en Nueva York, donde una ley "de prueba por un negro" (*"Negro evidence"*) autorizaba el testimonio de un esclavo contra otro, generalmente a cambio de un castigo más leve para el testigo. Así pues la tortura servía menos para obtener confesiones del esclavo incriminado que para extraer los nombres de sus cómplices. En varios casos de conspiración, a la acusación le seguían, casi de inmediato, la interrogación, condena y ejecución de los sospechosos, creando así una atmósfera de terror que duraba varios meses, entre los esclavos y afrodescendientes en general, así como un ambiente de venganza comunitaria entre los blancos. Los arrestos se producían al ritmo de las denuncias forzosas y de las ejecuciones públicas —tan atroces como fuera posible—, y eran seguidas de la exposición, durante varias semanas, de las cabezas y miembros de los supliciados en las plazas públicas y plantaciones[4]. En efecto, en el conjunto americano, la conspiración carente de consecuencia material y la revuelta que hubiera causado muertes y destrucciones conducían ambas a la condena a muerte por traición.

Asimismo, hasta la década de 1760, los testimonios escritos de tales eventos fueron casi todos emitidos por jueces, por funcionarios coloniales y por miembros de la élite local, cosa que le impide al historiador reconstruir poco más que el contexto y el escenario del descubrimiento y la represión de una conspiración determinada. La cuestión de la existencia de esta —es decir de si los hombres y mujeres torturados, ejecutados, azotados o vendidos en otras colonias se preparaban realmente a atacar a los blancos para crear una nueva sociedad sin ellos, o si simplemente soñaban juntos con un mundo en que los juegos de poder estuvieran invertidos, o si esos planes no eran sino el reflejo de la angustia de sus amos— se ha quedado casi siempre sin respuesta[5].

A la vez, muchas revueltas de esclavos locales y puntuales no eran reportadas a las autoridades coloniales y han permanecido ignoradas de los historiadores. En América aun más que en Europa, la justicia no era uniforme. En el terreno, los servidores del Estado estaban arrumados en las ciudades, y los amos y sus adjuntos eran quienes solían lidiar con los casos criminales y de orden público, de manera para-judicial pero que ponía el ejemplo: flagelando

[4] William M. Wiecek, "The Statutory Law of Slavery and Race in the Thirteen Mainland Colonies of British America", *art. cit.*, p. 274-275; Lynn Hunt, *Inventing Human Rights: A History*, W. W. Norton, New York, 2007, p. 78 [*L'Invention des droits de l'homme. Histoire, psychologie et politique*, Markus Haller, Genève, 2013].

[5] Sobre este tema, ver la minuciosa reconstitución de una presunta conspiración servil en Barbados, en 1692, Jason T. Sharples, "Discovering Slave Conspiracies: New Fears of Rebellion and Old Paradigms of Plotting in Seventeenth-Century Barbados", *American Historical Review*, vol. 120, nº 3, junio de 2015, p. 811-843; el debate sobre la conspiración de Denmark Vesey en 1822, en Charleston, Carolina del Sur, "Forum: The Making of a Slave Conspiracy", Part 1, *William and Mary Quarterly*, vol. 58, nº 4, octubre de 2001, p. 913-976, y Part 2, *ibid.*, vol. 59, nº 1, enero de 2002, p. 135-202.

sin límite, mutilando, inmovilizando con una picota, imponiendo el porte de collares, bozales, cadenas, trabas y otros pesos, o ejecutando a los esclavos que sospechaban de ser culpables. Aunque las *Siete Partidas* españolas y el Código Negro francés hubieran prohibido a los contramaestres y propietarios de esclavos ejecutar o mutilar a sus esclavos, las fuerzas del orden y los representantes de la justicia no eran lo suficientemente numerosos y eficaces como para controlar el respeto de las leyes en las plantaciones, en los campos e incluso en las ciudades. En las colonias británicas, el Bill of Rights de 1689 no protegía a los esclavos pues no les consideraba como personas con derechos legales, y los códigos daban a los amos de esclavos una gran libertad cuando se trataba de castigar un delito o una mala conducta. Los primeros códigos vigentes en Barbados y Jamaica en la década de 1660 se limitaban a estipular que los propietarios no podían matar a sus esclavos "sin razón" pero, en caso de que lo hicieran, se les dispensaba de toda responsabilidad ante la justicia. El código esclavista jamaiquino de 1696 que permaneció casi idéntico hasta 1788, le prescribía una pena menor al amo que matara un esclavo "de manera voluntaria, sin razón o con empeño", pero no se pronunciaba sobre el caso de que un esclavo falleciera después haber sido castigado de manera excesiva. En 1717, una modificación precisaba solamente que al amo que "desmembrara" un esclavo se le podía infligir una multa[6]. De hecho como lo nota la historiadora Diana Paton, la mayoría de los delitos cometidos por esclavos no eran procesados por la justicia a menos de que se tratara de una conspiración o una revuelta mayor, o de un caso en el que un propietario buscara una reparación después de haber perdido un número importante de esclavos, cuando había un conflicto entre amos o cuando un amo quería consolidar su autoridad aplicando un castigo severo oficializado por la justicia. Esta constatación sobre Jamaica puede ser aplicada al conjunto de las colonias británicas, francesas, neerlandesas e ibéricas[7].

[6] Para la legislación española, ver Richard Konetzke (ed.), *Colección de documentos para la historia de la formación social de Hispanoamérica, 1493-1810*, 3 vol., Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 1953-1962; Luis XIV, *Code noir ou Édit du roi*, *op. cit.*; Ross M. Kimmel, *Blacks Before the Law in Colonial Maryland*, Master's Thesis, 1974, Maryland State Archive, Special Collection.

[7] Diana Paton, "Punishment, Crime, and the Bodies of Slaves", *art. cit.*, p. 926-927, 930; Frédéric Régent, *La France et ses esclaves*, *op. cit.*, p. 79-83; Caroline Oudin-Bastide, *Travail, capitalisme et société esclavagiste*, *op. cit.*, p. 254-260; Hélène Vignaux, *Esclavage et rébellion*, *op. cit.*, p. 179-188; Susana García León, *La justicia en la Nueva España*, *op. cit.*, p. 161-173; Robert Edgar Conrad, *Children of God's Fire*, *op. cit.*, p. 61-62, 292-297. Sobre Francia y España, ver Benoît Garnot, "Justice, infrajustice, parajustice et extra justice en la France d'Ancien Régime", *Crime, Histoire & Sociétés / Crime, History & Societies*, vol. 4, n° 1, 2000, p. 103-120; David R. Ringrose, *Spain, Europe, and the "Spanish Miracle", 1700-1900*, Cambridge University Press, Cambridge, 1996, p. 255-259.

Miedos y rumores antes de 1700: hacia la formación de un escenario de complot de esclavos

La primera conspiración de esclavos que los historiadores han registrado tuvo lugar en la ciudad de México en 1537 y presenta ya los elementos de un escenario que se repetiría en el curso de los siglos siguientes, con una frecuencia acelerada a partir de 1730. Este primer complot, que pretendía que los esclavos de la ciudad se sublevaran contra las autoridades blancas, se descubrió antes de que se materializara por medio de la tortura. Según el informe que le presentó el virrey de México, Antonio de Mendoza, al rey Carlos I, uno de los conspiradores le habría revelado que "los Negros" habían escogido un rey y que se habían puesto de acuerdo para matar a todos los españoles de México y tomarse la tierra con la ayuda de los indios. El virrey ordenó pues que se arrestase y se sometiese a la tortura a un gran número de negros, quienes confirmaron la existencia de la conspiración, mientras que los indios a los que se interrogó parecían no saber nada al respecto. Mendoza envió también algunos espías a que indagasen en otras ciudades y en las minas, les ordenó a los españoles que estuvieran alerta, y que se matase a todo negro sospechoso. Al mismo tiempo, hizo que se llevase a las minas a cinco africanos (cuatro hombres y una mujer), que consideraba como las cabecillas del presunto complot, y dejó su ejecución en manos de los indios, con lo cual declaró el caso cerrado[8]. Aun así, el virrey le informó al rey de España que la conspiración se había formado porque los negros e indios seguían de cerca las noticias de las guerras que tenían ocupado el reino, hasta el punto que circulaban rumores según las cuales ninguna embarcación española podría llegar a México en diez años. El virrey le recomendaba pues a su majestad que se controlase el contenido de las noticias que salieran hacia América, y que se enviara de inmediato un barco a México para manifestar el poder de la Corona.

El informe de Mendoza muestra bien, como otros lo harán después, cuán difícil es para los historiadores establecer la existencia de conspiraciones a partir de documentos oficiales que a menudo se fundaban en declaraciones obtenidas bajo tortura y que simultáneamente se proponían convencer al monarca español del celo de sus virreyes en América. El informe también es un testimonio del aislamiento y del temor en el que vivía la pequeña élite colonial unos quince años después de la derrota del imperio azteca. Finalmente, demuestra que ciertos esclavos seguían la actualidad, que notaban e interpretaban a su favor todo debilitamiento de las fuerzas coloniales, esperando aprovecharlo para mejorar sus condiciones de vida y, en algún momento, para derrocar al poder.

[8] Colin A. Palmer, *Slaves of the White God*, *op. cit.*, p. 133-134.

Después de 1537, México renunció progresivamente a la esclavitud de los indios y duplicó sus importaciones de esclavos de África; del final del siglo XVI a 1610, en particular, entre 2000 y 6000 cautivos africanos eran desembarcados cada año, es decir tres veces el número de inmigrantes que llegaban de Europa. Los bozales que llegaban eran vendidos en diversas regiones pero la ciudad de México absorbía una buena parte de ellos. Por consiguiente, había más esclavos que españoles y, entre estos últimos, el temor de una revuelta de esclavos crecía. En 1608, las autoridades creyeron haber descubierto una nueva conspiración que implicaba tanto a esclavos como a libres de color, antes de concluir que se había tratado de una celebración de Navidad en la cual había abundado la bebida, durante la cual los participantes habían manifestado "demasiada libertad e insolencia" al elegir y coronar un rey y una reina[9].

Pero tres años después, también en la ciudad de México, cuando dos negreros portugueses revelaron que habían descubierto una conversación en la cual un esclavo hablaba de matar a todos los españoles en Pascua, en 1612, el gobierno estimó que un complot servil se estaba preparando. En el corazón de esta acusación estaba la Hermandad Negra de Nuestra Señora, de la cual una esclava miembro había fallecido por el maltrato que su amo le había infligido. En su entierro, esclavos y libres de color socios de la hermandad manifestaron públicamente su indignación, lo cual justificó que algunos manifestantes fueran arrestados, flagelados y vendidos por fuera de la ciudad. Como otros esclavos se conmovieron ante tal represión, se les sospechó de fomentar un complot. La justicia procedió a arrestar, de manera preventiva, a los dirigentes de todas las cofradías negras de la ciudad de México y, a medida que se multiplicaban las revelaciones y confesiones, hizo que se vigilara toda la población de color y ordenó cantidad de detenciones. En este torbellino de eventos, todo lo que la Hermandad de Nuestra Señora y sus miembros hacían para preparar el carnaval de 1612 se volvió un acto sospechoso ante las autoridades[10]. El que la hermandad eligiese una pareja real compuesta de un mulato libre y su mujer esclava, para el carnaval, fue asociado a que los conspiradores quisiesen entronizar a un nuevo poder negro.

[9] *Ibid.*, p. 16-17, 40, 135-141. Palmer califica el incidente de 1608 de rebelión abortada, pero reconoce que nada en los documentos sugiere esta hipótesis (nota 53, p. 255).

[10] En la península ibérica, las monarquías y la Iglesia católica habían concebido, desde el siglo XV, unas hermandades reservadas a los esclavos para la cristianización de estos; en América, además de las hermandades, estas fomentaron la formación de cabildos de nación para facilitar la integración de los esclavos que llegaban de África, manteniendo a la vez sus divisiones étnicas. Sometidas al control de un sacerdote, estas asociaciones se organizaban bajo la protección de un santo, eligiendo un rey y reina para el carnaval, y recolectando las cotizaciones de sus miembros con respecto a sus necesidades, tales como: entierros, auxilio a los enfermos o discapacitados, o préstamos para las manumisiones. Ver Ildefonso Gutiérrez Azopardo, "Las cofradías de negros en la América hispana. Siglos XVI-XVIII", s. d., <http://www.africafundacion.org>; Frederick P. Bowser, *The African Slave in Colonial Peru*, *op. cit.*, p. 247-252.

El dinero de la caja que contenía las cotizaciones de los miembros no habría pues estado destinado a la ayuda mutua ni al financiamiento del carnaval, como lo preveían las disposiciones de la hermandad, sino a la compra de armas para matar a los hombres blancos, saquear sus casas y quedarse con sus mujeres. Bajo tortura, los acusados revelaron un complot y varios escondites de armas. Tras un proceso expeditivo, treinta y cinco de ellos (de los cuales siete eran mujeres) fueron llevados a la horca, sus cuerpos decapitados y luego expuestos; otros fueron flagelados y exilados. El virrey le impuso entonces un toque de queda a toda la población de color, prohibió sus hermandades, limitó su presencia en los entierros y fijó para todo incumplidor una pena de 100 a 200 latigazos y trabajos forzosos en México y en Filipinas[11]. Como en el complot de 1537, es imposible determinar si, en 1612, los esclavos de la ciudad de México sí estaban preparando una sublevación general con el fin de establecer un reino negro. Pero lo que es seguro es que, desde su conformación, las hermandades negras se volvieron sitios de encuentro especiales en los que africanos recién llegados, esclavos criollos y libres de color podían reunirse y organizarse a salvo de los blancos. Las autoridades reales siempre las vieron con ambivalencia, a la vez alentándolas y temiéndolas, cosa que se reflejó en políticas que se alternaban entre el fomento y la prohibición.

En las islas francesas de Martinica y Guadalupe, y en el Surinam neerlandés, el miedo a las revueltas de esclavos se amplió también en el trascurso del siglo XVII con la llegada de nuevos cautivos y el desarrollo del cimarronaje. Como en otras partes, las tentativas de fuga de los esclavizados se producían a menudo de manera violenta, pero sin que los esclavos atacaran directamente los centros del poder colonial[12]. Sin embargo, en la colonia británica de Barbados, el temor de los blancos tuvo las más sangrientas repercusiones. Pionera de la plantación azucarera esclavista, esta pequeña isla era en ese entonces la más rentable colonia británica. A mediados del siglo XVII, sus trabajadores rurales eran sobre todo contratados irlandeses católicos y esclavos africanos. Después, de 1661 a 1675, Barbados había importado anualmente entre 1000 y 6500 esclavos africanos, que para entonces representaban más de dos tercios de su población y estaban acaparados por unos cuantos grandes terratenientes ingleses, mientras que otros colonos marginalizados habían partido con sus esclavos a colonizar Carolina del Sur[13]. La fulgurante extensión de la plantación azucarera en esta isla de relieve plano condujo a la destrucción de casi todos sus bosques, haciendo que el cimarronaje fuera más difícil. Además, las autoridades habían restringido de manera simultánea las posibilidades de manumisión hasta el punto de volverla casi inaccesible.

[11] Colin A. Palmer, *Slaves of the White God*, *op. cit.*, p. 138-140.

[12] Frédéric Régent, *La France et ses esclaves*, *op. cit.*, p. 176-177.

[13] *Voyages*, *op. cit.*; Jerome S. Handler, *The Unappropriated People*, *op. cit.*, p. 8; Barry W. Higman, "The Sugar Revolution", *art. cit.*

Fue entonces, en 1675, que un esclavo doméstico le reveló a su amo, que era juez, que una conspiración mayoritariamente compuesta de esclavos akan se preparaba a transformar la isla de Barbados en un reino africano. El complot tenía varias etapas: después de escoger su rey, un akan que llevaba el nombre de esclavo de Cuffee, los esclavos iban a incendiar los campos de caña de azúcar y a degollar a sus amos en cada plantación, quedándose con las mujeres blancas más bellas para su placer. El gobernador declaró de inmediato la ley marcial, una centena de sospechosos fueron detenidos, de la cual siete fueron condenados a muerte al instante: seis fueron quemados vivos y once fueron decapitados, cuyos cuerpos fueron arrastrados en la aldea que se creía el centro del complot y reducidos a cenizas en la plaza pública. Aunque ningún conspirador hubiera confesado, la represión pasó a una segunda fase llamada el "complot de Tony", en referencia al esclavo de un plantador judío (circunstancia agravante en aquella época) que, en la hoguera, exhortó a los otros supliciados a que murieran sin dar el nombre de los otros esclavos pues, de haberlo hecho, no habrían salvado su propia vida sino que habrían aumentado todavía más el número de condenados a muerte. Durante esta fase, veinticinco esclavos adicionales fueron ejecutados y seis más se suicidaron en prisión[14]. Como en el caso de los complots mexicanos, es imposible para los historiadores distinguir eso que los jueces habían dicho ser un proyecto de revuelta, de lo que los esclavos incriminados esperaban conseguir realmente, puesto que estos últimos fueron sometidos a la tortura y que la ley les impedía ser simples testigos o tener cualquier tipo de defensa. En todos estos casos, las ejecuciones fueron lo único cierto.

Algunos años más tarde, en septiembre de 1692, la élite inglesa de Barbados impidió, horrorizada, otra supuesta conspiración servil antes de su realización. Mientras tanto, las importaciones de cautivos de África habían sido duplicadas y la proporción de esclavizados en la población de la isla ya alcanzaba casi el 80%. Además, la minoría blanca y protestante comenzaba a ser presa del "pánico de la noche irlandesa", venido de Inglaterra después del fracaso del intento de los reyes católicos Luis XIV y Jacobo II de tomarse Irlanda de las manos de Guillermo de Orange en 1690. Los rumores de asalto y de complot de los católicos irlandeses "bárbaros y fanáticos" circularon hasta llegar al Caribe donde se enfrentaban las marinas británica y francesa, y se mezclaron con los rumores de conspiración de esclavos[15]. En este angustioso contexto, al final de 1691, unos testigos descubrieron una conversación sospechosa entre dos esclavos, Ben y Sambo, que parecía indicar que los esclavizados de Barbados se preparaban para un complot. Ambos fueron

[14] Jerome S. Handler, "Slave Revolts and Conspiracies in Seventeenth-Century Barbados", *art. cit.*, p. 13-19.

[15] Georges Lefebvre, *La Grande Peur de 1789, suivi de Les Foules révolutionnaires* (1932), Armand Colin, Paris, 1988, p. 77-78; Jason T. Sharples, "Discovering Slave Conspiracies", *art. cit.*, p. 833-840.

arrestados de inmediato y luego un tercer esclavo, Hammon, fue encarcelado con ellos. A cambio de la promesa de salvar su vida si admitía su participación, Hammon reconoció haber iniciado el proyecto e implicó a Ben, a Sambo y a un cuarto cómplice, Samson. Poco después, una corte marcial sancionó que los tres debían ser colgados vivos de cadenas hasta que muriesen de hambre y sed, para que después se clavaran sus cabezas en palos y que sus cuerpos fueran troceados e incinerados. Samson murió rápidamente pero los dos otros, que seguían vivos cuatro días después del comienzo del suplicio, fueron descolgados y obligados a dar los nombres de los otros participantes. Sambo murió antes de hablar, pero Ben pronunció varios nombres[16].

Los jueces hicieron entonces arrestar entre 200 y 300 esclavos de diversas plantaciones al suroeste de Bridgetown, quienes fueron hacinados en depósitos e interrogados, a menudo bajo tortura, hasta hacer emerger un escenario de conspiración. Según los magistrados, no había africanos entre los conjurados, sino criollos, en su mayoría artesanos, cocheros y hombres de confianza, que querían aprovechar los disturbios en Inglaterra para sublevarse y llevaban tres años planeándolo todo. El plan que proyectaban habría tenido que comenzar con el asesinato de sus amos, la toma de sus armas y el incendio de varias plantaciones, para luego avanzar hacia Bridgetown, ocupar los fuertes y quemar las embarcaciones que había en el puerto. Los conspiradores se habrían ganado la confianza de un artificiero negro del arsenal, que debía suministrarles pólvora y armas; esperaban también el apoyo de cuatro o cinco irlandeses católicos que tendrían que haberse infiltrado en la milicia para neutralizarla; luego planeaban matar al gobernador y a los oficiales y tomar el control de la isla. Su objetivo no habría sido liberar a todos los esclavos, sino tomar el lugar de los blancos, quedarse con sus mujeres y tomarlas como esposas, emplear a los africanos como esclavos, y elegir a uno de su grupo como gobernador. Se creía también que habían aplazado la ejecución de su conspiración varias veces pues esperaban la salida de la marina británica de la isla para pasar a la acción. Finalmente, se creía que habían elegido el otoño de 1692 para actuar, momento en el cual la flota partiría hacia Martinica, pero que el arresto de Ben y Sambo en septiembre había volcado el proyecto[17].

A lo largo de los procesos de esta segunda tanda de sospechosos, los jueces condenaron a noventa y dos esclavos adicionales a la horca o a la hoguera, y a la privación de sepultura, sus cuerpos siendo tirados al mar; otros cuarenta y dos fueron condenados a la castración. Todos los propietarios de esclavos obtuvieron indemnizaciones por parte del gobierno colonial como compensación por sus pérdidas de capital humano. Si bien los plantadores

[16] Jerome S. Handler, "Slave Revolts and Conspiracies in Seventeenth-Century Barbados", *art. cit.*, p. 22-24; Hilary Beckles, *Black Rebellion in Barbados*, *op. cit.*, p. 42-48.

[17] Jason T. Sharples, "Discovering Slave Conspiracies", *art. cit.*, p. 822-824.

se tranquilizaron ante semejante represión, cuyo objetivo era también aterrorizar a los esclavos, tuvieron que hacerse a la idea de ser protegidos por una milicia reducida pues, de allí en adelante, los negros estarían excluidos de la milicia incluso como sirvientes domésticos[18].

Los escenarios de conspiración de México en 1537 y Barbados en 1675 y 1692 no fueron insólitos aunque hayan producido represiones particularmente crueles pues, a medida que el número y la proporción de cautivos en las sociedades americanas aumentaba, los poderes coloniales se enteraban de nuevas conspiraciones y tentativas de revueltas serviles. A veces los hacendados esclavistas iniciaban ellos mismos los rumores de complot para evitar ciertas políticas reales que creían contrarias a sus intereses[19].

Revueltas esporádicas a través del prisma del escenario de complot de esclavos

Incluso si las acusaciones de complot carecían a menudo de fundamento, los esclavizados enfrentaban el agravamiento de su esclavización. Desde finales del siglo XVII, las tentativas de fuga y las revueltas puntuales de cautivos se multiplicaron lejos de las ciudades, en las nuevas regiones de explotación, y fueron probablemente apagadas in situ, dejando pues muy pocos rastros escritos en los archivos. No obstante, mientras que estas sublevaciones esporádicas no estallaran en los centros del poder colonial, no alarmaban a las élites. Un caso muy distinto se produjo cuando un grupo de esclavos se rebeló en Nueva York, en 1712, en un momento en que la población de la ciudad crecía rápidamente hasta alcanzar la cifra de 5800 habitantes, de los cuales un quinto estaba esclavizado. En plena noche de un día de abril de 1712, entre veinte y treinta esclavos de ambos sexos, armados con hachas, cuchillos y fusiles, prendieron fuego a la panadería del amo de uno de ellos, atacaron a los blancos que intentaron apagar el incendio, dejando al menos nueve muertos y seis heridos, y huyeron. El gobernador movilizó la milicia y la guarnición, las cuales capturaron a veintisiete fugitivos, mientras que otros seis acabaron con sus propias vidas antes de ser capturados. Los neoyorquinos se convencieron de que el propósito de los rebeldes era reducir la ciudad a cenizas y masacrar a todos sus habitantes blancos. La represión estuvo a la altura de dicha convicción: más de setenta esclavos fueron arrestados y cuarenta y

[18] Jerome S. Handler, "Slave Revolts...", *art. cit.*, p. 23-29; Hilary Beckles, *Black Rebellion in Barbados*, *op. cit.*, p. 46-51.

[19] Por ejemplo, la importante conspiración inventada por la élite de Cartagena, en Colombia, en 1693 para impedir todo tratado de paz entre la monarquía española y los palenqueros de los Montes de María, en Anthony McFarlane, "Autoridad y poder en Cartagena: La herencia de los Austrias", en Haroldo Calvo Stevenson y Adolfo Meisel Roca (eds.), *Cartagena de Indias en el siglo XVIII*, Banco de la República, Bogotá, 2005, p. 221-259.

tres fueron juzgados por cinco magistrados. Aunque dieciocho fueron absueltos, los veinticinco restantes fueron condenados a la pena capital, y cinco de ellos a suplicios atroces. Entre los condenados estaba una mujer embarazada a quien se dejó en libertad hasta el nacimiento de su bebé: un esclavo; después fue llevada a la horca.

Poco después, la asamblea de Nueva York aprobó varias leyes que volvieron la manumisión casi imposible; prohibían la reunión de más de tres esclavos, permitían que los amos castigasen a sus esclavos a su parecer siempre y cuando no los mataran o amputaran, imponían la pena de muerte lenta y por suplicio a los esclavos condenados por asesinato, violación, incendio o agresión, y excluían a la pequeña población de negros libres del derecho a poseer tierras. Esta represión provocó, sin embargo, ciertos cuestionamientos, como en el caso del gobernador de Nueva York, quien se asombró del gran número de ejecuciones cuando, a su parecer, "en las Indias occidentales, que tienen las más severas leyes contra los esclavos, en los casos de conspiración donde muchos esclavos están implicados, sólo algunos de ellos son ejecutados como ejemplo[20]". Al hacer este comentario, el gobernador ignoraba probablemente la represión de las dos presuntas conspiraciones de Barbados en 1675 y 1692, mencionadas más arriba, que habían concluido, respectivamente, con cuarenta y dos y noventa y cinco ejecuciones capitales. Y, sin embargo, la convicción de los blancos de Nueva York, según la cual esa pequeña rebelión de esclavos de 1712 era el comienzo de un complot del cual todos resultarían masacrados, revelaba, como había sido el caso en Barbados, hasta qué punto la llegada de nuevos cautivos negros exacerbaba su miedo de que el sistema inhumano de la esclavitud se volviera contra ellos.

Con el crecimiento cada vez más rápido de la esclavitud después de 1712, e incluso más a partir de 1730, estas tensiones no hicieron más que amplificarse por distintas razones. Primero, la expansión territorial de la plantación restringía cada vez más las posibilidades de fuga y cimarronaje, y la manumisión se había vuelto casi imposible en las colonias británicas, francesas y neerlandesas, cosa que ahondaba el sentimiento de injusticia entre los esclavizados. Además, con la expansión de la trata negrera hasta el estallido de la guerra de los Siete Años, cada año decenas de miles de africanos eran desembarcados en las colonias, engendrando así una explotación cada vez más brutal que amenazaba la supervivencia de los esclavos. De manera simultánea, los blancos, que se volvían todavía más minoritarios, se sentían constantemente amenazados. Toda reunión o discusión de esclavos que tuviera lugar sin la supervisión de un contramaestre se podía volver el objeto de

[20] Jill Lepore, "The Tightening Vise: Slavery and Freedom in British New York", en Leslie Harris e Ira Berlin (eds.), *Slavery in New York, op. cit.*, p. 78-84; Jill Lepore, *New York Burning. Liberty, Slavery, and Conspiracy in Eighteenth-Century Manhattan*, Knopf-Vintage Books, New York, 2005, p. 52-53; Ira Rosenwaike, *Population History of New York City*, Syracuse University Press, Syracuse, 1972, p. 8.

sospechas: los cantos y las conversaciones en lenguas africanas, las risas y los gritos de rabia, los funerales, las danzas, las fiestas, las percusiones, el sonido de las congas, todas estas manifestaciones (a menudo nocturnas) les eran incomprensibles a los colonos y los inquietaban. Además, entre 1729 y 1739, no hubo guerras en suelo europeo entre las monarquías de Europa occidental, cosa que llevó a una reducción de las fuerzas armadas y a una cierta efervescencia cultural. Las élites de sus colonias americanas se aprovecharon de ello para obtener más autonomía y para enriquecerse —en parte por medio del trabajo de los esclavos, cada vez más numerosos—, pero se preocuparon de la disminución de las tropas coloniales.

En este contexto estallaron motines y revueltas serviles esporádicos en Brasil, Jamaica, Dominica, Guadalupe, Martinica, Cuba, las Bahamas y Virginia, entre otros; se terminaron generalmente con ejecuciones, flagelaciones y, a menudo, con la huida de una parte de los insurrectos hacia regiones de cimarronaje. Algunas sublevaciones implicaron la intervención de fuerzas coloniales, como en el caso del Chocó, en 1728, cuando algunas decenas de esclavos de una mina aluvial organizaron un motín contra los abusos de su jefe español: lo mataron y luego sembraron el terror en las otras minas, produciendo un total de quince muertos blancos. El gobernador tuvo que enviar a las tropas, cuyo comandante embaucó a cuatro líderes con la falsa promesa de negociar con ellos, para luego ejecutarlos. Los otros rebeldes volvieron a sus minas o desaparecieron en los bosques como cimarrones[21].

Más espeluznante aun, desde el punto de vista de los colonos, fue la insurrección lanzada el 23 de noviembre de 1733 por unos esclavos akan en San Juan, o Sankt Jan, una de las Islas Vírgenes danesas, pues se extendió rápidamente en el exiguo territorio de 50 km^2 donde había mil esclavos africanos, y sólo doscientos blancos. Por consiguiente, la revuelta materializó el temor de los esclavistas de que se les masacrase para luego establecer un reino negro. Efectivamente, los rebeldes comenzaron por tomarse el fuerte de Coral Bay, matando o hiriendo a sus seis guardias, para luego lanzar cañonazos con el fin de avisarles a sus compañeros de las plantaciones cercanas de que era hora de sublevarse. Veinticuatro horas más tarde los insurgentes, que eran cerca de ochenta, munidos de armas robadas en el fuerte, habían asesinado a varios blancos, sin distinción de edad ni sexo, y habían incendiado varias propiedades. Algunos colonos habían logrado refugiarse en la isla danesa vecina de Santo Tomás, de donde se habían enviado soldados y milicias a restablecer el orden. Estos últimos capturaron a algunos insurrectos, quienes, bajo tortura, revelaron un plan de revuelta elaborado: los rebeldes eran todos del mismo reino akan, en el cual habían tenido altos cargos; guiados por

[21] Herbert S. Klein y Francisco Vidal Luna, *Slavery in Brazil*, *op. cit.*, p. 208-209; Frédéric Régent, *La France et ses esclaves*, *op. cit.*, p. 176-177; David B. Gaspar, *Bondmen & Rebels*, *op. cit.*, p. 210; William F. Sharp, *Slavery on the Spanish Frontier*, *op. cit.*, p. 158-159.

una pareja real, querían ocupar el puesto de los blancos y repartirse las plantaciones de la isla para seguir explotando a los esclavos de otras etnias; esperaban que los akan de Santo Tomás y de Tórtola también se sublevaran. En marzo de 1734, a pesar de unas cuantas ejecuciones, los daneses no habían logrado retomar el control de la pequeña isla de San Juan y tuvieron que acudir a las tropas francesas de Martinica para acabar con los rebeldes. En total, la insurrección duró seis meses y les costó la vida a unos cuarenta blancos, mientras que doscientos esclavos murieron, asesinados, ejecutados de maneras espantosas, o suicidándose[22].

Muy rápido, noticias deformadas de la revuelta de San Juan circularon en los puertos del Caribe y América del Norte. Una gaceta de Charleston, por ejemplo, anunció que los insurrectos habían "masacrado a toda la población blanca de la isla" y, una semana después, que una expedición militar había logrado apagar la rebelión o ejecutado a todos los rebeldes[23]. De hecho, la rebelión había conducido a una toma de poder por parte de esclavos que tal vez esperaban recuperar la posición que tenían en la Costa de Oro, antes de que su reino fuera vencido y que fueran vendidos a los negreros. Pero, limitada a una pequeña isla y a una sola etnia, la revuelta no pudo durar mucho tiempo. Sin embargo, logró dar un ejemplo concreto de lo que podían lograr los esclavos sublevados, y alimentó los temores de un complot servil.

Por otra parte, este contexto agitado coincidió con los primeros cuestionamientos sobre la compatibilidad de la esclavización de los africanos con el cristianismo, tanto en las Américas como en Europa, particularmente entre los cuáqueros, quienes rechazaban todo dogma religioso y toda estructura jerárquica, en pro de la experiencia personal de Dios a través de prácticas humanistas[24]. Estas críticas provocaron la ira de los esclavistas y, a veces, conflictos entre blancos, pero fue también así como llegaron a oídos de ciertos esclavizados. Así pues, algunos cautivos utilizaron dichas críticas para atacar a la institución misma de la esclavitud, suscitando rumores sobre la promulgación de un edicto real de emancipación general, o sobre los efectos liberadores del bautizo cristiano. Los blancos a su vez entendieron estas nuevas formas de contestación servil como conspiraciones que pretendían masacrarlos a todos, y que debían entonces ser castigadas de manera ejemplar.

Un caso en los condados de Norfolk y de Princess Anne, en Virginia, en 1730, es un ejemplo de ello: unos esclavizados hicieron circular un rumor según el cual el rey de Gran Bretaña habría ordenado a los amos que liberasen a sus esclavos al ser bautizados, pero los propietarios se negarían a obedecerle. El rumor no carecía de fundamentos pues, a partir de 1724, la Iglesia

[22] Jon F. Sensbach, *Rebecca's Revival. Creating Black Christianity in the Atlantic World*, Harvard University Press, Cambridge, 2005, p. 8-27.

[23] *Ibid.*, p. 23.

[24] Para una buena introducción sobre los cuáqueros, particularmente en Estados Unidos, ver Hugh Barbour y Jerry William Frost, *The Quakers*, Greenwood Press, New York, 1988.

de Inglaterra y el obispo de Londres exigían que los hacendados evangelizaran a sus esclavos hasta el punto que, en 1729, en reacción al temor de los esclavistas, la justicia británica tuvo que precisar que un esclavo seguía siendo esclavo incluso en suelo británico e irlandés, y que el bautizo no podía liberar ni alterar la condición temporal de un esclavo. Habiendo oído pedazos de conversaciones virulentas de sus amos al respecto, los esclavizados habían hecho correr la voz sobre los posibles efectos emancipadores del bautizo. Para silenciarlos, el gobernador ordenó una primera tanda de arrestos, seguida de flagelaciones, pero no pudo impedir que se difundiera el rumor. Después de haber descubierto un supuesto complot según el cual un grupo de esclavos habría escogido líderes, y se estaría preparando para amotinarse un domingo cuando todos los blancos estuvieran en la iglesia, cuatro esclavos fueron ejecutados y muchos otros fueron flagelados públicamente. Los esclavizados, que no se dejaron desalentar, quisieron enviar un negro libre a Londres para que le pidiera al rey su libertad, pero se descubrió al "embajador de los negros" que se había infiltrado clandestinamente como pasajero en un barco rumbo a Filadelfia, y se le condujo por distintos condados de Virginia concernidos por el rumor, donde fue sistemáticamente flagelado delante de los esclavos[25].

Un rumor similar se extendió entre algunos esclavizados de un condado de Nueva Jersey en 1734, según el cual Jorge II le habría ordenado al gobernador de Nueva York que liberase a todos los esclavos, pero su consejo y las asambleas coloniales se lo habrían impedido. Las autoridades locales arrestaron a unos treinta sospechosos que, bajo tortura, admitieron haber preparado una conspiración en una noche de tragos. El plan habría sido que, a media noche, cada conjurado degollara a su amo y a los hijos de este, salvando la vida de las mujeres para sus propios placeres; luego habrían proyectado incendiar las casas y granjas para llevarse los mejores caballos y refugiarse donde los indios en territorio francés. Después de un rápido proceso en el cual se relacionó este presunto complot con la revuelta de Nueva York de 1712 y con la de la isla danesa de San Juan de 1733, uno de los presuntos conspiradores fue colgado, a otros se les cortaron las orejas o se les azotó[26]. En este caso como en el anterior de Virginia, las autoridades coloniales mostraron con la excesiva represión que emprendieron que habían entendido el alcance subversivo de los rumores propagados por los esclavos incriminados: al hacer del bautizo un acto de liberación para el nuevo fiel, habían puesto en evidencia la incompatibilidad de la esclavitud con el cristianismo,

[25] Mary Miley Theobald, "Slave Conspiracies in Colonial Virginia", *Colonial Williamsburg Journal*, vol. 28, nº 1, invierno de 2006, p. 26-31, <www.history.org/Foundation/journal/Winter05-06/conspiracy.cfm>; Marcus W. Jernegan, "Slavery and Conversion in the American Colonies", *American Historical Review*, vol. 21, abril de 1916, p. 506-511.

[26] Graham Russell Hodges, *Root and Branch. African Americans in New York and East Jersey, 1613-1863*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1999, p. 89-90.

cosa que denunciaba una parte de los protestantes. Más aun, al decir que el rey de Gran Bretaña había decidido por sí mismo otorgarles la libertad a los bautizados, habían transformado un rumor en un acto de obediencia de los esclavos a una autoridad suprema que sus amos desacatarían y, con ello, atacaban la legitimidad de la esclavitud al invocar la autoridad de Dios y del rey, a quienes incluso sus amos debían someterse.

En México, en 1725, algunos esclavizados invocaron también un decreto real para exigir la libertad en la región azucarera de Córdoba, al suroeste de Veracruz, donde el cimarronaje era endémico. El incidente que lo desató todo fue el rechazo de las autoridades, bajo presión de los dueños de plantación, de amnistiar y emancipar a los esclavos cimarrones que se rindieran, como había sido el caso de Yanga. Según las autoridades, los fugitivos movilizaron entonces a los esclavos de las plantaciones y reclutaron a un mulato libre para que regase el rumor de que el rey de España había declarado la libertad de todos los esclavos de México, pero que los hacendados se rehusaban a obedecer. En junio de 1735, los esclavos de una hacienda azucarera se sublevaron y, muy rápido, otros se les unieron: en un solo día, 500 hombres y algunas mujeres, es decir un tercio de los esclavos de la región, abandonaron su trabajo para atacar a los blancos. Otros esclavos llegaron de distritos vecinos, y el número de sublevados llegó así a los 2000; incendiaron las plantaciones, destruyeron haciendas y material, y robaron y asesinaron a unos blancos. A pesar de que se movilizaron a las milicias locales y que se enviaron refuerzos, las autoridades no lograron restablecer el orden sino meses más tarde. En términos de cifras, los historiadores no saben, a ciencia cierta, cuántas víctimas, cuántos condenados, ni cuántos esclavos lograron unirse a los cimarrones en las montañas[27].

Al regarse entre los esclavos el rumor de un edicto real de liberación, con lo cual se producían a veces rebeliones, el temor de una conspiración servil se arraigó en la población blanca, que llegó a estar convencida de que el objetivo de los esclavizados era masacrarles e incendiar las plantaciones y las ciudades para establecer un reino negro. De todo esto resultó un verdadero ciclo de contestaciones serviles y de supuestos complots, puntuados por algunos motines concretos, cuyo rasgo común fue que todos se terminaron en tandas de represión por parte de los poderes coloniales y de los colonos contra los esclavos.

Una orgía de fuego, de sangre y de torturas...

A partir de 1730 se repitieron los descubrimientos de presuntos complots, de un sitio a otro en las colonias ibéricas, francesas, británicas, neerlandesas y

[27] Patrick J. Carroll, *Blacks in Colonial Veracruz*, *op. cit.*, p. 97-99. Sobre Yanga, ver capítulo 2.

danesas y, con ello, los jueces tenían ya un marco de interrogación establecido, y los esclavizados un marco de referencia que les permitía imaginarse su liberación, y lo que debían responder bajo tortura. A partir de este momento, establecer la existencia de las conspiraciones inventariadas en este período se vuelve más difícil, pero por todas partes había un contexto común que estaba preparando la eclosión de lo que los blancos llamarían en ese entonces "la insolencia descontrolada de los esclavos".

En 1731, los blancos de Luisiana destaparon un supuesto complot que, según ellos, sus esclavos bambara estaban preparando, y con el cual pretendían masacrar a todos los blancos, liberarse, y dominar la colonia esclavizando a todos los no-bambara a su servicio. No se sabe a ciencia cierta si la conspiración fue real, pues las autoridades la descubrieron antes de que empezara, pero lo que es cierto es que dio lugar a una represión brutal: ocho hombres murieron descuartizados en la rueda y una mujer fue llevada a la horca[28]. Incluso, en Montreal, Nueva Francia, el incendio de un hospital y de varias casas en 1734 condujo a que una esclavizada, que había huido al enterarse de que la iban a vender, fuera acusada de ser culpable del incendio; fue colgada y su cuerpo quemado, pero la cuestión de su inocencia quedó en el aire[29].

El descubrimiento de un posible proyecto de conspiración de esclavos en Antigua, en 1736, desencadenó lo que se convertiría en el paroxismo de la barbarie colonial en la isla. Según David Gaspar, el historiador que, en 1985, estudió el acontecimiento con detenimiento, la conspiración fue un "asunto bien organizado en toda la isla [...] que, si hubiera tenido éxito, habría catapultado a Antigua en el escenario de la historia mundial como primer territorio del Caribe esclavista en el cual los esclavos hubieran tomado el control total"[30]. Pero, fuera de las declaraciones de algunos testigos blancos o de esclavos torturados que buscaban salvarse confesando, ningún indicio concreto revela una revuelta: no hubo ninguna víctima blanca, ninguna propiedad destruida, no se encontraron armas ni pólvora escondida. Recientemente, el análisis del proceso de acusación, de aislamiento y de producción del escenario de conspiración por Jason Sharples ha llevado a cuestionar seriamente la afirmación de Gaspar[31]. Pareciera, en efecto, que la conspiración fue más

[28] Gwendolyn Midlo Hall, *Africans in Colonial Louisiana, op. cit.*, p. 97-118; Ira Berlin, *Many Thousands Gone, op. cit.*, p. 88-90.

[29] Afua Cooper, *The Hanging of Angélique. The Untold Story of Canadian Slavery and the Burning of Old Montreal*, Harper Collins, Toronto, 2006.

[30] David B. Gaspar, *Bondmen & Rebels, op. cit.*, p. xiii. Ver también Monica Schuler, "Akan Slave Rebellions in the British Caribbean" (1970), en Veronica Marie Gregs (ed.), *Caribbean Women. An Anthology of Non-Fiction Writing, 1890-1980*, University of Notre Dame Press, Notre Dame, Indiana, 2005, p. 381-383.

[31] Jason Sharples, "Hearing Whispers, Casting Shadows: Jailhouse Conversation and the Production of Knowledge during the Antigua Slave Conspiracy Investigation of 1736", en Michele Lise Tarter y Richard Bell (eds.), *Buried Lives. Incarcerated in Early America*, University of Georgia Press, Athens, 2012, p. 35-59.

que nada un producto del temor de los magistrados en una época donde el número de esclavos pasó de 19800 en 1724 a 24400 una década después, mientras que la población blanca, aglutinada en los dos puertos de la isla, pasó de 5200 a 3800[32].

Según el informe de los jueces, la conspiración de 1736 preveía que "todos los habitantes blancos [de Antigua] iban a ser asesinados, y una nueva forma de gobierno establecida por los esclavos, entre ellos, iba a darles la entera posesión de la isla". Los esclavos conjurados habrían planeado dar comienzo a su proyecto en la capital, St. John's, el 11 de octubre cuando la élite antigüeña celebrase el aniversario de la coronación del rey Jorge II con un baile en una casa patricia. El presunto jefe del complot habría sido un esclavo akan llamado Court, alias Tackey, y que hubiera sido coronado rey por otros esclavos al son de tambores, congas y trompetas, unos meses antes. Su principal cómplice habría sido Tomboy, un esclavo criollo carpintero, que, encargado hacer las sillas del salón de baile, habría aprovechado para meterles pólvora y "hacer explotar a toda la nobleza de la isla" mientras esta bailaba. Durante la confusión que habría resultado de la explosión, tres o cuatro unidades de unos cientos de esclavos entrarían cada una a St. John's por distintos lados para "matar a todos los blancos con sus espadas", mientras que se colocarían puestos de guardia en las salidas de la ciudad para impedir que se escapasen los sobrevivientes. Los rebeldes habrían luego ocupado el fuerte de la capital y todos los barcos del puerto para luego tomarse otro fuerte con su arsenal, eliminar a la guardia del fuerte y tomarse sus armas. Luego le habrían hecho seña al resto de los esclavos de la isla para que procediesen de la misma manera y que avanzasen hacia St. John's "destruyendo todo en su camino"[33]. Según los jueces, los participantes habrían llevado meses preparando su toma de poder pero se habrían visto desconcertados por el aplazo del baile de la élite del 11 al 30 de octubre. Mientras que Tomboy habría recomendado que se mantuviera en pie la primera fecha, Court habría logrado convencer a los otros de que esperasen al baile. El complot no fue denunciado por ningún esclavo; la "insolencia" creciente de los esclavos fue lo que alarmó a los blancos[34].

La sospecha de complot comenzó con el testimonio de una mujer blanca angustiada que afirmó que, en la flagelación pública de unos esclavizados que habían sido arrestados por estar divirtiéndose con juegos de azar, algunos esclavos expresaron su apoyo a los condenados, refiriéndose a ellos como "nuestros oficiales y soldados". El 11 de octubre de 1736 Robert Arbuthnot y dos otros jueces de paz hicieron interrogar a estos esclavos y ordenaron que se les diese cien latigazos en la plaza pública de St. John's. Paralelamente, los

[32] *Ibid.*, p. 39.
[33] Citado en David B. Gaspar, *Bondmen & Rebels*, *op. cit.*, p. 3-5.
[34] *Ibid.*, p. 13, 83.

magistrados dieron la alarma y enviaron a agentes a registrar las viviendas de todos los negros de la ciudad y arrestar a cualquier sospechoso. Algunos esclavos fueron entonces detenidos por haber ridiculizado o criticado las flagelaciones públicas, otros porque algún testigo les había oído hablar de pólvora, armas o tambores. Todos los detenidos afirmaron no saber nada de la conspiración, pero la atención de los jueces se concentró en aquellos que se habían burlado de las flagelaciones y en los que las habían padecido sin hacer aspavientos. El 12 de octubre, Arbuthnot interrogó a un esclavo portugués llamado Emmanuel, que resultó ser de mucha ayuda al declarar que efectivamente los esclavizados estaban excepcionalmente agitados y al proporcionarles a las autoridades una descripción detallada del atuendo majestuoso y del caballo que Court, el líder del complot, habría tenido. Otros testimonios de blancos se acumularon contra Court, para gran sorpresa de su amo, a quien había servido fielmente durante treinta años. El 15 de octubre, la Asamblea de Antigua aprobó una moción para "restringir la conducta insolente y las reuniones tumultuosas de esclavos", y designó a cuatro jueces especiales (de los cuales hacía parte Arbuthnot) para que investigaran el complot y que se hiciera un proceso a puerta cerrada. En el torbellino de eventos, la asamblea ofreció una recompensa en dinero por toda denuncia que condujera al arresto fructuoso de sospechosos, y les dio la autorización a los jueces de infligir a los detenidos "dolores o torturas que no lleguen a causar la pérdida de la vida o de una extremidad"[35].

Entre el 20 y el 27 de octubre, principalmente a raíz de las declaraciones de Emmanuel, los primeros doce esclavizados fueron ejecutados en la plaza pública. Condenado a ser descuartizado, Court habría reconocido sus crímenes más de una hora después del inicio del suplicio. Una vez muerto, fue decapitado, su cabeza expuesta sobre un poste delante de la prisión, y su cuerpo quemado. Al día siguiente fue el turno de Tomboy quien esa misma mañana lo habría confesado todo; también fue descuartizado pero aguantó también más de treinta y cinco golpes de barra de hierro en el pecho antes de morir cuatro horas más tarde. Un tercer esclavo fue sometido a la misma condena. Sus cabezas decapitadas fueron expuestas junto a la de Court. El 22 de octubre, cuatro esclavizados encadenados fueron quemados vivos en la hoguera y, el 27, otros cinco[36]. Sin embargo, los jueces, convencidos de que las "confesiones" de los supliciados estaban incompletas, siguieron arrestando a más personas. Confrontados a la resistencia de los sospechosos, los magistrados decretaron que el descuartizamiento y la hoguera eran, según ellos, penas "demasiado clementes y no lo suficientemente ejemplares pues los criminales no pasaban suficientemente tiempo sufriendo". A comienzos de noviembre, seis condenados fueron colgados vivos, suspendidos de esposas de

[35] *Ibid.*, p. 13-21.
[36] *Ibid.*, p. 21-23.

hierro, en jaulas dispuestas las unas en frente de otras en la plaza principal, para que "pudieran verse y hablar [...] con el fin de producir nuevos descubrimientos" durante su larga agonía de hambre y de sed. Uno de ellos se cayó de las esposas que lo sostenían al sexto día y fue reanimado y enviado a la prisión por una noche, sólo para volver a ser colgado en la jaula hasta su muerte. Al fallecer, todos fueron decapitados y sus cabezas expuestas, hasta su descomposición, delante de su plantación, mientras que sus cuerpos fueron quemados. Pero durante la semana que duró su calvario, habían dado nombres que condujeron a más arrestos. El 15 de noviembre una nueva tanda de ejecuciones públicas tuvo lugar, durante la cual un esclavo fue descuartizado, y otros siete fueron quemados vivos. El 27 de noviembre, ocho esclavos más murieron en la hoguera. Después, los jueces lanzaron una tercera serie de arrestos e interrogatorios bajo tortura, después de la cual condenaron a otros trece esclavos a ser quemados vivos antes de Navidad. Agotados por todo ese trabajo judicial que perjudicaba sus negocios, los jueces transfirieron la investigación a otros magistrados[37].

El año de 1737 comenzó, en Antigua, con otro descuartizamiento y doce ejecuciones en la hoguera cuatro días después. Las detenciones y ejecuciones públicas continuaron, produciendo nueve muertos en la hoguera el 15 de enero, ocho el 18 de febrero y, finalmente, once el 8 de marzo. En suma, en esta orgía de fuego, sangre y torturas, ochenta y ocho esclavos fueron ejecutados en cuatro meses, setenta y siete de ellos en la hoguera, seis por suspensión a cadenas, y cinco por descuartizamiento. Además de ellos, treinta y siete esclavos fueron desterrados y vendidos en Virginia y en La Española. Tres esclavos particularmente cooperativos, entre los cuales estaba Emmanuel, fueron emancipados por sus denuncias y recibieron una pequeña pensión mensual. Y, sin embargo, no había habido ni incendio ni víctimas blancas. La Asamblea se vio entonces enfrentada al enorme costo de esos cuatro meses de represión, pues prácticamente todos los esclavizados ejecutados y desterrados así como los tres absueltos y emancipados eran artesanos, cocheros o contramaestres de valor; se vio obligada a indemnizar las pérdidas a sus propietarios y, ante el rechazo de los hacendados de un nuevo impuesto para ese fin, tuvo que contratar un préstamo[38].

Sin embargo, estas monstruosas ejecuciones comenzaron a escandalizar a ciertos observadores en la isla, como un hombre que, en enero de 1737, le escribió al gobernador de Antigua:

> Quemar a los negros, suspenderlos vivos de horcas, descuartizarlos en la rueda, etc., acapara casi todo nuestro tiempo y, desde el 20 de octubre [de 1736] hasta ahora, han sido destruidos sesenta hombres negros finos y sensatos, la mayoría

[37] *Ibid.*, p. 23-28; Jason Sharples, "Hearing Whispers, Casting Shadows", *art. cit.*, p. 42-44.
[38] David B. Gaspar, *Bondmen & Rebels*, *op. cit.*, p. 29-38.

de ellos artesanos, como carpinteros, masones y toneleros. Casi muero de hacer de guardia noche y día, y todavía quedan muchos más.

Las noticias llegaron a Londres donde una gaceta se preguntaba por qué los antigüeños no habían vendido a los conspiradores más importantes como esclavos para que trabajaran en las minas de las colonias españolas, en vez de "matar a tanta gente por un crimen que (si uno le cree a las últimas noticias en la prensa) habría sido considerado como el colmo de la virtud por muchos en nuestra Madre Patria"[39]. Así, tímidamente, las primeras críticas contra la barbarie de la esclavitud empezaban a expresarse entre los blancos de las colonias y en la metrópolis británica.

Simultáneamente, los rumores de conspiraciones serviles seguían circulando. En diciembre de 1736, justo al lado de Antigua, en la costa occidental de Grande-Terre en Guadalupe, se regó la noticia de que unos cimarrones iban a llegar para liberar a los esclavos, matar a los blancos y quemar las plantaciones. Las autoridades procedieron a arrestar de manera preventiva, haciendo que unos esclavizados torturados confesaran que en efecto existía un plan de revuelta para Navidad. Varios de los presuntos líderes fueron entonces ahorcados, pero algunos esclavos consiguieron escaparse al norte de Basse-Terre, donde también se hallaban bandas cimarronas. Allí, se informó que para vengarse los fugitivos raptaron y devoraron a un niño blanco. Las operaciones de búsqueda condujeron al arresto de una centena de cimarrones y esclavos sospechosos, que fueron sometidos a un proceso expeditivo a principios del año 1738. Varios (tal vez dieciséis en total) fueron condenados a la rueda o a la horca, y muchos más a la flagelación, al yugo y a ser marcados con hierro candente. Pero, según el historiador Lucien René Abenon, la represión se dirigió principalmente a las bandas cimarronas que se habían multiplicado, mientras que Oruno Lara escribía, en 1921, que el acto del canibalismo había sido inventado a posteriori para justificar las ejecuciones pues muchos de los colonos las consideraban excesivas[40]. Una vez más, es imposible saber si hubo un complot o una tentativa colectiva de cimarronaje, algo bastante corriente en Guadalupe. Dos años más tarde estalló la revuelta de Stono en Virginia, en la que unos veinte esclavos mataron a blancos antes de intentar refugiarse en la Florida española y católica (ver capítulo 2) y que también alimentó el temor de los colonos blancos de una gran rebelión servil.

En este cargado contexto estalló una nueva guerra entre Gran Bretaña y España (llamada War of Jenkins' Ear por los británicos y la Guerra del Asiento

[39] *Ibid.*, p. 29.

[40] Lucien-René Abenon, *Petite histoire de la Guadeloupe*, L'Harmattan, Paris, 1993, p. 64-65; Oruno Lara, *La Guadeloupe en l'histoire: la Guadeloupe physique, économique, agricole, commerciale, financière, politique et sociale de 1492 à 1900* (1921), L'Harmattan, Paris, 1999 (nueva edición), p. 58-59.

por los españoles) que duró desde octubre de 1739 a 1748. A partir de ese momento, la población blanca de las ciudades portuarias no sólo se vio enfrentada al temor de los complots y de las revueltas serviles, sino al de la invasión e infiltración de enemigos extranjeros. Ahora bien, la primavera de 1741 trajo consigo trece incendios en Nueva York: el primero fue en un fuerte militar y el resto en establos, depósitos y la casa del gobernador. Conocido generalmente bajo el nombre de "the Great Negro Plot of 1741" ("el gran complot de los negros de 1741"), o como "el complot de San Patricio" (santo patrón de la Irlanda católica), se trató de un evento tan importante como difícil de reconstruir pues sólo les dejó una fuente a los historiadores: el diario de investigación redactado tres años más tarde por un juez neoyorquino para justificar el gran número de condenas a muerte que se habían pronunciado, en aquel momento, con urgencia[41].

Antes de los incendios se había producido, el 28 de febrero de 1741, un robo en el local de un mercader, de una suma total de 60 libras. Al arrestarse a los dos presuntos ladrones, ambos esclavos, Gwin (también conocido como Cesar) y Prince, los jueces empezaron a hacerse preguntas sobre la taberna de un blanco, John Hughson. Allí encontraron a una joven sirvienta contratada de 16 años, Mary Burton, quien denunció a su patrón Hughson, a su mujer, a su hija y a una de los inquilinos, una irlandesa católica, por receptación y otras actividades ilícitas en asociación con esclavos. Dos semanas más tarde, el 18 de marzo (al día siguiente de San Patricio), el primer incendio estalló, seguido de los otros en los veinte días siguientes, de los cuales cuatro sucedieron en la jornada del 6 de abril. Ese día, un testigo declaró haber visto a un esclavo escaparse cerca de uno de los incendios, y otra dijo haber visto pasar, el día anterior, a tres negros bajo su ventana, y que uno de ellos riéndose gritaba: "Fuego, fuego, quema, quema, un poco, carajo, pronto". Los dos esclavos en cuestión fueron arrestados por incendio, al mismo tiempo que Hughson, su mujer y la inquilina irlandesa lo eran por comercio de mercancías robadas. Las autoridades y los habitantes comenzaron entonces a establecer similitudes entre los incendios y aquellos que habían sido causador por la revuelta servil de Nueva York en 1712, y que habían conducido a la ejecución de veinticinco esclavos; así empezó la sospecha de una nueva conspiración de negros para destruir la ciudad. El 14 de abril se formó un tribunal especial y se llamó a testigos. Mary Burton sirvió de principal testigo de cargo en la reconstrucción del presunto complot. Basándose en sus declaraciones, los jueces acusaron a Hughson y a sus familiares de ser cómplices de los esclavos que supuestamente habían causado los incendios, y de participar en una conspiración formidable cuyo objetivo no era destruir la

[41] Daniel Horsmanden, *A Journal of the Proceedings in the Detection of the Conspiracy Formed by Some White People, in Conjunction with Negro and Other Slaves, for Burning the City of New-York in America, and Murdering the Inhabitants* [1744], Thomas J. Davis (ed.), Beacon, Boston, 1971.

ciudad y masacrar a todos los blancos para crear un reino negro (como en los complots precedentes), sino atacar y asesinar a los blancos de las clases superiores para construir una nueva sociedad de la cual Hughson sería el rey, y los esclavos Gwin y Prince serían los jefes de su "guardia negra"[42].

Después de ese "descubrimiento", los magistrados ordenaron las primeras ejecuciones buscando obtener así nuevas denuncias y aterrorizar a los negros de Nueva York. El 11 de mayo, Gwin y Prince fueron llevados a la horca sin antes haber confesado, y el cuerpo de Gwin fue dejado a que se descompusiera en medio de una plaza en el norte de la ciudad. Al final del mes, los dos esclavos que habían sido arrestados por incendio fueron quemados vivos frente a una muchedumbre sin clemencia, en un contexto en el que se estaban multiplicando los arrestos, ahora que Mary Burton había declarado que cinco marineros de color, recientemente confiscados en un barco español y luego vendidos como esclavos en Nueva York, y un maestro blanco tras el cual se escondía, supuestamente, un cura católico, estaban también implicados: el caso neoyorquino se había transformado en una conspiración internacional fomentada por España y por el papado. Poco después, el tabernero, su esposa y la inquilina irlandesa fueron colgados aunque, hasta su muerte, todos negasen haber participado en ningún complot; el cuerpo de Hughson fue expuesto al lado del de Gwin.

En total, contando las que ya han sido mencionadas, más de 200 personas fueron arrestadas en Nueva York en 1741, y fueron sometidas a juicios expeditivos delante de un público con ansias de venganza. Treinta esclavos fueron ejecutados en la hoguera o en la horca (entre los cuales estaban los cinco marineros españoles que afirmaban ser libres), cuatro blancos fueron colgados (el matrimonio Hughson, su inquilina irlandesa y el supuesto cura), y decenas de esclavos fueron flagelados o vendidos en el exterior. Un detalle macabro marcó a toda la población: según los testigos, a medida que se descomponía, el cuerpo de Hughson se volvió enorme y negro, su pelo se encrespó y sus rasgos se volvieron africanos; mientras que el cuerpo de Gwin se achicaba y se emblanquecía. Finalmente, cuando Mary Burton comenzó a denunciar a ciertos blancos neoyorquinos de renombre, los juicios se detuvieron abruptamente, y la sirvienta recibió una prima que le permitió liberarse de su contrato antes de su término. Ciertos observadores relacionaron entonces el caso con los procesos de brujería de Salem en 1692, y algunos incluso criticaron a la justicia de Nueva York. Y fue justamente para sofocar

[42] Serena Zabin, *Dangerous Economies. Status and Commerce in Imperial New York*, University of Pennsylvania Press, Philadelphia, 2009, p. 132-140. Sobre estas acusaciones se basan Peter Linebaugh y Marcus Rediker para interpretar estos acontecimientos como un "complot revolucionario de alcance atlántico, [...] fomentado por un proletariado heteróclito, con el fin de provocar una insurrección urbana". Ver Peter Linebaugh y Marcus Rediker, *L'Hydre aux mille têtes: l'histoire cachée de l'Atlantique révolutionnaire*, traducido del inglés al francés por Christophe Jaquet y Hélène Quiniou, Amsterdam, Paris, 2008, p. 261-315 (cita p. 268).

las críticas y para sustentar la tesis de conspiración que, en 1744, uno de los magistrados publicó su diario de investigación[43].

Así pues, entre 1730 y 1741, una ola de conspiraciones atravesó las Américas, desde Nueva Francia hasta las Antillas y México, y envió a centenares de esclavos a la horca, a la hoguera y al poste de flagelaciones. Entre las muchas manifestaciones de la "insolencia descontrolada de los esclavos", sólo unas cuantas implicaban violencia y destrucción; muchas no eran sino protestas verbales, pero todas provocaron una terrible represión.

Las revueltas de Jamaica y Berbice a favor de la guerra de los Siete Años

La agitación se extendió en la década de 1740 y 1750, marcados por revueltas locales y complots comprobados o imaginados por los colonos, y por rumores de decretos reales que emanciparían a los esclavos. Por ejemplo, en 1745, en la parroquia de St. David en Jamaica, la población fue conmocionada por la denuncia de una esclava según la cual 900 esclavos estaban organizándose para masacrar a todos los blancos de la región. Efectivamente, algunos cautivos se rebelaron, probablemente para evitar ser arrestados, matando a un británico y a cuatro mujeres de paso; luego asesinaron a otro colono, se tomaron armas y municiones y partieron a buscar refugio tierra adentro. Poco después fueron capturados; diez hombres esclavizados, africanos en su mayoría, fueron ejecutados, y once fueron deportados[44]. En 1749 en Venezuela, la provincia de Caracas se agitó con el rumor que difundió un sargento negro del batallón de los milicianos de color, según el cual llegaría un nuevo obispo de España con un edicto real de emancipación de los esclavos[45]. En otras partes, movimientos espontáneos de protesta alarmaron a la comunidad blanca, como fue el caso de Curazao en 1750, cuando, en una sola jornada, los esclavos atacaron una plantación de la Compañía Neerlandesa de las Indias Occidentales y mataron a varias decenas de esclavos y a un blanco. Como respuesta, el gobernador hizo ejecutar por lo menos a treinta y nueve rebeldes y deportó a muchos otros[46]. Durante aquellos años, pequeñas revueltas esporádicas se

[43] Serena Zabin, *Dangerous Economies*, *op. cit.*, p. 140-158; Andy Doolen, "Reading and Writing Terror: The New York Conspiracy Trials of 1741", *American Literary History*, vol. 16, nº 3, otoño 2004, p. 377-406; Richard E. Bond, "Shaping a Conspiracy", *art. cit.*, p. 65-94.

[44] Monica Schuler, "Akan Slave Rebellions in the British Caribbean", *art. cit.*, p. 373-374.

[45] Wim Klooster, "The Rising Expectations of Free and Enslaved Blacks in the Greater Caribbean", en Wim Klooster y Gert Oostindie (eds.), *Curaçao in the Age of Revolutions*, *op. cit.*, p. 64.

[46] Cornelis C. Goslinga, *The Dutch in the Caribbean and in the Guianas, 1680-1791*, *op. cit.*, p. 113, 546; Gert Oostindie, "Slave Resistance, Colour Lines, and the Impact of the French and Haitian Revolutions in Curaçao", en Wim Klooster et Gert Oostindie (eds.), *Curaçao in the Age of Revolutions*, *op. cit.*, p. 72.

reportaron también en Berbice, Guadalupe, Martinica, Santa Cruz (una de las Islas Vírgenes danesas) y, de nuevo, Jamaica.

La guerra de los Siete Años (1756-1763) abriría bruscamente la puerta para que los esclavizados vislumbraran nuevas perspectivas de liberación. Este largo conflicto tuvo mayores consecuencias en el conjunto americano, primero en el norte del continente, luego en las Antillas y en las Guayanas, que dependían de las metrópolis y de constantes importaciones de esclavos. La guerra, en efecto, disminuyó el ritmo de la trata negrera y de las exportaciones de productos tropicales, pero también el de las importaciones de víveres esenciales para la población. Entre los esclavizados fue aumentando un descontento generalizado con respecto a la explotación creciente que sufrían, y a las raciones, que cada vez se hacían más pequeñas. Pero, al mismo tiempo, los esclavos oían que sus amos se quejaban de que, habiéndose ido los soldados a combatir en Europa, estaban despojados de toda defensa ante los riesgos de revueltas internas y de invasión por mar. Así pues, la guerra de los Siete Años, debilitando visiblemente las potencias coloniales, incitó a grupos de esclavos a tomar ciertos riesgos excepcionales, en particular en Jamaica y la colonia neerlandesa de Berbice.

Efectivamente entre abril de 1760 y octubre de 1761, Jamaica fue sacudida por una serie de revueltas serviles, conocida con la designación única de "la revuelta de Tacky", que era el nombre de uno de los líderes de la insurrección inicial. Según la historia de Jamaica publicada en 1774 por el administrador e hijo de plantador Edward Long, residente en la isla de 1757 a 1769, fue una amplia conspiración que implicó a casi todos los esclavos coromantee (akan) de la isla, y cuyo objetivo era "la extirpación total de los habitantes blancos; la esclavización de todos los negros que se negaran a unirse; y la partición de la isla en pequeños principados bajo el modelo africano, que serían repartidos entre sus jefes y los líderes". Si el gobernador no hubiera intervenido de manera eficaz tal como fue el caso, la revuelta habría sido "la más formidable de todas las [rebeliones] conocidas hasta el momento en las Indias occidentales" por su extensión, por el carácter secreto del plan, por la multitud de conspiradores y de lugares a los que habría llegado[47]. Para Long, la responsabilidad de "la revuelta Tacky" y de lo que le siguió residía en los akan, que eran particularmente crueles y belicosos, y cuya importación Long recomendó acabar para evitar nuevas insurrecciones. Dos décadas después, el plantador y político Bryan Edwards mencionó, en la primera edición de su historia de las Antillas británicas en 1793, la "muy formidable insurrección de los coromantee", que estalló bajo el liderazgo de Tacky en la parroquia de

[47] Edward Long, *The History of Jamaica or, General Survey of the Antient and Modern State of the Island: with Reflections on Its Situation Settlements, Inhabitants, Climate, Products, Commerce, Laws, and Government*, 3 vol., T. Lowndes, London, 1774, vol. 2, p. 447, 462, <https://archive.org/details/historyofjamaica02long>. Sobre el conjunto de la revuelta de Tacky, ver *ibid*., p. 445-465.

St. Mary, y luego se regó por toda la isla. Pero Edwards atribuyó un rol importante al obeah, un chamanismo derivado de diversas prácticas africanas, en el lanzamiento de la revuelta porque un sacerdote del obeah había hecho creer a los insurgentes que serían invulnerables a la muerte causada por los europeos[48]. Fundándose principalmente en estos dos autores, los historiadores, al igual que Michael Craton, estimaron que, de no ser por la ligera superioridad de las fuerzas coloniales, la revuelta de Tacky habría podido ser tan sangrienta como lo fue la de Saint-Domingue treinta años más tarde[49].

Se puede decir con certeza que, en 1760 y 1761, numerosos esclavos de Jamaica quisieron aprovechar el contexto de la guerra de los Siete Años, la disminución de las fuerzas de tierra y mar presentes en la isla, y las crecientes inquietudes de los hacendados frente a su inseguridad, para sublevarse. El balance de la "revuelta de Tacky" fue considerable. En total, los esclavos rebeldes mataron a sesenta blancos, a sesenta *maroons* y libres de color y destruyeron cantidades de plantaciones. Se vieron enfrentados a la milicia, al ejército regular y a las fuerzas navales británicas, tanto como a los *maroons* que se habían movilizado contra ellos conforme a los tratados de paz que habían firmado con las autoridades coloniales. Finalmente, las fuerzas de represión dejaron al menos 500 esclavizados muertos a raíz de los combates, ejecutados más o menos sumariamente, o que se suicidaron. Unos 500 rebeldes capturados fueron transportados para que sirvieran en los bosques de acajú del Honduras británico. Como había sido el caso anteriormente en Barbados, los hacendados fueron indemnizados por sus pérdidas en propiedad humana e inmobiliaria[50].

En realidad, a pesar de todo, esta serie de rebeliones sólo movilizó a una pequeña minoría de los 170 000 esclavos que representaban entonces el 89% de la población de Jamaica: en total, fueron apenas unos 1 500 hombres y

[48] Bryan Edwards, *The History, Civil and Commercial, of the British colonies in the West Indies*, 2 vol., Luke White, Dublin, 1793, vol. 2, p. 87-88.

[49] Los principales estudios que retoman las interpretaciones de Long y Edwards son, en orden cronológico de publicación, Monica Schuler, "Akan Slave Rebellions in the British Caribbean", *art. cit.*, p. 373-375; Michael Craton, *Testing the Chains*, *op. cit.*, p. 125-139; Douglas Hall, *In Miserable Slavery. Thomas Thistlewood in Jamaica, 1750-1786*, Macmillan, Londres, 1989, p. 92-114; Trevor Burnard, *Mastery, Tyranny, and Desire. Thomas Thistlewood and His Slaves in the Anglo Jamaican World*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 2004, p. 170-174; Vincent Brown, *The Reaper's Garden*, *op. cit.*, p. 129-156. Para una interpretación que sitúa la insurrección jamaiquina entre unas veinticinco rebeliones y conspiraciones importantes que habrían podido revolucionar el Caribe británico, ver Peter Linebaugh y Marcus Rediker, *L'Hydre aux mille têtes*, *op. cit.*, p. 336-339. Para un análisis que ubica la revuelta en el contexto de la guerra de los Siete Años, ver Maria Alessandra Bollettino, *Slavery, War, and Britain's Atlantic Empire*, *op. cit.*, p. 191-256. Para un estudio cartográfico que permite seguir las distintas revuetas que estallaron entre 1760 y 1761 en Jamaica, ver Vincent Brown, "Slave Revolt in Jamaica, 1760-1761. A Cartographic Narrative", 2012, <http://revolt.axismaps.com/index.php>.

[50] *Ibid.*; Michael Craton, *Testing the Chains*, *op. cit.*, p. 138.

mujeres, en el curso de esos dieciocho meses de agitación, es decir el 1% de los esclavos de la isla. Los akan jugaron papeles importantes pues representaban entonces una mayoría de los bozales y, como esclavos, ejercían a menudo las funciones de mando o trabajos cualificados. Las revueltas sólo afectaron ciertas parroquias de la isla, primero en el norte y luego en el oeste. Más aun, no parece que hubo una coordinación entre la primera rebelión, la revuelta de Tacky en abril de 1760 (que perturbó sobre todo a la parroquia nororiental de St. Mary), y la insurrección mucho más importante que devastó la parroquia occidental de Westmoreland entre el final de mayo y agosto de 1760. Sin embargo, la tercera rebelión, que empezó en septiembre de 1760 y que duró casi un año, tuvo su origen cuando los supervivientes de la de Westmoreland propagaron su movimiento por las parroquias montañosas de St. Elizabeth y Clarendon, cerca del centro de la isla. Como a menudo sucede en momentos de pánico colectivo, la minoría blanca creyó haber detectado varias conspiraciones locales ligadas a esas revueltas, y reprimió el todo sin piedad alguna[51].

La primera revuelta, expresamente dirigida por los esclavos akan Tacky y Jamaica, empezó durante las fiestas de Pascua en 1760 en St. Mary, en el norte de la isla. Bajo el comando de estos últimos, noventa esclavos abandonaron sus plantaciones en la noche del 7 de abril para dirigirse al fuerte militar de Port Mary, distante algunos kilómetros en la costa, matar a los centinelas, y apoderarse de las armas y las municiones. Luego regresaron a las propiedades en las que trabajaban con 300 nuevos rebeldes que habían reclutado al pasar y, una vez allí, incendiaron los campos de caña de azúcar, asesinaron a varios blancos (amos, gerentes, sirvientes) y destruyeron edificios y residencias. Incapaces de detener el movimiento, los hacendados de la región pudieron sin embargo reclutar algunos esclavos que les eran fieles, y alertar al gobernador en Spanish Town. Este último declaró la ley marcial, movilizó el ejército, y les exigió a los *maroons* que enviasen refuerzos.

Una de las primeras víctimas de las fuerzas del orden fue un viejo esclavo akan, el mismo *obeahman* o sacerdote tradicional que había sido acusado por Edwards de haber ungido los cuerpos de los esclavos de un polvo que, se suponía, les volvía invencibles[52]. Luego, el 14 de abril, un grupo de *maroons* mató a Jamaica, a Tacky y a otros rebeldes. La cabeza de Tacky fue expuesta en un palo en la entrada de Spanish Town para aterrorizar a los esclavos. Los *maroons* también tomaron muchos prisioneros, pero algunos grupos de insurgentes lograron escaparse y sembraron el pánico en la región. En mayo, una corte de justicia especial reunida en Spanish Town juzgó y condenó a

[51] Douglas Hall, "Jamaica", *art. cit.*, p. 194; Maria Alessandra Bollettino, *Slavery, War, and Britain's Atlantic Empire*, *op. cit.*, p. 19-20; Vincent Brown, "Slave Revolt in Jamaica, 1760-1761", *op. cit.*

[52] Sobre el *obeah* (u *obi*), ver Kenneth M. Bilby et Jerome S. Handler, "Obeah: Healing and Protection in West Indian Slave Life", *Journal of Caribbean History*, vol. 38, nº 2, 2004, p. 153-183.

varios rebeldes de St. Mary a que fueran ejecutados en hogueras, mientras que circulaban rumores de ritos mórbidos cometidos por los condenados. Paralelamente, el 13 de abril, las autoridades anunciaron que habían impedido un complot de esclavizados en Kingston gracias al descubrimiento de una espada decorada con una pluma de papagayo en la choza de un esclavo. A raíz de esto, las autoridades implicaron a varios akan en el caso, entre los cuales estaba una esclavizada llamada Cubah perteneciente a un ama judía, que también estaba iniciada en las prácticas del *obeah*, y que sus compañeros habían supuestamente coronado como reina de Kingston. Dos semanas más tarde, varios de estos esclavos incriminados, y algunos rebeldes de St. Mary, fueron ahorcados en la capital, sus cabezas luego clavadas en estacas y sus cuerpos quemados; a Cubah se la deportó. De esta manera, la revuelta de Tacky y el supuesto complot de Cubah fueron contenidos[53].

Sin embargo, al final del mes de mayo, cientos de esclavos se sublevaron en la parroquia occidental de Westmoreland, matando y destruyendo a su paso, para luego agruparse en las montañas donde pensaban poder defenderse. Tal vez esperaban formar allí una comunidad cimarrona, como lo indica la presencia de mujeres y niños en sus campamentos. Pero muchos blancos pensaron que se trataba en realidad del comienzo de una verdadera rebelión general que desde hacía tiempo los esclavos en toda Jamaica llevaban planificado para el Pentecostés, y que supuestamente Tacky y Jamaica habían anticipado porque estaban bajo el poder del alcohol. Una vez más, la milicia, las tropas, la marina y los *maroons* fueron movilizados. Al mismo tiempo, cuatro nuevas conspiraciones locales se habían desmantelado en el este de la isla, y sus presuntos culpables habían sido ejecutados.

En cuanto a la represión de la revuelta de Westmoreland, fue masiva y brutal. Al principio del mes de junio de 1760, los soldados y milicianos masacraron a decenas de insurgentes y, después de veredictos expeditivos, ejecutaron a otros tantos en la horca, en la hoguera, o por suspensión a cadenas. Pero muchos esclavos rebeldes consiguieron huir: algunos murieron de sus heridas, errando en los bosques, o se suicidaron, y decenas intentaron volver discretamente a sus plantaciones. En julio, ochenta insurrectos se rindieron voluntariamente y, buscando que se les perdonara, entregaron a cuatro jefes akan que fueron condenados a ser enganchados a cadenas durante tres días para luego ser quemados vivos. Otro líder se colgó antes de ser capturado, mientras que otro fue matado por soldados que llevaron su cabeza a Montego Bay. Al final de agosto, como la rebelión de Westmoreland parecía sofocada, el gobernador levantó la ley marcial. Sin embargo, al hacerlo olvidó a las decenas de rebeldes que habían logrado refugiarse en las montañas, donde se estaban reorganizando, bajo el mando de un esclavo llamado Simon, en pequeñas

[53] Vincent Brown, "Slave Revolt in Jamaica, 1760-1761", *op. cit.*; Michael Craton, *Testing the Chains*, *op. cit.*, p. 125-139; Vincent Brown, *The Reaper's Garden*, *op. cit.*, p. 148.

bandas que se dirigieron hacia el centro de la isla para atacar plantaciones y matar a blancos. Simultáneamente, las tropas siguieron contraatacando y ejecutando a los rebeldes hasta que, en octubre de 1761, el orden fue finalmente reestablecido[54].

Así pues, un examen detallado del desenlace de la "revuelta de Tacky" muestra que, aunque se haya prolongado durante varios meses y haya dejado cantidades de muertos y de destrucción, su alcance fue limitado tanto en el terreno como en términos del número de participantes. De hecho, en la segunda edición de su historia de las Antillas británicas de 1794, Edwards concedió que la "revuelta no fue ni tan general ni tan destructiva como la que hace arder a Saint-Domingue en este momento"[55]. En cuanto a sus causas, los hacendados y administradores coloniales entendieron, en la época, que era la capacidad de los esclavos de aprovecharse de la disminución de las fuerzas militares en la isla durante la guerra de los Siete Años, más que la presencia de akan o el *obeah*, lo que explicaba las acciones de los rebeldes.

En el contexto incierto de dicha guerra, de 1756 a 1763, supuestos complots y rebeliones menores también se señalaron en Antigua, Bermuda, Nevis, Santa Cruz y la Guyana neerlandesa. Además, las noticias de las revueltas de Jamaica, y de la brutal represión que les siguió, llegaron a Londres, a Boston, y a otros puertos atlánticos[56].

Sin embargo, en 1763, cuando los colonos de Jamaica se alegraban de haber aplastado a los esclavos rebeldes en su isla, los blancos de la colonia neerlandesa de Berbice estaban afrontando la revuelta de esclavos más grave de toda la época de la guerra de los Siete Años. Contrariamente a las que la habían precedido, la rebelión que causó estragos en Berbice, en 1763, fue una verdadera revuelta en el sentido de un "delito contra el orden público [...] consistente en el levantamiento público y en cierta hostilidad contra los poderes del Estado, con el fin de derrocarlos" (*Real Academia Española*). Mientras que los insurrectos habrían podido buscar escaparse hacia los cimarrones del Surinam, su líder intentó establecer un Estado independiente en lugar de la colonia neerlandesa. La revuelta de Berbice fue masiva pues movilizó, a veces a la fuerza, a una mayoría de los 5 000 esclavos de la colonia,

[54] *Ibid.*

[55] Bryan Edwards, *The History, Civil and Commercial, of the British colonies in the West Indies* (1793), 2 vol., John Stockdale, Londres, 1794 (2e édition), vol. 2, p. 64. El autor alude a la revuelta servil que empezó, en 1791, en Saint-Domingue (ver más adelante, capítulo 6).

[56] Monica Schuler, "Akan Slave Rebellions in the British Caribbean", *art. cit.*, p. 383; Clarence Maxwell, "Enslaved Merchants, Enslaved Merchant-Mariners, and the Bermuda Conspiracy of 1761", *Early American Studies*, vol. 7, nº 1, primavera de 2009, p. 140-178; Vincent Brown, *The Reaper's Garden*, *op. cit.*, p. 153-155. Estos rumores de complot y los incidentes relacionados con la "insolencia" de los esclavos están incluidos, junto con varias guerras cimarronas, en la lista de cerca de veinticinco rebeliones y conspiraciones que ilustran la extraordinaria ola de revueltas y complots de esta época, hecha por los historiadores Marcus Rediker y Peter Linebaugh (*L'Hydre aux mille têtes*, *op. cit.*, p. 336-339).

casi todos nacidos en África, de los cuales 1 400 trabajaban en las plantaciones azucareras de la Compañía de Berbice, y 3 500 cultivaban café, algodón y cacao en pequeñas plantaciones privadas regadas a lo largo de los ríos Berbice y Canje. Para decirlo de otra manera, mientras que los esclavos representaban el 90% de la población de la colonia neerlandesa, una gran parte de ellos participó en la insurrección. La revuelta fue sangrienta puesto que los insurrectos mataron al menos a unos cincuenta blancos de los 350 que estaban instalados en Berbice, y forzaron a muchos otros a huir. Destruyeron también cantidades de plantaciones y controlaron la mayor parte de territorio de la colonia durante más de un año a partir de febrero de 1763. Esta revuelta, que hasta hoy ha sido poco estudiada, fue pues proporcionalmente mucho más devastadora y monumental que la de Jamaica[57].

La sublevación en la colonia neerlandesa empezó en febrero de 1763 bajo la dirección de Coffij, un esclavo doméstico de origen akan aculturado y letrado. Iniciada en dos plantaciones al borde del río Canje, la insurrección se extendió rápidamente, destruyendo a su paso varias propiedades y matando a los colonos que vivían río arriba del Canje y del Berbice. Presas del pánico, muchos blancos se refugiaron, a menudo en familia, en una plantación situada al este de la localidad administrativa de Fort Nassau, pero los insurrectos los rodearon, los masacraron, los sometieron a los suplicios que se aplicaban a los esclavos, y a algunos (como a la hija de un colono que obligaron a ser la concubina de Coffij) los esclavizaron. Otros blancos se juntaron en Fort Nassau e incendiaron partes del pueblo antes de bajar por el río Berbice en barco, para luego refugiarse en Fort St. Andries, ubicado en el estuario, esperando a que llegasen refuerzos militares o embarcaciones para huir. Río arriba, Coffij, su principal aliado el capitán Accarra y grupos rebeldes instalaron su cuartel general en lo que quedaba de Fort Nassau, y se tomaron varias propiedades. Desde el comienzo, Coffij se comunicó por escrito con el gobernador neerlandés Wolfert Simon van Hoogenheim, dejando así su versión de los eventos para los historiadores. Habiéndose autoproclamado "gobernador de los negros de Berbice", Coffij imputaba la responsabilidad de la sublevación a varios dueños de plantación, con sus nombres, particularmente crueles con sus esclavos, y hacía un llamado a todos los blancos urgiéndolos a que abandonaran sus terrenos lo más rápido posible. Van Hoogenheim respondió con el fin de ganar tiempo: no se opuso a las exigencias de Coffij pero, fingiendo que debía consultar el asunto con la metrópolis, les pidió refuerzos militares al Surinam y a los Países Bajos[58].

[57] Al principio de 1763 los blancos representaban el 7% de la población total; los libres de color, y los amerindios esclavizados, un 3 %. Marjoleine Kars, "Dodging Rebellion: Politics and Gender in the Berbice Slave Uprising of 1763", *American Historical Review* 121 (febrero de 2016), p. 39, 44-45 (nota 36), p. 50. Para la historiografía actual, ver más adelante.

[58] Marjoleine Kars, "Dodging Rebellion", p. 45-49; Barbara L. Blair, "Wolfert Simon van Hoogenheim in the Berbice Slave Revolt of 1763-1764", *Bijdragen tot de Taal-, Land- en Volkenkunde,*

Al final del mes de marzo llegaron las primeras ayudas del Surinam, con una centena de soldados y marineros, para el alivio de los colonos refugiados en Fort St. Andries, entre los cuales varios entonces renunciaron a partir. Van Hoogenheim ordenó a dos barcos de la armada que se ubicaran en la entrada del estuario del río Berbice, y a tres otros barcos los envió remontar el río hasta la plantación de Dageraad, a diez kilómetros río abajo de Fort Nassau, donde estableció un cuartel general fortificado. Este giro de circunstancias dividió a los jefes rebeldes: unos fieles a Coffij querían proseguir con las negociaciones pacíficas con el gobernador neerlandés; otros, fieles a Accarra, tomaron la iniciativa de atacar Dageraad, sin éxito alguno[59]. El 2 de abril, Coffij se dirigió a van Hoogenheim con una nueva carta:

> El gobernador de Berbice [Coffij] pide a Su Señoría que Su Señoría venga y hable con él; ¡no tema! Pero, si no viniera, lucharemos hasta que no quede cristiano alguno en Berbice. El Gobernador le dará a Su Señoría la mitad de Berbice, y todos los negros se irán río arriba, pero no piense usted que seguirán siendo esclavos. Los negros que Su Señoría tiene en los barcos pueden seguir siendo esclavos.[60]

Sin exigir que se aboliera la esclavitud, Coffij proponía que se dividiera la colonia de Berbice: el este y el litoral serían de los blancos cristianos, allí podrían seguir explotando esclavizados (de hecho, en un mensaje posterior, Coffij les recomendaba a los neerlandeses importar nuevos esclavos para reemplazar sus pérdidas); el centro y el oeste serían de los rebeldes que se habían liberado. Un mes después, Coffij intentó retomar el mando general lanzando un ataque a Dageraad, pero los rebeldes fueron derrotados por los soldados que, siendo menos, estaban mejor armados. Con la llegada de la temporada de lluvias en mayo, la comida empezó a escasear, y el hambre y la enfermedad a hacer víctimas. Coffij redujo entonces las demandas que le había hecho al gobernador, contentándose con un territorio de cuatro plantaciones. Los insurrectos también intentaron enviar a unos emisarios a que entrasen en contacto con los cimarrones del Surinam pero, mal guiados, tuvieron que devolverse a mitad de camino[61].

Frente al deterioro de la situación, las divisiones entre los jefes rebeldes se agudizaron: estaban los que querían cortar toda relación con los blancos, y los que querían seguir negociando con el gobernador. Y es que estas divisiones también tenían una dimensión étnica, pues separaban a los africanos recién llegados de los criollos o de los africanos más aculturados, y a los

Deel 140, 1ste Afl., 1984, p. 63-64; Cornelis C. Goslinga, *The Dutch in the Caribbean and in the Guianas, 1680-1791*, *op. cit.*, p. 465-474.

[59] *Ibid.*, p. 476.

[60] Citado en Monica Schuler, "Akan Slave Rebellions in the British Caribbean", *art. cit.*, p. 379.

[61] Cornelis C. Goslinga, *The Dutch in the Caribbean and in the Guianas, 1680-1791*, *op. cit.*, p. 471-483.

akan de los kongos. En otoño, Atta, un akan desembarcado hacía poco, y sus hombres derrocaron a Coffij, quien se suicidó después de haber matado algunos de sus aliados. Otros grupos de rebeldes intentaron fundar comunidades cimarronas río arriba pero fueron repelidos por los indios, en alianza con los neerlandeses. Simultáneamente, los primeros barcos llegaban de los Países Bajos con cerca de 300 hombres bien armados. Cuando las fuerzas militares neerlandesas subieron por el Berbice en diciembre de 1763, las enfermedades y la fiebre amarrilla diezmaron las tropas, como era frecuente. Pero, del otro lado, los rebeldes estaban tan debilitados por sus divisiones internas y la hambruna, que ni siquiera pudieron defenderse eficazmente. Cerca de 2 600 de ellos se rindieron, muchos otros fueron masacrados por las tropas neerlandesas, y centenas de rebeldes fueron capturados y juzgados sumariamente. En total, en el trascurso de 1764, 125 hombres y 3 mujeres fueron ejecutados, a menudo de manera atroz, colgados de un gancho que les atravesaba las costillas o desollados vivos antes de ser quemados a fuego lento; todos fueron decapitados después para que sus cabezas pudieran ser expuestas en estacas. Cientos de rebeldes fueron flagelados y reenviados a sus plantaciones. En total, entre el comienzo y el final de la revuelta, las plantaciones de Berbice perdieron unos 1700 esclavos, de los cuales varias decenas, posiblemente algunos cientos, lograron escaparse y trataron de sobrevivir en los bosques tupidos del interior. De los 350 colonos que había en Berbice al principio de la revuelta, sólo 116 permanecían allí al final de 1764[62].

La revuelta servil de Berbice fue las más seria y masiva de todas, antes de la era de las independencias, pero también demostró cuán difícil les era a esclavos insurgentes constituir una sociedad alternativa en un territorio colonial de plantación. Como lo revelan las deposiciones de varios centenares de "rebeldes" que se rindieron en febrero de 1764 (de los cuales un tercio eran mujeres), y que han sido estudiadas por la historiadora Marjoleine Kars, la mayoría de los esclavos fueron arrastrados a la insurrección, voluntariamente o por la fuerza. En muchos casos la insurrección destruyó las familias al separar a las madres de sus hijos, y sometiendo a las mujeres a incontables abusos sexuales. Como la mayoría de los hombres validos fueron asignados a las unidades militares, la producción alimentaria y de servicios recayó, de manera desproporcionada, en las mujeres, en los ancianos y en los niños. Además, el autoritarismo brutal de los líderes como Coffij, Accarra y Atta, que sometían a los esclavos "rebeldes" a una disciplina similar a la de las plantaciones esclavistas, resultó rápidamente tener un efecto contraproducente pues impedía que se formara un apoyo generalizado a la insurrección. Efectivamente, las fugaces deposiciones que los neerlandeses tomaron de los "insurrectos" agotados no dicen nada de la esperanza de libertad que

[62] *Ibid.*, p. 487-494; Barbara L. Blair, "Wolfert Simon van Hoogenheim in the Berbice slave revolt of 1763-1764", *art. cit.*, p. 65-66; Marjoleine Kars, "Dodging Rebellion", *art. cit.*, p. 48-50.

muchos de ellos probablemente albergaban un año antes, cuando los líderes de la rebelión aparecieron en las plantaciones. Para ese entonces, muchos sólo esperaban sobrevivir y evitar ser ejecutados, incluso si ello significaba volver a ser esclavos de plantación[63].

El terror esclavista, revelador de la plena humanidad de los esclavizados

Desde finales del siglo XVII, las noticias de revueltas y de conspiraciones de esclavizados circulaban tanto en las colonias británicas y francesas, como en las de España, Portugal, los Países Bajos, y Dinamarca, y en las plantaciones y las minas tanto como en las ciudades. Sin embargo, en la realidad la "insolencia de los esclavos" rara vez se concretizó por actos violentos, contrariamente a lo que dejaban suponer los temores esclavistas. Sólo las revueltas de Jamaica y de Berbice, al comienzo de la década de 1760, a las cuales se les puede agregar las de San Juan en 1733 y de Veracruz en 1735, representaron una amenaza suficientemente importante como para haber requerido, por parte de los poderes coloniales, la movilización de muchas tropas para contenerlas. Pero tanto frente a estas revueltas como frente a motines locales, a manifestaciones verbales de descontento o a complots sin fundamento, las autoridades respondieron propagando el terror, dirigido ante todo a la élite de los esclavos. Eso porque, que estos hubieran cometido actos subversivos o no, por su liderazgo, por sus conocimientos y por sus capacidades profesionales, estos artesanos o contramaestres cuestionaban la institución de la esclavitud racial al demostrar que tenían las mismas aptitudes que los blancos. Para los esclavistas, pues, ellos debían ser castigados o eliminados de la manera más despreciable posible para marcar su exclusión de la humanidad.

Es cierto que bajo el Antiguo Régimen los esclavizados no eran los únicos que padecían castigos que conllevaban demostraciones públicas de sufrimiento y de horror, pues todas las clases sociales estaban sometidas a ello. Sin embargo, en Europa, el espectáculo de las ejecuciones implicaba un ritual con el que se esperaba unir la comunidad amenazada por las faltas de uno de los suyos. Las ejecuciones de esclavos, al contrario, servían para afirmar la superioridad infalible de la "comunidad" blanca y cristiana ante la "masa" de negros esclavizados y escasamente cristianizados (salvo por un bautizo expeditivo en las colonias católicas). En las islas azucareras, en particular, donde supuestas conspiraciones y rebeliones dieron lugar a ejecuciones y flagelaciones en serie, el espectáculo de dichos castigos tenía el doble objetivo de aterrorizar a los esclavizados, y de tranquilizar a la pequeña minoría blanca con respecto a su derecho de vida y de muerte por sobre la inmensa

[63] *Ibid.*, p. 50-69.

mayoría de esclavos. Así se demostraba la concordancia entre el poder de los dueños de plantación, del Estado y de los blancos. Para reforzar esos lazos no era inusual que todo o parte de un proceso, de los interrogatorios a la ejecución de las penas, se desplazara de la ciudad principal a un sitio cercano a las plantaciones. A continuación el derecho absoluto del poder colonial y de los amos sobre sus esclavos era recordado con las incineraciones y con la exposición prolongada de los cuerpos y las cabezas de los supliciados, con lo cual la comunidad blanca mostraba que su dominación seguía hasta después de la ejecución de los esclavos, al impedir que sus cuerpos dislocados o vueltos cenizas pudiesen regresar a África, como lo dictaba la tradición. Esta destrucción corporal involucraba también la cuestión del destino del alma del supliciado y alimentaba, entre los esclavizados, la creencia de que los espíritus inquietos de los muertos visitaban a los vivos. Pero, simultáneamente, la recurrencia de los castigos físicos y de las ejecuciones, reforzada por la experiencia periódica de las defunciones por agotamiento, por enfermedad, por epidemia y por malnutrición, conducía a los esclavizados a otorgarle nuevos sentidos a la muerte y al más allá, en el marco de sus creencias y de sus prácticas espirituales. Igualmente, la presencia de las cabezas y de las extremidades de los condenados, en el paisaje cotidiano de los trabajadores, podía también recordarles la historia de la lucha permanente contra la esclavitud[64].

Sin embargo, a mediados del siglo XVIII, el ejercicio y la aplicación de la justicia se transformaron de manera progresiva en Europa. Interrogar bajo tortura, amputar, descuartizar y quemar en la hoguera cayeron poco a poco en desuso, junto con la degradación post mortem de los cuerpos y la exposición pública de los cadáveres ejecutados. Solo los marineros y los soldados siguieron estando sometidos a condenas inmediatas y sin posibilidad de apelación, y que eran particularmente arbitrarias y debían aterrorizar a todos los conscriptos[65]. En este contexto, la tortura y la ejecución cruel e interminable de decenas e incluso de cientos de esclavos, como modo de represión frente a las revueltas y a las supuestas conspiraciones serviles (en particular en las colonias británicas), empezó a alarmar a ciertos círculos intelectuales europeos. De manera similar, la exhibición prolongada de las cabezas y de cuerpos enteros o descuartizados en las plazas públicas, en la entrada de las

[64] Gene E. Ogle, "Slaves of Justice: Saint Domingue's Executioners and the Production of Shame", *Historical Reflections / Réflexions Historiques*, vol. 29, nº 2, *Interpreting the Death Penalty. Spectacles and Debates*, verano de 2003, p. 286-293; Diana Paton, "Punishment, Crime, and the Bodies of Slaves", *art. cit.*, p. 943-944; Vincent Brown, *The Reaper's Garden*, *op. cit.*, p. 129-132, 135-144.

[65] Pieter Spierenburg, *The Spectacle of Suffering. Executions and the Evolution of Repression, From a Preindustrial Metropolis to the European Experience*, Cambridge University Press, Cambridge, 1984, p. 66-77; Diana Paton, "Punishment, Crime, and the Bodies of Slaves", *art. cit.*, p. 936-941; Marjoleine Kars, "Policing and Transgressing Borders", *art. cit.*, p. 191.

plantaciones y en los caminos, descrita por viajeros y agentes reales, provocaba a veces la incomprensión en las metrópolis[66].

El terror que los amos y las autoridades coloniales imponían a los esclavos empezó a verse de manera más clara, no sólo durante las represiones de revueltas o de presuntos complots, sino en la vida cotidiana. A medida que las ideas de tolerancia, de libertad, de igualdad y de derechos naturales se desarrollaban entre algunos pensadores europeos, la esclavitud empezaba a ser cuestionada. La tiranía y la injusticia como medios de subyugación, la desproporción entre transgresión y castigo, la panoplia de castigos crueles y sádicos reservados a los esclavizados, se estaban volviendo inaceptables. Progresivamente, esos suplicios y el látigo, impuesto de a decenas o centenas de azotes, a veces repartidos en el tiempo o ejecutados en distintos lugares, con el fin de marcar para siempre el cuerpo de los esclavizados y de aterrorizar los otros cautivos obligados a presenciarlos, se transformaron en armas que esclavos y abolicionistas utilizarían como pruebas para atacar la barbarie de la esclavitud[67]. El terror esclavista empezó a volverse contra sus promotores: no es fortuito el hecho de que las primeras voces que denunciaron la esclavitud se expresaron en Londres justo después de la llegada de las noticias sobre las ejecuciones atroces en Antigua en 1736, en Nueva York en 1741, y en Jamaica en 1762. La represión brutal de la "revuelta de Tacky" incluso inspiró algunos poemas románticos que transformaron a este último en un mártir cristiano que había preferido la redención o la liberación que le ofrecía la muerte, antes que vivir una vida de servidumbre[68].

Al final de la guerra de los Siete Años, en 1763, la trata negrera se revitalizó y alcanzó una magnitud sin precedentes, haciendo llegar a los puertos americanos, cada año, a decenas de miles de africanos. Al mismo tiempo, las fugas y protestas de esclavizados se amplificaron y provocaron una represión cada vez más sangrienta. Esta escalada general subrayó la barbarie fundamental de la esclavitud, y la humanidad también fundamental de los que le estaban sometidos. Como lo veremos en los capítulos siguientes, las estrategias de emancipación de los esclavizados no cambiaron sino que se adaptaron y cobraron sentidos nuevos al pasarse a un momento en que las libertades individuales empezaban a hacer parte de las reivindicaciones de un número

[66] Diana Paton, "Punishment, Crime, and the Bodies of Slaves", *art. cit.*, p. 939-940; Vincent Brown, *The Reaper's Garden*, *op. cit.*, p. 140.

[67] Los castigos que se les imponían a los esclavos son abordados en varias obras, tales como: Miguel Acosta Saignes, *Vida de los esclavos negros en Venezuela*, *op. cit.*, p. 229-248; Eduardo França Paiva, "Revendications de droits coutumiers et actions en justice des esclaves en le Minas Gerais", *art. cit.*, p. 117 y nota 2, p. 117; Frédéric Régent, *La France et ses esclaves*, *op. cit.*, p. 81; Caroline Oudin-Bastide, *Travail, capitalisme et société esclavagiste*, *op. cit.*, p. 155-159; Ross M. Kimmel, *Blacks before the Law in Colonial Maryland*, *op. cit.*; Diana Paton, "Punishment, Crime, and the Bodies of Slaves", *art. cit.*, p. 946-947; Cornelis C. Goslinga, *The Dutch in the Caribbean...*, *op. cit.*, p. 529-547.

[68] Vincent Brown, *The Reaper's Garden*, *op. cit.*, p. 154-155.

creciente de los sujetos de las monarquías. Durante la era de las independencias, las luchas de los esclavos se introdujeron en la dinámica de ruptura de las cadenas coloniales que cuestionaba también las cadenas de la esclavitud.

Tercera Parte

LA ERA DE LAS INDEPENDENCIAS (1763-1825)

Capítulo v

LOS ESCLAVOS, ACTORES EN EL PROCESO DE INDEPENDENCIA DE ESTADOS UNIDOS

Después de la guerra de los Siete Años, los esclavos de las Américas adaptaron las estrategias de liberación con las que ya habían experimentado y elaboraron otras más que correspondían a una serie de transformaciones. Efectivamente, durante las décadas siguientes, el mapa colonial de las Américas fue redibujado, cosa que reequilibró el poder de las monarquías europeas tanto en el continente como en el Caribe. Además, Gran Bretaña, Francia y España, cuyos tesoros reales habían sido vaciados para financiar los conflictos armados, manifestaron su voluntad de mejorar la manera como controlaban y explotaban sus colonias. Estos cambios, paralelos al ascenso de la filosofía de los derechos naturales y de las libertades fundamentales, fueron las raíces de las cuales emergió la era de las independencias en las Américas. Los sistemas coloniales de todo el continente fueron sacudidos y las rivalidades entre metrópolis y colonia se exacerbaron, y dieron pie a nuevas oportunidades para que los esclavizados lucharan por su libertad. El alistamiento militar a cambio de una promesa de libertad en las fuerzas armadas, que siempre estaban en estado de déficit de hombres, se convirtió en una opción real para los esclavos hombres cuando los antagonismos entre los colonos, fieles a las monarquías tutelares, y los independentistas se transformaron en guerras. La inestabilidad y los desplazamientos de tropas y de población favorecieron a su vez las fugas de esclavos hacia el interior del continente, o hacia tierras enemigas. Al mismo tiempo, las ideas de independencia y de libertades individuales crearon un clima favorable a la manumisión y a la compra de libertad. Atentos a todo debilitamiento o división del poder esclavista, los esclavos supieron explotar las tensiones de la época para hacer avanzar la causa de su propia emancipación. Allí donde progresaban la escritura y el abolicionismo cristiano, los esclavos utilizaban peticiones y publicaciones de manifiestos y sermones para pedir su libertad. Cuando una monarquía europea buscaba reafirmar su autoridad ante los plantadores, que se habían vuelto casi soberanos a través de los reglamentos que regían la esclavitud, los esclavizados se unieron en manifestaciones y revueltas para exigir una emancipación que, según ellos, ya había sido proclamada por el rey. De allí en adelante, con el fin de integrar sus peticiones de libertad con las otras reivindicaciones, los esclavos se movilizaron en paralelo a los movimientos que, desde 1763, atravesaban el

continente y que condujeron a la independencia de casi todo el continente americano y de Haití.

Este fue el caso en América del Norte, en la colonia británica de Massachusetts, donde unos esclavos empezaron a aferrarse a las protestas sobre ciertas cuestiones coloniales, para atacar los fundamentos de la esclavitud. En efecto, en 1764, un grupo de colonos empezó un proceso de resistencia en Boston, que luego se convirtió en una revuelta armada en contra de la reducción de la autonomía de la colonia y de la imposición de nuevos impuestos por parte de Londres, proceso que se extendió, diez años más tarde, a las colonias vecinas, transformándose en 1775 en una primera guerra de independencia de las Américas. Después de su victoria sobre Gran Bretaña en 1782, las trece colonias continentales británicas se convirtieron en los Estados Unidos de América, el primer país en romper sus lazos políticos con Europa. Desde el comienzo de la guerra en 1775, miles de esclavos de estas colonias buscaron, por su parte, liberarse de la esclavitud. En total, entre 30 000 y 50 000 esclavos, de los 460 000 que vivían en el territorio, recurrieron a una estrategia común: huir de sus amos[1]. En otras palabras, en las trece colonias, uno de cada quince esclavos, incluso de cada nueve, aprovechó la ocasión para intentar liberarse. Fue un momento sin precedentes, tanto por su magnitud, como por su naturaleza, aunque sea impropio calificarlo como "la rebelión de esclavos más grande de la historia" de Estados Unidos, como lo hace el historiador Gary Nash[2]. Todos esos esclavos escogieron huir como estrategia, pero eran fugas distintas a las que daban lugar al cimarronaje (que era característico de quienes buscaban implantarse en tierras no colonizadas): se trató más que nada de una amplia deserción de esclavos, de los cuales había un tercio de mujeres y de niños, que escaparon de sus amos para refugiarse en los bastiones británicos. Este movimiento de esclavizados en el contexto general de la revuelta de los colonos le dio una nueva dimensión a la lucha por la independencia al establecer un paralelo entre la libertad de los colonos con respecto a Gran Bretaña, y a la de los esclavos con respecto a sus amos. Además, el movimiento reveló las contradicciones internas de la "revolución americana" que justificaba su ruptura con la monarquía colonialista en nombre de los derechos naturales universales y, a la vez, excluía a una parte de su población del acceso a esos derechos, reduciéndola al estatus de bien mueble.

[1] Estas cifras son, por supuesto, estimaciones (ver Alan Gilbert, *Black Patriots and Loyalists: Fighting for Emancipation in the War for Independence*, University of Chicago Press, Chicago, 2012, p. IX-XII, 205 y 309, nota 148). Las cifras de 80 000 a 100 000 esclavos fugitivos (Thelma Wills Foote, *Black and White Manhattan. The History of Racial Formation in Colonial New York City*, Oxford University Press, New York, 2004, p. 211) son exageradas, y la de 20 000 (Cassandra Pybus, "Jefferson's Faulty Math: The Question of Slave Defections in the American Revolution", *William and Mary Quarterly*, vol. 62, n° 2, abril de 2005, p. 243-264) es una subestimación.

[2] Gary B. Nash, *Race and Revolution*, Madison House, Madison, 1990, p. 57.

Sermón, escritura, petición: nuevos medios de propaganda para la libertad

La movilización de los esclavos de las trece colonias durante la guerra de independencia no empezó de manera súbita, sino que nació en medio de las evoluciones culturales y sociales que se produjeron. Cuando el Gran Despertar religioso sacudió las poblaciones de las colonias continentales británicas entre 1730 y 1759, un gran número de esclavos se inició en el cristianismo. Algunos lo hicieron por seguir a sus amos, otros se deslizaron entre las masas de blancos para escuchar a los predicadores revivalistas hablar de la Biblia y del Cristo redentor, de conversión y del renacimiento de los nuevos creyentes. Estas asambleas al aire libre eran particularmente atractivas a los ojos de los esclavos pues reunían centenas de hombres y mujeres, de todas las condiciones y colores, en torno a oradores entusiastas que les anunciaban el ardor de las llamas del infierno si no se arrepentían de sus pecados, y que alababan los beneficios de un cristianismo que presentaban más que nada como una experiencia directa y personal con Dios. Si bien, para los blancos que participaban, el Gran Despertar fue un momento decisivo en el proceso de formación de los futuros Estados Unidos de América, para esos esclavos el mensaje cristiano relativizó el poder absoluto de sus amos y significaba que, por encima de estos últimos, estaba un Dios que se expresaba en la Biblia, y cuyo Verbo era la autoridad suprema. En otras palabras, les ofreció una esperanza de justicia y de liberación en un mundo dirigido —temporalmente— por los blancos. Además, esta toma de consciencia fue particularmente radical pues los esclavos siempre habían sido privados de toda evangelización por parte de sus amos protestantes, contrariamente a los esclavos de las colonias católicas que estaban sometidos al bautizo y a una cristianización expeditiva que, se suponía, les debía infundir obediencia ante Dios.

De ese momento en adelante, para una parte de los protestantes la contradicción entre la idea de que todos los bautizados eran iguales ante Dios y la desigualdad de la esclavitud resultó insoluble: ¿cómo no temer que el sentimiento de ser iguales ante Dios condujese a los esclavos a cuestionar su condición de propiedad mueble de otro cristiano? Si bien algunos protestantes, siguiendo el modelo de los católicos, respondían diciendo que la esclavitud temporal tenía un origen divino y reconocido por la Biblia, otros, los cuáqueros en particular, los metodistas y los bautistas juzgaban que un cristiano no podía ser la propiedad de sus hermanos y hermanas frente a Dios. Estos debates eran seguidos de cerca por los grupos de esclavizados quienes, de allí, sacaban argumentos contra la esclavitud de los cristianos. Así pues, a partir de 1730, algunos esclavos de Virginia habían asimilado el bautizo cristiano a un acto de liberación del nuevo fiel, a pesar de la decisión completamente opuesta de la justicia británica (ver capítulo 4). Paralelamente, la progresión de la

lectura y de la escritura entre los colonos dio lugar a concurrentes entre los esclavos pues algunos aprendían a leer para entender la Biblia y sus lecciones. Así se dieron cuenta de que su condición no era inmutable y de que otros pueblos esclavizados, como los israelitas en Egipto, se habían liberado. Los esclavos del Norte leían también los escritos abolicionistas de los metodistas y cuáqueros que circulaban en ambos lados del Atlántico, y que ofrecían una interpretación antiesclavista e igualitaria de la Biblia[3].

Después del final de la guerra de los Siete Años, el sistema colonial británico se fisuró a pesar de la adquisición de nuevos territorios como Quebec y Florida. Es cierto que el refuerzo de la trata negrera, que estaba en gran medida en manos de los británicos, les permitió a las plantaciones adquirir nuevos cautivos africanos en cantidades, hasta entonces, sin precedentes. Pero las exigencias crecientes de Londres hacia las colonias afectaron las economías de estas últimas. Los más ricos plantadores de las Antillas defendían sus intereses desde la metrópolis, donde residían y formaban parte del Parlamento, cosa que opacó durante años la gravedad de la crisis en las islas. A la vez, algunos de sus esclavos domésticos aprovecharon la ocasión de su presencia en Gran Bretaña para escaparse, hacerse bautizar, y luego cuestionar su cautividad en tierra metropolitana a través de los *freedom suits* ("procesos de libertad") que llevaban a cabo los abolicionistas. Mientras que las tentativas de sus predecesores habían fracasado, el esclavo James Somerset, que se había escapado de la morada de su amo en Boston para ir a parar a Inglaterra, y luego había sido capturado y vendido en Jamaica, obtuvo su propia emancipación en 1772 cuando la justicia británica declaró que era ilegal obligar a los esclavos en suelo inglés o galés a que volvieran a América. De manera astuta, los abolicionistas y sus aliados en América anunciaron que esta decisión había vuelto ilegal la esclavitud en Gran Bretaña, difundiendo la idea que todo esclavo llegado de América a la metrópolis debía ser liberado. En las Antillas y en América del Norte, los esclavos se apropiaron a su vez de dicha interpretación del caso Somerset[4]. Algunos se escaparon de donde sus amos y se escondieron en barcos que se dirigían a Inglaterra con la esperanza de ser allí liberados; otros afirmaron que el rey de Gran Bretaña había declarado la libertad general de los esclavos de su imperio, y que su esclavización era ilegal[5].

Simultáneamente, los colonos de las trece colonias continentales, que no estaban representados en el Parlamento de Londres como lo estaban los de las Antillas, comenzaron a forcejear con Gran Bretaña. El movimiento americano que se oponía a la tiranía británica coincidía pues tanto con el abolicionismo

[3] Allen Dwight Callahan, *The Talking Book. African Americans and the Bible*, Yale University Press, New Haven, 2006, p. xii-xiv, 2-5.

[4] Edlie L. Wong, *Neither Fugitive nor Free. Atlantic Slavery, Freedom Suits, and the Legal Culture of Travel*, New York University Press, New York, 2009, p. 24-36.

[5] Alan Gilbert, *Black Patriots and Loyalists*, *op. cit.*, p. 7-9.

emergente en Gran Bretaña, como el que empezaba a hervir en ciertos círculos religiosos de Pensilvania y Nueva Inglaterra. Las ideas anticolonialistas y antiesclavistas que circulaban de un lado para otro llegaban a oídos de un gran número de esclavos. Desde que ocurrieron los primeros incidentes entre los colonos de Massachusetts y los soldados británicos en 1770, los esclavos demostraron que planeaban tomar provecho de las tensiones entre sus amos y el gobierno colonial. En Nueva Inglaterra donde los colonos lanzaron las primeras protestas contra Londres y reclamaron la igualdad de trato de las autoridades británicas, los esclavos se inspiraron de las acciones de estos últimos, estudiaron algunos rudimentos de derecho y enviaron peticiones reclamando una mejoría de su situación, e incluso la libertad. Otros publicaron panfletos y cartas abiertas o pronunciaron sermones en iglesias negras, todo para reclamar la libertad. En mayo de 1774, por ejemplo, cuando Londres impuso las leyes punitivas que hicieron cerrar el puerto de Boston, varios esclavos le escribieron al gobernador de Massachusetts para denunciar el hecho de que los "[tenían] en un estado de Esclavitud en un país libre y cristiano" mientras que "tenemos en común, con todos los otros hombres, un derecho natural a nuestras libertades sin Ser privados de esas últimas por nuestros iguales"[6]. Algunos emprendieron procesos judiciales contra sus amos por esclavización ilegal y unas cuantas veces lograron ganar uno que otro pleito de los jurados que sí estaban convencidos de la ilegitimidad de la esclavitud[7]. Las relaciones entre esclavos y amos también podían volverse violentas. Pequeños grupos de esclavos se sublevaron o fueron el objeto de sospechas de sublevación, en los condados de Nueva Jersey, Nueva York, Massachusetts, Maryland, las Carolinas y Virginia. En 1774, en el condado de St. Andrew, en Georgia, seis hombres y cuatro mujeres mataron a su contramaestre y a la esposa de este, e hirieron a otros blancos; luego atacaron dos plantaciones, elevando el total de muertes a cuatro, antes de ser arrestados y condenados. Su líder y otro esclavo fueron quemados vivos[8].

En ese contexto de efervescencia, en 1770 la joven esclava Phillis Wheatley quiso publicar sus *Poems on Various Subjects, Religious and Moral* en Boston. Wheatley había sido capturada y despojada de su tierra natal, Gambia, cuando tenía 7 años, para luego ser vendida a una familia rica de Boston que la educó. Pero como pocos blancos aceptaban la idea de que una esclava africana pudiese escribir poesía, Wheatley tuvo que probar ante un tribunal de expertos literarios y religiosos que ella era, en realidad, la autora de su compilación de poemas. A pesar de ello, no logró encontrar un editor. En una ocasión, al acompañar a la familia de su amo a Londres, en mayo de

[6] Citado en Sidney Kaplan y Emma Nogrady Kaplan, *The Black Presence in the Era of the American Revolution, 1770-1800*, New York Graphic Society, Greenwich, Connecticut, 1973, p. 13. Esta traducción respeta las mayúsculas del texto original.

[7] Sylvia R. Frey, *Water from the Rock*, *op. cit.*, p. 17, 54.

[8] Robin Blackburn, *The Overthrow of Colonial Slavery, 1776-1848*, Verso, London, 1988, p. 91.

1773, poco después del caso Somerset, conoció a un grupo de abolicionistas, entre los cuales se encontraba Granville Sharp, y logró publicar sus *Poems*, que, en parte, eran un testimonio tanto de la importancia de su conversión al protestantismo, como de su consciencia de sus orígenes africanos, y de lo que implicaba su condición de esclavizada y, sobre todo, logró negociar su retorno a Boston a cambio de ser emancipada en octubre del mismo año[9]. En 1774, Phillis Wheatley ahora libre publicó una carta abierta a un pastor al que le daba las gracias por haber reconocido los "derechos naturales [...] de los Negros", en una gaceta de Connecticut. Después de haber hecho un recuento de las calamidades divinas que había producido "la esclavitud egipcia" de los "israelitas", Wheatley les recordaba discretamente a "nuestros Egipcios modernos" (los colonos americanos) que "Dios implantó un príncipe, que llamamos el amor a la libertad", y denunciaba "la extraña absurdidad" de ciertos filósofos americanos cuyo "grito por la libertad" contradecía su "ejercicio de poder opresivo sobre los otros". Para ella, la libertad de los colonos era indisociable de aquella de sus esclavos[10].

A finales de 1774, David, un predicador metodista negro formado en Inglaterra anunciaba delante de una asamblea de esclavos en Charleston, Carolina del Sur, que Dios sacaría a su pueblo de la esclavitud así como lo había hecho con los hijos de Israel que estaban en manos del faraón. Amenazado de muerte por los blancos escandalizados, el metodista fue evacuado a toda prisa por sus correligionarios blancos pero su mensaje liberador siguió circulando entre los esclavos predicadores[11]. Con Wheatley, David, y otros predicadores, empezaría un movimiento que duraría casi un siglo, hasta la abolición de la esclavitud en Estados Unidos en 1865, en el trascurso del cual algunos esclavos liberados o fugitivos fueron los protagonistas esenciales del antiesclavismo tanto por sus viajes entre América y Europa como por sus conferencias, sus sermones y la difusión de sus escritos. Mezclando la concepción angloamericana de los derechos individuales con la moral cristiana, comparando el destino de los esclavos estadounidenses con el de los judíos esclavos en Egipto, esos hombres y mujeres percibieron la Biblia como una fuente de esperanza, y sus celebraciones religiosas, como los fermentos de su consciencia colectiva. Demostrando pues que aquel derecho natural de los esclavizados a la libertad hacía parte fundamental de los derechos humanos, les otorgaron una dimensión universal a los principios (en ese entonces revolucionarios) de libertad e

[9] Ver por ejemplo el poema "On Being Brought from Africa to America" (1770), en Phillis Wheatley, *Poems on Various Subjects, Religious and Moral*, A. Bell, London, 1773, p. 18, <http://digital.tcl.sc.edu/cdm4/document.php?CISOROOT=/pwp&CISOPTR=138&REC=1>.

[10] Phillis Wheatley à Samson Occum (11 febrero de 1774), en Phillis Wheatley, *The Collected Works of Phillis Wheatley*, John C. Shields (ed.), Oxford University Press, New York, 1988, p. 176-177. Ver también Thelma Wills Foote, *Black and White Manhattan*, *op. cit.*, p. 211; Gary B. Nash, *Race and Revolution*, *op. cit.*, p. 58.

[11] Ira Berlin, *Many Thousands Gone*, *op. cit.*, p. 175-176.

ILUSTRACIÓN V.1. *Frontispicio del libro de Phillis Wheatley,* Poems on Various Subjects, *por Scipio Moorhead, 1773.*

United States Library of Congress's Prints and Photographs Division.
https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Phillis_Wheatley_frontispiece.jpg

igualdad y, así, pusieron el dedo en la contradicción fundamental del discurso que justificaba la independencia de los futuros Estados Unidos de América, en término de derechos naturales, sin por tanto cuestionar la propiedad de esclavos. Como lo revelaría Granville Sharp poco después, "la tolerancia de la esclavitud doméstica en las [trece] colonias debilitó fuertemente la demanda de *Derecho natural* a la Libertad de nuestros hermanos Americanos"[12].

LA FUGA DE MILES DE ESCLAVOS CON EL LLAMADO DEL EJÉRCITO BRITÁNICO

El conflicto armado empezó en 1775 después de ciertos incidentes mortales entre las tropas británicas y unos milicianos en Lexington, Massachusetts. Poco antes Boston había recibido el apoyo de las colonias vecinas, y el primer Congreso continental había reunido a los delegados de doce de ellas en

[12] Citado en Alan Gilbert, *Black Patriots and Loyalists, op. cit.*, p. 6.

Filadelfia con el fin de declarar ilegal la represión británica, y crear milicias de defensa[13]. En el segundo Congreso continental, en mayo de 1775, los delegados de doce colonias, a las cuales se había unido la colonia de Georgia, decidieron formar un Ejército continental bajo el comando de George Washington, un rico plantador esclavista de Virginia. Desde Londres, el joven monarca Jorge III los declaró traidores de la Corona, y envió miles de soldados a que los vencieran, pero el estado mayor y las autoridades británicas esperaban poder contar con el apoyo activo de la población colonial que le seguía siendo fiel a la Corona, frente al número creciente de rebeldes alistados en el Ejército continental de Washington. Ciertos británicos alababan la movilización de los negros libres y esclavos para apoyar el ejército británico, basándose en la experiencia positiva de su alistamiento durante la guerra de los Siete Años. Rápidamente el activismo de los esclavos y abolicionistas de Nueva Inglaterra y Gran Bretaña llevó a los británicos a debatir sobre las ventajas que podrían sacar del potencial de revuelta de los esclavos rebeldes en las colonias del sur de Potomac donde la mayoría de los colonos conservaba aún lazos fuertes con la monarquía[14].

En efecto, los esclavos pesaban bastante en la demografía de las trece colonias: en 1770 eran más de 460 000, en una población total de 2 132 000 habitantes. En promedio, pues, más de una persona sobre cinco estaba esclavizada, pero dicha proporción variaba considerablemente según la región y la densidad de población de cada región. Las colonias del Norte (Nueva Hampshire, Massachusetts, Connecticut, Rhode Island, Nueva York, Nueva Jersey y Pennsylvania) eran las más pobladas y concentraban en ellas un poco más de la mitad de la población total (el 52%). El alto Sur (Virginia, Maryland, Delaware y Carolina del Norte) estaban menos pobladas, representando el 41% de la población, mientras que el bajo Sur (Carolina del Sur y Georgia) le seguían de lejos, con sólo 7% de los habitantes. Pero eran justamente esas regiones menos pobladas, que habían sido colonizadas recientemente, las que tenían una mayor proporción de esclavizados: el bajo Sur tenía 90 000 esclavos, que conformaban la mayoría de su población (el 58%). El alto Sur, donde la plantación se había impuesto como modelo desde finales del siglo XVII, tenía 323 000 esclavos, que representaban el 37% de sus habitantes. Las colonias más pobladas del Norte no tenían sino 48 000 esclavos

[13] En 1774, ante a la intensificación de la oposición de los habitantes de Boston frente a la dominación británica, Londres promulgó las leyes punitivas *(Coercive Acts)* que imponían la autoridad directa de la monarquía en la colonia de Massachusetts, trasladaban a Gran Bretaña los procesos que pudiesen llevar a la condena de pena de muerte, y forzaban a los habitantes de las trece colonias a alojar a las tropas británicas incluso en sus casas. Como reacción a este ataque a la autonomía relativa, delegados de doce de las trece colonias se reunieron en Filadelfia en el primer Congreso continental que declaró estas leyes ilegales, decisión que condujo, dos años más tarde, a la Declaración de independencia de Estados Unidos.

[14] Maria Alessandra Bollettino, *Slavery, War, and Britain's Atlantic Empire*, *op. cit.*, p. 292.

que representaban tan sólo el 4% de sus habitantes, sobre todo en Nueva York y Nueva Jersey[15]. A partir de 1775, todo el Sur se vio afectado por las amenazas británicas de instrumentalizar a los esclavizados. De Virginia a Georgia, las élites empezaron a temer una insurrección servil instigada por los británicos, mientras que muchos esclavizados creyeron que Gran Bretaña se apremiaba a liberarlos. En ese tendido clima, los rumores de conspiraciones de esclavos que buscaban eliminar a los blancos y a tomar el poder se multiplicaron. En Charleston, Carolina del Sur, y en Wilmington, Carolina del Norte, las autoridades locales estimaron haber desmontados tales complots, y reprimieron a los presuntos conjurados con ejecuciones y deportaciones de esclavos en las Antillas y las Guayanas. En casi todas partes, esos rumores incitaron a los blancos a reforzar las milicias de vigilancia de los esclavizados[16].

En noviembre de 1775, el gobernador escocés de Virginia, John Murray Dunmore, lanzó, desde una embarcación, un llamado que generó tanto la huida como la deserción de los esclavos más allá de lo esperado. Tras acosar las tierras de los plantadores rebeldes durante todo el año, decretó que "todos los Servidores contratados, Negros u otros (pertenecientes a los Rebeldes), libres si son capaces y deseosos de llevar las Armas y unirse a las tropas de Su Majestad lo más rápido posible"[17]. Aunque Dunmore no les hubiera prometido la libertad a los esclavos que huían de los amos insurrectos a Gran Bretaña, su proclamación se regó con furor, y fue entendida por numerosos esclavos como una declaración de emancipación general por parte de los británicos. Sumándose a las noticias sobre la emancipación de esclavos en suelo británico desde el caso Somerset, y al evangelismo negro fundado en el ejemplo del éxodo de los judíos de Egipto, la proclamación de Dunmore contribuyó al nacimiento, unos meses más tarde, de un pequeño movimiento mesiánico de varios esclavos predicadores de ambos sexos en el condado de St. Bartholomew, en Carolina del Sur. En el mando se encontraba un esclavo, George, quien afirmaba que el antiguo monarca, George II (fallecido en 1760), había recibido un libro de parte de Dios que le ordenaba cambiar el mundo y liberar a los negros, y que se encontraba en aquel momento en el infierno por haber desobedecido, pero que el nuevo rey, Jorge III, iba a aceptar

[15] Ira Berlin, *Many Thousands Gone, op. cit.*, p. 369-370.

[16] Sylvia R. Frey, *Water from the Rock, op. cit.*, p. 54-55; Jim Piecuch, *Three Peoples, One King. Loyalists, Indians, and Slaves in the Revolutionary South, 1775-1782*, University of South Carolina Press, Columbia, 2008, p. 76-79. Es de notar, por ejemplo, la condena a la horca y cremación pública del negro libre Thomas Jeremiah, en Charleston, en agosto de 1775, por una supuesta conspiración con vistas a una revuelta de esclavos, por un jurado de rebeldes esclavistas contra la furiosa oposición del gobernador británico de la ciudad (J. William Harris, *The Hanging of Thomas Jeremiah. A Free Black Man's Encounter with Liberty*, Yale University Press, New Haven, 2010).

[17] Sidney Kaplan y Emma Nogrady Kaplan, *The Black Presence, op. cit.*, p. 60-67 (facsímil de la proclamación, p. 62; la traducción respeta las mayúsculas y los paréntesis del texto original).

liberarlos. Acusado de conspirar, George fue colgado y sus condiscípulos fueron fustigados públicamente[18].

Aparte de ese caso, miles de esclavos entendieron la proclamación de Dunmore como un llamado real a fugarse. En cuestión de una semana, 500 esclavos hombres se habían unido a su ejército y, en poco tiempo, 300 de ellos estaban listos para el combate en un "regimiento real etíope", con las palabras "Libertad para los esclavos" inscritas en sus uniformes. A mediados de diciembre, los esclavos fugitivos que se habían unido a los británicos eran, según las estimaciones, 2000, pero muchos fueron diezmados por la fiebre amarilla[19]. Otros esclavos huyeron hacia las ciudades portuarias del Norte, como Filadelfia, Boston o Nueva York, con la esperanza de fundirse en la población negra libre o de embarcarse como marineros hacia Inglaterra y, una vez allí, obtener su libertad. Tras la ocupación de Nueva York por el ejército británico durante el verano de 1776, varios miles de esclavizados —hombres, mujeres y niños, del Norte y del Sur— se refugiaron en dicha ciudad, así como en otras ciudades que se encontraban bajo mando británico. Con un grupo de fugitivos, los británicos formaron una primera compañía de zapadores negros, y luego una Black Brigade, ambas bajo mando blanco. El ejército británico utilizó de esta manera a los esclavos que habían huido para construir fortificaciones y para despejar carreteras, y como espías, guías o empleados domésticos. Varios esclavos apoyaron también a los soldados británicos en sus expediciones de pillaje contra los independentistas[20]. La Black Brigade atacó las explotaciones agrícolas de Nueva Jersey para abastecer Nueva York y, a la vez, liberar y llevar consigo a sus esclavos[21].

Durante la ocupación británica de Nueva York, entre 1776 y 1782, los negros de la ciudad contribuyeron a ciertos cambios sociales que se distinguieron radicalmente del escenario de masacre de los blancos, que había justificado la represión feroz de los presuntos complots de esclavos de 1712 y 1741. El número de esclavos de Nueva York, y del Bajo Manhattan rural, alcanzaba entonces los 18000 esclavos (el 12% de la población), a los cuales hay que sumar algunos miles de negros libres. La llegada a la ciudad y a sus alrededores de centenas de "llamados por Dunmore", que venían del Sur, incitó a muchos esclavos locales a abandonar también a sus amos para defender el campo británico que les brindaba la oportunidad de liberarse. Además, algunos fueron

[18] Sylvia R. Frey, *Water from the Rock*, *op. cit.*, p. 61-62.

[19] Sidney Kaplan y Emma Nogrady Kaplan, *The Black Presence*, *op. cit.*, p. 60-67; Alan Gilbert, *Black Patriots and Loyalists*, *op. cit.*, p. 22-23.

[20] Leslie M. Harris, *In the Shadow of Slavery: African Americans in New York City, 1626-1863*, Chicago University Press, Chicago, 2003, p. 54-55; Graham Russell Hodges, "Black Revolt in New York City and the Neutral Zone, 1775-1783", en Paul A. Gilje y William Pencak (ed.), *New York in the Age of the Constitution, 1775-1800*, Fairleigh Dickinson University Press, Rutherford, New Jersey, 1992, p. 32-33.

[21] Thelma Wills Foote, *Black and White Manhattan*, *op. cit.*, p. 214.

emancipados por sus propietarios en un impulso abolicionista. Durante los seis años de ocupación británica, esos negros, hombres, mujeres y niños, libres, fugitivos, emancipados o esclavos, se agruparon poco a poco en comunidades en los nuevos espacios de libertad que había dejado la guerra. Así, pues, se conocían en el puerto, en la plaza o en la taberna, desafiando los códigos negros restrictivos. Como lo lamentaba el periódico *New York Mercury*, en 1779, "hoy en día, lamentablemente, reina el deseo de obtener la libertad en todos los esclavos"[22]. Muchos de los esclavos que se habían refugiado en Nueva York trabajaban entonces por un salario, se casaban y engendraban niños que podían registrar como libres, sin amo que se los pudiera prohibir. Suscribiéndose a menudo a la religión anglicana, estos últimos ayudaron a los residentes negros, asentados hace mucho, a forjar las bases de las primeras iglesias, colegios y asociaciones afroamericanas de la ciudad. Otros servían en el ejército británico y algunos de ellos obtuvieron incluso una promoción —victoria considerable al tratarse de esclavos fugitivos—[23]. Tal fue el caso del sargento Thomas Peters, deportado del golfo de Guinea y vendido primero en Luisiana, donde tres tentativas de huida le habían valido ser flagelado y marcado al hierro candente, antes de ser vendido en Carolina del Norte. En la primavera de 1776 logró escaparse a Nueva York con su familia, para luego ser reclutado como zapador por los británicos, para luego participar en varias batallas hasta el final de la guerra[24].

En diciembre de 1778 el ejército británico desplazó su ofensiva del Norte hacia el Sur esclavista, atacando por tierra y por mar a Georgia, y luego a las dos Carolinas y a Virginia. En una región donde los esclavos representaban entre el 32% y el 61% de la población, el ataque transformó el conflicto entre los independentistas y los británicos, junto con sus aliados lealistas, en una guerra triangular cuyo tercer actor fueron los esclavos, como lo ha notado la historiadora Sylvia Frey[25]. Los independentistas del Sur, quienes desde 1775 luchaban por mantener sometidos a sus esclavos y tenían dificultades para impedir que huyeran, a pesar de la intensificación de las milicias de vigilancia se vieron enfrentados a nuevas deserciones a partir de 1779 cuando el general británico, Henry Clinton, hizo un segundo llamado a los esclavizados desde Philipsburg. Clinton proclamó que todo esclavo al servicio de los independentistas que fuera capturado por el ejército británico sería vendido

[22] *Ibid.*, p. 215.

[23] *Ibid.*; Graham Russell Hodges, "Black Revolt in New York City", *art. cit.*, p. 20-24, 28-34.

[24] Gary B. Nash, *Race, Class, and Politics. Essays on American Colonial and Revolutionary Society*, University of Illinois Press, Urbana, 1986, p. 269-274. Para consultar cortas biografías de una treintena de hombres y mujeres esclavizados y fugitivos, ver Cassandra Pybus, *Epic Journeys of Freedom. Runaway Slaves of the American Revolution and Their Global Quest for Liberty*, Beacon, Boston, 2006, p. 209-218.

[25] Sylvia R. Frey, *Water from the Rock, op. cit.*, p. 45; Ira Berlin, *Many Thousands Gone, op. cit.*, p. 369-370.

en provecho de quien lo hubiera arrestado pero que, al contrario, los esclavos que desertaran a los rebeldes para ponerse al servicio de los británicos gozarían de "total seguridad"[26].

Aunque la proclamación de Clinton, que tuvo lugar tres años y medio después de la de Dunmore, no haya contenido la palabra libertad, esta galvanizó a miles de esclavos, quienes la interpretaron como una nueva promesa de emancipación. Reproducida múltiples veces en las gacetas reales hasta septiembre de 1779, la proclamación introdujo, además, el rumor de que los fugitivos obtendrían parcelas de tierra que el ejército británico les confiscaría a los independentistas. De esta manera, la proclamación de Clinton revitalizó el movimiento de fugas y deserciones que había empezado a finales de 1775, y empujó a los esclavos de las plantaciones —sobre todo a los hombres, pero también mujeres y familias enteras— a buscar refugio en los brazos del Ejército real o cerca de las naves británicas, listas a recogerlos a todos a lo largo de la costa de Carolina del Sur y de Georgia[27]. El virginiano Thomas Jefferson, propietario de una plantación esclavista, estimaba que sólo en Virginia había 25 000 esclavos, de los cuales treinta pertenecían a su propia hacienda, que habían huido para unirse al ejército británico. En otras palabras, en Virginia, según su estimación, uno de cada siete esclavizados corría el riesgo de confiar en los británicos para escapar de la esclavización[28]. En Carolina del Sur, unos 20 000 esclavos, es decir casi un cuarto de los que había entonces en el estado, desafiaron todos los peligros existentes con el mismo fin. Las estimaciones para Georgia se elevan a los 5 000 esclavos fugitivos, es decir, uno de cada tres esclavos[29].

Los generales británicos no habían sin embargo decidido armar e integrar a una tal cantidad de negros, esclavos o libres, en sus tropas de combatientes, pues algunos estimaban que una decisión así podía causar una revuelta general que se extendería a los esclavos de Jamaica, donde varias supuestas conspiraciones de esclavos acababan de ser desmanteladas al costo de numerosas ejecuciones[30]. Otros oficiales seguían dudando de la capacidad

[26] Citado en Sylvia R. Frey, *Water from the Rock*, *op. cit.*, p. 113.

[27] Alan Gilbert, *Black Patriots and Loyalists*, *op. cit.*, p. 117-128; Timothy James Lockley (ed.), *Maroon Communities in South Carolina*, *op. cit.*, p. 39-41.

[28] Daniel C. Littlefield, "Revolutionary Citizens: 1776-1804", en Robin D. G. Kelley y Earl Lewis (eds.), *To Make Our World Anew. A History of African Americans to 1880*, Oxford University Press, Oxford, 2005, p. 117; Ira Berlin, *Many Thousands Gone*, *op. cit.*, p. 369.

[29] Sylvia R. Frey, *Water from the Rock*, *op. cit.*, p. 86, 108; Alan Gilbert, *Black Patriots and Loyalists*, *op. cit.*, p. 71-73.

[30] Entre 1765 y 1776, cinco presuntos complots de esclavos que buscaban matar blancos fueron descubiertos en Jamaica, llevando a ejecuciones y deportaciones entre los condenados (Orlando Patterson, *The Sociology of Slavery*, *op. cit.*, p. 271-272). La más vasta de ellas, desmontada antes de toda acción, fue la de la parroquia de Hanover, durante el verano de 1776, que condujo a diecisiete ejecuciones y muchas otras penas de transporte y flagelación (Michael Craton, *Testing the Chains*, *op. cit.*, p. 172-179).

de los esclavizados de convertirse en soldados eficaces. Pero, a falta de brazos, los británicos explotaron a esos negros, aun más de lo que lo habían hecho durante la invasión de Nueva York, como mano de obra agrícola necesaria para alimentar a las tropas, en el transporte y la construcción, para desmontar el terreno y cavar zanjas. Otros fugitivos se volvieron carpinteros, herreros, carniceros, guías, mensajeros o lacayos de oficiales; las mujeres servían como de cocineras, lavanderas, criadas, costureras y prostitutas, o como fabricantes de municiones y enfermeras.

Al final, los británicos armaron a pocos esclavizados y negros libres en el Sur, pero les encargaron acosar a los desertores y aterrorizar a los independentistas participando en el pillaje de sus propiedades. A pesar de ello, en 1779, varias centenas de esclavos refugiados se ofrecieron como voluntarios para asistir a las tropas británicas rodeadas en Savannah, donde recibieron armas y fueron puestos bajo el mando de oficiales blancos[31]. Algunos conocedores del terreno se destacaron como expertos en la captura de caballos para la caballería británica. Ciertos esclavos fugitivos sirvieron igualmente en la Marina real como pilotos, grumetes y marineros. Los que eran navegantes adiestrados guiaron los barcos y las canoas a través de las aguas costeras y de los ríos[32]. Durante los dos últimos años de guerra, Gran Bretaña formó y armó bandas irregulares, a menudo multirraciales, con el fin de pillar las plantaciones de los independentistas del bajo Sur. La unidad de caballería de los Black Dragoons de Carolina del Sur era particularmente temida por los hacendados tanto porque encarnaba la inversión de su mundo, como porque atacaba las plantaciones y las destrozaba sin merced. La guerra de guerrillas de los "Dragones Negros" fue promovida, no obstante, por el ejército británico, que les pagaba periódicamente por seguir jugando un papel crucial en el *hinterland*[33]. Según el historiador Alan Gilbert, el ejército británico terminó por tener entre un 10 y un 20 % de hombres afroamericanos entre sus tropas, a los cuales se sumaban mujeres y niños, que eran, mayoritariamente, esclavos fugitivos[34].

Las muchas fugas de esclavizados hacia los bastiones británicos no terminaron, sin embargo, en ningún cuestionamiento de la institución de la esclavitud aunque la mayor parte de los esclavizados esperase liberarse. En efecto, a la vez que animaba a los esclavizados a escaparse de sus amos, el

[31] Si bien el intento franco-estadounidense de retomar Savannah en 1779 fracasó, en él participaron varias centenas de libres de color de Saint-Domingue, enlistados en una legión de voluntarios, entre los cuales estaban André Rigaud y Henri Christophe, quienes jugarían un papel importante en la Revolución haitiana (ver capítulo 6).

[32] Benjamin Quarles, *The Negro in the Civil War* (1953), Little, Brown and Company, Boston, 1969, p. 152-153.

[33] *Ibid.*, p. 143; Sylvia R. Frey, *Water from the Rock*, *op. cit.*, p. 101-102, 121-124, 137-139; Alan Gilbert, *Black Patriots and Loyalists*, *op. cit.*, p. 154-168.

[34] *Ibid.*, p. 121-128.

ejército británico no buscó jamás ponerle fin al sistema de la plantación esclavista en el Sur. Con el fin de evitar toda revuelta de los fugitivos, el ejército supo canalizar el potencial de insurrección de los esclavos con vagas promesas de emancipación después de la guerra. Por ejemplo, hábilmente, asignaba a los más fuertes y mejor formados, es decir a los que estaban más inclinados a liderar las rebeliones, a actividades especializadas que a menudo no eran bélicas. Al mismo tiempo, enviaba a la mayoría de ellos a que cumplieran con tareas similares a las que estaban acostumbrados. No integraba a fugitivos ni a negros libres en el cuerpo armado, y sólo ocasionalmente admitía a unos cientos de ellos, de los muchos miles que había. A la vez, los alojaba siempre aparte de los soldados y les daba menos comida que a las tropas, cosa que los volvía más vulnerables ante las enfermedades y la muerte. Y, de hecho, la mayoría de los esclavos que estaba al servicio de los británicos creyeron, hasta el final de la guerra, que serían libres[35].

Los esclavizados de los territorios independentistas lidian con las tensiones Norte-Sur

La política británica que buscaba atraer a los esclavos hacia el Ejército real con una promesa de manumisión fue un problema para los independentistas, pues dejaba en evidencia la brecha que existía entre el Norte y el Sur. Por esta razón, cuando el hacendado esclavista virginiano George Washington fue designado comandante del Ejército continental, decidió excluir a todo negro, libre o esclavizado, para evitar alienar el apoyo que le prestaban los colonos del Sur que estaban menos comprometidos en la causa contra Gran Bretaña que los del Norte. Y, sin embargo, desde las primeras escaramuzas en 1770, algunos negros libres de Nueva Inglaterra habían luchado junto a los blancos contra los soldados británicos; uno de ellos, Crispus Attucks, fue incluso el primero de los cinco rebeldes asesinados por los británicos en la masacre de Boston. Además, cientos de esclavizados como Peter Salem, de Massachusetts, habían sido emancipados por amos abolicionistas dedicados a la independencia para que pudiesen combatir por la libertad. Al contrario, al sur del río Potomac, donde la esclavitud era el sistema de trabajo dominante, los rebeldes blancos siempre se habían opuesto a la inclusión de los negros libres y esclavos, especialmente dado que la presencia de la Marina real a lo largo de la costa frenaba el tráfico negrero en la región. La proclamación de Dunmore, en noviembre de 1775, reforzó dicha oposición y alienó el apoyo que ciertos blancos, que seguían siendo leales, le brindaban a

[35] Sylvia R. Frey, *Water from the Rock*, *op. cit.*, p. 101-102, 106-7, 127, 167; Simon Schama, *Rough Crossings. Britain, the Slaves and the American Revolution*, BBC Books, London, 2005, p. 126-127.

Gran Bretaña. Frente a las fugas de esclavizados de ambos campos hacia el ejército británico, y a la destrucción y el pillaje indiscriminados de las propiedades de los unos y de los otros por parte de soldados británicos y de bandidos, un gran número de hacendados se unieron más allá de sus diferencias políticas con el fin de defender el sistema esclavista pues todos se sentían atacados, simultáneamente, desde adentro por sus esclavos y desde afuera por el ejército británico[36].

En el Norte, las colonias ignoraron la orden dada por el general Washington de excluir a los negros del Ejército continental, sobre todo después de 1777, cuando el Congreso continental obligó a cada estado a suministrar cuotas de soldados que eran difíciles de cumplir sin el aporte de los negros libres. También se vislumbró movilizar a los esclavos con una promesa de libertad al final de la guerra. Rhode Island fue el primer estado que llegó a organizar, en 1778, un batallón negro conformado de 250 esclavos con el fin de suplir la escasez de soldados independentistas blancos. Para ello, el estado tuvo que comprometerse a compensar monetariamente a los propietarios por las pérdidas humanas. En cuanto a los esclavos reclutados (junto con muchos indios narragansett), estos obtuvieron una promesa de libertad y de todas las primas y demás recompensas que el Congreso continental les ofrecía a los soldados blancos. Connecticut logró esquivar la dificultad de reclutar blancos autorizando a algunos de ellos a ser eximidos del servicio militar si se hacían reemplazar por un soldado válido; en los hechos, los esclavizados fueron a menudo enrolados como reemplazo de sus amos. En Massachusetts, las unidades independentistas tenían a negros libres junto con blancos desde el comienzo de la guerra, pero cuando el Congreso continental fijó el número de hombres que el estado debía suministrar a quince regimientos, el reclutamiento de esclavizados a cambio de una promesa de libertad se volvió una necesidad. Dos compañías de negros fueron formadas de esta manera, una de ellas era la de los Bucks (machos, gamos) de Massachusetts, liderada por un coronel afroamericano, George Middleton, quien combatió en Yorktown en 1781. En estos estados, la emancipación a través del servicio de armas se convirtió en una opción para los hombres esclavizados[37].

A pesar de las muchas defecciones de esclavos hacia el campo de los británicos, las élites independentistas del Sur no quisieron reconsiderar su rechazo de movilizar sus esclavos para proporcionar las cuotas de tropas que pedía el Congreso continental. En Carolina del Sur, varios condados habían censado más esclavos que blancos y les era pues imposible respetar las cuotas sin incluir esclavos. A diferencia del bajo Sur, Virginia y Maryland tenían un número

[36] Sidney Kaplan y Emma Nogrady Kaplan, *The Black Presence*, *op. cit.*, p. 7-10; Daniel C. Littlefield, "Revolutionary Citizens: 1776-1804", *art. cit.*, p. 113-115.

[37] *Ibid.*, p. 115-116; Sylvia R. Frey, *Water from the Rock*, *op. cit.*, p. 76-79; Alan Gilbert, *Black Patriots and Loyalists*, *op. cit.*, p. 98-115.

sustancial de afrodescendientes libres en su población, cosa que volvió la idea de reclutar esclavos más aceptable. A partir de 1775, cerca de 150 hombres afroamericanos, libres o emancipados, servían la causa rebelde en Virginia. Pero los legisladores virginianos seguían privilegiando la movilización de los blancos y, para animarlos a que se alistaran, le ofrecían a todo blanco que se enrolara en el Ejército continental hasta el término de la guerra una parcela de tierra y un esclavo saludable que podían escoger, o sesenta libras de oro. Sin embargo, a medida que el conflicto se prolongaba, tuvieron que resignarse a dejar que los blancos reclutados se hicieran remplazar por un negro: algunos alabaron entonces los servicios de los negros libres y otros enviaron esclavos para que los remplazaran[38]. En fin, si bien el Sur esclavista se oponía a la movilización de los negros libres, no rechazó el apoyo de muchos libertos y libres de color que la entonces monárquica Francia envió para que lucharan con ellos por la independencia, como los 900 cazadores voluntarios de Saint-Domingue en Savannah en 1779, y luego en Florida en 1781. Incluso si los reglamentos racistas franceses les prohibían a estos hombres el porte de espadas y ser promocionados a rangos de oficiales superiores, jugaron un rol importante en pro de la causa independentista en el Sur[39].

Obviamente, la mayoría de los 460 000 esclavos de las trece colonias no huyó al ejército británico y menos aun al Ejército continental. Sin embargo, todos se vieron afectados por una guerra, que puso ante ellos opciones que eran a menudo peligrosas y particularmente difíciles para quienes vivían en familia y habían conseguido tener algunos bienes. Aparte de quienes respondieron a las proclamaciones de Dunmore y de Clinton, un número indeterminado pero importante decidió hacerse con la ocasión para eclipsarse en el *hinterland*, individualmente o con seres cercanos, a pesar de la hostilidad de las naciones amerindias. Otros decidieron refugiarse, como ya otros lo habían hecho antes, en las ciudades del Norte; otros huyeron a Florida, que estuvo bajo control británico de 1763 a 1783, para intentar integrarse de manera discreta en la población libre de color. Otros se embarcaron hacia Inglaterra, Canadá o las Antillas, antes incluso de la evacuación decretada después de la derrota británica. Como la guerra creó el caos y la inseguridad en las regiones donde estaban regadas las tropas británicas e independentistas, algunos esclavizados aprovecharon para matar a sus propietarios o entregarlos al enemigo. Pero, sobre todo, la guerra empujó a muchos hacendados del Sur al éxodo, de Georgia hacia Carolina del Sur, de esta última hacia Carolina del Norte y a Virginia, y finalmente a Maryland. Ciertos dueños de plantación lealistas tomaron el camino hacia la Florida británica para refugiarse en

[38] Jim Piecuch, *Three Peoples, One King*, *op. cit.*, p. 269-270, 325; Alan Gilbert, *Black Patriots and Loyalists*, *op. cit.*, p. 160-173.

[39] John D. Garrigus, "Catalyst or Catastrophe? Saint-Domingue's Free Men of Color and the Battle of Savannah, 1779-1782", *Revista / Review Interamericana*, vol. 22, nº 1-2, 1992, p. 109-125.

San Agustín, en particular. A veces esos plantadores y sus familias les dejaban el cuidado de sus tierras a los esclavizados, quienes se convertían así en amos de su destino por primera vez en sus vidas; a veces llevaban a todos sus esclavos a que se instalaran en las tierras de sus parientes o en tierras sin desbrozar; a veces separaban a sus esclavos —y por ende a sus familias— al llevarse a algunos consigo, vendiendo a otros para cubrir los costos de desplazamiento y de instalación, y confiándole al resto la explotación de sus plantaciones del Sur. Esos desplazamientos forzosos también les permitieron, a unos cuantos, huir. Pero cualquiera que fuese su destino, los esclavizados rara vez se vieron resguardados de la violencia que engendró la guerra[40].

En efecto, a los ojos de muchos oficiales y de soldados de ambos campos, los esclavos eran bienes muebles que podían ser confiscados, intercambiados, alquilados y vendidos en el continente o en las Antillas. Aquellos que tomaban presos durante las ocupaciones se volvían casi siempre esclavos militares. Forzados a desempeñar los trabajos más arduos a cambio de poca comida y bebida, se caían con facilidad al ser víctimas de enfermedades y epidemias. Además, las tropas los abandonaban a medio camino si resultaba que ralentizaban las marchas, o si se volvían un impedimento en cuanto a su aprovisionamiento. Los ejércitos real y continental los utilizaban también para pagar los salarios atrasados o para comprar material de guerra y comida, vendiéndolos como mercancía a comerciantes negreros para hacerse con dinero en efectivo. La venta de un esclavo servía también de incitación al enrolamiento voluntario de los blancos en los ejércitos y de recompensa a los soldados más valientes. Los militares se apropiaban de los hombres y mujeres negros que habían capturado como esclavos para emplearlos a su servicio o para sacarles provecho vendiéndolos[41].

Además, los desórdenes relacionados con la guerra suscitaron la formación de grupos de bandidos de todo tipo que pillaban y revendían su botín material y humano a los independentistas o a los lealistas. A partir de 1779, cada vez más corsarios acecharon la costa Atlántica de Carolina del Sur con el objetivo de conseguir bienes y esclavos que vendían a embarcaciones británicas, a negreros o directamente a los hacendados de las Antillas[42]. Por consiguiente, los esclavos de las regiones devastadas que no se habían escapado vivían en el temor permanente de las exacciones y de los raptos por

[40] Alan Gilbert, *Black Patriots and Loyalists*, *op. cit.*, p. 137-141; Sylvia R. Frey, *Water from the Rock*, *op. cit.*, p. 82, 86-7, 99-100, 105, 112-116, 120; Jennifer K. Snyder, "Revolutionary Repercussions: Loyalist Slaves in St Augustine and Beyond", en Jerry Bannister y Liam Riordan (eds.), *The Loyal Atlantic. Remaking the British Atlantic in the Revolutionary Era*, University of Toronto Press, Toronto, 2012, p. 165-184.

[41] Sylvia R. Frey, *Water from the Rock*, *op. cit.*, p. 92, 99, 122, 131; Jim Piecuch, *Three Peoples, One King*, *op. cit.*, p. 266-268; Simon Schama, *Rough Crossings*, *op. cit.*, p. 107.

[42] Sylvia R. Frey, *Water from the Rock*, *op. cit.*, p. 144-145, 156.

parte de los lealistas, independentistas y bandidos, de los cuales algunos eran ellos mismos esclavos fugitivos.

¿Quid de las promesas de libertad después de la derrota de Gran Bretaña?

A partir de 1781, las posibilidades de una victoria británica por sobre las trece colonias continentales disminuyeron rápidamente. El Ejército real se vio enfrentado a una situación cada vez más crítica y los británicos no dudaban en sacrificar a los esclavos que se habían unido voluntariamente a ellos cuando estos se volvían una carga. Los 4000 o 5000 esclavos de Virginia que se habían refugiado en Yorktown fueron los primeros en vivirlo, de manera trágica. Durante la ocupación británica del puerto en el verano de 1781, esos esclavizados trabajaron arduamente en vista de una emancipación en, por ejemplo, la construcción de las fortificaciones de la ciudad. Pero al final de septiembre, cuando el Ejército continental dirigido por Washington, las tropas de Virginia lideradas por el marqués Lafayette y el cuerpo expedicionario francés bajo el comando del general Rochambeau rodearon Yorktown, el Ejército real empezó a imponerles privaciones extremas a esos miles de esclavizados y muchos murieron. Luego, cuando el agua y los víveres empezaron a faltar, no dudó en expulsar algunos para dejarlos en manos de los atacantes. Como lo escribió entonces un oficial de la Hesse al servicio de los británicos: "Los habíamos utilizado para nuestro mayor provecho y los habíamos liberado, y ahora, atemorizados y temblorosos, debían enfrentar la recompensa de sus crueles amos"[43]. En efecto, el sacrificio de una gran parte de los esclavos no logró impedir la capitulación británica en Yorktown el 17 de octubre de 1781. Contrariamente a lo que escribía Hessois, los esclavizados no habían sido liberados por los británicos y muchos fueron brutamente castigados por sus propietarios; otros fueron reclamados por independentistas que no eran propietarios suyos, lo que obligó al Ejército continental a exigir pruebas de propiedad. Otros cayeron en manos de los franceses, quienes los embarcaron a la fuerza para venderlos en las Antillas. Pero, como el tratado de evacuación de Yorktown no mencionaba la posibilidad de que los esclavos fugitivos pudiesen partir con los británicos en las naves de la Marina real, algunos lograron subir a bordo y seguir al servicio de Gran Bretaña[44].

En la primavera de 1782, la victoria de los independentistas sobre los británicos estaba sellada, dando fin a las esperanzas de libertad de una gran parte de los esclavizados que se habían escapado de sus amos desde 1775. Por fuera de las ciudades y de las fortificaciones bajo control británico, los

[43] Citado en *ibid.*, p. 170. Para casos similares, ver *ibid.*, p. 122-124.
[44] Benjamin Quarles, *The Negro in the Civil War*, *op. cit.*, p. 158-161.

esclavos de los propietarios que habían seguido siendo lealistas fueron confiscados con frecuencia por el Ejército continental para servir de pago o recompensa a oficiales y soldados que lo merecieran, cosa que llevó a los esclavos a huir. Los miles de hombres o de mujeres, esclavos fugitivos o propiedad de lealistas que se encontraban en los baluartes en los cuales se habían retirado los británicos esperaron a veces hasta tres años ser evacuados junto con los vencidos. Durante ese tiempo, en condiciones de profunda miseria, se esforzaban para probar que se habían unido al lado británico de manera voluntaria, para obtener certificados de emancipación, evitando a la vez volverse la presa de los independentistas, de los lealistas, de los militares, de los bandidos y de los corsarios que luchaban entre ellos para apropiárselos. Según uno de aquellos negros, Boston King, que había huido de su amo en Charleston, el armisticio "regó una alegría universal entre todas las partes, salvo en nosotros, que nos habíamos salvado de la esclavitud y refugiado en el ejército inglés"[45].

El tratado de paz de París del 3 septiembre de 1783 tuvo grandes consecuencias para los esclavos que se habían refugiado en brazos del ejército británico. El artículo VII de dicho tratado le imponía a "Su Majestad británica" retirar todas sus tropas y su marina de Estados Unidos tan rápido como fuera posible y "sin causar destrucción ni llevarse a ningún negro u otra propiedad de los habitantes americanos". Y George Washington, consciente de que la falta de precisión del tratado de evacuación de Yorktown había favorecido la fuga de muchos esclavos que se habían escondido en los barcos británicos, tenía la intención de hacer respetar la cláusula que afectaba a los esclavos al sucesor de Clinton, el general Guy Carleton, en marzo de 1782. Pero para este último, la monarquía debía cumplir su "palabra para con los negros que habían pasado a las filas británicas", era una cuestión de "honor nacional que debía ser respetado con todos los colores" y, siendo así, hizo lo mejor que pudo para incluir a los miles de esclavos que se habían infiltrado entre los cerca de 30 000 soldados y 27 000 lealistas que había que evacuar y, en el caso de estos últimos, instalar en otras colonias británicas, como en Nueva Escocia, Nueva Brunswick y Jamaica[46].

A pesar del tratado de París, la evacuación de los bastiones lealistas en 1783 se desarrolló en medio del desorden. Es pues imposible evaluar con precisión el número de esclavos que fueron devueltos a los dueños americanos que los reclamaban, ni de los que se fueron de Estados Unidos después de la derrota británica. Gilbert propone las cifras de 6 000 negros, mayoritariamente esclavizados, evacuados de Charleston; de 4 000, esclavos sobre

[45] Citado en Sylvia R. Frey, *Water from the Rock*, *op. cit.*, p. 172. Ver también Thelma Wills Foote, *Black and White Manhattan*, *op. cit.*, p. 221-223.

[46] Citado en Alan Gilbert, *Black Patriots and Loyalists*, *op. cit.*, p. 177-178; ver también *ibid.*, p. 180.

todo, evacuados de Savannah; y de 3000, entre libertos y libres, de Nueva York. Todo ello sumaría un total de 13000, a los cuales habría que agregar unos cuantos miles de negros, libres o esclavos fugitivos que habrían dejado Nueva York por tierra o por mar antes de la evacuación[47]. Finalmente, un número indeterminado se escapó a los confines de los territorios colonizados. En la vasta región de Charleston y Savannah, en particular, la cultura esclavista del arroz no se había extendido más allá de las ciénagas cercanas a los ríos y a la costa, ofreciendo posibilidades de escondite y de supervivencia en los pantanos más difíciles de acceder en el *hinterland*. Los esclavos-soldados se escaparon también con sus armas después de la derrota de Gran Bretaña, tales como los que habían participado a la defensa de Savannah en 1779 y que fundaron, junto con otros fugitivos, un pueblo cimarrón fortificado en Bear Creek, entre Georgia y Carolina del Sur, donde vivieron de la agricultura y del pillaje hasta que, en 1786, las tropas georgianas, apoyadas por los indios catawba, destruyeron sus chozas y cultivos[48].

En total, un mínimo de 13000 esclavizados habrían sido evacuados de esos 30000 o 50000 que se habían escapado para unirse al ejército británico. La brecha entre estas cifras se puede explicar por el hecho de que muchos esclavizados fueron recuperados por sus dueños estadounidenses, por las enfermedades, el hambre, la fiebre amarilla, el agotamiento, los combates, y por las fugas hacia el extranjero o las capturas por los corsarios por fuera del contexto de la evacuación británica. En general, los que se habían refugiado donde los británicos al sur de Potomac conocieron una suerte más desafortunada que los que habían llegado al norte del río. El éxodo de esclavizados más importante se produjo en Charleston, seguido de Savannah, y, en ambos casos, sólo una minoría de los evacuados obtuvo la libertad. A menudo obligados a acompañar a sus amos lealistas a las islas del Caribe británico, varios miles de ellos fracasaron en las plantaciones de estas. Muchos otros fueron secuestrados por oficiales del ejército y la marina real, por mercaderes o corsarios, que, con el pretexto de evitarles el riesgo de ser retomados por sus amos, los subían a barcos y los vendían en Jamaica, en las Bahamas y en la costa Atlántica de Honduras y del norte de Nicaragua. Otros esclavos fugitivos a los cuales los generales británicos les habían prometido la libertad al

[47] Alan Gilbert, *Black Patriots and Loyalists, op. cit.*, p. 205. Jim Piecuch estima que 9000 esclavos partieron de Charleston con los británicos antes de que llegaran los independentistas; miles más se habrían ido a Georgia y, entre 5000 y 6000 habrían sido evacuados de Savannah, principalmente hacia la Florida oriental y Jamaica (Jim Piecuch, *Three Peoples, One King, op. cit.*, p. 323-326).

[48] Sylvia R. Frey, *Water from the Rock, op. cit.*, p. 101-102, 106-7, 127, 167; Tim Lockley y David Doddington, "Maroon and Slave Communities in South Carolina before 1865", *South Carolina Historical Magazine*, vol. 113, nº 2, abril de 2012, p. 128-130; Sylviane A. Diouf, *Slavery's Exiles. The Story of the American Maroons*, New York University Press, New York, 2014, p. 187-208.

final de la guerra, se volvieron la propiedad personal de los oficiales a los que servían, o fueron utilizados para indemnizar a los anglófilos[49].

A estos miles de esclavos del Sur que fueron llevados al Caribe se agregaron los de la Florida oriental, convertida en tierra de asilo de muchos lealistas y sus esclavos durante la guerra, y que Gran Bretaña le tuvo que ceder a España en 1783. El tratado entre ambas monarquías les dio dieciocho meses a los residentes para que estos escogieran quedarse o partir. De alrededor de 8000 negros presentes, mil eran libres, y probablemente decidieron permanecer allí. El destino de los otros 7000 dependió de sus amos: 2500 tuvieron que volver a las plantaciones del sur estadounidense, la mayoría de ellos a Georgia; otro tanto fueron llevados a las Bahamas, 700 a Jamaica, y el resto tuvieron que seguir a sus dueños o fueron vendidos en otras colonias británicas. En medio de la confusión que caracterizó este período, algunos esclavizados lograron probablemente hacerse pasar por libres o escaparse durante su traslado forzoso, pero la mayoría volvió a la esclavitud[50].

Entre los miles de negros evacuados de los puertos meridionales, entre 1000 y 2000 de ellos se convirtieron en esclavos del ejército británico que estaba desplegado en el Caribe. Además, los 700 Dragones Negros de Carolina del Sur que se habían distinguido por una conducta y capacidades militares excepcionales durante la guerra fueron asignados, después de su evacuación, a unidades autónomas para servir en las colonias británicas donde proporcionaron el modelo bajo el cual el ejército británico organizó sus tropas antillanas (ver capítulo 9). En 1789, por ejemplo, 300 de ellos se habían acantonado en Granada como pioneros, artilleros y caballeros. Después de unos años suplementarios de servicio militar, la mayoría de esos soldados esclavos terminaron por ganar su emancipación[51].

Asimismo, algunos negros fugitivos o evacuados del sur de Estados Unidos jugaron un papel motor en el desarrollo del protestantismo, en particular bautista, entre los esclavizados de Jamaica. El primero de esos predicadores fue un esclavo de Georgia que había sido liberado por su propietario, George Leile (también llamado George Liele, George Lisle o George Sharp), el cual representa uno de los pocos casos documentados de fugitivos que lograron huir por mar antes del tratado de París. Cuando, en 1782, los herederos de su antiguo dueño —que había muerto en la guerra de independencia— contestaron su manumisión, Leile se escapó a Kingston a bordo de un barco. Allí, sin pruebas de manumisión, hizo que se le contratase como sirviente y

[49] Jim Piecuch, *Three Peoples, One King, op. cit.*, p. 320-327; Alan Gilbert, *Black Patriots and Loyalists, op. cit.*, p. 178-190.

[50] Jennifer K. Snyder, "Revolutionary Repercussions", *art. cit.*; Sylvia R. Frey, *Water from the Rock, op. cit.*, p. 82, 106, 141-142, 173-183; Benjamin Quarles, *The Negro in the Civil War, op. cit.*, p. 175-176.

[51] Roger Norman Buckley, *Slaves in Red Coats. The British West India Regiments, 1795-1815*, Yale University Press, New Haven, 1979, p. 6-9.

logró ganar un certificado de libertad después de dos años de trabajo. A partir de 1784, vivió del oficio de carretero y a la vez predicaba ante los esclavos al aire libre. Algunos años más tarde ya tenía varias centenas de fieles, sobre todo esclavizados que había bautizado y a los cuales les enseñaba el evangelio, a leer y a escribir. Siempre cuidadoso de no alienar a los plantadores, Leile asentó las bases de la primera iglesia bautista negra de Jamaica, cuya influencia se extendería rápidamente después de 1800[52] (ver capítulo 10). Para los esclavos de esta isla, como para los de Estados Unidos desde hacía una década, el cristianismo comenzaría a alimentar su lucha por la libertad.

A diferencia del sombrío destino de los esclavos que se habían refugiado en los bastiones lealistas del Sur, los que se habían escapado a Nueva York tuvieron más suerte. La inmensa mayoría de ellos —es decir entre 3 000 y 4 000 hombres, mujeres y niños— recibieron un certificado del estado mayor británico que atestiguaba que se habían unido voluntariamente a sus fuerzas y ganaron la libertad al ser evacuados en 1783. Ciertamente, dejaron atrás a otros negros que habían sido retomados por sus dueños o a los cuales las autoridades británicas no les habían concedido la manumisión, pero su evacuación representó una victoria verdadera sobre la esclavitud ya que la mitad de estos evacuados eran fugitivos del Sur esclavista, un quinto era esclavos que se habían escapado de Nueva York o de Nueva Jersey, mientras que otros eran negros libres, o esclavos fugitivos de Nueva Inglaterra. Se trataba, en general, de jóvenes adultos en edad de trabajar, y casi uno de cada tres emigraba en familia (a veces monoparental). Entre los evacuados se encontraban los supervivientes de la Black Brigade: cuarenta siete hombres con treinta siete mujeres y dieciséis niños[53].

Los tres cuartos de los negros que abandonaron Nueva York fueron transportados a Nueva Escocia, donde intentaron construirse un futuro en libertad. Aproximadamente 1 200 de estos libertos fundaron Birchtown, llamada así por Samuel Birch, el oficial que había firmado su certificado de libertad en el momento de la evacuación. Aunque el gobierno real británico les hubiera prometido tierras para que las colonizasen, se encontraron en competencia con otros 35 000 refugiados, entre los que había soldados blancos y plantadores lealistas del Sur que se habían llevado a sus esclavos. Muchos se quedaron pues sin tierra, mal pagados, sometidos a discriminaciones raciales, e incluso esclavizados de nuevo por patrones que destruían sus certificados de manumisión. Otros fueron capturados por indios que a menudo los revendían como esclavos. Estaban pues lejos de gozar de la plena libertad

[52] Benjamin Quarles, *The Negro in the Civil War*, *op. cit.*, p. 177; Mary Turner, *Slaves and Missionaries. The Disintegration of Jamaican Slave Society, 1787-1834*, University of Illinois Press, Urbana, 1982, p. 11.

[53] Graham Russell Hodges, "Black Revolt in New York City", *art. cit.*, p. 20; Thelma Wills Foote, *Black and White Manhattan*, *op. cit.*, p. 217-218; Alan Gilbert, *Black Patriots and Loyalists*, *op. cit.*, p. 188-202.

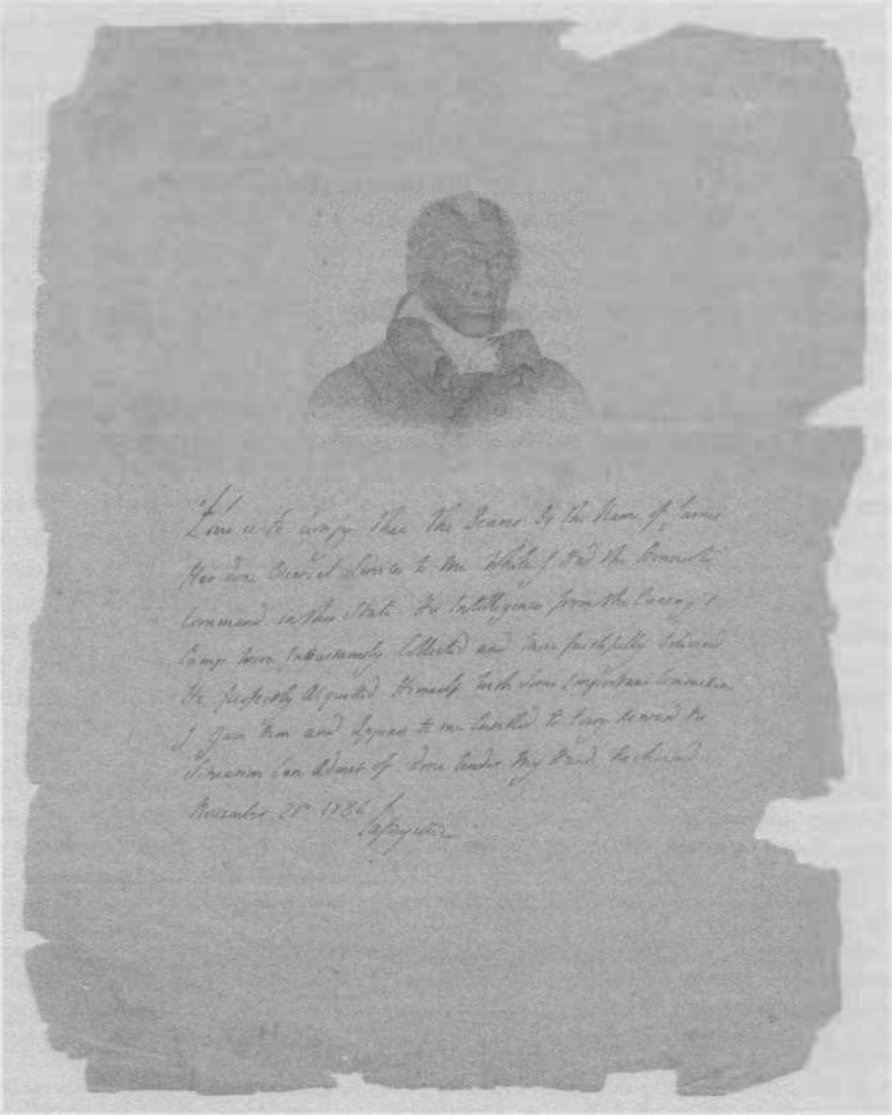
que habían pensado ganar. Varios de ellos se organizaron para rechazar tal destino y enviaron una delegación a Londres para exigir compensaciones de guerra. Esta se encontró allí con el general Clinton, quien apoyó dicha petición, junto con abolicionistas que se interesaban en el destino de los evacuados. Pero la justicia británica concluyó que sólo los negros nacidos libres tendrían derecho a indemnizaciones[54].

En el momento de su visita a Londres, la delegación de negros de Nueva Escocia conoció también a otros libertos de Nueva York. En efecto, la Marina real había evacuado a algunas centenas de negros hacia los puertos de Gran Bretaña, donde los había dejado sin asistencia (contrariamente a los lealistas blancos). Rápidamente, estos engrosaron las filas de los pobres de Londres y de otras ciudades, donde su presencia fue notada por abolicionistas británicos que la masacre de los 132 esclavos del barco negrero *Zong*, en noviembre de 1781, había vuelto a movilizar[55]. Entre ellos, Granville Sharp continuaba siendo muy activo; concibió entonces el proyecto de enviar a estos antiguos esclavos a África para que fundasen una colonia basada en el trabajo libre, que impediría de esta manera la trata de negros y que contribuiría, a la vez, al comercio británico. Apoyado por parlamentarios y financieros británicos, este proyecto colonial se concretizó en abril de 1787, cuando 411 hombres, mujeres y niños dejaron Portsmouth, en el sur de Londres, para Sierra Leona, enfáticamente renombrada Provincia de la Libertad y con Granville Town como capital, en homenaje a Sharp. La mitad de los colonos eran libertos de los Estados Unidos, y un cuarto eran blancos, mayoritariamente mujeres pobres compañeras de hombres negros y de los administradores. La odisea del "retorno a África" de estos antiguos esclavos fue un gran fracaso: cuatro meses después de su llegada sólo 268 colonos habían

[54] John N. Grant, " Black Immigrants into Nova Scotia, 1776-1815", *Journal of Negro History*, vol. 58, nº 3, julio 1973, p. 253-270; Thelma Wills Foote, *Black and White Manhattan*, *op. cit.*, p. 221-223; Sidney Kaplan y Emma Nogrady Kaplan, *The Black Presence*, *op. cit.*, p. 69; Simon Schama, *Rough Crossings*, *op. cit.*, p. 169-176; Robin W. Winks, *The Blacks in Canada*, *op. cit.*, p. 29-46.

[55] En septiembre de 1781, el *Zong*, perteneciente a un grupo de negreros de Liverpool, salió de São Tomé con 440 esclavizados a bordo, rumbo a Jamaica. Tras un error de navegación que prolongó el viaje, una epidemia mató a sesenta cautivos y a miembros de la tripulación y siguió regándose entre los supervivientes. Temiendo llevar un "cargamento invendible", el capitán ordenó tirar por la borda a 132 esclavos enfermos (otros diez se tiraron por sí solos) para poder obtener la indemnización por parte del seguro; luego vendió a los 200 supervivientes en Kingston. Cuando la compañía de seguros se negó a pagar la indemnización, el capitán llevó el caso ante un tribunal de Londres donde, en 1783, los jueces juzgaron el "caso" como si los esclavos fueran mercancía. Varios abolicionistas, a los cuales el esclavo emancipado Olaudah Equiano les había revelado el caso, intentaron iniciar un juicio por homicidio. Aunque no lo hayan conseguido, la masacre del *Zong* fue crucial en el desarrollo del abolicionismo británico. Ver Jane Webster, "The *Zong* in the Context of the Eighteenth-Century Slave Trade", *Journal of Legal History*, vol. 28, nº 3, diciembre de 2007, p. 285-298; Vincent Brown, *The Reaper's Garden*, *op. cit.*, p. 158-161, 170-177.

ILUSTRACIÓN V.2. *Facsímil del certificado del Marqués de Lafayette recomendando a James Armistead Lafayette por sus servicios en el Ejército continental, con su retrato por John B. Martin, 1784.*



Schomburg Center for Research in Black Culture, Manuscripts, Archives and Rare Books Division, New York Public Library Digital Collections. Fecha de acceso 24 marzo 2018. http://digitalcollections.nypl.org/items/510d47df-c93f-a3d9-e040-e00a18064a99

sobrevivido a las enfermedades, al hambre y a los conflictos con los autóctonos. En 1792, Sharp y otros abolicionistas lanzaron una nueva tentativa de colonización africana desde Nueva Escocia: 1 192 Negros lealistas desencantados, entre los cuales estaban Boston King y su familia, así como el sargento Thomas Peters, dejaron la colonia norteamericana para fundar Freetown en Sierra Leona, bajo la autoridad de un teniente británico. Ellos también fueron diezmados por las enfermedades, debilitados por rivalidades internas y por la frustración de verse de nuevo sometidos a gerentes británicos y a un peor trato que el que se les daba a los colonos blancos[56].

El balance del cimarronaje o de la deserción de los 30000 o 50000 esclavos, desde los futuros Estados Unidos hacia las fuerzas británicas durante la guerra de independencia, fue pues mitigado e incierto porque pocos de estos fugitivos dejaron rastros[57]. Muchos, sin duda, regresaron luego a donde sus antiguos dueños al sur del país. Otros fueron esclavizados de nuevo en otros lugares; otros más murieron en el camino. Pero miles de ellos ganaron la libertad, bien sea por sus propios medios, o porque los comandantes británicos cumplieron su promesa y les proporcionaron certificados de libertad.

Libertad al horizonte para los esclavos del Norte de Estados Unidos después de la independencia

A pesar de las reticencias de George Washington, el Ejército continental había enrolado también a muchos esclavos supletorios, a veces con la promesa de una manumisión. Después la independencia se planteó pues la cuestión de su desmovilización y liberación, si fuera el caso y, dado a que cada estado se hizo responsable de sus batallones, su suerte no fue uniforme. Al norte, los esclavos que habían voluntariamente servido o para reemplazar a su dueño, fueron generalmente liberados, bien fuera después de la confiscación de los bienes de este último si era anglófilo, o con el consentimiento de su dueño si era independentista; en este último caso, este todavía podía forzar a su esclavo a años de servicio como modo de indemnización. Algunos estados impusieron condiciones suplementarias, como Nueva York, que decretó que sólo los esclavos que habían servido por lo menos tres años en la milicia o el Ejército continental serían liberados. En Rhode Island, los esclavos habían sido reclutados no sólo con la promesa de la libertad sino también con una promesa de primas y recompensas similares a las de soldados blancos: de hecho, muchos debieron esperar años (a veces hasta 1820) para recibir su sueldo o sus tierras.

[56] Gary B. Nash, *Race, Class, and Politics*, *op. cit.*, p. 274-288; Simon Schama, *Rough Crossings*, *op. cit.*, p. 180-350.

[57] Para algunas fuentes primarias que incluyan voces de negros, ver Thelma Wills Foote, *Black and White Manhattan*, *op. cit.*, p. 293-300.

Ciertos casos ilustran bien esta diversidad: el esclavo Peter Williams, enrolado primero con los lealistas por su amo, se escapó para alistarse como voluntario en el Ejército continental en 1780; vuelto propiedad del estado de Nueva Jersey, después de la confiscación de los bienes de su propietario, fue declarado liberto y libre de toda esclavitud o servidumbre en 1784, en vista de los servicios que había prestado durante la guerra. El esclavo Briston Baker, de Nueva Haven, sirvió de 1777 a 1783 en las tropas continentales y fue emancipado, ese año, por su amo, probablemente como recompensa. En cuanto a Andrew Abner de Connecticut, fue emancipado antes de enrolarse en el ejército, en 1777; sirvió pues como negro libre hasta 1780 y logró, poco a poco, comprar la libertad de su esposa. Al sur, Virginia, que había terminado por movilizar a 500 negros, entre libres y esclavos, para cumplir con las cuotas impuestas por el Ejército continental, fue el único estado donde la Asamblea intentó obligar a los amos a emancipar los esclavos que los habían suplantado durante la guerra a cambio de una promesa de libertad, pero ninguna penalidad acompañó esta exigencia. Los legisladores virginianos no emanciparon directamente sino a ocho esclavos por sus servicios a la patria. Entre ellos, James Armistead, un espía que estaba al servicio del marqués de Lafayette, y que había obtenido informaciones cruciales para la victoria de los independentistas en Yorktown, presentó su solicitud de libertad, junto con una recomendación del general francés, en octubre de 1784, pero tuvo que esperar más de dos años antes de que esta fuera cumplida[58].

Después de la independencia, la brecha entre el Norte y el Sur con respecto a la esclavitud y al lugar que ocupaban los negros en la sociedad, que ya era evidente en cuanto a su reclutamiento en el Ejército continental, siguió ensanchándose. Es cierto que la Declaración de independencia del 4 de julio de 1776, según la cual "Sostenemos como evidentes estas verdades: que todos los hombres son creados iguales; que son dotados por su Creador de ciertos derechos inalienables; que entre éstos están la vida, la libertad" no decía ni una palabra sobre los esclavos, la esclavitud, ni sobre la trata negrera, y ocultaba pues todas las divergencias regionales. Pero, a partir de 1777, las constituciones de los diferentes estados, sus leyes y prácticas, particularmente la manumisión, revelaron antagonismos crecientes. En la Convención constitucional de Filadelfia, en 1787, la esclavitud hizo parte integral de los debates. La Constitución de Estados Unidos reflejó acuerdos y divergencias: sobre la cuestión de la trata negrera, todos los delegados de los trece estados, salvo Georgia y Carolina del Sur, se opusieron a que esta prevaleciera porque la juzgaban como inmoral o peligrosa. La Constitución estipulaba, eufemísticamente

[58] Simeon F. Moss, "The Persistence of Slavery and Involuntary Servitude in a Free State (1685-1866)", *Journal of Negro History*, vol. 35, nº 3, julio 1950, p. 301-302; Alan Gilbert, *Black Patriots and Loyalists*, *op. cit.*, p. 95-115, 168-173; certificados nominales de indemnización de guerra del estado de Connecticut (1780-1782), consultados el 26 de mayo de 2014 en <www.scottwinslow.com>.

(citado abajo en las notas), que la trata negrera no podría ser prohibida antes de 1808, es decir veinte años más tarde, pero que, entre tanto, se podría fijar un impuesto por "cada persona" importada[59].

En cuanto a la institución misma de la esclavitud, la Constitución evitaba nombrarla propiamente. El término "esclavos" no figuraba en ninguna parte, sino que fue remplazado con "otras personas", "tales personas" o "personas sometidas al servicio o al trabajo"[60]. Esta no le daba, pues, al estado federal el derecho de legislar o de controlar la esclavitud, y le dejaba a cada estado la decisión de conservar, desarrollar o abolir a corto o mediano plazo "la institución particular". De hecho, la Constitución estadounidense, a pesar de su glorificación de los ideales de libertad y de igualdad de derechos, reconocía la legitimidad de la esclavitud en el conjunto del país, y la supuesta inferioridad humana de los esclavos. Una de sus cláusulas requería que los esclavos que hubiesen abolido la esclavitud reenviasen a su Estado de origen a las "personas sometidas al servicio o al trabajo" que se hubieran escapado de allí. Además, los delegados del Norte aceptaron que los esclavos fueran agregados a la población libre para que se les atribuyera un número proporcional de sillas en la Cámara de Representantes. Pero, como los esclavos habrían tenido, de ser el caso, que contar en el cálculo de las contribuciones que estos estados le suministraban al estado federal, se convino que un esclavo valdría las tres quintas partes de un habitante libre, cosa que aumentó la representación de un Sur esclavista y, a la vez, les negó a los esclavos el estatus de ser humano en sí[61].

Sin embargo, paralelamente, el abolicionismo progresaba en el Norte. Cada vez más esclavos, negros libres y militantes blancos denunciaban la contradicción flagrante entre la esclavitud y la Declaración de independencia con su retórica de libertad y de igualdad para todos. Pero ningún estado de la Unión abolió inmediatamente ni completamente la esclavitud en el impulso de 1776. Cuando los estados redactaron sus primeras constituciones, sólo Vermont, que apenas tenía un puñado de esclavos, suprimió la esclavitud en

[59] "El Congreso no podrá prohibir antes del año de mil ochocientos ocho la inmigración o importación de las personas que cualquiera de los Estados ahora existentes estime oportuno admitir, pero puede imponer sobre dicha importación una contribución o derecho que no pase de 10 dólares por cada persona" (art. I, sección 9, apartado 1), *Constitución de los Estados Unidos de América*, <https://www.archives.gov/espanol/constitucion >. Para una discusión de fondo sobre los debates constitucionales sobre la esclavitud, ver Paul Finkelman, *Slavery and the Founders. Race and Liberty at the Age of Jefferson*, M.E. Sharpe, Armonk, New York, 2001, p. 3-36.

[60] En inglés: "other Persons", "such Persons" y "persons held to service or labor".

[61] Según el artículo I, sección 2, apartado 3: "Los representantes y los impuestos directos se prorratearán entre los distintos Estados que formen parte de esta Unión, de acuerdo con su población respectiva, la cual se determinará sumando al número total de personas libres, inclusive las obligadas a prestar servicios durante cierto término de años y excluyendo a los indios no sujetos al pago de contribuciones, *las tres quintas partes de todas las personas restantes*", *Constitución de los Estados Unidos de América*, *op. cit.* (subrayado por nosotros).

1777, pero bajo unos términos que dejaban abierta la posibilidad de servidumbre de los menores y adultos que tuviesen deudas. En 1780, Massachusetts adoptó una constitución que preconizaba los principios universales de libertad e igualdad pero que no llevó a un reconocimiento legal de la abolición sino hasta 1783. Para ello fue necesario que una esclavizada, Mum Bett, cuyo esposo había fallecido en la lucha contra los británicos, se identificase con el artículo constitucional según el cual "todos los hombres son creados iguales", se fugase de su ama después de que esta la sometiera a una quemadura grave y lograse que un tribunal local reconociese su libertad tal y como estaba garantizada por la constitución del Estado. Mum Bett empezó entonces una nueva vida al adoptar el nombre simbólico de Elizabeth Freeman. Su caso hizo jurisprudencia y permitió la manumisión de otro esclavo fugitivo, Quock (o Quok) Walker, en 1783, dando un fin legal a la esclavitud en Massachusetts. En Nueva Hampshire, veinte esclavos nacidos en África firmaron, en 1779, una petición pidiéndoles a los representantes de su Estado la abolición de la esclavitud. Invocaban, entre otros argumentos, que la "tiranía privada y pública y la esclavitud son igualmente detestables para las mentes conscientes de la igual dignidad de la naturaleza humana", pero su procedimiento se quedó sin respuesta. Cuatro años más tarde, Nueva Hampshire adoptó una constitución abolicionista análoga a la de Massachusetts. Sin embargo, dicho estado contaba aún con 159 esclavos en 1790[62].

Los otros estados del Norte aprobaron leyes de emancipación gradual que en efecto permitieron que la esclavitud se prolongara durante varias décadas más. El primero en hacerlo fue Pensilvania, en 1780, que contaba entonces con 6800 esclavos. Su *Act for the Gradual Abolition of Slavery* le serviría de modelo al resto de la región hasta 1804 y, luego, a las repúblicas hispanoamericanas en la década de 1820. La ley pensilvana consistía sobre todo en la abrogación del principio *partus sequitur ventrem*, según el cual el estatus del recién nacido era idéntico al de su madre, y de su remplazo por el del "vientre libre", según el cual todo hijo de madre esclava nacido a partir del primero de marzo de 1780 sería declarado libre. Sin embargo, la libertad de estos niños era relativa pues, al nacer, se volvían obligatoriamente los trabajadores contratados de los amos de sus madres, a los cuales debían servir hasta la edad de 28 años y sin remuneración. Como tal, podían ser vendidos, arrendados o legados; estaban relegados a trabajos no cualificados, como empleados domésticos o trabajadores rurales. Esta ley transformó entonces la esclavitud en servidumbre prolongada (duraba cuatro o cinco veces el período de contrato

[62] Joanne Pope Melish, *Disowning Slavery. Gradual Emancipation and "Race" in New England, 1780-1860*, Cornell University Press, Ithaca, 1998, p. 64-66; Sidney Kaplan y Emma Nogrady Kaplan, *Black Presence*, *op. cit.*, p. 30. Para peticiones similares, ver Herbert Aptheker (ed.), *Documentary History of the Negro People in the United States*, Citadel Press, New York, 1951, vol. 1, p. 5-12.

de un europeo), y sus primeros beneficiarios no serían emancipados sino hasta 1808[63].

En 1784, Connecticut y Rhode Island se pronunciaron también a favor de la emancipación gradual: el primero fijó la edad a la cual debían acceder los niños para obtener su libertad a los 25 años, el segundo a los 18 años para las niñas y 21 años para los niños. Así pues, en realidad, estas leyes del "vientre libre" o de manumisión *post-nati* no emancipaban a ningún esclavizado sino que transformaban a los hijos de madre esclava en trabajadores contratados por más de veinte años. Peor aún: haciéndolos depender del dueño de su madre terminaban privando a sus padres de toda autoridad sobre ellos. En cuanto a la trata de esclavos, los estados del Norte legislaron también de manera parcial: primero prohibieron la importación de nuevos cautivos de África o del extranjero, luego de aquellos provenientes de los estados del Sur. Pero, durante varios años autorizaron la venta de esclavos del Norte e, incluso, la venta de los hijos nacidos de una madre esclava después de la adopción de las leyes del vientre libre a los plantadores de los estados del Sur[64]. En los estados de Nueva York y Nueva Jersey, donde la esclavitud era un sistema de trabajo importante, las leyes de manumisión fueron más tardías (ver capítulo 9). Además, varios estados septentrionales no les concedieron la igualdad de derechos, como el sufragio o la posibilidad de servir como jurado en los juicios, a los negros libres. Así, pues, el norte de los Estados Unidos no era una región libre y no racista a la cual hubiese estado diametralmente opuesto el Sur esclavista.

Sin embargo, estas leyes de emancipación gradual aceleraron el proceso de emancipación en el Norte. Por ejemplo, Pensilvania, que contaba entonces con 6800 esclavizados en 1780, sólo censó 3760 en 1790 y 795 en 1810, cosa que deja ver una caída del número de esclavizados que sobrepasa ampliamente los efectos de la ley del "vientre libre". Igualmente, en Connecticut y Rhode Island, el número de esclavos disminuyó rápidamente después de 1784[65]. En cambio, en los estados de Nueva York y Nueva Jersey, donde el proceso de abolición gradual no había sido iniciado, la población esclavizada permaneció estable entre 1790 y 1800: aproximadamente 20000 esclavizados en Nueva York y 11 000 en New Jersey. No obstante, simultáneamente, la proporción

[63] Ver "Pennsylvania - An Act for the Gradual Abolition of Slavery, 1780", Avalon Project, Lillian Goldman Law Library, Yale Law School, <http://avalon.law.yale.edu>. Esta ley fue modificada en 1788 pues no impedía que el propietario de una esclava embarazada pudiese hacer que diera a luz en otro Estado para que su hijo naciera con estatus de esclavo.

[64] David Menschel, "Abolition without Deliverance: The Law of Connecticut Slavery 1784-1848", *Yale Law Journal Online*, vol. 111, nº 183, septiembre de 2001, p. 183-222, <www.yalelawjournal.org>.

[65] Joanne Pope Melish, *Disowning Slavery*, *op. cit.*, p. 67-79; David Menschel, "Abolition without Deliverance", *art. cit.*, p. 183-222; ver también Edgar J. McManus, *Black Bondage in the North*, Syracuse University Press, Syracuse, 1973.

de esclavos en la población total de estos dos estados, que se estima haber sido del 6,2 % en 1790, disminuyó cuando, a partir de 1786, sus legisladores prohibieron la importación de nuevos esclavos y alentaron la inmigración europea para compensar las pérdidas en términos de mano de obra que la evacuación británica de varios millares de negros en 1783 había causado[66].

En efecto, muchos esclavos contribuyeron plenamente a la abolición gradual emancipándose ellos mismos. Mientras que estas leyes del "vientre libre" habían sido configuradas para servir los intereses económicos de los propietarios de esclavos durante el máximo tiempo posible, defendiendo al mismo tiempo el principio de libertad universal, se volvieron también fermentos de emancipación. Dándole fin, incluso a muy a largo plazo, a la subsistencia de la institución de la esclavitud, en poco tiempo estas leyes animaron a centenas de esclavos a comprar su libertad o a negociarla con sus amos. De hecho, la perspectiva de la libertad legal les permitía a los esclavos otorgarle un nuevo sentido a su vida cotidiana y muchos estaban dispuestos a trabajar más para obtenerla. Otros esclavizados, o negros libres, que habían sido capturados para ser vendidos como esclavos no dudaron en apelar a la justicia para ganar o defender su libertad o la de sus seres cercanos.

La abolición gradual creó también un contexto ideológico y religioso en el cual se fue volviendo cada vez más difícil, para los amos, justificar ser propietarios de otros seres humanos. Algunos de ellos emanciparon a sus esclavos voluntariamente, decisión que se vio facilitada, en varios estados, por el levantamiento de la exigencia de suministrar una caución en caso de que el liberto se encontrase en la indigencia. A esto se agregó la posibilidad, para el empleador, de explotar a sus antiguos esclavos a través de otras formas de trabajo como la aparcería o el trabajo a destajo. Igualmente, muchos dueños les concedían la manumisión a sus esclavos bajo la condición de que firmasen contratos que comprometían a los libertos a trabajar para ellos durante largos años. Por añadidura, la llegada de inmigrantes europeos en números crecientes les permitió a los dueños situar a los libertos en una posición de competencia salarial desfavorable con respecto a los recién llegados blancos[67]. Por consiguiente, los antiguos esclavos empezaban su vida de libertos en condiciones económicas difíciles y, a menudo, sin haber cortado completamente los lazos de dependencia con sus antiguos dueños, pero podían estar orgullosos de haber conquistado ellos mismos su libertad.

[66] Gary B. Nash y Jean R. Soderlund, *Freedom by Degrees. Emancipation in Pennsylvania and Its Aftermath*, Oxford University Press, New York, 1991, p. 4-9; Graham Russell Hodges, "Black Revolt in New York City", *art. cit.*, p. 39; U.S. Census Bureau, *Compendium of the Enumeration of the Inhabitants and Statistics of the United States*. Prepared at the Department of State, Robert Allen, Washington, 1841, p. 368, 371, <www.census.gov/prod/www/decennial.html>.

[67] Gary B. Nash y Jean R. Soderlund, *Freedom by Degrees*, *op. cit.*; David Menschel, "Abolition without Deliverance", *art. cit.*

Este proceso de abolición gradual tuvo también un impacto sobre la esclavitud en las provincias del Canadá que habían permanecido bajo autoridad británica. Con el tratado de París de 1763, Nueva Francia había pasado a ser dominio británico y se convirtió en la provincia de Quebec. Tras la decisión de la justicia británica sobre el caso de Somerset en 1772, las autoridades coloniales aseguraron a los propietarios franceses que estas no concernirían a sus esclavos negros y amerindios que eran, sobre todo, empleados en el servicio doméstico de las ciudades de Quebec y Montreal. Pero la derrota del ejército británico contra los Estados Unidos desencadenó la llegada, por grupos de miles, de refugiados lealistas, que eran, a menudo, plantadores del Sur con sus esclavos, y negros libertos de Nueva York. Estos inmigrantes se instalaron principalmente en las provincias marítimas de Nueva Escocia y Nueva Brunswick, y al norte de los Grandes Lagos. Pero, en esta región fronteriza poco poblada, las autoridades coloniales y las poblaciones preestablecidas se oponían a la esclavitud, tanto por razones humanitarias como económicas (muchos pensaban que los esclavos de origen africano no se adaptarían a los inviernos canadienses y que lo que produjeran no rentabilizaría los costos de vestirlos, alojarlos y alimentarlos). De hecho, los recién llegados entendieron que la gran plantación esclavista no era propia de aquel entorno, y los plantadores quisieron entonces revender a sus esclavos en el sur de Estados Unidos y en el Caribe pero, muy rápido, los gobernadores de las provincias bloquearon esta posibilidad impidiendo la exportación de esclavos. Al mismo tiempo, los esclavos de los refugiados lealistas aprovecharon la ocasión de escaparse en aquel vasto territorio. Muchos alcanzaron las comunidades de libertos de Nueva Escocia sin que las autoridades se preocupasen de ello. Y cuando se enteraron de que los estados limítrofes de Vermont y Nueva York, y el territorio de Michigan, habían decretado la abolición inmediata o gradual de la esclavitud, otros huyeron a Detroit, donde eran considerados libres. En fin, los esclavos que se quedaron trabajando para sus amos lo hacían cada vez más por un salario, que era el único modo de evitar que huyeran. Por consiguiente, cuando el Reino Unido abolió la esclavitud entre 1833 y 1838 sólo liberó, probablemente, a poco más de una cincuentena de esclavos en toda su colonia canadiense[68].

Los esclavos del Sur frente al refuerzo de la esclavitud racial

Para los esclavos del sur de Potomac, la posguerra presentó pocas ocasiones de liberarse, salvo en Maryland y Virginia, donde la manumisión fue autorizada entre 1782 y 1808, y le permitió liberarse a un número modesto —pero inédito— de cautivos. Sin embargo, ningún estado del Sur cuestionó la perpetuidad

[68] Robin W. Winks, *The Blacks in Canada*, *op. cit.*, p. 96-113.

del sistema y todos siguieron desarrollándolo sin tomar medidas de abolición gradual. Al contrario del Norte, en el Sur la población que estaba sometida a la esclavitud creció al mismo ritmo que la población libre. Sin embargo, existían diferencias entre los estados del alto Sur como Virginia, Maryland y Delaware, donde los metodistas, bautistas y cuáqueros denunciaban activamente la trata negrera como algo inhumano y la esclavitud como algo incompatible con las libertades del sistema republicano, y las Carolinas y Georgia, más al sur, donde la "institución particular" fue muy poco cuestionada por los blancos.

La primera divergencia entre en alto Sur y los estados más meridionales tenía que ver con la importación de esclavos de África y el Caribe. Durante la guerra, el bloqueo británico había impedido a la región importar nuevos cautivos y la evacuación de varios miles de esclavos junto con los británicos y los colonos más lealistas a partir de 1783 hizo resurgir la cuestión de la trata negrera. Virginia, Maryland y Delaware renunciaron definitivamente a importar esclavizados del extranjero, pero no a aprovisionarse de esclavos en el mercado interno de Estados Unidos. Las Carolinas y Georgia, al contrario, importaron más de 93 000 esclavizados entre 1781 y 1810 y, gracias a la llegada de estos nuevos cautivos y al crecimiento natural de su población, el número de esclavizados en dichos estados experimentó un crecimiento de más del doble en veinte años, pasando de 141 000 esclavizados en 1790 a casi 340 000 en 1810[69].

La práctica de la manumisión era la segunda cuestión que dividía a los estados del Sur. Ya desde 1782, los legisladores de Virginia habían autorizado a los propietarios a liberar a sus esclavizados a condición de que se comprometieran a hacerse cargo de aquellos que cayeran en la miseria y, en 1790, todos los estados del Sur, salvo Carolina del Norte, habían revocado los decretos que prohibían las manumisiones. Pero, en su aplicación, estos decretos variaban considerablemente de un estado al otro. En Maryland y en Virginia las manumisiones se multiplicaron, desarrollando la categoría social de los libres de color, los cuales se distinguirían en diversos sectores. En Virginia, alrededor de 15 000 esclavos obtuvieron su manumisión entre 1782 y 1808; la población afrodescendiente libre pasó de 3 000 en 1782 a 12 000 en 1808, y luego a 30 000 personas en 1810, cosa que dio lugar a un rápido aumento de su proporción en la población. Los bautistas ejercieron una gran influencia en este proceso de manumisión puesto que, al final de la década de 1780, el comité general de los bautistas de Virginia condenó la esclavitud como "una privación violenta de los derechos naturales" y alentó la enseñanza de la lectura de la Biblia a los esclavos. De manera simultánea, una congregación

[69] *Voyages, op. cit.;* Gary B. Nash, *Race and Revolution, op. cit.*, p. 14-18; U.S. Census Bureau, *Compendium of the Enumeration of the Inhabitants and Statistics of the United States, op. cit.*, p. 366.

bautista negra autónoma, con sus propios pastores, se fue desarrollando[70]. En Carolina del Sur, toda manumisión estaba sometida a la aprobación del gobierno, lo que no impidió a Denmark Vesey, el líder de una conspiración abortada de esclavos en Charleston, en 1822 (ver capítulo 10), comprar su libertad con el dinero que se había ganado en una lotería en 1799[71]. Georgia le prohibió a partir de 1801, a todo propietario, emancipar un esclavo salvo si presentaba una demanda frente al Parlamento. Alabama y Misisipi hicieron lo mismo en 1805 y limitaron las solicitudes a través de las cuales los amos podían demostrar los servicios meritorios de sus esclavos. El censo de 1810 mostraba bien esas diferencias entre Maryland, donde los afrodescendientes libres representaban el 9% de la población del estado (y casi un cuarto de la población de color), Virginia, donde eran sólo el 3%, y todos los otros estados del Sur esclavista donde representaban menos del 2% de sus habitantes[72].

Como en la América ibérica, la mayoría de las manumisiones en el alto Sur se produjeron en las ciudades. Es cierto que los esclavizados no podían iniciar el procedimiento pero, por su conducta y las relaciones que tejían con su dueño, podían esperar que, en un futuro más o menos lejano, se abriría frente a ellos una estrecha puerta hacia la libertad. A la vez, esa delgada esperanza privilegiaba las estrategias individuales más que las colectivas contra la esclavitud, como lo muestra un estudio hecho sobre tres condados de Virginia: entre 1784 y 1806, 520 esclavizados obtuvieron allí su libertad por acta notarial[73]. Algunos fueron emancipados por sus amos, de manera inmediata o por testamento, a veces después de una toma de conciencia moral. Por ejemplo, un propietario justificó su gesto declarando que "estaba completamente convencido de que la libertad es el derecho natural de todos los hombres, de acuerdo con la declaración de derechos"; otro lo hizo pues creía "que Dios creó a todos los hombres igualmente libres"[74]. Algunos propietarios emanciparon a sus esclavos por sus fieles servicios; incluso George Washington, que no había manifestado ninguna voluntad abolicionista en vida, especificó en su testamento, poco antes de su muerte en 1799, que todos sus esclavos deberían ser emancipados después de la muerte de su esposa. Esta anticipó los deseos del difunto y liberó, en 1801, a los 153 esclavos que habían pertenecido a su marido[75]. Esta breve apertura emancipadora les

[70] Allen Dwight Callahan, *The Talking Book*, *op. cit.*, p. 5-6.

[71] Sumner Eliot Matison, "Manumission by Purchase", *art. cit.*, p. 156.

[72] Gary B. Nash, *Race and Revolution*, *op. cit.*, p. 14-18; U.S. Census Bureau, *Compendium of the Enumeration of the Inhabitants and Statistics of the United States*, *op. cit.*, p. 371.

[73] Luther P. Jackson, "Manumission in Certain Virginia Cities", *Journal of Negro History*, vol. 15, nº 3, julio de 1930, p. 281.

[74] Citados, junto con varios otros casos, en Luther P. Jackson, "Manumission in Certain Virginia Cities", *art. cit.*, p. 282-284.

[75] Fritz Hirschfeld, *George Washington and Slavery. A Documentary Portrayal*, University of Missouri Press, Columbia, 1997, p. 209-223.

permitió a muchos esclavos comprarles la libertad a sus amos, bien fuera directamente o pasando por un intermediario libre de color quien los compraba como esclavos y luego los emancipaba cuando estos lo hubieran reembolsado. Otros se emanciparon gracias a la intervención de un familiar ya libre. Así pues, en Petersburg, el negro libre Graham Bell logró comprar la libertad de sus cinco hijos, de su hermano y de tres otros esclavos entre 1792 y 1805; en Richmond, la libre de color Patty Cole compró a su marido un día de 1799 y, al día siguiente, firmó el acta de manumisión de este último en vista de "su amor y afecto"[76].

Sin embargo, las manumisiones siguieron siendo excepcionales para los esclavos virginianos, cuyo número seguía aumentando. Más que soñar con emanciparse, algunos de ellos buscaban tener la mayor autonomía posible consiguiendo, en particular, que sus amos los alquilasen a alguien más o que los dejaran trabajar independientemente a cambio de un salario fijo. Otros utilizaron subterfugios, como fue el caso de la esclavizada Sally, en 1806: su esposo, un negro libre llamado James Plummer, alquiló sus servicios para poder vivir con ella, solución provisoria que llegó a su fin cuando el propietario de esta envió a la policía para recuperarla[77]. En fin, en la onda del reconocimiento de los derechos individuales, algunos esclavos utilizaron la ley contra los amos abusivos. Durante el decenio que siguió la partida caótica de los británicos, ciertos blancos capturaron y esclavizaron a un gran número de negros libres aprovechando el hecho de que la esclavitud racial permitía asumir que todo negro era esclavo. En Virginia, las víctimas y sus seres cercanos apelaron a la justicia contra dichos crímenes, pero debían probar, con documentos o testigos blancos, que habían nacido de una madre libre o que habían sido liberados por sus amos británicos. En un litigio que implicó a los hijos de una madre amerindia y un padre africano, uno de los magistrados incluso intentó derrocar el fundamento racista de la esclavitud pues, según este, toda persona que residiera en el estado debía ser presunta libre, haciendo que el amo tuviera que probar que, al ser negra o afrodescendiente, una persona era por consiguiente esclava. Pero su razonamiento no tuvo respuesta: en este caso las víctimas recobraron la libertad porque lograron probar su ascendencia materna libre. No obstante, los virginianos tenidos por esclavos siguieron reclamando su libertad frente a la justicia y, muchos de ellos, con éxito[78].

[76] Luther P. Jackson, "Manumission in Certain Virginia Cities", *art. cit.*, p. 285-287.

[77] James Sidbury, *Ploughshares into Swords. Race, Rebellion, and Identity in Gabriel's Virginia*, Cambridge University Press, Cambridge, 1997, p. 6-8, 210-213.

[78] *Ibid.*, p. 35.

Los esclavizados de las trece colonias británicas continentales fueron pues actores *per se* en las tensiones y la guerra que condujeron a la independencia de los Estados Unidos. Lejos de seguir estos cambios políticos y sociales que marcaron el último tercio del siglo XVIII como simples espectadores, muchos intentaron sacarles provecho para mejorar su condición y liberarse. Los llamados del Ejército británico a que huyeran de sus amos, en 1775 y 1779, incitaron a miles de ellos a hacerlo, con la esperanza de ganarse la libertad de las manos de los británicos. Al hacerlo, adaptaron la estrategia del cimarronaje a la nueva situación de conflicto, escogiendo el campo de Gran Bretaña y su rey por encima de los independentistas que los explotaban cotidianamente. El hecho de comprometerse del lado lealista les permitía también a los esclavos hombres poner en práctica la estrategia de liberación a través del servicio armado mientras que, simultáneamente, el Ejército continental de los independentistas los excluía (salvo en los estados del Norte). A pesar de todo, el acceso a la independencia del país favoreció las manumisiones, en particular en Virginia. En el Norte, unos esclavos negociaron la compra de su libertad, beneficiada por la adopción gradual de las leyes de abolición. Otros participaron activamente y de manera original en los debates políticos sobre la compatibilidad de la esclavitud con el cristianismo, los derechos fundamentales y el establecimiento de un gobierno republicano representativo.

La revuelta de los esclavos de Saint-Domingue, en 1791, no frenó este proceso de emancipación que se había iniciado en los estados del norte del río Potomac, sino que tuvo un impacto enorme en el resto del continente. En efecto, por primera vez, miles de esclavos arremetieron contra sus explotadores y contra las plantaciones para exigir la libertad con una violencia inusitada, ejecutando así el escenario de revuelta servil que tanto temían los esclavistas.

Capítulo VI

DE LA REVOLUCIÓN SERVIL DE SAINT-DOMINGUE A LA NACIÓN NEGRA DE HAITÍ

La Revolución francesa, aun más que el proceso de independencia de Estados Unidos, amplió las posibilidades que tenían los esclavos de recurrir a las estrategias con las que ya habían experimentado para ganarse la libertad. Efectivamente, más que en las trece colonias continentales británicas, dicha revolución sacudió, progresivamente, las relaciones de fuerza no sólo en la sociedad francesa y el imperio colonial francés, sino en cada sociedad de las Antillas francesas. En estas últimas, el poder estatal y esclavista se dividió profundamente, abriendo zanjas que fueron rápidamente explotadas por los esclavizados que buscaban la libertad. Al principio, los conflictos entre blancos realistas y revolucionarios, y entre blancos y libres de color, favorecieron el alistamiento militar de esclavizados a cambio de una promesa de libertad y, a la vez, permitieron el desarrollo del cimarronaje. Y, en agosto de 1791, por primera vez en las Américas, miles de esclavos, en gran parte africanos que habían sobrevivido a la trata, engendraron en unas cuantas semanas una parte del escenario al que tanto temían las élites desde el siglo xvi: destruyeron e incendiaron los lugares de trabajo y masacraron y violaron a los colonos en la Plaine du Nord, en Saint-Domingue. Trece años más tarde, este escenario había llegado a su conclusión: los antiguos esclavos y libres de color de Saint-Domingue habían expulsado o matado prácticamente a todos los blancos de la colonia y fundaron Haití, primer Estado negro y segunda nación independiente de las Américas, después de Estados Unidos, con lo cual confirmaron la abolición definitiva de la esclavitud.

Así, por primera vez, una revuelta de esclavos se volvía masiva y se transformaba en revolución para garantizar la libertad de todos los esclavos de la antigua colonia francesa después de años de guerras internas y contra los ejércitos napoleónicos. Por su victoria sobre la esclavitud y el colonialismo europeo, la revolución de Saint-Domingue marcó, durante varias décadas, el imaginario social y político de las Américas y de Europa (ver capítulo 7). Sin embargo, después de la insurrección de agosto de 1791, fueron las mismas estrategias emancipadoras que los esclavizados habían utilizado desde el siglo xvi —el cimarronaje y el alistamiento militar a cambio de una promesa de libertad, esta vez desarrollados a una muy gran escala— las que permitieron que la lucha de estos tuviera una continuidad hasta la abolición definitiva de la esclavitud por parte de Francia, en 1794. Luego, la movilización extraordinaria

e ininterrumpida de una parte de los esclavos, africanos en su mayoría, contra las tropas francesas, hizo fracasar el proyecto de Napoleón Bonaparte de restablecer la esclavitud por medio del terror. Pero, como lo muestra este capítulo, si en 1804 los antiguos esclavizados eran definitivamente ciudadanos libres de Haití, su lucha por vivir dicha libertad, según sus propios términos, estaba lejos de llegar a su fin.

El primer choque: la insurrección masiva en la Plaine du Nord

El primer indicio de revuelta servil en las colonias francesas se manifestó antes de la llegada de las noticias sobre la toma de la Bastilla, en París, el 14 de julio de 1789, y esto no fue en Saint-Domingue sino en Martinica, una pequeña isla poblada de 90 000 habitantes, de los cuales el 83% estaban esclavizados, el 12% eran blancos y menos del 6% eran libres de color[1]. A finales de agosto de 1789, centenas de esclavos de diferentes plantaciones se reunieron cerca de Saint-Pierre bajo la dirección de Marc, el esclavo encargado de la prisión, de Jean Dominique, un esclavo carpintero, y de algunos otros esclavos artesanos de la ciudad. Entre ellos se había extendido un rumor según el cual Luis XVI habría abolido la esclavitud, pero que los plantadores se oponían a la voluntad del rey. Dos cartas anónimas fueron incluso enviadas a las autoridades de Saint-Pierre anunciando que "nosotros, Negros", y "toda la Nación de Esclavos Negros reunida", después de un prolongado sufrimiento, estaban listos para "derramar torrentes de sangre" para que la voluntad de "la humanidad, de toda la naturaleza, de la Divinidad y de nuestro buen rey Luis XVI" sea respetada y que los esclavos obtengan su libertad[2]. Como otros esclavizados de las colonias británicas o españolas, estos exigían, bajo la forma de una manifestación imponente pero no violenta, una libertad que, decían, ya les había sido otorgada por la monarquía.

Como en otras partes, el rumor de emancipación se fundaba en hechos concretos, incluso si Luis XIV no había abolido la esclavitud, sino que sólo había limitado la brutalidad de esta. Según un reporte de la Oficina de las colonias, agregada al Ministerio de la Marina de 1784: "La mayoría de los amos son tiranos que sopesan la vida de sus esclavos a cambio del producto de un trabajo forzoso"[3]. Poco después, con el fin de reglamentar esta tiranía, el rey había firmado una ordenanza que determinaba el número de golpes

[1] Caroline Oudin-Bastide, *Travail, capitalisme et société esclavagiste*, *op. cit.*, p. 18.

[2] Citado en Laurent Dubois, *A Colony of Citizens. Revolution and Slave Emancipation in the French Caribbean, 1787-1804*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 2004, p. 86-87. Ver también David P. Geggus, "Esclaves et gens de couleur libres de la Martinique pendant l'époque révolutionnaire et napoléonienne: trois instants de résistance", *Revue historique*, vol. 295, fasc. 1 (597), enero-marzo de 1996, p. 110.

[3] Citado en Frédéric Régent, *La France et ses esclaves*, *op. cit.*, p. 68.

que los amos podían propiciar a sus esclavos, imponiendo multas a los transgresores, y agregaba: "Serán castigados por infamia aquellos [dueños] que hayan mutilado a sus esclavos; a la pena de muerte lo serán aquellos que los hayan hecho perecer por la causa que sea"[4]. La ordenanza de diciembre de 1784 había chocado tanto a los plantadores como a los administradores coloniales que la archivaron, no sin que llegasen pedazos del contenido de esta a oídos de los esclavos, pendientes de las protestas de sus amos. En Francia, los debates sobre la trata negrera y la esclavitud tomaron cierta importancia con las varias reediciones de *La historia filosófica y política de los establecimientos y del comercio de los europeos en las dos Indias* (1770) del abad Guillaume-Thomas Raynal, luego con la publicación en 1781 de las *Reflexiones sobre la esclavitud de los negros* de Marie Jean Nicolas de Carita, marqués de Condorcet, y, finalmente, con la fundación, en febrero de 1788, de la muy elitista Sociedad de los Amigos de los Negros. Las noticias de la formación de este pequeño frente francés contra la trata, y a favor de una abolición gradual de la esclavitud, fueron llegando a las Antillas a través de marineros y de esclavizados que volvían de las metrópolis con sus amos. Ciertas publicaciones críticas llegaron igualmente a las islas, como fue el caso de la *Lettre aux baillages* del mismo Condorcet, quien, a principios de 1789, pedía que la emancipación de los esclavos se inscribiera en el orden del día de los Estados Generales convocados por el rey. Además, tanto viajeros como marineros difundían información sobre el movimiento abolicionista británico que estaba en pleno auge, y también sobre la abolición gradual que se llevaba instaurando desde 1780 en el norte de Estados Unidos. Grupos de esclavos urbanos se reunían para escuchar y comentar toda noticia o rumor que pudiese darles algo de esperanza de ser liberados. Estas publicaciones eran llevadas a las plantaciones por artesanos y cocheros[5], y alimentaron también la rabia de los esclavistas con respecto a la amenaza que estas representaban ante sus privilegios, rabia que, a su vez, era interpretada por los esclavizados como una confirmación de sus esperanzas.

Por lo demás, desde la expulsión de los jesuitas del reino francés en 1763, el envío de "curas de negros" formados en Francia para evangelizar a los esclavos, había sido poco aplicado o había tenido efectos imprevistos una vez que los curas cumplían con su objetivo. Como pasaba con las misiones protestantes, las celebraciones religiosas que ciertos curas organizaban les suministraban a los esclavos ocasiones ideales para reunirse sin sus amos; el

[4] Citado en M. Bajot (ed.), *Annales maritimes et coloniales, ou recueil des Lois et Ordonnances royales (...)*, parte 2, Imprimerie royale, París, 1827, p. 555. Sobre toda la legislación francesa a propósito de la esclavitud, ver Lucien Peytraud, *L'esclavage aux Antilles françaises avant 1789: d'après des documents inédits des archives coloniales*, Hachette, Paris, 1897.

[5] David P. Geggus, "Esclaves et gens de couleur libres de la Martinique", *art. cit.*, p. 111-112; François Blancpain, *La Condition des paysans haïtiens: du Code noir aux codes ruraux*, Karthala, Paris, 2003, p. 24-25.

dogma de la omnipotencia del Dios cristiano que les enseñaban relativizaba la autoridad del amo esclavista, y su mensaje cristiano de igualdad espiritual estaba en contradicción con la esclavitud[6]. En Martinica, en particular, un capuchino llamado Jean-Baptiste era popular entre los esclavos urbanos a los cuales les hablaba de libertad y les anunciaba incluso, según un magistrado, que el rey de Angola vendría, junto con una armada, para devolverlos a África. Una prueba de esta apropiación del catolicismo por los esclavos es que la carta "nosotros, Negros" que se le había enviado al comandante de Saint-Pierre en 1789 ponía: "¿Acaso Dios creó algún esclavo?"[7].

Sin embargo, los cientos de esclavos que se manifestaron pacíficamente cerca de Saint-Pierre en agosto de 1789 fueron ferozmente reprimidos por orden del gobernador. Las tropas y la milicia, compuesta de blancos y de libres de color, mataron a varios protestatarios de inmediato, y luego persiguieron a los fugitivos a través de las colinas de los alrededores, aprovechando para capturar a unos 200 cimarrones. Algunos soldados interrogaron duramente a los esclavos que se habían quedado en las plantaciones o que habían vuelto a ellas, y una comisión especial de jueces sometió a unos cuarenta de ellos a interrogatorios brutales. Sólo un esclavo declaró que los acusados estaban preparando un ataque de gran escala que habría comenzado con el homicidio de los hombres blancos por sus lacayos o cocineros, y con la violación de sus mujeres blancas. Acto seguido, los esclavos insurrectos se habrían reunido para confrontar al gobernador y a las fuerzas del orden. Todos los otros acusados declararon haberse reunido para marchar hacia la ciudad y exigirle al gobierno la aplicación de lo que ellos creían ser la voluntad del rey. Pero los jueces prefirieron quedarse con la versión que mencionaba la masacre de los blancos, cosa que les permitía transformar a los protestatarios en traidores sedientos de sangre para luego torturarlos (la tortura había sido abolida en Francia en 1788) y, finalmente, ejecutarlos. Marc y Jean Dominique fueron descuartizados en la rueda y otros seis fueron llevados a la horca. Trece esclavos fueron castigados con veintinueve latigazos cada uno y, además, seis de ellos recibieron una marca de hierro candente; tres fueron condenados a las galeras de manera perpetua y dos fueron condenados a asistir en las ocho ejecuciones[8]. En el fondo, esta manifestación en Martinica mostraba, de hecho, la capacidad de los esclavos de aprovechar todo ablandamiento del régimen esclavista y toda disensión entre plantadores y autoridades reales para hacer valer lo que ellos consideraban como sus derechos. Igualmente, mostraba que

[6] Laënnec Hurbon, "Église et esclavage au XVIII[e] siècle à Saint-Domingue", en Marcel Dorigny (ed.), *Les abolitions de l'esclavage: de L. F. Sonthonax à V. Schoelcher, 1793, 1794, 1848, Actes du colloque international tenu à l'université de Paris-VIII les 3, 4 et 5 février 1994, organisé par l'Association pour l'étude de la colonisation européenne,* Unesco y Presses Universitaires de Vincennes, Paris y Saint-Denis, 1995, p. 91-95.

[7] David P. Geggus, "Esclaves et gens de couleur libres de la Martinique", *art. cit.*, p. 112-113.

[8] *Ibid.*, p. 109.

los esclavistas estaban decididos a aplastar con violencia toda tendencia, de los que consideraban como sus bienes muebles, de querer afirmar su humanidad.

A partir de mediados de septiembre de 1789, los habitantes de las Antillas francesas comenzaron a estar al tanto de los eventos ocurridos el 14 de julio en París. En noviembre la *Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano* del 26 de agosto llegó a sus manos, con sus ideales de libertad, igualdad y fraternidad. Diversos rumores empezaron a circular de nuevo, entre los cuales estaba el de una abolición de la esclavitud por el rey o por la nación, y otro según el cual se les otorgarían tres días libres por semana a los esclavos de las plantaciones. Estos provocaron una onda de agitación entre los esclavos que se extendió desde el sur de Saint-Domingue hasta Martinica, Guadalupe y Santa Lucía, y, cada vez, se encontró con una represión "ejemplar"[9]. En la Guyana, algunos esclavos de Approuague, al este de Cayena, se sublevaron en noviembre de 1790 para exigir la libertad y la igualdad que les habrían dado Dios y la Francia revolucionaria y mataron a cinco blancos y a un esclavo, antes de ser arrestados, y siete de ellos ejecutados (sin embargo los dos esclavos que habían lanzado la voz de alarma fueron emancipados e integrados en la milicia). Movimientos serviles similares se produjeron en Guadalupe en 1790 y 1791 y fueron igualmente reprimidos. Incluso en la isla británica de Dominica, entre Martinica y Guadalupe, en enero de 1791, los esclavos de varias plantaciones se negaron a trabajar hasta que sus amos les dieran el "derecho" a tres o cuatro días a la semana en los que pudiesen cultivar sus jardines y huertas[10].

Sin embargo, al aprobar la *Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano*, la Asamblea Nacional francesa no había tenido la intención de modificar el estatus de las colonias —que producían mucho— ni la posición de los hombres libres no blancos, ni la esclavitud, ni la trata negrera. Además, en el propio Saint-Domingue, la Revolución francesa tuvo en un principio las repercusiones más importantes, no entre los esclavos, sino en la élite blanca y en los libres de color, de los cuales muchos eran propietarios de esclavos. Algunos plantadores, comerciantes y abogados blancos, galvanizados por la reciente independencia de Estados Unidos, se reunieron en una asamblea colonial en Saint-Marc, en abril de 1790, para intentar una secesión, mientras que unos afirmaban su fidelidad a Luis XVI y una parte de los blancos pobres se proclamaba revolucionaria. En cuanto a los libres de color, a partir del otoño de 1789 pidieron, en desorden, la igualdad en nombre de la

[9] Yves Bénot, "La chaîne des insurrections d'esclaves dans les Caraïbes de 1789 à 1791", en Marcel Dorigny (ed.), *Les abolitions de l'esclavage*, *op. cit.*, p. 179-186.

[10] Yves Bénot, *La Guyane sous la Révolution française ou l'impasse de la révolution pacifique*, Ibis Rouge, Kourou, 1997, p. 43-54; Michael Craton, *Testing the Chains*, *op. cit.*, p. 224-225; Anne Pérotin-Dumon, "Free Coloreds and Slaves in Revolutionary Guadeloupe. Politics and Political Consciousness", en Robert L. Paquette et Stanley L. Engerman (eds.), *The Lesser Antilles in the Age of European Expansion*, University Press of Florida, Gainesville, 1996, p. 263-264.

Declaración de los derechos del hombre, demanda combatida de manera implacable por los blancos insulares. Esos conflictos generaron los primeros combates en Saint-Domingue, en agosto de 1790, cuando el gobernador puso fin a la tentativa de los colonos secesionistas, y luego al final de año cuando dos mulatos ricos movilizaron a 300 libres de color —pero rechazaron todo refuerzo de esclavos— para exigir la igualdad, antes de ser vencidos y descuartizados en la rueda[11]. No fue sino en agosto de 1791 que los esclavos de las grandes plantaciones azucareras de la Plaine du Nord se sublevaron en masa en lo que se convertiría la más grande revolución de esclavizados de las Américas.

La reconstitución del lanzamiento de esta gigante revuelta no es sencilla en vista de la escasez de fuentes producidas inmediatamente por los insurrectos. No obstante, los historiadores se han puesto de acuerdo sobre el hecho de que los rebeldes contaban con los conflictos entre los colonos blancos y entre blancos y libres de color para sublevarse y, con ello, exigir la aplicación de una presunta decisión de la metrópolis a su favor tal como lo habían hecho algunos esclavos en Martinica en 1789. La reducción visible de las fuerzas militares coloniales después de la partida de uno de los regimientos presentes y el desarmamiento de la policía rural en los meses precedentes a agosto de 1791 probablemente también los alentaron.

A partir del mes de julio, ciertos esclavos delegados de plantaciones de todo el centro de la Plaine du Nord se habían encontrado varias veces cerca de Morne-Rouge para preparar la insurrección. Muchos de ellos eran esclavos de alto rango, comandantes y cocheros, a menudo criollos, que gozaban de la confianza de sus amos y a la vez ejercían una gran influencia en las decenas e incluso centenas de esclavizados de sus plantaciones. Según ellos, el rey de Francia y la Asamblea Nacional en París habían prohibido el uso del látigo, les habían dado tres días de reposo semanal a los esclavos y habían enviado tropas para forzar a los plantadores a obedecer. Sin embargo, durante su reunión de coordinación del domingo 14 de agosto de 1791, los delegados de los esclavizados decidieron no esperar la supuesta llegada de los soldados franceses y comenzar la revuelta el miércoles 24 de agosto. Esta fecha la habían elegido porque al día siguiente debía reunirse la Asamblea colonial en Le Cap, donde toda la élite y las fuerzas de la seguridad de la colonia convergirían, dejando a los esclavos actuar con más libertad. En la reunión del 14 de agosto (que tal vez estuvo seguida de otra el 21), los participantes celebraron una ceremonia religiosa que implicaba el sacrificio y la ingestión de la sangre de un animal para soldar y santificar su unión (ceremonia reconstruida más tarde como la del Bois-Caïman). Pero el 22 de agosto, uno de

[11] Sobre estos dos libres de color, Vincent Ogé y Jean-Batiste Chavanne, ver John D. Garrigus, "Vincent Ogé *Jeune* (1757-91): Social Class and Free Colored Mobilization on the Eve of the Haitian Revolution", *The Americas*, vol. 68, nº 1, julio de 2011, p. 33-62.

los líderes, Boukman, desencadenó prematuramente la rebelión en la parroquia de Acul, seguramente porque, al haber sido interrogados después de haber atacado al gerente de una plantación, ciertos esclavizados habían comenzado a exteriorizar la inminencia de una sublevación.

A partir de ese momento, los conspiradores no se hicieron esperar más y la revuelta se propagó en toda la región de Le Cap bajo el comando de hombres como Jean-François, Georges Biassou, Jeannot y Jean Baptiste Sans-Souci. Los esclavos insurrectos, que se estiman haber sido 2000 el 23 de agosto, eran probablemente 10000 (de los cuales 700 iban a caballo) el 27, y luego 20000 —o incluso 80000— un mes más tarde. Al fines de septiembre habían quemado y destruido más de mil plantaciones (de un total de 8000 que había en toda la colonia) y habían matado a centenas de blancos y tomado a varios más como rehenes. Pero, al mismo tiempo, un número incalculable de esclavos habían muerto en combate, fusilados o colgados durante la ciega represión que lanzaron las autoridades coloniales de Le Cap desde el comienzo de la insurrección. Durante más de un año se verían incendios, masacres y matanzas de represalias, que llevarían a la fuga de muchos plantadores, a veces con sus esclavos, hacia Cuba, Jamaica, Luisiana y Estados Unidos[12].

La revuelta de los esclavos del norte de Saint-Domingue produjo un choque inmenso tanto en las Américas como en Europa. En efecto, "la perla de las Antillas" era en ese entonces la colonia azucarera más fructífera puesto que producía la mitad del azúcar y café consumidos en el mundo, equivalentes a dos tercios del comercio exterior de Francia. Pero este éxito económico era el fruto del trabajo forzoso de unos 500000 esclavos que representaban, ellos solos, la mitad de los esclavos del conjunto de las islas del Caribe colonizadas por las monarquías europeas; se había logrado al costo de la importación de casi medio millón de esclavizados de África entre 1761 y 1791. Durante la década de 1781 a 1790 el pequeño territorio francés había hecho desembarcar a 237000 cautivos africanos, es decir casi un tercio de todos los 768000 nuevos esclavos importados en ese entonces por el conjunto americano. En 1790, había establecido el récord absoluto de la trata negrera francesa dirigida hacia Saint-Domingue: aproximadamente 45000 africanos llegaron en vida, de los cuales 19000 fueron a parar al único puerto de Le Cap, un récord anual jamás alcanzado por ningún otro puerto de las Américas[13]. Al mismo tiempo, las posibilidades de manumisión, siempre estrechas, disminuyeron de año en año para llegar a alcanzar menos de 400 casos en 1789 que se trataban, mayoritariamente, de mulatas[14]. Para entender la eclosión de

[12] Ver David P. Geggus, *Haitian Revolutionary Studies*, *op. cit.*, p. 5-14, 81-92; Laurent Dubois, *Avengers of the New World: The Story of the Haitian Revolution*, The Belknap Press of Harvard University Press, Cambridge, 2004, p. 91-131 (p. 97 y 113 para las cifras de insurrectos).

[13] *Voyages*, *op. cit.*; David P. Geggus, *Haitian Revolutionary Studies*, *op. cit.*, p. 5.

[14] David P. Geggus, "Slave and Free Colored Women in Saint Domingue", en David Barry Gaspar y Darlene Clark Hine (eds.), *More Than Chattel*, *op. cit.*, p. 268.

la insurrección de 1791 hay que tener en cuenta el alcance humano de estas cifras extremas, tanto desde el punto de vista de los esclavos criollos, bozales o que apenas habían llegado de África, como el de los plantadores que los compraban y explotaban. También hay que recordar que estas importaciones continuas, de miles de hombres, mujeres y niños cautivos, no provenía solamente de la avidez de los plantadores todopoderosos, sino también de la elevada tasa de mortalidad de la mano de obra sobreexplotada y que tenían que renovar constantemente.

En 1790, los 45 000 africanos llegados y vendidos en Saint-Domingue se añadieron a los 500 000 esclavizados que había entonces en la colonia, con respecto a solamente 40 000 blancos (plantadores, funcionarios y plebeyos) y 30 000 libres de color (de los cuales algunas centenas eran también plantadores esclavistas[15]). Incluso en 1791, 28 000 cautivos africanos fueron enviados a la colonia y casi 10 000 lo fueron en el año siguiente. Si bien en otras colonias, como en Jamaica y Martinica, el 85% de la población estaba esclavizada, Saint-Domingue era la única donde los africanos representaban la mayor parte de los esclavos y la mitad de la población total[16]. En otras palabras, más o menos un habitante de cada dos en Saint-Domingue era un superviviente de la trata negrera, y provenía principalmente de África occidental central (el Congo) y del golfo de Benín; la mayoría eran hombres y muchos eran veteranos de las guerras africanas. Cuando el régimen monárquico estaba a punto de derrumbarse en Francia, y los blancos y los libres de color empezaron a enfrentarse en Saint-Domingue, esta demografía resultó ser explosiva.

Los ideales de los que se sublevaron en 1791 reflejaban la diversidad de sus orígenes y visiones. Todos aspiraban a ser libres, como muestra el rechazo de los grupos rebeldes a las promesas francesas de amnistía a cambio de que volvieran a las plantaciones de manera voluntaria y de que denunciaran a los líderes. Varios de ellos dejaron de pedir tres días libres por semana y, en vez, reclamaban la emancipación general que supuestamente había sido proclamada por Luis XVI, y a la vez seguían afirmando que luchaban en nombre del rey. Otros apelaban explícitamente a la libertad que garantizaba la *Declaración de los derechos del hombre* y, otros, al rey y a la Asamblea Nacional de

[15] David P. Geggus, *Haitian Revolutionary Studies*, *op. cit.*, p. 5. Varios historiadores han repetido que los libres de color de Saint-Domingue poseían un tercio de las tierras y un cuarto de los esclavos de la colonia sin citar ninguna fuente histórica. Como lo revela Frédérique Beauvois, estas proporciones provienen de un discurso que el rico plantador cuarterón Julien Raymond dio ante la Asamblea Nacional francesa, en el que argumentó a favor de la igualdad de los derechos cívicos de los libres de color; las cifras fueron probablemente exageradas para demostrar el peso económico de estos últimos en Saint-Domingue (Frédérique Beauvois, *Indemniser les planteurs pour abolir l'esclavage? Entre économie, éthique et politique: une étude des débats parlementaires britanniques et français (1788-1848), dans une perspective comparée*, París, Dalloz, 2013, p. 50).

[16] *Voyages*, *op. cit.*; David P. Geggus, "The French Slave Trade: An Overview", *William and Mary Quarterly*, vol. 58, nº 1, enero de 2001, p. 126, 136.

manera simultánea. Que estos esclavizados dijeran actuar en nombre del rey de Francia tiene una triple explicación. Primero, para ellos, el rey era el único "amo" al que los propietarios de esclavos de Saint-Domingue debían lealtad. Segundo, en la parte oriental de la isla, desde el comienzo de la insurrección, el ejército del rey de España apoyó a los cautivos sublevados reforzando en estos últimos el sentido de la todopoderosa autoridad real[17]. Tercero, muchos de ellos provenían de reinos africanos, particularmente del Kongo, a donde los portugueses habían llevado el catolicismo al final del siglo XVI y donde la forma monárquica de gobierno —autoritaria o más democrática— era una cuestión central en los conflictos armados en los cuales habían participado. De hecho, ciertos grupos de insurrectos de Saint-Domingue eligieron o se sometieron a la autoridad de un rey (y, a veces, de una reina), tradición que remontaba a las sociedades secretas de "naciones africanas", agrupando a los cautivos de una misma etnia. Pero al comienzo de la revuelta, los reyes que se elegían eran generalmente criollos, como fue el caso de Jean-Baptiste Cap, rey de Limbé y de Port Mangot, condenado a la rueda el 4 de septiembre de 1791[18]. Además, según el antropólogo Laënnec Hurbon, dieciséis "curas de negros", de los veinticuatro que estaban registrados en la prefectura apostólica del norte de Saint Domingue, apoyaron a los esclavos insurrectos, cosa que condujo a la ejecución de tres de ellos, entre los cuales estaba el padre Philémon, cura de Limbé, quien fue colgado de un cadalso sobre el cual fue colocada la cabeza de Boukman, el jefe de los esclavos insurrectos que había muerto en combate en noviembre del mismo año[19].

Frente a las tropas coloniales, los rebeldes, generalmente bozales, desarrollaron estrategias de guerrilla que rápidamente resultaron eficaces. Adaptaron sus tácticas militares africanas al terreno antillano y a los escasos medios de los cuales disponían. Organizados en pequeñas bandas, preferían hacer ataques relámpago, poner trampas y luego dispersarse, antes que enfrentarse al enemigo abiertamente y en filas cerradas. A los fusiles y cañones franceses se enfrentaban con machetes, lanzas y las armas que lograban tomar del enemigo. Así, pues, respondieron a la violencia de la plantación esclavista con una violencia igualmente aterrorizante y no vacilaron en masacrar a los plantadores blancos, a sus guardias y a sus familias de manera cruel. Es cierto que no todos los esclavizados y esclavizadas se rebelaron, y algunos incluso defendieron a sus amos[20], pero para un sinnúmero de ellos, la dinámica de destrucción de la esclavitud, de sus símbolos y de sus terrenos le ganaría al miedo a la tortura, a la horca o a la rueda —aunque no podían

[17] Laurent Dubois, *Avengers of the New World*, *op. cit.*, p. 105-108.

[18] John K. Thornton, "'I am the Subject of the King of Congo': African Political Ideology and the Haitian Revolution", *Journal of World History*, vol. 4, nº 2, otoño de 1993, p. 207-209.

[19] Laënnec Hurbon, "Église et esclavage au XVIII[e] siècle à Saint-Domingue", *art. cit.*, p. 95-99.

[20] Carolyn E. Fick, *The Making of Haiti. The Saint Domingue Revolution from Below*, University of Tennessee Press, Knoxville, 1990, p. 95-110.

imaginar a dónde los llevaría la rebelión—. Para ellos, la esclavitud nunca había sido una institución "patriarcal" ni "civilizadora", y tenían la intención de destruirla en todas sus formas.

A partir de enero de 1792, los esclavos insurrectos del norte de Saint-Domingue se vieron enfrentados a la vez a las fuerzas coloniales, a las milicias de libres de color, y a las tropas que iban llegando, poco a poco, de Francia. Miles de ellos probablemente ya habían fallecido en combate, o de hambre y enfermedad; varios de los jefes habían sido arrestados y ejecutados. Pero otros miles de esclavos habían, de hecho, conquistado su libertad matando o expulsando a sus amos y no podrían nunca ser esclavizados como antes. Sin embargo, sin que lo supieran, sus principales líderes criollos, Jean-François y Biassou, negociaron un acuerdo con la Asamblea colonial después del cual sólo unas centenas de rebeldes serían amnistiados y liberados, a cambio de la liberación de todos los prisioneros blancos; los otros serían esclavizados de nuevo. Peor aun, una vez que fueron liberados los cautivos blancos, la Asamblea traicionó su promesa y se negó a emancipar a ni uno solo de los insurrectos so pretexto que ello significaría legitimar su violenta revuelta contra la esclavitud. La lucha recomenzó, y las demandas de los rebeldes se volvieron más generales. En julio de 1792, Jean-François, Biassou y un tercer jefe enviaron una proclamación a la Asamblea colonial según la cual "los hombres nacen libres e iguales en derechos" y entre los derechos naturales estaba la "resistencia a la opresión", expresiones más cercanas a la Declaración de independencia de Estados Unidos que a la de los derechos del hombre y del ciudadano francés. A partir de entonces empezaron a exigir "la libertad general de todos los hombres esclavizados" y una amnistía general, antes de dejar las armas[21].

Enrolamiento militar y cimarronaje colectivo en el oeste y el sur de la colonia

La situación en el oeste y el sur de Saint-Domingue era igualmente compleja. Allí, desde el final de la guerra de los Siete Años, la inmigración de franceses había progresado y muchos de ellos, al igual que los libres de color, se habían establecido en dichas regiones, poco propicias al cultivo de la caña de azúcar, para desarrollar plantaciones de café que empleaban, cada una, entre veinte y cuarenta esclavizados. Incluso antes de que estallase la insurrección en la Plaine du Nord, en enero de 1791, algunos esclavos se habían reunido en Port-Salut, cerca de Les Cayes, con el fin de organizar una manifestación para reclamar los tres días semanales de libertad que supuestamente había proclamado Luis XVI, pero las autoridades habían descubierto el proyecto

[21] Laurent Dubois, *Avengers of the New World, op. cit.*, p. 122-129, 141.

antes de que se pudiera realizar y habían reprimido a los participantes. Un momento de calma le siguió a esto, y en agosto los esclavos de estas regiones no se unieron a la revuelta masiva de la Plaine du Nord. En cambio, ya a partir de 1790, el oeste y el sur de la colonia se vieron desestabilizados por el conflicto triangular entre blancos, a favor o en contra de la Revolución francesa, y libres de color que luchaban por la igualdad. Ninguno de los tres bandos se preocupaba del porvenir de los esclavos pero, al disponer solamente de pequeños contingentes, cada uno reclutó a centenas de hombres esclavizados para reforzar sus rangos, prometiéndoles la libertad después de varios años de servicio militar. Muy rápido, estas promesas de libertad a largo plazo no fueron suficientes en cuanto a asegurar el apoyo de los esclavos y, en febrero de 1792, algunos colonos en favor de la Revolución intentaron asociarse a bandas cimarronas por medio de anuncios de amnistía, mientras que algunos libres de color movilizaban esclavos prometiéndoles la libertad inmediata[22].

Por consiguiente, en el campo de batalla, estos esclavos terminaban luchando los unos con los otros para emanciparse, y a la vez arriesgaban su vida por los intereses de los blancos o de los libres de color que, generalmente, eran intereses opuestos a los suyos. Cuando los esclavos (fueran bozales o criollos) combatían al servicio de los libres de color, en realidad luchaban para que los libres de color, que muchas veces eran sus amos, tuvieran los mismos derechos que los blancos. Como lo muestra un trágico episodio cerca de Port-au-Prince que tuvo lugar entre septiembre de 1791 y marzo de 1792, los libres de color estaban listos a sacrificar a los esclavos que habían luchado por ellos y a quienes acababan de emancipar, con el fin de asegurar su propia igualdad, sin ninguna consideración por su ascendencia común africana.

En efecto, durante sus negociaciones con los blancos sobre la aplicación de un primer decreto de igualdad muy parcial adoptado en París en mayo de 1791, que sólo se aplicaba a los libres de color nacidos de padres libres, los mulatos aceptaron, en un principio, desmovilizar a los 2 000 esclavos que habían armado para reenviarlos a las plantaciones y obligar a los 300 que ya habían emancipado a servir ocho años en la milicia de Port-au-Prince antes de que fueran efectivamente libres. Luego, como los esclavos y libertos implicados protestaron contra esta violación de las promesas que los libres de color les habían hecho, estos últimos cedieron ante las exigencias de los blancos y aceptaron que los 300 emancipados fueran deportados a Honduras británica. Estos hombres fueron entonces encadenados por los blancos y transportados en barco hacia la costa de Nicaragua, probablemente para ser allí vendidos como esclavos, pero luego reenviados a Port-au-Prince, todavía encadenados, por el gobernador británico en marzo de 1792. Allí, las autoridades los transfirieron a otro barco y encargaron a unos blancos pobres que

[22] Gérard Barthélémy, "Les esclaves révoltés à Saint-Domingue: supplétifs, mercenaires et combattants", en Carmen Bernand y Alessandro Stella (eds.), *D'esclaves à soldats*, *op. cit.*, p. 179-181.

los mataran y tiraran al mar, mientras que se dejó a los supervivientes a bordo a que murieran de hambre; este fue un drama que marcó profundamente la memoria de los esclavizados de la región[23]. Sin embargo, al mismo tiempo, en el oeste y en el sur de Saint-Domingue, el conflicto entre blancos y libres de color les permitió a muchos esclavos huir de sus lugares de trabajo, primero para unirse a uno de los dos campos enemigos, y luego para desaparecer en las colinas de bosques tupidos; esta era una estrategia de cimarronaje colectivo que duraría mucho tiempo. Así pues, en la llanura de Cul-de-Sac, en marzo y abril de 1792, entre 10 000 y 15 000 esclavizados rebeldes formaron un ejército liderado por uno de ellos, Hyacinthe, y arrasaron con las plantaciones contiguas antes de dispersarse en distintos campamentos de difícil acceso[24].

Cuando todos los afrodescendientes libres —tanto negros, mulatos o cuarterones, como libertos o nacidos de padres libres— se enteraron de que la Asamblea Nacional había votado el decreto del 4 de abril de 1792 que les otorgaba igualdad y ciudadanía, dejaron de luchar y se volvieron defensores del orden republicano. Se esforzaron entonces por desarmar a los esclavos que habían apoyado a los beligerantes y por convencer a los cimarrones de volver a trabajar en las plantaciones, de las cuales muchas veces eran amos. Los blancos hicieron lo mismo, estando siempre divididos entre republicanos y defensores del Antiguo Régimen. En cuanto a los esclavos que habían aprovechado el desorden para enrolarse o huir, no estaban listos para abandonar sus esperanzas de libertad. Varias bandas de esclavizados rebeldes se refugiaron en el sur y crearon nuevas zonas de cimarronaje, particularmente en las zonas de las montañas de Les Platons. En julio de 1792, dos de sus jefes, Armand y Martial, intentaron negociar con los plantadores: los esclavizados volverían a sus trabajos a cambio de la libertad de 300 de ellos y de los dos jefes, de tres días libres por semana para todo esclavo, y de la abolición del látigo —no la abolición general de la esclavitud, contrariamente a lo que habían querido Jean-François y Biassou en el Norte—. Estas peticiones eran, no obstante, un paso importante hacia el fin de la esclavitud puesto que convertían a los esclavizados en trabajadores de tiempo parcial y suprimían el símbolo y la marca concreta (por las cicatrices que surcaba en la piel) del poder absoluto del amo: el látigo. Los dueños de plantación se negaron a aceptar cualquier concesión y le pidieron al gobierno que enviara a las tropas a que cazaran a los rebeldes de Les Platons. Como respuesta, centenas de esclavos más huyeron de otras plantaciones y sembraron sangre y fuego en la región de Les Cayes.

[23] A esos esclavizados-soldados se les llamaba los "suizos", probablemente como referencia a los guardias suizos del rey de Francia y porque ellos servían a libres de color que habían adoptado el nombre de "confederados". Ver David P. Geggus, *Haitian Revolutionary Studies*, *op. cit.*, p. 99-118; Carolyn Fick, *The Making of Haiti*, *op. cit.*, p. 120-125.

[24] *Ibid.*, p. 137-140.

El gobernador lanzó entonces una nueva expedición militar contra los insurrectos en la cual participó, encabezando un regimiento de libres de color, el mulato André Rigaud. La operación fracasó e incitó a los rebeldes a exigir, de allí en adelante, la emancipación de los 4000 o 5000 esclavos refugiados en Les Platons, y los derechos sobre las tierras que ocupaban[25]. Las negociaciones fueron retomadas, con la participación de Rigaud, que acababa de ser promocionado al rango de oficial en el ejército republicano francés pero que suscitaba desconfianza en los rebeldes. Cuando este aceptó acordarles la libertad a 700 insurrectos, una parte de ellos aceptó, mientras que otra se negó a creerle y se quedó con los miles de fugitivos de Les Platons. Durante los meses siguientes, centenas de esclavos del sur y del oeste siguieron abandonando sus plantaciones para refugiarse en Les Platons, que se convirtió en una real sociedad cimarrona a pesar de la represión que los plantadores y guardas nacionales arremetían contra ella. Al final de 1792, los esclavos insurrectos habían destruido más de un tercio de las plantaciones meridionales y habían matado a una proporción similar de colonos blancos y de mulatos. Toda la llanura en el sur de Les Platons estaba devastada y sus residentes blancos se habían refugiado en la ciudad de Les Cayes o habían abandonado la colonia.

El reino de Les Platons, como lo llamaban los rebeldes cimarrones, tenía en ese entonces entre 10000 y 12000 hombres, mujeres y niños. Según la historiadora Carolyn Fick, su organización social reflejaba las aspiraciones de los que habían sobrevivido al universo de terror en las plantaciones, muchas veces después de haber soportado su captura en África y la travesía del Atlántico. Esos miles de rebeldes cimarrones se habían instalado en varios campamentos que tenían, cada uno, entre 800 y 900 chozas, tierras cultivadas, reservas de comida y refugios de emergencia. Habían construido puestos de observación y diques para protegerse y, como los cimarrones de los siglos anteriores, hacían razias en la región para surtirse de ganado, armas y municiones y para reclutar nuevos fugitivos. Al mismo tiempo, todo el sur se vio afectado por la insurrección puesto que los esclavos que seguían en las plantaciones habían prácticamente dejado de trabajar[26].

[25] *Ibid.*, p. 140-145. André Rigaud era un orfebre que se había formado en Burdeos y era veterano del ejército auxiliar francés de Saint-Domingue; participó en el asedio de Savannah contra los británicos en 1779 (Sylvia R. Frey, *Water from the Rock*, *op. cit.*, p. 96, 191-192).

[26] Carolyn Fick, *The Making of Haiti*, *op. cit.*, p. 146-152.

La lucha hasta la obtención de la abolición de la esclavitud (1793-1794)

La llegada, en septiembre de 1792, de 6 000 soldados franceses y de comisarios civiles nombrados por la Convención Nacional reequilibró las fuerzas presentes pero no logró restablecer la paz en Saint-Domingue. Estos últimos, enviados por la Francia revolucionaria, tomaron inicialmente el partido de los libres de color, puesto que estos se proclamaban defensores de una República francesa que les había otorgado la igualdad de derechos. Pero perdieron el apoyo de los plantadores blancos conservadores, muchos de los cuales se exiliaron en regiones menos inestables. Por su parte, los esclavos cimarrones o recalcitrantes seguían negándose a retomar el trabajo en las plantaciones que seguían operativas. Los dos comisarios Léger Félicité Sonthonax en el norte y Étienne Polverel en el oeste y el sur eran jacobinos y estaban a favor de los derechos de los libres de color. Si bien se oponían a la esclavitud en principio, más que nada buscaban restablecer el orden y reanudar la producción, y finalmente movilizaron a los soldados franceses y a las tropas de libres de color contra los esclavos rebeldes. Estas fuerzas bien armadas mataron a muchos insurrectos, arrasaron con sus campos y las parcelas de tierra que cultivaban, obligando así a una parte de los supervivientes a volver a las plantaciones; pero muchos de los cimarrones lograron escapar.

En el sur de la colonia, el reino de Les Platons era la antítesis total de la República francesa, y representaba esa sociedad alternativa que los comisarios querían destruir a toda costa. Para ello, Polverel movilizó a 2 000 soldados y a esclavos, a cambio de su libertad. Unos 200 de esos esclavos, bajo las órdenes de Jean Kina, emancipado recientemente por buenos servicios militares, jugarían un papel crucial en la represión del reino rebelde. Frente a esta movilización, los cimarrones, materialmente, no podían ganar la batalla[27]. Al principio del año 1793, Armand y Martial reunieron a los jefes de los campos cimarrones y les ordenaron que se dispersaran, por pequeños grupos, en las montañas del *hinterland*. Otros, en particular muchas mujeres, niños y ancianos, se rindieron ante las tropas francesas, que los masacraron a todos, hasta el último. Igualmente, los fugitivos que decidieron volver a sus plantaciones fueron castigados de manera atroz o ejecutados, y los plantadores no dudaron en exponer sus cabezas y miembros mutilados para aterrorizar al resto de los esclavos. A pesar de todo, más de 3 000 insurrectos, entre los cuales estaban Armand y Martial, seguían resistiendo en la guerra entre Les

[27] David P. Geggus, *Haitian Revolutionary Studies, op. cit.*, p. 137-140; Laurent Dubois, *Avengers of the New World, op. cit.*, p. 149.

Platons y Macaya, y estaban decididos a nunca recaer bajo el yugo de la esclavitud[28].

Poco después de la ejecución de Luis XVI, en enero de 1793, la Francia revolucionaria entró en guerra contra la Gran Bretaña y España monárquicas, y esta última se alió, en el norte de Saint-Domingue, a Jean François y a Biassou, junto con sus miles de esclavos todavía insurrectos. Simultáneamente, dos nuevas revueltas estallaron: la primera la iniciaron los esclavos de la llanura de Cul-du-Sac; la segunda la empezaron los cimarrones de las montañas de Baoruco, en la frontera del sur con el territorio español[29]. La situación se empeoró aun más cuando Polverel y Sonthonax promulgaron un decreto que limitaba los derechos que los amos tenían sobre sus esclavos, después del cual perdieron el apoyo de los plantadores blancos que seguían allí. Más aún, en el puerto de Le Cap, marineros, soldados y libres de color, reforzados por esclavos rebeldes liberados de prisión, se enfrentaron entre sí en el nombre de un partido o de otro, luego saquearon e incendiaron la ciudad, forzando a miles de colonos al exilio[30]. Frente a Le Cap en llamas y sin suficientes tropas republicanas para restablecer el orden, los dos comisarios anunciaron, el 21 de junio de 1793, que todo "soldado negro", todo esclavo que "luchara por la República", sería libre y gozaría de "todos los derechos que pertenecen a los ciudadanos franceses"[31]. Esta promesa de libertad y de igualdad ciudadana para los esclavos que se enlistaran en el ejército republicano fue la primera de su clase en la historia de las Américas pues, además de hacer del servicio militar una fuente de manumisión, borraba toda discriminación racial de la concesión de plena ciudadanía a los reclutados afrodescendientes.

Los primeros en responder al llamado de los comisarios fueron 3000 miembros de bandas rebeldes cimarronas del *hinterland* de Le Cap, lideradas por el africano Pierrot. Pero una multitud de esclavos, que generalmente llevaban casi dos años siendo rebeldes, seguían desconfiando. En el norte, Jean-François y Biassou, con sus miles de esclavos insurrectos, continuaban sirviéndole al rey de España, quien, desde mayo, les prometía tierras y libertad para ellos y sus familias a cambio de su ayuda militar contra la Francia republicana. Y en junio, Toussaint Louverture, antiguo esclavo de élite convertido en dueño de una pequeña plantación una vez que fue emancipado, también se unió a la monarquía española. En efecto, después de la ejecución de Luis XVI, muchos líderes rebeldes dudaban que una Francia, encarnada

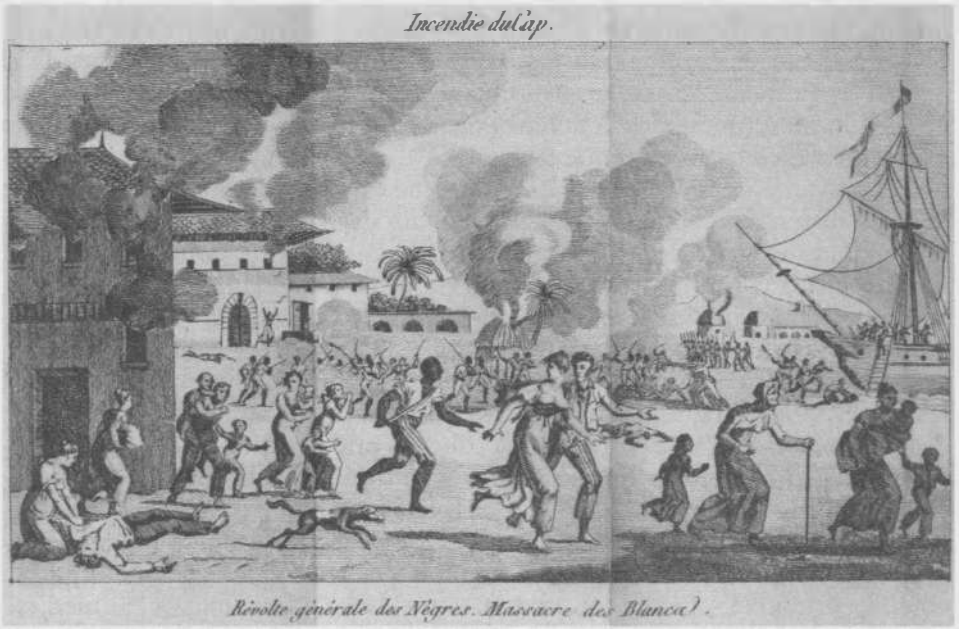
[28] Carolyn Fick, *The Making of Haiti*, *op. cit.*, p. 154-156.

[29] *Ibid.*, p. 157-158.

[30] Sobre el exilio de Saint-Domingue de miles de colonos franceses, muchos de los cuales se llevaron a sus esclavos, ver R. Darrell Meadows, "Engineering Exile: Social Networks and the French Atlantic Community, 1789-1809", en *French Historical Studies*, vol. 23, nº 1, hiver 2000, p. 67-102.

[31] Citado en Laurent Dubois, *Avengers of the New World*, *op. cit.*, p. 157.

ILUSTRACIÓN VI.1. *Incendio de Le Cap, 1793.*



Frontispicio de *Saint-Domingue, ou Histoire de ses révolutions* (Tiger, Paris, 1820). https://upload.wikimedia.org/wikipedia/commons/c/c2/Frontispiece_from_the_book_Saint-Domingue%2C_ou_Histoire_de_Ses_R%C3%A9volutions._ca._1815.jpg

no por un rey sino por las instituciones cambiantes de una república en plena revolución, pudiese cumplir las promesas de emancipación que se les habían hecho a los soldados-esclavos. En julio, Polverel y Sonthonax tuvieron que dar un paso adicional para intentar convencerlos de su buena voluntad: declararon que no sólo los esclavos que combatieran ganarían su libertad, sino que sus mujeres e hijos también. En el oeste y el sur de Saint-Domingue, donde los españoles no amenazaban directamente el poder de los comisarios, una multitud de esclavos, en particular los irreductibles cimarrones de las montañas de Les Platons y de la región de Cul-du-Sac, respondieron de manera favorable a la oferta de conscripción militar en defensa de la República, a cambio de la promesa de una emancipación colectiva.

Como repercusión, esa agrupación masiva de esclavos en torno a los comisarios convirtió a muchos libres de color en enemigos de esa república que les había otorgado la igualdad un año antes, pero que ahora los privaba de su fuerza de trabajo esclavizada. A esas tensiones se agregaron las tentativas de los realistas hispanófilos de fracturar la reciente adhesión de los esclavos a

los comisarios franceses prometiéndoles tierras y libertad. Polverel mandó a capturar a los conspiradores sin que esta medida lograra restaurar la tranquilidad interna ni tampoco detener los ataques de España y Gran Bretaña. Si los comisarios revolucionarios querían conservar Saint-Domingue en el regazo de Francia, no tenían otra opción que reclutar una gran parte de su población masculina para la defensa de la colonia y, para ello, concederles a los esclavizados la libertad que exigían[32].

Efectivamente, de 1791 a 1793, miles de esclavos de Saint-Domingue se habían sublevado de manera violenta, habían destruido sus centros de trabajo y matado o expulsado a sus amos; otros miles se habían escapado para formar vastas comunidades cimarronas, y otros más habían buscado ganarse la libertad enrolándose en tropas o tomando el partido del rey de España. La Revolución francesa, los conflictos que esta había generado entre blancos y libres de color en Saint-Domingue, luego la guerra que había suscitado con las monarquías española y británica, habían proporcionado un contexto de desintegración del poder esclavista y colonial que permitió que los esclavizados pudiesen recurrir, como nunca antes, a diversas estrategias con las que ya habían experimentado, hasta desarrollar una insurrección general e incrementar sus exigencias de libertad. Lejos de jugar el juego de las partes que estaban en conflicto, habían adaptado sus estrategias en función de su objetivo principal: acabar con la esclavitud de las plantaciones. Si bien habían empezado por reivindicar tres días de descanso, desde el principio de la insurrección habían exigido la emancipación de sus jefes, luego la de todos los rebeldes que combatieran y, finalmente, la de todos los esclavos, hombres, mujeres y niños. Frente a esta exigencia, Sonthonax y Polverel no podían retroceder: para agrupar a los esclavos en torno a la defensa de la colonia contra sus enemigos internos y externos, tenían que abolir la esclavitud, primero en el norte el 29 de agosto, luego en el oeste el 4 de septiembre y, finalmente, en el sur el 31 de octubre de 1793. En otros términos, fueron los mismos esclavos insurrectos quienes les arrancaron a los comisarios la abolición de la esclavitud.

Unos meses más tarde, el 4 de febrero de 1794, la Convención Nacional de París votó "que la esclavitud de los Negros en todas las Colonias es abolida, por consiguiente se decreta que los hombres, sin distinción de color, domiciliados en las colonias, son ciudadanos franceses y gozarán de todos los derechos que asegura la Constitución". Este decreto era doblemente revolucionario: no sólo liberaba a todos los esclavos de las colonias francesas sin indemnizar a sus dueños, sino que confirmaba la igualdad y la ciudadanía de todos. En Francia, donde el movimiento abolicionista se había expandido de la Sociedad de los

[32] David P. Geggus, *Haitian Revolutionary Studies, op. cit.*, p. 125; Carolyn Fick, *The Making of Haiti, op. cit.*, p. 159-161; Gérard Barthélémy, "Les esclaves révoltés à Saint-Domingue", *art. cit.*, p. 181-182.

Amigos de los Negros a varios políticos montañeses, el decreto produjo algunas fiestas locales que celebraban la Libertad, la Igualdad y la Fraternidad[33].

La resistencia de los *nouveaux libres* a los reglamentos de trabajo

Los esclavizados entendieron en poco tiempo que, en realidad, la abolición proclamada por los comisarios entre agosto y octubre de 1793 no acababa sino parcialmente con la esclavitud y que estaba lejos de darles la libertad, tal y como la concebía la mayor parte de ellos, pues los obligaba a trabajar en las plantaciones o a enlistarse en el ejército. El decreto de abolición general votado por la Convención Nacional en febrero de 1794 no cambió nada. Efectivamente, Sonthonax y Polverel querían favorecer la reanudación de las exportaciones de azúcar y café, producidos por los *nouveaux libres* (nuevos libres), africanos o criollos[34]. Así pues, los códigos de trabajo que promulgaron sometían a los esclavos liberados, renombrados *cultivateurs* (cultivadores), a seis días de trabajo por semana, pagados con un cuarto de la producción de su plantación después del impuesto, según una repartición que correspondía al rango y al sexo de los trabajadores; a las mujeres se les pagaba menos que a los hombres a pesar de que las tareas de ambos fueran idénticas. También redujeron la dimensión de las huertas que los trabajadores podían cultivar para ellos mismos y cuyos excedentes podían vender en los mercados locales. Si bien el látigo había sido oficialmente prohibido, el cepo, la prisión, la multa, la confiscación de la producción propia y el trabajo forzoso castigaban a los malhechores, a los recalcitrantes y a los alborotadores[35]. La idea emitida en 1793 por Polverel de distribuir a los *cultivateurs* las propiedades de los colonos que habían emigrado nunca fue aplicada[36].

Esa libertad reglamentada estaba muy lejos de aquella libertad total que se imaginaban los *nouveaux libres*, o incluso la de los tres días de descanso

[33] Las mayúsculas del texto original están aquí reproducidas. Jean-Daniel Piquet, *L'émancipation des Noirs dans la Révolution française (1789-1795)*, Karthala, Paris, 2002, p. 317-379.

[34] Los esclavos liberados por el decreto de emancipación general de 1794 fueron renombrados *nouveaux libres* para diferenciarlos de los antiguos *gens de couleur* (personas de color), nacidos libres o emancipados antes de 1794, quienes después de 1794 se llamaron *anciens libres* (antiguos libres).

[35] Laurent Dubois, *Avengers of the New World*, *op. cit.*, p. 184-187; Judith Kafka, "Action, Reaction and Interaction: Slave Women in Resistance in the South of Saint-Domingue, 1793-94", *Slavery & Abolition*, vol. 18, nº 2, 1997, p. 48-72; François Blancpain, *La condition des paysans haïtiens*, *op. cit.*, p. 54-74.

[36] *Ibid.*, p. 67. Esta idea ya había sido presentada en 1781 por Condorcet, quien recomendaba una abolición gradual de la esclavitud repartida a través de setenta y siete años (Marie Jean Antoine Nicolas de Caritat, marquis de Condorcet, *Réflexions sur l'esclavage des nègres* (1784), Flammarion, Paris, 2009, p. 35-40).

en la plantación supuestamente decidida por el rey y cuyo rumor había alimentado las revueltas con frecuencia. Pues esos tres días, tan esperados, significaban para ellos la posibilidad de dedicarse a sus parcelas de tierra, cultivar allí sus víveres y criar sus cerdos y aves de corral para consumo propio y para vender en los mercados locales, disponer de la madera y de las aguas cercanas, circular libremente y, particularmente, ser dueños de ellos mismos y de una buena parte de su tiempo. La brecha entre las expectativas de los antiguos esclavos, sobre todo de los africanos que no habían nacido en el sistema de la plantación esclavista, y aquellas de los comisarios, era pues considerable.

Rechazo de trabajar, fugas y quejas se multiplicaron entre los *cultivateurs*, y entre las mujeres en particular, quienes protestaban por recibir menos paga que los hombres por el mismo trabajo considerando, además, que una gran parte de la producción de las plantaciones recaía sobre ellas. La desigualdad de condiciones era materia de protestas pues, en ciertas haciendas, los amos y los contramaestres (renombrados conductores) y los métodos de disciplina no habían cambiado, para el disgusto de los antiguos esclavos que los acusaban de violar el decreto de emancipación. En otras partes, a los nuevos gerentes les costaba hacerse respetar por los trabajadores, hasta el punto que los comisarios les dieron la opción a estos últimos de trabajar seis días por semana a cambio de un cuarto de la producción, o cinco días a cambio de sólo un octavo. A pesar de esta amenaza, muchos *cultivateurs* optaron colectivamente por los dos días semanales de libertad que, a su parecer, eran preferibles incluso si parecían menos rentables. Otros se instalaron en plantaciones abandonadas que reorganizaron para que las mejores tierras fueran dedicadas a la producción de víveres. En todas partes utilizaban los recursos comunes, como los bosques y los pastizales, para su propio beneficio, desviaban una parte de la producción que estaba reservada a la exportación y empleaban los bienes que habían dejado los exiliados. Muchos *cultivateurs* se escaparon a las comunidades cimarronas que se habían formado desde 1791 y que nunca se habían disuelto. Esta economía informal no correspondía con la idea que los comisarios y la Asamblea Nacional francesa se habían hecho de la emancipación de los esclavos, pero fue justamente esta que, indudablemente, al alimentar a los *cultivateurs* y los mercados locales y regionales, aseguró la supervivencia de la colonia y de sus tropas entre 1793 y 1800[37].

Toussaint Louverture se unió a la Francia revolucionaria en mayo de 1794. Fue aun más riguroso que los comisarios revolucionarios en su manera de tratar a los antiguos esclavizados. Cuando comenzó a ejercer el poder en 1796, Louverture les declaró a los *cultivateurs* que se quejaban de sus nuevas

[37] Carolyn Fick, "Emancipation in Haiti: From Plantation Labour to Peasant Proprietorship", *Slavery & Abolition*, vol. 21, nº 2, 2000, p. 16-22; Judith Kafka, "Action, Reaction and Interaction", *art. cit.*

condiciones que debían trabajar de manera ardua para agradecer al gobierno francés haberles dado la libertad y para demostrar que la merecían —sin mencionar que, en realidad, había sido la sublevación de esclavos lo que había obligado a Francia a abolir la esclavitud—. Poco después, el antiguo esclavo negro Jean-Jacques Dessalines, que era el segundo al mando de Louverture, y Rigaud militarizaron el trabajo agrícola. En el sur, Rigaud llegó al punto de alquilar las plantaciones abandonadas a miembros de la antigua élite de libres de color esclavistas previa a 1793. En la mayoría de las regiones, oficiales, de los cuales muchos habían sido esclavos, aprovecharon su nuevo poder para apropiarse de plantaciones: Dessalines se distinguió particularmente en esta concentración de la propiedad raíz. Cuando, en 1798, Louverture incitó a los antiguos plantadores blancos a que retomasen la directiva de la producción azucarera, algunos de los que regresaron encontraron sus plantaciones en manos de la nueva élite militar negra o de sus contramaestres de antes.

Una vez que se hubo establecido como gobernador todopoderoso de la colonia, Louverture impuso una disciplina de hierro a sus habitantes en nombre de la protección de su libertad. Su *Règlement de culture* ("Reglamento de cultivo") de octubre de 1800 sometió a los *cultivateurs* a las mismas reglas que a los soldados: abandonar su plantación sin permiso equivalía a desertar y desobedecer era sinónimo de traición. En febrero de 1801, Louverture firmó un decreto que les prohibía a los cultivadores comprar individual o colectivamente las pequeñas parcelas que estaban disponibles al margen de las plantaciones[38]. Sin duda, la Constitución de julio de 1801 afirmaba que en Saint-Domingue: "No pueden existir esclavos en aquel territorio, la servidumbre queda abolida por siempre. Allí, todos los hombres nacen, viven y mueren libres y franceses" y "[t]odo hombre, cualquiera que sea su color, puede ser admitido a cualquier empleo". Pero, a la vez, la Constitución hacía de la plantación (llamada "la habitación") una institución fundamental de la nueva sociedad, idéntica a la familia: el propietario debía ser como un padre para todo cultivador u obrero, entendido como el hijo del propietario. El *cultivateur* tenía derecho a una parte de la cosecha pero debía cultivar sin descanso para enderezar la producción agrícola de la colonia. En otras palabras, aunque los antiguos esclavizados fuesen, en principio, libres, debían trabajar a tiempo completo como *cultivateurs*: ese era el precio que debían pagar para ser libres. Un artículo de la Constitución estipulaba incluso que "la introducción de los *cultivateurs*, indispensables en el restablecimiento y el crecimiento de los cultivos, tendrá lugar en Saint-Domingue" y que el gobernador tomaría "las medidas convenientes para [...] favorecer ese aumento de brazos", lo que se parecía mucho a una pretensión de reanudar la trata

[38] François Blancpain, *La condition des paysans haïtiens, op. cit.*, p. 75-103; Laurent Dubois, *Avengers of the New World, op. cit.*, p. 196-197, 204-205, 226-228, 238-240.

negrera[39]. En noviembre de 1801, Louverture daba un paso más en la militarización de la sociedad al imponerles el porte de cartas de seguridad a todos los habitantes, medida que su gobierno no tenía los medios de aplicar pero que era representativa de su aspiración de control absoluto. Y, de hecho, las exportaciones de azúcar, café y algodón registraron una recuperación considerable con respecto a lo que habían sido en 1795, aunque eran bastante inferiores a lo que habían sido en 1789[40].

La militarización de la agricultura que desarrolló Toussaint Louverture suscitó desconfianza y sublevaciones entre los *nouveaux libres* que ya estaban alterados por los reglamentos de los comisarios revolucionarios y que veían desaparecer una vez más la esperanza de tener tres días de reposo semanales a su disposición. Algunos sospechaban incluso que Louverture pretendía reinstaurar la esclavitud, como parecían indicarlo el retorno del látigo en las plantaciones bajo la denominación de "liana" y el hecho de que hubiera invitado a los plantadores blancos que habían huido a volver. Los *nouveaux libres*, en particular las mujeres, que generalmente eran más numerosas en los cultivos que los hombres, multiplicaron las acciones de resistencia. En 1800, los jóvenes que no habían conocido el apogeo esclavista sino de manera breve durante la infancia se habían formado en el contexto de revuelta y movilización de sus mayores, de desorganización y guerra que había seguido la abolición; no estaban pues más condicionados a aceptar el trabajo forzoso, inclusive si este era regido por un gobernador negro como ellos. Las huelgas se multiplicaban a pesar de la represión y, en varios casos, los *cultivateurs* no dudaban en destruir sus lugares de trabajo ni en matar a sus nuevos superiores. De los hombres, muchos se enrolaban en el ejército para eludir las plantaciones y esperaban volverse, a su vez, militares opresores. Otros seguían adoptando la estrategia de siempre, el cimarronaje, bien fuera retirándose en familia hacia las regiones menos accesibles, o formando bandas que vivían del merodeo y aprovechaban la inestabilidad reinante. Otros más, en particular los que se encontraban en la llanura devastada de Le Cap, habían logrado formar comunidades de familias campesinas autónomas en las ruinas de las antiguas plantaciones. Recurrieron a sus experiencias agrícolas en los jardines ligados a la plantación esclavista para desarrollar cultivos de víveres y ganadería para su propia subsistencia y para vender en los mercados. Algunos se unían para comprar tierra de manera colectiva, como lo muestra un decreto de Louverture prohibiéndolo en febrero de 1801. Al mismo tiempo, afirmaban su cultura abiertamente, así como su lengua y sus prácticas religiosas sincréticas (que ya se conocían como *vaudoux*), que habían sido alimentadas por la llegada constante de nuevos cautivos de diferentes regiones del África occidental hasta 1791. Esas prácticas, en particular la de las

[39] *Haïti, Constitution de 1801*, <http://mjp.univ-perp.fr/constit/ht1801.htm#1>.
[40] Carolyn Fick, "Emancipation in Haiti", *art. cit.*, p. 27-28.

"asambleas nocturnas y los bailes", estaban suficientemente generalizadas para que Louverture las considerara como subversivas y las prohibiese por medio de un decreto en enero de 1800[41]. En cuanto a los artículos de la Constitución louverturiana de 1801 sobre religión y "costumbres"[42], se presentaban como advertencias ante los modos de vida populares en cuanto estipulaban que sólo la "religión católica, apostólica y romana" podía ser "profesada públicamente" y obligaban a cada parroquia a velar por el "mantenimiento del culto religioso y de sus ministros". Esos artículos protegían también la "institución civil y religiosa" del matrimonio, prohibiendo el divorcio y privilegiando los derechos de los hijos legítimos[43]. Así, la imposición del trabajo militarizado y de normas culturales católicas alienó el apoyo de muchos *cultivateurs* y de antiguos esclavos urbanos del régimen de Louverture.

Las bandas cimarronas, en la vanguardia de la victoria contra las tropas de Napoleón

La resistencia de los *nouveaux libres* a la dictadura de Louverture fue diversa. Los que se habían organizado en bandas muchas veces se negaban a disolverlas y a dejar las armas. Esa tenacidad caracterizaba en particular a los africanos que habían sostenido una guerra de guerrillas desde 1791. Aunque pocas fuentes documentan la vida de esos grupos rebeldes, algunos historiadores han intentado reconstituirla y están de acuerdo en que estiman que si bien el complot de agosto de 1791 había sido planificado por esclavos criollos de élite, estos no tenían experiencia militar, contrariamente a muchos bozales kongo, yoruba o igbo, entre otros. Además, los africanos de una misma nación o etnia, aunque estaban dispersados en varias plantaciones, estaban frecuentemente relacionados entre sí en sociedades secretas, práctica nacida de la interdicción impuesta a los africanos de una misma etnia de asociarse en las Antillas francesas[44]. Estas características explican la amplia participación de africanos en la insurrección de 1791-1972 y, más tarde, la resistencia que opusieron a los códigos de trabajo "libre" a partir de 1793. Si algunos se volvieron soldados en los grandes ejércitos "a la europea" que los criollos Jean-François, Biassou, Louverture y Dessalines dirigían, otros siguieron luchando en unidades rebeldes autónomas. Varias bandas reunían a combatientes provenientes de una etnia principal que le imponía al resto su

[41] Laurent Dubois, *Avengers of the New World, op. cit.*, p. 189-191, 229-230, 244.

[42] Nota del traductor: la palabra "mœurs" se traduce al español por "costumbres". Sin embargo, pierde parte del peso moral que tiene en el original francés.

[43] *Haïti, Constitution de 1801, op. cit.*

[44] Sobre esto la política francesa se oponía a la que se practicaba en las colonias ibéricas que autorizaba, e incluso fomentaba, la formación de "cabildos de nación" que dividían a los esclavos entre ellos según criterios étnicos.

estrategia y las decisiones del dirigente de esta (y tal vez también la lengua que usaban para comunicarse). Tal era el caso del pequeño ejército conducido por Macaya, un cimarrón originario del Kongo como la mayoría de sus partidarios, y el del de los 3 000 hombres dirigidos por Dieudonné, también del Kongo, o del líder yoruba Alaou. En cambio, otras bandas reunían indiscriminadamente a antiguos esclavizados criollos, africanos y cimarrones bajo el mando de un negro o de un mulato. Tanto Jean-François y Biassou como Louverture se quejaban a menudo de esas bandas indisciplinadas que no lograban manejar y, a la vez, reconocían la aptitud de estos grupos para "guerrear". Según el historiador John Thornton, las tensiones entre los rebeldes en Saint-Domingue habrían conducido al desarrollo de un sistema militar en dos niveles: arriba, los grandes ejércitos dirigidos por líderes bien establecidos y reconocidos por Francia y, abajo, una multitud de pequeñas unidades bajo el mando de jefes autónomos que renegociaban periódicamente su apoyo a los militares[45].

Sin embargo, cuando, en 1802, dieciséis meses después de haberse tomado el poder en Francia, Napoleón Bonaparte envió al general Victor-Manuel Leclerc a que tomara el control de Saint-Domingue de las manos de Louverture, los "jefes de banda" fueron los únicos que resistieron desde el principio. En febrero de 1802, el cuñado de Bonaparte llegó a la colonia con una armada de cincuenta embarcaciones que transportaban a 22 000 soldados y 20 000 marineros[46]. Su plan tenía cuatro etapas: primero, juntar a varios generales negros en torno a su causa asegurándolos de sus intenciones pacíficas; después, atacar y vencer a Louverture, Dessalines y Henri Christophe (otro veterano de la guerra de independencia de Estados Unidos) para privar a los *nouveaux libres* de sus principales líderes; tercero, desarmar a todos los hombres de las tropas y bandas; y, finalmente, devolver aquellos hombres a las plantaciones y deportar a todos los generales negros o mulatos, cualquiera que fuera su compromiso político. A partir de ese momento, la esclavitud podría ser restablecida —objetivo que Leclerc no confesó sino hasta meses después[47]—. Con el fin de ganarse el apoyo internacional en aquella época en que las potencias europeas se enfrentaban también en el Caribe, Bonaparte presentó la expedición de Leclerc como una cruzada de la civilización contra el ascenso de la barbarie negra en las Américas[48].

[45] John K. Thornton, "'I am the Subject of the King of Congo'", *art. cit.*, p. 181-214 ; Laurent Dubois, *Avengers of the New World*, *op. cit.*, p. 198-199.

[46] *Ibid.*, p. 251.

[47] Carolyn Fick, *The Making of Haiti*, *op. cit.*, p. 210. Henri Christophe, un negro nacido esclavo en la isla de Granada, había sido emancipado tal vez antes de su llegada a Saint-Domingue; como Rigaud, había hecho parte del ejército auxiliar francés que asaltó a los británicos en Savannah, en Georgia.

[48] Laurent Dubois, *Avengers of the New World*, *op. cit.*, p. 256.

Al principio, ese plan en cuatro etapas parecía realizable. Antes de su partida, Leclerc había obtenido la participación de comandantes mulatos que habían sido desterrados por Louverture, tales como Rigaud y su segundo al mando, Alexandre Pétion, que se encontraban en Francia. Sin embargo, los generales negros se habían unido contra el desembarco napoleónico en Saint-Domingue. Christophe mandó a evacuar y a incendiar Le Cap, y luego otras ciudades padecieron la misma suerte. Sus tropas y las que estaban bajo las órdenes de Louverture y de Dessalines se opusieron arduamente a la llegada de los soldados franceses causando, en particular, 1 500 muertos y una retirada humillante a las fuerzas de Leclerc en la llanura del Artibonite. Pero posteriormente Leclerc supo sacar provecho de los conflictos internos de la colonia, y varios jefes subalternos se unieron a su ejército. Bonaparte envió refuerzos de Francia y, a mediados de abril de 1802, Christophe, seguramente preocupado por los efectos de la reciente firma de un tratado de paz entre Gran Bretaña y Francia, negoció su rendición ante Leclerc. Poco después, Louverture y Dessalines se sometieron también, junto con la mayoría de sus hombres. En mayo, Leclerc parecía haber logrado la primera parte del plan que su cuñado le había encargado. Aunque las tropas francesas hubieran sido diezmadas por los combates y la fiebre amarilla, Leclerc esperaba seguir con su misión con el apoyo de las tropas "indígenas" de los generales negros.

Sin embargo, las "bandas rebeldes" que Louverture y sus aliados nunca habían podido controlar se negaban a rendirse y acosaban a los franceses con el apoyo de numerosos *cultivateurs*. En realidad, hacía ya más de diez años que los esclavos de la Plaine du Nord se habían sublevado, y casi tantos otros desde que una parte de ellos se negaba a volver a las plantaciones. Entre los comandantes rebeldes estaban Sans-Souci, Macaya, Sylla y Petit-Noël Prieur en el norte, Lamour Dérance y Cangé en el oeste, y Toussaint Jean-Baptiste, Gilles Bénech, Goman y Jean Panier en el sur. Muchos de ellos eran africanos, y cada uno contaba por lo menos con varias centenas de partidarios, a veces con campos para albergar a sus familias y provisiones. Seguían resistiendo pues presentían que la esclavitud iba a ser restaurada y desconfiaban tanto de los franceses como de los dirigentes criollos, negros libertos o mulatos, todos queriendo imponer la militarización de la agricultura. La tenacidad y la valentía de las bandas cimarronas fueron particularmente puestas a prueba después de la deportación de Louverture en junio de 1802, cuando Dessalines y Christophe se convirtieron en los principales ejecutores del plan de Napoleón. De hecho, Dessalines empleó tan bien a sus tropas con el fin de "ejecutar todas las medidas odiosas" que Leclerc quería, que este último le dio el apodo de "el espantapájaros de los *cultivateurs*" y "el carnicero de los negros"[49].

[49] Carolyn Fick, *The Making of Haiti*, *op. cit.*, p. 216-236 ; Gérard Barthélémy, "Les esclaves révoltés à Saint-Domingue", *art. cit.*, p. 183-185 ; Vertus Saint-Louis, "Les termes de citoyen et

Sin embargo, Leclerc no pudo elaborar las otras tres partes de su plan. Primero, aunque hubiera logrado neutralizar y luego deportar, sucesivamente, a Louverture y a Rigaud, no pudo evitar depender de Dessalines, de Christophe y de otros comandantes negros y mulatos junto con sus tropas "indígenas" para compensar las enormes pérdidas del ejército francés, a pesar de haber recibido nuevos refuerzos de Francia. Por consiguiente, no sólo se vio obligado a renunciar a eliminarlos también a ellos, sino que además tuvo que reforzar y, entonces, legitimar el poder que ellos tenían. Por último, incluso con la cooperación de estos, la tarea de desarmar a los antiguos esclavizados y rebeldes de las bandas cimarronas resultó imposible. El desarme engendró primero las sospechas y luego la resistencia abierta de una población que estaba cada día más convencida de que el objetivo final de la operación napoleónica era el restablecimiento de la plantación esclavista. Hombres y oficiales "indígenas" empezaron a desviar armas para esconderlas o dárselas a bandas rebeldes; otros se unieron a estas últimas. El ejército francés, disminuido, se mostró cada vez más sospechoso frente al ejército "indígena", y no dudaba en emplear el terror y una justicia sumaria contra los criollos y bozales que estaban dispuestos a morir antes que verse esclavizados de nuevo[50].

En octubre de 1802, Leclerc había entendido que no podría realizar la cuarta etapa de su plan, es decir reenviar a los soldados del ejército "indígena" a las plantaciones y deportar a sus dirigentes militares negros y mulatos. Frente a las deserciones y al riesgo de una revuelta general de la población, emprendió una guerra de exterminio. "Debemos destruir a todos los negros de las montañas —hombres y mujeres— y sólo perdonar a los menores de 12 años. Debemos acabar con la mitad de los que están en las llanuras y no dejar a ninguna persona de color que haya llevado hombreras en la colonia", le escribió entonces a Bonaparte[51]. Las unidades francesas multiplicaron las masacres, no sólo de rebeldes, sino de los que les eran leales: por ejemplo, en un mes, encarcelaron a cerca de 4 000 soldados "indígenas" en barcos y luego los tiraron al mar después de haberlos atado. A la vez, las noticias que llegaban de Francia confirmaban los designios esclavistas y racistas de Bonaparte: promulgaba decretos que restablecían la trata negrera de África y les impedían a los negros y mulatos entrar al territorio continental de la República sin una autorización especial; mientras tanto, llegaban rumores del restablecimiento de la esclavitud en Guadalupe[52].

El primero de los generales indígenas que se volvió contra la Francia de Napoleón fue Pétion, ese mismo mes de octubre de 1802. Luego Dessalines y

africain pendant la révolution de Saint-Domingue", en Laënnec Hurbon (ed.), *L'Insurrection des esclaves de Saint-Domingue: (22-23 août 1791). Actes de la table ronde internationale de Port-au-Prince (8 au 10 décembre 1997)*, Karthala, Paris, 2000, p. 91-93.

[50] Gérard Barthélémy, "Les esclaves révoltés à Saint-Domingue", *art. cit.*, p. 181-182.

[51] Citado en Laurent Dubois, *Avengers of the New World*, *op. cit.*, p. 292-293.

[52] *Ibid.*, p. 284-289.

Christophe, con sus tropas, le siguieron. En noviembre, Leclerc murió de fiebre amarilla. Su segundo al mando, el general Donatien Marie Joseph de Rochambeau, que también era veterano de la guerra de independencia de Estados Unidos, tomó la cabeza del ejército y alienó a los últimos defensores de Francia en Saint-Domingue usando de manera ilimitada el terror y la tortura contra los negros. En particular, importó de Cuba decenas de perros especializados en la caza de negros para distribuirlos a sus regimientos precisando que: "No necesito decirles que no hay presupuesto para raciones y gasto de comida de estos perros; deben darles de comer negros". También aterrorizó a las poblaciones de las ciudades haciendo devorar a negros vivos, públicamente, por estos perros hambrientos[53]. Estas atrocidades soldaron provisoriamente la unión de todos, negros y mulatos, criollos y africanos, antiguos esclavizados y antiguos libres, *cultivateurs*, cimarrones, enrolados en los ejércitos "indígenas" y en las "bandas rebeldes", hombres sobre todo pero a menudo también mujeres y niños. Ellos también emplearon crueldad y terror contra los pocos blancos que quedaban en el territorio y contra un ejército francés cuyos efectivos decaían bajo el efecto de los ataques, las masacres y las enfermedades. De los 60 000 soldados y marineros enviados a Saint-Domingue entre enero y junio de 1802, 50 000 ya habían perdido la vida y miles más no estaban ya en capacidad de combatir. Además, en mayo de 1803, Bonaparte le vendió el inmenso territorio de Luisiana a Estados Unidos por 60 millones de francos de oro para intentar colmar las deudas causadas por esta guerra[54]. Las batallas y matanzas se prolongaron durante seis meses más, costando decenas de miles de vidas humanas. De los 40 000 blancos que había en Saint-Domingue antes de la rebelión de agosto de 1791, casi todos habían desaparecido masacrados o exiliados. Muchos de los 30 000 libres de color también habían dejado la isla, otros habían sido desterrados, miles habían muerto en combate o habían sido exterminados. De los 500 000 esclavos africanos y criollos, por lo menos 100 000, sobre todo hombres, habían muerto de modo violento, por hambre o a causa de una enfermedad. En 1805, la población total de Haití no se estimaba sino en 380 000 habitantes, es decir una disminución de cerca de un tercio con respecto a 1790. Lo que es más, la proporción de las mujeres con respecto a los hombres

[53] Sarah. E. Johnson, "'You Should Give Them Blacks to Eat': Waging Inter-American Wars of Torture and Terror", *American Quarterly*, vol. 61, nº 1, marzo de 2009, p. 67-69. Ver también Michel Louis Martin y André G. Cabanis, "Choc de terreurs outremer: Haïtiens et Français à Saint-Domingue, 1802-1804", *in Justice et politique: la Terreur dans la Révolution française*, bajo la dirección de Germain Sicard, Études d'histoire du droit et des idées politiques, nº 1, 1997, p. 327-344 ; Bernard Gainot, "'Sur fond de cruelle inhumanité'; les politiques du massacre dans la Révolution de Haïti", *La Révolution française* [en línea], "Les massacres aux temps des Révolutions", en línea desde el 8 de enero de 2011, <http://lrf.revues.org/index239.html>.

[54] Es decir, 15 millones de dólares u 800 dólares por hectárea. Ver Laurent Dubois, *Avengers of the New World*, *op. cit.*, p. 251, 254, 281-298.

era de casi tres por cada dos hombres, sabiendo que el ejército absorbía entre 15000 y 37000 hombres. Por consiguiente, era sobre todo en las mujeres que reposaba tanto el trabajo en las plantaciones como la agricultura alimenticia[55].

El 18 de noviembre de 1803, día de la derrota de los franceses en la batalla de Vertières, Rochambeau le presentó su rendición a Dessalines, el cual entró triunfalmente en la ciudad de Le Cap. La Francia napoleónica dejó su "perla de las Antillas" en manos de sus antiguos esclavizados y sus libres de color. Rebautizada Haití, Saint-Domingue se convirtió en la segunda nación independiente del continente americano y la única en haber abolido la esclavitud irremediablemente. Desde el punto de vista de los esclavizados, esta victoria era formidable: por medio de sus diferentes estrategias de lucha y su fuerza demográfica, habían forzado a los representantes del Estado revolucionario a que los declarase libres en 1793, decisión confirmada por el decreto de abolición de la esclavitud en todas las colonias francesas de 1794. Diez años más tarde, esos antiguos esclavos expulsaron definitivamente del territorio a las tropas napoleónicas y a los últimos plantadores franceses. Miles de miembros de las bandas cimarronas, mujeres y niños con ellos, así como los miles de hombres de las tropas de los generales "indígenas" habían demostrado su rechazo hacia el trabajo forzoso en las plantaciones. Ahora, con la independencia, tenían la certeza de que la esclavitud jamás se les impondría de nuevo. Pero los conflictos internos de trece años de guerra no habían desaparecido, incluso durante el frente común contra los ejércitos de Leclerc y Rochambeau.

El sentido de la libertad para los nuevos ciudadanos de la nación negra de Haití

Desde 1791, esclavos y libres de color, renombrados "nuevos y antiguos libres" después de la abolición de 1793, habían luchado por causas distintas, y estas dos grandes categorías sociales, ya divididas bajo el Antiguo Régimen, habían seguido fraccionándose. Ciertos episodios se volvieron emblemáticos, como el de los 300 esclavos abandonados a una muerte segura por los libres de color en Port-au-Prince en 1792. Luego, a finales de 1793, el que una parte de los mulatos del oeste le diera su apoyo a la ocupación británica con el fin de recuperar la posesión de sus esclavos recientemente emancipados por Polverel, marcó a ciertos *nouveaux libres*, mientras que otros se sintieron traicionados cuando Sonthonax y Polverel ordenaron la reactivación

[55] Para consultar estas estimaciones, ver Carolyn Fick, "Emancipation in Haiti", *art. cit.*, p. 29; Philippe R. Girard, *The Slaves Who Defeated Napoléon: Toussaint Louverture and the Haitian War of Independence, 1801-1804*, The University of Alabama Press, Tuscaloosa, 2011, p. 343-344, estima una reducción de la mitad de la población con respecto a 1790.

de la producción en las plantaciones y repartieron los campos abandonados entre los antiguos propietarios mulatos y los nuevos generales y oficiales negros y mulatos. Luego algunos comandantes republicanos, tales como André Rigaud y Louverture, se vieron implicados en acciones que pretendían dominar a los rebeldes que se negaban a rendirse a su autoridad y en el asesinato de sus jefes[56]. Y, sobre todo, a partir de 1794, la militarización del trabajo agrícola, que culminó con la disciplina de hierro impuesta por Louverture en 1800, volvió a los *cultivateurs*, fueran criollos o africanos, hostiles hacia los nuevos dirigentes. En efecto, los nuevos contramaestres consideraban a estos *nouveaux libres* como una mano de obra sujeta a una prestación personal, y sobre la cual había que aplicar la misma disciplina del ejército, es decir el látigo o el bejuco, como había sido bajo el régimen esclavista. Al mismo tiempo, Louverture y sus compañeros emprendieron una guerra desapiadada —pero poco concluyente— contra las bandas cimarronas que resistían y acogían a los fugitivos de las plantaciones.

Estas tensiones, agravadas por más de diez años de lucha, se revelaron abiertamente durante los decisivos meses de junio a octubre de 1802, cuando varios líderes, casi todos africanos, se negaron a unirse al general Leclerc. Según el antropólogo Gérard Barthélémy, "son los jefes de banda como Sans-Souci, Sylla, Macaya, Petit-Noël Prieur y Lamour Dérance quienes, solos, mantuvieron viva la disidencia" y salvaron la insurrección[57]. Cuando los generales criollos Dessalines, Christophe y Pétion se volvieron finalmente contra una Francia nuevamente racista y esclavista, los jefes de las bandas se negaron a someterse ante ellos. Los generales criollos iniciaron entonces una "guerra adentro" de la guerra contra las tropas napoleónicas, una guerra con la idea de eliminar o marginar a los jefes resistentes y sus bandas. Así, Dessalines hizo matar a Petit-Noël Prior y a Lamour Dérance; Christophe persiguió a Sans-Souci y sus partidarios antes de conducirlos a una trampa y hacerlos asesinar[58].

De todos esos jefes rebeldes que, desde el verano de 1802, habían frustrado los planes napoleónicos de restauración del Antiguo Régimen en Saint-Domingue, sólo el criollo mulato Cangé figuró entre los firmantes de la Declaración de independencia de Haití, del 1 de enero de 1804[59]. Los otros, con Dessalines al mando, habían colaborado en algún momento con la expedición de Leclerc. Ninguno de ellos era africano superviviente de la trata de negros, ninguno había conocido la condición de esclavizado de plantación. Si algunos habían sido esclavos de élite antes de ser emancipados y de hacer una

[56] Laurent Dubois, *Avengers of the New World, op. cit.*, p. 166-168, 196-203.

[57] Gérard Barthélémy, "Les esclaves révoltés à Saint-Domingue", *art. cit.*, p. 185.

[58] *Ibid.* Michel-Rolph Trouillot, *Silencing the Past. Power and the Production of History*, Beacon, Boston, 1995, p. 37-44, 67-69.

[59] Ver "The Declaration of Independence, 1 January 1804", en David Geggus (ed.), *The Haitian Revolution. A Documentary History*, Hackett Publishing Company, Indianapolis, 2014, p. 179-180.

carrera militar, la mayoría de los firmantes eran mulatos, a veces procedentes de familias de plantadores esclavistas y educados en Francia. Así pues, tenían intereses contradictorios, y esto conduciría a fracturas internas. Sin embargo, y de manera más funesta, todos estaban de acuerdo a propósito de la necesidad, ya manifestada por Louverture, de construir una nación en la cual los antiguos esclavos africanos y criollos de las plantaciones y sus descendientes continuaran siendo marginados y explotados por las nuevas élites militares y mulatas. Toda referencia a África estuvo ausente de las proclamaciones y la Constitución de Dessalines: el general declaró "haber vengado América", Saint-Domingue fue renombrada "Haití", palabra taíno-arahuaca que se suponía había sido el nombre de la isla antes de 1492 y, cualquiera que fuera el color de su piel, "los haitianos serán de ahora en adelante conocidos bajo la denominación genérica de negros"[60].

¿Pero cómo vivirían estos "negros", de los cuales una mayoría eran antiguos esclavos de plantación nacidos en África? Es cierto que la Constitución imperial de 1805 confirmaba que "la esclavitud queda abolida para siempre" en su artículo 2°, pero dejaba pocas libertades a los haitianos, salvo la de culto. Esta recortaba el territorio en divisiones militares, hablaba de "respeto" hacia los jefes, de "subordinación" y de "disciplina". El haitiano debía ser "buen padre, buen esposo y sobre todo buen soldado" y "poseer un arte mecánico". La agricultura debía "ser honorada y protegida". La propiedad era "sagrada", pero todas las propiedades que habían pertenecido antes a franceses (los últimos que quedaban en Haití fueron masacrados o expulsados por orden de Dessalines) fueron confiscadas para el provecho del Estado; de allí en adelante, ningún blanco podría adquirir propiedad en el territorio. La Constitución, al otorgarle un poder ilimitado al emperador Dessalines y a su ministro de Finanzas y del Interior, instituía una militarización de la agricultura similar a la que habían querido Sonthonax y Polverel, y luego Louverture con, sin embargo, la llegada de un nuevo actor: el Estado haitiano, encarnado por un dictador militar[61].

Sin embargo, menos de un año y medio después de la promulgación de su Constitución imperial, Dessalines fue asesinado, y las nuevas élites de Haití siguieron dividiéndose en cuanto a los medios por los cuales se debía incitar o forzar a los *cultivateurs* a que produjeran azúcar y café para la exportación. Los generales (de los cuales muchos eran negros instalados en el norte) favorecían un régimen al estilo de Louverture con tierras propiedad de Estado, y de las cuales ellos serían los prebendados y en las cuales a los *cultivateurs*

[60] David P. Geggus, *Haitian Revolutionary Studies*, *op. cit.*, p. 207-220; Vertus Saint-Louis, "Les termes de citoyen et africain pendant la révolution de Saint-Domingue", *art. cit.*, p. 95; Philippe R. Girard, *The Slaves Who Defeated Napoléon*, *op. cit.*, p. 311-316.

[61] Louis Joseph Janvier, *Les Constitutions d'Haïti (1801-1885)*, tomo I, C. Marpon et E. Flammarion, Paris, 1886, p. 30-41; Philippe R. Girard, *The Slaves Who Defeated Napoléon*, *op. cit.*, p. 317-328.

se les pagaría una pequeña porción de sus cosechas. Los *anciens libres*, en su mayoría mulatos establecidos en el sur y el oeste, tendían a preferir un sistema de propiedad privada que les permitía conservar sus propiedades y adquirir nuevas tierras de cuyos cultivos se encargarían peones o aparceros. Hasta finales de la década de 1810, estas diferencias condujeron a que se dividiera Haití, con un reino, en el norte, bajo el mando de Henri Christophe (convertido en Henri I, rey de Haití) y, en el sur, una república dirigida por Alexandre Pétion (nombrado presidente vitalicio en 1816). Dispersados en todo el territorio, *cultivateurs* y *cultivatrices* (cultivadoras, generalmente viudas y jefas de familia), analfabetas y sin bienes, no estaban en condición de formular un contraproyecto común frente a las nuevas élites. En cambio, muchos lucharon por conservar sus huertas al margen de las plantaciones. Un gran número de ellos se instaló en las tierras más escarpadas del interior, donde nunca se había impuesto la plantación de caña de azúcar o de café y donde se habían refugiado las bandas rebeldes durante la guerra. Allí cultivaban plantas alimenticias, criaban aves de corral y animales, y producían bienes para los mercados y sus propias necesidades[62].

El camino recorrido por los antiguos esclavos, convertidos en haitianos y haitianas, había sido cruel pero, en 1805, ellos compartían unas condiciones de vida probablemente similares a las de una gran parte de los pobres libres de la América ibérica continental, y muy lejanas de la brutalidad mortífera de la plantación esclavista. Sin embargo, que hubieran pertenecido a la gran mayoría campesina o a las pequeñas élites militares y urbanas, todos los haitianos se enfrentaban a un mundo de una hostilidad sin precedentes. Pagaron un precio exorbitante por su victoria sobre la esclavitud y sobre la Francia napoleónica. Durante más de veinte años, Francia se negó a firmar un armisticio y siguió amenazándolos con invadirlos mientras que los colonos exiliados no fueran compensados por sus pérdidas. Como se lo recalcó el secretario del rey, Henri Christophe, al abolicionista inglés Thomas Clarkson en 1819:

> ¿Qué derechos, qué argumentos pueden dar los antiguos colonos para justificar su demanda de indemnización? ¿Es posible que deseen ser compensados por la pérdida de nuestras personas? ¿Es concebible que los haitianos, que escaparon de la tortura y de las masacres en manos de estos hombres, esos haitianos que conquistaron su propio país con la fuerza de sus brazos y al precio de su sangre, que estos mismos haitianos libres deban ahora comprar su propiedad y persona, una vez más, pagándoles con dinero a sus antiguos opresores?[63]

[62] Sobre esta evolución, ver Michel-Rolph Trouillot, *Haiti, State against Nation. The Origins and Legacy of Duvalierism*, Monthly Review Press, New York, 1990, p. 40-50.

[63] Duke of Limonade to Thomas Clarkson, 20 novembre 1819, *in* Henri Christophe, King of Haiti, *Henry Christophe & Thomas Clarkson, a correspondence*, editado por Earl Leslie Griggs y Clifford H. Prator, University of California Press, Berkeley, 1952, p. 176.

Y, sin embargo, era justamente eso lo que Francia pretendía. Por medio de sus amenazas de agresión forzó a los dirigentes haitianos, desde la independencia, a que reactivaran las exportaciones de productos tropicales para poder importar armas y mantener muchas tropas en estado de alerta, mientras que habrían debido reconstruir un país devastado por trece años de guerra. Francia se encargó también de aislar diplomáticamente a la nueva nación, entregándola a las órdenes de los comerciantes estadounidenses y europeos. Finalmente, después de la unión del norte y del sur de Haití, en 1825, el rey de Francia Carlos X envió catorce buques armados de cientos de cañones para obligar al presidente haitiano, Jean-Pierre Boyer, a firmar la paz según los términos franceses, cosa que equivalía a pagarle a Francia una indemnización de 150 millones de francos de oro y que le asegurara ventajas comerciales —sabiendo que Bonaparte le había vendido el inmenso territorio de Luisiana a Estados Unidos por 60 millones de francos de oro—. Aunque, en 1838, esta suma se redujo a 90 millones de francos de oro, Haití hipotecó sobre su futuro una vez más, pagándola íntegramente por plazos hasta 1888[64].

El castigo era sin duda proporcional al ultraje que sentían los dirigentes franceses. Pero de 1791 a 1804, la rebelión de los esclavos de Saint-Domingue y su transformación en guerra de liberación aterrorizaron a los gobernantes y a los propietarios de esclavos de una gran parte de las Américas; al mismo tiempo, alimentaron las esperanzas de libertad de sus poblaciones serviles. Estos años estuvieron pues marcados por rebeliones y conspiraciones de esclavizados que mostraban lo mucho que la cuestión del mantenimiento de la esclavización se estaba volviendo central en las sociedades americanas.

[64] Frédérique Beauvois, *Indemniser les planteurs pour abolir l'esclavage? op. cit.*, p. 255-260.

CAPÍTULO VII
LAS REPERCUSIONES DE LA REVOLUCIÓN HAITIANA

LA INSURRECCIÓN masiva de los esclavos del norte de Saint-Domingue en agosto de 1791 tomó a las Américas y a Europa por sorpresa. La sublevación no representaba realmente lo "impensable", retomando la expresión del antropólogo Michel-Rolph Trouillot, pues el miedo a una revuelta planificada por los esclavizados, que podía resultar en la destrucción de los centros de producción y en la masacre de los blancos, perseguía a las élites coloniales de manera recurrente desde el descubrimiento de una presunta conspiración en México en 1537[1]. Fue más bien el resultado, trece años más tarde, del proceso iniciado en Saint-Domingue en 1791 lo que resultó ser impensable: la Revolución haitiana o, en otras palabras, el hecho de que antiguos esclavos (africanos en su mayoría) lograsen vencer al ejército napoleónico, abolir definitivamente la esclavitud y declarar la independencia de una colonia europea. Pero entre 1791 y 1804 y después, las noticias de los eventos que transformaron a Saint-Domingue en Haití circularon copiosamente en unas Américas que ya estaban agitadas por las guerras imperiales y los ataques de corsarios, dando lugar a diversas interpretaciones y rumores.

Este capítulo está enfocado en el impacto que tuvo el proceso revolucionario haitiano en las estrategias de liberación de los esclavos de las Américas durante las dos décadas que siguieron la insurrección de la Plaine du Nord en 1791. ¿En qué medida la revuelta general de Saint-Domingue y su desenlace en la abolición definitiva de la esclavitud y la instauración de una nación negra independiente privilegiaron, a los ojos de los esclavos del resto de las Américas, la revuelta armada por sobre las otras estrategias de liberación? En otras palabras, ¿fue el proceso revolucionario que trastornó a Saint-Domingue un punto de inflexión a partir del cual los esclavos recurrieron principalmente a la insurrección para liberarse según el modelo de los de Saint-Domingue?

Para contestar estas preguntas, este capítulo examina las múltiples rebeliones y conspiraciones serviles que se registraron después de los eventos que tuvieron lugar en la colonia francesa entre 1792 y 1811. De ellos, se identificarán los que se inspiraron claramente en el proceso haitiano en cuanto a su objetivo —lograr la emancipación general de los esclavos— y estrategia —una revuelta masiva de esclavos que implicara destrucción y/o violencia

[1] Michel-Rolph Trouillot, *Silencing the Past: Power and the Production of History*, Beacon, Boston, 1995, p. 70.

contra los blancos y las fuerzas del orden—. Pues bien, durante aquellos años, los anuncios de revueltas y de complots de esclavos, a veces relacionados con libres de color, se multiplicaron por todas partes, de Cuba a Curazao, de Virginia a Luisiana, de Venezuela a Brasil. David Geggus ha contado no menos de sesenta rebeliones y complots además de los de Saint-Domingue y aclara que, en realidad, las revueltas que buscaban la emancipación general de los esclavizados fueron muy pocas[2]. Muchos movimientos sólo movilizaron una o dos decenas de esclavos, otros consistían en discusiones entusiastas o en protestas no violentas de hombres y mujeres que esperaban ser libres, y algunos no existieron sino en el imaginario de unos blancos temerosos.

De todas estas revueltas y conspiraciones, la única rebelión servil masiva y abiertamente relacionada a la de Saint-Domingue fue la de Curazao en 1795. No obstante, si en otras partes los esclavizados sólo se rebelaron esporádicamente o en pequeños grupos, está claro que esto no fue porque no quisieran su libertad sino porque sabían que las condiciones locales e internacionales a las cuales estaban sometidos eran desfavorables a tales estrategias. Como lo revelarán los capítulos 8 y 9, los esclavos siguieron recurriendo a las fugas, a la manumisión y al alistamiento militar en la medida en que se los permitiese el contexto.

Después de su victoria en 1804, la Revolución haitiana tuvo repercusiones irrefutables en cuanto a los esclavos de las Américas: amplió sus perspectivas y les mostró que la esclavitud no era inmutable. Pero Haití, que estaba entonces dividida entre un norte imperial y un sur republicano, amenazada de invasión por Francia y marginada por todas las naciones, no podía apoyar a los esclavos que se sublevarían en su nombre. Sin embargo, por todas partes la revuelta de Saint-Domingue le dio cuerpo al antiguo escenario de complot servil, de destrucción de la colonia y de exterminación de sus colonos. Por consiguiente, en todos lados, los gobernadores y los blancos en general estaban al acecho de "otra Haití", lo cual desencadenó ondas de represión sin precedentes.

Los esclavos de las colonias francesas en el torbellino de la Revolución haitiana

Los primeros esclavos afectados por el proceso revolucionario de Saint-Domingue fueron los de las otras colonias francesas, sobre todo en Guadalupe, a medida que les llegaban las noticias de la revuelta masiva de la Plaine du Nord en agosto de 1791, y luego de la abolición de la esclavitud por Sonthonax y Polverel. En todas partes, los esclavizados intentaron sacar provecho de los

[2] David P. Geggus, "Slave Rebellion during the Age of Revolution", en Wim Klooster y Gert Oostindie (dir.), *Curaçao in the Age of Revolutions*, *op. cit.*, p. 21-56.

conflictos que dividían a los blancos entre plantadores realistas y pequeños blancos republicanos que estaban unidos a los libres de color, para obtener una mengua de la esclavitud o para lograr ser reclutados a cambio de una promesa de manumisión. A partir de la ejecución de Luis XVI y de la declaración de guerra de Francia, a comienzos de 1793, Gran Bretaña inició una política de invasión de las Antillas francesas con el apoyo de plantadores contrarrevolucionarios y se llevó varias victorias. Pero, en febrero de 1794, la abolición de la esclavitud por la Convención Nacional en París modificó las relaciones de poder. Es cierto que fortaleció la determinación de los plantadores esclavistas a oponerse a la República, pero también le permitió a la Francia republicana movilizar a los esclavos que acababa de emancipar para que participaran en la defensa de sus colonias, sabiendo que la monarquía británica empleaba sobre todo tropas europeas diezmadas por la fiebre amarilla. Gran Bretaña continuó con su ofensiva militar sostenida por plantadores esclavistas: fracasó en Saint-Domingue y en Guadalupe pero tuvo éxito en Martinica y Santa Lucía, que ocupó de 1794 a 1802.

En Guadalupe, de 1791 a 1793, se produjo un aumento de las importaciones de esclavos de África pues los plantadores querían sacar provecho de las pérdidas que se vivían en Saint-Domingue. También reforzaron su vigilancia sobre los esclavos, que representaban el 85% de los 107 000 habitantes de la isla, con el fin de prevenir toda protesta. Pero cuando se dividieron entre monárquicos y republicanos, ciertos plantadores tomaron el riesgo de movilizar y armar a sus esclavos para apoyar su causa, y para ello les habían prometido la emancipación. A principios de 1793, la llegada de comisarios revolucionarios a la isla exacerbó estos conflictos y alentó a los defensores del Antiguo Régimen a solicitar la intervención británica. Una atmósfera de paranoia resultó de esto, junto con la circulación de rumores diversos, y en particular un rumor, probablemente difundido en las plantaciones por algunos libres de color que acababan de obtener la igualdad, según el cual, "puesto que el árbol de la libertad había sido plantado, ya no debería haber más esclavos"[3]. Al mismo tiempo, los blancos republicanos temían que los plantadores monárquicos movilizaran a una parte de los esclavos y de la pequeña minoría libre de color (el 3% de los habitantes de la isla, en su mayoría pobres), contra la República, para facilitar una invasión británica. Pero los plantadores temían también que los libres de color se aliaran con los esclavizados y, para impedírselos, algunos llegaron incluso a sostener que los republicanos marcarían con hierro candente las caras de todos los esclavos para evitar que pudiesen hacerse pasar por libres, un rumor que suscitó reuniones de esclavizados bramando contra los negros y mulatos libres[4].

[3] Anne Pérotin-Dumon, "Free coloreds and slaves in revolutionary Guadeloupe", *art. cit.*, p. 271.

[4] Frédéric Régent, *Esclavage, métissage, liberté. La Révolution française en Guadeloupe, 1789-1802*, Grasset, Paris, 2004, p. 14-15, 247-248.

Y, sin embargo, la primera rebelión servil de Guadalupe contradijo todos estos rumores al mostrar la capacidad de los esclavos de adaptar sus estrategias al contexto. En efecto, en la noche del 20 abril de 1793, unos 200 esclavos de varias plantaciones de Trois-Rivières, en el sur de Basse-Terre, utilizaron las armas que los monárquicos les habían proporcionado para que lucharan contra los republicanos para volverse contra sus amos monárquicos y matar a veintitrés blancos, hombres, mujeres y niños. Liderados por Jean Baptiste, un esclavo comandante, los rebeldes declararon haber actuado por iniciativa propia, como "ciudadanos y amigos", para salvar a la República de un complot monárquico orquestado por plantadores apoyados por Gran Bretaña, lo que les permitió afirmar haber actuado como defensores de la patria y, así, esperar no ser castigados, e incluso obtener su emancipación. Según un testigo, "unos negros mal armados nos dijeron que sus amos querían hacerlos marchar hacia la ciudad para exterminar a los patriotas, a sus mujeres y a sus hijos, pero que ellos, queriendo apoyar la República, habían matado a sus amos y amas, y después de este reporte gritaron viva la república"[5]. Como lo apunta el historiador Frédéric Régent, estos esclavizados buscaban la manumisión ante todo. En vista de la evolución de los conflictos políticos en Guadalupe, habían estimado que, al presentarse como los defensores de la colonia contra las amenazas de los anglo-realistas, tenían más posibilidades de obtener la liberación rindiéndose voluntariamente ante las fuerzas del orden que huyendo tierra adentro.

Lo que siguió les dio parcialmente la razón a los insurrectos. Mientras que en ese momento las autoridades republicanas reconocían todavía plenamente la legalidad de la esclavitud, adoptaron una posición ambigua frente a este levantamiento servil mortífero. Por un lado, reconocieron la validez de las acusaciones de los esclavizados contra los blancos monárquicos (de los cuales algunos eran amos suyos) y ordenaron prosecuciones contra estos últimos; del otro, encarcelaron a los rebeldes para llevar a cabo una investigación y, dudando que hubieran actuado sin manipulación externa, reforzaron su vigilancia sobre los esclavos en todas las plantaciones. Al mismo tiempo, una orden estipuló que la delación de conspiraciones contra la República por parte de los esclavizados podría ser recompensada con la "manumisión cívica"[6]. Pero los 200 insurrectos de Trois-Rivières no gozaron de ello, y seguían encarcelados cuando los británicos atacaron Guadalupe en abril de 1794, año en el que los historiadores pierden su rastro[7].

El 25 de agosto de 1793, poco después de la matanza de Trois-Rivières, estalló una segunda rebelión importante en Sainte-Anne, en el sur de Grande-

[5] *Ibid.*, p. 250-251. Ver también Laurent Dubois, *A Colony of Citizens. Revolution and Slave Emancipation in the French Caribbean, 1787-1804*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 2004, p. 23-24.

[6] Frédéric Régent, *Esclavage, métissage, liberté, op. cit.*, p. 238-253.

[7] *Ibid.*, p. 266; Laurent Dubois, *A Colony of Citizens, op. cit.*, p. 140, 153-154.

Terre. En este caso, entre los insurrectos había libres de color y más de mil esclavizados cuyas demandas eran divergentes: los primeros querían que se les otorgase el derecho a heredar a los hijos ilegítimos; y los esclavos querían la libertad. Parece que al principio los libres de color habían convencido a los esclavos para que se manifestaran con ellos pero, rápidamente, estos últimos se habían apropiado del movimiento para exigir la libertad inmediata. Superados en número, los líderes de los libres de color intentaron negociar la manumisión de algunos esclavos con el alcalde de Sainte-Anne a cambio de que la mayoría de los esclavos volviera a las plantaciones, advirtiéndole que, de no ser el caso, los cautivos sublevados serían pronto 3 000. Sin embargo, ni el alcalde ni el gobernador de Guadalupe cedieron, sino que optaron por reprimir inmediatamente una revuelta que, a sus ojos, se estaba pareciendo a la de Saint-Domingue. Aunque los rebeldes no hubieran matado a nadie, las tropas recibieron la orden de capturar y encarcelar a los principales rebeldes y de reenviar al resto a trabajar. El 27 de agosto, los blancos de Sainte-Anne sacaron de prisión a ocho libres de color que lincharon en al acto. Poco después, el gobernador ordenó juicios sumarios para setenta y nueve esclavos: veintinueve fueron fusilados, diez encarcelados, cinco azotados y treinta y cinco absueltos. En los meses siguientes, las autoridades adoptaron diversas medidas para reforzar la obediencia de los esclavos, pero otras facilitaron las manumisiones al suprimir el impuesto que las obstaculizaba, tal vez para crear una válvula de escape[8].

La relación de fuerzas cambió a comienzos de 1794 ante la inminencia de un ataque por parte de los británicos. El gobernador de Guadalupe entendió que, sin refuerzos de los esclavos, sus tropas no podrían resistir, y decidió formar un cuerpo de infantería formado por 500 hombres esclavizados. En ese mismo momento, en París, la Convención aprobó la abolición de la esclavitud en las colonias francesas. Pero después de haberse tomado Martinica, los británicos se hicieron con Guadalupe en 1794 sin encontrar mucha resistencia hasta que, en junio, París envió a Víctor Hugues a que la reconquistara, reprimiera a los realistas y aplicara la abolición dentro de los mismos límites que habían definido Sonthonax y Polverel en Saint-Domingue: libertad bajo control para los esclavizados que se convertirían (en el caso de los hombres capaces) en soldados al servicio de la Francia republicana o en *cultivateurs* disciplinados en las plantaciones[9]. Esos nuevos soldados-ciudadanos (que eran 2 500

[8] Frédéric Régent, *Esclavage, métissage, liberté*, *op. cit.*, p. 256-266; Laurent Dubois, *A Colony of Citizens*, *op. cit.*, p. 136-140.

[9] *Ibid.*, p. 149, 187-227. En marzo de 1795, el plantador esclavista mulato Julien Fédon, junto con Víctor Hugues en Guadalupe, inició una insurrección en Granada (que en ese entonces era británica) para hacerla caer en manos de Francia. Sus fuerzas armadas eran de 7 200 hombres, de los cuales entre 4 000 y 6 000 estaban esclavizados (de los 25 000 esclavos en la isla en 1783), obligando a los británicos a movilizar a esclavos también, a cambio de prometerles la libertad. Aunque esta rebelión francófila les costó la vida a miles de esclavos que murieron en el combate

de los 4600 soldados de la isla) contribuyeron a la derrota británica al final del año. Al mismo tiempo, Hugues, dotado de plenas facultades, sometió a toda la población guadalupense, desde los plantadores monárquicos hasta los libres de color revolucionarios y a los esclavos emancipados, a un régimen de terror apoyado por el uso de la guillotina. Muchos *cultivateurs* rechazaban el régimen militarizado de las plantaciones y resistían por medio del cimarronaje, la violencia y varias tácticas más discretas; de ser sorprendidos, corrían el riesgo de la pena de muerte, la prisión o la deportación. Con la llegada de las noticias de la expulsión de Sonthonax por Louverture en 1797, ciertos *nouveaux libres* radicalizaron sus protestas contra el régimen de trabajo y llamaron a expulsar a los blancos de la isla, como en Saint-Domingue. Pero en Guadalupe el poder político permaneció en manos de Hugues hasta que lo retiraron de su cargo por causa de excesos de poder a finales de 1798, y el ejército republicano reprimió severamente todo movimiento autónomo de los *anciens libres* de color o de los *cultivateurs*[10].

Sin embargo, a partir de 1797, el corso se convirtió en una alternativa frente al ejército o a las plantaciones militarizadas para los antiguos esclavos hombres, que se alistaron por centenares en barcos corsarios, dejando el trabajo agrícola aun más en manos de las mujeres. En efecto, Hugues emprendió una amplia campaña marítima para desestabilizar la Cuenca del Caribe, mezclando la piratería con la propaganda de ideas revolucionarias de libertad e igualdad. Más de cien barcos de corsarios guadalupenses participaron en estos ataques navales que apuntaban a las embarcaciones británicas o neutras y que se hacían con botines suficientemente grandes como para compensar el declive de la economía azucarera de Guadalupe. Tres años más tarde, un jefe de brigada estimaba que había más de 2 000 *nègres marins* (negros marineros), o sea antiguos esclavizados convertidos en corsarios, quienes tenían derecho a una pequeña porción de los botines, que muchos invirtieron en la compra de tierras[11]. El corso condujo también a algunos *nègres marins* a participar en la lucrativa trata esclavista cuando se hacían con un barco negrero o una embarcación cuya tripulación tuviera negros: de ser el caso, revendían los cargamentos humanos y a los navegantes negros como esclavos. Pero el corso podía también volverse contra los *nègres marins*

o que fueron ejecutados después de la derrota del campamento de Fédon en julio de 1796, esta buscaba más que nada obtener la igualdad de los libres de color, en vez de la abolición de la esclavitud (Edward L. Cox, "Fedon's Rebellion 1795-1796: Causes and Consequences", *Journal of Negro History*, vol. 67, nº 1, primavera de 1982, p. 7-19; Michael Craton, *Testing the Chains*, *op. cit.*, p. 183-190, 207-210).

[10] Frédéric Régent, *Esclavage, métissage, liberté*, *op. cit.*, p. 333-379.

[11] *Ibid.*, p. 301-317; Anne Pérotin-Dumon, "Économie corsaire et droit de neutralité: les ports de la Guadeloupe pendant les guerres révolutionnaires", en Paul Butel y Bernard Lavallé (eds.), *L'Espace caraïbe: théâtre et enjeu des luttes impériales, XVIe-XIXe siècles*, Maison des Pays Ibériques, Bordeaux, 1996, p. 239-275.

cuando el enemigo tomaba su embarcación y, en el mejor de los casos, tomaba a los corsarios como prisioneros y, en el peor de los casos, los consideraba como esclavos y los vendía como tales[12].

En la Guayana francesa, el decreto de abolición del 4 de febrero fue oficialmente promulgado el 14 de junio de 1794 y fue recibido por los esclavos con bailes festivos, mientras que el comisario revolucionario encargado de la colonia intentaba frenar el cimarronaje y establecer normas para remunerar a los nuevos *cultivateurs* de las plantaciones. Pero en este territorio poblado de apenas 12 500 habitantes (el 86% esclavizados, el 10% blancos y el 4% libres de color, en 1789, sin contar a los indígenas), la libertad de los antiguos esclavos fue reglamentada desde el comienzo, particularmente al reprimir el vagabundeo. De 1794 al 1799, los cambios de personal estatal vinculados a las casualidades de la revolución en Francia favorecieron los rumores del restablecimiento de la esclavitud, asociados a un supuesto desembarco de portugueses de Brasil, y que a veces eran iniciados por contrarrevolucionarios blancos. Según el teniente coronel François-Maurice Cointet, un jacobino encargado de la Guayana entre noviembre de 1794 y abril de 1796, el temor de un retorno a la esclavitud era tal entre los *cultivateurs* que "un gran movimiento se manifestó en varios cantones. Los nuevos ciudadanos, muy alarmados por [la posible pérdida de] su libertad, acudieron a las armas para defenderla. Este procedimiento resulta sin duda muy laudable en cuanto a su fin; debe probarles a los detractores de los negros, a los enemigos de su libertad, que ellos sabrán mantener su juramento y perecer antes que regresar a la esclavitud". Al mismo tiempo, Cointet les ordenaba a los *nouveaux libres* que no creyeran en estos rumores y que dejaran de "agruparse tumultuosamente", y les mandaba a los blancos que dejaran de soñar con volver al "antiguo orden de las cosas". Y la Asamblea de la Guayana votó un decreto que condenaba la difusión de noticias falsas sobre el restablecimiento de la esclavitud[13].

En abril de 1795, tras una incursión de esclavistas portugueses y para el pesar de ciertos plantadores, Cointet formó un batallón de *nouveaux libres* en Cayena, tanto para tranquilizar a estos últimos con respecto al carácter permanente de la abolición como para reforzar la defensa de la República. Pero desde principios del año, la Asamblea colonial, de la cual sólo tres diputados eran de color, denunció el estado de ruina de la colonia desde el fin de la esclavitud. Ya había votado, en febrero, un reglamento de cultivos y luego, en agosto, prohibió las explotaciones campesinas familiares en que muchos de los antiguos esclavizados se habían instalado, lo que contribuyó al desarrollo de una hambruna. Y, en diciembre, decidió requisar a los *cultivateurs*

[12] Para leer sobre un caso de *nègres marins* vendidos como esclavos, ver más abajo el presunto complot de esclavos en Cartagena de 1799.

[13] Yves Bénot, *La Guyane sous la Révolution française*, *op. cit.*, p. 15, 63-73, 81-91.

en las plantaciones estatales. Así, desde la promulgación de la abolición de la esclavitud en la Guayana, los plantadores blancos se esforzaron por socavarla, y los *cultivateurs* tenían buenas razones para inquietarse por su futuro.

Poco después de que la Asamblea tomara la decisión de requisar a los cultivadores, el 27 de enero de 1796, Cointet anunció haber desbaratado un gran complot que implicaba a *cultivateurs* emancipados y a algunos blancos, cuyo fin habría sido provocar varios incendios en Cayena para atraer a los blancos, apoderarse entonces del fuerte y de la reserva de pólvora de la ciudad, asesinar al gobernador y a varios notables y responsables militares para tomar el poder y declarar la independencia de la Guayana. En los hechos, aquel día los rebeldes habían atacado simultáneamente algunos puestos de guardia republicanos cerca de Cayena y herido a cinco soldados entre los cuales había tres blancos, luego habían entrado a la fuerza a los domicilios de varios ciudadanos a los que habían maltratado. La respuesta del ejército, del batallón de *nouveaux libres* creado nueve meses antes y de la guardia nacional permitió controlar inmediatamente a los rebeldes. Después de un proceso expeditivo, diecinueve acusados (entre los cuales había cinco blancos) fueron condenados a muerte, y quince de ellos fueron ejecutados: trece antiguos esclavos y dos de sus presuntos líderes, Hector Ménénius, el único antiguo esclavo negro elegido en la Asamblea colonial, y un armero blanco llamado Dubart (a los otros cuatro blancos se les conmutó la pena de muerte por deportación). Según el historiador Yves Bénot, en uno de los pocos estudios hechos sobre la Guayana durante la Revolución francesa, si bien pareciera que los grupos de antiguos esclavizados que atacaron a unos soldados el 27 de enero de 1796 lo hayan hecho como modo de protesta contra la militarización creciente del trabajo agrícola, la existencia de un complot para derrocar el gobierno que implicase a blancos sigue siendo dudosa[14].

En Martinica, desde la feroz represión de cientos de esclavos de Saint-Pierre que pedían que se aplicase el supuesto decreto real de emancipación, en 1789 (ver capítulo 6) el rumor de la concesión de tres días libres por semana se había regado por la costa oriental. Pero los plantadores monárquicos subyugaron rápidamente toda contestación servil. Desde finales de 1792, estos habían retomado el control de la isla y, en febrero de 1794, facilitaron su ocupación por parte de los británicos, hasta 1802. Por consiguiente, el decreto revolucionario de abolición jamás se aplicó en Martinica y, frente a unos plantadores esclavistas protegidos por el ejército británico, los esclavizados se mantuvieron alejados, prudentemente, de toda rebelión[15].

[14] *Ibid.*, p. 98-110.

[15] David P. Geggus, "Esclaves et gens de couleur libres de la Martinique", *art. cit.* En 1811, las autoridades descubrieron en Saint-Pierre, gracias a la denuncia de un esclavizado, un complot de libres de color y de esclavizados que habría debido conducir a que se incendiara la ciudad, que se tomaran las armas y que se exterminara a los blancos, y del cual uno de los dirigentes era

Algo muy distintito ocurrió en Santa Lucía, donde, desde 1791, algunos esclavos habían sacado provecho de los conflictos entre plantadores monárquicos y republicanos para unirse a las comunidades cimarronas en los bosques tupidos de las montañas interiores de esta pequeña isla de 620 km². Cuando el ejército británico desembarcó allí en abril de 1794, ciertos esclavizados ya habían sido informados sobre el decreto de abolición del 4 de febrero, y un número creciente de ellos huyó hacia el interior, donde se unieron a ellos algunos soldados republicanos. Progresivamente, esclavos cimarrones y soldados fugitivos se organizaron en un "ejército francés en los bosques", de unos 6 000 hombres, bajo el mando de dos militares franceses, Kermené y Sabathier Saint-André, quienes, con la ayuda de Víctor Hugues desde Guadalupe, emprendieron una guerra de guerrillas contra los británicos. En junio de 1795, habían tomado casi toda la isla de las manos de estos últimos, uniendo a cada vez más esclavos y difundiendo la noticia del decreto de abolición de la esclavitud entre aquellos que no se hubiesen unido a ellos todavía.

Diez meses más tarde, Gran Bretaña tuvo que desembarcar a 11 000 hombres, entre los que estaban varios cientos de *rangers* (guardas) negros, para llevar a cabo lo que se llamó la "guerra de los Bandidos". El general que estaba a cargo les prometió el perdón a los rebeldes que se rindieran con sus armas, pero tuvo que reconocer "que hombres, a quienes se les haya dicho que eran libres y que hayan portado armas, no volverán a la esclavitud y al trabajo fácilmente"[16]. Primero intentó convencer a los plantadores de que un tratamiento más humano incitaría a sus esclavos a que salieran de los bosques, luego, ante la ineficacia de tales medidas, optó por una política de persecución y ejecución desapiadadas de los rebeldes, y de destrucción de las huertas de los esclavos que alimentaban a los insurrectos en secreto. Sin embargo hubo que esperar el retiro de Hugues y luego el golpe de Estado del 18 de brumario por Napoleón Bonaparte, en noviembre de 1799, para que los cimarrones y los soldados fugitivos, ahora sin apoyo exterior, renunciasen a resistir abiertamente a la ocupación británica.

Dos cifras permiten hacerse una idea del número de esclavos implicados en "el ejército francés en los bosques": mientras que en 1790 Santa Lucía tenía 18 400 esclavizados (de 22 000 habitantes), no quedaban de ellos sino 14 000 en 1799 (a pesar de nuevas importaciones). De estos 4 400 esclavizados faltantes, muchos —mayoritariamente hombres jóvenes— habían muerto en combate, habían sido ejecutados o deportados, otros no habían sobrevivido al hambre y a las enfermedades ligadas a la destrucción de los cultivos alimenticios; pero muchos otros estaban bien vivos y habían conseguido instalarse como cimarrones en las montañas o huir por mar. Por otro lado, algunos

un mulato libre de la isla que había servido en el ejército haitiano del rey Christophe; después del juicio, quince de los acusados fueron ahorcados (*ibid.*, p. 127-129).

[16] Citado en Michael Craton, *Testing the Chains*, *op. cit.*, p. 198.

esclavizados que se habían convertido en "soldados en los bosques" fueron incorporados a un regimiento británico enviado a combatir en África, y esto, con el cambio de lealtad que implicaba, les evitaba el temido retorno a la plantación[17].

Los *nouveaux libres* de Guadaloupe y Guyana en la lucha contra la restauración de la esclavitud

Desde el golpe de Estado del 18 de brumario, los "nuevos ciudadanos" de 1794 vieron a los plantadores esclavistas recobrar su influencia tanto en las colonias como en París hasta que, en 1802, su peor pesadilla se hizo realidad: Bonaparte restableció la esclavitud, la trata de negros y el Código Negro de 1685. En primer lugar, por medio de la ley del 20 de marzo de 1802, el Primer Cónsul decidió mantener la esclavitud en las colonias que Gran Bretaña había restituido después del tratado de Amiens, es decir Martinica, Tobago y Santa Lucía. Luego, en los lugares en que había sido efectivo el decreto de abolición de 1794, Bonaparte entendió que semejante retorno al Antiguo Régimen provocaría levantamientos entre los negros, y envió a sus generales y miles de soldados a neutralizarlos de antemano.

Por todas partes, los antiguos esclavizados empezaron a resistir o se rebelaron. Los de Guadalupe tuvieron que lidiar con un plan de subyugación militar bastante semejante al de Leclerc en Saint-Domingue, pero que a finalmente sí tuvo éxito. En septiembre de 1801, el almirante Jean-Baptiste Raymond de Lacrosse inició una política de deportación de todos los soldados negros de la isla que fueran considerados como peligrosos y de los *cultivateurs* recalcitrantes hacia las Pequeñas Antillas, Guayana, Francia e incluso Madagascar. Algunos *nouveaux libres* presintieron entonces que aquello que habían ganado estaba en peligro y se dispusieron a buscar certificados de libertad debidamente establecidos que, a sus ojos, eran más seguros que el decreto de emancipación general de 1794. Pero la inmensa mayoría no vio que los nuevos administradores comenzaban a desmantelar lo que ellos creían ser logros permanentes. Como pocos *cultivateurs* eran esclavizados traídos de África, las estrategias de cimarronaje y guerrilla fueron poco privilegiadas, contrariamente a lo que se había producido en Saint-Domingue.

Cuando en mayo de 1802 Bonaparte envió al general Antoine Richepance con 3 500 hombres a que desarmara el conjunto de negros y mulatos que quedaban todavía en las tropas y a restablecer la esclavitud en Guadalupe, una parte de la población de la isla quedó, en un principio, incrédula. Luego

[17] *Ibid.*, p. 195-204; David Barry Gaspar, "La Guerre des Bois: Revolution, War, and Slavery in Saint-Lucia, 1793-1838", en David B. Gaspar y David P. Geggus (eds.), *A Turbulent Time. The French Revolution and the Greater Caribbean*, *op. cit.*, p. 102-130.

los oficiales criollos, blancos, mulatos o negros, se dividieron con respecto a lo que consideraban ser la mejor manera de reaccionar ante el desarme y la separación de los jefes más republicanos. De hecho, uno de ellos, el capitán mulato martiniqués Magloire Pélage, se unió a Richepance, pero otro mulato de Martinica, el teniente Luis Delgrès, dirigió la huida a Basse-Terre de cientos de soldados negros que no se habían desarmado. Una multitud de *cultivateurs* enloquecidos ante la idea de volver a la esclavitud se les sumó detrás del grito de "¡Vivir libre o morir!". Algunos criollos blancos se unieron al movimiento de fuga insurreccional y ayudaron a la redacción de un manifiesto dirigido "al universo entero" que justificaba la "resistencia a la opresión" como un "derecho natural", basándose en el texto de la Declaración de independencia de Estados Unidos. En total, los insurrectos comprendían unos 3000 soldados experimentados y 9000 *cultivateurs*, hombres y mujeres armados de machetes, horcas y palos, contra los cuales Richepance lanzó sus tropas metropolitanas apoyadas por Pélage y sus hombres.

Después de haber obtenido algunas victorias, los rebeldes perdieron la iniciativa y se dispersaron en bandas más o menos numerosas al sur de Basse-Terre. Sin estrategia de resistencia común, algunos insurrectos se refugiaron en las montañas y otros incendiaron plantaciones y mataron a civiles. Entre ellos, la mulata Solitude preconizaba una guerra despiadada contra los blancos. En cuanto a Delgrès, tomó al fuerte Saint-Charles para atrincherarse allí con sus soldados y oficiales, negándose a toda negociación sin garantía previa de que la esclavitud no sería restablecida. Al verse rápidamente cercados por el ejército, lograron a escaparse y se dividieron en dos grupos que amenazaban con prender fuego a toda Guadalupe[18].

El primer grupo comprendía a 400 soldados y a decenas de hombres y mujeres *cultivateurs* e intentaba trastornar Grande-Terre. Se dirigió hacia Pointe-à-Pitre, quemando plantaciones y reuniendo a nuevos partidarios en su camino, antes de refugiarse en un fuerte sin vigilancia cerca del puerto. Fue allí donde los soldados franceses y Pélage los aniquilaron, matando a 675 hombres y mujeres y tomando a 250 presos que luego fueron fusilados públicamente. En los días siguientes, el jefe de los rebeldes se suicidó, y su cabeza fue expuesta en Pointe-à-Pitre. Soledad fue ejecutada después de haber dado a luz a un hijo. En cuanto al segundo grupo, que comprendía algunas centenas de insurrectos dirigidos por Delgrès, debía mantener Basse-Terre en estado de revuelta. Estos miembros de la resistencia se fueron a las montañas de Matouba, en el sur de la Soufrière, donde pequeñas bandas seguían estando activas. Hicieron de una plantación protegida por dos barrancos su cuartel general, pero no eran suficientemente numerosos como para enfrentarse al asedio de las tropas de Richepance. Después de una resistencia que les costó la vida a muchos soldados franceses, se suicidaron colectivamente

[18] Laurent Dubois, *A Colony of Citizens*, *op. cit.*, p. 318-322, 388-399.

en mayo de 1802, cogidos de la mano y gritando "¡No a la esclavitud! ¡Que viva la muerte!"[19]. Como lo anotó entonces un oficial francés, "el amor fanático a libertad" condujo allí también a más de 500 hombres, mujeres y niños a morir antes que ser esclavizados de nuevo[20].

Richepance siguió con su política de terror, ahorcando o deportando para erradicar definitivamente el espíritu de libertad e igualdad de Guadalupe, hasta que murió de fiebre amarilla. Lacrosse tomó su relevo con la misma crueldad y determinación: para él, toda persona de color era por definición esclava, a menos de que pudiera probar su condición de libre antes de 1794; todo hombre de color que hubiera servido en el ejército republicano debía ser asesinado o desterrado, y hasta el fiel Pélage fue detenido y deportado después de haber desempeñado su misión de represión. Las prácticas del Código Negro fueron restablecidas, y los libres de color fueron despojados de la ciudadanía francesa. En total, probablemente 10000 hombres, mujeres y niños, es decir casi una décima parte de la población de la isla, fueron masacrados, ejecutados o deportados en nombre del restablecimiento de la esclavitud y la desigualdad racial. Pero incluso así, *cultivateurs* y antiguos soldados siguieron resistiendo, bien fuera refugiándose en las montañas, o atacando las plantaciones. Una nueva rebelión estalló cerca de Sainte-Anne en octubre de 1802 cuando unos *cultivateurs*, apoyados por varios libres de color y tres blancos, mataron a veintitrés blancos antes de marchar hacia la ciudad con la intención de restaurar los decretos revolucionarios. Lacrosse y sus hombres llegaron a detenerlos y los sometieron a castigos y torturas ejemplares: ahorcaron o quemaron vivos entre ochenta y cien insurrectos; uno de los blancos fue destrozado en la rueda y luego quemado vivo, mientras que los otros dos fallecieron antes de aguantar los suplicios a los que habían sido condenados; al menos uno de ellos se suicidó. Luego Lacrosse ordenó que se formaran milicias de blancos encargadas de perseguir a los últimos fugitivos y de forzar, por medio del terror, a los *cultivateurs* a que volvieran a la esclavitud. Sin embargo, pequeñas bandas de rebeldes lograron sobrevivir lejos de las plantaciones[21]. De hecho, Guadalupe jamás recobró sus niveles de producción azucarera anteriores a 1789, ni siquiera cuando sus plantadores procuraron compensar las pérdidas humanas de los últimos años importando de África un total de 25000 nuevos esclavos hasta 1830[22].

Así pues, en Guadalupe, la reimposición de la esclavitud a los emancipados de 1794 fue sobre todo el resultado de una relación de fuerza. Es cierto que, incluso cuando la Francia revolucionaria había introducido la abolición inmediata en 1794, simultáneamente había encargado a sus comisarios en

[19] Nota del traductor: la cita original en francés es "Pas d'esclavage! Vive la mort!".
[20] Laurent Dubois, *A Colony of Citizens*, *op. cit.*, p. 395-401.
[21] *Ibid.*, p. 404-422.
[22] *Voyages*, *op. cit.*

las colonias de imponer un sistema de control y de disciplina para prevenir la destrucción del sistema de producción de las plantaciones, lo que facilitó la tarea de los generales napoleónicos. Varios factores suplementarios explican que los *nouveaux libres* de Guadalupe no pudieran vencerlos, contrariamente de los de Saint-Domingue. En primer lugar, eran mayoritariamente (80%) criollos, mientras que en Saint-Domingue los africanos, entre los cuales muchos habían llegado recientemente con experiencia guerrera, representaban la mayoría de los esclavizados. La población guadalupense libre antes de 1794 era también muy mayoritariamente blanca, con solamente un 18% de libres de color, mientras que en Saint-Domingue casi un individuo libre sobre dos era negro o mulato, y varios eran plantadores ricos y educados que desempeñaron un papel decisivo a partir de octubre de 1802[23]. Luego, por supuesto, los esclavos guadalupeños jamás se habían sublevado masivamente, como los de la Plaine du Nord en 1791, y no habían tampoco, desde 1792, formado bastiones de miles de cimarrones que se negaron a dejar las armas después de la abolición de la esclavitud. Richepance y sus 3 500 hombres tuvieron pues una tarea menos difícil que Leclerc y Rochambeau frente a los bozales en Saint-Domingue. De hecho, los líderes de la gran rebelión guadalupense de 1802 habían salido de las filas del ejército francés, del cual repetían las estrategias, y no estaban en condiciones de desviar a las tropas napoleónicas con tácticas de guerrilla. Lo que es más, ninguno provenía de la pequeña minoría de libres de color de la isla de antes de 1794. Delgrès, en particular, era un mulato nacido libre en Martinica y un militar de carrera. Sintomáticamente, en los últimos momentos de su resistencia, no dirigió a sus hombres hacia las montañas propicias al cimarronaje, sino hacia fuertes militares donde los franceses pudieron cercarlos.

En cuanto a la restauración de la esclavitud en la otra colonia que había seguido en manos francesas después de 1794, la Guayana, fue confiada al mismo Víctor Hugues que la había abolido antes en Guadalupe. Al principio de la década de 1800, desembarcó en Cayena según las órdenes del Primer Cónsul, y comenzó por exigir a los domésticos y trabajadores de Cayena pruebas de su empleo y obligar a los *cultivateurs* a residir sobre sus plantaciones respectivas. Luego restableció la esclavitud, como lo precisaba un decreto de 1803: todos los esclavos emancipados a partir del 14 de junio de 1794 "no podrán gozar de la libertad hasta que no hayan pagado su valor personal y la de sus hijos a su antiguo amo"[24]. Hugues hizo destruir sistemáticamente las chozas que estos habían construido y la agricultura familiar que habían desarrollado. Empleando los mismos métodos represivos que había utilizado en Guadalupe bajo la Revolución, desempeñó su misión de restaurar el Antiguo Régimen para Bonaparte. La mayoría de los hombres y de

[23] Laurent Dubois, *A Colony of Citizens*, *op. cit.*, p. 51.
[24] Yves Bénot, *La Guyane sous la Révolution française*, *op. cit.*, p. 181.

las mujeres emancipados previamente se sometieron, pero entre 1 200 y 3 000 de ellos (es decir, entre el 10 y el 29% de los 10 430 esclavos registrados en 1788) huyeron hacia los bosques interiores. Algunos fueron cogidos y brutalmente asesinados, como Simón Frossard en 1808, cuya cabeza fue luego expuesta en Cayena, pero muchos otros formaron pequeñas comunidades cimarronas[25]. El restablecimiento de la esclavitud en 1802 se topó pues con una fuerte resistencia por parte de las poblaciones de Guadalupe y la Guayana, pero fue facilitado por la ausencia de protesta de los franceses de metrópolis que no habían formado ningún movimiento abolicionista popular. La abolición en 1794 había sido declarada tanto por la necesidad de movilizar a los esclavos contra la amenaza británica como por convicción humanista. Esta decisión revolucionaria y la de restaurar la esclavitud pasaron inadvertidas para la inmensa mayoría de los franceses[26].

La gran revuelta de los esclavos de Curazao en 1795

Fue en Curazao donde los eventos que habían tenido lugar en las Antillas francesas tuvieron repercusiones más directas y violentas con la revuelta que estalló en agosto de 1795. Unos meses antes, la instauración de la República de Batavia durante la ocupación de los Países Bajos por la Francia revolucionaria había originado un rumor según el cual el decreto francés de abolición de la esclavitud de 1794 sería aplicado —no sin lógica— en la colonia de Curazao, que seguía bajo la autoridad de un gobernador neerlandés. El Concejo de la isla intentó asfixiar "la insolencia de los negros y de los mulatos" restringiendo sus movimientos y reuniones. Pero el 16 de agosto los esclavos de una plantación en el extremo oriental de la isla se negaron a trabajar. Dos días después, los esclavizados de dos plantaciones vecinas se rebelaron bajo las órdenes de Tula (o Toela), un esclavo cultivador, y de Bastiaan Carpata, un esclavo contramaestre al cual estaba también asociado Louis Mercier, un esclavo de las Antillas francesas. Otra manifestación de la influencia de Saint-Domingue en esta revuelta se dio cuando Tula tomó el nombre de Rigaud, como referencia al general mulato André Rigaud, y otro rebelde adoptó el nombre de Toussaint. Avanzaron hacia el centro de la isla, reuniendo a

[25] Serge Mam-Lam-Fouck, "La résistance au rétablissement de l'esclavage en Guyane française: traces et regards (1802-1822)", en Yves Bénot y Marcel Dorigny (eds.), *Rétablissement de l'esclavage dans les colonies françaises, 1802: ruptures et continuités dans la politique coloniale française (1800-1830): aux origines d'Haïti*, Actes du colloque international tenu à l'université Paris-VIII les 20, 21 y 22 de junio de 2002, Maisonneuve & Larose, Paris, 2003, p. 251-271; M.-L. Marchand-Thébault, "L'esclavage en Guyane française sous l'Ancien Régime", *art. cit.*, p. 71.

[26] Jean-Claude Halpern, "Les fêtes révolutionnaires et l'abolition de l'esclavage en l'an II", en Marcel Dorigny (ed.), *Les Abolitions de l'esclavage*, *op. cit.*, p. 187-198; Lawrence C. Jennings, *La France et l'abolition de l'esclavage (1802-1848)*, André Versaille Editeur, Bruxelles, 2010, p. 17-19.

esclavos y robando armas en el camino. El número de insurrectos aumentó y, después de dos días sin violencia, ellos incendiaron las primeras moradas de plantadores y mataron a un blanco después de haberlo arrastrado atado a la cola de un caballo. El 19 de agosto los rebeldes eran probablemente 2 000 (hombres, mujeres y niños), en un momento en que había un total de 12 000 esclavizados en la isla, mayoritariamente criollos, con respecto a 4 000 blancos y 3 000 libres de color[27].

El gobernador movilizó las tropas por tierra y por mar para impedirles a los insurrectos reunir el apoyo de más plantaciones occidentales. Al mismo tiempo, enviaron a un cura que hablaba el creole local (el papiamento) a que negociara su rendición a cambio de un perdón general, cosa que Tula no aceptó, declarando, según el cura: "Estamos muy maltratados, no buscamos herir, sino que buscamos nuestra libertad, los negros franceses han obtenido su libertad, los Países Bajos están ocupados por los franceses, entonces debemos ser también libres aquí". El comandante del ejército envió emisarios dos veces más, pero, a pesar de sus primeras derrotas, los jefes rebeldes se negaron a capitular. El 30 de agosto el ejército inició la reconquista del oeste y empujó progresivamente a los insurrectos hacia la extremidad norteña de la isla. Allí, los esclavos no tuvieron sino tres posibilidades: intentar resistir, rendirse o saltar desde los acantilados al mar. Muchos de ellos, presas del pánico, se tiraron al agua, decenas fueron masacrados allí mismo por los soldados y milicianos, mientras que mil se rindieron: entre ellos, varios cientos fueron reenviados a sus plantaciones después de que les hubieran cortado las orejas, para marcarlos por su participación en la revuelta. Doscientos cincuenta rebeldes fueron encarcelados y juzgados pero Tula y Carpata lograron huir. El 4 de septiembre los cuatro primeros culpables fueron ahorcados; una semana más tarde, ocho condenados, entre los cuales había una mujer, fueron ejecutados, colgados, estrangulados o despedazados en la rueda, y sus cuerpos fueron botados al mar. Luego Tula y Carpata fueron capturados, lo que resultó en más torturas y condenas, llevando a otras veintinueve ejecuciones en siete días. Tula y Carpata sufrieron una larga agonía en la rueda después de que se les quemaran las caras, y después sus cabezas fueron expuestas sobre palos. Mercier, que había sido locuaz durante las interrogaciones, fue ahorcado, como la mayor parte de los otros veintiséis condenados a muerte[28].

Las autoridades de Curazao se quedaron inquietas: había rebeldes que todavía estaban sueltos en el interior, y los cientos de esclavizados que se habían devuelto a sus amos habían conocido la libertad armada. Siendo así, reforzaron la vigilancia y promulgaron un nuevo reglamento de esclavos con

[27] Cornelis Ch. Goslinga, *The Dutch in the Caribbean and in Surinam: 1791/5-1942*, Van Gorcum, Assen, 1990, p. 3-8.

[28] *Ibid.*, p. 5-20 (cita p. 10).

el que se pretendía limitar los abusos cometidos por los amos. De ese momento en adelante, la ley les impidió a los plantadores hacer trabajar a sus esclavizados los domingos y días festivos y restringió los castigos que podían infligirles; los obligaba también a alimentarlos, hospedarlos y vestirlos correctamente. Más aun, después de la revuelta de 1795 Curazao no importó ningún otro esclavo del exterior sino que, al contrario, exportó esclavos hacia otras Antillas y hacia las Guayanas; la esclavitud y la economía de plantación declinaron rápidamente en la isla. Si la insurrección de 1795 contribuyó a este declive, esta no aceleró la emancipación de los esclavos, puesto que ni Francia, ni Gran Bretaña, que dominaron sucesivamente a Curazao hasta 1816, ni luego los Países Bajos cuestionaron la esclavitud, que fue abolida por estos últimos en 1863[29].

El Código Negro español de 1789, una reforma rápidamente olvidada

La revolución en Saint-Domingue tuvo también repercusiones en la América española con efectos difíciles de comprender sin devolverse un poco en la cronología. En las colonias continentales de España, la trata negrera había perdido importancia después de 1760. A finales del siglo XVIII, la mayoría de los afrodescendientes eran libres allí. Los esclavos no constituían sino una minoría de la población: eran empleados domésticos en las ciudades o estaban agrupados en las regiones de plantaciones tropicales o de minas, y muy pocos de ellos eran africanos supervivientes de la travesía atlántica. Conscientes de estas realidades, los esclavizados sabían que toda insurrección sin el apoyo de libres de color o de amerindios estaba destinada al fracaso. De hecho, la compra de la libertad y el cimarronaje seguían siendo, para ellos, las vías menos peligrosas de liberación. Después de la guerra de los Siete Años, cuando los Borbones impusieron reformas con las que pretendían sacar más provecho de sus colonias, provocaron movimientos de resistencia en las poblaciones libre e indígena, que se transformaron en revueltas de amplitud en ciertas regiones. Aunque los insurrectos no hubiesen priorizado la abolición de la esclavitud entre sus reivindicaciones, algunos esclavizados se unieron a los movimientos de insurrección o aprovecharon el desorden para escaparse o manifestar sus exigencias de libertad.

Así, durante la revuelta de los Comuneros de 1781 en la Colombia andina, contra el refuerzo de la administración real española y la imposición de

[29] Ineke Phaf-Rheinberger, "L'impossibilité d'une révolution caraïbéenne: Curaçao et Venezuela, 1795-1817", en Léon-François Hoffmann, Frauke Gewecke y Ulrich Fleischmann (dir.), *Haïti 1804. Lumières et ténèbres. Impact et résonance d'une révolution*, Iberoamericana-Vervuert, Madrid-Frankfurt, 2008, p. 131-132; G. Oostindie, "Slave Resistance, Colour Lines, and the Impact of the French and Haitian Revolutions in Curaçao", *art. cit.*, p. 10-17.

nuevos impuestos, los cientos de partisanos de las comunidades locales que marcharon hacia Bogotá no presentaron ninguna petición con respecto a los esclavos. Sólo un líder comunero de origen modesto, José Antonio Galán, reclutó libres de color sin tierra y esclavos cuando la revuelta se expandió hacia el norte aurífero de la provincia de Antioquia y liberó a ochenta y un esclavos empleados en la mina de un español. Además, algunos esclavos criollos de esta provincia se aprovecharon de la situación para planificar una marcha hacia Santa Fe de Antioquia con el propósito de exigirle al gobernador provincial y al cabildo que aplicaran un supuesto decreto real que, según ellos, liberaría a la totalidad de los 5 000 esclavos de la provincia. Habiendo sido denunciados antes de que pudiesen empezar su marcha, fueron arrestados y encarcelados, pero la suerte que la justicia decidió para ellos se desconoce. Los interrogatorios a los que se les sometió revelan sin embargo que si hubieran podido llevar a cabo su acción, habrían propuesto pagarle un tributo anual al rey "como si fueran indios" y trabajar para sus antiguos amos a cambio de un salario diario; en caso de que el gobernador se negase, lo habrían amenazado con formar un palenque aunque pagando de todas formas el tributo. En este caso, como en 1730 en Virginia y en 1789 en Martinica, los esclavos que protestaron mostraron su fidelidad al rey y legitimaron su reivindicación declarando que buscaban aplicar la decisión benevolente del monarca. Sin embargo, como lo nota el historiador John L. Phelan, no pedían la libertad sino un estatus idéntico al de los indios, no al de los blancos y mestizos, tal vez porque esta demanda les parecía más aceptable a los ojos de las autoridades y porque, en sí, ya habría mejorado su condición[30].

La rebelión más grande que provocaron las reformas de los Borbones fue la que inició José Gabriel Condorcanqui, o Tupac Amaru II, en noviembre de 1780, en el Alto Perú. Nacida de una revuelta local contra los excesos de un corregidor, esta se extendió rápidamente en toda la región andina desde Cuzco hasta el lago Titicaca. Para incitar a varios sectores de la sociedad a que se unieran a él, Condorcanqui y sus aliados reclutaron no sólo a amerindios, sino también a mestizos y zambos (afroamerindios) y, a finales del año, el número total de insurrectos había probablemente alcanzado los 50 000. Más aún, a mediados de noviembre, Tupac Amaru hizo fijar una "proclamación a los ciudadanos de Cuzco para que deserten a los chapetones (españoles) y liberen a los esclavos". Esta llamaba "incluso a los esclavos" a que abandonaran a sus amos "con el beneficio adicional de que serán liberados de la servidumbre y de la esclavitud a las cuales estaban sometidos"[31]. Los objetivos de este llamado eran seguramente agrandar las tropas y, a la vez,

[30] John Leddy Phelan, *The People and the King. The Comunero Revolution in Colombia, 1781*, University of Wisconsin Press, Madison, 1978, p. 110-111, 153, 193-194.

[31] Ward Stavig y Ella Schmidt (eds. y trads.), *The Tupac Amaru and Catarista Rebellions. An Anthology of Sources*, Hackett, Indianapolis, 2008, p. 68.

darles la sensación a los españoles de que eran vulnerables incluso en sus casas, atendidas por esclavos. Sin embargo, en mayo de 1781, las tropas reales retomaron poco a poco el control de la región andina. Condorcanqui, su familia y colaboradores fueron arrestados, juzgados y ejecutados atrozmente en la plaza principal de Cuzco. Entre los cientos de insurrectos masacrados, encarcelados o ejecutados de manera sumaria en la onda de represión que acabó paulatinamente con la revuelta, había esclavizados, cosa que muestra que algunos habían respondido a la proclamación de Tupac Amaru. Además, la oferta de libertad que este les hizo a los esclavos fue uno de los muchos cargos que utilizó la justicia española para justificar su condena a muerte[32].

Desde el final de la década de 1780, las reformas de los Borbones aspiraban a desarrollar las colonias españolas de la cuenca del Caribe por medio de la expansión de la esclavitud. En 1789, poco antes de que estallara la Revolución francesa, el rey de España, Carlos IV, firmó dos medidas contradictorias en apariencia. Por un lado, liberalizó el comercio de esclavizados hacia Cuba y otras colonias. Por otro, el 31 de mayo promulgó una "Instrucción sobre la educación, el trato y la ocupación de los esclavos", mejor conocida bajo el nombre de Código Negro español de 1789, que protegía a estos últimos de los abusos de sus amos en toda la América española[33]. En realidad, el Código Negro intentaba impedir que naciera un movimiento abolicionista inspirado en el modelo británico, o en la Sociedad de los Amigos de los Negros en París, en la península ibérica. Y, sobre todo, buscaba prevenir la formación de una clase de plantadores omnipotentes y olvidadizos de su sujeción al rey, limitando claramente los derechos de los amos sobre su propiedad humana en el momento en que se retomaba la trata[34]. En el contexto revolucionario que siguió, estas medidas tuvieron repercusiones inesperadas.

[32] *Ibid.*, p. 127, 132. Sobre la rebelión, ver Sinclair Thomson, *We Alone Will Rule. Native Andean Politics in the Age of Insurgency*, University of Wisconsin Press, Madison, 2002.

[33] En 1783, la Corona española promulgó el *Código Negro Carolino*, que modificó en 1785 para hacer de él la base de un proyecto de desarrollo en la parte española de La Española bajo el modelo de la plantación azucarera esclavista de su vecina francesa, Saint-Domingue. Este plan proponía una importación masiva de esclavos de África y una estricta división racial de la población: los blancos de un lado, y los no blancos, libres o esclavizados, del otro, divididos en cinco categorías ascendientes desde la más "vil", la de los negros "puros" (negros o morenos), luego "progresando" a medida que la parte africana se reducía con el mestizaje: mulatos o pardos, tercerones, cuarterones y quinterones (un solo ancestro negro después de cinco generaciones de matrimonios legítimos). El hijo legítimo de un quinterón y de un blanco estaba cualificado para ser blanco pues ya no estaba marcado por la mancha de la esclavitud. A cada categoría racial se agregaba la condición de libre o de esclavo, y las atribuciones o interdicciones correspondientes (ejercer ciertos trabajos, llevar joyas, por ejemplo), castigos específicos y llamados de atención sobre sus vicios y propensiones particulares. Ver "Extracto del código negro carolino [...] para el gobierno moral, político y económico de los negros de aquella isla [Santo Domingo] (14 de marzo de 1785)", en Richard Konetzke (ed.), *Colección de documentos para la historia de la formación social de Hispanoamérica, op. cit.*, vol. 3, p. 553-573.

[34] Aline Helg, *Liberty and Equality in Caribbean Colombia, op. cit.*, p. 112-114.

La liberalización de la trata negrera por Madrid no se aplicó plenamente sino en Cuba, donde el número de esclavos se duplicó entre 1774 y 1792, hasta alcanzar 84 600, es decir el 31% de la población total. Después del levantamiento de esclavos en Saint-Domingue, la isla acogió también a miles de refugiados de la colonia francesa, a menudo con sus esclavizados. En 1804, Cuba contaba con 180 000 esclavos, es decir el 36% de sus 504 000 habitantes. Además, a los esclavos se añadían los libres de color, que representaron más o menos el 20% de la población total a lo largo de estas décadas[35]. Es cierto que Cuba estaba lejos de la proporción demográfica explosiva de otras colonias azucareras como Saint-Domingue o Jamaica, pero, desde finales del siglo XVIII, su población blanca era minoritaria con respecto a los afrodescendientes. Fue pues en Cuba donde las autoridades españolas y las élites criollas más temían la influencia de la revolución de las Antillas francesas, pero fue también allí donde los dueños de plantación más buscaron colmar el vacío que había dejado la destrucción de Saint-Domingue. La liberalización del comercio de esclavos llevó también, en 1791, a la supresión, por parte de España, de la ley de asilo que les permitía a los esclavos de los territorios protestantes refugiarse en sus colonias y ser emancipados si se convertían al catolicismo (ver capítulo 2), por temor a que los territorios protestantes respondieran con medidas similares[36].

En cuanto al Código Negro de 1789, comprendía una larga lista de los deberes de los amos para con sus esclavos, deberes que habían sido mayoritariamente retomados de las Siete Partidas de 1256-1265, pero por primera vez reunidos en un documento aparte. Entre estos figuraba la obligación de evangelizar a los esclavizados y de hacerlos respetar los preceptos del catolicismo, de alimentarlos y vestirlos "como [...] a jornaleros libres", de cuidarlos incluso cuando fueran viejos e improductivos, de alojarlos adecuadamente y de cuidar que no infringieran la moral cristiana. Además, el código estipulaba que los esclavizados debían ser más que nada empleados en el trabajo agrícola, y ello del amanecer hasta el atardecer con dos horas de descanso que podían aprovechar a su parecer. También limitaba a veinticinco golpes, "con un instrumento suave que no les cause contusión grave o efusión de sangre", los castigos físicos con azotes que los contramaestres y propietarios podían infligir a los indisciplinados. El Código Negro sometía las plantaciones y otras explotaciones esclavistas a inspecciones anuales de comisarios. Todo propietario o patrón negligente o que maltratara a un esclavizado sería castigado con una multa, a veces con la obligación de vender al esclavo maltratado a otro propietario, incluso de emanciparlo en caso de extrema crueldad. Por su parte, los deberes de los esclavos se resumían en "obedecer y

[35] Matt D. Childs, *The Aponte Rebellion*, *op. cit.*, p. 55.

[36] Jane Landers, "Spanish Sanctuary: Fugitives in Florida, 1687-1790", *Florida Historical Quarterly*, vol. 62, nº 3, enero de 1984, p. 296-313.

respetar a sus dueños y mayordomos, desempeñar las tareas y trabajos que se les señalen conforme a sus fuerzas y venerarlos como a padres de familia"[37].

Allí donde la esclavitud no era el sistema dominante de trabajo y coexistía con el peonaje, la aparcería, el salariado y el tributo de los indios, el Código Negro reforzó las prácticas de compra de la libertad por parte del esclavo o sus seres cercanos y de manumisión por parte del amo que ya existían. También alentó a los esclavos que habían sido atrozmente maltratados, particularmente en las ciudades, a que denunciaran los abusos y torturas infligidos por sus amos o amas si estaban en estado de hacerlo. Pero en las regiones en donde la economía dependía principalmente del trabajo de los esclavos, estos últimos se beneficiaron muy poco del Código Negro pues había enfurecido a los propietarios. En La Habana, Caracas, Nueva Orleans y Santo Domingo, varios esclavistas se movilizaron para que el rey lo retirara. Estos argumentaban, generalmente con el apoyo de su respectivo gobernador, que si obedecían a las órdenes del Código, no podrían seguir produciendo las cosechas que enriquecían el tesoro real. ¿Cómo hacer trabajar a los esclavos sin imponerles la amenaza constante del látigo en sus espaldas? ¿Cómo mantenerlos subordinados e impedir que huyeran de las plantaciones si han perdido todo temor absoluto? ¿Cómo recoger la caña de azúcar si los esclavos ya no trabajaban sino del amanecer al anochecer? En fin, según los propietarios de esclavos la aplicación literal del Código Negro destruiría gran parte de las colonias de España[38].

El impacto de Saint-Domingue en las colonias españolas

El estallido sucesivo de la Revolución francesa, y luego de la de Saint-Domingue, jugó a favor de los plantadores esclavistas de la América española. En marzo de 1794, poco después de la abolición de la esclavitud por parte de Francia, la Corona de España optó por la discreción: no iba a buscar aplicar el Código Negro en sus colonias, pero no proclamaría tampoco su revocación por temor a producir movimientos entre los esclavos que ya estaban agitados por las noticias de la "revolución" iniciada por los "negros de las colonias francesas". Así pues, esta contaba con la prudencia de los propietarios del reino para que les diesen a sus esclavos un trato "sin comparación más suave" que en otras partes de las Américas[39]. A pesar de su deseo de poblar sus colonias, España no acogió a los plantadores que huyeron de Saint-

[37] "R. instrucción sobre la educación, trato y ocupación de los esclavos" (31 de mayo 1789), en Richard Konetzke (ed.), *Colección de documentos para la historia de la formación social de Hispanoamérica, op. cit.*, vol. 3, p. 643-652.

[38] Citado en Matt D. Childs, *The 1812 Aponte Rebellion, op. cit.*, p. 36-37.

[39] "Consulta del Consejo de las Indias sobre el reglamento expedido en 31 de mayo de 1789 para la mejor educación, buen trato y ocupación de los negros esclavos de América" (17 de mar-

Domingue junto con sus esclavos sino en Cuba, en Luisiana y en ciertas zonas periféricas, por temor a que estos últimos "contaminaran" a las poblaciones locales con ideas de libertad y de igualdad[40].

Esta discreción no impidió que las noticias circularan ni que esclavos se esperanzaran con ellas. Las medidas contradictorias que tomó Madrid entre 1789 y 1794 con respecto al Código Negro crearon confusión y generaron rumores diversos en sus colonias a raíz de los cuales pequeños grupos de esclavizados se movilizaron. Así como en Saint-Domingue en 1791, el rumor más recurrente era el de un edicto real de abolición de la esclavitud, que las autoridades coloniales y la élite local esconderían. El rumor se fundaba en las protestas de los plantadores esclavistas contra el código, a las cuales se agregaban las noticias de la promulgación de los decretos de igualdad de los negros y de la abolición de la esclavitud por la Francia revolucionaria. Sin embargo, las condiciones locales y la relación de poder en los distintos lugares limitaban el margen de acción de los esclavos: en ninguna región de América española la concentración y el peso demográfico de los esclavos eran tan importantes como para permitirles contemplar una rebelión masiva sin una coalición con otros sectores sociales.

Por eso, en las colonias de España la abolición de la esclavitud por Francia en 1794 sólo inspiró un levantamiento significativo que exclusivamente implicó a esclavos: en Boca de Nigua cerca de la capital Santo Domingo, en la parte española de La Española, en 1796. En otras colonias españolas, algunos motines serviles fueron rápidamente sofocados después haber estallado mientras que, en muchos casos, simples agitaciones de esclavos fueron interpretadas como conspiraciones o rebeliones por parte de las élites particularmente inquietas. Así, la tentativa de insurrección más brutalmente aplastada en la América española, en Luisiana en 1795, fue denunciada antes de que pudiera desplegarse, demostrando una vez más la ausencia de relación entre la gravedad de las acciones de los esclavizados y la crueldad de la represión gubernamental.

La rebelión servil que irrumpió en 1796 en Boca de Nigua se inscribió en una atmósfera tensa, alentada por múltiples rumores que se transmitían frecuentemente por medio de quienes visitaban la parte francesa de La Española, sobre los conflictos que conmocionaban a Saint-Domingue y los decretos que allí habían abolido la esclavitud. Es cierto que Santo Domingo no había desarrollado el modelo de plantación esclavista azucarero típico del Caribe; los esclavos aquí eran menos numerosos que los blancos y los libres de color, y estaban repartidos en pequeñas haciendas y aldeas[41]. Pero desde que España

zo de 1794), en Richard Konetzke (ed.), *Colección de documentos para la historia de la formación social de Hispanoamérica*, *op. cit.*, vol. 3, p. 726-732.

[40] Aline Helg, *Liberty and Equality*, *op. cit.*, p. 91-94, 100-105.

[41] La población total de Santo Domingo era en ese entonces de cerca de 100000 habitantes, de los cuales un 29% estaba esclavizado, un 33% eran blancos y otro 37%, libres de color (Geor-

le había cedido Santo Domingo a Francia debido al tratado de Basilea de julio de 1795, corría el rumor de que "los esclavos que se hallan en las posesiones españolas desde el instante que las posea la República [francesa] han de ser libres sin distinción alguna". La impaciencia de los esclavos aumentaba, incluso sabiendo que, en realidad, Santo Domingo permanecería bajo la autoridad de su gobernador español hasta 1799.

La rebelión de 1796 no sucedió por casualidad en la plantación más grande de la colonia española, la de Boca de Nigua, que contaba con 200 esclavos, de los cuales la mayoría de los hombres había nacido en África. Aunque los historiadores sólo disponen de la versión del gobernador español que la reprimió, parece que uno de los elementos detonadores de la revuelta fue la exacerbación del resentimiento de los esclavos como consecuencia de la muerte de dos de ellos a manos de sus mayordomos blancos. Iniciada un domingo por la tarde por el esclavo comandante de la plantación, Francisco Sopo, la rebelión involucró desde el principio a seis esclavos kongo, entre los cuales había un carretero, Antonio, y su mujer, Ana María. Después de haber robado armas y material en el depósito del azucarero, movilizaron decenas de esclavos y saquearon algunos edificios, apoderándose de bienes y vituallas. Al día siguiente, por la noche, eligieron a Antonio y Ana María rey y reina, hicieron un festín y bailaron antes de proseguir hacia otras plantaciones en las cuales incitaron a otros esclavizados "al sonido de la Libertad y extirpación de los blancos", según el gobernador.

Pero, entretanto, Sopo había abandonado la rebelión para ayudar a su amo a huir hacia la capital, donde este último alertó al gobernador, que rápidamente envió tropas y milicias locales a perseguir a los rebeldes hasta las colinas donde se habían refugiado. Seis esclavos y un soldado murieron en combate, y unos cien esclavizados fueron capturados y juzgados de manera expeditiva a finales de noviembre de 1796. Sopo (a pesar de su defección), Antonio, Ana María y cuatro otros conspiradores fueron ahorcados, decapitados y descuartizados. La mayoría de los otros, a excepción de cuatro que fueron declarados inocentes, fueron condenados a padecer hasta cien latigazos y a llevar grilletes en el cuello y los tobillos durante diez años[42].

Según el gobernador, los insurrectos habrían querido establecer un gobierno "como el del Guarico [Le Cap] y demás de la Parte Francesa". Habrían estado relacionados con emisarios del general negro criollo Jean-François y querían involucrar a la mayor parte de las plantaciones de Santo Domingo

ge Reid Andrews, *Afro-Latin America, 1800-2000*, Oxford University Press, New York, 2004, p. 41).

[42] David P. Geggus, "Slave Resistance in the Spanish Caribbean in the Mid-1790s", en David B. Gaspar y David P. Geggus (eds.), *A Turbulent Time. The French Revolution and the Greater Caribbean*, *op. cit.*, p. 139-147. Las citas provienen de Quisqueya Lora Hugi, "El sonido de la libertad: 30 años de agitaciones y conspiraciones en Santo Domingo (1791-1821)", *Clío, Órgano de la Academia Dominicana de la Historia*, vol. 80, nº 182, julio-diciembre 2011, p. 113, 115.

en su rebelión. Fue por ello que el gobernador tomó medidas extremas de seguridad para prevenir todo movimiento de solidaridad entre esclavizados y libres de color durante las ejecuciones y flagelaciones públicas. A pesar de sus temores y acusaciones de lazos con Saint-Domingue, la insurrección de Boca de Nigua no generó otras rebeldías, pero la esclavitud decayó rápidamente en la colonia. De hecho, el primero en decretar la abolición en Santo Domingo fue Toussaint Louverture al llegar allí en enero de 1801, después de la partida de las autoridades españolas. Entonces impuso el mismo sistema de trabajo agrícola militarizado que en Saint-Domingue. Al año siguiente, las tropas francesas enviadas por Bonaparte a reconquistar La Española restablecieron la legalidad de la esclavitud en Santo Domingo, pero sin llegar a frenar su declive antes de ser expulsados en 1809. En 1822, el presidente haitiano Jean-Pierre Boyer abolió definitivamente la esclavitud en la antigua parte española de la isla, dando inicio a veintidós años de anexión de Santo Domingo a Haití[43].

En varias otras colonias españolas, los esclavos mostraron que el proceso revolucionario de Saint-Domingue los animaba, bien fuera amotinándose brevemente con rumores de abolición de la esclavitud, o intercambiando ideas entusiastas sobre las Antillas francesas. Pero mientras que los gobernantes no dejaban de sospechar que estos conspiraban para lanzar una rebelión servil general, en realidad muy pocos movimientos fueron violentos. Por ejemplo, en Puerto Rico, el gobernador español anunció haber sofocado un levantamiento de esclavos inspirado en los acontecimientos de Saint-Domingue, previsto para el 15 de octubre de 1795, en la provincia poco esclavista de Aguadilla, al noreste de la isla. Aunque ningún incidente concreto hubiera estallado, esto le permitió aprovechar la ocasión para instaurar medidas de seguridad[44]. En Cuba, las autoridades españolas y las élites criollas temían particularmente la influencia del Caribe francés desde que, en sus territorios, los blancos se habían vuelto minoritarios con respecto a los afrodescendientes esclavizados y libres. Las medidas contradictorias de la monarquía española y los decretos franceses de libertad e igualdad se transformaron en rumores según los cuales el rey de España habría promulgado un edicto de abolición de la esclavitud, que las autoridades y la élite cubana esconderían. Manifestaciones serviles estallaron a raíz de ello, en parte según el modelo de Saint-Pierre, en Martinica, en agosto de 1789, con insurrectos que exigían con fuerza pero sin violencia una libertad que creían —o que esperaban—

[43] Frank Moya Pons, "Casos de continuidad y ruptura: la revolución haitiana en Santo Domingo (1789-1809)", en G. Carrera Damas y John V. Lombardi (eds.), *La crisis estructural de las sociedades implantadas*. Volumen V de *Historia General de América Latina*, Trotta-Unesco, Madrid-Paris, 1999, p. 137-161; Jean-Marie Théodat, *Haïti-République dominicaine: une île pour deux, 1804-1916*, Karthala, Paris, 2003, p. 127-128.

[44] Guillermo A. Baralt, *Slave Revolts in Puerto Rico. Slave Conspiracies and Unrest in Puerto Rico, 1795-1873*, traducido del español por Christine Ayorinde, Markus Wiener, Princeton, 2008, p. 7.

había sido concedida por Carlos IV. En la provincia cubana de Puerto Príncipe, particularmente, en julio de 1795 siete esclavos criollos de una hacienda encerraron a su dueño porque se negaba a concederles la libertad e intentaron congregar a los esclavos de plantaciones contiguas para marchar hacia la capital provincial y exigir su emancipación, sin cometer homicidios ni destrucciones. En este caso, el gobernador de Cuba no recurrió a una justicia expeditiva y, tres años después, diez inculpados seguían esperando su proceso en prisión. En junio de 1798, un nuevo motín estalló en esta provincia, esta vez con violencia: veinticinco esclavos de varias pequeñas plantaciones azucareras mataron a tres contramaestres a golpes de machete e incendiaron una granja. Según las confesiones que se obtuvieron de los insurrectos, si su movimiento no hubiera sido suprimido de manera prematura, habría debido involucrar a un gran número de participantes cuyo fin era liberar a los esclavizados, matar a los hombres blancos y apropiarse de sus mujeres. En total, las autoridades juzgaron a veintitrés esclavos, entre los que había dieciséis bozales. Veinte de ellos fueron condenados: tres líderes kongo fueron ahorcados, doce sufrieron penas de flagelación o fueron enviados a las galeras, y otros fueron vendidos por fuera de Cuba[45].

También en Cuba, otra presunta conspiración de esclavos inspirada por Haití fue descubierta en 1806 en una plantación en Güines, en la provincia de La Habana, gracias a la denuncia de tres esclavos kongo. Según estos últimos, unos esclavizados estaban preparando un complot en el trascurso del cual se rebelarían contra sus amos y marcharían hacia la ciudad de Guanabacoa, masacrando a los blancos a su paso antes de tomarse el fuerte de Guanabacoa para instalarse allí "en total libertad [...] como en el Guarico [Le Cap]". Las autoridades inmediatamente ordenaron una investigación que condujo a la detención de tres esclavos: el criollo Francisco Fuertes, el antillano francés Estanislao, que hacía soñar a sus compañeros con ideas de rebelión y de libertad, afirmando haber participado en la revolución de Saint-Domingue, y Mariano Congo, que habría intentado reunir a sus compatriotas del reino del Kongo, los cuales lo traicionaron.

No obstante, y de manera más concreta, como en Boca de Nigua en 1796, fue la agotadora explotación y los castigos atroces a los cuales los esclavos de esta plantación estaban sometidos lo que los había llevado a contemplar un levantamiento. Efectivamente, poco tiempo antes, cinco de sus compañeros habían muerto de golpes y castigos que habían sufrido y un sexto se había suicidado después de una serie de sevicias. Planeando actuar "como en el Guarico", soñaban no sólo con salir del infierno de esta plantación pero también de vivir en un mundo donde fueran liberados de sus explotadores blancos. Aunque los tres presuntos dirigentes no hubieran pasados al acto, las

[45] David P. Geggus, "Slave Resistance in the Spanish Caribbean in the Mid-1790s", *art. cit.*, p. 132-139.

confesiones que les fueron arrancadas condujeron a varias detenciones adicionales durante una investigación que se prolongó durante más de un año y probablemente desembocó en varias condenas. Gracias a estas medidas, el gobernador de Cuba afirmó haberles evitado un baño de sangre a los blancos de la región[46].

En la provincia de Pointe-Coupée, en Luisiana, la justicia española condenó de manera particularmente dura a unos presuntos conspiradores sin que se hubiesen sublevado en 1795. En efecto, la presunta rebelión de Pointe-Coupée no sobrepasó el estado de la discusión, pero condujo a la represión más cruel de la América española durante el proceso revolucionario de Saint-Domingue, demostrando una vez más que imaginar un crimen era tan grave como cometerlo. El asunto comenzó a mediados de abril de 1795 cuando dos indias túnica advirtieron a las autoridades de Pointe-Coupée de la inminencia de una rebelión de esclavizados en la provincia. En ese momento, Luisiana era una colonia poco explotada por España, que la había obtenido de Francia en 1763. Mientras que Nueva Orleans crecía, la provincia de Pointe-Coupée, a 150 kilómetros en el norte, era habitada por 2 000 blancos, la mayoría de origen francés, algunos libres de color, y 7 000 esclavos que trabajaban en plantaciones dispersadas a lo largo del río Misisipi, a quienes se añadían los numerosos indios y cimarrones que controlaban el interior. A pesar de la distancia, las noticias de la rebelión de Saint-Domingue, de la abolición de la esclavitud en las Antillas francesas, y de la guerra entre España y Francia llegaban a Pointe-Coupée, donde inquietaban a los blancos, y a la vez alimentaban las esperanzas de libertad de los esclavizados.

Después de la denuncia de las indias, el gobernador español ordenó a las fuerzas del orden indagar en todas las plantaciones, detener e interrogar a todo esclavizado sospechoso. Un escenario de complot les fue arrancado bajo tortura: los esclavos de una plantación habrían planificado rebelarse durante la ausencia de su amo, robar sus armas y quemar su hacienda para atraer a los plantadores vecinos hacia ellos y masacrarlos, quedándose con sus mujeres. Los conspiradores habrían luego planeado avanzar de propiedad en propiedad para destruirlas, movilizar a nuevos rebeldes y matar a los blancos y esclavizados reticentes. Aunque no hubiera habido revuelta y aun menos violencia o destrucción, sesenta y tres personas fueron inculpadas: cincuenta y seis esclavos, tres libres de color y cuatro blancos. Sus juicios se efectuaron del 8 al 19 de mayo de 1795 y condujeron a que veintitrés esclavos fueran ahorcados y luego fueran decapitados; los otros acusados fueron condenados al destierro o a ser vendidos en otras colonias. El gobernador hizo exponer las cabezas de los ajusticiados sobre palos ubicados en distintos lugares de Pointe-Coupée. España le prohibió a Luisiana importar nuevos

[46] Ada Ferrer, "La société esclavagiste cubaine et la révolution haïtienne", *Annales. Histoire, Sciences Sociales*, 58e année, nº 2, 2003, p. 350-356, no menciona el resultado del juicio.

esclavizados, primero procedentes de territorios franceses, luego de África. Sin embargo, el descubrimiento de esta conspiración no condujo a una revisión profunda de las relaciones entre plantadores franceses y autoridades españolas. Los primeros estaban demasiado aferrados a su autonomía frente a un Estado débil como para aceptar financiar las propuestas del gobernador de ahora deportar a los esclavos peligrosos y formar una milicia para vigilar mejor las plantaciones y perseguir a los cimarrones. Tales cambios sólo se produjeron al principio del siglo XIX, después de un breve retorno de Luisiana a manos de Francia en 1795 seguido por la venta de Luisiana a Estados Unidos por Bonaparte en 1803, cuando las plantaciones de azúcar y de algodón se multiplicaron allí, explotando cada vez más esclavizados[47].

De modo paralelo a estas manifestaciones exclusivamente serviles, algunos grupos de esclavos participaron en complots o rebeliones encabezados por libres de color o indios, haciendo de su libertad una de las exigencias de los insurrectos. Estos movimientos multiclase y multiétnicos, nacidos en un contexto de tensiones sociales exacerbadas por el proceso revolucionario de Saint-Domingue, rara vez comprendían estrategias concretas para tomarse el poder y eran a menudo descubiertos por las autoridades antes de que se produjera toda acción concreta. Por consiguiente, es difícil saber si había esclavos entre los promotores, si estos actuaban conjuntamente con otros grupos sociales porque se sabían demasiado poco numerosos como para actuar solos (salvo en algunas regiones azucareras de Cuba), o si fueron llamados o incluso forzados a unirse a estos movimientos.

La breve rebelión de Coro, en Venezuela, en 1795, que implicó a unos 400 insurrectos, entre libres de color y esclavos, fue probablemente el movimiento multiclase más importante que se desarrolló tras el estallido de la revolución en Saint-Domingue. Sin embargo, las fuentes disponibles todavía no les han permitido a los historiadores definir con precisión su organización y esquema, ni establecer el número y el papel de los esclavizados que participaron en él, en particular porque las fuerzas del orden que lo reprimieron masacraron una buena parte de los sospechosos sin dejar ningún rastro escrito sobre ellos. En una región en la cual cerca de la mitad de la población estaba conformada por libres de color, un 30% de indios, un 14% de blancos y un 12% de esclavizados, parece que los rebeldes eran sobre todo campesinos zambos y pardos libres de la sierra, a los cuales se habían juntado algunas decenas de esclavizados. Sus motivaciones eran diversas pues iban de la resistencia ante un recolector de impuestos abusivo, a la defensa de las tierras que cultivaban en contra de las crecientes pretensiones de los hacendados criollos, y a una nueva exigencia de respeto en el caso de los libres de color. La circulación de las ideas revolucionarias de las Antillas francesas

[47] Gilbert C. Din, "Carondelet, the Cabildo, and Slaves: Louisiana in 1795", *Louisiana History: The Journal of the Louisiana Historical Association*, vol. 38, nº 1, invierno de 1997, p. 5-28.

en la costa de Venezuela y las crecientes quejas de los funcionarios de Coro en cuanto a la falta de tropas para defenderla contribuyeron también a forjar, en una parte de la población, la idea de que un levantamiento regional era posible, en un momento en que muchos se impacientaban al ver que las diversas maniobras administrativas no habían servido para hacer valer lo que consideraban como sus derechos.

El 10 de mayo de 1795, José Leonardo Chirino (o Chirinos), un zambo letrado nacido libre de un padre esclavo y de una madre india, y sus cómplices, se reunieron cerca de una hacienda en el sur de Coro y luego, armados de palos y machetes, atacaron la propiedad del patrón de Chirino, un rico comerciante criollo, al que mataron antes de incendiar otras haciendas y asesinar a dos otros blancos. Al mismo tiempo, incitaron a los esclavos, a los libres de color y a los indios a que se unieran a ellos para marchar hacia Coro. Estos exigían "la ley de los franceses", es decir una república, igualdad racial, libertad para los esclavos, que se suprimieran los impuestos y tributos y se eliminara la aristocracia blanca. Si bien no cabe duda del liderazgo de Chirino, el mando conjunto de José Caridad González (uno de los numerosos kongo de Curazao que habían obtenido su libertad en Coro gracias a la política de asilo de la monarquía española antes de 1791), quien habría iniciado una revuelta simultánea en la ciudad de Coro, es más incierto. Sin embargo, tan pronto como el 13 de mayo González y otros libertos de Curazao fueron encarcelados en Coro por haber intentado robar armas, luego él y otros dos de sus hombres fueron muertos en una supuesta tentativa de fuga, y varios otros fueron condenados a ser deportados o a trabajar en las galeras. En cuanto a los insurrectos que se unieron a Chirino en la sierra, fueron incapaces de resistir a las fuerzas que las autoridades enviaron contra ellos. A pesar de la promesa de perdón que se les hizo a los que se rindieran, el 15 de mayo el comandante de Coro hizo decapitar allí mismo a veinticuatro insurrectos y, una semana más tarde, otros veintiún fueron ejecutados después de un simulacro de proceso. Algunos lograron huir, probablemente para unirse a comunidades cimarronas de las tierras del interior. Chirino consiguió esconderse durante tres meses antes de ser denunciado. Fue juzgado en Caracas por alta traición y condenado a la horca el 10 de diciembre de 1796. Su cabeza fue exhibida en una jaula de hierro fijada sobre un poste, mientras que sus manos fueron enviadas a Coro para ser expuestas, una en la entrada meridional de la ciudad, otra cerca de la hacienda de su empleador. Su mujer, que estaba esclavizada, y sus hijos fueron condenados a ser vendidos por separado en otras provincias[48].

[48] *Documentos de la insurrección de José Leonardo Chirinos*, Fundación Historia y Comunicación, Caracas, 1994; Ramón Aizpurua Aguirre, "La insurrección de los negros de la serranía de Coro de 1795: una revisión necesaria", *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, Caracas, vol. 71, nº 283, julio-septiembre de 1988, p. 705-723; Alejandro E. Gómez, "Entre résistance, piraterie et républicanisme: mouvements insurrectionnels d'inspiration révolutionnaire franco-

Aunque hubiera habido esclavos entre sus participantes, la rebelión de Coro no puede considerarse como una rebelión de esclavos pues consistió, sobre todo, en un movimiento de libres de color que se preocuparon por integrar las demandas de libertad de los esclavos en sus exigencias[49]. Por otro lado, aunque la revuelta de Coro se haya producido tres meses antes de la gran rebelión de los esclavos de la isla neerlandesa vecina de Curazao, no parece que haya tenido ningún impacto sobre esta última sino que, por un lado, correspondía a las cambiantes condiciones de esta región costera y, por otro, era sintomática de la intensa circulación de ideas en el Gran Caribe. La represión con la que se trató la rebelión ilustra la intransigencia de la élite venezolana frente a las demandas de los libres de color y de los esclavizados. De hecho, para los esclavos de Venezuela, la manumisión, el cimarronaje y el establecimiento de palenques en las tierras del interior que permanecían fuera de control estatal seguían siendo las mejores opciones para alcanzar la libertad.

Otros proyectos de rebelión multiclase en la América española no sobrepasaron el estado de discusión o no fueron sino manifestaciones de descontento popular falsamente interpretadas como complots por gobernantes en estado de alerta permanente. Por ejemplo, en 1799, el gobernador de Cartagena de Indias, en la costa caribe de Colombia, dijo haber evitado por poco el brote de una conspiración que implicaba a un sargento negro y sus milicianos negros, algunos esclavos bozales y criollos, y esclavos de Saint-Domingue que habrían sido vendidos ilegalmente a oficiales de la plaza fuerte. Según él, los conspiradores habían escondido armas y municiones (que jamás se encontraron) con el propósito de sublevarse durante Semana Santa. Planificaban asesinarlo, ocupar varios fuertes, y luego masacrar a todos los blancos y pillar la ciudad. Sin embargo, un día antes de que se realizara, la conspiración fue denunciada ante el gobernador por un cabo pardo al que los conjurados habrían intentado reclutar junto con su unidad de milicianos. Seis esclavos franceses y algunos esclavos locales fueron inmediatamente detenidos. Los primeros afirmaron ser libres pero haber sido ilegalmente capturados y vendidos como esclavos. El juez español hizo poco caso de la libertad a la que apelaban los acusados: los consideraba ante todo como esclavos peligrosos que habrían participado en las rebeliones de las Antillas francesas y le preocupaba también que hubieran sido introducidos en violación del decreto

antillaise sur la côte de Caracas, 1794-1800", *Travaux et Recherches de l'UMLV*, nº 11, enero de 2006, p. 95-97; Wim Klooster, "The Rising Expectations of Free and Enslaved Blacks in the Greater Caribbean", *art. cit.*, p. 65-69; Enrique Salvador Rivera, *Social Control on the Eve of a Slave Revolt. The Case of Coro, 1795*, tesis de Master, University of Maryland, College Park, 2013, <http://drum.lib.umd.edu/bitstream/handle/1903/14152/Rivera_umd_0117N_14289.pdf>. Sobre la política de asilo de la monarquía española, ver capítulo 2.

[49] Por ejemplo, Ana Lucia Araujo, *Shadows of the Slave Past. Memory, Heritage, and Slavery*, Routledge, New York, 2014, p. 200, presenta la insurrección de Coro como una revuelta de esclavos dirigida por el cimarrón Chirino.

real de 1791 que sólo autorizaba la importación de bozales en Cartagena. Dos esclavos sospechosos lograron huir y prender fuego a una hacienda circundante, pero una semana más tarde el gobernador consideró que las detenciones no habían producido "la menor señal de desazón" entre los demás esclavos que seguían "entretenidos [*sic*] en sus respectivos oficios". Reclamó sin embargo tropas suplementarias de España para proteger mejor la costa caribe, pues sus habitantes "de corto espíritu" podrían fácilmente "corromperse en las detestables máximas de libertad e inobediencia" propagadas por la Francia revolucionaria.

El sargento negro y los esclavos militares de Cartagena inculpados pidieron poder ser juzgados por un tribunal militar, como el fuero militar se los permitía, pero, en mayo de 1799, las autoridades reales desenmascararon una nueva conspiración, esta vez en Maracaibo, en la costa caribe de Venezuela. Dos capitanes mulatos franceses, su tripulación afrodescendiente y un subteniente de la milicia de pardos de la ciudad fueron acusados de querer introducir "el mismo sistema de libertad e igualdad que ha reducido a la ruina total [...] los puertos franceses de la isla de Santo Domingo". Madrid exigió que los acusados de Cartagena y Maracaibo fueran juzgados y ejecutados rápidamente, y que todos los esclavizados fueran sometidos a una gran vigilancia. Aunque el destino final de los inculpados sigue siendo desconocido, la tensión volvió a subir poco después cuando funcionarios reales llegaron a imaginar que estos presuntos complots formaban parte de un vasto proyecto de revolución que involucraba también a Santa Marta, Riohacha e incluso Santiago de Cuba, que gozaba del apoyo de los indios wayuu de la península de La Guajira y del cónsul francés de Curazao. Sin embargo, ninguna rebelión concreta estalló en esta extensa región, poco colonizada, donde el cimarronaje seguía siendo una opción para los esclavos[50].

La conspiración de Gabriel Prosser y la revuelta de Luisiana, dos movimientos sin lazo con Saint-Domingue

Mientras que la esclavitud decaía en Curazao y la América española continental, esta progresaba de manera fulgurante en el sur de Estados Unidos. Entre 1791 y 1812, el número de esclavizados no dejó de aumentar en los estados del Sur, debido tanto a su crecimiento natural como a la importación de africanos (ver capítulo 5). La población total de esclavos en el Sur pasó de 650 000 en 1790 a más de 1 100 000 en 1810[51]. Cada vez más esclavos eran empleados en la nueva producción de algodón, pero otros seguían cultivando arroz, tabaco y caña de azúcar o trabajando en el servicio doméstico,

[50] Aline Helg, *Liberty and Equality*, *op. cit.*, p. 109-110.

[51] U.S. Census Bureau, *Census of Population and Housing*, 1790 y 1810.

los transportes o como artesanos especializados. Paralelamente, en la inmensa mayoría de los estados del norte, la población esclavizada disminuía como consecuencia de la adopción de leyes de abolición gradual y gracias a las manumisiones, y sólo Nueva York y Nueva Jersey tenían todavía miles de esclavos[52].

Como en Cuba, la revolución en Saint-Domingue contribuyó al desarrollo de la esclavitud en el sur de Estados Unidos. Poco después de 1791, algunos plantadores de la colonia francesa devastada habían comenzado a refugiarse allí, trayendo consigo muchos esclavos, particularmente a Carolina del Sur y a Virginia (el éxodo de estos hacia Luisiana no empezó sino hasta 1805). Los estadounidenses recibieron a estos refugiados con una mezcla de empatía y desconfianza porque temían la influencia perniciosa de sus esclavizados, que habían vivido episodios revolucionarios. Las narraciones de los "horrores de Saint-Domingue" se multiplicaron y, con ellas, los rumores de conspiración. Además, las autoridades tendían a relacionar ciertos actos de rebelión de uno o varios esclavos entre ellos, dando la impresión de que formaban parte de una red peligrosa e interestatal. Así, en octubre de 1793, la interceptación de una carta anónima de un "Guardián del Secreto" mencionando el reclutamiento de miles de hombres hizo temer que una rebelión de esclavos de implicación nacional estuviera a punto de estallar en Charleston. Diversos incidentes que implicaban a esclavos de Albany, en el estado de Nueva York, e incluso en Georgia, fueron interpretados como eslabones de una gran conspiración en relación con las Antillas francesas. La llegada de prácticas religiosas de Saint-Domingue, tales como el vudú, amplificaron aun más las inquietudes de ciertos administradores[53].

En este contexto, el 30 de agosto de 1800, Faraón y Tom Sheppard, dos esclavos de Richmond, en Virginia, le advirtieron a su amo que una conspiración que implicaba decenas, incluso centenas de esclavizados iba a realizarse esa misma tarde en la ciudad y que se extendería a toda la región. Según los historiadores que la han estudiado, la transcripción detallada de las declaraciones forzadas de los inculpados permite establecer que, en este caso, los esclavizados preparaban efectivamente desde hace varios meses un complot para liberarse de la esclavitud. La conspiración de Gabriel, bautizada como su principal organizador, Gabriel Prosser, un esclavo ferretero que sabía leer y escribir, implicaba a su hermano Salomón y a varios otros artesanos esclavizados que reclutaban partidarios en sus lugares de trabajo y en reuniones sociales de esclavos tales como las ceremonias de las iglesias bautistas negras, los funerales y las barbacoas dominicales. En secreto, los conjurados transformaban layas y otros instrumentos agrícolas en espadas y lanzas, y

[52] E. J. McManus, *Black Bondage in the North, op. cit.*

[53] Robert Alderson, "Charleston's Rumored Slave Revolt of 1793", en David P. Geggus (ed.), *The Impact of the Haitian Revolution in the Atlantic World*, University of South Carolina Press, Columbia, 2001, p. 93-111.

acumulaban municiones. Al estar bien informados sobre la situación política regional, contaban con sacar provecho de la división de los virginianos blancos entre los demócrata-republicanos a favor de Thomas Jefferson y los federalistas defensores de John Adams, así como de la muy débil presencia de tropas y milicias en la ciudad de Richmond y sus alrededores durante el verano de 1800.

Su plan era encontrarse el sábado por la tarde del 30 de agosto en las afueras de Richmond, luego dividirse en tres grupos: el primero entraría en la ciudad después de medianoche para prender fuego a edificios en la parte oriental, mientras que los dos otros grupos llegarían por el otro lado para hacerse con las armas del arsenal y secuestrar al gobernador. Luego, matarían a los blancos que habrían salido a extinguir el incendio, tomarían el poder y abolirían la esclavitud. Aunque el número exacto de esclavos implicados no pueda conocerse, fue elevado, de 500 o más. Sin embargo, dos acontecimientos imprevisibles hicieron que se suspendiera el complot: como ya se mencionó, el sábado por la mañana dos conspiradores se lo revelaron a su amo, y por la tarde una violenta tormenta inundó las entradas de la ciudad, obligando a Gabriel a posponer el ataque al día siguiente. Mientras tanto, las milicias habían comenzado a hacer ronda, impidiendo a los esclavizados reunirse. En las semanas siguientes, más de 100 esclavos fueron detenidos y, entre mediados de septiembre y mediados de noviembre, un tribunal juzgó a setenta y dos esclavizados por conspiración e insurrección. Entre estos últimos, cuarenta y cuatro fueron reconocidos como culpables: veintiséis o veintisiete fueron ahorcados en la plaza principal de Richmond, los otros diecisiete o dieciocho fueron deportados y vendidos por fuera, o gozaron del perdón de las autoridades. Habiendo logrado huir, Gabriel no fue detenido, juzgado y ahorcado sino en octubre de 1800. Faraón y Tom Sheppard, que habían traicionado a sus compañeros, fueron recompensados con la manumisión y una suma de dinero[54].

Más allá de estas cifras, los documentos de la conspiración de Gabriel proporcionan informaciones importantes sobre sus participantes. Todos los inculpados eran criollos, y algunos habían sido testigos del proceso estadounidense de independencia. Varios eran letrados y gozaban de cierta autonomía tanto económica como geográfica, pues trabajaban independientemente de un amo al cual le pagaban un salario, se desplazaban de la ciudad al campo y de una propiedad a otra a pie, a caballo o en barco. En una región donde los negros esclavizados o libres representaban entre el 50% y el 60% de la población, participaban de manera activa en el desarrollo capitalista de la agricultura

[54] Douglas R. Egerton, *Gabriel's Rebellion. The Virginia Conspiracies of 1800 and 1802*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1993; James Sidbury, *Ploughshares into Swords*, *op. cit.*, p. 6-8, 40-45; Michael L. Nicholls, *Whispers of Rebellion. Narrating Gabriel's Conspiracy*, University of Virginia Press, Charlottesville, 2012.

virginiana. No fue pues por casualidad que algunos escogieran la palabra de *business* ("negocio") para referirse secretamente a su complot. Más aún, los interrogatorios muestran cómo los principales conspiradores reclutaron adeptos, con qué argumentos procuraron suscitar su entusiasmo, disipar sus miedos y convencerlos de reclutar a su vez nuevos partidarios, y a la vez previnieron el riesgo de divulgación o de traición.

Los sospechosos no invocaron un presunto decreto oficial de abolición que los esclavistas habrían ocultado, como en Luisiana o Curazao, ni la revolución de Saint-Domingue, pero algunos se refirieron a pasajes de la Biblia sobre la esclavitud de los israelitas y su salida de Egipto (tema recurrente desde la década de 1770) que comparaban con su propio destino. Otros declararon de manera más brutal que querían golpear o matar a los blancos para ganar la libertad, pero ciertos reclutadores aclararon que su intención era perdonar a las mujeres y niños, o a los cuáqueros, metodistas y franceses porque se oponían a la esclavitud; algunos conspiradores especificaron que los negros que no se hubieran unido a la rebelión también habrían sido asesinados. Contrariamente a otras conspiraciones marcadas por la presencia de mujeres y por la elección de un rey y de una reina, la de Gabriel se fundaba en la Biblia, la fraternidad masculina y el derecho fundamental de los individuos a la libertad. De hecho, Gabriel habría debido escribir sobre la bandera de seda blanca de los rebeldes las palabras "muerte o libertad", y uno de los reos sostuvo, en el momento de ser ahorcado, "que no tenía nada que declarar sino lo que habría dicho George Washington si hubiera sido preso y condenado por los británicos: que 'había arriesgado su vida para obtener la libertad de sus conciudadanos y estaba dispuesto a sacrificarse por esa causa'". Otros fueron menos políticos y afirmaron haber sido motivados por la perspectiva de poder vengarse contra repetidos abusos y "matar a blancos"[55].

Mejor documentada que otras, la conspiración de Gabriel permite también intentar comprender por qué los esclavizados Faraón y Tom Sheppard decidieron denunciar a sus compañeros doce horas antes del principio previsto de la rebelión (sin saber que una tormenta iba a impedir su realización por la tarde del 30 el agosto). Al ser detenidos e interrogados dos días después, repitieron su denuncia sin explicar las motivaciones que los llevaron a hacerla: ¿se asustaron al último minuto? ¿O querían protegerse en caso de que el *business* terminara mal, sin por ello renunciar a adherir a la rebelión si esta hubiera tenido éxito? Sin duda sabían que su traición provocaría la muerte, por lo menos, de los líderes principales; podían esperar salvar su propia vida, pero no que su traición les valiera ser emancipados. De hecho,

[55] Citado en James Sidbury, *Ploughshares into Swords*, *op. cit.*, p. 87, 88. Ver también Douglas R. Egerton, "Slaves to the Marketplace: Economic Liberty and Black Rebelliousness in the Atlantic World", *Journal of the Early Republic*, vol. 26, nº 4, invierno de 2006, p. 617-639, el cual insiste en el papel de la urbanización y monetarización de la economía en la revuelta; y Allen Dwight Callahan, *The Talking Book*, *op.cit.*, p. 6-7, sobre la dimensión bautista del complot.

salvo Gabriel y dos o tres allegados suyos, todos los esclavos implicados habían dudado del éxito del complot. Algunos sospechosos reconocieron haber sido contactados por los dirigentes, pero añadieron que habían querido "ver si el asunto progresaba bien" antes de comprometerse. Otros, asustados, intentaron razonar con los conspiradores pero no los denunciaron. Así pues, probablemente, muchos midieron las débiles posibilidades de victoria del proyecto frente a los riesgos reales que implicaba: la muerte, los suplicios, ser vendidos como esclavos a una plantación lejana o en las Antillas, es decir que se destruyera la pequeña esfera de autonomía y vida familiar que se habían construido con paciencia y sacrificios.

En efecto, varios esclavos comprometidos en la conspiración de Gabriel vivían en Richmond, donde, como los esclavos artesanos de las ciudades de las colonias españolas, ejercían oficios cualificados que les permitían vivir en familia sin el control inmediato de sus propietarios; algunos eran alquilados a empleadores externos o, mejor aún, trabajaban de manera autónoma pagándole un salario a su dueño, y tenían entonces acceso directo a la economía monetaria. Para ellos, participar plenamente en la conspiración era una decisión que implicaba consecuencias muy graves. En cuanto a las autoridades y a los blancos en general, reaccionaron aplicando castigos ejemplares, pero una vez que Gabriel fue capturado y ejecutado, no prolongaron su represión contra los otros esclavos que probablemente estaban implicados. Posteriormente, algunos esclavos de Virginia siguieron hablando de libertad y rebelión, y los rumores de complots circularon de nuevo, particularmente antes de la Pascua de 1802, sin que ninguna rebelión se produjese en la región[56].

En cambio, en 1811, varios cientos de esclavos se rebelaron efectivamente en Luisiana, antes de que el territorio se integrara como estado de la Unión. Esta rebelión, estudiada desde hace poco, es considerada por algunos historiadores "como la rebelión más grande de esclavos de la historia de los Estados Unidos" independientes, debido al número de esclavos que se comprometieron en ella y perdieron la vida[57]. Sin embargo, su represión inmediata y brutal dejó pocos documentos que permitan reconstituirla y conocer los propósitos de los rebeldes. En aquella época, Luisiana estaba bajo las órdenes de un gobernador encargado de preparar su inserción en los Estados Unidos. El primer censo estadounidense de 1810 contó a 34311 blancos, 34660 esclavizados y 7585 libres de color. Al principio del siglo XIX, 15000 refugiados, de toda categoría, habían llegado a Luisiana de Saint-Domingue,

[56] James Sidbury, *Ploughshares into Swords*, *op. cit.*, p. 95-117, 139-147; Sylviane A. Diouf, *Slavery's Exiles*, *op. cit.*, p. 259-265.

[57] Ver Robert L. Paquette, "'A Horde of Brigands?': The Great Louisiana Slave Revolt of 1811 Reconsidered", *Historical Reflections / Réflexions historiques*, vol. 35, primavera de 2009, p. 72-96; Nathan A. Buman, *To Kill Whites. The 1811 Louisiana Slave Insurrection*, tesis de Master, Department of History, Louisiana State University, agosto de 2008, p. 66-85, <http://etd.lsu.edu/docs/available/etd-07112008-110053/unrestricted/buman_thesis.pdf>.

de los cuales 9000 lo hicieron por Cuba en 1809; la mayoría eran esclavizados y libres de color, sin duda marcados por la violencia de la que habían sido testigos o actores[58]. Simultáneamente, plantadores de los estados del sur de Estados Unidos se establecían en el territorio con sus esclavos. Estas múltiples llegadas inquietaban a los libres de color que habían podido desarrollarse bajo el colonialismo español, y que ahora temían ser marginados por los nuevos inmigrantes y la segregación racial practicada en el Sur esclavista. Por su parte, los antiguos blancos de la Luisiana francesa, todavía afectados por la conspiración frustrada de Pointe-Coupée en 1795, se preocupaban por perder sus prerrogativas para provecho de los recién llegados. Por consiguiente, en esta población, que cambiaba y crecía rápidamente, las tensiones estaban vivas.

Entre el 8 y el 10 de enero de 1811, durante las fiestas de la Epifanía con las que se celebraba también el final de las cosechas, decenas, incluso cientos de esclavizados de las plantaciones de caña de azúcar situadas a lo largo del río Misisipi en el noroeste de Nueva Orleans se sublevaron. Aparentemente, la rebelión había sido planificada con mucho tiempo, en particular por Charles Deslondes, un esclavo mulato al que su ama alquilaba a otros plantadores, lo que le permitía desplazarse río arriba y río abajo y encontrarse con numerosos esclavos, entre los que estaban Kook (o Kwaku) y Quamana (o Kwamina), dos akan que habían llegado en 1806 después de haber sido arrancados del reino Ashanti, en la Ghana actual. Juntos habrían planeado tomar las armas que la milicia había dejado en la plantación de uno de los empleadores de Deslondes, reunir progresivamente a los esclavizados de las plantaciones que bordeaban el Misisipi río abajo, destruir las haciendas y matar a los blancos, hasta llegar a Nueva Orleans, unos cincuenta kilómetros más abajo, donde una rebelión debía empezar simultáneamente. No obstante, la primera etapa del plan fue un fracaso: el 8 de enero, los rebeldes encontraron el depósito de armas casi vacío; después de haber golpeado brutalmente al dueño de la plantación y matado a uno de sus hijos, partieron hacia otras propiedades, algunos a caballo pero la mayoría a pie, armados con machetes, horcas y hachas. Organizados en una columna militar detrás de los jinetes, marchaban al sonido de tambores agitando banderas y, en el camino, enlistaron a esclavizados, criollos y africanos, por voluntad propia o por la fuerza. Incendiaron casas y plantaciones; su segunda víctima fue un plantador que mataron a golpes de hacha.

Pero muchos blancos habían tenido tiempo de huir hacia Nueva Orleans, donde alertaron las autoridades. Diez horas más tarde, al atardecer, los insurrectos, cuyo número ascendía ahora a 200, incluso 500, se detuvieron a una veintena de kilómetros de la capital a la que planeaban atacar al día siguiente. Rápidamente, se encontraron aprisionados entre las tropas enviadas a

[58] U.S. Census Bureau, *Census of Population and Housing*, 1810; Nathan A. Buman, *To Kill Whites*, *op. cit.*, p. 52-64.

combatirlos y las milicias locales que los sorprendieron e hicieron "una gran carnicería". Otros insurrectos no fueron exterminados sino capturados, y otros más lograron huir hacia las ciénagas vecinas, a menudo para ser cogidos poco después. Deslondes, a quien los dueños de plantación consideraban como el líder indiscutible, fue sacado de prisión durante un linchamiento en el curso del cual fue mutilado, quemado y matado a bala. Los muchos otros esclavizados que habían sido encarcelados fueron rápidamente juzgados por tribunales *ad hoc* compuestos de plantadores. Por lo menos veinte de ellos, entre los que se encontraban Kook y Quamana, fueron ejecutados. Sus cabezas fueron expuestas en palos, junto a las de los esclavos víctimas de la "carnicería", a lo largo del camino que habían recorrido, y en Nueva Orleans. Los jueces consideraron que unos otros ochenta esclavos habían sido forzados a participar en la rebelión y los reenviaron a sus dueños. Al menos una decena de rebeldes fugitivos logró desaparecer en las tierras del interior. Dejando un balance de una centena de esclavos muertos durante la represión —en frente a sólo dos blancos muertos a manos de los insurrectos—, la rebelión de Luisiana de 1811 fue, para los esclavos, la más mortífera de la historia de los Estados Unidos. También sobresale por la capacidad excepcional de sus líderes criollos y africanos de movilizar a cientos de esclavizados más allá de sus diferencias de origen, cultura, estatus y color. Pero ninguno de sus participantes provenía de las Antillas francesas y no parece que la Revolución haitiana hubiera influenciado esta revuelta[59].

Los esclavos de Brasil y de las colonias británicas al margen de la revuelta de Saint-Domingue

Las noticias de la insurrección servil de Saint-Domingue llegaron también a Brasil y, a partir de junio de 1792, el gobernador de Pernambuco comunicaba sus inquietudes a Lisboa con respecto a la llegada de agentes de Francia que difundían ideas revolucionarias de libertad y de igualdad, que podrían incitar a los esclavos a rebelarse contra sus dueños. Pero en todas las provincias de Brasil, los esclavizados siguieron liberándose por medio del cimarronaje o comprando su libertad. Las rebeliones y conspiraciones de esclavizados que estallaron o que fueron descubiertas en la región de Salvador de Bahía entre 1807 y 1814 estaban ligadas a quilombos o afirmaban una identidad hausa (el término *hausa* se refiere a la región islamizada que se extiende en el norte de Nigeria y en el sur del Níger actuales, ver capítulos 9 y 10). En realidad, el proceso revolucionario de Saint-Domingue no inspiró a los esclavos,

[59] *Ibid.*, p. 66-85; Robert L. Paquette, "'A Horde of Brigands?'", *art. cit.*

pero sí a negros y mulatos libres que se movilizaron por la igualdad racial, particularmente en la Conspiración de los Sastres, descubierta en 1798 en Bahía[60].

Lo que es más sorprendente es que, durante el mismo período, la rebelión de Saint-Domingue no les sirvió tampoco de modelo a los esclavos de las Antillas británicas[61]. Sin embargo, en Jamaica, vecina de la colonia francesa, algunos esclavos se regocijaron con noticias de la rebelión de la Plaine du Nord que habían traído unos refugiados franceses y sus esclavos, o marineros, y, muy rápido, ellos compusieron cantos glorificando los rebeldes de Saint-Domingue, lo que condujo a los plantadores a denunciar "la insolencia" súbita de su mano de obra cautiva. Luego, en diciembre de 1791, circularon rumores según los cuales unos esclavos estaban preparando una rebelión para Navidad, pero ningún movimiento perturbó las fiestas de finales de año. Doce meses más tarde, unos mulatos libres de Kingston, probablemente inspirados por los logros que habían alcanzado los libres de color franceses, presentaron una petición que reclamaba que se suspendieran ciertas discriminaciones raciales, pero no por ello se movilizaron los esclavizados. Una tranquilidad similar reinaba en otras colonias británicas de las Antillas y de la Guayana, sabiendo que todas tenían una demografía explosiva, compuesta por más de un 80% de esclavos con respecto a una minoría de europeos y de libres de color. Al mismo tiempo, entre 1791 y 1800, las colonias británicas batían sus propios récords de importación de esclavos africanos: más de 300000 (de los cuales la mitad para Jamaica) de un total de 764000 africanos desembarcados en el conjunto de las Américas durante esta década[62]. Los dueños de plantación seguían desinteresados en la reproducción natural de sus esclavizados pues consideraban que la inversión en un nuevo cautivo se rentabiliza después de unos siete años, sabiendo que además la disminución de la demanda francesa había hecho bajar los precios de

[60] João José Reis y Flávio dos Santos Gomes, "Repercussions of the Haitian Revolution in Brazil, 1791-1850", en David P. Geggus y Norman Fiering (eds.), *The World of the Haitian Revolution*, Indiana University Press, Bloomington, 2009, p. 285-287. La Conspiración de los Sastres se refería a la Revolución francesa y a los ideales de libertad, igualdad y fraternidad, denunciaba la monarquía portuguesa y exigía la liberalización del comercio y un aumento de los salarios militares. Comprendía a blancos y pardos libres, pero no a esclavizados (aparte de los que fueron entregados a la justicia por algunos propietarios de la élite para protegerse de toda acusación de haber participado al complot), incluso si esta estaba abierta a incluir sus exigencias de libertad. Ver Patrícia Valim, *Corporação dos enteados - tensão, contestação e negociação política na Conjuração Baiana de 1798*, tesis de doctorado, Universidade de São Paulo, São Paulo, 2012, <http://www.teses.usp.br/teses/disponiveis/8/8137/tde-02042013-115539/pt-br.php>; Luís Henrique Dias Tavares, *Da sedição de 1798 à revolta de 1824 na Bahia: estudos sobre a sedição de 12 de agosto de 1798*, EDUFBA et UNESP, Salvador y São Paulo, 2003.

[61] Un estudio detallado de algunas plantaciones de Jamaica y Barbados a finales del siglo XVIII[e] deja ver también una tasa de fugas de esclavizados (cimarronaje de gran escala) muy baja durante este período (Justin Roberts, *Slavery and the Enlightenment in the British Atlantic, 1750-1807*, Cambridge University Press, New York, 2013, p. 320-321).

[62] *Voyages*, *op.cit.*

los bozales[63]. Según ellos, la aplicación arbitraria del terror seguía siendo el mejor antídoto contra las revueltas. Como lo escribía en 1793 el inglés Bryan Edwards en su historia de las Indias occidentales británicas:

> En los países donde se ha establecido la esclavitud, el principio fundamental sobre el cual el gobierno se mantiene es el miedo: es decir un sentimiento de esta necesidad absoluta de coerción, que no deja ninguna alternativa de acción, que reemplaza y anula todas las cuestiones de derecho.[64]

Sin embargo, además del terror, otros factores explican la ausencia de rebeliones en las colonias británicas después de 1791. En primer lugar, los esclavos tenían un conocimiento detallado del contexto en el cual vivían. Si se sublevaban, era generalmente porque percibían fallos considerables en el sistema colonial y esclavista que los dominaba, como fue el caso en las trece colonias británicas continentales después de 1776 y en las colonias francesas después de 1789. Ahora bien, hasta la década de 1800, estas divisiones internas no existieron en las Antillas británicas, donde la unidad de la población blanca, particularmente los plantadores, era sólida. Luego, como lo apunta el historiador David Geggus, la presencia de importantes fuerzas militares (incluyendo tropas a caballo en Jamaica) impedía que toda sublevación local se esparciera[65]. Incluso cuando, en 1795, Londres movilizó estas fuerzas armadas contra comunidades cimarronas con las que la monarquía británica había firmado tratados de paz, como la del norte de Cockpit Country en Jamaica y la de Saint-Vincent, para impedir que sirvieran de puente con la Francia revolucionaria, sólo algunas decenas de esclavos de estas dos islas se unieron a los cimarrones, a pesar de los llamados que hacía Víctor Hugues desde Guadalupe incitándolos a que quebraran las cadenas de la Gran Bretaña tiránica[66]. Además, inclusive en Inglaterra, los abolicionistas, que habían comenzado a expresarse contra la trata de negros en la década de 1780, se habían callado después de que se disparara la revolución en Saint-Domingue; la marina y el Ejército real habían logrado ocupar algunas colonias francesas y mantener allí la esclavitud después de 1794 sin provocar críticas por parte de los abolicionistas. Sin aliados en Londres, sin grietas en el sistema

[63] Vincent Brown, *The Reaper's Garden*, *op. cit.*, p. 188.

[64] Bryan Edwards, *The History Civil and Commercial of the British Colonies in the West Indies* (1793, 1801), citado en Vincent Brown, *The Reaper's Garden*, *op. cit.*, p. 131.

[65] David P. Geggus, "The Enigma of Jamaica in the 1790s: New Light on the Causes of Slave Rebellions", *The William and Mary Quarterly*, vol. 44, nº 2, abril de 1987, p. 275-278, 283, 292-293.

[66] Sobre las guerras contra los cimarrones en Jamaica y Saint-Vincent, ver Michael Craton, *Testing the Chains*, *op. cit.*, p. 190-194, 204-207, 211-223; Michael Craton, "The Black Caribs of St. Vincent: A Reevaluation", en Robert L. Paquette y Stanley L. Engerman (eds.), *The Lesser Antilles in the Age of European Expansion*, *op. cit.*, p. 71-85.

de dominación colonial, los esclavizados de las islas británicas sabían que una tentativa de rebelión los llevaría a una muerte segura.

Aun peor para ellos era el hecho de que las estrategias tradicionales de liberación se fueron reduciendo cada vez más: los territorios de cimarronaje se estrechaban, la manumisión fue prácticamente prohibida, y la emancipación por medio del servicio de armas, que Gran Bretaña les había no obstante prometido a los esclavizados de las trece colonias continentales durante su guerra de independencia, se volvió imposible después de 1791. En efecto, a la luz de los acontecimientos de Saint-Domingue, los plantadores y los administradores de las Antillas británicas se opusieron de manera aun más sistemática que antes a la presencia de negros en el Ejército real, ya fueran libres o esclavizados encargados de las tareas más despreciables, por temor a que organizaran una revuelta contra la pequeña minoría blanca de las colonias azucareras. No obstante, los *maroons* que habían concluido tratados de paz con Gran Bretaña, cuya eficacia y prontitud a la hora de movilizarse ya se habían comprobado, siguieron sirviendo como fuerza complementaria en caso de crisis. Pero frente a la imposibilidad de reclutar a suficientes soldados *in situ* y en la metrópoli para sus necesidades crecientes, el Ejército real se volvió hacia un nuevo tipo de reclutas: esclavizados que provenían directamente de África. Entre 1795 y 1808, el ejército de Su Majestad compró un total de 13 400 jóvenes esclavizados en África para transformarlos en soldados organizados en unidades especiales, los llamados regimientos de las Indias occidentales, a pesar de las protestas de los dueños de plantación, quienes predecían pésimos desastres para las colonias. En 1798, doce de estos regimientos habían sido formados de este modo, cada uno con mil soldados africanos mandados por oficiales británicos. Estos 12 000 esclavos-soldados constituían un tercio de los efectivos británicos alistados en la región[67].

Su posición era precaria y ambigua: al ser africanos en colonias donde los esclavos eran mayoritariamente criollos, estaban doblemente aislados por su cultura y el papel militar que cumplían. Entrenados y armados, seguían siendo esclavos y propiedad del rey, sometidos tanto a las leyes del ejército como a las de las colonias esclavistas racistas. Podían matar a blancos en combate, pero no tenían derecho a testificar contra blancos ante la justicia. Vivían con el temor constante de tener que trabajar en las plantaciones o de ser apresados por el enemigo o por corsarios para ser vendidos en otro lugar. Estos temores hacían que rara vez se rebelaran, salvo en caso de que estuvieran convencidos de que serían enviados a las plantaciones. De hecho el Estado Mayor británico organizó los regimientos de las Indias occidentales de modo que los esclavos-soldados africanos no pudieran aliarse con los esclavizados urbanos o rurales contra los colonos blancos. Regidos

[67] Roger Norman Buckley, *Slaves in Red Coats, op. cit.*, p. 12-19, 142; Sylvia R. Frey, *Water from the Rock, op. cit.*, p. 139; Michael Craton, *Testing the Chains, op. cit.*, p. 169.

por una disciplina de hierro, y temiendo siempre la perspectiva de las plantaciones, algunas veces incluso defendieron el esclavismo en el Caribe, y algunos se desempeñaron como soldados temibles contra los *maroons* de Cockpit Country y "el ejército francés en los bosques" en Santa Lucía[68].

Después de que el Parlamento británico votara la abolición de la trata de negros a partir de 1808, el Ejército real no pudo comprar más esclavos de África para transformarlos en soldados. Pero sus nuevos reclutas no eran más voluntarios que los precedentes: eran esclavizados que la marina británica confiscaba en los barcos de contrabando negrero y luego "emancipaba" antes de integrarlos como "aprendices" en estos regimientos, al igual que los soldados negros de las colonias francesas y neerlandesas ocupadas por Gran Bretaña. El Mutiny Act de 1807 permitió asegurar su fidelidad: pronunció la emancipación inmediata de unos 10000 esclavos militares de los regimientos de las Indias occidentales, pero los obligó al mismo tiempo a servir de por vida como soldados de Su Majestad. Así pues, contrariamente a los esclavos alistados en los ejércitos de las monarquías ibéricas y de la Francia revolucionaria en este período, los del ejército británico tenían el título de libertos, pero no podían ejercer su libertad, incluso después de varios años de servicio[69].

El viraje decisivo de la Revolución haitiana

Las noticias de la revolución de Saint-Domingue y de la abolición de la esclavitud por parte de la Francia revolucionaria en 1794, luego de las de la victoria militar y de la independencia de Haití, produjeron ondas de choque en las Américas. Sin embargo, si estas noticias alegraron a muchos esclavos, se debe reconocer que no produjeron la insurrección servil general que tantos amos y gobernantes temían. Sin duda, el territorio más sacudido por estos acontecimientos, sin contar a Saint-Domingue, fue Guadalupe, donde miles de los emancipados de 1794 se sublevaron contra el restablecimiento de la esclavitud por Bonaparte en 1802 y resistieron al ejército francés durante varios meses. Las fugas, los combates y la miseria fueron tales que la población de la isla había disminuido el 10% cuando las tropas napoleónicas se retiraron. En Santa Lucía la esperanza suscitada por el decreto francés de abolición también provocó la resistencia armada de miles de esclavos contra la ocupación británica a partir de abril de 1794, en el curso de la cual la isla perdió el 20% de sus esclavos. Pero entre las otras rebeliones que han sido examinadas en este capítulo, sólo las de Curazao y de Coro, en 1795, y la de Luisiana, en 1811, se amplificaron y movilizaron a cientos de participantes.

[68] *Ibid.*, p. 228-229.

[69] Roger Norman Buckley, *Slaves in Red Coats*, *op. cit.*, p. 77-80.

De estas tres, sólo las de Curazao y Luisiana fueron esencialmente rebeliones de esclavos, pues la de Coro fue multiclase y la dirigió un libre de color. Simultáneamente, pequeños motines estallaron en diversas regiones pero fueron extirpados antes de pudieran extenderse. Varias conspiraciones, reales o presuntas, fueron también cortadas desde la raíz como consecuencia de delaciones o traiciones y se terminaron con la detención, tortura y a veces ejecución de decenas de esclavos, como sucedió después del supuesto complot de Pointe-Coupée, en 1795, o el de Gabriel en Virginia, en 1800.

En cuanto a la influencia de la insurrección de Saint-Domingue en estos acontecimientos, fue evidente en las rebeliones de Santa Lucía, de Curazao y de Coro, en el curso de las cuales los rebeldes invocaron la "ley de los franceses" de 1794. En otros lugares fue más indirecta, y estuvo vinculada a la llegada de refugiados de Saint-Domingue, o se manifestaba en las amenazas de esclavos que pretendían "hacer lo mismo que en Saint-Domingue"; a veces sólo existió en los imaginarios de amos y gobernantes atormentados por el fantasma de "otro Saint-Domingue". En efecto, estos últimos tendieron a interpretar toda manifestación de descontento servil como un complot en gestación y no dudaron en condenar a sospechosos al cadalso, con o sin confesiones. Así pues, los veintitrés esclavos de Pointe-Coupée que fueron ejecutados en 1795 no se habían sublevado e incluso posiblemente jamás se habían reunido con ese objetivo. Al contrario, los veintiséis o veintisiete esclavos que fueron ahorcados con Gabriel en Richmond, en 1800, sí habían probablemente planeado una rebelión importante, pero fueron aniquilados antes de que esta comenzara. La amplitud de la represión no emanaba pues necesariamente de la realidad del crimen, ya que los castigos podían ser desproporcionalmente crueles con el fin de aterrorizar a los esclavos o deliberadamente indulgentes para minimizar las pérdidas de los propietarios de esclavizados.

No obstante, la escasez de rebeliones de gran amplitud después de 1794 no significa que la insurrección de Saint-Domingue haya tenido poco impacto en los esclavos. Los que se enteraron de ella comprendieron bien su naturaleza revolucionaria. Pero al observar su entorno, estos esclavizados entendían también que sus condiciones eran muy distintas a las que habían caracterizado la revolución de Saint-Domingue y que, en su caso, rebelarse o conspirar sería mortífero. La gran lección que aprendieron de Haití fue que la esclavitud no era inmutable ni invencible. En el contexto agitado de la era de las revoluciones, muchos seguían con atención los cambios legislativos que indisponían a sus propietarios, como el Código Negro español, la abolición francesa de la esclavitud, las leyes de emancipación gradual en el norte de Estados Unidos y la interdicción de la trata de negros por Gran Bretaña y Estados Unidos. Cada vez más esclavos se apoyaban en la legislación y en los derechos naturales para denunciar los abusos y las torturas impartidas por sus amos, o para intentar obtener su emancipación y la de

sus seres cercanos[70]. Además, después de 1794, las manifestaciones en las cuales esclavizados reclamaron una libertad que creían había sido decretada por el rey o el gobierno, pero que les había sido ocultada por sus amos, se multiplicaron.

A partir de 1810, las guerras de independencia de las colonias continentales de España que siguieron a la invasión napoleónica de la península ibérica les proporcionarían a los esclavos de estos territorios nuevas ocasiones para liberarse. Miles de ellos huyeron o se encontraron sin amo y otros se alistaron en los ejércitos rivales a cambio de la promesa de emancipación.

[70] Lyman L. Johnson, "Manumission in colonial Buenos Aires", *art. cit.*; Arturo Ariel Bentancur, "Amos y esclavos en el viejo Montevideo. El combate por la libertad (1790-1820)", en Arturo Ariel Bentancur y Fernando Aparicio, *Amos y esclavos en el Río de la Plata*, Grupo Editorial Planeta, Montevideo, 2006, p. 15-206; Aline Helg, *Liberty and Equality*, *op. cit.*, p. 113-118.

Capítulo VIII

LAS GUERRAS DE INDEPENDENCIA DE LA AMÉRICA IBÉRICA: NUEVAS OPORTUNIDADES DE LIBERACIÓN

La invasión de la península ibérica por Napoleón en 1807-1808 le dio un vuelco a la relación entre los reyes de Portugal y España, y sus súbditos de ambos lados del océano Atlántico. Simultáneamente, como había sucedido en 1776 en las colonias británicas y en 1791 en Saint-Domingue, Brasil y los virreinatos españoles, los esclavizados fueron alimentando la esperanza de que esa transformación relacional entre el rey y sus amos condujera a que fueran liberados o a que sus condiciones mejoraran. Sin embargo, si bien la abdicación del rey de España y la huida del rey de Portugal al Brasil impusieron de inmediato un cuestionamiento sobre las relaciones entre metrópoli y colonia, estas no pusieron la institución de la esclavitud en el centro de atención del debate. Pero esto no impidió que circularan rumores de emancipación entre los esclavos, quienes renovaron sus esfuerzos por liberarse.

El monarca, ¿protector de los esclavos contra los amos colonos?

Cuando, en 1808, el emperador Dom João llegó a Brasil con su corte y su administración —en total, cuarenta embarcaciones que transportaban entre 10 000 y 15 000 personas bajo la protección de la marina británica—, se regaron falsas noticias según las cuales este iba a acabar con la esclavitud. Según unos testigos, algunos esclavos de Río de Janeiro habrían gritado: "Nuestro amo ha llegado. ¡Es el fin de la esclavitud!". La razón de ser de esta esperanza era seguramente el hecho de que la monarquía portuguesa había promulgado, en 1761, que todo africano que llegase a la metrópoli sería declarado libre y luego, en 1773, que los hijos que nacieran allí, de padres esclavizados, serían libres; esto equivalía a una abolición gradual de la esclavitud. Cuando el emperador se instaló en Brasil, algunos esclavos creyeron, lógicamente, que haría aplicar las leyes que estaban en vigor en Portugal. Pero estos decretos no afectaban la esclavitud como sistema de trabajo y, lo que es más, João VI no los extendió a sus territorios de África, Asia y América[1].

[1] A. C. de C. M. Saunders, *A Social History of Black Slaves and Freedmen in Portugal: 1441-1555*, Cambridge University Press, Cambridge, 1982, p. 178-179. La esclavitud siguió siendo legal en el Imperio portugués hasta 1875, luego se la disimuló bajo otras apelaciones (contratos

Así, pues, el traslado de la monarquía portuguesa a Brasil tuvo pocos efectos sobre la condición de los esclavos. La población de Río se multiplicó por un poco más de dos en diez años, hasta alcanzar los 80000 habitantes en 1815, como consecuencia del desembarco de portugueses y de miles de esclavizados importados de África cada año. Ante estos cambios, el nuevo intendente de la ciudad, habiendo llegado de Lisboa, quiso prevenir los excesos de la esclavitud imponiendo un control estricto sobre el mercado de esclavos y los azotamientos públicos. El mismo João VI expresó la indignación que sentía ante la crueldad de ciertos amos, particularmente al intervenir en una flagelación de la cual fue testigo. Varios esclavos volvieron a esperar que el emperador sería, si no su liberador, por lo menos su protector. Algunos utilizaron sus días de descanso para ir al palacio real y presentar peticiones individuales denunciando los abusos de sus amos y pidiendo su manumisión. Este movimiento se expandió tanto que el intendente de Río decidió encarcelar a los solicitantes hasta que sus casos personales fueran resueltos, para protegerlos de las represalias de sus amos. Aunque se ignore el desenlace de estas solicitudes, mostraban que algunos esclavos estaban dispuestos a utilizar la menor oportunidad para intentar ganar, pacífica y legalmente, de ser posible, la libertad[2].

Fuera de Río de Janeiro, la instalación provisional del Imperio portugués en Brasil no modificó la vida cotidiana de los esclavizados. Igualmente, la vuelta de João VI a Lisboa en 1821, y luego en 1822, la proclamación de independencia del imperio de Brasil por su hijo Pedro I, afectaron muy poco la trata negrera. Cada año, hasta 1850, decenas de miles de esclavos africanos siguieron afluyendo a los puertos brasileros para llegar a representar la mayor parte de la mano de obra del país. La legislación que los concernía no fue modificada. Por lo demás, puesto que el proceso de separación de Brasil no llevó a una guerra como tal, no se acudió al reclutamiento de esclavos, como había sido el caso en las trece colonias británicas o en Saint-Domingue y, por consiguiente, no se les ofrecieron vías adicionales de manumisión. Sólo un episodio militar, en Bahía, en 1822-1823, les permitió a algunos hombres esclavizados, que habían sido reclutados junto con libres de color, ser emancipados. En efecto, la ocupación de la ciudad de Salvador por los portugueses obligó a los brasileros a enrolar también a negros y mulatos libres para completar sus frágiles tropas. Algunos esclavos aprovecharon la ocasión para escaparse de sus amos y alistarse en el ejército fingiendo ser libres; otros se vieron enlistados por la fuerza sin que el ejército o Pedro I les prometiera la manumisión. El número de esclavos-soldados, aunque es difícil evaluar, fue

de *liberto* o *serviçal*). Ver Shubi L. Ishemo, "Forced Labour and Migration in Portugal's African Colonies", en Robin Cohen (ed.), *The Cambridge Survey of World Migration*, Cambridge University Press, Cambridge, 1995, p. 162-165.

[2] Kirsten Schultz, *Tropical Versailles. Empire, Monarchy, and the Portuguese Royal Court in Rio de Janeiro, 1808-1821*, Routledge, New York, 2001, p. 122, 165-176; Mary C. Karasch, *Slave Life in Rio de Janeiro, 1808-1850*, Princeton University Press, Princeton, 1987, p. 239.

siempre limitado. Sin embargo, el asunto del estatus de los esclavizados se planteó después de la victoria de los independentistas, pues el regreso de estos a sus plantaciones podía causar disturbios. Por esto, las nuevas autoridades brasileras resolvieron emanciparlos, manteniéndolos alistados en el ejército, y compensando a sus propietarios disgustados[3].

Contrariamente al caso de Brasil, el proceso de independencia en la América española fue largo y violento. La abdicación, seguida de la reclusión en Francia del joven rey Fernando VII, planteó el problema de la forma que debería tomar el gobierno en la ausencia del rey. En varios virreinatos, españoles y criollos se dividieron progresivamente entre realistas y autonomistas, luego entre realistas e independentistas. Para muchos esclavizados, el rey seguía siendo una figura clemente y protectora, mientras que las élites que se enfrentaban eran generalmente los mismos amos de los que querían emanciparse. Al mismo tiempo, como los independentistas comparaban el colonialismo de España con la esclavitud de la cual querían romper las cadenas para liberarse, alimentaban con su discurso las esperanzas de libertad de los esclavizados. Cuando, en varias regiones, la oposición entre realistas e independentistas se transformó en guerra civil, nuevas posibilidades de emancipación se abrieron para los esclavos que se alistaron de un lado o del otro del conflicto, mientras que los desórdenes que este produjo favorecieron la huida y el cimarronaje. Por consiguiente, en todas las colonias continentales de España, la institución de la esclavitud se debilitó y la población cautiva disminuyó, también porque, salvo en el Río de la Plata, se había cesado de importar bozales veinte años antes.

Liberación de esclavos en México insurrecto

Cuando Fernando VII abdicó, no quedaban en México sino unos 10000 esclavizados en una población total de seis millones de habitantes (de los cuales más o menos el 10% eran afrodescendientes libres)[4]. Estos esclavizados vivían sobre todo en la región de Chilpancingo, al suroeste de Ciudad de México (el actual estado de Guerrero), y en Veracruz y su gran *hinterland*, rico en plantaciones de caña de azúcar. Desde 1810, como reacción a la formación de juntas aristocráticas de criollos y peninsulares formadas para gobernar México en nombre del rey, un gran movimiento popular se formó bajo la dirección del cura del pueblo de Dolores, Miguel Hidalgo y Costilla. En su primera proclamación de octubre de 1810, Hidalgo, con una bandera

[3] Hendrik Kraay, "'Em outra coisa não falavam os pardos, cabras, e crioulos': o 'recrutamento' de escravos na guerra da Independência na Bahia", *Revista Brasileira de História*, vol. 22, nº 43, 2002, p. 109-126.

[4] Jorge I. Domínguez, *Insurrection or Loyalty. The Breakdown of the Spanish American Empire*, Harvard University Press, Cambrige, 1980, p. 30.

de la Virgen de Guadalupe en mano, se posicionó como cristiano, católico, fiel al rey Fernando VII y opuesto a la ideología impía de la Revolución francesa. Precisó: "La libertad política de la cual hablamos es aquella que consiste en que cada individuo sea el único dueño del trabajo de sus manos". Se pronunció contra toda explotación, encarnada según él por los gachupines (españoles), que debían ser expulsados del país sin violencia. Luego, el 19 de octubre, Hidalgo hizo publicar un decreto de abolición de la esclavitud, que consideraba como fundamentalmente opuesta a la ley divina: "Prevengo a todos los dueños de esclavos y esclavas, que luego inmediatamente que llegue a su noticia esta plausible superior orden, los pongan en libertad, otorgándoles las necesarias escrituras de alahorria con las inserciones acostumbradas, para que puedan [hacer lo que] hacen las personas libres; y no lo haciendo así los citados dueños de esclavos y esclavas sufrirán irremisiblemente la pena capital y la confiscación de todos sus bienes". Hidalgo prohibió también las ventas de esclavizados y suprimió los tributos que se les imponían a las castas (afrodescendientes libres) y a los indios. Simultáneamente, advirtió a "toda la plebe", que había hecho instalar cuatro horcas en la plaza de Valladolid para "colgar" a todo individuo que se dedicase al saqueo y al desorden[5]. Un mes más tarde, en su plan de gobierno, Hidalgo confirmó la libertad absoluta de todos los esclavos y la supresión de todos los tributos. Más aún, proclamó la igualdad entre individuos: "Ninguno se distinguirá en calidad sino que todos se nombrarán americanos". Después de que fuera arrestado y ejecutado por los realistas en 1811, fue reemplazado por el cura José María Morelos, que dirigía el movimiento rebelde y proclamó la independencia de México a la vez que confirmaba su profundo arraigo en la religión católica. Tanto el primer proyecto de Constitución de México en 1812, como los "Sentimientos de la Nación", redactados bajo supervisión de Morelos en 1813, reafirmaron la abolición total de la esclavitud y las distinciones de castas[6].

Infortunadamente los historiadores se han interesado poco en el impacto que tuvieron estas proclamaciones de libertad en los esclavos de México. Los estudios que han intentado evaluar la composición sociorracial de los ejércitos conformados por las decenas de miles de campesinos, jornaleros, artesanos, muleteros, mineros y otros trabajadores que siguieron a Hidalgo, y luego a Morelos, mencionan a negros, mulatos y zambos, pero no a esclavizados, probablemente porque estos se consideraron de allí en adelante como libres[7]. En efecto, contrariamente a otras proclamaciones, como la de Lord Dunmore en Estados Unidos en 1775, o las de revolucionarios franceses en

[5] *Documentos para la historia del México independiente, 1808-1938*, Miguel Ángel Porrúa, México, 2010, p. 70-75 (cita p. 74).

[6] *Ibid.*, p. 107, 131, 138 (cita p. 76).

[7] Por ejemplo, Eric Van Young, *The Other Rebellion. Popular Violence, Ideology, and the Mexican Struggle for Independence, 1810-1821*, Stanford University Press, Stanford, 2001, p. 39-65.

las Antillas en 1793, o también las de los independentistas de Venezuela o del Río de la Plata, que se examinarán más abajo, la abolición decretada por Hidalgo, y más tarde por Morelos, era incondicional. De ahí en adelante, todos los esclavizados eran libres, y no debían para ello combatir en el ejército patriótico ni seguir trabajando en las plantaciones.

Además, las tropas de Morelos controlaron durante casi dos años el territorio al sur de la ciudad de México, donde vivía una parte de los 10000 esclavos del país. Fue allí, en Chilpancingo, en 1813, donde los independentistas celebraron su primer congreso y que Morelos les ordenó a los intendentes y a los magistrados "se ponga en libertad" a los que estaban todavía esclavizados. Sin duda, una parte de los afrodescendientes de esta región, que seguían estando sometidos a la esclavitud, aprovecharon la ocasión que les daba esta orden para volverse libres, pidiendo que se aplicase, y uniéndose a los miles de rebeldes indios, blancos, mestizos y afrodescendientes presentes. Morelos envió también emisarios a las zonas de plantación azucarera esclavista de Córdoba, al suroeste de Veracruz. Muchos esclavizados respondieron a su llamado y agrandaron las desordenadas bandas de independentistas de la región, hasta el punto que los hacendados tuvieron que formar milicias para defender sus propiedades. Después de la ejecución de Morelos por los monárquicos a finales de 1815, muchos rebeldes aceptaron la oferta de amnistía de estos últimos, cosa que acabó de manera provisional con el movimiento independentista popular. Pero como la amnistía no les garantizaba la libertad a los esclavos fugitivos, algunos cimarrones se refugiaron en las montañas colindantes para vivir de la rapiña y de pequeños cultivos alimenticios, sin que las patrullas de hacendados lograran someterlos.

Cuando México se volvió independiente en 1821, su constitución no puso fin a la esclavitud pero, en ese momento, menos de 3000 hombres, mujeres y niños permanecían esclavizados. Fue el antiguo teniente de Morelos, Vicente Guerrero, quien abolió definitivamente la esclavitud en México, en septiembre de 1829, durante su breve presidencia de la república. Esta abolición oficializó la libertad que muchos esclavos fugitivos habían obtenido al huir en el curso de esas dos décadas de disturbios y guerra. Sin embargo, Guerrero no logró imponer la abolición en Texas, que estaba siendo colonizado por estadounidenses que llevaban consigo a miles de esclavizados de Alabama y Georgia para desarrollar plantaciones de algodón en el territorio[8]. No obstante, a la abolición de la esclavitud en México, que había sido una de las primeras regiones en beneficiarse de la trata negrera en el siglo XVI, se sumó la que decretó América Central en 1824. Esto significó que todos los afrodescendientes del

[8] Patrick J. Carroll, *Blacks in Colonial Veracruz*, *op. cit.*, p. 99-111; Ted Vincent, "The Blacks who Freed Mexico", *Journal of Negro History*, vol. 9, n° 3, verano de 1994, p. 257-276. Tanto Morelos como Guerrero eran mestizos de ascendencia parcialmente africana.

continente americano que vivían entre la Alta California y el sur del Río Grande y Costa Rica eran desde entonces ciudadanos libres.

Los esclavos de Venezuela en busca de libertad al servicio del rey de España

A diferencia de México, donde una gran parte de las clases populares se enlistó en el frente antiespañol dirigido por Hidalgo y Morelos, en Venezuela el movimiento independentista fue dirigido por las élites criollas esclavistas, lo que contribuyó a empujar a los afrodescendientes libres y esclavizados hacia los realistas. En víspera de las guerras de independencia, Venezuela contaba con cerca de 60 000 esclavos, con respecto a una población total de 900 000 habitantes, de los cuales la mayoría eran negros y pardos libres, y los blancos eran minoritarios. Estos esclavos vivían sobre todo en la gran provincia de Caracas, donde se desarrollaban las plantaciones de cacao y las tensiones sociales se habían agravado después de la represión de la revuelta de Coro en 1795. Además, el sur y el este del territorio estaban bajo el dominio de naciones indígenas insumisas, mientras que el interior del país seguía estando poco colonizado y albergaba entre 24 000 y 30 000 cimarrones que vivían junto con fugitivos de otros grupos sociales en comunidades irreductibles que llevaban, muchas veces, varias generaciones allí[9]. Esta población marginal no pretendía volcar el *statu quo* colonial al cual se había acomodado.

Fue la élite criolla de Caracas, compuesta de dueños de plantación esclavistas y de comerciantes que habían cuestionado el Código Negro de 1789 y se oponían a toda mejora de la situación de los libres de color, quien declaró la independencia de Venezuela el 5 de julio de 1811. La Constitución republicana que estos independentistas adoptaron a finales del año establecía un sufragio censitario fundado en la fortuna y la educación, que permitía excluir a la mayor parte de los pardos. En cuanto a la esclavitud, la Constitución se limitaba a prohibir la importación de nuevos esclavos, en parte para ganarse la simpatía de Gran Bretaña, que había abolido la trata en 1807. Esta prohibición no tuvo ningún efecto sobre los dueños de plantación venezolanos, quienes desde hacía veinte años ya casi no importaban esclavos, y a esta prohibición no se añadió ninguna legislación para mejorar la suerte de los esclavizados ya presentes. A raíz de estas decisiones, la élite republicana de Caracas perdió el apoyo de los esclavos y de los libres de color que los realistas buscaron. En ciertas regiones costeras, como Barlovento en el este de la capital, los esclavizados rurales comenzaron a rebelarse contra sus amos,

[9] John V. Lombardi, *The Decline and Abolition of Negro Slavery in Venezuela, 1820-1854*, Greenwood Publishing Corporation, Westport, Conn., 1971, p. 35; Jorge I. Domínguez, *Insurrection or Loyalty*, *op. cit.*, p. 30, 47-48.

invocando su fidelidad al rey. Unidos a pardos libres, estos atacaron las haciendas de los independentistas con el apoyo de los realistas.

Al mismo tiempo, otras ciudades venezolanas se sublevaron en nombre del rey, iniciando una guerra civil que puso en juego, no tanto la independencia, sino los intereses regionales. La llegada de un nuevo gobernador español, Juan Domingo de Monteverde, a comienzos de 1812, reforzó el control de los realistas en varias regiones. Por medio de vagas promesas de igualdad se ganaron la lealtad de las milicias de color, y el apoyo de los negros y pardos libres. Lograron también canalizar el resentimiento y la esperanza de libertad de una parte de los esclavos en la defensa del rey. Ese fue el caso, en particular, en la costa cacaotera de Barlovento y en Valencia, dominados por los independentistas, donde muchos esclavizados respondieron favorablemente al llamado de movilización contra los "usurpadores" que iniciaron los agentes de Monteverde y algunos curas, porque este correspondía a su visión del rey de España como su protector, y a la vez legitimaba su deseo de rebelarse contra sus amos. Algunos esclavizados combinaron entonces la defensa del rey con el desafío a sus dueños y sus mayordomos; huyeron de las plantaciones, dejando muertos y destrucción a su paso, y contribuyeron de esta manera a la capitulación de la Primera República en julio de 1812. Aun cuando los realistas lograron después hacer volver a la mayoría de los esclavos rebeldes a las plantaciones, algunos alcanzaron a refugiarse entre los cimarrones del *hinterland*. Más aun, los realistas habían desencadenado una dinámica de revuelta contra el orden social colonial que se les saldría rápidamente de las manos[10].

En efecto, en 1813, los patriotas intentaron instaurar la Segunda República. Simón Bolívar declaró la "guerra a muerte" a los españoles, con el fin de unir a los venezolanos a favor de la independencia, más allá de las diferencias raciales. Pero después de esta declaración, la guerra entró en una fase mortífera para la población civil, que se convirtió en la presa de los dos campos antagonistas. Además, el hecho de que Bolívar perteneciera a la élite de los hacendados esclavistas limitó su poder de convicción en cuanto a los afrodescendientes libres y esclavizados, sabiendo que además su principal política para con los esclavos fue perseguir a los fugitivos y a los que combatían junto con los realistas. Frente a Bolívar, José Tomás Boves, un relegado asturiano convertido en tabernero y vendedor de ganado, reunió un ejército popular de libres de color, de mestizos y de blancos pobres, de indios y de esclavizados, preparados para combatir contra la élite independentista en nombre del rey en las llanuras de ganadería extensiva en el sur. En la costa

[10] *Ibid.*, p. 157-160, 174-176; Clément Thibaud, *Républiques en armes: les armées de Bolívar dans les guerres d'indépendance du Venezuela et de la Colombie*, Presses Universitaires de Rennes, Rennes, 2006, p. 93-98; Peter Blanchard, *Under the Flags of Freedom. Slave Soldiers and the Wars of Independence in Spanish South America*, University of Pittsburgh Press, Pittsburgh, 2008, p. 20-21, 25-27.

oriental de Caracas, Francisco Tomás Morales, un almacenero originario de las Canarias que se había convertido en el primer adjunto de Boves, reclutaba a las clases populares y movilizaba a esclavizados. Otro teniente de Boves, Francisco Rosete, también pulpero y canario, se encargó de instigar a los esclavos de los valles de Tuy, que conformaban la mayor parte de los habitantes del suroeste de la capital. Muchos hombres esclavizados, a veces con mujer e hijos, se escaparon para unirse a las tropas realistas; otros fueron enrolados por sus amos fieles a España. En febrero de 1814, las bandas de esclavos dirigidas por Rosete atacaron al pueblo de Ocumare donde, según reportes que se recibieron en Caracas, violaron, mutilaron y mataron a más de 300 habitantes. Bolívar respondió reprimiendo severamente a los "bandidos y esclavos fugitivos" y haciendo ejecutar a centenas de españoles, particularmente en La Guaira. La "guerra a muerte" afectó profundamente a la población civil en los baluartes tanto realistas como separatistas, al caer estos en manos del adversario. Los agresores sometían a los habitantes de los pueblos y de las ciudades a pillajes, ataques y violaciones, y tomaban a los esclavos, hombres, mujeres y niños, para su propio servicio o para venderlos. En julio de 1814, los realistas derrocaron a la Segunda República, provocando el exilio de centenas de independentistas, entre los cuales estaba Bolívar. Sin embargo, esta victoria monárquica, que se había conseguido al movilizar a las clases populares y a los esclavizados bajo el mando de Boves y sus tenientes, amenazaba con volverse una guerra sociorracial. A partir de ese momento, los rebeldes no se contentaron con atacar solamente a los patriotas, sino también a los aristócratas y dueños de plantación que seguían fieles a España[11].

Esta evolución coincidió con la vuelta de Fernando VII al trono de España. Contra toda previsión, el rey restableció la monarquía absoluta y quiso restaurar su soberanía por la fuerza, así como el orden colonial en todo el agitado continente americano. Suprimió el Consejo de la Regencia, que, durante la ocupación napoleónica, había asegurado el gobierno del reino desde Cádiz, declaró a las Cortes ilegales y anuló la Constitución de la monarquía española que estas últimas habían adoptado en 1812. También se propuso reconquistar las colonias de América que habían hecho secesión, despachando hacia ellas embarcaciones y hombres. En febrero de 1815, el general español Pablo Morillo desembarcó en Caracas como líder de una "expedición pacificadora" de más de 10000 soldados. Con los independentistas provisionalmente derrotados o exiliados, Morillo no buscó reclutar a esclavizados sino, al contrario, reenviarlos a sus trabajos en las plantaciones. Sin embargo,

[11] *Ibid.*, p. 27-29; Clément Thibaud, *Républiques en armes*, *op. cit.*, p. 140; Aline Helg, "Simón Bolívar's Republic: A Bulwark Against the 'Tyranny' of the Majority", *Revista de Sociologia e Política*, vol. 20, nº 4, junio de 2012, p. 23, <http://www.scielo.br/pdf/rsocp/v20n42/04.pdf>. Para consultar un relato poco analítico de estos eventos, ver Juan Uslar Pietri, *Historia de la rebelión popular de 1814. Contribución al estudio de la historia de Venezuela*, EDIME, Caracas, 1962.

los esclavos que se habían unido a las tropas monárquicas obtuvieron concesiones: decretos reales les otorgaron la libertad a los que presentaron un certificado de sus superiores militares, que atestiguaban de sus servicios y hazañas en defensa del rey. Muchos esclavizados, tales como Ramón Piñero y Juan Nepomuceno, presentaron peticiones documentadas y obtuvieron su certificado de libertad. Morillo les hizo también concesiones a los esclavos movilizados por los independentistas que se rindieran: los incorporó en su ejército concediéndoles la libertad al cabo de un cierto número de años de servicio, indemnizando a sus propietarios en caso de ser realistas. Los esclavizados que habían seguido siendo fieles a la República fueron menos afortunados ya que, como había sucedido durante la guerra de independencia de Estados Unidos, el ejército de Morillo los confiscó como propiedad del enemigo y muchas veces los revendió en Cuba. Pero en un territorio venezolano escasamente colonizado y donde el cimarronaje siempre había sido endémico, la reconquista española fue parcial, y una gran parte de los esclavizados que Boves, Rosete y Morales habían reclutado formaron bandas cimarronas que vivían del robo y la rapiña[12].

La reconquista provisoria de Venezuela no cuestionó pues la esclavitud, pero la fragilizó como institución al recompensar a los esclavos lealistas con la manumisión y al reducir el número de hombres y mujeres esclavizados en el territorio. También marcó la memoria de la aristocracia blanca patriota, para quien la primera fase de la lucha independentista había tomado la apariencia de una "guerra de razas" o de "otra Haití", oponiéndola a los afrodescendientes libres y esclavizados. Aunque, de hecho, tanto las tropas realistas como las patriotas hubiesen sido multirraciales, Simón Bolívar, en particular, nunca dejó atrás su desconfianza hacia los pardos y esclavos, pues sospechaba que secretamente querían acabar con los blancos[13].

Simón Bolívar y la esclavitud

En 1816, la guerra de independencia venezolana entró a una nueva fase, primero bajo el mando de Manuel Piar, un mulato originario de Curazao que instaló el núcleo del ejército de liberación en la región oriental de la Guayana. Al provocar más y más exacciones, la presencia militar española desencadenó el resentimiento popular, y cada vez más antiguos combatientes de Boves (que había muerto en combate a finales de 1814) se pasaron a las filas independentistas, atraídos por el liderazgo de José Antonio Páez, un comerciante de ganado con poca educación pero blanco. Cuando, en agosto de 1817, Bolívar volvió de su exilio gracias a una expedición impulsada por el

[12] Peter Blanchard, *Under the Flags of Freedom*, *op. cit.*, p. 30-33.
[13] Clément Thibaud, *Républiques en armes*, *op. cit.*, p. 178-202.

presidente de Haití, Alexandre Pétion, atacó a Piar, mas no a Páez, para imponerse como jefe supremo de los patriotas. También hizo que Piar fuera acusado de preparar una conspiración con el fin de imponer la "pardocracia", y lo hizo fusilar en nombre de la igualdad "de los colores" en octubre de 1817, delante de cientos de combatientes afrodescendientes y mestizos. Sin embargo Bolívar se había comprometido con Pétion a abolir la esclavitud en los territorios que liberaría. Sus proclamaciones al respecto fueron ambiguas: aunque declaró "la libertad absoluta de todos los esclavos" durante su primera expedición desde Haití en 1816, después precisó que los hombres de entre 14 y 60 años de edad que no se enlistaran en el ejército patriota se verían condenados, con sus mujeres e hijos, a permanecer esclavizados. Si bien Bolívar enroló él mismo a una docena de sus propios esclavos en el ejército, no liberó a los otros que tenía. En todo caso, cada vez más esclavizados hicieron parte del ejército de liberación: algunos le eran enviados por amos independentistas, otros eran enrolados por la fuerza al paso de las tropas, y otros se alistaban después de haber huido de su propietario, como José Ambrosio Surarregui, en la costa Atlántica cerca de Cumaná, en 1817, quien lo hizo con el objetivo explícito de ganarse la libertad[14].

La reanudación de la guerra y su extensión hacia los territorios de Venezuela y Colombia agravaron la presión que se ejercía sobre las clases populares para que estas abastecieran los ejércitos tanto realistas como patriotas de comida, ganado, hombres y dinero. Cuando a finales de 1815 el ejército "pacificador" de Morillo partió a reconquistar Colombia, no pudo renunciar a movilizar esclavos en el camino, raptándolos generalmente por la fuerza a sus amos, en particular en la costa caribe y en la región del Cauca. Estos esclavizados eran más que nada empleados en el transporte, en el servicio de los campamentos, en el desbroce de tierras y la construcción de vías, pero también a veces en el combate. Luego, a medida que los independentistas progresaban en Colombia, iniciaron una real competencia con los realistas para reclutar esclavos por la fuerza o prometiéndoles la libertad. Reproduciendo su política venezolana, en 1817 Morillo les ofreció la libertad a los esclavizados armados que desertaran de las tropas independentistas para servir la causa del rey, prometiendo además indemnizar a sus propietarios si estos últimos eran monárquicos comprobados[15]. En la provincia del Cauca, en gran medida hostil a España, incluso decidió crear un batallón de esclavos a quienes les prometió la emancipación, haciendo que los independentistas lo acusaran de vaciar las haciendas para formar bandas dedicadas a masacrar a los republicanos. De hecho en ambos campos, los oficiales enrolaban a esclavos para reemplazar a los soldados que caían heridos o enfermos,

[14] Aline Helg, "Simón Bolívar's Republic", *art. cit.*, p. 23-24, 27-28; Peter Blanchard, *Under the Flags of Freedom*, *op. cit.*, p. 72.

[15] *Ibid.*, p. 30-33, 66, 68-70.

que morían o desertaban a un ritmo desenfrenado. Pero ni los realistas ni los independentistas cuestionaban la institución de la esclavitud y, por su parte, la monarquía española continuaba su fulgurante expansión de la esclavitud en Cuba. En cuanto a la élite criolla independentista, esta demostró, durante los debates del Congreso de Angostura en 1819, que incluía terratenientes esclavistas de mucho poder: la mayoría de los delegados acordó no tomar ninguna decisión que debilitara la esclavitud, contrariamente a los deseos de Bolívar, quien seguía convencido de la inminencia de una revuelta servil siguiendo el modelo de Saint-Domingue, si el Congreso no decretaba la abolición absoluta[16].

A partir de 1820, los dos campos, al escasear los soldados, reclutaron indiscriminadamente a hombres tanto libres como esclavizados. Para combatir a los realistas desde el sur de Colombia hasta el Perú, Bolívar exigió que se movilizaran miles de esclavos para compensar sus fuertes pérdidas humanas y, así, hacer pasar los efectivos de sus ejércitos de 20000 a 30000 hombres en dos años[17]. Cada vez más pragmático, Bolívar esgrimía tres argumentos con los que justificaba la conscripción de los esclavizados. Primero, había razones militares: los esclavos eran hombres fuertes que estaban acostumbrados al trabajo duro y estaban listos, según él, a morir por la libertad. Segundo, había razones demográficas: si sólo los hombres libres luchaban y morían por la patria, al final de la guerra los esclavos serían una sobrepoblación muy peligrosa. Y, tercero, había razones políticas: era "una locura que en una revolución de libertad se pretenda mantener la esclavitud". En efecto, según Bolívar, fue ese apego ciego de los hacendados a su propiedad humana lo que había causado la revuelta masiva de esclavos y la exterminación de los blancos en Saint-Domingue[18]. Sin embargo, en 1820, solamente obtuvo una parte de los esclavizados que pedía. Por un lado, el gobierno de Bogotá no se atrevió a exigirles a los propietarios de plantación y de minas aluviales esclavistas del Cauca que suministraran los reclutas que se requerían, por miedo a perder el apoyo de estos últimos a la independencia. Por otro lado, como Bolívar y los demás generales habían prácticamente eliminado toda mención de libertad de sus discursos, los mismos esclavizados manifestaron poco entusiasmo frente a la idea de abandonar sus familias y arriesgar su vida para partir hacia tierras desconocidas a cambio de una vaga posibilidad de manumisión. A partir de entonces, Bolívar no dudó más en reclutar por la fuerza a cientos de hombres, cosa que no solucionó la carencia de hombres válidos. Así pues, entre los esclavos que suministraron las provincias de Cauca y Antioquia, muchos no eran aptos al combate o se volvían inútiles muy

[16] *Ibid.*, p. 70-72.

[17] Clément Thibaud, *Républiques en armes*, *op. cit.*, p. 339; Roger Pita Pico, *El reclutamiento de negros esclavos durante la independencia de Colombia 1810-1825*, Academia Colombiana de Historia, Bogotá, 2012, p. 133-144.

[18] Aline Helg, "Simón Bolívar's Republic", *art. cit.*, p. 24-25.

rápido tras sufrir enfermedades y heridas, otros compensaban la falta de alimentos robando. Y, sobre todo, muchos desertaban para unirse a las bandas de fugitivos que eran cada vez más abundantes con el desarrollo de la guerra[19].

Además, en las regiones que se habían quedado al margen de la colonización española hasta finales del siglo XVIII, esclavos, libres de color e indios se movilizaron para defender al rey dado a que esta posición les permitía seguir resistiendo al avance de los grandes propietarios independentistas en los territorios que los protegían. Esto fue particularmente el caso de los habitantes del valle de Patía, en el sur de Colombia, donde cimarrones y otros fugitivos habían formado el palenque de Castigo hacia 1750, dando origen a pequeñas comunidades rurales que vivían de la agricultura y el robo de ganado. Al llegar las tropas de Bolívar, emprendieron una larga guerra de guerrillas apoyando a los realistas de la ciudad de Pasto; solamente en 1822 se unieron a ellas, después de la toma de Pasto por los patriotas, para evitar la matanza y la destrucción de sus pueblos[20].

De manera más general, a partir de 1820, los realistas comenzaron a acumular derrota tras derrota, provocando con ello cambios de alianzas. Al presentir la victoria independentista, algunos esclavizados, curtidos por el servicio que habían prestado en las tropas del rey, se unieron voluntariamente a los patriotas para asegurarse de obtener su libertad al final de la guerra. Por ejemplo, José de Jesús Malpica había empezado por seguir a Boves en Venezuela, cosa que le había probablemente permitido saldar cuentas con su amo independentista. Pero después de 1821, sirvió como voluntario en una tropa patriota y, con base en ello, reclamó más tarde su libertad. Al contrario, otros esclavos adoptaron la estrategia de no enrolarse en ningún bando: huyeron de toda conscripción y buscaron, a lo largo de la guerra, preservar la autonomía que habían adquirido en las tierras de algún amo que hubiera partido al combate o al exilio. Algunos se comportaron como si fueran libres, con la esperanza de que sus propietarios no volvieran a reclamarlos. Los esclavizados de las minas auríferas de Micay, en la costa Pacífica colombiana, siguieron trabajando y produciendo oro entre 1811 y 1824, cosa que les permitió a muchos de ellos comprar legalmente su libertad[21].

La cuestión más amplia de la esclavitud volvió a surgir en 1821 durante los debates del congreso de Cúcuta sobre la Constitución de la república de Colombia (que incluía a la Venezuela y a la Colombia actuales). La aristocracia criolla de hacendados esclavistas se había vuelto entonces aun más influyente, y Bolívar dejó de pedirles a los delegados la abolición total de la esclavitud, como en 1819, y se contentó con la libertad de los recién nacidos

[19] Peter Blanchard, *Under the Flags of Freedom*, *op. cit.*, p. 76-79; Roger Pita Pico, *El reclutamiento de negros esclavos durante la independencia de Colombia*, *op. cit.*, p. 214-215.

[20] Francisco U. Zuluaga R., *Guerrilla y sociedad en el Patía*, *op. cit.*

[21] Peter Blanchard, *Under the Flags of Freedom*, *op. cit.*, p. 76-79; Roger Pita Pico, *El reclutamiento de negros esclavos...*, *op. cit.*, p. 270.

de madres esclavizadas (el "vientre libre") que, según él, permitía reconciliar los derechos "posesivos", políticos y naturales. El Congreso no lo siguió porque la constitución de 1821 garantizó la igualdad y abolió tácitamente las discriminaciones raciales contra los afrodescendientes libres, pero no se pronunciaba sobre la esclavitud. Esta última fue el objeto de una ley aparte de manumisión gradual que no cambió la situación de los esclavos de la nueva república. Sólo los que llegaban a la edad de 60 años fueron desde entonces declarados libres, pero sin apoyo en su vejez. Además, en el futuro, los hijos de madre esclavizada nacerían libres (este era el "vientre libre" que pedía Bolívar), pero sólo lo serían efectivamente al llegar a la edad adulta y a condición de que hubieran servido bien al amo de su madre hasta ese momento. Como en el norte de Estados Unidos, esta disposición ponía el cuidado de estos niños y su educación en manos de su amo, cosa que les impedía a los padres desempeñar ese papel. La ley prohibió también la importación de esclavos en la república, pero autorizó toda clase de transacciones en el territorio, e incluso la venta de niños impúberes al interior de la provincia donde residían sus padres. A la vez, prescribió la creación de juntas encargadas de comprar la libertad de los esclavos más "honestos y trabajadores" gracias a una tasa que se recaudaba de las herencias. Pero pocas juntas se formaron y, donde sí se crearon algunas, actuaron poco: de 1821 a 1827 sólo emanciparon a unos 300 esclavos en Venezuela y Colombia. Asimismo, después de 1821, los hombres esclavizados perdieron la posibilidad de emanciparse entrando a servir en el ejército. A partir de ese año debían ser autorizados o designados por sus amos, y servir en el ejército sin ninguna promesa de emancipación al término de su servicio[22]. Sin embargo, el número de esclavos disminuyó en los dos países. En Colombia pasó de 70 000 hombres, mujeres y niños en 1810 a menos de 46 000, con respecto a una población total de aproximadamente 1 200 000 habitantes en 1825, y en Venezuela de 60 000 esclavos en 1810 a 42 000 en una población de 900 000 habitantes en 1830[23].

La disminución de un tercio de los esclavos durante los quince años de agitación y guerra que condujeron a la independencia se explicaba, en parte, por las huidas y las compras de libertad por parte de los esclavizados, y por la defunción natural de una población cautiva que envejecía. También resultaba de la guerra en sí, que causaba masacres, ataques violentos y largos asedios, durante los cuales muchos civiles, sobre todo pobres y muchos de ellos esclavizados, morían de hambre y de enfermedad. Algunos amos, obligados a exiliarse por la guerra, llevaban consigo a sus esclavos, mientras que otros esclavos eran confiscados como propiedad del enemigo y vendidos en

[22] Aline Helg, "Simón Bolívar's Republic", *art. cit.*, p. 25-26; John V. Lombardi, *The Decline and Abolition of Negro Slavery in Venezuela*, *op. cit.*, p. 61-78.

[23] Roger Pita Pico, *El reclutamiento de negros esclavos...*, *op. cit.*, p. 293; John V. Lombardi, *The Decline and Abolition of Negro Slavery in Venezuela*, *op. cit.*, p. 35, 162.

el exterior. En total, la disminución de la población esclavizada no se produjo sino de manera marginal por los decretos de abolición de la esclavitud que había emitido Bolívar, y por la emancipación que se les había prometido a los veteranos de los ejércitos. Cabe mencionar que el Congreso de Cúcuta declaró la libertad absoluta e irrevocable de aquellos que habían sido emancipados por las autoridades republicanas, y que luego los españoles habían vuelto a esclavizar durante la reconquista, pero no de los que habían sido liberados por los realistas "por odio a la independencia". Además, fundándose en la ley de manumisión de 1821, los dueños de esclavos resistieron a estas decisiones. En las provincias venezolanas de Guayana y Apure donde Bolívar había decretado la abolición absoluta en 1817, los propietarios no alcanzaron este objetivo: habían pasado demasiados años, demasiados esclavos habían sido movilizados militarmente para que fueran reesclavizados; pero en otras partes los amos siguieron explotando con frecuencia el trabajo de los esclavos que habían logrado conservar.

En cuanto a los esclavos reclutados por los patriotas a cambio de la promesa de manumisión, al final de la guerra estos tuvieron que seguir luchando para obtener su certificado de libertad, pues debían suministrarles certificados de servicio de sus oficiales, cosa que la distancia o desaparición de estos complicaba. Si bien ciertos esclavos veteranos habían conseguido obtener este documento al desmovilizarse, otros tuvieron que insistir mucho tiempo para obtenerlo. Mientras tanto, muchos confrontaron a sus antiguos dueños, quienes exigían retomar posesión de ellos o que les pagaran su valor comercial. Así pues, el esclavizado venezolano José Ambrosio Surarregui, mencionado más arriba por haberse enlistado en 1817, seguía protestando, en 1829, contra su reesclavización y afirmaba que "un hombre que defiende el derecho sagrado de la libertad de su país con su sangre y su vida no debería poder ser un esclavo". Los que pudieron comenzar una vida nueva como libertos recibieron un sueldo de guerra inferior al de los otros veteranos, sabiendo que se enfrentaban a la crisis económica de posguerra que afectaba a toda la población. Además, en el congreso de Cúcuta, los delegados rechazaron una propuesta que sugería darles, a los libertos más meritorios, algunas parcelas de las tierras abandonadas por españoles y por la monarquía, alegando que no pertenecían "a la mejor clase de gente". Luego, el gobierno republicano adoptó reglamentos contra los vagabundos y los esclavos fugitivos, que permitían condenarlos al trabajo forzado en el ejército o en la marina, los cuales condujeron a abusos contra los esclavos manumitidos y los afrodescendientes libres[24].

[24] Aline Helg, "Simón Bolívar's Republic", *art. cit.*, p. 26; John V. Lombardi, *The Decline and Abolition of Negro Slavery in Venezuela*, *op. cit.*, p. 63-65; Peter Blanchard, *Under the Flags of Freedom*, *op. cit.*, p. 172-179. Ver también Roger Pita Pico, *El reclutamiento de negros esclavos durante la independencia de Colombia*, *op. cit.*, p. 257-268.

Reclutamiento y manumisión en el Río de la Plata

En el virreinato del Río de la Plata, los esclavos y libres de color jugaron un papel importante desde el comienzo de las luchas independentistas. A finales del siglo XVIII, antes de que la inmigración masiva de europeos transformase su demografía, la ciudad portuaria de Buenos Aires contaba sólo con 25 400 habitantes, entre los cuales había 6 650 afrodescendientes, con probablemente tres cuartos de estos esclavizados. Entre 1788 y 1807, 27 000 africanos esclavizados fueron importados al Río de la Plata en el marco de un proceso que culminó entre 1803 y 1806, con la llegada, cada año, de entre 3 300 y 4 700 bozales a la región[25]. Por consiguiente, el número y la proporción de esclavos (generalmente africanos) en la ciudad aumentaban. Muchos otros trabajaban en el interior, la agricultura y la cría de ganado.

Como en sus otras colonias, la monarquía española les había confiado a negros y mulatos libres, organizados en milicias separadas de los blancos, una gran parte de la defensa del litoral argentino. En Buenos Aires, estos milicianos no lograron impedir una primera ocupación británica en 1806, pero seis semanas más tarde, gracias al apoyo de esclavos, expulsaron a los británicos. Al darse cuenta del importante papel que habían jugado los esclavos en esta victoria, la municipalidad de Buenos Aires prometió que, de ahí en adelante, manumitiría a los que se distinguieran en el combate contra todo invasor. Durante la segunda tentativa de invasión británica en 1807, cientos de hombres esclavizados respondieron con entusiasmo al llamado a defender la ciudad portuaria. Animados por la perspectiva de libertad, contribuyeron de manera decisiva a la victoria. Pero en el momento de cumplir su promesa, la municipalidad declaró tener pocos fondos, y ninguna manumisión podía hacerse sin compensar al propietario del esclavo. Así pues, la municipalidad priorizó la compra de la libertad de los esclavos mutilados o que la guerra había vuelto improductivos, y estos recibieron una pequeña pensión. La suerte de los otros dependió del azar: la municipalidad organizó una "lotería de la libertad" y se comprometió a comprar unos veinte ganadores. Para inscribirse, los candidatos debían obtener un certificado de mérito de los oficiales bajo los cuales habían servido; las viudas de los esclavos muertos en combate podían también participar en el sorteo. Una cifra impresionante de 688 esclavos cumplieron las condiciones requeridas para participar. La "lotería de la libertad" dio lugar a una grandiosa ceremonia a la cual asistieron las autoridades reales, eclesiásticas y militares, y una gran parte de los habitantes. Las milicias y las fuerzas armadas estaban allí con

[25] George Reid Andrews, *The Afro-Argentines of Buenos Aires, 1800-1900*, *op. cit.*, p. 44-45, 66; Alex Borucki, "The Slave Trade to the Río de la Plata, 1777-1812: Trans-Imperial Networks and Atlantic Warfare", *Colonial Latin American Review*, vol. 20, nº 1, 2011, p. 82-89; *Voyages*, *op. cit.*

todos sus miembros, en parte para prevenir toda agitación. Probablemente para emparejar la cosa, el virrey y los oficiales anunciaron entonces que pagarían la liberación de cuarenta y cinco esclavos adicionales, alzando el total de los emancipados a setenta. Los alegres ganadores fueron aclamados pero no realmente liberados ya que, inmediatamente, se les consignó a una unidad militar como soldados. Los perdedores no se sublevaron pero muchos siguieron pidiendo, durante meses, y armados de documentos justificativos, una libertad que consideraban como un derecho[26].

Durante las guerras de independencia, la movilización de los esclavos se volvió sistemática en el Río de la Plata. Después de haber conseguido expulsar al virrey de Buenos Aires en mayo de 1810, la élite criolla constituyó un gobierno autónomo y luego reprimió de manera cruel una conspiración monárquica: se ordenaron cuarenta y un ejecuciones en 1812 pero Ventura, el esclavizado que la había denunciado, obtuvo la libertad y una pensión. Como en otras partes de la América española continental, hasta el intento de reconquista por Fernando VII en 1815, el Río de la Plata estuvo acechado por una verdadera guerra civil en la cual las subregiones se enfrentaron bajo los estandartes de fidelidad al rey, de autonomía o de independencia. Con el fin de monopolizar el comercio exterior y de consolidar su poder tanto contra España, como contra las provincias aledañas, los criollos de Buenos Aires tenían una necesidad creciente de tropas que no podían únicamente aliviar reclutando a la población libre[27]. Desde junio de 1813, algunos meses después de haber adoptado una ley del "vientre libre" y prohibido la importación de nuevos esclavos (como en Venezuela, en parte para ganarse la simpatía de Gran Bretaña), el gobierno decidió reclutar esclavizados para formar un batallón especial. Lejos de basarse en el voluntariado de los esclavos y de suavizar su condición, el decreto les ordenaba a los propietarios presentar a sus esclavos ante una comisión que seleccionaría a algunos de ellos, que compraría a sus amos para que sirvieran en el ejército, en proporciones que protegieran la propiedad privada esclavista y el buen funcionamiento de la economía local: todo dueño debía vender a uno de cada tres esclavos empleados en el servicio doméstico, uno de cada cinco que trabajaran en fábricas o panaderías, y de cada ocho empleados en la agricultura o la ganadería. Al ser comprados, estos esclavizados eran incorporados en el ejército bajo el estatus de liberto, pero sólo adquirirían su libertad al cabo de cinco años de servicio.

[26] Maïté Klachko Rotman, "Le rôle de l'armée dans le processus de libération des esclaves au Río de la Plata: le cas des 'libertos' de Buenos Aires (1806-1821)", en Carmen Bernand y Alessandro Stella (eds.), *D'esclaves à soldats*, *op. cit.*, p. 280-284.

[27] John Lynch, *Las revoluciones hispanoamericanas, 1808-1826*. Nueva edición ampliada y puesta al día, Editorial Ariel, Barcelona, 1989, p. 55-68; George Reid Andrews, *The Afro-Argentines of Buenos Aires*, *op. cit.*, p. 43.

De 1813 a finales de 1814, se movilizaron 1 015 esclavos de esa manera, conformando así el VII Batallón de Infantería. En 1815, como respuesta al lanzamiento de la reconquista española, los independentistas decretaron que, a partir de ese momento, todos los hombres esclavizados de 16 a 30 años de edad que pertenecieran a españoles serían enrolados como libertos, pero no se volverían libres sino un año después del final de la guerra. Luego de un vano intento de requisar también a los propietarios criollos, el gobierno republicano les ordenó a los españoles de la provincia de Buenos Aires que le proporcionasen 400 esclavos suplementarios, o su equivalente en dinero, para formar una nueva cohorte. Las confiscaciones que se hicieron contra los propietarios españoles permitieron la creación del VIII Batallón, compuesto de 1 059 libertos. En resumen, entre los 2 000 esclavos reclutados en estos dos batallones, 149 eran africanos importados recientemente[28]. No todos fueron entregados por sus dueños: algunos habían huido, a menudo con mujer y niños, y pretendían ser libres; otros habían sido excarcelados para servir en el ejército; otros, esclavizados o libres, habían sido capturados e inscritos por la fuerza. Además, en diciembre de 1816, los 2 500 esclavos válidos de Buenos Aires fueron incorporados en las milicias de defensa de la ciudad sin adquirir el estatus de libertos. Estos esclavos siguieron trabajando para sus amos, quienes debían prestarlos regularmente para ejercicios de entrenamiento, pero no pudieron solicitar su libertad después del final de la guerra[29].

José de San Martín, el principal general independentista del Río de la Plata, instaló un campo de entrenamiento para estos esclavos-soldados porteños en Mendoza, una región que contaba con más de 4 000 esclavos empleados en la ganadería y la agricultura. Con el fin de constituir un ejército de 10 000 esclavos, San Martín siguió exigiendo esclavizados, en grandes cantidades, de Buenos Aires, luego también de Cuyo, Mendoza y Córdoba, pero los efectivos reales estuvieron por debajo de lo esperado, sabiendo que además las deserciones se multiplicaban pues muchos reclutas huían para intentar hacerse pasar por libres. Al mismo tiempo, mujeres esclavizadas se unían también al campamento, bien fuera como compañera de algún reclutado, o para escapar de su dueño y probar su suerte en el ejército como lavanderas, enfermeras, cocineras o costureras, con la esperanza de luego ser emancipadas. Otras eran las domésticas privadas de oficiales, como María Demetria Escalada de Soler, esclava personal de San Martín, mientras que otras habían sido raptadas o confiscadas al enemigo y se volvían esclavas del ejército, probablemente también víctimas de abusos. Las mujeres esclavizadas del ejército de San Martín, como las de los otros ejércitos separatistas o

[28] George Reid Andrews, *The Afro-Argentines of Buenos Aires*, *op. cit.*, p. 27, 48-51, 54-55; Peter Blanchard, *Under the Flags of Freedom*, *op. cit.*, p. 47-49.

[29] *Ibid.*, p. 50-55; Maïté Klachko Rotman, "Le rôle de l'armée dans le processus de libération des esclaves au Río de la Plata", *art. cit.*, p. 284-288.

realistas, representaban un peso adicional pues debían ser alimentadas y albergadas, pero también eran una ventaja, ya que desempeñaban las tareas cotidianas esenciales. Por lo demás, cabe mencionar que, tanto en el campo como en las ciudades del Río de la Plata, el reclutamiento por la fuerza o voluntario de hombres esclavizados válidos durante la guerra hizo que una parte del trabajo que se les debía a los propietarios recayera en las mujeres esclavizadas, además de las tareas familiares con las que siguieron cumpliendo. Sin embargo, al final de 1816, San Martín había logrado conformar un ejército de 4 000 soldados y 1 000 auxiliares, de los cuales el 40% eran libertos, quienes, de allí en adelante, podrían acceder a los rangos de caporal y sargento. Después de haberse ido de Mendoza a comienzos de 1817, los esclavos-soldados de los VII y VIII Batallones del Ejército de los Andes jugaron un rol crucial en la liberación de Chile en 1818. Pero cerca de la mitad de ellos perdieron la vida o fueron gravemente heridos en las batallas contra las tropas realistas[30].

En Chile, los esclavos eran apenas 5 000 o 6 000 en una población total de 380 000 habitantes y, tan pronto como en 1811, la junta de criollos autonomistas que había tomado el poder declaró la abolición gradual de la esclavitud (el fin de las importaciones de esclavos y el "vientre libre"). Al principio la junta no pretendía reclutar esclavizados para el ejército; más bien, formó un batallón segregado de negros y mulatos libres, llamado Infantes de la Patria, al cual algunos esclavos pudieron ingresar haciéndose pasar por libres. Según un monárquico, en Santiago de Chile, 300 esclavos se habrían entonces reunido para que un abogado pidiera, en su nombre, que la junta independentista les concediera la libertad si se comprometían a defender la patria: habrían incluso manifestado, armados de cuchillos, para hacerse escuchar, cosa que habría conducido las autoridades a arrestar a varios de ellos. Cuando los combates contra realistas que habían llegado de Perú se intensificaron en 1814, los patriotas empezaron a enrolar a esclavos, fueran fugitivos, confiscados al enemigo o suministrados por sus dueños, en unidades específicas de Ingenuos de la Patria, dentro del batallón de Infantes de la Patria. Los esclavizados que enrolaron los independentistas de Chile estaban pues doblemente segregados, por una parte de los blancos y, por otra, de los hombres libres de color. No obstante, Chile volvió a caer bajo control español durante la reconquista, hasta que las tropas del general San Martín que habían llegado

[30] Peter Blanchard, *Under the Flags of Freedom*, *op. cit.*, p. 59-63; Sara E. Mata, "Negros y esclavos en la guerra por la independencia, Salta 1810-1821", en Silvia C. Mallo, Ignacio Tellesca y Alex Borucki, *'Negros de la patria': los afrodescendientes en la luchas por la independencia en el antiguo Virreinato del Río de la Plata*, Editorial SB, Buenos Aires, 2010, p. 131-148. Nótese también que, en 1817, los portugueses ocuparon Montevideo y les prometieron la libertad inmediata a los esclavizados que se unieran a sus filas. De hecho, al menos 217 respondieron al llamado y fueron enlistados en un "regimiento de libertos", Arturo Ariel Bentancur, "Amos y esclavos en el viejo Montevideo", *art. cit.*, p. 160-161.

de Mendoza —incluyendo a los VII y VIII Batallones de libertos— reactivaran con éxito el proceso independentista en 1818[31]. Después de haber liberado Chile, San Martín quiso repetir su política de contratación de esclavos a cambio de la promesa de libertad para asistir a sus tropas con respecto a la invasión de Perú, pero sólo lo logró después de haberles ofrecido una compensación de 150 pesos por esclavo a los dueños chilenos. Finalmente, en agosto de 1820, cerca de 5 000 hombres, incluidos 2 000 libertos argentinos y chilenos, fueron embarcados, en Valparaíso, en barcos con destino a Pisco, en el sur de Lima[32].

En efecto, Perú seguía siéndole fiel a España, a excepción de algunas guerrillas independentistas en las tierras del interior. Las élites criollas y peninsulares, aun marcadas por la rebelión de Túpac Amaru ocurrida treinta años antes (ver capítulo 7), no se habían dividido como en el resto de la América española continental, y sus problemas principales en materia de seguridad eran el cimarronaje y el bandolerismo rampantes en los alrededores de Lima. La independencia les fue pues impuesta desde el exterior, en primer lugar, por los ejércitos de San Martín. Después de su desembarco en Pisco, estos marcharon hacia Lima pasando por la región costera de plantaciones azucareras y de viñas esclavistas donde trabajaba una parte importante de los 90 000 esclavos del virreinato del Perú, y se hicieron con decenas de ellos para engordar sus rangos. Otros esclavizados huyeron de sus amos para unirse a estas tropas con la esperanza de obtener su libertad al servir como exploradores y espías. Por su parte, los realistas también reclutaron esclavizados para enfrentar al invasor y compensar las deserciones. Para poder volverlos fieles sin perder el apoyo de sus dueños, estos declararon que los soldados reclutados serían liberados después de diez años de servicio militar y que sus propietarios serían indemnizados en función del valor del esclavo en el momento de su enrolamiento. Simultáneamente, muchos esclavos aprovecharon la confusión para huir tan lejos como fuera posible de las plantaciones y de las tropas de ambos campos.

En julio de 1821, consciente de la rápida degradación del orden social, San Martín entró triunfalmente a Lima. Poco después, declaró la independencia de Perú, y dio a conocer su política hacia los esclavos: todos los fugitivos debían regresar a donde sus amos; los que pertenecieran a monárquicos o a exiliados tendrían que presentarse al ejército, que los enrolaría con una promesa de emancipación a un cierto plazo. Para las mujeres esclavizadas,

[31] Guillermo Feliú Cruz, *La abolición de la esclavitud en Chile: estudio histórico y social*, Universidad de Chile [Santiago de Chile], 1942, p. 63-66; Hugo Contreras Cruces, "Artesanos mulatos y soldados beneméritos: el batallón de infantes de la patria en la guerra de independencia de Chile, 1795-1820", *Historia* (Santiago), vol. 44, nº 1, junio de 2011, p. 51-89, <http://www.scielo.cl/pdf/historia/v44n1/art02.pdf>.

[32] Peter Blanchard, *Under the Flags of Freedom*, *op. cit.*, p. 87-92; George Reid Andrews, *The Afro-Argentines of Buenos Aires*, *op. cit.*, p. 116.

la promesa de libertad fue indirecta: a partir del 12 de agosto de 1821, todos los nacidos de ellas serían libres. A comienzos de 1822, los independentistas que estaban al poder en Lima le encargaron a una comisión reclutar centenas de esclavos, según el modelo de reclutamiento del Río de la Plata en 1813, pero los resultados fueron limitados por la resistencia de los hacendados y las fugas de esclavizados. Algunos meses más tarde, los realistas retomaron el control de la capital, San Martín renunció a dirigir a los independentistas para provecho de Bolívar, y ambos campos abandonaron todo proyecto de enrolar a los esclavizados de la región.

Cuando Bolívar emprendió la fase final de la guerra en Perú, contaba ante todo con las tropas colombianas y venezolanas que controlaba personalmente y resolvió comenzar por ganar la guerra en el interior andino antes de dirigirse a la costa Pacífica. Efectivamente, en 1824, las batallas de Junín y de Ayacucho, que ganaron las tropas que habían llegado del norte con el apoyo de montoneras (grupos de guerrilleros indios y mestizos) de la región, sellaron el final de la dominación española en Perú y en todo el sur del continente. Una parte de los soldados vencedores eran libertos de Venezuela y Colombia que habían sido repartidos en diferentes unidades, pero pocos provenían de Perú. La guerra contribuyó sin embargo a hacer disminuir el número de esclavizados en Perú, de cerca de 90 000 (de los cuales el 40% se encontraba en la provincia de Lima) en 1812, a 50 400, con respecto a una población total de 1 325 000 habitantes en 1825, es decir una disminución de 40 000 esclavos en trece años. Así como en la Gran Colombia, en Perú esta reducción se explicaba por la interrupción de las importaciones y el envejecimiento natural, a los cuales se añadieron, con la guerra, la sobremortalidad y la partida de aquellos que fueron obligados a seguir a sus amos en el exilio. Y, sobre todo, miles de cautivos habían aprovechado los desórdenes de la guerra para huir e instalarse en otros lugares. Pero entre los 50 400 que seguían estando registrados como esclavos en 1825, muchos habían aprovechado los altos precios que había generado la guerra para comenzar a acumular el dinero necesario y poder comprar su libertad en los años siguientes[33].

En cuanto a los esclavizados que se habían comprometido voluntariamente a luchar por el rey de España o por la independencia, con el fin de liberarse junto con sus familias, el destino que vivieron mostró que la emancipación que les había sido prometida al principio de la guerra era, generalmente, una artimaña. Con cierta frecuencia, las autoridades recusaron las decisiones que habían tomado para explotar tanto como fuera posible a estos soldados, sin dejar de considerarlos ante todo como propiedad privada de sus amos. Así pues, en 1810, durante el asedio de Montevideo (puerto entonces fiel a

[33] Peter Blanchard, *Under the Flags of Freedom*, *op. cit.*, p. 92-112; Peter Blanchard, *Slavery and Abolition in Early Republican Peru*, SR Books, Wilmington, 1992, p. 14; Christine Hünefeldt, *Paying the Price of Freedom*, *op. cit.*, p. 21-30, 87-90.

Fernando VII), el gobierno independentista de Buenos Aires apoyó el plan del general José Rondeau de concederles la libertad a los esclavos de monárquicos que huyeran de sus amos para unirse a su ejército. Muchos esclavizados respondieron a su llamado, como Francisco Estrada, que se unió a las tropas de Buenos Aires con su mujer e hijo, y hasta obtuvo un certificado de libertad para él y su familia. Pero, en 1812, en el momento de negociaciones con los realistas, las autoridades de Buenos Aires aceptaron la exigencia de los propietarios de Montevideo: que sus esclavizados confiscados les fueran devueltos. Como muchos otros, Estrada fue reenviado, con su familia, a su amo, quien los castigó severamente por haberse escapado; luego envió varias peticiones a la justicia en Buenos Aires para poder "defender mi libertad y la de mi mujer", sin que nunca se le respondiese. El gobierno porteño violó también sus propias leyes, alargando el tiempo durante el cual los libertos debían servir en el ejército para ganar sus cartas de libertad o sometiendo el otorgamiento de estas a nuevas condiciones. Muchos libertos eran sistemáticamente movilizados de nuevo después de haber efectuado sus años de servicio: por ejemplo, los del VIII Batallón de Infantería que habían sobrevivido a ocho años de campaña andina, de Chile a Ecuador, inmediatamente fueron reincorporados al volver a Buenos Aires en 1824. Finalmente, en 1825, Buenos Aires decretó que los cinco a seis años necesarios de servicio militar para que un esclavo fuera efectivamente libre serían contados, ya no a partir de la fecha en que habían sido reclutados, sino a partir de cuando el ejército lo hubiera comprado a su amo, cosa que permitió prolongar, e incluso a veces doblar, el tiempo de servicio en el ejército de los esclavizados. Además, los que habían conseguido su certificado de libertad siempre estuvieron amenazados por las leyes contra el vagabundeo que se dirigían al conjunto de las capas populares y autorizaban el reclutamiento forzado de los supuestos vagabundos y ociosos[34].

A pesar de todos estos obstáculos y de una élite independentista mayoritariamente esclavista, muchos esclavos vieron en el reclutamiento militar una forma de realizar, arriesgando sus vidas, su deseo más profundo: ser libres. No sólo no resistieron ser incorporados en el ejército, sino que muchos huyeron de sus amos para enlistarse. Mujeres esclavizadas, siguiendo a sus maridos o solas, se unieron al ejército para trabajar como cantineras, enfermeras o lavanderas. Como esta estrategia podía ser denunciada por sus amos, algunos se escapaban hacia otras provincias para hacerse pasar por libres e incorporarse lejos de ellos. Pero incluso estando lejos, no estaban a salvo de las reclamaciones de sus propietarios, como fue el caso de Domingo Antonio, de Córdoba, cuyos compañeros de armas salvaron de un retorno a la esclavitud al contribuir todos en la compra de su libertad. Por otro lado, la

[34] Maïté Klachko Rotman, "Le rôle de l'armée dans le processus de libération des esclaves au Río de la Plata", *art. cit.*, p. 289-300.

madre de un esclavo abusado por su dueño hizo jurisprudencia al utilizar el artículo del Código Negro que autorizaba a los esclavos maltratados a solicitar su compra por otro amo que estuviera dispuesto a hacerlo: propuso que el ejército comprara a su hijo para incorporarlo en un batallón de libertos, método que se convirtió en una práctica legal. También sucedió que algunos soldados libertos ahorraran su escaso sueldo para comprar la libertad de sus allegados. En fin, las múltiples solicitudes de libertad que esclavos-soldados —y algunas mujeres esclavizadas— presentaron ante el Estado desde el principio del proceso de independencia demostraban que consideraban su liberación como un derecho justificado por su servicio militar. Por supuesto, es imposible saber cuántos esclavizados fueron efectivamente integrados en el ejército del Río de la Plata, cuántos murieron o huyeron en el curso de los años de guerra, cuántos fueron recuperados por sus amos, y cuántos se volvieron verdaderamente libres. No obstante, dos cifras muy dicientes muestran lo siguiente: de los 2 000 libertos que se fueron de Buenos Aires con San Martín en 1816 para combatir en Chile, Perú y Ecuador, sólo 150 fueron repatriados en 1823[35]. Como en otras antiguas colonias de España, el número de esclavizados en el Río de la Plata disminuyó entre 1810, cuando eran aproximadamente 30 000 en una población total de 310 000, y la postguerra, aunque ninguna estadística permita cuantificar esta disminución[36].

En cambio, en Chile, los supervivientes de la liberación de Perú no tuvieron que luchar durante mucho tiempo: en 1823, mientras que todavía había cerca de 4 000 esclavizados en el país, el Senado decretó la abolición total de la esclavitud. A pesar de las tentativas del ejecutivo de bloquear esta decisión a través de medidas que pretendían proteger e indemnizar a los amos, a finales de 1823 la Constitución chilena confirmó la abolición incondicional de la esclavitud, convirtiendo a Chile en la segunda nación americana libre de esclavitud, después de Haití en 1804 y antes de América Central en 1824. Ahora bien, la abolición no significó el fin inmediato de toda dependencia para los libertos; la mayoría de ellos continuaron trabajando para sus antiguos amos y muchos hombres fueron enrolados en el ejército, pero de allí en adelante eran libres y sus hijos jamás conocerían la esclavitud. El anuncio de la liberación de todos los esclavos chilenos se difundió rápidamente en Argentina, y a esto se agregaba que un apartado de la constitución chilena anunciaba que todo esclavo extranjero que pisara el suelo de la república sería declarado libre al día siguiente de su llegada. Así pues, algunos argentinos que seguían estando esclavizados intentaron pasar la frontera para liberarse y, a partir de abril de 1824, las autoridades de la provincia de Mendoza le pidieron a Chile impedir las fugas de esclavos en la región. Chile accedió decretando que "no pisa legalmente el territorio de Chile el esclavo fugado de

[35] George Reid Andrews, *The Afro-Argentines of Buenos Aires*, *op. cit.*, p. 117-118.
[36] Robin Blackburn, *The Overthrow of Colonial Slavery*, *op. cit.*, p. 335.

los Estados vecinos, con el solo objeto de gozar de la libertad que la ley concede en Chile a los de su clase," y será devuelto a su dueño si se reclamase. Más tarde, el gobierno chileno le aplicó esta reinterpretación de la constitución a todo esclavo que llegara por tierra o por mar, proveniente de Argentina, de Perú e incluso del sur de los Estados Unidos. La defensa de los propietarios de esclavos por parte del gobierno de Chile se prolongó hasta después de la abolición de la esclavitud por parte de sus vecinos y, hasta la guerra de Secesión, Chile aceptó reenviar a los esclavos fugitivos a sus naciones de origen bajo el pretexto de que eran desertores o inmigrantes ilegales[37].

Complots y revueltas de esclavos en el Caribe fiel a España

Mientras que las guerras de independencia ofrecían nuevas posibilidades de liberación a los esclavos de las colonias continentales de España, los de Puerto Rico, y sobre todo los de Cuba, se enfrentaban al endurecimiento y a la expansión de la esclavitud: un poco más de 3 000 africanos fueron importados por Puerto Rico entre 1810 y 1825, pero Cuba importó a más de 180000 durante el mismo período, con un pico de casi 26 000 en 1817. Aquel año en Cuba, por primera vez, cerca del 40% de los habitantes estaban esclavizados y los afrodescendientes, entre esclavizados y libres, se habían vuelto más numerosos que los blancos, a pesar de una fuerte inmigración de españoles y de monárquicos que huían de las guerras de independencia en el continente[38]. En este contexto demográfico cambiante, muchos cubanos y puertorriqueños seguían de cerca los acontecimientos que ocurrían en España, México y América del Sur. En la primavera de 1811, durante las sesiones de las Cortes en Cádiz, el rumor de un decreto de abolición comenzó a circular en ambas islas. Como solía ser el caso, el rumor no era infundado. En efecto, en Cádiz, un delegado mexicano había sugerido la abolición gradual (es decir, el fin de la trata de negros y el "vientre libre"), mientras que un representante español propuso la abolición únicamente de la trata de negros. Combatidas de inmediato por el delegado cubano, estas propuestas fueron rápidamente descartadas, pero alarmaron a los esclavistas de las colonias que seguían siendo fieles a España, y algunos esclavos oyeron sus conversaciones escandalizadas.

En Puerto Rico en particular, durante las fiestas de la Epifanía de 1812, algunos esclavizados creyeron que el gobernador de la isla escondía un decreto de liberación general y difundieron este falso rumor, que luego se amplificó

[37] Guillermo Feliú Cruz, *La abolición de la esclavitud en Chile*, *op. cit.*, p. 91-133, 155-180 (cita p. 104).

[38] *Voyages*, *op. cit.*; Hugh Thomas, *Cuba or The Pursuit of Freedom*, *op. cit.*, p. 72-84.

con la llegada de un buque real, interpretada por algunos como la voluntad de las Cortes de hacer aplicar el decreto *manu militari*. En diversos pueblos alrededor de la capital de San Juan se reunieron esclavos y se negaron a trabajar afirmando ser libres; otros amenazaron con derramar sangre como en Saint-Domingue si no se les liberaba de inmediato. El gobernador decidió silenciar el rumor a punta de detenciones y flagelaciones públicas y autorizó a todo blanco a capturar y a llevar a los jueces a cualquier negro sospechoso, fuera esclavizado o libre. A finales del mes, por lo menos veintiséis hombres habían sido acusados de conspiración y rebelión. Ninguno fue ejecutado, pero varios fueron condenados a decenas de latigazos y a ser vendidos por fuera de la isla. Otros fueron devueltos a sus amos después de haber sido absueltos para que estos los castigasen a su antojo[39].

En Cuba los disturbios fueron mucho más serios. Desde comienzos del siglo XIX, los dueños de plantación habían logrado transformar la isla en el primer productor mundial de azúcar en reemplazo de Saint-Domingue, gracias al trabajo forzoso de esclavizados importados de África, por miles, cada año. La sociedad cubana se había convertido en una sociedad esclavista en la cual los libres de color eran progresivamente asimilados a los esclavos. En enero de 1812 se rebelaron esclavizados de varias plantaciones, primero en Puerto Príncipe, luego en Bayamo, en Holguín y finalmente en La Habana, dejando tras ellos unos veinte blancos muertos y abundante destrucción. Según los interrogatorios que se les hicieron, los esclavizados se habían sublevado porque sus amos se negaban aplicar un supuesto decreto real de abolición de la esclavitud, decreto que algunos decían provenía del rey de España, otros, de las Cortes, del rey de Gran Bretaña, del rey del Kongo, o incluso del rey de Haití (debido a la reciente coronación de Henri Christophe). Casi todos los esclavos incriminados estaban convencidos de la inminencia de su emancipación, creencia sacada de las noticias y los rumores que relataban las tensiones entre el reino de Christophe y la república de Alexandre Pétion en Haití, los primeros levantamientos independentistas de Venezuela y los debates de las Cortes de Cádiz. La investigación reveló también la existencia de grandes redes que vinculaban a libres de color de las ciudades principales a los esclavos criollos y africanos de las plantaciones. Más inquietante todavía para las autoridades era que entre los líderes figuraban negros libres, artesanos y letrados, generalmente miembros de las milicias de defensa y activos en los cabildos de nación africana (las asociaciones de ayuda mutua que reunían a los africanos y sus descendientes según criterios étnicos)[40].

[39] Guillermo A. Baralt, *Slave Revolts in Puerto Rico*, *op. cit.*, p. 13-18. Infortunadamente, Baralt no distingue el origen, africano o criollo, de la mayor parte de los esclavizados incriminados.

[40] Matt D. Childs, *The 1812 Aponte Rebellion*, *op. cit.*, p. 155-171. Ver también el capítulo 4.

José Antonio Aponte, un escultor negro libre, resultó ser el inspirador principal de las rebeliones de 1812, hasta el punto que tomaron el nombre de la conspiración de Aponte, y el libro de imágenes que este había elaborado se convirtió en el cuerpo del delito principal de su presunto complot. Aunque, hasta hoy, ningún historiador haya podido encontrarlo, este documento contenía decenas de imágenes que Aponte les describió detalladamente a sus interrogadores y esto, al parecer, sin haber sido sometido a la tortura. Estas mostraban planos de ciudades y de guarniciones militares de Cuba, batallas donde soldados negros vencían a los militares blancos, retratos de los antepasados de Aponte, otras representaban al rey de España o a papas rodeados de altos dignatarios negros, a los reyes de Etiopía, en fin, un mundo militar, religioso y político donde los negros eran preponderantes. Además, varios inculpados declararon haber visto retratos de los héroes de la Revolución haitiana en casa de Aponte[41]. Con base en ello, las autoridades cubanas establecieron que Aponte y sus compañeros se preparaban para tomar el poder, como los negros del Saint-Domingue, y pusieron en marcha una represión de gran amplitud. Un total de 381 personas fueron detenidas, la mayoría eran esclavizados, y muchos de ellos eran bozales nacidos en África. Casi ellos todos eran negros, y había unas treinta mujeres. Los juicios llevaron a treinta y cuatro ejecuciones por ahorcamiento, entre ellos Aponte, seguidas de la exposición de las cabezas en sitios públicos. Cerca de 200 personas fueron condenadas a penas de prisión o a llevar grilletes, y esto generalmente precedido por flagelaciones públicas[42]. Pero la defensa militar de los puertos cubanos siguió a cargo, sobre todo, de milicianos negros y mulatos, porque los blancos dispuestos a servir en la milicia no eran suficientemente numerosos.

En 1814, la restauración de Fernando VII en el trono de España inauguró un período de estrecha colaboración entre la metrópoli y sus dos posesiones fieles y esclavistas del Caribe. Más allá de los hacendados, vastos sectores de estas sociedades gozaban directa e indirectamente del éxito creciente de las exportaciones agrícolas producidas por esclavos. Las ambiciones de independencia de círculos liberales, o de rebelión de los esclavizados, fueron por consiguiente rápidamente ahogadas. De esta manera, en Puerto Rico, en julio de 1821, el distrito de Bayamón llamó la atención de las autoridades tras una denuncia según la cual unos esclavizados estaban a punto de sublevarse. La supuesta conspiración "de Marcos Xiorro", bautizada como el bozal que la habría dirigido, seguía un guion clásico que comenzaba con rebeliones en plantaciones, la toma de la pequeña ciudad de Bayamón, la coronación de un esclavizado de élite, Mario, la masacre de los blancos y finalmente la toma de la capital, San Juan, gracias a refuerzos enviados desde Haití por su

[41] *Ibid.*, p. 3-4; Stephan Palmié, *Wizards and Scientists: Explorations in Afro-Cuban Modernity and Tradition*, Duke University Press, Durham, 2002, p. 79-158.

[42] Matt D. Childs, *The 1812 Aponte Rebellion, op. cit.*, p. 176, 189-206.

presidente Jean-Pierre Boyer. El guion no se hizo realidad, pero muchos esclavos fueron detenidos e interrogados y, después de un juicio rápido, Mario y otros esclavizados fueron ejecutados; pero los otros, incluyendo a Marcos Xiorro, el presunto cerebro del complot, fueron devueltos a donde sus amos para que estos los castigasen[43].

En Puerto Rico, en los años siguientes, lo que se contuvo fueron sobre todo las tentativas de fuga de esclavos hasta que, en julio de 1826, una acusación de conspiración sacudió la región de Ponce, donde la industria azucarera estaba en plena expansión, con la triplicación de su población esclavizada entre 1812 y 1826. De nuevo, cuatro esclavizados denunciaron ante su amo los planes de un complot al cual el cochero bozal Antonio Congo acababa de incitarlos a participar. Al ser interrogado, este último dio los nombres de unos treinta cómplices que fueron detenidos rápidamente. Su proyecto habría sido iniciar una insurrección bajo la apariencia de una bomba (ceremonia que involucraba cantos y un baile al ritmo de tambores). Habrían sacado provecho de esto para prender fuego a los campos de caña de azúcar con el fin de atraer a los bomberos y los milicianos, mientras que ellos irían a hacerse con armas en el cuartel de la ciudad vecina para masacrar a los blancos, saquear las tiendas y tomar el poder. Un mes más tarde, Antonio Congo y otros diecinueve sospechosos fueron ejecutados, tres esclavos fueron condenados a diez años de trabajos forzados en Cuba, y otros dieciséis a ayudar en las ejecuciones, y ello sin que se hubiera producido la menor manifestación o violencia. Los cuatro delatores fueron liberados y recibieron una pequeña recompensa monetaria. Poco después, el gobernador de la isla promulgó un reglamento de los esclavos que, contrariamente al Código Negro de 1789, ampliaba el poder de los amos y limitaba drásticamente los desplazamientos y el tiempo de ocio de los esclavos[44].

Igualmente, en Cuba, el miedo a un levantamiento servil aumentó en la década de 1820, especialmente porque miles de esclavos seguían llegando cada año de África para trabajar en las plantaciones de caña de azúcar, café y tabaco. Varias rebeliones estallaron, demostrando la capacidad de bozales de diversos orígenes a unirse contra sus dueños, pero estas eran más que nada reacciones a los excesos de violencia de los administradores que movimientos planificados. Los rebeldes eran rápidamente sometidos por las tropas que se enviaban a combatirlos, antes de poder reclutar a otros esclavizados en las cercanías. Estas insurrecciones puntuales podían sin embargo tener un costo humano considerable. Por ejemplo, cuando en 1827 cincuenta y siete esclavizados de una plantación cafetera en el oeste de Cuba se sublevaron contra la brutalidad con la cual eran tratados, asesinaron a su contramaestre

[43] Guillermo A. Baralt, *Slave Revolts in Puerto Rico*, *op. cit.*, p. 21-30.

[44] *Ibid.*, p. 43-52; Luis M. Díaz Soler, *Historia de la esclavitud negra en Puerto Rico*, *op. cit.*, p. 214-215.

y sembraron el pánico en los alrededores hasta que la milicia de los colonos le puso fin al movimiento, a costa de la muerte de veintitrés esclavos: cinco muertos por bala, y dieciocho que se habrían ahorcado, oficialmente, en un suicidio colectivo[45]. Incluso durante el apogeo del esclavismo en Cuba, como en Jamaica anteriormente, la rebelión era tal vez, para ciertos esclavos, una manera de demostrar su humanidad, pero no conducía a la libertad, salvo para los que lograban huir hacia zonas impenetrables de cimarronaje.

Así pues, el proceso de independencia que se puso en marcha después de la ocupación napoleónica de la península ibérica tuvo repercusiones profundas para los esclavos de las colonias americanas de España y Portugal; muchos de ellos esperaron que les aportara la libertad. Donde hubo guerras que concluyeron en la independencia, como en la América española continental, miles de esclavizados fueron enrolados en los ejércitos de ambos campos, y cientos obtuvieron su emancipación por este medio. Más numerosos, no obstante, fueron aquellos y aquellas que sacaron provecho de los disturbios para huir e instalarse como libres lejos de sus dueños. En efecto, la reducción de un tercio, e incluso de la mitad de la población de esclavos en todas las nuevas repúblicas entre 1810 y los años 1820, no sólo se debía a las defunciones y al fin de las importaciones de bozales, sino también a la voluntad de los esclavizados de liberarse por la fuga o la manumisión. La institución de la esclavitud se vio debilitada por la guerra, y luego por las leyes de abolición gradual que prohibieron la trata negrera y promovieron el "vientre libre". Pero la guerra y las leyes de manumisión establecieron una diferencia fundamental entre los hombres y las mujeres esclavizados: mientras que los primeros pudieron obtener la libertad —y, por consiguiente, la ciudadanía— a través de su sacrificio militar por la nueva república, las mujeres en cambio fueron siempre consideradas primordialmente como "vientres", no como madres con derechos parentales sobre sus recién nacidos. En realidad, la esclavitud siguió siendo un componente de la mayoría de las repúblicas hasta la década de 1850, puesto que sólo Chile, América Central y México abolieron totalmente la esclavitud inmediatamente después de la independencia.

Para los esclavos de Brasil, al contrario, tanto durante el traslado de la corte de Portugal como después de una independencia obtenida sin conflictos armados mayores en 1822, la legislación no se volvió más clemente, mientras que la economía del imperio recaía cada vez más en la trata negrera y en la esclavitud. Igualmente, en las dos islas que seguían siéndole fieles a España, Cuba y Puerto Rico, la situación de los esclavizados se agravó con el desarrollo de la plantación azucarera y la importación masiva de africanos

[45] Manuel Barcia, *Seeds of Insurrection*, *op. cit.*, p. 36.

esclavizados. De hecho, en el conjunto de las Américas que seguían siendo esclavistas, incluso donde las guerras de independencia habían conducido a la instauración de repúblicas y la trata negrera había sido prohibida, el cimarronaje y la compra de la libertad seguían siendo, para los esclavizados, las principales vías de libertad.

Cuarta Parte

ENTRE ESCLAVISMO Y ABOLICIONISMO (1800-1838)

Capítulo IX

EL CIMARRONAJE Y LA COMPRA DE LIBERTAD, ESTRATEGIAS SIEMPRE REINVENTADAS

Entre 1770 y 1825, las revoluciones y las guerras de independencia transformaron las relaciones entre colonos y metrópolis, creando vacíos de poder y control del territorio de los cuales muchos esclavizados se aprovecharon para intentar obtener su libertad. En las colonias continentales de Gran Bretaña y España, los conflictos entre realistas e independentistas, y los desplazamientos de población que estos generaron les permitieron a miles de esclavizados huir de sus amos, comprar su libertad o enlistarse en los ejércitos a cambio de una promesa de emancipación. Sin embargo, sólo los esclavizados de Saint-Domingue, que representaban la inmensa mayoría de la población, llegaron a sublevarse masivamente, y, después de relacionar la guerra contra Francia con la guerra contra el intento de Napoleón de restablecer la esclavitud, terminaron por ganar la libertad.

Después del fin de las guerras, la debilidad de los nuevos Estados, la inestabilidad y la miseria siguieron permitiéndoles a los esclavos huir, mientras que otros se propusieron comprar su libertad. En el norte de los Estados Unidos y en las antiguas colonias españolas de América del Sur, las leyes de abolición gradual mantuvieron la esclavitud vigente durante dos o tres décadas más, en el curso de las cuales numerosos esclavizados decidieron liberarse por sus propios medios. Pero tanto en el sur de los Estados Unidos como en Brasil, en las Guayanas y en las Antillas, los hacendados procuraron, al contrario, reforzar la esclavitud, primero a través de importaciones masivas de nuevos cautivos africanos, luego en los lugares donde la trata de negros había sido prohibida a partir de 1808, por una gestión más productiva. En las Antillas francesas, Cuba y Brasil, se siguieron llevando africanos por la fuerza hasta 1830, e incluso bastante tiempo después. Por lo demás, el año de 1829 marcó el apogeo de la historia de este abominable comercio, cuando 106 000 hombres, mujeres y niños fueron desembarcados en las Américas.

Estos desembarcos continuos de cautivos africanos se acompañaban de fugas individuales o colectivas y de un cimarronaje endémico en ciertas zonas. Donde les era posible, algunos esclavizados intentaron también conquistar su libertad por vía legal, obteniendo certificados de manumisión. Sin duda, la retórica de liberación de los movimientos independentistas, el hecho de estar al tanto del Código Negro español de 1789, así como la difusión de los modelos de abolición gradual adoptados por varios estados del norte

de Estados Unidos y por las repúblicas de América del Sur, les proporcionaron a los esclavizados referencias legales sobre las cuales podían fundar sus demandas y defenderse contra los abusos de sus amos.

Huir, una hazaña cada vez más difícil en el sur de Estados Unidos

En Estados Unidos, la abolición de la esclavitud por algunos estados del Norte y el clima favorable a la manumisión que dejó la independencia contribuyeron a las fugas de esclavizados, aunque, desde 1793, el Fugitive Slave Act definió como crimen federal toda ayuda a un esclavo fugitivo y estipuló que un prófugo podía también ser capturado en los estados que habían abolido la esclavitud. En varias ciudades septentrionales y del alto Sur, la población negra libre aumentó rápidamente, no sólo debido al crecimiento natural y las manumisiones, sino también a la llegada discreta de prófugos que se escondían pasando allí por libres[1]. En las tierras del interior de las Carolinas y Georgia, el cimarronaje aumentó tras la importación por estos estados de más de 93 000 cautivos africanos entre 1781 y 1810, de los cuales dos tercios llegaron justo antes de la interdicción de la trata negrera por la Constitución[2].

El Great Dismal Swamp, en la frontera entre Virginia y Carolina del Norte, seguía albergando entre 1 000 y 2 500 esclavos fugitivos, solos o en familia (a veces formadas por una madre sola con sus hijos), que vivían principalmente de la caza, la pesca y la cosecha. Pero una parte de ellos contribuía puntualmente a la industria de la madera que, desde finales del siglo XVIII, producía de febrero a junio. Equipos de esclavizados fueron entonces enviados a cortar los cipreses y los enebros de la región para convertirlos en tablas y tablillas. Alquilados por sus propietarios a las compañías de explotación, se les pagaban por tarea después de que se dedujera un monto para su alimentación y un sueldo fijo para sus amos. Algunos cimarrones lograban hacerse contratar bajo las mismas condiciones. Igualmente, en otras partes, individuos o familias de fugitivos se instalaban en las afueras de granjas y trabajaban a cambio de un poco de dinero, víveres o ropa y, sobre todo, a cambio del silencio del empleador. Estos acuerdos eran frágiles pero sin duda más soportables que la esclavitud, cosa que muestra que la clave de la supervivencia para muchos cimarrones era la discreción, pero no el aislamiento[3]. Otros cimarrones, organizados en bandas armadas casi exclusivamente masculinas, vivían del robo y la rapiña, y dependían esencialmente de lo que pudieran

[1] Michael L. Nicholls, "Strangers Setting among Us: The Sources and Challenge of the Urban Free Black Population of Early Virginia", *Virginia Magazine of History and Biography*, vol. 108, nº 2, 2000, p. 155-179.

[2] *Voyages*, *op. cit.*

[3] Sylviane A. Diouf, *Slavery's Exiles*, *op. cit.*, p. 209-229.

conseguir, de grado o por fuerza, de los esclavos de las plantaciones, pues no dudaban en atacarlos y en hacerse con sus provisiones. Por consiguiente, las relaciones entre estos cimarrones y los esclavizados a veces eran tensas y podían conducir a estos últimos a participar en las expediciones de captura de los prófugos que amenazaban su supervivencia, particularmente en la región costera de Charleston, a comienzos de la década de 1820[4].

La guerra de 1812 entre los estadounidenses y los británicos dio lugar a nuevas fugas de esclavizados de las plantaciones del Sur. Como había sucedido durante la guerra de independencia de Estados Unidos, el ejército británico llamó a los esclavos a combatir a su lado prometiéndoles hacerlos emigrar y darles tierras cultivables (sin mencionar esta vez la concesión de la libertad). Y, como en 1783, estos fugitivos se enfrentaron a un destino incierto cuando los beligerantes acordaron la paz. Muchos de ellos fueron capturados y castigados por sus amos, pero de 1813 a 1815, un total de más de 3 600 esclavos que se habían escapado de Maryland, Virginia, Carolina del Norte, Georgia y Luisiana, fueron transportados fuera de Estados Unidos por los británicos. La mayoría llegaron a Halifax, a Nueva Escocia, y otros a las Bermudas y otras islas antillanas. Aunque ahora eran libres, estos hombres, mujeres y niños se toparon con muchas dificultades. Casi todos venían de plantaciones y eran analfabetas y sin cualificaciones, y su llegada coincidió con la de muchos inmigrantes europeos. En Canadá, los que fueron enviados a colonizar el interior fueron mal acogidos por los afroamericanos lealistas que los británicos habían instalado allí después de 1783; además, no estaban preparados para tal empresa, ya que las parcelas puestas a su disposición eran muy pequeñas y las tierras poco fértiles. Así, pues, muchos permanecieron agrupados cerca de las ciudades e intentaron sobrevivir de las escasas raciones que la administración colonial les distribuía, pero cuando las autoridades les propusieron transportarlos a Trinidad se negaron por miedo a ser esclavizados de nuevo. Más afortunados fueron los esclavos-soldados que reclutaron los británicos en 1814, en la bahía de Chesapeake, para formar un cuerpo de marineros coloniales libertos. Al final de la guerra, el ejército británico los envió con sus familias, en un principio, a las Bermudas para que construyeran un arsenal, luego quiso integrarlos en los regimientos de las Indias occidentales (ver capítulo 7), pero estos antiguos esclavizados lograron que se cumpliera la promesa que les habían hecho los británicos: que se les entregasen tierras cultivables en Trinidad, en las que se instalaron como campesinos independientes, en 1816, en lo que se convirtió en los "Meriken" (American) Company Villages[5].

[4] Timothy Lockley y David Doddington, "Maroon and Slave Communities in South Carolina before 1865", *art. cit.*, p. 133-145.

[5] Robin W. Winks, *The Blacks in Canada*, *op. cit.*, p. 114-141; John M. Weiss, *The Merikens: Free Black American Settlers in Trinidad, 1815-1816*, McNish & Weiss, Londres, 2002.

La guerra de 1812 afectó también a los esclavos que habían huido de Georgia para fundar comunidades cimarronas al norte de Florida (que seguía siendo española), donde cohabitaban con los indios seminolas. Alertados por el progreso estadounidense en sus territorios, construyeron un fuerte en Prospect Bluff, incitados por los británicos, quienes les proporcionaron armas y municiones. Después de la evacuación británica, unos 400 guerreros, tanto negros como indios, con mujeres y niños, se quedaron en el fuerte cercano a la costa al oeste de la península floridense. El fuerte negro, con su aldea y sus cultivos alimenticios, atraía constantemente a nuevos esclavos fugitivos de Georgia hasta que alcanzó, por lo menos, mil habitantes. Considerándolo como una amenaza para la seguridad de sus plantaciones, los hacendados georgianos obtuvieron una intervención federal: en 1816 el ejército y la marina estadounidenses, apoyados por guerreros creek, atacaron el fuerte para destruirlo y capturar a los cimarrones que se habían instalado en él. Por lo menos 250 refugiados del fuerte fueron asesinados, y muchos supervivientes fueron apresados y distribuidos como esclavos a los latifundistas de la región. No obstante, algunos grupos de cimarrones y seminolas lograron huir a los bosques del interior y a la bahía de Tampa. Con el avance de la colonización anglosajona y esclavista en Florida, estos "seminolas negros" tuvieron cada vez más dificultades en sobrevivir y, cuando España perdió definitivamente Florida en 1821, muchos se exiliaron en Cuba, México y Haití[6]. Sin embargo, Florida siguió siendo una tierra de refugio para los cimarrones, porque sus bosques, atravesados de arroyos y poco propicios a la colonización, atraían a los fugitivos, hasta que la segunda guerra iniciada por el ejército estadounidense contra los negros y los seminolas en 1836-1842 diezmara estos dos grupos[7].

Con la rápida expansión territorial del país en el sur y el oeste, las fronteras que ofrecían refugio a los prófugos se alejaban constantemente, volviendo el cimarronaje cada vez más arriesgado. La apropiación por Estados Unidos de territorios amerindios para formar Kentucky, Tennessee, Misisipi y Alabama, así como su compra de Luisiana a Napoleón Bonaparte en 1803, produjeron olas de colonización por parte de terratenientes del Viejo Sur que llevaban a esclavizados consigo. En la década de 1810, 120000 esclavos de los estados del Sur costero, mayoritariamente jóvenes y hombres, fueron

[6] Rebecca B. Bateman, "Africans and Indians: A Comparative Study of the Black Carib and Black Seminole", en Darién J. Davis (ed.), *Slavery and Beyond: The African Impact on Latin America and the Caribbean*, Scholarly Resources Inc., Wilmington, 1995, p. 33-34; Jane Landers, *Black Society in Spanish Florida*, *op. cit.*, p. 220-248; Nathaniel Millett, *The Maroons of Prospect Bluff and Their Quest for Freedom in the Atlantic World*, University Press of Florida, Gainesville, 2013.

[7] Larry Eugene Rivers, *Rebels and Runaways: Slave Resistance in Nineteenth-Century Florida*, University of Illinois Press, Urbana, 2012, p. 4-50, 73-76, 78, 131-145; Robin W. Winks, *The Blacks in Canada*, *op. cit.*, p. 144-145. El Fugitive Slave Act de 1850 hizo que aumentaran las fugas de esclavizados en Canadá.

desplazados por la fuerza o vendidos a los terratenientes algodoneros que se estaban instalando allí, en un movimiento que se extendería hasta 1840. Para estos esclavizados, estos desplazamientos produjeron la desestructuración y separación de las familias, pero a veces también una posibilidad de huir, ya que las nuevas regiones se caracterizaban por la ausencia de control estatal sobre sus tierras inmensas, en las cuales pantanos, bosques y ríos eran propicios al contrabando y al cimarronaje. Generalmente llamados "bandidos" en los documentos, estos fugitivos fundaron pequeñas comunidades móviles al margen de las plantaciones ribereñas del Misisipi y en las tierras del interior, siguiendo en contacto con ciertos esclavos y blancos. Algunos se refugiaron cerca de las naciones cherokee, creek o choctaw en el oeste del río, pero como estas practicaban la esclavitud, podían ser otra vez esclavizados[8].

Otros esclavos seguían intentando huir por el mar. Se escondían a bordo de barcos extranjeros, habitualmente con la ayuda de marineros negros, hasta el punto que, en 1822, Carolina del Sur votó una ley que obligaba a todo barco anclado en sus puertos a encerrar a bordo a su tripulación negra hasta que partieran, ley que otros estados esclavistas luego imitaron. Además, haciendo caso omiso del Fugitive Slave Act de 1793, un número creciente de esclavizados del Sur huían hacia las ciudades del Norte, esperando fundirse allí con la población negra libre. Pero antes de que se formase un movimiento abolicionista en la década de 1820, los afroamericanos del Norte estaban demasiado aislados como para poder protegerlos de manera eficiente contra los cazadores de esclavos y contra una justicia que a menudo les reenviaba al sur. Otros fugitivos iban hasta Canadá, donde crearon nuevas comunidades cerca de la frontera, como la de Amherstburg, en la orilla canadiense del lago Erie, y contribuyeron al desarrollo de los cultivos de tabaco. Estas fugas eran peligrosas, muchas no terminaban exitosamente como la de Josiah Henson, quien huyó de Kentucky con su mujer y sus cuatro hijos en septiembre de 1830: atravesaron el río Ohio gracias a un amigo barquero, luego se encontraron en un estado libre pero seguían corriendo el riesgo de ser detenidos y reenviados al sur, hasta que, seis semanas después, alcanzaron las orillas del lago Erie de donde una tripulación los transportó hasta Canadá. Para los que huían hacia el sur, México, que abolió la esclavitud en 1829, les garantizaba también la libertad a los cimarrones que se refugiaran en su territorio[9].

[8] Alvin O. Thompson, *Flight to Freedom*, *op. cit.*, p. 128-129; Nathan A. Buman, *To Kill Whites*, *op. cit.*, p. 45-50; Daniel F. Littlefield Jr. et James W. Parins (eds.), *Encyclopedia of American Indian Removal*, 2 vol., Greenwood, Santa Barbara, 2011, vol. 2, p. 168-174.

[9] Leslie M. Harris, *In the Shadow of Slavery*, *op. cit.*, p. 92; Ira Berlin, *Generations of Captivity. A History of African-American Slaves*, Belknap Press of Harvard University Press, Cambridge, 2003, p. 168; Fergus M. Bordewich, *Bound for Canaa. The Epic Story of the Underground Railroad, America's First Civil Rights Movement*, Amistad, New York, 2005, p. 11-103; Marion Brunson Lucas, *A History of Blacks in Kentucky: From Slavery to Segregation, 1760-1891*, University Press of Kentucky, Frankfort, 2003, p. 1-2, 9, 78-79; Quintard Taylor, *In Search of the Racial*

Continuidad y reinvención del cimarronaje en el Caribe y en América del Sur

En los territorios que seguían colonias británicas, la abolición de la trata negrera en 1808 hizo que los dueños de plantación procuraran conservar a los esclavizados que poseían, aunque esto no los llevó a mejorar las condiciones de vida de estos. Sobre todo, se esforzaron en prevenir las fugas de esclavos y destruir las comunidades cimarronas existentes. Sin embargo, la publicación, por parte de los periódicos, de numerosos anuncios de fugitivos, quienes a veces llevaban años prófugos, mostraba que, por todas partes, se seguían escapando cautivos tanto de ciudades como de plantaciones. Aunque, en general, los hombres hubieran predominado entre los fugitivos, también huían mujeres, que a veces llevaban a sus hijos consigo. También esclavos cualificados, como artesanos o domésticos, intentaban hacerse pasar por libres y vivir de sus oficios en ciudades alejadas de la de sus amos; otros menos preparados se volvían jornaleros o merodeadores. El historiador Gad Heuman menciona el caso particular de Appea, en Barbados en 1815, descrito por la noticia de su fuga como un hombre de unos cincuenta años, seguro de sí mismo y muy peligroso, con varias cicatrices y una oreja a la que le faltaba un pedazo a causa de una pelea, y que sobrevivía desde hacía más de un año pasando de una propiedad a otra "dibujando siluetas de negros sobre papel"[10]. Algunos huían por mar, como los siete esclavos marineros de Jamaica quienes, en 1817, consiguieron desviar el barco en el cual servían, para hacer que los desembarcasen en el sur de Haití, cuya constitución consideraba a todo negro o indio que llegase para instalarse como ciudadano haitiano[11]. Por otro lado, en las colonias de ocupación más reciente, como en la Guayana británica, el interior todavía ofrecía posibilidades amplias de establecer comunidades cimarronas semiautárquicas con su propia producción agrícola, que seguían atrayendo a esclavos prófugos[12].

En las colonias francesas de las Antillas y de Guayana, el restablecimiento de la esclavitud en 1803 y la reanudación de las importaciones de cautivos de África —68 000 entre 1815 y 1831[13]— se tradujeron también por el resurgimiento del cimarronaje, tanto en las tierras del interior sin colonizar como

Frontier. African Americans in the American West, 1528-1990, W.W. Norton, New York, 1998, p. 37-39.

[10] Gad Heuman, "Introduction", y "Runaway Slaves in Nineteenth-Century Barbados", en Gad Heuman (ed.), *Out of the House of Bondage*, *op. cit.*, p. 1-8, p. 106. Sobre el cimarronaje marítimo de las Antillas danesas, ver N. A. T. Hall, "Maritime maroons", *art. cit.*

[11] Ada Ferrer, "Haiti, Free Soil, and Antislavery in the Revolutionary Atlantic", *American Historical Review*, vol. 117, nº 1, febrero de 2012, p. 42-43.

[12] Barry W. Higman, *Slave Populations of the British Caribbean*, *op. cit.*, p. 390-391.

[13] *Voyages*, *op. cit.*

en las cercanías de los puertos, caracterizadas por el contrabando y el vagabundeo. En la Guayana, por ejemplo, entre 1 200 y 3 000 libertos de 1794 se escaparon de la brutal represión ordenada por Víctor Hugues con el fin de imponerles de nuevo el estatuto de "bienes muebles" y se internaron aun más en las tierras selváticas del interior. En la década de 1820, el ejército lanzó expediciones para combatir el cimarronaje, y estas se terminaron con frecuencia con detenciones y ejecuciones públicas. El cimarrón Pompée, sin embargo, prófugo desde 1802 y capturado con cinco otros en 1822, gozó de una gracia real que le evitó la muerte, pero su mujer y las dos otras parejas de fugitivos detenidas con él fueron ejecutadas en Cayena. Muchos otros cimarrones consiguieron sobrevivir de manera semiautárquica en los bosques, cultivando algodón, arroz y ñame con las herramientas que se habían llevado al huir, vendiéndoles su producción agrícola a intermediarios que luego la ofrecían en los mercados[14]. Igualmente, en Guadalupe, las montañas de Basse-Terre siguieron protegiendo fugitivos. Ciertas comunidades databan del restablecimiento de la esclavitud, pero otras resistían desde hacía décadas, como el campamento de Kellers en el noroeste, establecido en 1776 por cautivos que habían sobrevivido a un naufragio y que luego se había desplegado en una red de aldeas de chozas que seguían existiendo en 1832[15]. Como la mano de obra escaseaba constantemente, algunos esclavos abandonaban sus plantaciones por otras cuyos amos fueran más clementes, y que los contrataban de manera discreta como "libres de sabana" asalariados; otros huían hacia los puertos donde fácilmente encontraban empleos bajo el mando de capitanes, transportadores o contrabandistas que se preocupaban poco de su origen[16].

Además, a finales de la década de 1820, las ordenanzas de *amelioration of slavery* ("mejora de la esclavitud") en las colonias británicas tuvieron repercusiones en el resto de América. De las Antillas francesas y Cuba, esclavizados intentaron escaparse por mar hacia las colonias de la monarquía británica. Después del acto británico de abolición de la esclavitud de 1833, un verdadero movimiento de esclavos que querían liberarse se organizó en Martinica y Guadalupe y, al principio de la década de 1840, unos 5 000 se habrían escapado a Antigua, Barbados y otras pequeñas islas británicas donde siempre fueron bien acogidos por terratenientes que buscaban mano de obra barata[17].

En el continente, en las antiguas colonias españolas que conservaron la esclavitud después de la independencia también hubo cimarronaje. Los años

[14] Serge Mam-Lam-Fouck, "La résistance au rétablissement de l'esclavage en Guyane française", *art. cit.*, p. 251-271; Caroline Oudin-Bastide, *Travail, capitalisme et société esclavagiste, op. cit.*, p. 298.

[15] Frédéric Régent, *La France et ses esclaves, op. cit.*, p. 165-166.

[16] Caroline Oudin-Bastide, *Travail, capitalisme et société esclavagiste, op. cit.*, p. 300-301.

[17] *Ibid.*, p. 302-303.

de guerra habían debilitado la economía y las estructuras sociales, y las poblaciones eran generalmente miserables. Muchos hombres y mujeres erraban en busca de un trabajo y de un tejado, y entre ellos se encontraban esclavos fugitivos o que habían sido abandonados por amos exiliados o desaparecidos. En Perú, por ejemplo, en los alrededores de Lima, varios prófugos habían formado cuadrillas de ladrones, pero otros cortaban madera que luego vendían a esclavos, quienes la ofrecían en los mercados de la capital. De ser apresados, los cimarrones generalmente se asignaban a trabajos en las panaderías que servían de penitenciarías[18]. En general, los gobiernos de estas nuevas repúblicas respondieron a la miseria popular con leyes contra el vagabundeo que las escasas fuerzas del orden aplicaban de manera discriminatoria contra los indios y los afrodescendientes. Por todas partes, sin embargo, el hecho de que los esclavizados fueran minoritarios con relación a los libres de color les permitió a muchos prófugos integrarse subrepticiamente en las clases populares de las ciudades o de las zonas rurales de colonización reciente[19].

Mientras que en la América del Sur hispanohablante la decadencia de la esclavitud facilitó el cimarronaje, en las Antillas todavía fieles a España la importación continua de cautivos africanos para las plantaciones en expansión fue lo que lo alimentó. Sobre todo Cuba, que importó 350 000 esclavos entre 1791 y 1830 (en promedio 8 700 al año), vio el cimarronaje instalarse de manera duradera. En el oeste y el centro de la isla, los fugitivos procuraban esconderse entre los libres de color de las ciudades, construir campamentos provisionales o formar bandas merodeadoras. En las montañas del norte de Trinidad, y sobre todo en las de la provincia de Oriente, los cimarrones establecieron verdaderas comunidades autónomas. Ya en 1796 las autoridades españolas publicaron un nuevo reglamento sobre la captura de los cimarrones. Los grupos de *rancheadores* (cazadores de esclavos profesionales), acompañados de sus terribles perros, debían patrullar mensualmente las regiones que amparaban palenques y bandas cimarronas. Otras milicias de cazadores de esclavos no profesionales y de soldados fueron también empleadas con este fin, mientras que los amos debían avisar de inmediato a las autoridades en caso de cualquier fuga de esclavos. A los rancheadores se les incitaba a capturar a los cimarrones vivos por medio de un sistema de pago por cada esclavo detenido que aumentaba con respecto al número total de apresados: diez pesos por esclavo en un grupo que comprendiera entre seis y once cimarrones, dieciocho pesos por prófugo para todo grupo de más veintiún cimarrones. Cabe notar que estas cifras demuestran la amplitud del fenómeno.

[18] Christine Hünefeldt, *Paying the Price of Freedom*, *op. cit.*, p. 18-19.

[19] Aline Helg, *Liberty and Equality*, *op. cit.*, p. 171, 186-187; John V. Lombardi, *The Decline and Abolition of Negro Slavery in Venezuela*, *op. cit.*, p. 87-88.

Los cazadores de esclavos podían también apropiarse de los bienes de los palenqueros, pero debían incendiar sus chozas, granjas y cultivos[20].

Aunque los rancheadores cubanos y sus perros tenían una reputación sin igual en el Caribe, como lo demuestra su reclutamiento por el gobernador de Jamaica en 1795 y por el general de Rochambeau, en Saint-Domingue, en 1802[21], estos no lograron acabar con los palenques del oriente de Cuba. Allí, en 1814, nuevas medidas intentaron lidiar con la multiplicación de las comunidades cimarronas. Se conformaron milicias locales, cada una con veinticinco cazadores, cuyos jefes debían proporcionar informes de expedición. A los rancheadores ya no se les pagaba en función del número de cimarrones detenidos, sino en función de la distancia que separara el lugar de captura de estos del sitio de partida de la milicia. El número de prófugos capturados aumentó, pero el de las chozas incendiadas era generalmente de diez a veinte veces superior, indicando que la mayoría de los cimarrones lograba huir antes de la llegada de los rancheadores[22].

En Brasil, tanto como en Cuba, el recrudecimiento de la trata negrera estuvo acompañado del aumento del cimarronaje. Las importaciones de esclavizados de África por parte del Brasil sumaron 1 600 000 *boçais* entre 1791 y 1830 (es decir, en promedio, unos 40 000 esclavizados por año), en su mayoría hombres jóvenes del golfo de Guinea. Muchos habían sido apresados durante las guerras ligadas a la expansión musulmana en aquella región para luego ser vendidos para la trata transatlántica, de modo que tenían experiencia bélica. Con este flujo constante, en Brasil las fugas de esclavos se multiplicaron y, con ellas, los quilombos y mocambos en el inmenso *hinterland*, hasta el punto que las autoridades dejaron de intervenir, salvo en caso de que los cimarrones amenazaran a las ciudades y plantaciones directamente. Este fenómeno fue particularmente notorio en la provincia de Bahía, donde se reanudó la producción azucarera después de que se fundiera la de Saint-Domingue. Tanto en la ciudad de Salvador como en sus alrededores, el 40% de la población estaba compuesta de esclavizados, de los cuales dos tercios había nacido en África. En el Recôncavo, algunos quilombos habían logrado instalarse en los matorrales que existían entre las plantaciones de caña de azúcar, las aldeas y los pueblos. Incluso cuando las fuerzas militares lograban destruir ciertos quilombos y capturar o matar a una parte de sus habitantes, no conseguían erradicarlos puesto que muchos *quilombolas* lograban huir para crear nuevos mocambos que acogían a nuevos prófugos, y todo ello dentro de un interminable círculo vicioso.

[20] Gabino La Rosa Corzo, *Runaway Slave Settlements in Cuba*, *op. cit.*, p. 5-12, 81-86. Sobre Puerto Rico, ver Benjamín Nistal Moret (ed.), *Esclavos prófugos y cimarrones. Puerto Rico, 1770-1870*, Editorial de la Universidad de Puerto Rico, Río Piedras, 1984.

[21] Ver Sarah E. Johnson, "You Should Give them Blacks to Eat", *art. cit.*, p. 67-69.

[22] Gabino La Rosa Corzo, *Runaway Slave Settlements in Cuba*, *op. cit.*, p. 93-117.

A veces la conspiración, la rebelión y el cimarronaje se entremezclaban dado que las comunidades de esclavos fugitivos servían de lugares de preparación y de escondite para los conspiradores que podían también refugiarse allí en caso de peligro. Concretamente, cerca de Salvador de Bahía, había redes que unían a grupos de esclavizados urbanos a mocambos, a grupos de bandidos y a quilombos más grandes disimulados en el *hinterland*. Así, pues, la conspiración de los hausas (originarios de una vasta región que abarcaba Níger), que se descubrió en Salvador en mayo de 1814, estaba formada de equipos de esclavos cargadores en la ciudad y de *quilombolas* (ver capítulo 10). Poco antes, 250 cimarrones habían atacado unas plantaciones para reclutar a los esclavos de estas, dejando decenas de muertos y ruinas antes de ser reprimidos. Por lo general, estos movimientos de esclavizados y de cimarrones —que podían reunir una etnia africana particular, incluir o no libertos y libres de color— demostraban la capacidad de una población servil, en recomposición social permanente, de detectar los intersticios que la sociedad esclavista no controlaba, para ahondarlos[23].

Además, decenas de comunidades cimarronas seguían existiendo y formándose en Pernambuco y Minas Gerais, donde ciertos esclavos fugitivos explotaban las minas de oro y diamantes y despachaban su producción a través de redes de contrabando. En la provincia de Río de Janeiro, las fugas de esclavizados aumentaban de manera paralela a la trata, creando una vía de escape a la rebelión: los prófugos, mayoritariamente hombres nacidos en África, se escondían en los barrios pobres de la capital, en los bosques vecinos, en la bahía de Río, a lo largo de la costa Atlántica o en las lejanas tierras del interior. Aunque el número de estos últimos no se pueda estimar, se sabe que era alto ya que, en 1826, la principal prisión de Río registraba a 925 detenidos por fuga, mientras que la mayoría de los fugitivos seguían estando sueltos, generalmente sin que sus amos se lo declarasen a la policía. Muchos de estos cimarrones vivían en semiautarquía y del trueque facilitado por intermediarios; otros trabajaban secretamente para un empleador que fuera poco observante de la ley; otros robaban y atacaban a los viajeros y las caravanas. En otras palabras, escasos eran los que se habían aislado totalmente de la sociedad. Además, muchos prófugos habían fundado verdaderos quilombos, agrupando decenas de cimarrones cada uno y que comprendían a mujeres y niños en Tijuca, Santa Teresa y Corcovado cerca de Río[24].

A medida que la colonización se extendía dentro de Brasil, la inmensa región de bosque amazónico a lo largo del río Trombetas, en el nordeste de Manaos, comenzó también a proteger a una multitud de fugitivos desde

[23] Stuart B. Schwartz, "*Cantos* and *Quilombos*. A Hausa Rebellion in Bahia, 1814", en Jane G. Landers y Barry M. Robinson (eds.), *Slaves, Subjects, and Subversives. Blacks in Colonial Latin America*, University of New Mexico Press, Albuquerque, 2006, p. 247-272.

[24] Mary C. Karasch, *Slave Life in Rio de Janeiro*, *op. cit.*, p. 304-315.

comienzos del siglo XIX[25]. Hacia 1820, una parte de ellos se confederó bajo el mando del esclavo de un oficial, Atanásio, que había desertado junto con una cuarentena de esclavos-soldados. Bajo la disciplina de hierro del rey Atanásio, los *quilombolas* cultivaban mandioca, tabaco y cacao que vendían en el puerto amazónico de Óbidos. Lejos de vivir en autarquía, estaban en contacto con comerciantes, otros quilombos y comunidades amerindias que se extendían de allí hasta Surinam. Puesto que cada vez seguían atrayendo a más esclavizados, el gobierno envió varias expediciones contra ellos, pero sólo en 1827 logró el ejército destruir el quilombo de Trombetas, que contaba entonces con unos 2 000 habitantes. Apresado junto con otros, Atanásio logró escaparse para reconstruir un nuevo mocambo con supervivientes y nuevos fugitivos[26]. Y, de hecho, a lo largo del siglo XIX, los esclavizados siguieron formando quilombos o huyendo individualmente hacia las ciudades.

La manumisión en Estados Unidos: del Norte gradualmente abolicionista al Sur firmemente esclavista

Como se mostró en el capítulo 5, en Estados Unidos la retórica de las libertades individuales de la Declaración de independencia de 1776 condujo a Vermont a abolir la esclavitud en 1777, seguido por Massachusetts en 1783. Por su parte, los otros estados del Norte adoptaron leyes de emancipación gradual, siguiendo el modelo de Pensilvania en 1780. Los últimos en hacerlo fueron los que contaban con el número más elevado de esclavos según el censo de 1800: los estados de Nueva York, aún con 20 343 esclavos (es decir, dos veces más que el número de negros libres y el 3,5% de su población total) y Nueva Jersey, con 12 422 esclavos (es decir tres veces más que el número de afrodescendientes libres y el 6,9% de la población del Estado)[27].

Como en Pensilvania, en Nueva York la ley de emancipación adoptada en 1799 sólo declaró la libertad de los hijos de madre esclavizada (el "vientre libre") nacidos a partir del 4 de julio (día de la independencia nacional) de ese año, obligándoles al mismo tiempo a servir a sus amos, sin remuneración, hasta la edad de 25 años para las niñas y de 28 años para los niños. En 1817, Nueva York aprobó una segunda ley de abolición más clemente, según

[25] Stuart B. Schwartz, *Slaves, Peasants and Rebels*, *op. cit.*, p. 106-107, 119. Ver también Clóvis Moura, *Os quilombos e a rebelião negra*, Brasiliense, São Paulo, 1981; Carlos Magno Guimarães, *Uma negação da ordem escravista*, *op. cit.*

[26] Eurípedes Antônio Funes, "Comunidades Remanescentes dos Mocambos do Alto Trombetas", Projeto Manejo dos Territórios Quilombolas, Departamento de História, Universidade Federal do Ceará, diciembre de 2000, p. 9-10, <www.cpisp.org.br/comunidades/pdf/alto-trombetas.pdf>; Herbert S. Klein y Francisco Vidal Luna, *Slavery in Brazil*, *op. cit.*, p. 194-199.

[27] U.S. Census Bureau, *Compendium of the Enumeration of the Inhabitants and Statistics of the United States*, *op. cit.*, p. 368, 371.

la cual todos los esclavos nacidos antes del 4 de julio de 1799 serían emancipados el 4 de julio de 1827. Esta ley también disminuyó a los 21 años la edad que debían alcanzar los niños y niñas que hubieran nacido después del 31 de marzo de 1827, pero no para aquellos que hubieran nacido entre el 4 de julio de 1799 y el 31 de marzo de 1817. En otros términos, la esclavitud sería legal en el estado de Nueva York hasta el 3 de julio de 1845, cuando el último hijo de madre esclavizada nacido antes del 1 de abril de 1827 celebrara sus 28 años.

Nueva Jersey fue el estado del Norte en el cual la esclavitud se mantuvo durante el mayor tiempo: no adoptó una ley de abolición gradual sino hasta 1804 y, al mismo tiempo, les prohibió a los afroamericanos libres entrar al territorio; por consiguiente, hasta principios de la década de 1820 la mayoría de los afrodescendientes del estado estaban esclavizados. Además, como la de Nueva York de 1799, su ley de 1804 era muy ventajosa para los propietarios ya que emancipaba a todos los hijos de madre esclavizada nacidos a partir del 4 de julio de 1804, pero permitía a sus dueños entregárselos al procurador general de los pobres. Este podía entonces colocar a los niños donde su antiguo amo, pagándole un subsidio de tres dólares mensuales hasta que las niñas pupilas cumplieran 21, y los niños 25. Así, el dueño gozaba a la vez del subsidio del estado y del trabajo no remunerado del joven liberto. Por otra parte, los propietarios de New Jersey pudieron vender a sus esclavos en el Sur hasta 1818[28].

Sin embargo, aunque, en principio, las leyes de abolición gradual les permitían a los amos conservar durante varias décadas su derecho de propiedad sobre sus esclavos y el acceso al trabajo no remunerado de estos, estas dieron lugar a una aceleración del proceso de manumisión. Por lo general, por el solo hecho de fijar una fecha final, por lejana que fuera, a la esclavitud, estas leyes abrieron alternativas a la opción de fugarse para los esclavos que quisieran liberarse: la negociación con su dueño de un contrato de manumisión a cierto plazo. Cientos de esclavizados recurrieron a ello o procuraron comprar su libertad o la de sus seres cercanos. En Nueva York, desde el comienzo del siglo XIX, varios esclavos adultos se comprometieron en trabajar un cierto número de años después de los cuales su amo los manumitiría, a veces con la condición adicional de que se le pagase una suma de dinero[29]. Para estos cautivos, esta era la mejor manera de acabar con su sujeción. Otros casos muestran la implementación de estrategias de liberación familiar. Por ejemplo, en 1813, el carpintero negro libre Thomas Charnock emancipó a su hijo George, de 16 años, al que había comprado en 1809 cuando este era esclavizado en Charleston, en Carolina del Sur. Charnock hizo figurar en el

[28] Gary B. Nash y Jean R. Soderlund, *Freedom by Degrees*, *op. cit.*, p. 4-9; Graham Russell Hodges, "Black Revolt in New York City", *art. cit.*, p. 39.

[29] Patrick Rael, "The Long Death of Slavery", en Leslie Harris e Ira Berlin (eds.), *Slavery in New York*, *op. cit.*, 2005, p. 129-133.

acta de manumisión una declaración excepcionalmente larga, donde decía querer "liberar de las cadenas humillantes de la esclavitud (plaga y desgracia de un país libre), liberar, emancipar, dejar en libertad al susodicho George, y permitirle el ejercicio libre y sin restricción de los derechos que el Dios de la naturaleza le confieren pero de los cuales ha sido prácticamente ignorante a causa de la tiranía de hombres malos y de la influencia de leyes injustas". Charnock aprovechó pues la ocasión de la emancipación de su hijo para condenar a la esclavitud y enfatizar su determinación de liberarlo utilizando cuatro verbos sinónimos para expresarlo, luego proseguía declarando a su hijo completamente capaz de vivir de su trabajo gracias a la educación y la formación profesional que había recibido en las escuelas de Nueva York[30].

A raíz de estos numerosos actos individuales de manumisión, en 1820 el número de esclavos había disminuido de cerca de la mitad desde 1800 en estos dos estados, con 10078 esclavos en Nueva York y 7557 en Nueva Jersey. Diez años más tarde, en 1830, Nueva York ya no contaba sino con 76 cautivos. Pero la esclavitud no había desaparecido del todo en el nordeste, que censaba a todavía 2787 esclavizados, de los cuales 2254 solamente en Nueva Jersey y 403 en Pensilvania, que sin embargo había sido el primer estado en votar una ley de abolición gradual medio siglo antes[31].

Mientras que la manumisión y la emancipación condicional se extendían en las regiones donde la esclavitud era todavía legal en el Norte, desde comienzos del siglo XIX, los estados esclavistas del Sur las limitaron de manera drástica, e incluso las prohibieron de nuevo completamente. Maryland y Virginia, que habían favorecido las manumisiones después de la independencia, acabaron con ellas cuando la rebelión de Gabriel Prosser en Richmond en 1800 y las noticias de la revolución de Saint-Domingue alarmaron a los blancos de la creciente presencia de libres de color en su población (ver capítulos 5 y 7). Además, a finales de 1805, Virginia votó una ley que prohibía a todo esclavizado que fuera emancipado después del 30 de abril de 1806 quedarse más de doce meses en el estado, so pena de ser revendido como esclavo. La reacción de los aspirantes no se hizo esperar: mientras que entre 1800 y 1805 el número máximo de manumitidos en un año había sido de siete, entre enero y abril de 1806 treinta y tres esclavizados consiguieron hacer registrar su manumisión en la ciudad de Richmond, generalmente gracias a pagos hechos por familiares libres[32]. En el bajo Sur, casi no hubo más manumisión, y los pocos esclavos emancipados eran inmediatamente expulsados. Incluso en Luisiana durante el proceso de su integración como un estado de la Unión,

[30] Harry B. Yoshpe, "Record of Slave Manumissions in New York during the Colonial and Early National Periods", *Journal of Negro History*, vol. 26, nº 1, enero de 1941, p. 79-80.

[31] U.S. Census Bureau, *Compendium of the Enumeration of the Inhabitants and Statistics of the United States*, *op. cit.*, p. 368, 371.

[32] Luther P. Jackson, "Manumission in Certain Virginia Cities", *art. cit.*

los legisladores quisieron suprimir las posibilidades de liberación autorizadas por el Código Negro aplicado bajo la dominación española (1763-1803). En 1807 prohibieron la coartación y la manumisión de esclavos menores de 30 años, pero siguieron autorizándoles el pago de salarios a los esclavizados que trabajaban los domingos, tanto porque temían desórdenes como porque reconocían el aporte económico que esto representaba. El promedio anual de manumisiones en Luisiana pasó de 114 entre 1793 y 1802, a setenta y seis durante la década después de 1807, mientras que, paralelamente, el número de esclavos aumentó con la llegada de hacendados estadounidenses que llevaban consigo su mano de obra servil. No obstante, en 1830, Luisiana seguía siendo uno de tres estados del Sur, junto con Delaware y Tennessee, que aún autorizaba a los esclavizados a comprar su propia libertad[33].

Los legisladores de los estados del Sur, a excepción de Luisiana, les prohibieron también a los esclavizados trabajar a cambio de un salario durante su tiempo libre, con el fin de limitar sus posibilidades de manumisión. Sin embargo, había cautivos que lograban eludir estas leyes haciéndose comprar artificialmente por libres de color. En Petersburg, Virginia, de los sesenta y nueve negros libres propietarios de esclavos censados en 1827, sólo siete explotaban su trabajo y no eran amos fingidos. Igualmente, en Carolina del Sur, la compra ficticia de esclavos por afrodescendientes libres se convirtió en un sustituto disfrazado de la manumisión: en Charleston, una familia negra acomodada "poseía" nueve esclavos que le habían pagado su propia adquisición, y la iglesia episcopal de St. Philipp tenía más de cien en las mismas condiciones[34]. Ciertos esclavizados evitaron también la interdicción que les había sido hecha de poseer bienes y dinero confiándolos a sus allegados libres, a quienes luego compraban su manumisión sin pasar por los legisladores. Aunque sea imposible estimar el número de esclavizados que llegaron a liberarse de manera disimulada en el sur de Estados Unidos, el fenómeno demostró, en un momento en el que algunos ideólogos querían justificar la esclavitud por medio de la supuesta inferioridad de los negros, que estos podían perfectamente subvenir a sus necesidades cuando eran libres, pero también que los esclavizados llegaban a proveer un excedente de trabajo suficiente para poder acumular con qué pagar su propio valor de compra[35].

Sin embargo, estas manumisiones veladas no modificaban la realidad demográfica del bajo Sur, donde tanto las leyes como las prácticas pretendían

[33] Shawn Cole, "Capitalism and Freedom: Manumissions and the Slave Market in Louisiana, 1725-1820", *Journal of Economic History*, vol. 65, nº 4, diciembre de 2005, p. 1008-1027; Sumner Eliot Matison, "Manumission by purchase", *art. cit.*, p. 154-155; U.S. Census Bureau, *Compendium of the Enumeration of the Inhabitants and Statistics of the United States*, *op. cit.*, p. 371.

[34] Sumner Eliot Matison, "Manumission by Purchase", *art. cit.*, p. 150-153.

[35] Benjamin Joseph Klebaner, "American Manumission Laws and the Responsibility for Supporting Slaves", *Virginia Magazine of History and Biography*, vol. 63, nº 4, octubre de 1955, p. 443; Sumner Eliot Matison, "Manumission by Purchase", *art. cit.*, p. 146-167.

construir una sociedad racista dominada por los esclavistas blancos, donde todo afrodescendiente sería esclavo. Según el censo de 1830, cerca de la mitad de la población de Carolina del Sur, Georgia, Alabama y Misisipi estaba conformada por esclavizados, mientras que los afrodescendientes libres representaban menos del 1%. Incluso en Florida, española durante mucho tiempo y tierra de refugio para los esclavos fugitivos de Georgia, sólo una persona afrodescendiente de veinte era libre en 1830[36]. De hecho, en el bajo Sur, ser de ascendencia africana significaba casi siempre estar esclavizado. Por consiguiente los negros libres eran allí casi siempre considerados y tratados como esclavos, y procuraban entonces, a toda costa, reconstruir sus vidas en el Norte, en un estado menos opresor.

Emanciparse para acelerar la abolición en las repúblicas hispanófonas

De las antiguas colonias de España, sólo Chile, América Central y México abolieron la esclavitud después de la independencia en la década de 1820. Todas las otras naciones adoptaron también un sistema republicano pero mantuvieron la esclavitud como institución, privilegiando la propiedad privada —incluso al tratarse de otros seres humanos— a expensas de la libertad que garantizaba su Constitución.

Guatemala abolió la esclavitud en 1824 pues la gran mayoría de su población era amerindia y seguía sometida al tributo y al trabajo forzado no remunerado. La esclavitud era pues allí una forma marginal de trabajo que se limitaba a los empleados domésticos en las ciudades y a la agricultura en ciertos campos, particularmente los de la orden de los dominicos cuya hacienda azucarera más grande tenía por lo menos 600 esclavos. Pero ya en el siglo XVIII, la mayoría de los afrodescendientes guatemaltecos eran libres y racialmente mezclados; por consiguiente, muchos de los esclavizados se refugiaban donde sus parientes para hacerse pasar por libres. En las ciudades, e incluso en algunas plantaciones, los esclavizados recibían pequeñas propinas que a veces conseguían ahorrar para comprar su libertad o la de su pareja o hijo. Así pues, cuando en 1824 se declaró la emancipación general de los esclavos en Guatemala, sólo cincuenta adultos y dieciocho niños se presentaron en la capital para exigir su título de libertad. Aunque seguramente otros esclavos nunca supieron del decreto o no pudieron desplazarse, la manumisión no tocó sino a una pequeña parte de los guatemaltecos[37]. En cuanto a

[36] U.S. Census Bureau, *Compendium of the Enumeration of the Inhabitants and Statistics of the United States*, *op. cit.*, p. 367, 375.

[37] Catherine Komisaruk, "Becoming Free, Becoming Ladino. Slaves Emancipation and *Mestizaje* in Colonial Guatemala", en Lowell Gudmundson y Justin Wolfe (eds.), *Blacks and Blackness in Central America. Between Race and Place*, Duke University Press, Durham, 2010, p. 150-174.

Chile y México, allí las guerras de independencia habían terminado por acabar con una esclavitud residual, y la emancipación general de los esclavizados en 1824 y 1829, respectivamente, no concernió sino a unos cuantos cientos de personas (ver capítulo 8).

En el resto de la América hispanófona, donde la esclavitud perduró hasta mediados del siglo XIX o más tarde, los intereses en juego eran mucho más importantes. En Venezuela, Colombia, Bolivia, Paraguay o el Río de la Plata, no sólo los cautivos eran domésticos y símbolos de prestigio en las ciudades, sino que eran además empleados en los sectores de exportación (oro, cacao, azúcar, mate, ganado). Como en Estados Unidos, muchos delegados de las asambleas constituyentes de la post-independencia eran propietarios de esclavos y no vislumbraban la abolición sino a largo plazo, aunque no se oponían a la manumisión tal como existía bajo la monarquía española. Y, de hecho, como en Estados Unidos, se guardaron de mencionar la esclavitud en las constituciones pues esta violaba los principios humanos fundamentales, y la relegaron a leyes aparte, llamadas pomposamente "leyes de manumisión". Inspiradas en las legislaciones adoptadas por Pensilvania en 1780, en general, estas leyes decretaban la libertad de los hijos de madre esclavizada nacidos a partir de la fecha de su promulgación; prohibían la importación de esclavos adicionales; les otorgaban la libertad a los esclavizados de 60 años de edad y más; y estipulaban la creación de juntas de manumisión para comprar la libertad de los esclavos "más merecedores" a sus amos. En realidad, sin embargo, aunque liberaban teóricamente a los recién nacidos, estas leyes obligaban también a estos niños nacidos de "vientres libres" a servir al amo de su madre hasta la edad adulta. Así pues, tenían un impacto negativo sobre las familias esclavizadas, ya que les confiaban toda la educación y la manutención de estos niños a los propietarios de sus madres, quienes desde entonces tenían todos los derechos paternos sobre ellos: no sólo el de apropiarse su trabajo no remunerado hasta la edad adulta, sino también el de arrancárselos a sus familias y de determinar sus destinos[38]. En cuanto a los esclavos de sesenta años y más, podían fácilmente ser abandonados a la miseria después de haber sido emancipados. Además, las élites republicanas formaron pocas juntas de manumisión y, allí donde sí lo hicieron, estas recaudaron pocos fondos y emanciparon pues a muy pocos esclavos. Esto no impedía a las autoridades celebrar estas manumisiones durante ceremonias patrióticas grandiosas que ponían en escena la generosidad de la república a la cual los pocos nuevos libertos debían desde entonces una gratitud y obediencia sin fallas[39].

[38] Christine Hünefeldt, *Paying the Price of Freedom*, *op. cit.*; Arturo Ariel Bentancur, "Amos y esclavos en el viejo Montevideo", *art. cit.*, p. 151-171.

[39] Aline Helg, *Liberty and Equality*, *op. cit.*, p. 170; George Reid Andrews, *Afro-Latin America*, *op. cit.*, p. 64-65; John V. Lombardi, *The Decline and Abolition of Negro Slavery in Venezuela*, *op. cit.*, p. 48-92. El número de esclavizados a quienes las juntas les compraron la manumisión era

Para los esclavos, concretamente, la independencia y la instauración de la república no cambiaron nada. Las leyes de manumisión no aumentaron los deberes de los amos hacia sus esclavos y no restringieron los derechos que tenían sobre ellos, incluso cuando sus abusos podían causar heridas graves o la muerte. Las leyes republicanas no ofrecieron ninguna nueva vía de emancipación más allá de las que habían existido durante la era colonial, bien fuera la compra de la libertad por el esclavizado o por sus allegados, en un solo pago, por cuotas (coartación) o al término de un período suplementario de trabajo servil. Otros esclavizados siguieron obteniendo su libertad por medio de su propietario, por vía testamentaria o contractual, generalmente después de un período preestablecido de trabajo no remunerado para provecho del dueño o sus descendientes. Por consiguiente, tanto después de la independencia como antes, los esclavos que vivían en las ciudades estaban más en condiciones de comprar su libertad que los de las haciendas, y las mujeres más que los hombres, porque tenían más posibilidades de trabajo en la ciudad.

Como lo ha analizado Christine Hünefeldt, en su estudio sobre Lima y las plantaciones azucareras de sus alrededores entre 1800 y la abolición en 1854, hubo parejas de esclavizados que desarrollaron estrategias familiares para ganar su libertad individual, comenzando por hacer santificar su matrimonio por la Iglesia católica, como se hacía antes de la independencia. Luego, las experiencias eran diversas, pero a menudo era la mujer quien se liberaba primero, pues tenía más posibilidades de desempeñarse en un trabajo autónomo que su cónyuge. Por ejemplo, dejaba la hacienda por la ciudad volviéndose esclava en la residencia urbana del amo, o haciéndose comprar por otro amo, o después de haber comprado su manumisión; dejaba provisionalmente a su marido y a sus eventuales hijos en la hacienda y trabajaba arduamente para ganar su propia libertad (si no la tenía ya) o la de un niño de edad suficiente como para poder trabajar en la ciudad, luego la de su cónyuge y de sus otros hijos. Pero escasas eran las parejas o familias que lograban emancipar a todos sus miembros debido a los múltiples obstáculos e imprevistos. En particular, la compra de la libertad de los niños nacidos antes de la ley del "vientre libre" presentaba dilemas importantes: cuanto más jóvenes eran los niños, más bajo era el precio de su manumisión, pero más representaban un riesgo (debido a las tasas elevadas de mortalidad infantil) y más costaba alimentarlos y ocuparse de ellos, costos que podían frenar la liberación progresiva de la familia. Por consiguiente, los padres podían decidir dejar a sus hijos a cargo del amo durante los primeros años y pagar más cara su manumisión en cuanto estos pudiesen participar en las ganancias familiares. Todos estos proyectos eran precarios y estaban vinculados a

tan bajo que en 1830 Venezuela decretó que el gobierno contribuiría a su financiamiento para lograr un total de veinte manumisiones por año (*ibid.*, p. 1).

los azares de la economía, de la salud de los miembros de la familia y de su amo, y de la buena voluntad de este último. Como se dieron cuenta muchos esclavizados que se presentaron ante los tribunales para contrarrestar su esclavización, las promesas orales de emancipación contaban poco: había que tener un documento escrito y testigos de estatus social elevado que atestiguaran de su valor comercial, de pagos de dinero que se hubieran realizado en caso de coartación, o de una emancipación tras el fallecimiento del amo o la ama[40]. Además, no era raro que los esclavizados pidieran prestado todo o una parte de su valor o del de sus familiares a terceros, a cabildos de nación o a cofradías. Era una manera de acelerar su emancipación pero la debilitaba aun más. En caso de incapacidad de reembolsar, el deudor podía ser esclavizado de nuevo y, si moría prematuramente, las consecuencias podían ser dramáticas para su cónyuge o su familia[41].

Sin embargo, si bien la independencia no les aportó cambios concretos a los esclavizados nacidos antes de las leyes del "vientre libre", esta transformó sus perspectivas: de allí en adelante sabían —tanto como sus dueños— que, en un futuro más o menos lejano, la esclavitud sería abolida. Esta certeza animó a cada vez más esclavizados a tomar las riendas de su futuro y a ganar ellos mismos su emancipación. Algunos llegaron incluso hasta apoyarse en el discurso republicano para exigir su libertad, como esos veteranos que fueron recapturados por sus amos después de la independencia y que seguían pidiendo que la república los emancipase porque habían arriesgado su vida por la libertad de la patria. O la esclavizada Ángela Batallas, en Guayaquil, en 1823, quien obtuvo una audiencia personal con Bolívar para que este apoyase su liberación: su amo precedente, un joven patriota acomodado, le había declarado su amor y prometido la libertad; ella había tenido un hijo que este había hecho registrar como suyo y libre en el libro de bautismos, pero luego había vendido a Ángela a otro amo. Defendida por un abogado republicano, ella logró que se reconociera que sus pruebas pesaban más que las declaraciones de su antiguo amo y amante, el cual tuvo que comprarle su libertad al nuevo adquisidor[42]. En cuanto a los amos, algunos también buscaron no perder el capital que representaban sus esclavos, y se aseguraron de ello aceptando emanciparlos a cambio de un pago. Paralelamente, para los amos, las alternativas al trabajo esclavizado se multiplicaron: peonaje, aparcería, salariado, restablecimiento del trabajo tributario para los indios. De manera inexorable, el número de esclavizados en las repúblicas sudamericanas disminuía, no sólo porque morían y no eran reemplazados por nuevas

[40] Christine Hünefeldt, *Paying the Price of Freedom*, *op. cit.*; Arturo Ariel Bentancur, "Amos y esclavos en el viejo Montevideo", *art. cit.*, p. 25-50.

[41] Christine Hünefeldt, *Paying the Price of Freedom*, *op. cit.*, p. 22, 25, 73.

[42] Camilla Townsend, "'Half My Body Free, the Other Half Enslaved': The Politics of the Slaves of Guayaquil at the End of the Colonial Era", *Colonial Latin American Review*, vol. 7, nº. 1, 1998, p. 105-128.

importaciones (salvo por medio del contrabando, en particular en Argentina y Perú). Disminuía también porque cada vez más esclavos compraban su libertad o la de sus allegados, contribuyendo así a la decadencia de la institución. Sin embargo, los legisladores, liberales o conservadores, federalistas o centralistas, se resistieron durante mucho tiempo a abolir la esclavitud antes de su fin "natural"[43].

La manumisión, de su prohibición a su fomento en las colonias británicas, neerlandesas y francesas

Cuando, en 1808, el Parlamento británico prohibió la importación de esclavizados en sus colonias, no buscó mejorar las condiciones de los esclavos que trabajaban en ellas, confiando en que los hacendados se encargarían de ello para preservar su mano de obra. Hasta 1816, las manumisiones siguieron estando sometidas a las drásticas restricciones que se les habían impuesto durante el siglo anterior, y eran pues muy escasas. Los esclavizados no disponían entonces de ninguna nueva posibilidad de comprar su libertad y sólo las manumisiones inscritas en los testamentos o actas notariales de sus propietarios eran autorizadas. La manumisión tras la muerte del amo sólo se podía realizar si este último no dejaba deuda alguna, si el ejecutor del testamento respetaba sus últimos deseos y si sus herederos no refutaban el testamento. Además, la obligación de todo propietario, o sus herederos, de pagar un depósito o una pensión anual para garantizar las futuras necesidades del liberto y prevenir que se volviera un indigente a cargo de la comunidad desalentaba la manumisión. Por consiguiente, no era raro que un esclavizado emancipado por testamento permaneciera subyugado. Estas restricciones no se cuestionaron sino en 1816 cuando las asambleas coloniales de Jamaica y Barbados cedieron ante la presión de Londres y redujeron los impuestos de manumisión. Hubo que esperar hasta mayo de 1823 para que, en la metrópoli, el gobierno, presionado por el *lobby* abolicionista, recomendara que las manumisiones no estuvieran más condicionadas a una caución anual o global del antiguo amo[44].

La isla de Trinidad, que Gran Bretaña le arrebató a España en 1797, fue la única colonia administrada directamente por la Corona donde, a partir de julio de 1824, Londres aplicó una política de *amelioration of slavery* ("mejora de la esclavitud") que comprendía una parte denominada "manumisión", que se inspiraba de los procedimientos españoles que estuvieron en vigor, en

[43] Por ejemplo, en Colombia, el número de esclavizados pasó de 46 829 en 1825 a 38 840 diez años más tarde (Russell Lohse, "Reconciling Freedom with the Rights of Property. Slave Emancipation in Colombia, 1821-1852, with Special Reference to La Plata", *Journal of Negro History*, vol. 86, verano de 2001, p. 208).

[44] Jerome S. Handler y Arnold A. Sio, "Barbados", *art. cit.*, p. 224-230.

la isla, hasta finales del siglo XVIII. Esta herencia se reflejaba en la repartición de sus 35 270 habitantes en 1810: 26 000 esclavos (o sea el 75% del total), 6 300 libres de color (o sea, el 18%); y 2 970 blancos (el 7%). La proporción de esclavizados en la población de Trinidad era la más débil de todas las colonias británicas de las Antillas, mientras que la de los afrodescendientes libres, la más elevada. Con la nueva ley, los esclavos podrían comprar su libertad o la de un miembro de su familia a cambio de pagar su valor comercial; en caso de litigio sobre el precio entre esclavo y dueño, un "protector de los esclavos" intervendría para conciliar las partes.

Al principio, entre julio de 1824 y diciembre de 1827, las manumisiones aumentaron en Trinidad, pues se registraron 588, de las cuales 409 habían sido compradas por esclavizados en una ola de entusiasmo, frente a 388 manumisiones, de las cuales 167 habían sido pagadas por los esclavos durante los tres años y medio precedentes. Pero luego este número disminuyó, en particular porque las sumas que se les pedían a los esclavizados para comprar su libertad eran superiores a las que se aplicaban en las ventas de esclavizados. El caso de una empleada doméstica de 18 años de edad, Pamela Munro, en 1826, demostraba los abusos de los propietarios y los límites de la intervención del protector de los esclavos. Cuando su madre quiso comprar la libertad de la joven, el amo de esta la avaluó en 261 libras debido a su edad y a sus excepcionales cualidades, lo cual correspondía al triple del precio promedio de una manumisión. La madre pidió entonces que el protector arbitrara, pero este no le sugirió sino que sustituyera a su hija por otra esclavizada con capacidades semejantes, indirectamente condenando a la joven a su suerte. Por otra parte, aunque las medidas de mejoramiento de la esclavitud pretendían facilitar la compra de la manumisión por los esclavizados, también prohibían a estos trabajar y vender en los mercados los domingos, días ahora dedicados a la evangelización protestante, lo que limitaba considerablemente las posibilidades de los esclavizados de ganar con qué emanciparse. Sin embargo, en 1830, el número de los libres de color en Trinidad se había duplicado, con 16 000 personas que representaban al 38% de la población insular, mientras que los esclavos no eran más que 22 750 (el 54%). Pero el principal factor del aumento de la población libre de color fue su crecimiento natural, no las manumisiones[45].

Con base en la experiencia de Trinidad, el gobierno británico generalizó las medidas de *amelioration of slavery* en todas las colonias que dirigía direc-

[45] Noel Titus, *The Amelioration and Abolition of Slavery in Trinidad, 1812-1834: Experiments and Protests in a New Slave Colony*, AuthorHouse, Bloomington, 2009, p. 128-132; Caroline Quarrier Spence, *Ameliorating Empire: Slavery and Protection in the British Colonies, 1783-1865*, Ph.D. dissertation, Harvard University, Faculty of Arts and Sciences, agosto de 2014, p. 138-141, 174-184, <http://dash.harvard.edu/bitstream/handle/1/13070043/Spence_gsas.harvard.inactive_0084L_11797.pdf>; Barry W. Higman, *Slave Populations of the British Caribbean*, *op. cit.*, p. 381, p. 76-77.

ILUSTRACIÓN IX.1. *Despacho del protector de esclavos (Trinidad), por Richard Bridgens, 1838.*

Yale Center for British Art.
https://en.wikipedia.org/wiki/Slavery_Abolition_Act_1833#/media/File:Protector_of_Slaves_Office_%28Trinidad%29_by_Richard_Bridgens.jpg

tamente, bajo la forma del Consolidated Slave Act de 1826. Este obligaba también a las asambleas coloniales de las islas más autónomas de Jamaica, Barbados y Antigua a reformar sus leyes sobre la esclavitud para incorporar estas mejoras, pero los legisladores consiguieron reducir el alcance de ellas. De manera general, las asambleas coloniales acataron la orden de inscribir en sus códigos de esclavitud la manumisión pagada por el esclavo y el nombramiento de un protector de los esclavos para mediar las diferencias con sus amos. Pero los hacendados rebautizaron a la primera "manumisión obligatoria" para mostrar que consideraban que esta representaba una violación de sus derechos sobre su propiedad humana. También fijaron el valor de los esclavos que quisieran liberarse a precios altísimos y se demoraron en nombrar los protectores o nombraron hombres favorables a sus intereses[46].

[46] Melanie J. Newton, "The King v. Robert James, a Slave, for Rape: Inequality, Gender, and British Slave Amelioration, 1823-1834", *Comparative Studies in Society and History*, vol. 47, nº 3, julio de 2005, p. 591-594.

Como había sido el caso en el norte de Estados Unidos, estas manipulaciones de la ley obligaron a ciertos esclavizados a elaborar estrategias de liberación a largo plazo haciéndose comprar como esclavos por un libre de color, al que reembolsaban progresivamente por su trabajo, hasta conseguir la suma necesaria para que su amo ficticio registrara su manumisión. Por consiguiente, la manumisión permaneció fuera del alcance de la mayoría de los esclavizados de las colonias británicas. Sin embargo, a finales de la década de 1820, cuando la abolición empezó a parecer ineluctable, el número de manumisiones aumentó, aunque siguió habiendo diferencias importantes entre las colonias. Según los cálculos del historiador Barry Higman, en 1834 la tasa anual de manumisiones más baja (de 1,4 por mil) se registró en la colonia más poblada, Jamaica, que contaba más de 310 000 esclavos, mientras que en Barbados era de 4,9 por mil, que ocupaba el segundo puesto en términos de población esclavizada. Las Bahamas, con 10 000 esclavos y donde la cultura azucarera estaba poco desarrollada, tenían la tasa de manumisión más elevada de todas las colonias británicas —11,4 por mil—, es decir, tanto como Brasil[47].

En las colonias de los Países Bajos, la manumisión estaba regulada por códigos esclavistas similares a los de las colonias británicas antes de 1816 pero, a falta de todo movimiento abolicionista en la metrópoli, las voces de los esclavizados permanecieron mucho tiempo silenciadas. En Curazao, la esclavitud declinó rápidamente después de la prohibición de las importaciones de cautivos africanos y de la insurrección servil de 1795 (ver capítulo 7). Allí, el modelo de la gran plantación azucarera nunca se había implantado en la totalidad de la isla, y dio lugar, progresivamente, a pequeñas propiedades agrícolas que empleaban a pocos esclavos. De hecho, una parte de los esclavizados trabajaba en las ciudades, especialmente en Puerto España, como empleadas domésticas, artesanos o jornaleros en el marco del comercio internacional. Desde la década de 1800, algunos vivían de manera autónoma, ganaban su propio dinero y le pagaban cada semana una suma preestablecida a su amo. Así como sus semejantes en el mundo ibérico, a veces conseguían acumular con qué comprar su libertad, y esto en números suficientes como para que las autoridades decretaran que no podrían gozar de sus derechos civiles (principalmente la igualdad ante la justicia), sino dos años después de su emancipación. En efecto, desde 1817 en Curazao, los libres

[47] Barry W. Higman, *Slave Populations of the British Caribbean*, *op. cit.*, p. 381, 413-416. Según los cálculos de Barry Higman, entre 1808 y 1830, y sobre todo entre 1827 y 1830, las tasas anuales de manumisión se duplicaron para alcanzar dos por mil en Demerara y en Berbice y cuatro por mil en Barbados; en Antigua no variaron (menos de 3 por mil) y en Jamaica tampoco (menos de 1,5 por mil); y disminuyeron en Trinidad (entre 6 por mil y 4 por mil) (*Ibid.*, p. 689-692). Ver también Jerome Handler, *The Unappropriated People*, *op. cit.*, p. 34-44.

de color eran mucho más numerosos que los blancos y, en 1833, eran más numerosos que los esclavos[48].

En Surinam, contrariamente a Curazao, la plantación esclavista predominaba; las condiciones de los esclavos eran particularmente duras, y sus posibilidades de emancipación muy limitadas. Desde 1779, la trata de negros había sido constante, llevando cada año, hasta 1802, varios cientos, e incluso hasta 5000 cautivos africanos antes de desplomarse y cesar seis años más tarde. Luego, se reanudó al principio de la década de 1820 y desembarcó a otros 4000 cautivos en la colonia neerlandesa, a pesar de la interdicción de la trata por los Países Bajos en 1814[49]. Debido a los elevados índices de mortalidad de los esclavos y a su incontrolable propensión al cimarronaje, se multiplicaron las trabas a la manumisión. En 1788, la justicia de Surinam les impuso tasas pesadas a los certificados de emancipación: cincuenta florines para las mujeres y los niños menores de 14 años, y cien florines para los hombres de más de 14 años, los cuales tenían la opción de servir durante tres años en la milicia si no podían pagar el nuevo impuesto. Como el anuncio de esta tasa precedió a su aplicación por varios meses, muchos esclavizados se precipitaron para obtener su emancipación. En 1804, para enfrentar el desplome de la trata, el importe del impuesto sobre las manumisiones se multiplicó por cinco para los hombres y por diez para las mujeres, quienes, de allí en adelante, deberían pagar 500 florines para obtener el certificado de libertad que tanto ansiaban, lo que condujo a una nueva onda de manumisiones antes de que el dicho aumento fuera efectivo. Por supuesto, en Surinam las manumisiones seguían siendo excepcionales en cuanto a la proporción de esclavizados impactados, pero no eran nada desdeñables en una colonia esclavista que hacía todo lo posible para impedir que ellos obtuvieran la libertad. Todavía más excepcionales eran las manumisiones compradas por el esclavizado mismo o por sus seres cercanos. La mayoría de las veces las concedía el propietario o la propietaria en vida, como resultado de una larga negociación fundada en las relaciones diarias y el buen servicio del esclavizado, cosa que privilegiaba a las mujeres que servían como domésticas en familias. Pero ya que las mujeres eran las que les conferían el estatus a sus hijos, el total de los afrodescendientes libres en Surinam pasó de 3075 en 1791 a 5041 (es decir, el doble que los blancos) en 1830[50].

[48] Harry Hoetink, "Surinam et Curaçao", *art. cit.*, p. 67-68. En 1817, había 2780 blancos en Curazao, 4549 libres de color y 6765 esclavizados; en 1833, la isla censó a 2602 blancos, 6531 libres de color y 5894 esclavizados (David W. Cohen et Jack P. Greene, *Neither Slave Nor Free*, *op. cit.*, p. 339).

[49] *Voyages*, *op. cit.*

[50] En 1826, el único año para el cual hay cifras completas, las tasas de manumisión eran de 1 por mil para los hombres y de 2 por mil para las mujeres. Rosemary Brana-Shute, "Sex and Gender in Suriname Manumissions", *art. cit.*, p. 175-196; Harry Hoetink, "Surinam et Curaçao", *art. cit.*, p. 62.

En las colonias de las Antillas y Guayana, que seguían siendo francesas, la restauración de la esclavitud y la importación de cautivos africanos en 1803 significó la anulación de toda la legislación sobre ellas, que se habían adoptado desde 1789, y el retorno al Código Negro de 1685. Todos los esclavos emancipados por el decreto de 1794 perdieron su libertad y volvieron al cautiverio en 1803. También fueron revocados todos los decretos que concedían la igualdad y la ciudadanía a los libres de color y, con más razón, a los *nouveaux libres* de 1794. En resumen, a partir de 1803, todo afrodescendiente era un presunto esclavo a menos de que pudiera mostrar un certificado de emancipación anterior a 1789. Los esclavizados que poseían tal certificado posterior a 1788 debían pagar un impuesto de 1 200 francos para ver su libertad confirmada, sin el cual volverían a ser esclavizados. Todos los afrodescendientes libres antes de 1789 o debidamente manumitidos fueron de nuevo sometidos a la discriminación y a la segregación racial y luego se les prohibió la entrada a suelo francés metropolitano (y esto hasta 1818); los que habían sido emancipados por fuera del Imperio francés fueron obligados a partir del territorio en cuestión de tres meses so pena de ser esclavizados de nuevo[51].

La legislación francesa reintrodujo varias medidas contra la manumisión que habían sido adoptadas después del Código Negro; por ejemplo, nuevamente quedaba prohibido emancipar a una concubina, y se les obligó a los curas cerciorarse del estatus de libre de la madre de un niño no blanco antes de bautizarlo como libre. Desde 1805, el matrimonio, la adopción, el reconocimiento de hijos ilegítimos y la posibilidad de heredar fueron autorizados sólo para los blancos, con el fin de impedir que los esclavizados pudieran obtener la libertad por estas vías; el matrimonio de un cónyuge libre de color con su esclavo ya no le permitía al primero liberar al otro. De allí en adelante la manumisión fue autorizada solamente por desistimiento del amo y a través de la compra por parte del esclavo, o por un tercero, de su valor comercial; en todos los casos, el esclavizado debía además pagar un elevado impuesto de manumisión, de 300 a 500 francos. Sin embargo, parece que algunos emancipados por el decreto de 1794 habían conseguido ahorrar lo suficiente como para liberarse oficialmente de una vez por todas, ya que en la Guayana, durante el primer año que siguió el restablecimiento de la esclavitud, 274 de ellos (de un total de 357 manumisiones) compraron su libertad o la de un pariente[52].

Al ocupar Martinica y Guadalupe entre 1810 y 1814, los británicos suavizaron las restricciones a la manumisión, probablemente para debilitar la posición

[51] Josette Fallope, *Esclaves et citoyens: les Noirs à la Guadeloupe au xixe* siècle dans les processus de résistance et d'intégration (1802-1910), Société d'histoire de la Guadeloupe, Basse-Terre, 1992, p. 51, 100, 135-137.

[52] Ciro Flamarion Santana Cardoso, *La Guyane française (1715-1817): aspects économiques et sociaux – contribution à l'étude des sociétés esclavagistes d'Amérique*, Ibis Rouge, Petit-Bourg, 1999, p. 393-395; Léo Elisabeth, "The French Antilles", *art. cit.*, p. 143.

de los terratenientes, ya que no lo hicieron en sus propias colonias sino a partir de 1826. Reintrodujeron la manumisión por testamento (que se había prohibido bajo Napoleón), regularizaron a los libertos que tenían títulos extranjeros de emancipación y facilitaron la manumisión pagada por los esclavizados. En total, durante la ocupación, unos 1 000 esclavizados pudieron obtener su manumisión, en detrimento de los propietarios franceses. Después de la partida de los británicos, los hacendados procuraron reactivar la economía azucarera y, con el acuerdo de París, importaron cada año miles de cautivos africanos hasta 1830. Paralelamente, los gobernadores franceses intentaron restringir de nuevo las manumisiones prohibiendo las de esclavos de menos de 50 años y aumentando los impuestos de manumisión[53].

Sin embargo, a pesar de todas estas leyes restrictivas, la población de los libres de color de las colonias francesas no dejaba de aumentar. En realidad, desde 1803, miles de emancipados de 1794 se negaron a ser, de nuevo, esclavos y se hicieron "libres de hecho" o "libres de sabana", mientras que los hacendados, conscientes de la dificultad en devolverles en esclavitud, intentaban reemplazarlos por nuevos cautivos de África y gracias a las presas de los corsarios. Además de las fugas y del cimarronaje, los esclavizados recurrían a diversas estratagemas para liberarse sin tener que pagar el oneroso impuesto que representaba el dinero acumulado de varios años de trabajo. El caso más frecuente era que el esclavo le pidiera a su propietario iniciar el proceso de manumisión: el amo renunciaba entonces a sus derechos sobre su esclavizado por medio de una escritura notarial, pero luego ninguno de los dos cumplían los largos y costosos trámites administrativos que conducían al acta oficial de manumisión. El esclavizado se contentaba con un certificado de desistimiento de su amo (que seguía inscribiéndolo en sus listas pero mencionaba su desistimiento), y se comportaba entonces como libre. Los "libres de hecho" intentaban también oficializar su condición de libre en el momento del registro del bautismo de sus hijos o la defunción de un pariente. Esta última estrategia se volvió tan común que, en 1818, el gobernador de Guadalupe exigió la presentación del certificado de manumisión para toda inscripción de nacimiento o de defunción de los libres de color y ordenó la destrucción del título oficial de manumisión de todo liberto que muriese sin dejar descendiente, con el fin de impedir falsificaciones posteriores.

Estas precauciones no impidieron que algunos esclavos siguieran ganando ilegalmente la "libertad de sabana" haciéndose comprar de manera ficticia, por testamentos y otras manipulaciones de escrituras notariales, como lo demuestra la reiteración de los decretos que recordaban las condiciones

[53] Frédéric Régent, *La France et ses esclaves*, *op. cit.*, p. 272-282. Para consultar estadísticas, ver *ibid.*, p. 335-336, donde se muestra que gracias a la prolongación de la trata ilegal, entre 1804 y 1842, el número de esclavizados permaneció estable en Guadalupe y Martinica, y aumentó en Guyana después de 1828.

ILUSTRACIÓN IX.2. *Habitaciones de negros en Martinica, años 1820.*

Alcide Dessalines d'Orbigny, *Voyage pittoresque dans les deux Amériques* (L. Tenré, Paris, 1836). http://www.slaveryimages.org/images/collection/large/NW0309.JPG

estrechas de manumisión en las Antillas francesas. Cada vez más afrodescendientes eran clasificados como "supuestos libres", "libres de hecho" o "libres de sabana", categoría que comprendía tanto a esclavizados hombres o mujeres que trabajaban de manera independiente, como a esclavizados niños o improductivos que habían sido abandonados por sus amos. La sed de libertad de los esclavos era tal, que como a comienzos de 1830, según la historiadora Josette Faloppe, Guadalupe contaba un total de 15 000 "libres de sabana", tantos como los libres de color registrados o de nacimiento, y más de 90 000 esclavos[54]. De igual manera, en Martinica, la población afrodescendiente libre o supuestamente libre aumentó hasta el punto de sobrepasar la de los blancos. Frente a esta realidad demográfica y después de la Revolución de Julio de 1830, el rey Louis-Philippe publicó, en 1831, una serie de ordenanzas que restituyeron los derechos cívicos de los libres de color que Napoleón había suprimido, y que facilitaron las manumisiones al eliminar los impuestos que las frenaban. Por consiguiente, el número de manumisiones oficializadas, en parte gracias a la regularización de supuestos libres, aumentó de manera

[54] Bernard Moitt, *Women and Slavery in the French Antilles*, *op. cit.*, p. 155-167; Josette Fallope, *Esclaves et citoyens*, *op. cit.*, p. 80, 120-31.

impresionante. La progresión más espectacular ocurrió en Guadalupe, donde se pasó de 479 manumisiones en 1831 a 3190 en 1833. En la Guayana francesa se multiplicaron por cuatro y en Martinica por dos. Como esta legislación coincidía con el fin de la importación de cautivos africanos y el estancamiento de la población blanca, se produjo un rápido aumento del número y del peso relativo de los libres de color en todas las Antillas francesas. Así, en Martinica, tanto el número de los afrodescendientes libres como su proporción en la población insular se duplicaron entre 1831 y 1835, al llegar a representar un cuarto de los habitantes. Además, desde 1833, los esclavizados de las colonias francesas apremiaron sus demandas de abolición en vista del proceso que se había iniciado en el Caribe británico[55].

La compra de libertad frente a la trata negrera en Cuba y Brasil

Tanto en Cuba y Puerto Rico como en Brasil, la institución de la esclavitud fue sólo ocasionalmente cuestionada por las élites, quienes seguían desarrollando la esclavitud gracias a la importación continua de cautivos de África. En Cuba, a pesar de la intensificación de la trata de negros, la compra de la libertad siguió siendo una manera de salir de la esclavitud. Aunque no existe ningún estudio detallado sobre la manumisión en la isla más grande del Caribe, parece que, en promedio, de 1790 a 1880, de cuatro esclavos que se vendían en los mercados de La Habana, Santiago y Cienfuegos, un esclavo ganaba su libertad, casi siempre comprándosela a su amo. Si bien la manumisión seguía siendo más accesible en la ciudad que en las plantaciones, algunos esclavizados rurales lograban acumular dinero para comprar su libertad: unos producían en sus conucos para los mercados locales, otros no dudaban en robar cerdos, pollos o trigo para venderlos, y otros participaban en las redes de contrabando que comercializaban, por ejemplo tejidos británicos en los mercados cubanos. Entre 1790 y 1850, las importaciones de nuevos cautivos de África en Cuba fueron tantas, que se emanciparon más bozales que criollos. Los esclavizados utilizaban a menudo el sistema de la coartación para salir de su condición, pues les permitía comprar su valor comercial (que se fijaba con el primer pago) poco a poco, por cuotas, pasando del estatuto de esclavo al de coartado y finalmente al de liberto. Como lo expresó de manera muy ilustrativa un viajero británico en 1820, el esclavizado que se comprometía en la coartación "rompía su cadena eslabón por eslabón"[56].

[55] Léo Elisabeth, "The French Antilles", *art. cit.*, p. 146, 151-152; Josette Fallope, *Esclaves et citoyens*, *op. cit.*, p. 224, 278-301.

[56] Laird W. Bergad, Fe Iglesias García et María del Carmen Barcia, *The Cuban Slave Market, 1790-1880*, Cambridge University Press, Cambridge, 1995, p. 122-128, 141. Los estudios actualmente disponibles sobre la manumisión en Cuba tratan el período que va de 1868 a 1886 (Mi-

Igualmente, en Brasil, donde la esclavitud fue el sistema de trabajo dominante hasta 1860, la trata negrera transatlántica tomó tal amplitud durante el primer tercio del siglo XIX, que modificó los esquemas de manumisión. De los 1 600 000 esclavizados importados de África entre 1791 y 1830, 451 000 llegaron en la década de 1810 y 525 000, durante la década siguiente —con un máximo absoluto de casi 73 000 cautivos en 1829[57]—. El nordeste del país absorbió una parte de estos esclavizados cuando se reactivó su producción azucarera como consecuencia de la insurrección de Saint-Domingue y reavivó la economía de Bahía y Recife. No obstante, el sudeste se apropió de dos tercios de ellos para cumplir con la demanda de esclavos de Río de Janeiro, donde se había instalado el centro del Imperio portugués en 1808 y se desarrollaba la plantación azucarera, y la de São Paulo, donde se empezaba a cultivar café y a criar ganado. Además, el flujo continuo de esclavos africanos condujo a una creciente distinción entre esclavos bozales (traídos de África) y criollos (nacidos en Brasil), y entre negros y mulatos, pero el precio de los bozales varió poco, permitiéndole incluso a gente de pocos recursos —e inclusive a esclavizados— adquirir uno o dos bozales. Así, pues, se volvió menos difícil para ciertos cautivos comprar su libertad[58].

Como en América hispanohablante, en Brasil la manumisión —pagada por el esclavizado u otorgada por el amo— se había institucionalizado desde el siglo XVI, pero esta seguía sometida al acuerdo del amo. Después de 1800, las manumisiones aumentaron en cifras absolutas y relativas, permitiéndole, en promedio, cada año, a una proporción de la población servil que iba del 1% al 1,5% ganar su libertad, es decir quince veces más que en Jamaica en aquella época. Esta tasa creciente de las manumisiones era tanto más notable cuanto que, entre 1800 y 1830, la población de Brasil se duplicó, pasando de cerca de dos millones a cuatro millones de habitantes, pero manteniendo una ratio del 40% de habitantes esclavizados, gracias a las importaciones de *boçais*[59]. Con base en esto, ciertos historiadores consideraron la manumisión como un efugio esencial de la sociedad esclavista brasileña, sin la cual las rebeliones se habrían multiplicado. Sin duda, la perspectiva de la manumisión les impidió a algunos esclavos rebelarse, pero otras válvulas de seguridad eran

chael Zeuske, "Two Stories of Gender and Slave Emancipation in Cienfuegos and Santa Clara, Central Cuba – Microhistorical Approaches to the Atlantic World", en Pamela Scully y Diana Paton (eds.), *Gender and Slave Emancipation in the Atlantic World*, Duke University Press, Durham, 2005, p. 181-198; Camillia Cowling, *Conceiving Freedom: Women of color, Gender, and the Abolition of Slavery in Havana and Rio de Janeiro*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 2013.

[57] *Voyages*, *op. cit.*

[58] Mary C. Karasch, *Slave Life in Rio de Janeiro*, *op. cit.*, p. 335-362; Herbert S. Klein et Francisco Vidal Luna, *Slavery in Brazil*, *op. cit.*, p. 134-135.

[59] *Ibid.*, p. 180. Se trata de estimaciones, pues el primer censo del Imperio de Brasil data de 1872.

ILUSTRACIÓN IX.3. *Negras vendedoras de angú, Brasil, ca. 1820.*

Jean Baptiste Debret, *Voyage Pittoresque et Historique au Brésil* (Firmin-Didot, París, 1834-39). The Miriam and Ira D. Wallach Division of Art, Prints and Photographs, New York Public Library Digital Collections. Fecha de acceso 24 marzo 2018.
https://digitalcollections.nypl.org/items/510d47df-7993-a3d9-e040-e00a18064a99

también importantes, como la fuga y el cimarronaje en un territorio inmenso y parcialmente colonizado, mientras que era prácticamente imposible organizar allí una rebelión general. Además, la llegada constante de nuevos esclavizados (mayoritariamente hombres y adolescentes de África central del oeste) fluidificaba la sociedad. Finalmente, después de la independencia, la Constitución imperial de Brasil de 1824 concedió la igualdad a los libres de color, nacidos libres o libertos, lo que les dio posiblemente una motivación adicional a los esclavizados hombres que pretendían liberarse, aunque el sufragio fuera censatario y no autorizara el voto de los libertos sino en las elecciones de las asambleas parroquiales[60].

[60] *Ibid.*, p. 291-292.

La duplicación de la población brasilera esclavizada entre 1791 y 1830 gracias a las importaciones masivas afectó el perfil de los libertos en las ciudades de la costa atlántica[61]. Por supuesto, como las *cartas de alforria* ("certificados de libertad") no se depositaban en los gobiernos provinciales, sino que se dispersaban en los establecimientos municipales, los estudios minuciosos sobre la manumisión se han concentrado en lugares precisos, como el de la historiadora Mieko Nishida sobre Salvador de Bahía. Allí también la población de la ciudad se había casi duplicado desde 1775 hasta alcanzar a 65 000 habitantes en 1835. Gracias a las importaciones constantes de esclavizados, estos representaban, tanto en 1775 como en 1835, al 42% de la población, con dos tercios de ellos nacidos en África, pero entre estas dos fechas la proporción de libres de color pasó del 22% al 30%, mientras que la de los blancos disminuyó. Los libres de color eran pues los únicos que habían aumentado en número y en proporción, debido a su crecimiento natural, a la llegada de emigrantes del campo entre los cuales había sin duda esclavos fugitivos, pero también debido a las manumisiones que progresaban más rápido que la población de esclavizados en la ciudad[62].

Además, aunque en el primer tercio del siglo XIX los esclavos nacidos en Brasil seguían siendo un poco más numerosos que los africanos entre los que se emancipaban, la brecha entre ambos grupos se reducía con los años, al igual que aquella que separaba a hombres y mujeres: en 1808-1809, la relación era de treinta y nueve hombres por sesenta y una mujeres emancipadas, y, al principio de la década de 1830, era de cuarenta y ocho y cincuenta y dos, respectivamente. Al mismo tiempo, entre los criollos que obtenían su manumisión, la mayoría ya eran negros, no mulatos o pardos como antes. La diferencia más notable entre criollos y bozales era la modalidad de manumisión. Durante las primeras décadas del siglo XIX, la mitad de los africanos liberados habían comprado su libertad, frente a sólo el 20% de los criollos, quienes lograban la mayoría de las veces que sus amos les otorgaran la manumisión sin pago, pero a menudo a condición de que siguieran trabajando un cierto tiempo para ellos sin sueldo. En fin, el 5% de los esclavizados nacidos en Brasil obtuvieron su emancipación al comprársela su madre, su padre o algún pariente, algo casi imposible para los nacidos en África. Para lidiar con ello, los bozales adaptaron las tontinas africanas a sus nuevas necesidades

[61] En cambio, en Minas Gerais, a donde pocos nuevos cautivos africanos se llevaron, los *forros* (libertos) seguían siendo principalmente mujeres nacidas en Brasil, mulatas y citadinas (Douglas Cole Libby et Afonso de Alencastro Graça Filho, "Notarized and Baptismal Manumissions", *art. cit.*).

[62] Según Mieko Nishida, hubo al menos 137 manumisiones en Bahía en 1808-1809, 356 en 1821-1822, y 396 (o una tasa de 1,4%) en 1831-32, mientras que el número de esclavizados pasó de 14 696 en 1775 a 27 500 en 1835 (no hay ninguna estimación disponible entre estas dos fechas) (Mieko Nishida, "Manumission and Ethnicity in Urban Slavery: Salvador, Brazil, 1808-1888", *Hispanic American Historical Review*, vol. 73, nº 3, agosto de 1993, p. 365, 375).

y constituyeron asociaciones colectivas de ahorro en las cuales los miembros depositaban cuotas que firmaban marcando incisiones en un palo de madera personal. A partir de una cierta suma, podían pedir prestado el complemento para emanciparse. Hombres y mujeres obtuvieron también su manumisión por sustitución: ahorraban con qué comprar, ellos mismos, probablemente con el acuerdo de su amo, un esclavizado o esclavizada entre los miles de africanos relativamente poco costosos que llegaban cada año. Luego formaban a este esclavo para que los sustituyera donde sus amos, lo que les permitía obtener su carta de alforria[63].

Estas diferencias entre esclavizados brasileños y africanos reflejaban las capacidades de cada grupo para adaptarse al contexto: los criollos que habían crecido en el país y que a menudo trabajaban como domésticos en las familias de su amo o ama tenían más oportunidades que los africanos de construir la relación de confianza necesaria para ser liberados por alguno de los dos. Pero entre los africanos, las mujeres se distinguían por su mayor aptitud para adquirir el capital necesario para comprar su libertad, particularmente como vendedoras ambulantes y vendedoras en los mercados; su éxito era tanto más notable cuanto fueron más numerosas en liberarse que los hombres africanos, quienes no obstante representaban la mayoría de los bozales importados. Las tendencias fueron similares en Río de Janeiro durante el mismo período o en el pequeño puerto de Santos, cerca de São Paulo[64].

A pesar de los cambios provocados por las guerras y por la independencia de muchos territorios situados en el continente americano, en todas las regiones donde la esclavitud no había sido abolida, esclavizados, bozales o criollos, trabajadores de plantación o de mina, artesanos o domésticos, seguían huyendo para intentar ganar la libertad. Las probabilidades de lograrlo eran muy desiguales: sin duda, la existencia de una frontera no colonizada en las cercanías y, cada vez más, de una población libre de color que se había vuelto mayoritaria con respecto a los esclavos aumentaban sus posibilidades de éxito. Este era particularmente el caso en Brasil y en las antiguas colonias de España. Al mismo tiempo, en varias regiones, como en las colonias francesas, las autoridades acabaron por acomodarse a la presencia de "libres de sabana" y de cimarrones que contribuían a la economía informal sin confrontar directamente el sistema esclavista. Sin embargo, en Estados Unidos si bien se desarrollaban las fugas de esclavizados de Virginia o Maryland hacia las ciudades del Norte para fundirse allí en pequeñas comunidades afrodescendientes libres, más en el sur, la consolidación y la expansión territorial de la

[63] *Ibid.*, p. 361-391; Kátia M. de Queirós Mattoso, *Ser escravo no Brasil*, *op. cit.*, p. 151.

[64] Ver la síntesis de varios estudios en Herbert S. Klein y Francisco Vidal Luna, *Slavery in Brazil*, *op. cit.*, p. 254-68.

esclavitud racial en detrimento de la formación de comunidades negras libres volvió el cimarronaje casi imposible.

La manumisión y la compra de la libertad siguieron siendo muy dependientes del contexto. Allí donde la ley las facilitaba, se incrementaron. Así, la adopción de leyes de abolición gradual en los Estados Unidos del norte y en las repúblicas hispanohablantes le permitió a un número aun mayor de esclavizados liberarse a medida que decaía la institución de la esclavitud. En las colonias del Reino Unido, la presión del abolicionismo en la metrópoli y, a partir de 1830, el sentimiento de que se acercaba el final de la esclavitud animaron a los esclavos a comprar su libertad. La manumisión pagada por el esclavo u otorgada por el dueño se volvió también más accesible en las colonias francesas a medida que la perspectiva de volver a esclavizar a los "libres de sabana" disminuía. En general, en todas las sociedades que dejaron de importar a nuevos cautivos y que autorizaron la manumisión, la población libre de color aumentó rápidamente para llegar a representar la mayoría de la población libre o incluso de la población total. Inclusive en Brasil y en Cuba, que todavía importaban miles de cautivos de África cada año, la manumisión se desarrolló hasta el punto que aparecieron nuevas tendencias, en particular la capacidad de los africanos de comprar su libertad en proporciones similares a las de los esclavos criollos. Sólo el sur de Estados Unidos mantuvo la puerta de la manumisión decididamente cerrada, con el fin de forjar una sociedad esclavista racista, con los blancos libres de un lado y, del otro, los afrodescendientes por siempre esclavizados, a excepción de una ínfima minoría.

Muy pocas rebeliones serviles sacudieron las regiones esclavistas del continente después de 1815, pues los esclavos conocían los riesgos que estas implicaban. No fue entonces fortuito que las tres insurrecciones más importantes en los quince años siguientes se produjeran en las colonias de Gran Bretaña: estas pudieron apoyarse en el abolicionismo que había conducido al fin de la trata negrera y a la vez darle a este un nuevo empujón al exigir la emancipación total e inmediata de todos los esclavizados de la América británica.

Capítulo X
REVUELTAS Y ABOLICIONISMO

Mientras que el Congreso de Viena zanjaba los conflictos en Europa y las Américas, entre 1816 y 1831 estallaron revueltas de otro tipo en las colonias británicas. Esclavos, en números hasta entonces inéditos en la región, se sublevaron para exigir su emancipación invocando el cristianismo libertador y las reformas del Parlamento en Londres. Se rebelaron en un momento en el que los esclavistas británicos estaban en conflicto con el gobierno de la Corona, lo que les permitía vislumbrar una autoridad alternativa a la de sus dueños, en la cual podían apoyar sus reivindicaciones y demandas de libertad. En este contexto particular, cientos, e incluso miles de esclavizados, estuvieron dispuestos a arriesgar su vida para sublevarse en nombre de la libertad en Barbados en 1816, en Demerara en 1823 y en Jamaica en 1831. Aplastados por matanzas y decenas de ejecuciones, estas insurrecciones le demostraron a una opinión pública británica ensanchada la barbaridad de la institución de la esclavitud y sus modalidades inhumanas de represión. Así, radicalizaron el abolicionismo en Gran Bretaña y, en una dinámica de fortalecimiento mutuo, esclavizados y abolicionistas acabaron con la esclavitud británica en 1838.

Por contraste, durante estos años, las regiones sólidamente esclavistas de las Antillas francesas y neerlandesas, de Brasil, de Cuba y del sur de Estados Unidos no se vieron perturbadas sino por unas cuantas revueltas esporádicas, algunas tentativas de fuga violentas y unas cuantas conspiraciones presuntas o comprobadas que eran a menudo castigadas con una crueldad similar. En efecto, los esclavos de estos territorios conocían bien el contexto en el cual vivían y las relaciones de fuerza existentes. Como aquellos de las colonias británicas, se enfrentaban a milicias y a fuerzas del orden que estaban dispuestas a aniquilarlos. Pero, sobre todo, sabían que no podrían liberarse de la esclavitud sin que un rey, un Estado o una parte sustancial de los legisladores del territorio, o de la metrópoli, pusiera en tela de juicio el esclavismo.

Revueltas aisladas en las Antillas francesas y en Brasil

En las colonias francesas, que estaban en plena reanudación esclavista, la revuelta más importante se produjo en la región de plantaciones cafeteras de Carbet, en Martinica, cuando, en medio de una noche de octubre de 1822, unos treinta esclavos hombres atacaron a sus amos, robaron sus armas y

provisiones, y luego reclutaron otros participantes en las habitaciones vecinas. Al amanecer, habían matado a dos blancos, herido a otros siete, entre los cuales había una mujer, cuando se cruzaron con un grupo de policías. Creyendo que se habían topado con una tropa enviada para combatirlos, se escaparon en los bosques vecinos. Poco después, 1 500 hombres, entre fuerzas del orden, milicias de blancos y de libres de color y ejército, rodearon su zona de refugio. Progresivamente capturaron a los insurrectos quienes, al ser interrogados en el potro de tortura, confesaron que su intención había sido tomarse la ciudad de Saint-Pierre y "matar a todos los blancos", según el esquema habitual; dieron los nombres de sus líderes y de los que habían asesinado a los dos amos y herido a los otros blancos (un crimen equivalente al asesinato). El presunto instigador de la revuelta, el esclavizado mulato Jean Louis, no fue capturado sino cuatro semanas más tarde, mientras que un rebelde prófugo con él se suicidó saltando de un precipicio. La búsqueda de sospechosos siguió por un tiempo en las plantaciones y en Saint-Pierre, y provocó el arresto de cientos de hombres y de mujeres[1].

Al final, sesenta y siete esclavizados se enfrentaron a la justicia martiniquesa. A pesar del uso de la tortura, el tribunal especial que se formó para juzgarlos no pudo conseguir informaciones sobre cómplices eventuales en el resto de la isla, entre los libres de color o procedentes de Haití, como lo sospechaba. Los jueces pronunciaron veintiún condenas a muerte, de las cuales siete eran por decapitación con hacha (después de haberles cortado la mano derecha) y catorce por ahorcamiento; diez (dos de ellas eran mujeres) penas de flagelación, marcado al hierro candente y galeras a perpetuidad; cinco penas sólo de flagelación; y dieciséis penas menores. Quince acusados fueron absueltos. Todos los esclavizados de Saint-Pierre y de Carbet tuvieron que asistir a las ejecuciones, que se desarrollaron en una ceremonia bajo la vigilancia de las milicias, las tropas y un buque de guerra. Organizados para aterrorizar a los asistentes de manera duradera, los suplicios se prolongaron durante tres horas, comenzando con las flagelaciones y concluyéndose con las decapitaciones. Los cuerpos de los condenados a muerte quedaron expuestos varias horas antes de ser arrojados a una fosa común. Por cierto, las decapitaciones de los rebeldes de Carbet no fueron en absoluto las únicas en la Martinica ya que, poco antes, se había instituido un tribunal prebostal para erradicar una presunta "secta de envenenadores" entre los esclavos, y este había condenado a decenas de acusados a ser decapitados con hachas entre 1822 y 1827. Además, un año después de las ejecuciones en Carbet, la aristocracia blanca —los békés— atacaba a los libres de color en el caso de Cyrille-Charles-Auguste Bissette, que fue condenado a las galeras a perpetuidad por haber publicado un folleto a favor de la igualdad racial y de la abolición gradual de la esclavitud.

[1] Françoise Thésée, "La révolte des esclaves du Carbet à la Martinique (octobre-novembre 1822)", *Revue Française d'Histoire d'Outre-Mer*, vol. 80, nº 301, 4º trimestre de 1993, p. 560-567.

En esta isla bajo ocupación británica cuando sobrevino la primera abolición en 1794, los hacendados esclavistas se aferraban ferozmente a sus privilegios y se movilizaban contra toda reivindicación de los esclavizados y los libres de color, en un momento en que estos últimos se volvían más numerosos que los blancos en la población libre. Ante la intransigencia béké, cada vez más libres de color, siguiendo el ejemplo de Bissette, pedían la abolición de la esclavitud[2].

La Revolución de Julio de 1830 en Francia les devolvió la esperanza a los libres de color y a los esclavizados de que por fin se fueran a implementar reformas profundas. Al mismo tiempo, esta alarmó a los békés, que también se veían enfrentados al declive de la economía azucarera frente a la producción de azúcar de remolacha en Europa. En este tenso contexto, durante la noche del 5 al 6 de febrero de 1831, la horca que servía para ejecutar a los esclavizados en Saint-Pierre fue destruida. Circuló un rumor según el cual un esclavo había estado paseando en aquella noche con un gato muerto y un letrero que decía "viva la gata", mientras que, según otro rumor, alguien había colocado una banderola con la inscripción "la libertad o la muerte" en una verja. En la noche del 9 de febrero, otra vez en Saint-Pierre, una serie de incendios destruyeron campos de caña de azúcar y cuatro viviendas vecinas. Las autoridades declararon inmediatamente el estado de sitio; el ejército y las milicias blancas organizaron una redada general en el curso de la cual detuvieron a 260 personas. Cuarenta y nueve de ellas, entre las cuales había dos blancos, fueron acusadas de conspiración y llevadas ante un tribunal. La represión fue despiadada: veintidós esclavos fueron condenados a muerte por rebelión y complot y ejecutados el 19 de mayo de 1831. Uno de los dos blancos, un administrador, fue condenado a prisión por complicidad porque había querido defender a unos esclavizados de su plantación cuando llegaron las fuerzas del orden; el otro era un colono liberal que se suponía relacionado con unos esclavos involucrados. Según el historiador Lucien René Abenon, los acontecimientos fueron tan complejos que "incluso nos podemos preguntar si, en el fondo, la conjuración no fue establecida por los colonos, a quienes les inquietaba la política liberal del gobierno y la evolución de la mentalidad de los esclavos, y necesitaban una rebelión seguida por una represión despiadada para mantener la mano de obra servil bajo su dominación"[3].

[2] *Ibid.*, p. 568-584. En 1816, en Martinica había 9000 blancos y otros tantos libres de color, frente a 80000 esclavizados, pero, veinte años más tarde, el número de blancos y esclavizados seguía estable, mientras que el de los libres de color se había triplicado, hasta que estos llegaron a representar el 19 % de la población (Léo Elisabeth, "The French Antilles", *art. cit.*, p. 151). Sobre la represión de los libres de color de Martinica y la condena de Cyrille Bissette, ver Melvin D. Kennedy, "The Bissette Affair and the French Colonial Question", *Journal of Negro History*, vol. 45, nº 1, enero de 1960, p. 1-10; Lawrence C. Jennings, *La France et l'abolition de l'esclavage*, *op.cit.*, p. 43-44.

[3] Lucien-René Abénon *(sic)*, "Les résistances à l'oppression esclavagiste. Les révoltes serviles à la Martinique de 1789 à 1831", en Yves Bénot y Marcel Dorigny (eds.), *Rétablissement de l'esclavage dans les colonies françaises*, *op. cit.*, p. 247-250.

En Guadalupe, con las matanzas y deportaciones de 10000 esclavizados bajo el mando de Richepance en 1802 (ver capítulo 7), "[el] elemento revolucionario de la isla [había sido] decapitado", como lo comprueba la historiadora Josette Fallope. Los plantadores importaron a 25000 cautivos de África entre 1815 y 1830 para reemplazar a los muertos, fugitivos y deportados. En este clima tenso, las autoridades creyeron haber detectado unas conspiraciones relacionadas con las rebeliones que estaban sucediendo en Martinica, pero sólo se registró una rebelión, en 1827, cuando unos africanos recién desembarcados en una plantación de Port-Louis intentaron escaparse y luego fueron apresados[4]. En la Guayana francesa, como ya se ha visto, la resistencia a la esclavitud se manifestó sobre todo por medio del cimarronaje.

En el imperio independiente de Brasil, las revueltas y las conspiraciones, comprobadas o no, se concentraron en la provincia de Bahía, particularmente entre 1807 y 1835. En 1800, Bahía contaba con 400000 habitantes y su capital, Salvador, con 50000, de los cuales 20000 eran esclavos, en su mayoría jóvenes adultos africanos. Hasta mediados del siglo XIX, cada año los barcos negreros descargaban allí a miles de cautivos, entre los cuales había muchos musulmanes que habían sido vendidos en el contexto de las guerras que devastaban a África del nordeste de Nigeria a Sudán: muchos de ellos eran letrados conocidos en Brasil bajo el nombre colectivo de hausas. En 1807, las autoridades de Salvador, preocupadas por las actividades de estos esclavos, descubrieron y reprimieron una primera conspiración que estaban supuestamente preparando los hausas en la ciudad portuaria, con dos ejecuciones y diez condenas a 150 latigazos. Pero más que las artimañas de los esclavizados de Salvador, lo que alteraba al gobierno de Bahía eran las redes que estos esclavos mantenían con sus compañeros de las plantaciones del Recôncavo y los fugitivos de los quilombos, redes que podían provocar una rebelión de gran amplitud. Y en efecto, en 1809, unos 300 cimarrones hausas y yorubas de un quilombo en el Recôncavo atacaron la ciudad de Nazaré das Farinhas, mientras que cientos de esclavizados de Bahía intentaban unirse a ellos. Rápidamente movilizadas, las tropas y milicias enviadas desde Salvador interceptaron a estos últimos en el camino y derrotaron a los rebeldes del Recôncavo: produjeron varios muertos y detuvieron a ochenta y tres hombres y doce mujeres. Aunque se desconoce la suerte de los prisioneros, algunos pequeños grupos de rebeldes lograron escaparse. Por eso, las autoridades y los latifundistas estaban alerta[5].

De hecho, otras rebeliones o conspiraciones en la provincia de Bahía mostraban que los esclavos cooperaban entre sí, bien fueran urbanos, rurales o quilombolas, criollos o de diferentes etnias africanas, y a veces en relación

[4] Josette Fallope, *Esclaves et citoyens*, *op. cit.*, p. 202-203 (cita p. 190).

[5] João José Reis, *Slave Rebellion in Brazil. The Muslim Uprising of 1835 in Bahia*, trad. Arthur Brakel, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1993, p. 43-44.

con libres de color: rebelión y cimarronaje estaban a menudo imbricados. Tal fue el caso de un levantamiento en el puerto pesquero de Itapuá, en las puertas de Salvador, en febrero de 1814, que agrupaba a 250 esclavos bajo el liderazgo de un predicador hausa. Gritando "Libertad" y "Muerte a los blancos y a los mulatos", incendiaron varias viviendas y mataron a algunos blancos, mulatos y esclavos que se negaron a seguirlos. Luego se dirigieron hacia las fazendas del Recôncavo para reclutar a otros esclavizados, para matar e incendiar, pero la caballería los detuvo y masacró a unos cincuenta rebeldes, detuvo a varias otras decenas, mientras que otros se suicidaron o lograron huir. Luego de procesos expeditivos, por lo menos cuatro líderes fueron ejecutados, muchos sufrieron flagelaciones y unos veinte fueron deportados a Angola. En marzo y abril, otros incidentes violentos con la participación de hausas estallaron en puntos diversos del Recôncavo y la bahía de Todos los Santos. Luego, en mayo de 1814, una mujer mina denunció la preparación de una vasta conspiración que implicaba a esclavizados hausas y libres de color, también en Bahía. El gobernador convenció a algunos esclavos de infiltrar los conspiradores, y los espías descubrieron que estos preparaban una rebelión para el día de San Juan, después de la zafra, coordinada por cuadrillas de porteadores, que pensaban extender a toda la región azucarera hasta los quilombos. Se encontraron barriles que contenían puntas de proyectiles y madera para hacer arcos y flechas. Al final, decenas de cómplices fueron detenidos, sin que se conozca su suerte[6]. Dos años más tarde, nuevas rebeliones estallaron en el Recôncavo, ocasionalmente causando incendios y muertos entre los blancos o entre los esclavos que se rehusaron seguirlos o que defendieron a sus amos. En la mayoría de los casos, los colonos acudían a las milicias locales para reprimir a los insurrectos, a los cuales generalmente se les ejecutaba extrajudicialmente, en vez de ser enviados a ser juzgados en Salvador. Igualmente, en 1821, los esclavizados de una plantación azucarera del distrito de Ilhéus, en el sur de Salvador, se negaron a trabajar, se hicieron con herramientas y desaparecieron en los alrededores para formar allí un quilombo que no fue destruido sino en 1828[7].

La breve guerra de independencia de Brasil, en 1822-1823, hizo que los blancos de la región de Bahía temieran que los esclavizados se aprovecharan del conflicto entre criollos y portugueses para liberarse. Haciendo eco de esto, unos cautivos difundieron un rumor según el cual el rey de Portugal habría abolido la esclavitud pero que los dueños brasileros se negaban a obedecer. Por su parte, unos esclavos de la región azucarera de Cachoeira enviaron, en 1823, una petición que les pedía su libertad a los representantes de

[6] Stuart B. Schwartz, "Cantos and Quilombos", *art. cit.*, p. 247-272; João José Reis, *Slave Rebellion in Brazil*, *op. cit.*, p. 45-49.

[7] Robert Edgar Conrad, *Children of God's Fire*, *op. cit.*, p. 397-400; João José Reis, "Quilombos e revoltas escravas no Brasil", *op. cit.*, p. 23; Clóvis Moura, *Dicionário da escravidão negra no Brasil*, *op. cit.*, p. 110-112.

Bahía en las Cortes. Como varios grupos de esclavizados de los alrededores discutían sobre este rumor, las autoridades locales temieron que se rebelaran "como en la isla de Saint-Domingue". Creyeron haber descubierto proyectos de conspiración y extinguieron motines locales antes de que se extendieran. La amenaza más seria se produjo en 1822: 200 esclavos (a los que probablemente habían aconsejado los portugueses que ocupaban entonces la ciudad) atacaron tropas patriotas, aparcadas en el norte de Salvador; el general francés Pierre Labatut, al servicio de Pedro I, reprimió brutalmente el incidente haciendo ejecutar a cincuenta y dos rebeldes, y flagelar muchos otros y, así, produjo la mayor serie de ejecuciones de la historia de la esclavitud en Bahía[8].

Después de la independencia, el Recôncavo se vio perturbado de nuevo por diversas rebeliones serviles menores, probablemente motivadas por la desorganización de la región y la partida de una parte de las tropas hacia Uruguay. Ante la creciente inseguridad, las destrucciones y las muertes ocasionales provocadas por estos movimientos, los hacendados lograron que se fortaleciera la presencia militar en la región, pero ni las rebeliones ni las exacciones de los cimarrones de los quilombos cesaron. En 1830, la ciudad de Salvador fue sacudida por un ataque de un nuevo tipo: unos veinte africanos esclavizados se apoderaron de cuchillos y de sables en unas tiendas del centro y luego, atrayendo a decenas de compañeros a su paso, se fueron al mercado de esclavos donde liberaron a unos africanos que habían sido desembarcados recientemente, y mataron a los que resistieron. Luego atacaron una comisaría y asesinaron a un soldado, pero la policía y la muchedumbre se unieron y lincharon a muerte a unos cincuenta de ellos. Este incidente les mostró a los esclavizados de Salvador cuán peligroso era rebelarse en plena ciudad, sin haber establecido redes que les permitiesen huir hacia las plantaciones y quilombos del Recôncavo[9].

Por fin, el ciclo de las rebeliones musulmanas en la provincia de Bahía se terminó en 1835, con la represión de la rebelión *malê* (musulmana), que ha sido estudiada por el historiador João Reis. Este movimiento comprendía probablemente a cientos de conspiradores, organizados en una amplia red de esclavizados y de libres de color, de los cuales muchos eran musulmanes, vinculando Salvador a las aldeas cercanas, a las plantaciones y a los quilombos. Anticipada por el gobernador gracias a una delación, la rebelión *malê* estalló de manera precipitada durante la noche que precedía el último domingo de enero de 1835, y que correspondía también a la noche de Laylat al-Qadr (la noche del destino) del Ramadán. Entre 400 y 600 hombres participaron en

[8] João José Reis, *Slave Rebellion in Brazil*, *op. cit.*, p. 53-54. Antiguo integrante del ejército napoleónico, Pierre Labatut se había inicialmente enlistado en 1812 en los ejércitos independentistas de Venezuela y de Colombia, donde ya se había distinguido por su brutalidad contra la población local (Aline Helg, *Liberty and Equality in Caribbean Colombia*, *op. cit.*, p. 143-145).

[9] João José Reis, *Slave Rebellion in Brazil*, *op. cit.*, p. 55-69.

ella: todos eran africanos del oeste, para entonces bien establecidos en Brasil, esclavizados o emancipados, de origen étnico diverso pero confederados en torno a la pertenencia de la mayoría de ellos al islam. Su plan era movilizar parte de los 22 000 africanos en Salvador, luego reagruparse en una plantación en el norte antes de incitar también a los bozales del Recôncavo (con los cuales estaban en contacto) a que se sublevaran, posiblemente para luego tomarse la ciudad portuaria. Pero el gobernador había tenido tiempo de alertar a la policía, la milicia y el ejército, es decir por lo menos a 1 500 hombres con armas. Entre los rebeldes, se vivió un arrebato de sálvese quien pueda, y ellos huyeron hacia el campo o se echaron al mar. El enfrentamiento que siguió resultó en cincuenta insurrectos muertos o ahogados, decenas de detenciones y nueve muertos entre los civiles y las fuerzas del orden[10].

Todos los 308 sospechosos detenidos que después comparecieron ante el tribunal habían nacido en África (salvo un criollo) y, de ellos, dos tercios eran yorubas, el 10% hausas y el resto pertenecían a otras etnias de África occidental y central. Muchos eran hombres jóvenes, sin familia y compañeros de trabajo. Y, sobre todo, el 37% eran libertos, mejor dicho, hombres particularmente competentes que habían sido capturados en África, sobrevivido la travesía del Atlántico, y, una vez esclavizados en Brasil, habían conseguido ganar su libertad. Según las declaraciones forzadas de ciertos acusados, querían "matar a los blancos", un tema común en la mayoría de las presuntas conspiraciones serviles. Sin embargo, algunos detalles acentuaban la originalidad del movimiento. Varios de sus dirigentes eran guías espirituales letrados, algunos participantes llevaban largas túnicas africanas blancas, y se encontraron amuletos y versos del Corán sobre unos cadáveres. La rebelión *malê* de 1835 probablemente buscaba unir, bajo el liderazgo de musulmanes, a los africanos de distintas etnias contra el mundo cristiano blanco, criollo y racialmente mezclado del esclavismo bahiano[11].

En las persecuciones y las investigaciones posteriores al 25 de enero de 1835, algunos soldados golpearon e incluso mataron inocentes. Pero los sospechosos tuvieron derecho a procesos en debida forma (sobre todo en comparación con los que se hacían en las colonias francesas y británicas, descritos en este capítulo). Tres esclavos y un liberto fueron condenados a muerte y fusilados, porque ningún verdugo se presentó como voluntario para ahorcarlos. Por lo menos cuarenta y cinco hombres, entre los cuales había dos libertos, sufrieron penas de varias centenas de latigazos (a razón de cincuenta azotes al día), y otros fueron sentenciados a varios años de trabajos forzados. Además,

[10] *Ibid.*, p. 73-92. Según las estimaciones de João José Reis, en 1835, había 65 000 habitantes en la ciudad de Salvador, de los cuales el 42% estaba esclavizado, el 30% eran libres de color y el 28% eran blancos. Un tercio de estos habitantes (22 000) eran africanos, de los cuales el 79% estaba esclavizado y el 21% eran libertos, cosa que muestra la gran capacidad de estos bozales a ganar su libertad (*ibid.*, p. 6).

[11] *Ibid.*, p. 138-186.

en mayo, una primera tanda de 154 africanos, entre los cuales había unas pocas mujeres, casi todos libertos, fue deportada a la costa occidental de África, seguida luego por otra tanda de 200. Para impedir que se produjeran otras rebeliones, la provincia de Bahía promulgó reglamentos que les imponían una vigilancia estricta y nuevas restricciones a los africanos esclavizados y libertos. Poco después, otras provincias adoptaron códigos similares[12]. Sin conexión con los demás africanos en Brasil, sin apoyo por parte de la sociedad brasilera, la insurrección *malê* no tenía ninguna posibilidad de éxito. Sin embargo, esta fue la rebelión mejor organizada en Brasil durante la primera mitad del siglo XIX, cuando ni la trata ni la esclavitud eran puestas en tela de juicio por los legisladores y cuando la manumisión y el cimarronaje ofrecían posibilidades efectivas de liberarse de la esclavitud[13].

En Cuba, también, la trata negrera seguía reforzando la esclavitud, pero los esclavizados, quienes muchas veces se habían enterado de la Revolución haitiana, estaban menos aislados de acontecimientos como la abolición de la trata por Gran Bretaña y Estados Unidos, que los de Brasil. No obstante, entre 1815 y principios de la década de 1830, las rebeliones que movilizaron más que un pequeño grupo de esclavos en la isla fueron excepcionales y rápidamente apagadas. Por ejemplo, una insurrección "por la libertad" , en 1832, movilizó a casi todos los 375 esclavizados (en su mayoría yorubas) de una plantación de café cerca de La Habana, pero después de haber causado daños materiales en las cercanías, fueron capturados y castigados[14]. De hecho, los esclavos de Cuba eran conscientes de que, a pesar de tener el apoyo de algunos libres de color establecidos en las ciudades, no podían contar con un debilitamiento del poder de los hacendados y las autoridades coloniales. De hecho, la presión abolicionista británica no se hizo sentir en Cuba sino hasta la década de 1830, cuando la esclavitud fue abolida en la vecina Jamaica y las otras colonias de Reino Unido.

De la conspiración de Denmark Vesey a la revuelta de Nat Turner en el sur de Estados Unidos

Tal y como en Cuba, en el sur de Estados Unidos la "institución particular" se estaba reforzando, pero no gracias a la importación de bozales (que se había prohibido en 1808), sino por las buenas condiciones sanitarias que permitieron que el número de esclavos allí se duplicara entre 1810 y 1830. Al mismo tiempo, para los esclavizados, se estaba volviendo prácticamente imposible

[12] *Ibid.*, p. 189-230; Robert Edgar Conrad, *Children of God's Fire, op. cit.*, p. 256-267.

[13] Herbert S. Klein y Francisco Vidal Luna, *Slavery in Brazil, op. cit.*, p. 210; Mary C. Karasch, *Slave Life in Rio de Janeiro, op. cit.*, p. 323-327.

[14] Manuel Barcia, *Seeds of Insurrection, op. cit.*, p. 34-37.

huir o manumitirse y, mucho menos, rebelarse[15]. Por consiguiente, desde 1820, la casi totalidad de los afrodescendientes de los estados del Sur estaban esclavizados, salvo en Maryland y Luisiana, donde los libres de color representaban el 10% y el 7% de los habitantes, respectivamente. Al mismo tiempo, los blancos eran mayoría por doquier, a excepción de Carolina del Sur y Luisiana, donde estos últimos representaban un poco menos de la mitad de la población (el 47% y el 49% respectivamente)[16]. Todos los condados tenían milicias de blancos armados para reprimir cualquier movimiento servil sospechoso y perseguir a los fugitivos. Además, en cada estado, los esclavos estaban repartidos en una multitud de pequeñas plantaciones. Es decir, el sistema de plantación era muy diferente del sistema que prevalía en las Antillas: en el sur de Estados Unidos, sólo el 2,5% de los terratenientes poseía por lo menos cincuenta esclavos, el 33,5% tenía entre uno y cuarenta y nueve esclavos (muchas veces una o varias familias), y el 64% no tenía esclavos. En las ciudades, una gran parte de los esclavizados eran artesanos, jornaleros o empleados domésticos y vivían en el domicilio de su dueño o en cuartos independientes. Esta dispersión, a la cual se añadía generalmente el avasallamiento de familias enteras, volvía toda movilización colectiva muy difícil y fácil de reprimir con rapidez[17]. Por consiguiente, sólo dos acontecimientos tuvieron un impacto nacional durante este período: la conspiración de Denmark Vesey, en Carolina del Sur en 1822, y la rebelión de Nat Turner, en Virginia en 1831.

La conspiración de Denmark Vesey fue denunciada a mediados de junio de 1822 por dos esclavizados quienes le informaron por separado a su amo que, en los días siguientes, se tramaba un complot gigantesco en Charleston, en el que un gran número de esclavizados y de libres de color matarían a blancos, saquearían las tiendas, y huirían por barco a Haití. El 18 de junio, las autoridades procedieron a las primeras detenciones y, después de interrogatorios bajo la tortura, detuvieron a más personas, entre las cuales se encontraba Vesey, capturado el 22 de junio. El 2 de julio, treinta y un negros ya estaban tras los barrotes, y Vesey y cinco esclavos sospechosos de ser cómplices fueron ejecutados por ahorcamiento. Aquel día, como respuesta a las críticas de un juez charlestoniano, que era miembro de la Corte suprema federal, sobre el fundamento de estas ejecuciones, los magistrados lanzaron una nueva ola de detenciones que llevó a ochenta y dos hombres a prisión en un poco más de dos semanas. A finales de julio, habían juzgado a cuarenta y seis esclavos adicionales, de los cuales ninguno confesó haber participado en

[15] En 1810, había un millón de esclavizados en el sur de Estados Unidos, en una población total 3 094 000 habitantes, en 1830 dos millones de esclavizados en un total de 5 848 000 habitantes (David W. Cohen y Jack P. Greene, *Neither Slave nor Free*, *op. cit.*, p. 339).

[16] U.S. Census Bureau, *Census for 1820*, Gale & Seaton, Washington, 1821, p. 18, 115, 123-124.

[17] John Mack Faragher *et al.*, *Out of Many*, *op. cit.*, p. 313.

la conspiración a pesar de haber sido torturados. Sin embargo, veintiséis fueron ahorcados, dieciocho fueron deportados, y sólo dos fueron absueltos. En agosto, otros jueces retomaron el caso, pero lo hicieron sin la diligencia de sus predecesores: de los dieciocho sospechosos que juzgaron, sólo uno fue ahorcado, siete fueron deportados y los otros fueron absueltos. Además, otros cuatro sospechosos eran blancos, todos extranjeros en Carolina del Sur: dos marineros, uno escocés y otro español, un buhonero alemán y un almacenero de otro estado; los cuatro fueron condenados a prisión. Los dos esclavizados delatores fueron emancipados[18]. Las autoridades también les prohibieron a los negros llevar luto por las ejecuciones e hicieron quemar la iglesia metodista africana a la cual muchos pertenecían. Poco después, nuevas leyes prohibieron enseñarles a leer y a escribir a los esclavizados, redujeron su libertad de reunión y dejaron su evangelización exclusivamente en manos de misionarios blancos autorizados[19].

Como en el caso de otras conspiraciones, es difícil saber si las decenas de afroamericanos esclavizados y libres de Charleston y los cuatro blancos asociados con la conspiración de Vesey preparaban concretamente, desde 1820, lo que habría podido convertirse en "la rebelión más grande de esclavos de la historia de Estados Unidos"[20], si ellos esbozaban o se imaginaban distintos esquemas para salir de la esclavitud, o si fueron las víctimas de una fiebre represiva por parte de los magistrados de Charleston[21]. En efecto, los historiadores no han terminado de discutir a propósito del valor del principal informe judicial sobre el caso, que fue redactado un tiempo después por dos jueces, y todavía no han encontrado ningún documento escrito o rastro directo de las palabras de Vesey[22].

Sin embargo, es indudable que el cristianismo inspiraba a los acusados y que la mayoría de ellos estaban afiliados a la iglesia metodista episcopal africana (African Methodist Episcopalian Church, o A. M. E. Church) de Charleston,

[18] Douglas R. Egerton, *He Shall Go Out Free: The Lives of Denmark Vesey*, Madison House, Madison, 1999, p. 175-202, 229-232; Michael P. Johnson, "Vesey and his co-conspirators", *William and Mary Quarterly*, vol. 58, nº 4, octubre de 2001, p. 935-941.

[19] Allen Dwight Callahan, *The Talking Book*, *op. cit.*, p. 7-9.

[20] David M. Robertson, *Denmark Vesey. The Buried History of America's Largest Slave Rebellion and the Man Who Led It*, Alfred A. Knopf, New York, 1999, solapa interna de la portada.

[21] Douglas R. Egerton, *He Shall Go Out Free*, *op. cit.*; Michael P. Johnson, "Vesey and his Co-Conspirators", *art. cit.*, p. 937-940.

[22] Lionel Henry Kennedy y Thomas Parker, *The Trial Record of Denmark Vesey* (1822), Beacon, Boston, 1970; Edward Pearson (ed.), *Designs Against Charleston. The Trial Record of the Denmark Slave Conspiracy of 1822*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1999. Para consultar una comparación detallada de este informe con dos versiones manuscritas anteriores, ver Michael P. Johnson, "Vesey and his Co-Conspirators", *art. cit.*, p. 920-935. Para consultar respuestas al artículo de Johnson, ver "*Forum:* the making of a slave conspiracy", part 2, *art. cit.*, en particular Thomas J. Davis, "Conspiracy and Credibility: Look Who's Talking, about What: Law Talk and Loose Talk", *ibid.*, p. 167-174.

de la cual los blancos sospechaban de manera creciente. Esta iglesia había sido creada por esclavizados y libres de color después de que la iglesia metodista oficial de la ciudad les restringiera el acceso a sus fieles negros en 1815. Estos últimos entraron en contacto con la iglesia metodista episcopal africana, creada por el pastor Richard Allen en Filadelfia en 1794, para fundar un templo afiliado a esta última en Charleston. Rápidamente, la iglesia A. M. E. de Charleston atrajo a numerosos esclavizados y libres de color del condado que hasta el momento frecuentaban el templo metodista oficial. Frente a esto, las autoridades habían hecho detener a varios metodistas negros con el pretexto de que habían instruido a esclavos sin la supervisión de blancos. En julio de 1820, les prohibieron celebrar sus propios servicios religiosos; simultáneamente, los legisladores de Carolina del Sur limitaron drásticamente la posibilidad de manumisión de los esclavizados e impidieron a todo afrodescendiente libre entrar al territorio del estado, probablemente por temor a que se movilizaran de manera conjunta. Este temor se explicaba también por cambios demográficos notables en el condado de Charleston, pues, desde 1800, el número de libres de color estaba en aumento y, en 1820, los 10653 blancos que fueron censados se habían vuelto minoritarios frente a los negros, entre los cuales había 1475 libres y 12652 esclavizados[23]. Como en otros casos de presunta conspiración, en 1822, el simple hecho de pertenecer a la iglesia A. M. E. podía transformar a un negro libre o esclavizado en un conspirador.

Denmark Vesey, el hombre que dio su nombre a la conspiración, desempeñaba un papel importante en esta movilización religiosa, incluso si no está comprobado que haya sido el cerebro del supuesto complot, ya que los testimonios que existen sobre Vesey lo incriminaron después de su ejecución. En 1822, Vesey era un liberto de 55 años, letrado, asiduo lector de la Biblia y miembro de la iglesia A. M. E. Pero su mujer e hijo estaban esclavizados, como muchos otros fieles metodistas. Su vida hasta que fuera ejecutado dejó pocos rastros en Charleston, a donde su amo comerciante lo había llevado como esclavo en 1783 después de haberlo adquirido en la isla danesa de Saint-Thomas. Pero en 1799, Vesey había ganado 1500 dólares jugando a la lotería, con los cuales había comprado su libertad por 600 dólares y una patente para ejercer el oficio de carpintero. Otros negros incriminados junto con él eran africanos llegados después de 1800, como los artesanos esclavizados Gullah Jack Pritchard y Monday Gell. Entonces, es posible que, juntos, estos hombres hubieran concebido la liberación de los esclavos inspirándose en el Antiguo Testamento (especialmente en el libro del Éxodo), en la cosmología africana, en la Declaración de independencia y en la Constitución de Estados Unidos, así como en la Revolución haitiana[24]. Estos

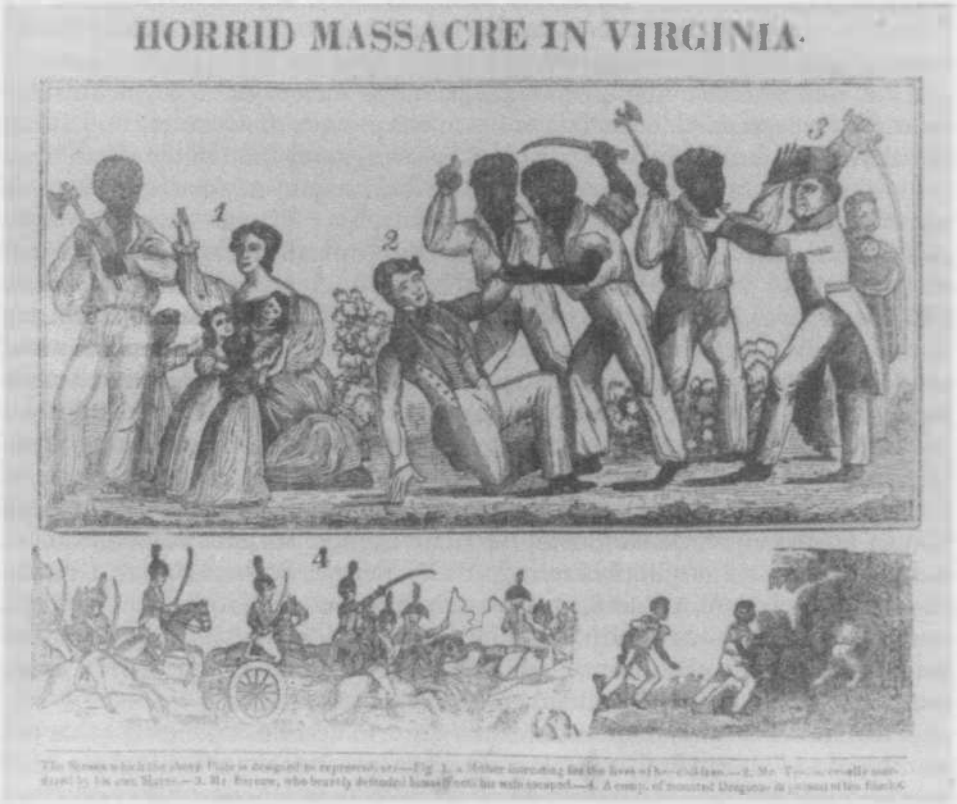
[23] U.S. Census Bureau, *Census for 1820*, *op. cit.*, p. 115.
[24] Douglas R. Egerton, *He Shall Go Out Free*, *op. cit.*, p. 101-153.

últimos temas eran de hecho también accesibles a los lectores, blancos y negros, de la prensa local que comentaba la reciente ocupación de Santo Domingo por los haitianos o los llamados a la inmigración de negros de Estados Unidos por su presidente Jean-Pierre Boyer, los debates del congreso de Carolina del Sur sobre las restricciones de la manumisión, así como los del Congreso estadounidense sobre la entrada a la Unión de Missouri como estado esclavista. Por consiguiente, a pesar de la represión que su iglesia había sufrido en 1820, los afroamericanos esclavizados y libres de Charleston tenían diversas razones para imaginarse un futuro mejor, cosa que explica las declaraciones de ciertos acusados que afirmaron, cuando Vesey ya había sido ahorcado, que él les habría dicho: "Somos libres, pero la gente blanca aquí no va a dejarnos serlo, y el único camino es sublevarnos y combatir a los blancos"[25]. En este contexto era probable que algunos negros de Charleston hicieran declaraciones entusiastas, e incluso que incitaran a otros a pensar cómo podrían masacrar a los blancos y huir a Haití. Incluso si no concibieron un plan concreto para lograrlo, hablar de este sueño de libertad ya constituía en sí, para los jueces, una prueba del complot[26].

La noticia de las treinta y cinco ejecuciones en Charleston durante el verano de 1822 se difundió en muchas ciudades del sur y alarmó a los blancos. En los años siguientes, las protestas de los esclavizados contra su condición fueron acontecimientos aislados. Por supuesto, algunos grupos se sublevaron, como los noventa hombres esclavizados a los que tres comerciantes llevaban esposados y encadenados de Maryland a Kentucky, en 1829, y que lograron soltarse y matar a dos de sus guardias mientras que el tercero se escapaba para dar la alerta. Pero luego todos fueron capturados, seis ahorcados por homicidio y otros vendidos más al sur. En otros casos, algunos cautivos aprovecharon ciertas oportunidades para atacar o matar a su amo o a su vigilante pero, en todo el sur, los blancos estaban armados y las milicias preparadas para intervenir, y los rebeldes eran rápidamente aplastados y castigados[27]. Sin embargo, en los estados libres de la costa este, varios afroamericanos se estaban movilizando contra la discriminación racial y la esclavitud en el sur. En 1827, Peter Williams Jr., un pastor negro de la Iglesia episcopal oficial, fundó el primer periódico negro de los Estados Unidos en Nueva York, el *Freedom's Journal*, con una visión abolicionista. Dos años más tarde, David Walker, uno de los contribuidores ocasionales del periódico y un adepto de la iglesia A. M. E., publicó *An Appeal to the Coloured Citizens of the World* en Boston. Este panfleto basado en la Biblia y en la Declaración de independencia de Estados Unidos urgía a los negros a que se rebelaran contra la esclavitud y a que exigieran la libertad, la igualdad y la abolición total e inmediata

[25] Citado en Michael P. Johnson, "Vesey and his Co-Conspirators", *art. cit.*, p. 963.
[26] Douglas R. Egerton, *He Shall Go Out Free*, *op. cit.*, p. 103-120.
[27] Marion Brunson Lucas, *A History of Blacks in Kentucky*, *op. cit.*, p. 58, 98-99.

ILUSTRACIÓN X.1. *Horrible masacre en Virginia, 1831.*



Anónimo. United States Library of Congress's Prints and Photographs Division. https://www.loc.gov/pictures/item/98510363/

de la esclavitud. También denunciaba la condición de los negros esclavizados en Estados Unidos como la peor forma de esclavitud de todos los demás pueblos esclavizados en la historia de la humanidad. La comparaba en particular con la de los judíos en el Egipto faraónico para subrayar la violencia y barbarie de los "cristianos ilustrados de América" frente al espíritu de inclusión de los egipcios —"africanos, gente de color como nosotros"—. Pero los blancos pronto serían castigados por sus pecados, y Walker invitaba al "pueblo de color de estos Estados Unidos de América" a sobreponerse a sus divisiones y a saber reconocer al líder al que Dios pronto les enviaría para liberarlos de su miseria. El llamado de Walker causó agitación, sobre todo en el sur, donde ciertos estados prohibieron su difusión; incluso se puso un precio a la

cabeza de Walker, pero este murió súbitamente, en 1830, a la edad de 34 años. Seis meses más tarde, el 1 de enero de 1831, el periodista blanco William L. Garrison lanzó en Boston el primer número de su periódico, *The Liberator*, que pedía la abolición inmediata[28].

Por consiguiente, cuando en la noche del 21 agosto de 1831 Nat Turner y unas decenas de partidarios lanzaron un ataque mortífero en el condado de Southampton, en el sur de Virginia, y masacraron a cincuenta y cinco blancos —doce hombres, diecinueve mujeres y veinticuatro niños— en menos de veinticuatro horas, su rebelión tuvo un eco nacional. No obstante, nada indicaba que Turner y sus acólitos hubieran sido influenciados por el abolicionismo incipiente en el norte. En Southampton, cientos de milicianos y de blancos de todo tipo, apoyados por tropas virginianas y federales, acabaron con la rebelión en dos días, capturando a la mayoría de los insurrectos y matando por lo menos a otros veinticuatro cuando se rindieron. Pero Turner logró escapar durante más de dos meses y no fue arrestado sino el 30 de octubre. Durante sus juicios, treinta rebeldes fueron condenados a muerte; de ellos, dieciocho, entre los cuales estaba Turner, fueron ahorcados y a los otros doce el gobernador les conmutó la pena en deportación. La población blanca estuvo aterrorizada durante mucho tiempo por las masacres que se habían llevado a cabo bajo el mando de Turner, y sospechó durante mucho tiempo que este último tenía partisanos más allá de Southampton. En la onda de represión que siguió los crímenes cometidos por los rebeldes, unos veinte o treinta negros, casi todos sin ningún lazo con Turner, fueron asesinados por fuera de toda legalidad en los condados vecinos[29].

Nat Turner se rindió sin resistencia y murió orgullosamente el 11 de noviembre de 1831. Sin embargo, durante su encarcelamiento, le hizo una larga narración de sus motivaciones y del desarrollo de la rebelión a un periodista que la publicó inmediatamente bajo el título *The Confessions of Nat Turner*[30]. Turner no se identificaba con la actualidad abolicionista, pero rociaba sus declaraciones de citas memorizadas de diversos pasajes de la Biblia, que había leído con asiduidad. Se presentaba de entrada como un ser excepcional desde su más tierna infancia, dotado de una memoria prenatal y de una inteligencia singular, destinado por el Todopoderoso a ser un gran profeta. Con el tiempo, se había superado gracias a la práctica de la oración y del ayuno y había adquirido una influencia irresistible sobre otros; incluso decía haber

[28] Allen Dwight Callahan, *The Talking Book*, *op. cit.*, p. 130-149.

[29] David F. Allmendinger, *Nat Turner and the Rising in Southampton County*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 2014, p. 1, 281-299.

[30] Thomas R. Gray, *The Confessions of Nat Turner*, Lucas & Deaver, Baltimore, 1831 <http://docsouth.unc.edu/neh/turner/turner.html> (no confundir con la controversial novela epónima de William Styron, publicada en 1967). Al comparar el recuento de Gray con diversas fuentes de archivos y con la prensa contemporánea, David Allmendinger concluye que estas confesiones son fieles a las opiniones de Turner.

hecho milagros y haber bautizado a un hombre blanco. Y, sobre todo, desde 1825, había sido testigo de una serie de revelaciones y visiones que le ordenaban cumplir lo que el Espíritu Santo había dispuesto para él. Tres años más tarde, el Espíritu le había ordenado retomar la carga que Cristo había llevado por los pecados de los hombres, porque el momento en que "los primeros serían los últimos y los últimos los primeros, se acercaba". Pero su destino era incompatible con su estatus de esclavo, y los que habrían podido liberarlo no lo habían hecho. Cuando Nat Turner alcanzó la edad de 31 años, empezó a esperar secretamente las señas del cielo que anunciarían que debía comenzar su "trabajo de muerte": "matar a mis enemigos con sus propias armas". Después de un eclipse de sol en febrero de 1831, había roto su silencio, y les había comunicado su plan a cuatro compañeros sobre los cuales tenía una gran autoridad. Estos hombres no defraudaron su confianza y actuaron escrupulosamente (concentrándose en las familias de los que no los habían liberado cuando habrían podido). Ahora, concluía Turner, estaba dispuesto a ser ejecutado, tal y como Cristo, que había sido crucificado[31].

Si Turner pensaba haber cumplido su destino, o haberse vengado de los que no le habían permitido cumplirlo por no haberlo emancipado, las motivaciones de sus discípulos siguen siendo desconocidas. Su rebelión no fue más allá del nivel local, pues se limitó al condado de Southampton y a sus alrededores. Pero como fue la insurrección más mortífera para los blancos de la historia de las trece colonias británicas y de Estados Unidos, esta encarnó durante mucho tiempo el antiguo miedo de los blancos esclavistas de ser masacrados por sus esclavizados, como lo muestra un grabado anónimo de escenas del "horrible masacre en Virginia", ampliamente difundido desde 1831. Para algunos afroamericanos esclavizados y libres, Nat Turner se convirtió en el símbolo del esclavo rebelde, el Espartaco negro anunciado por David Walker, al que muchos esperaban[32].

La revuelta de 1816 en Barbados, "un esfuerzo por cumplir con el deber"

A pesar de estas revueltas, los esclavizados de las Antillas francesas, Cuba, Brasil y el sur de Estados Unidos no lograron socavar la institución de la esclavitud durante los años que siguieron al tratado de Viena. Después de 1815, fue en el Caribe británico, que había sido poco afectado por los efectos de la Revolución haitiana, que estallaron grandes rebeliones que contribuyeron

[31] Thomas R. Gray, *The Confessions of Nat Turner*, *op. cit.*, p. 7-12. Ver también David F. Allmendinger, *Nat Turner and the Rising in Southampton County*, *op. cit.*, p. 11-24.

[32] Scot French, *The Rebellious Slave. Nat Turner in American Memory*, Houghton Mifflin, Boston, 2004, p. 7-32.

decisivamente a la abolición de la esclavitud en 1833. Cuando la primera de estas insurrecciones enardeció Barbados en 1816, tomó a los abolicionistas de Gran Bretaña por sorpresa. Después de la interdicción de la trata transatlántica por el Parlamento londinense en 1807, estos hacían campaña para que Francia, España y Brasil la suprimieran también, y alentaban a los cautivos rescatados de los barcos negreros que había inspeccionado la flota británica a que colonizaran Sierra Leona. En cuanto a la esclavitud en las colonias del Reino Unido, los abolicionistas pensaban que, con el fin de las llegadas de bozales, los colonos se ocuparían mejor de sus esclavos ya que sólo la reproducción natural de estos impediría la decadencia de su fuerza de trabajo. Según ellos, la esclavitud iba a humanizarse, a "mejorarse" y acabaría lentamente por apagarse sola. Cuando, en 1815, resultó que el número de esclavos aumentaba anormalmente en la isla de Trinidad (oficialmente británica desde 1802), algunos representantes propusieron, en la Cámara de los Comunes, obligar a las colonias británicas a establecer registros oficiales de sus esclavos para prevenir la importación ilegal de cautivos. Su propuesta fracasó, pero suscitó la indignación de los dueños de plantación, quienes los acusaron de preparar la extinción de la esclavitud de manera insidiosa.

En Barbados, en particular, los hacendados estaban cada vez más alterados con respecto al Parlamento londinense. Si bien se habían resignado a la abolición de la trata negrera a partir de 1808 (porque ellos mismos ya no importaban más africanos y esperaban que esta interdicción perjudicara a sus competidores), a partir de noviembre de 1815 denunciaban permanentemente, en reuniones animadas y en la prensa insular, la propuesta de obligar a los amos a inscribir a sus esclavizados en registros oficiales como una ofensa a su propiedad privada, a la autonomía de la colonia y a la existencia misma de la esclavitud. Algunos incluso anticipaban que esta "interferencia legislativa entre Amo y Esclavo [...] animaría necesariamente la insubordinación (y posiblemente males aún más horribles)" entre unos esclavizados que, hasta el momento, no habían manifestado ningún disgusto[33]. Efectivamente, en Barbados el último gran temor a una rebelión servil databa de 1692, y los plantadores se jactaban de su buena gestión de la mano de obra cautiva. Los blancos eran aproximadamente 15 000, los libres de color solamente 3000, frente a un total de 77 000 esclavizados. Contrariamente a Jamaica o a la Guayana británica en aquella época, el 93 % de los esclavizados de Barbados eran criollos; pocos de ellos eran cristianos, pero algunos sabían leer y escribir. Además, aparte de los empleados domésticos y los trabajadores urbanos, la inmensa mayoría de los esclavos trabajaba en plantaciones, pero vivía en pueblos contiguos donde cada familia tenía una cabaña con su propia parcela de tierra, que producía a veces lo suficiente como para vender el

[33] Citado en David Lambert, *White Creole Culture, Politics, and Identity during the Age of Abolition*, Cambridge University Press, Cambridge, 2005, p. 114.

superávit en el mercado. Sin embargo, estas condiciones aparentemente favorables enmascaraban tensiones crecientes entre plantadores y cautivos. Desde la victoria de la Revolución haitiana, los primeros se quejaban de la insolencia de sus esclavos y hacían encarcelar a los más rebeldes en la "jaula" de Bridgetown, una cárcel que normalmente estaba reservada para los cimarrones que se capturaban. Al mismo tiempo, a pesar de un terreno casi totalmente dedicado a la plantación azucarera y, por consiguiente, poco favorable al cimarronaje, las fugas de esclavizados se multiplicaban[34].

La movilización de los plantadores de Barbados y su defensa virulenta de la esclavitud contra las pretensiones de la metrópoli, mientras que el gobernador de la isla estaba allí en consulta, no pasaron desapercibidos a los ojos de los esclavizados. Progresivamente, algunos de ellos, particularmente capataces y artesanos letrados en contacto con libres de color, se convencieron, ante las imputaciones de los propietarios, de que la emancipación había sido decretada en Londres, pero que sus amos se negaban a aceptarla. Sin duda, algunos también se dieron cuenta de que, con el final de las guerras napoleónicas, las tropas que se habían enviado a la pequeña isla habían disminuido a más de la mitad entre diciembre de 1814 y diciembre de 1815[35]. Desde entonces, varios esclavos de élite de la parroquia de St. Philipp, en el sureste de la isla, empezaron a hablar de las mejores maneras de forzar a los plantadores a que respetasen las órdenes de Londres. Los más activos eran capataces y domésticos en dos plantaciones vecinas, que pertenecían a una red que unía a esclavos de varias propiedades, desde la parroquia hasta Bridgetown. Jackey parecía jugar el papel de coordinador, aunque el único africano entre ellos, el guardabosque Bussa o Bussoe, fue el que dio su nombre a la rebelión. La esclava doméstica letrada, Nanny Grigg, fue también una protagonista importante, ya que afirmó haber leído en un periódico que los esclavos debían ser liberados el día de Año Nuevo, pero que los blancos se opondrían a ello. Después de que el 1 de enero de 1816 trascurriera sin liberación alguna, esta anunció que la liberación se efectuaría el lunes de Pascua, pero que los esclavos debían prepararse para luchar por obtenerla, como lo habían hecho en Saint-Domingue. Los participantes organizaron entonces a una parte de los esclavizados de las plantaciones y tejieron redes más allá de la parroquia de St. Philipp. Juntos, elaboraron un confuso plan de insurrección que debía producirse durante las fiestas de Pascua, cuando las élites y las tropas estarían reunidas en Bridgetown y el gobernador hubiera vuelto de Londres con el supuesto "papel de libertad". Mientras que algunos

[34] Gad Heuman, "Runaway Slaves in Nineteenth-Century Barbados", *art. cit.*, p. 97-99, 105; Michael Craton, *Testing the Chains*, *op. cit.*, p. 254-259; Hilary McD. Beckles, "The Slave-Drivers' War: Bussa and the 1816 Barbados Slave Rebellion", *Boletín de Estudios Latinoamericanos y del Caribe*, nº 39, diciembre de 1985, p. 105-106. Sobre la revuelta de 1692 en Barbados, ver *supra*, capítulo 4.

[35] David Geggus, "The Enigma of Jamaica in the 1790s", *art. cit.*, p. 294.

promovían la huelga, otros querían "incendiar el país" como en "[Do]-Mingo" (Saint-Domingue). La rebelión, probablemente iniciada de manera prematura el domingo de Pascua, el 14 de abril de 1816, se extendió muy rápido, reuniendo a varios cientos, e incluso posiblemente hasta 3900 esclavos. Nada o poco armados, estos estaban repartidos en diversas bandas en una insurrección que incineró los campos de caña del tercio oriental de la isla y destruyó los edificios de algunas plantaciones[36].

La represión fue expeditiva y terrible. Las milicias de St. Philipp y de tres parroquias vecinas, es decir varios cientos de hombres, mayoritariamente blancos, fueron los primeros en entrar en acción, seguidos por un regimiento de las Indias occidentales conformado por 150 "libertos" y por una gran parte de los 1414 soldados europeos del ejército regular presentes en la isla. Contra estas fuerzas bien armadas y entrenadas, los esclavos insurrectos, provistos —en el mejor de los casos— de machetes y de palos, no tenían ninguna posibilidad de vencer. Rápidamente se desorganizaron e intentaron huir en vez de enfrentarse a las tropas. En cuestión de dos días, los milicianos y los soldados habían prácticamente subyugado la rebelión: mataron a cincuenta esclavizados al combate (entre los cuales estaba Bussa), ejecutaron a setenta *in situ* y apresaron a otros 300 o 400. Por su parte, los rebeldes sólo mataron a un civil blanco y a dos soldados negros en total. Entre las tácticas de represión de las fuerzas del orden figuraban incendiar y destruir las chozas y huertas de los esclavizados, y luego el exterminio indiscriminado de los fugitivos, incluyendo a mujeres y niños. El gobernador volvió de Londres el 24 de abril sin ningún decreto de emancipación y prolongó la ley marcial hasta mediados de julio. En una primera serie de procesos, 111 esclavizados y tres libres de color fueron ejecutados en distintas plazas públicas de la isla, sus cuerpos o cabezas luego fueron expuestos para dar ejemplo, siguiendo la tradición macabra de los siglos precedentes. Otros fueron condenados a penas de flagelación pública y deportación, y dieciocho fueron absueltos. Los procesos en tribunal militar se prosiguieron durante varias semanas más, conduciendo a 106 condenas a muerte adicionales, que la Asamblea de Barbados decidió conmutar por penas de deportación. A finales de enero de 1817, estos 106 esclavos, y otros que eran considerados como demasiado peligrosos por sus amos como para ser reintegrados, fueron deportados a los bosques de caoba de Belice (Honduras británico). Unos meses más tarde, la Asamblea de Barbados adoptó su propio decreto de registro de esclavos, cuya ejecución se confió a la milicia de los dueños de plantación. Y en enero de 1818, la Asamblea resolvió publicar un informe oficial sobre la rebelión para enviarlo a Londres, y se esmeró imputándole la responsabilidad

[36] Michael Craton, *Testing the Chains*, *op. cit.*, p. 258-262; Hilary McD. Beckles, "The Slave-Drivers' War", *art. cit.*, p. 90-95. Beckles propone la cifra de 3900 rebeldes, p. 95.

ILUSTRACIÓN X.2. *Esbozo de una bandera blandida por los rebeldes en Barbados, 1816.*

The National Archives UK @ Flickr Commons
https://en.wikipedia.org/wiki/Bussa%27s_Rebellion#/media/File:God_always_saves_endavour.jpg

de la revuelta al abolicionista William Wilberforce y a otros agitadores externos a Barbados[37].

No obstante, los insurrectos habían expresado sus esperanzas en el movimiento en los estandartes de algodón blanco cubiertos de lemas e ilustraciones que habían blandido en abril de 1816. En primer lugar, lo llamaban constantemente un "endeavour" o "endeavourance", una palabra sin equivalente exacto en español que significa un empeño o esfuerzo por cumplir con el deber. El lema, que aparecía arriba y abajo de la mayoría de los estandartes, rezaba: *Happiness remains for ever with endeavourance* ("la felicidad se queda por siempre con el esfuerzo"), e insistía en el apoyo de "Brittanie", y a veces también de Dios en este esfuerzo. Del lado izquierdo se dibujaba generalmente una bandera atada a una lanza larga que rezaba: "Royal G. R. [Georgius Rex, el rey Jorge III del Reino Unido] endeavour(ance) for ever", con un león y una mujer blanca a sus pies, y un gran barco de vela con la bandera británica a la derecha. En el centro de cada estandarte, se veían las escenas siguientes: una pareja real negra, dos fusiles cruzados y dos hachas, un tambor con las letras GR y coronas reales. Y escenas diversas y suplementarias que representaban a un hombre negro con un sombrero de dos

[37] Michael Craton, *Testing the Chains*, *op. cit.*, p. 254-266; Hilary McD. Beckles, "The Slave-Drivers' War", *art. cit.*, p. 93-101.

picos en la mano o peinado y armado, un alto militar blanco blandiendo una bandera con las iniciales de rey Jorge, una pareja compuesta de un hombre negro y de una mujer mulata o blanca. La plantación estaba completamente ausente de la imaginería y el texto de los estandartes, pero la monarquía y el ejército eran omnipresentes, así como lo era la mención de la felicidad vinculada al esfuerzo.

Al juntar esta iconografía con las notas de los interrogatorios de rebeldes, sin duda brutales, y la correspondencia militar británica, el historiador David Lambert concluye que los insurrectos estuvieron convencidos de que tenían el aval del rey de Gran Bretaña y el ejército británico, el cual llegaría de refuerzo con el gobernador en un buque real. Contaban también con que gozarían del apoyo del regimiento de las Indias occidentales, lo que explica su desconcierto cuando, al segundo día de la rebelión, los soldados negros los atacaron y persiguieron. La representación del hombre negro con la mujer blanca, también mencionada en la correspondencia militar británica, evocaba un futuro que quebrantaba todos los tabúes y recordaba el escenario que tanto temían los blancos a lo largo de la historia de la esclavitud: la masacre de los hombres blancos por parte de los esclavos y la apropiación de sus mujeres blancas para satisfacer sus deseos sexuales, invirtiendo por completo las prácticas de violencia sexual de los hombres blancos hacía de las mujeres esclavizadas en sus hogares y plantaciones. Las banderas de los insurrectos "exacerbaban y jugaban con el terror de los blancos", y a la vez afirmaban actuar con apoyo del rey, de su ejército y de su marina. Esta era una manera hábil de convencer a los esclavos analfabetas de las plantaciones de que se unieran a su "endeavour"[38].

En el Reino Unido, las noticias de la rebelión servil en Barbados comenzaron por hacer retroceder a los abolicionistas, como Wilberforce, quien aceptó retirar su moción de establecer un registro central de los esclavos. Por lo tanto, las asambleas coloniales crearon y mantuvieron sus propios registros, los cuales fueron todos establecidos en 1819. Pero los acontecimientos de Barbados coincidieron con el incremento de las protestas de campesinos y obreros contra la industrialización y la degradación de sus condiciones en Gran Bretaña: se multiplicaban las huelgas, los motines, la destrucción de máquinas, las manifestaciones de decenas de miles de personas, que se reprimían brutalmente y después de las cuales se imponían leyes liberticidas. Progresivamente, los círculos políticos más radicales se interesaron por estos diversos levantamientos populares, tanto en la metrópoli como en las colonias, tanto en sus causas como en su posible legitimidad política. Uno de los

[38] David Lambert, *White Creole Culture, Politics, and Identity during the Age of Abolition*, *op. cit.*, p. 127-135 (cita p. 133). Ver también "Flag from the Barbados Slave Revolt", anónimo, abril de 1816, National Archives of the United Kingdom, <https://en.wikipedia.org/wiki/Bussa%27s_Rebellion#/media/File:God_always_saves_endavour.jpg>.

primeros en establecer una relación entre trabajadores y esclavizados fue un periódico activista inglés que, después de la represión sangrienta de una manifestación popular en Manchester en 1819, retomó el medallón abolicionista creado en 1787 por Josiah Wedgwood, "¿Am I not a man and a brother?" (¿No soy pues un hombre y un hermano?). Reemplazó al esclavo arrodillado que figuraba allí con un obrero textil. Después de la revuelta en Barbados, el *lobby* de los dueños de plantación esclavistas insistía en la magnitud y el supuesto carácter salvaje de las destrucciones cometidas por los rebeldes, tanto para justificar sus exigencias de ser compensados por las pérdidas que habían sufrido, como para reavivar las imágenes terroríficas de la Revolución haitiana que seguían atemorizando y para pedir más autonomía para las colonias. Por su parte, los abolicionistas subrayaban las diferencias entre Saint-Domingue y Barbados donde, entre otras cosas, pocos esclavos eran africanos, y los insurrectos no habían cometido ninguna atrocidad y sólo habían matado a un blanco. Por consiguiente, a los ojos de los abolicionistas, los que habían reaccionado de manera desproporcionada, y a quienes había que controlar mejor, eran a los plantadores. Las ejecuciones masivas y la exposición de los cuerpos de condenados a los cuales estos habían ejecutado —prácticas suprimidas del repertorio represivo de Gran Bretaña a finales del siglo XVIII— contribuían a dirigir las acusaciones de barbarie hacia los propietarios, en lugar de apuntarlas a sus esclavos. Al mismo tiempo, la prohibición de la importación de cautivos de África diez años antes estaba cambiando las perspectivas de los políticos y los activistas: de allí en adelante debían considerar a los esclavizados y a sus descendientes, subyugados o libres, como parte del Imperio británico, al cual había que "integrarlos", de hecho, como subalternos. Mientras que el evangelismo itinerante se desarrollaba en Gran Bretaña, algunos misioneros protestantes comenzaron a embarcarse para "civilizar" y cristianizar a los esclavizados de las Indias occidentales[39].

Una vez en las colonias, estos misioneros, generalmente nacidos en medios obreros, se encontraban no con "africanos salvajes" sino con mujeres y hombres que habían desarrollado una cultura de resistencia propia. Al vivir en medio de la violencia de las plantaciones, muchos pastores tendían a considerar a los esclavizados a la vez como "otros" y como "hermanos en Jesucristo", debido también a sus sufrimientos físicos. No sólo los misioneros convertían y bautizaban a estos cautivos, sino que formaban como sacerdotes a algunos de ellos, los cuales contribuían a su vez a la evangelización de las colonias. Las capillas de misión a veces se convertían en lugares privilegiados donde los esclavos podían reunirse a salvo de los propietarios y de los

[39] Gelien Matthews, *Caribbean Slave Revolts and the British Abolitionist Movement*, Louisiana State University Press, Baton Rouge, 2006, p. 58-70, 76-77; Robin Blackburn, *The Overthrow of Colonial Slavery*, *op. cit.*, p. 322-326; Pieter Spierenburg, *The Spectacle of Suffering*, *op. cit.*, p. 92, 204; Vincent Brown, *The Reaper's Garden*, *op. cit.*, p. 201-219.

gerentes, reinterpretar la Biblia, adaptar las lecciones de salvación después de la muerte del Nuevo Testamento a su propia espiritualidad o transformarlas en promesas de libertad inmediata. Al igual que los esclavos evangelizados en Estados Unidos, los de las colonias británicas se alimentaban de pasajes del Antiguo Testamento sobre Moisés liberando a su pueblo de la esclavitud en Egipto. Y, como ellos, querían el reino de Dios en la tierra y ahora, en vez del infierno de la plantación. Preocupados por la interferencia de los predicadores en el mundo de la plantación esclavista, las asambleas de plantadores multiplicaron las leyes que intentaban regularlos y reducir su alcance[40].

El levantamiento de los "hermanos en Jesucristo" en Demerara (1823)

Poco después, en enero de 1823, un grupo de abolicionistas que incluía a Wilberforce y a Thomas Clarkson fundó la Society for the Mitigation and Gradual Abolition of Slavery throughout the British Dominions en Londres, mejor conocida bajo el nombre de British Anti-Slavery Society, cuyo objetivo era exigir medidas para mejorar las condiciones actuales de los esclavos y preparar su emancipación gradual. Simultáneamente, militantes más jóvenes se dirigían a la Cámara de los Comunes con propuestas inspiradas en leyes de manumisión de la América continental. Aunque fueron rechazadas, estas propuestas dieron lugar a una serie de instrucciones que el Concejo real aprobó, unos meses más tarde, bajo el nombre de *amelioration of slavery* ("mejora de la esclavitud"): estas fomentaban la evangelización de los esclavos en las colonias, prohibiendo el trabajo y los mercados los domingos; favorecían el matrimonio cristiano de los esclavos y proscribían la separación de niños menores de sus familias; animaban a los esclavizados a comprar su libertad, autorizándoles a poseer bienes y previendo la instauración de bancos de ahorro; exigían que fuesen designados protectores de esclavos que registrarían las quejas por maltrato, y que los esclavos fueran habilitados para ser testigos en ciertos juicios; prohibían el exceso de castigo, toda flagelación de mujeres y el azotamiento ritual del cual eran víctimas los trabajadores de las plantaciones para que aumentaran su ritmo laboral. Sin embargo, al contrario de las leyes de manumisión del norte de Estados Unidos y de América del Sur, estas leyes no proyectaban la libertad por principio de los recién nacidos de madre esclavizada (el vientre libre). Al trasmitir estas instrucciones a los gobernadores de las colonias, el Concejo real dejó que su aplicación dependiera de la buena voluntad de las asambleas coloniales, pero previó

[40] Mary Turner, *Slaves and Missionaries*, *op. cit.*, p. 16-26, 65-70; Emília Viotti da Costa, *Crowns of Glory, Tears of Blood*, *op. cit.*, p. XVII-XVIII.

ensayarlas en las colonias que eran directamente administradas por la Corona, primero en Demerara, luego en Trinidad[41].

En general, las recomendaciones reales suscitaron la ira de los colonos, poco proclives a la reforma —y, entre los esclavizados que se enteraron de ellas, engendraron esperanzas a veces desmesuradas cuando confundían *amelioration* con emancipación o abolición de la esclavitud—. Gran Bretaña sólo las aplicó en Trinidad, que gobernaba sin la interferencia de ninguna asamblea colonial desde que la había tomado de manos de España en 1797. Allí, Gran Bretaña desarrolló el modelo de plantación esclavista, conservando a la vez el Código Negro español para gestionar a los esclavizados, lo que facilitó que los hacendados aceptasen las instrucciones reales[42]. Sin embargo, en Demerara, aunque se consideraba como prioritaria en vista de sus condiciones de vida particularmente insalubres y de la creciente explotación a la que estaban allí sometidos los esclavos, el gobernador transigió con las instrucciones reales y cedió ante las recriminaciones de los plantadores. En particular, restringió el derecho de los esclavizados al descanso dominical y a la asistencia a los servicios religiosos de los misionarios protestantes, para favorecer el trabajo en las plantaciones. Fue en este contexto que, en agosto de 1823, estalló una revuelta servil de gran amplitud en el este del río Demerara, en la Guyana británica, que la historiadora Emília Viotti da Costa ha reconstruido minuciosamente. Durante la noche del 18 de agosto, entre 9000 y 12000 esclavizados, de los 75000 que había entonces en la colonia, se sublevaron —es decir, aproximadamente un esclavizado de cada siete, contando a niños y ancianos—. Este era pues un movimiento considerable en un territorio donde vivían también 2500 blancos y 2500 libres de color.

La revuelta era el fruto de una larga preparación. Desde que habían comenzado los debates entre el gobernador y los plantadores, un pequeño grupo de esclavizados de élite empezó a indagar sobre el contenido de las instrucciones reales. Daniel, un doméstico del gobernador que sabía leer y escribir, se encargó de hurgar entre los papeles de su amo. Quamina, un artesano, interrogaría al pastor inglés, John Smith, que había sido enviado junto con su esposa, por la Sociedad Misionera de Londres en 1817, y se había instalado en la plantación Le Resouvenir, donde evangelizaba esclavizados y había formado a Quamina como diácono. El hijo de Quamina, Jack Glastone, también artesano, y Susanna, la excompañera del administrador de la plantación, fueron a pedirle información a este último. Estos cuatro esclavizados compartían, y luego difundían informaciones e impresiones en sus redes de amigos y allegados. Llegaron a considerar las instrucciones reales

[41] Claude Levy, "Barbados: The Last Years of Slavery, 1823-1833", *Journal of Negro History*, vol. 44, nº 4, octubre de 1959, p. 308-345.

[42] Noel Titus, *The Amelioration and Abolition of Slavery in Trinidad*, *op. cit.*, p. 115-128. Ver también el capítulo 9.

como "nuevas leyes", que, para algunos, equivalían a un decreto de libertad inmediata y, para otros, a tres días de libertad a la semana, dos prismas a través de los cuales cada vez más esclavizados se pusieron a interpretar toda información o incidente. Según ellos, ya que estas nuevas leyes reales no eran respetadas por los plantadores, estaban en derecho de protestar. Jack Glastone fue sin duda el instigador del movimiento, pero decenas de esclavos, criollos como él o africanos, como su padre Quamina, un akan que había sido arrancado del reino Ashanti, se comprometieron a prepararlo[43]. Gracias a la libertad de desplazamiento y a los múltiples lazos familiares de Glastone, y también gracias a las asambleas celebradas en la capilla de Smith en Le Resouvenir y al sistema de catequización que el misionero había instaurado, designando a un esclavo instructor por plantación, la idea de la protesta se difundió en unas sesenta propiedades. Si bien muchos esclavos eran entusiastas, otros temían un movimiento que, a sus ojos, sólo podía conducir a una represión cruel. Cada uno tenía motivos para rebelarse: la posibilidad de vengarse de una injusticia, el miedo a ser vendidos y separados de sus familias o, de manera más profunda, la perspectiva de la libertad. Pero cada uno temía también la tortura y la muerte, por sí mismo y por sus seres cercanos[44].

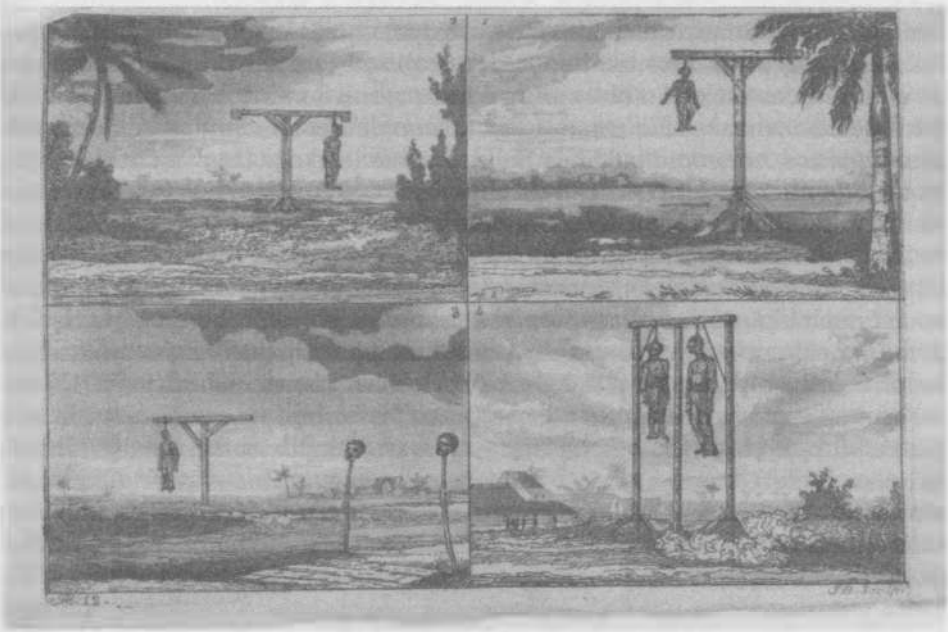
El domingo 17 de agosto de 1823, Jack Gladstone celebró una reunión donde una parte de los conjurados decidió lanzar la protesta el día siguiente, mientras que otros, tales como Quamina, querían más bien enviar una delegación al gobernador. Para todos, se trataba de manifestar con el fin de obtener sus "derechos", otorgados por el rey de Gran Bretaña, no de matar a los blancos. En la tarde del 18, algunos esclavos se sublevaron en varias plantaciones al este de Georgetown. Forzaron a sus compañeros vacilantes a que se les unieran, cercaron las casas de los blancos, luego enviaron a administradores y plantadores a la picota, y tomaron las armas y las municiones que encontraron para atacar otras propiedades. Luego, los rebeldes incendiaron algunas viviendas y mataron a tres blancos[45]. Pero ignoraban que, ese lunes por la mañana, uno de los conspiradores los había denunciado a su amo, el cual había inmediatamente advertido al gobernador. Los colonos estaban pues alerta desde antes de que estallase la rebelión. Detenidos brevemente por un destacamento enviado desde Georgetown, Quamina y su hijo tuvieron

[43] Se puede observar, en la revuelta de Demerara de 1823, la misma dinámica que aquella de la revuelta de Luisiana de 1811. Ver capítulo 9. Otras revueltas en las cuales los akans jugaron un papel importante son la de los *maroons* de Jamaica en la primera mitad del siglo XVIII, la de Antigua en 1736, la de Tacky en Jamaica en 1760, la de Berbice o Surinam en 1763, y la revuelta de Bussa en Barbados en 1816.

[44] Emília Viotti da Costa, *Crowns of Glory, Tears of Blood*, *op. cit.*, p. 167-197. Sobre la revuelta de Demerara, ver también Michael Craton, *Testing the Chains*, *op. cit.*, p. 267-290. Robin Blackburn, basándose en fuentes secundarias, minimiza esta revuelta y sus consecuencias en Gran Bretaña (Robin Blackburn, *The Overthrow of Colonial Slavery*, *op. cit.*, p. 428-431).

[45] Emília Viotti da Costa, *Crowns of Glory, Tears of Blood*, *op. cit.*, p. 197-206.

ILUSTRACIÓN X.3. *Represión de la insurrección en Demerara, 1823*



Joshua Bryant, *Account of an insurrection of the negro slaves in the colony of Demerara, which broke out on the 18th of August, 1823* (A. Stevenson at the Guiana Chronicle Office, Georgetown, Demerara, 1824). John Carter Brown Library.
https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Plate_12_The_Gallows.jpg

la suerte de ser liberados por un grupo de rebeldes. Pero esa misma tarde del 18, el gobernador decretó el estado de emergencia y movilizó a todos los hombres blancos aptos para el combate; las mujeres blancas de la capital fueron puestas a salvo a bordo de varios barcos. Instalado cerca de la plantación Le Resouvenir, el misionero Smith se negó a unirse a la milicia; él y su mujer, Jane, seguían los acontecimientos con angustia, pero se quedaban en casa, confiando en no ser blanco de los esclavos. El miércoles 20, Smith comenzó a escribirle una carta detallada al secretario de la Sociedad Misionera de Londres, en la cual condenaba la esclavitud y justificaba la rebelión de los cautivos. Pero fue interrumpido por las fuerzas gubernamentales que lo detuvieron junto con su mujer y los encarcelaron en Georgetown. Sellados, su carta y todos sus papeles servirían de pruebas para acusarlo de ser el agente exterior que había corrompido a los esclavos por sus prédicas antiesclavistas y los habían incitado a rebelarse[46].

[46] *Ibid.*, p. 208-216.

Durante este tiempo, el gobernador había terminado de movilizar a las tropas regulares, la marina y la milicia, es decir a más de mil hombres, con armas y municiones. El ejército dejó Georgetown el lunes por la tarde; la milicia le siguió poco después. En el camino, ambas urgían a los rebeldes a que se rindieran, pero como estos huían, generalmente mataban a una parte de ellos. Por su parte, el gobernador hacía proclamaciones contradictorias, prometiendo implementar medidas de mejora de la esclavitud y, a la vez, castigar sin piedad a los rebeldes. El miércoles, los soldados ya habían matado o herido a 255 esclavos. Durante los días siguientes, unas unidades militares retomaron el control de las plantaciones una tras otra, conduciendo juicios expeditivos seguidos de ejecuciones ejemplarizantes delante de otros esclavizados que debían luego decapitar al muerto y poner su cabeza en una pica. Simultáneamente, en Georgetown, desde el 25 de agosto el tribunal militar había empezado a juzgar a los esclavos que estaban encarcelados. Igualmente, se ofrecieron recompensas considerables por la captura de Jack Gladstone, de su padre Quamina, y de dieciocho otros fugitivos de ambos sexos. El primero fue arrestado el 6 de septiembre, pero Quamina prefirió que lo asesinaran antes que ser capturado vivo; su cuerpo fue sin embargo expuesto durante meses, colgado de una cadena delante de la plantación donde había trabajado. Los juicios se prosiguieron hasta principios de 1824. En total, setenta y dos esclavos fueron juzgados: cincuenta y dos fueron condenados a muerte por ahorcamiento, dieciséis a penas de flagelación y otros absueltos. De hecho, de los cincuenta y dos condenados a la pena capital, treinta y tres fueron ejecutados, y luego el cuerpo o las cabezas de una decena de ellos se expusieron colgadas o ensartadas en picas. Pero los otros diecinueve fueron absueltos y deportados como esclavos, entre los cuales estaba Jack Gladstone, a quien el gobernador prefirió exiliar en Santa Lucía antes que arriesgar hacer de él un mártir. Los ahorcamientos dieron lugar a ceremonias públicas en la capital, mientras que las penas de flagelación (hasta 1 000 latigazos en varios días) se ejecutaron en las plantaciones. Por todas partes, el objetivo era aterrorizar, durante el mayor tiempo posible, a la población esclavizada[47].

Sin embargo, el gobernador y los hacendados querían también aterrorizar a los misioneros y desafiar a los abolicionistas en Londres. El juicio por un tribunal militar de John Smith sirvió justamente para ello. Duró veinte siete días y fue ampliamente mediatizado por la prensa local, que reprodujo también páginas comprometedoras del diario personal del pastor. La intención de la élite colonial de Demerara era incriminar a Smith por haber utilizado a sabiendas su misión evangelizadora y sus sermones dominicales para incitar a los esclavos a que se rebelaran contra la autoridad legal de sus amos y, por consiguiente, contra la paz del rey y de su reino. Sabiéndose condenado

[47] *Ibid.*, p. 234-245; Gelien Matthews, *Caribbean Slave Revolts and the British Abolitionist Movement*, *op. cit.*, p. 114.

de antemano, John Smith hizo de su defensa un alegato contra la esclavitud, a la que acusaba de violar la moral cristiana, denunciando los pecados de los dueños de esclavos, de los gerentes de plantación y de las autoridades coloniales. Concluyó su alegato en estos términos: "Yo, como ministro del Evangelio, en presencia de mi Dios, declaro lo más solemnemente mi inocencia". Pero como los jueces habían concebido de antemano este proceso como un proceso político por conspiración contra el sistema esclavista de Demerara, no necesitaban pruebas tangibles de la culpabilidad de Smith. La ausencia de pruebas sirvió pues para reforzar la tesis de la conspiración secreta. El 24 de noviembre de 1823, Smith fue juzgado culpable de haber hecho de su congregación una asociación clandestina que pretendía subvertir el orden social de la Guayana británica. Fue condenado a muerte por ahorcamiento —pena que, no obstante, tenía posibilidades de recibir indulto real, ya que era blanco—. El indulto acabó por llegar, pero demasiado tarde para John Smith, quien murió de agotamiento y enfermedad en su celda, a principios de febrero de 1824. Fue enterrado en secreto y la Sociedad Misionera repatrió a Jane Smith a Londres[48].

Los métodos de los jueces de Georgetown para incriminar a Smith tuvieron sin embargo consecuencias inesperadas en Londres, donde el proceso había sido ampliamente difundido y debatido, sobre todo después de la defunción de Smith. En efecto, los magistrados habían hecho desfilar a muchos testigos de la acusación, entre los cuales figuraban excepcionalmente unos esclavos que habían prestado juramento, como en Nueva York en 1741. Esto representó una fisura en el sistema esclavista, según el cual un esclavo, incluso un negro libre, no tenía el derecho a testificar contra un blanco. Luego, los jueces dejaron ver su ambigüedad frente al cristianismo, ya que ciertos episodios de la Biblia, particularmente las páginas del Antiguo Testamento dedicadas a Moisés liberando a su pueblo de la esclavitud en Egipto, sirvieron de pruebas contra Smith. Al mismo tiempo, los esclavos diáconos o instructores a los que se les había ordenado declarar cuáles secciones del Antiguo o del Nuevo Testamento les había recomendado el pastor, mostraban no sólo que eran buenos cristianos, sino también que sabían leer y a veces escribir. Eran pues seres humanos por derecho propio, "hermanos en Jesucristo", como decía Smith.

Finalmente, y sobre todo, la represión brutal de la rebelión de Demerara exacerbó las distintas opiniones en Gran Bretaña, pues los esclavizados y Smith no fueron sus únicas víctimas. En Demerara, unos blancos habían perseguido los misioneros y pastores bautistas, metodistas y hasta anglicanos de sus parroquias y habían incendiado algunas iglesias. Además, los ataques contra los predicadores y los misioneros se extendieron a otras colonias británicas, particularmente a Barbados, donde, en octubre de 1823, unos colonos

[48] Emília Viotti da Costa, *Crowns of Glory, Tears of Blood*, *op. cit.*, p. 251-274 (cita p. 270).

destruyeron la capilla de los metodistas y ahuyentaron a su pastor, provocando protestas de varias comunidades protestantes en la metrópoli[49]. Para muchos, John Smith era inocente y su calvario revelaba la corrupción fundamental de las sociedades esclavistas. Mientras que el *lobby* colonial exigía reparaciones por las destrucciones que habían cometido los rebeldes, que se les impusiera un control estricto de los misioneros y que se acabara con la política de *amelioration of slavery*, los metodistas, wesleyanos y bautistas comenzaron a denunciar el costoso apoyo de Londres al régimen de las colonias esclavistas, al cual consideraban como ilegal, anticristiano e insostenible política y económicamente. Al mismo tiempo, el calvario de los esclavos de Demerara fue utilizado por ciertos políticos que buscaban calmar las reivindicaciones crecientes de mejoramiento social y de acceso al sufragio de los obreros y campesinos en Gran Bretaña. Incluso el abolicionista Clarkson llegó a comparar la situación relativamente favorable de los proletarios británicos con la de los esclavos que podían ser vendidos, azotados o separados de sus familias. Sin embargo, estas comparaciones suscitaron, sobre todo, empatía. Los trabajadores británicos, cuyas condiciones se degradaban, vieron más bien paralelos entre los diferentes sistemas de explotación y se pusieron a considerar a los esclavizados como seres humanos iguales. En realidad, y en contradicción con la mayoría de las rebeliones serviles precedentes, la rebelión de Demerara y su cruel represión reactivaron el movimiento abolicionista en Gran Bretaña, con dos novedades: la participación masiva de las mujeres y la demanda de abolición inmediata de la esclavitud. Las publicaciones y peticiones se multiplicaron. La abolición de la esclavitud se había vuelto una demanda del pueblo británico[50].

Simultáneamente, los movimientos de protesta de los dueños de esclavos se habían multiplicado en el Caribe británico desde las tentativas londinenses de imponer medidas de mejora de la esclavitud. Ciertas asambleas coloniales se oponían a la idea de implementar reformas que perjudicasen la dominación de los plantadores. Así pues, en Antigua, estos últimos habían seguido la instrucción real de suprimir los mercados dominicales para favorecer el descanso y la evangelización de los esclavizados, pero habían omitido, a sabiendas, reemplazar el domingo por otro día de mercado. Los esclavos resistieron a lo que consideraban como un atentado contra su pequeña autonomía y su supervivencia alimentaria, y como una violación de sus derechos tradicionales —es decir, el hecho de tener una jornada tanto para cultivar y vender el superávit de sus huertas, de su ganado o artesanado, como para

[49] David Lambert, *White Creole Culture, Politics, and Identity during the Age of Abolition*, *op. cit.*, p. 140-142, 148-156.

[50] Emília Viotti da Costa, *Crowns of Glory, Tears of Blood*, *op. cit.*, p. 275-292; Robin Blackburn, *The Overthrow of Colonial Slavery*, *op. cit.*, p. 421-423, 434-436; Seymour Drescher, *Capitalism and Antislavery. British Mobilization in Comparative Perspective*, Oxford University Press, New York, 1987.

reunirse y socializar—. Mientras que en Antigua los mercados habían sido prohibidos a partir de marzo de 1831, algunos hombres, y sobre todo mujeres, se reunieron ese día en la plaza del mercado de St. John's para manifestar su rechazo a obedecer. Hubo que esperar la llegada de un regimiento para que se dispersaran, pero durante la semana siguiente los manifestantes incendiaron varias plantaciones. Después de haber declarado la ley marcial, las autoridades condenaron a un esclavo a la horca y a otros, a latigazos. Sin embargo, los actos de descontento siguieron, forzando al gobernador a proclamar que el rey no había abolido la esclavitud, y a los plantadores a autorizar informalmente que se organizaran mercados los sábados[51].

La rebelión bautista de 1831-1832 en Jamaica

Sin embargo, los rumores de abolición no terminaron ahí, y en Jamaica, en Navidad de 1831, estalló una revuelta aun más considerable que las anteriores. Según el historiador Michael Craton, esta habría movilizado a unos 60000 esclavizados, una cifra probablemente sobreestimada puesto que equivale a un quinto de todos los cautivos de Jamaica; pero incluso si se admite que fueron 20000 insurrectos (y otros tantos simpatizantes), cifra que propone el sociólogo Orlando Patterson, la rebelión de Navidad, o la guerra bautista, fue la más importante que se vivió en la isla[52]. Como en Barbados en 1816, los esclavizados rebeldes acusaban a los plantadores de ocultarles un edicto de emancipación que el Parlamento londinense habría votado. Como había sucedido en Demerara en 1823, la evangelización jugaba un rol, pero esta vez el supuesto instigador del movimiento no era un misionero blanco, sino un pastor negro y esclavizado, Samuel "Daddy" Sharpe.

En Jamaica, desde la abolición de la trata, la población esclavizada había disminuido, pasando de 350000 en 1808 a 310000 en 1834. Sin embargo, la esperanza de los abolicionistas de que los plantadores tratasen mejor a sus esclavos, ya que no podían renovarlos, no se hacía realidad, como lo mostraban las elevadas tasas de mortalidad y el decrecimiento natural de esta población[53]. Desde 1823, la Asamblea jamaiquina resistía a la mayoría de las medidas de mejora de la esclavitud que Londres había dictado, pero en diciembre de 1830 les había acordado derechos civiles a los negros y mulatos

[51] Claude Levy, "Barbados", *art. cit.*, p. 316; David Barry Gaspar, "Slavery, Amelioration, and Sunday Markets in Antigua, 1823-1831", *Slavery & Abolition*, vol. 9, n° 1, 1988, p. 1-28.

[52] Orlando Patterson, *The Sociology of Slavery*, *op. cit.*, p. 273; Michael Craton, *Testing the Chains*, *op. cit.*, p. 291.

[53] Barry W. Higman, *Slave Populations of the British Caribbean*, *op. cit.*, p. 72-77, 303; Vincent Brown, *The Reaper's Garden*, *op. cit.*, p. 223. Entre 1820 y 1832, las tasas de mortalidad anuales promedio de los esclavizados de Jamaica oscilaban entre -2,1 por mil y -4,8 por mil (Barry W. Higman, *Slave Populations of the British Caribbean*, *op. cit.*, p. 308).

libres y, a comienzos de 1831, había terminado por conceder algunas reformas a favor de los esclavizados, ante la amenaza del gobierno británico de reducir la autonomía de la isla[54]. Estos insignificantes progresos habían sido arrancados a unos dueños de plantación cada vez más enfadados porque en abril de 1831 la Cámara de los Comunes en Londres había iniciado una campaña a favor de la abolición inmediata de la esclavitud. El Parlamento británico juzgó prudente enviar, en junio, una circular a todas las colonias precisando que ninguna emancipación había sido decretada y ordenándoles a los esclavos que se calmaran; pero el gobernador de Jamaica no la publicó, y la ira de los esclavistas siguió aumentando. Estos últimos estaban convencidos de que el Parlamento estaba a punto de votar una ley de emancipación inmediata y multiplicaron las protestas públicas. Según ellos, esta abolición inminente llevaría a la ruina de la colonia, la violación de las mujeres blancas y la masacre de los blancos: este escenario representaba el acervo de fantasmas que perseguían a los esclavistas desde el siglo XVI y que se habían vuelto más reales tras la Revolución haitiana. Algunos dueños de plantación propusieron reaccionar antes de la catástrofe, tomar las armas y hacer secesión del Imperio británico, solicitando el apoyo de los esclavistas en el sur de Estados Unidos. Otros aseguraban que había que acabar con toda ambición de libertad de los esclavizados de inmediato, por ejemplo, matando a los esclavos hombres de manera preventiva, y conservando a las mujeres y a los niños. Un amo le habría incluso dicho a uno de sus esclavos "que la libertad vendría de Inglaterra, pero que él dispararía para matar a cada maldito sinvergüenza negro antes de que pudiese obtenerla"[55].

Diversas declaraciones de este estilo resonaban tanto durante de los debates de la Asamblea jamaiquina, como en el trascurso de las reuniones y cenas de los blancos: luego la prensa local las repetía, dando un crédito formidable a los rumores de emancipación que circulaban entre los esclavizados. Estos últimos ya llevaban quince años alentados por las noticias sobre el abolicionismo británico, que les llegaban indirectamente y deformadas, a través de las protestas virulentas de los esclavistas. En 1815, 1816, 1823 y 1824, las autoridades de Jamaica habían creído descubrir complots serviles para matar a los blancos y fundar un reino negro, y los habían reprimido ejecutando, deportando o flagelando a los presuntos conspiradores. A propósito, el impulso detrás de las medidas de mejoramiento de la esclavitud promovidas por Londres era la evangelización y la "civilización" de los esclavos. Varias sociedades misioneras inglesas y escocesas —en particular los moravos, los presbiterianos, los metodistas y los bautistas— eran activas en Jamaica a pesar de la desconfianza o la oposición de los plantadores, y sus capillas servían de lugares de reunión a los esclavizados. Los bautistas se

[54] Michael Craton, *Testing the Chains*, *op. cit.*, p. 294.
[55] *Ibid.*, p. 295; Mary Turner, *Slaves and Missionaries*, *op. cit.*, p. 150-151.

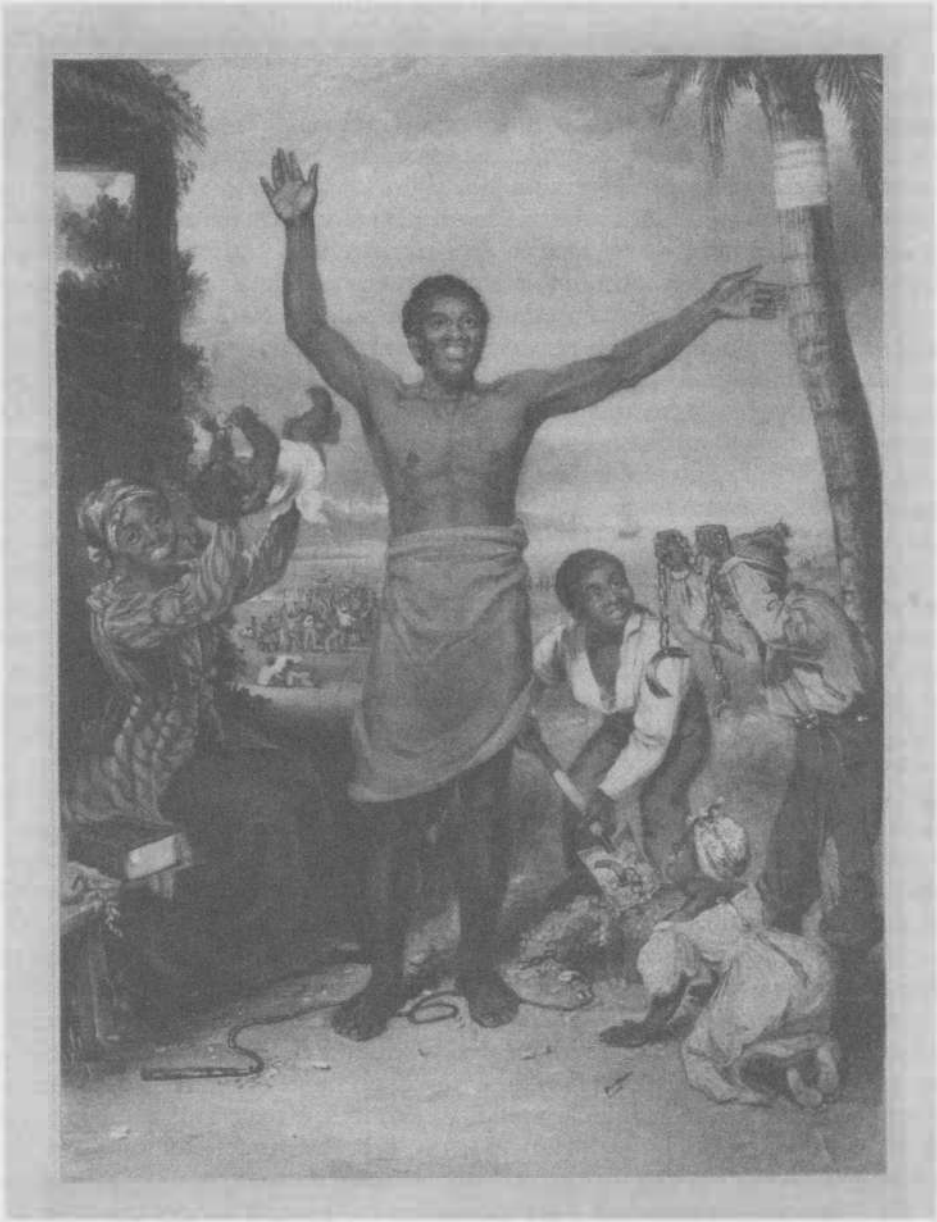
distinguían de los otros misioneros por no enfatizar las Escrituras y la buena conducta, sino la experiencia personal del Espíritu Santo, y por considerar el bautismo como un verdadero renacimiento. Se establecieron sobre todo en las parroquias menos desarrolladas del oeste de la isla y se dedicaban, sobre todo, a formar a diáconos entre los esclavizados y los libres de color para que difundieran el cristianismo en las regiones las más rurales. Los misioneros bautistas encontraron además aliados en los bautistas negros, cuya afiliación religiosa databa de finales del siglo XIX, cuando George Leile, un liberto de Georgia, se había refugiado en Kingston para evitar ser esclavizado de nuevo después de la derrota de Gran Bretaña y la independencia de Estados Unidos, y había fundado allí la primera capilla. Los evangelizadores británicos integraron también en sus misiones a los Native Baptists jamaiquinos, que practicaban una versión sincrética del baptismo, ampliando las manifestaciones de la espiritualidad divina hacia la de los antepasados, ofreciendo así un puente hacia las creencias africanas. Para los Native Baptists, la conversión y el bautismo no sólo eran una liberación espiritual, sino también una garantía de igualdad para todos, después de la muerte, bien fueran esclavizados, contramaestres o dueños de esclavos[56].

A partir de mayo de 1831, frente a la movilización sin precedente de los plantadores contra el abolicionismo, unos esclavizados creyeron que el Parlamento británico, o el rey, había efectivamente decretado la emancipación general. Varios dichos confirmaban sus esperanzas: por ejemplo, en referencia a la recién extensión de los derechos civiles a los afrodescendientes libres, se decía "pardo ya libre, negro pronto libre"[57]. Según algunos misioneros, "grandes efusiones del Espíritu" estaban atravesando todo el oeste de Jamaica, y los esclavizados se apeñuscaban en las capillas para celebrar su cercana libertad. Este fervor era particularmente evidente entre los Native Baptists de la parroquia de St. James, dirigida por Thomas Burchell, un bautista inglés instalado en Montego Bay desde 1824. En siete años, Burchell había conseguido fundar varias capillas en la parroquia de Hanover, las cuales había confiado a diáconos, quienes a menudo eran a su vez esclavos letrados y Native Baptists. Y en 1831, estos últimos difundieron su propia versión de su liberación, que recordaba a la de los insurrectos de Barbados quince años antes: se imaginaban que llegaría bajo la forma de un documento que decretaba la emancipación general, que Burchell, que se había ido a Gran Bretaña en mayo de 1831, traería en barco en Navidad; pero, añadían, los hacendados harían todo para oponerse a ella, y entonces los esclavos tendrían que movilizarse para obtener su emancipación. Progresivamente, algunos diáconos negros y esclavos de élite organizaron una red de activistas que vinculaba

[56] *Ibid.*, p. 10-30, 47-59; Vincent Brown, *The Reaper's Garden*, *op. cit.*, p. 223-230. Sobre George Leile, ver el capítulo 5.

[57] Michael Craton, *Testing the Chains*, *op. cit.*, p. 294-295.

ILUSTRACIÓN X.4. *A los amigos de la emancipación de los negros*



Grabado de David Lucas a partir de una pintura de Alexander Rippingille, 1834. © Victoria and Albert Museum, Londres.
http://collections.vam.ac.uk/item/O1390257/to-the-friends-of-negro-print-lucas-david/

a las plantaciones del interior de la Jamaica occidental, con las parroquias de Hanover y St. James, y que se extendía al norte de St. Elizabeth y al nordeste de Westmoreland (lugar de la primera rebelión de 1760). El organizador principal era Samuel "Daddy" Sharpe, primer diácono de la capilla de Burchell y también un esclavo doméstico letrado, quien vivía en Montego Bay y gozaba de una movilidad excepcional, ya que podía circular libremente hasta los confines de la parroquia de St. James. Predicador apasionado y cautivante, y cercano a los Native Baptists, bien informado sobre el abolicionismo británico y asiduo lector de la Biblia, según varias deposiciones, Sharpe había retenido de sus lecturas que "los blancos no tenían más derecho de mantener a los negros en la esclavitud que los negros de hacer de los blancos sus esclavos". También predicaba que "el hombre no puede servir a dos amos", una frase que sus fieles repetían con frecuencia, y que sobreentendía que un esclavo no podía a la vez obedecer a Dios y a su dueño. Los compañeros con los cuales Sharpe se preparaba para la llegada de la emancipación eran todos hombres esclavizados, capataces o artesanos, y miembros de una capilla bautista, wesleyana o morava, y muchas veces también Native Baptists o miembros de alguna otra secta sincrética. Juntos, representaban unas cien plantaciones y, a partir de octubre de 1831, empezaron a discutir sobre distintas estrategias en vista de su presunta emancipación. Poco antes de Navidad, los líderes habían establecido un plan al cual se habían comprometido jurando sobre la Biblia. Según ellos, serían emancipados en Navidad: si sus amos aceptaban entonces pagarles un salario, trabajarían como antes; de lo contrario, la orden era sentarse hasta obtener la libertad y sólo responder en caso de ser atacados. Pero, puesto que también preveían la oposición violenta de los esclavistas, los organizadores habían pensado en defenderse por medio de un "regimiento negro", que conformarían 150 hombres liderados por unos esclavizados de una plantación del interior[58].

Simultáneamente, los plantadores jamaiquinos mostraban su rechazo a las reformas que pedía la metrópoli. En noviembre, la Asamblea colonial se negó a debatir sobre la interdicción de flagelar a las mujeres esclavizadas, que Londres había requerido desde 1823. Luego, el gobernador de Jamaica anunció que, aunque el 25 de diciembre de 1831 fuera un domingo, y por ende un día feriado, los esclavos no dispondrían de un día de permiso además de los tres días habitualmente concedidos para esta fiesta y tendrían que retomar el trabajo a la madrugada del 28. Finalmente, una semana antes de Navidad, un incidente grave estalló en una plantación cerca de Montego Bay, cuando unos esclavos desarmaron a dos agentes que habían ido a forzar a un esclavo capataz a flagelar a su propia mujer (que ya había sido azotada por el gerente) y huyeron. El gobernador de Jamaica, al enterarse de esta perturbación de la

[58] Mary Turner, *Slaves and Missionaries*, *op. cit.*, p. 151-155; Michael Craton, *Testing the Chains*, *op. cit.*, p. 297-301.

paz, publicó por fin la circular real de junio desmintiendo que el Parlamento hubiera votado la abolición inmediata de la esclavitud. Luego despachó allí mismo tropas suplementarias y ordenó a las milicias estar alertas. Fue sin duda la publicación de la circular, junto con el hecho de que el pastor Burchell todavía no había vuelto de Inglaterra con el supuesto decreto de emancipación, lo que incitó a los líderes a reunirse después del culto de Navidad (que predicó el sustituto de Burchell) y a decidir empezar su movimiento de protesta[59].

La rebelión de los esclavizados del oeste jamaiquino comenzó en la tarde del 27 de diciembre, en vísperas de la polémica reanudación del trabajo. Unos esclavos provocaron incendios en varias plantaciones situadas en colinas para señalar el comienzo de su movimiento. Pero el día siguiente, mientras que muchos blancos huían hacia las ciudades, los insurrectos mostraban poca cohesión: en ciertas plantaciones, los esclavizados cumplían con la orden de llevar a cabo una huelga no violenta; en otras, vaciaban los almacenes y tomaban todo lo que pudiera servirles de arma. La milicia fue la primera en reaccionar: en las plantaciones cercanas del puerto de Falmouth, esta controló rápidamente a los insurrectos y detuvo a varias decenas de hombres, mujeres y niños; en la provincia de St. James, al contrario, el "regimiento negro" de los rebeldes logró expulsar a la milicia y patrocinar la organización de dos nuevas patrullas de esclavos rebeldes. El 3 de enero de 1832, miles de esclavos insurrectos controlaban toda la región central en el sur de Montego Bay (es decir, entre un sexto y un décimo del territorio de la isla) frente a unas milicias incapaces de impedir que saquearan y destruyeran las plantaciones. Según un misionero, los rebeldes pasaban de una plantación a otra y movilizaban a los esclavizados clamando: "Ya hemos trabajado suficiente... La vida que vivimos es... una vida de perros. No seremos más esclavos; no cavaremos más; no soportaremos más el látigo. ¡Somos libres ahora, somos libres ahora, nunca más esclavos!"[60].Pero, mientras tanto, el gobernador proclamó la ley marcial y, lentamente, el ejército, apoyado por destacamentos de *maroons*, comenzó a cercar a los rebeldes. Cuatro semanas después del comienzo de la rebelión, las tropas y las milicias habían acabado con los últimos insurrectos, y la ley marcial se levantó el 7 de febrero, aunque las escaramuzas se prolongaron un mes más. En total, los esclavos destruyeron parcial o totalmente unas 230 plantaciones y mataron a catorce blancos. La represión fue desproporcionada: varios cientos de esclavos fueron matados durante los combates o fuera de cualquier procedimiento judicial. En total, 626 o 627 personas fueron detenidas y juzgadas, la mayoría por los tribunales militares entre el 3 de enero y el 7 de febrero, y otras, por las cortes civiles que se reunieron después del 7 de febrero. La historiadora Mary Turner contabiliza un

[59] Mary Turner, *Slaves and Missionaries*, *op. cit.*, p. 150, 156.
[60] *Ibid.*, p. 156-160 (cita p. 160); Michael Craton, *Testing the Chains*, *op. cit.*, p. 302-312.

total de 312 ejecuciones "legales", y Michael Craton, 344. Según ambos, la mayoría de las ejecuciones se efectuó bajo la ley marcial y por ahorcamiento, y los dos tercios de ellas se hicieron en las parroquias más afectadas de St. James y Hanover. En Montego Bay, donde tuvo lugar el mayor número de procesos, las ejecuciones se sucedieron unas a otras, con tres o cuatro hombres ahorcados juntos en la misma horca y cuyos cuerpos quedaban expuestos algunos días antes de ser arrojados en una fosa común para hacerles campo a otras ejecuciones. Como el objetivo no era sólo reprimir sino también aterrorizar, muchos condenados a muerte fueron transportados, con una cuerda atada al cuello, hasta sus respectivas plantaciones para ser ejecutados allí, delante de sus compañeros. Las cabezas decapitadas de numerosos ahorcados, colocadas sobre pértigas, fueron expuestas en las plazas, a lo largo de los caminos y delante de las plantaciones. De los 626 o 627 hombres y mujeres acusados que no fueron ejecutados, casi todos fueron condenados a penas de entre cincuenta y 500 latigazos y/o a la penitenciaría; diez fueron deportados y veinticinco absueltos[61]. Durante su proceso, Samuel Sharpe denunció la esclavitud como contraria a la Biblia; fue juzgado y ejecutado en 1832. Según un testigo, su última frase habría sido: "Prefiero morir en una horca que vivir en esclavitud". Algunos misioneros blancos —incluyendo a Burchell, quien había vuelto en enero de 1832— fueron encarcelados, juzgados y, al final, absueltos, pero los blancos de Jamaica los hostigaron, los expulsaron y quemaron sus capillas[62].

La libertad gracias a la dinámica de las revueltas serviles y del movimiento abolicionista

Las tres revueltas serviles que sacudieron a las colonias británicas entre 1816 y 1831 comenzaron con rumores de emancipación o de mejora de las condiciones de vida de los esclavizados. Las tres demostraron que al menos una parte de los esclavos consideraba su situación como inaceptable, inhumana, injusta e indignante. Estallaron mientras que, en Gran Bretaña, muchos ingleses y escoceses empezaban a considerar la esclavitud como inmoral. En efecto, allí, el abolicionismo había pasado por una notable evolución. La lucha contra la trata negrera transatlántica, empezada en la década de 1780 y suspendida durante la insurrección de Saint-Domingue, se reanudó posteriormente con un argumento suplementario de que esta última había sido iniciada por cautivos traídos de África, y se ganó a finales de 1807. Luego

[61] Mary Turner, *Slaves and Missionaries*, *op. cit.*, p. 160-162, 176 (nota 45); Michael Craton, *Testing the Chains*, *op. cit.*, p. 314-315.

[62] *Ibid.*, p. 291-321; Thomas C. Holt, *The Problem of Freedom*, *op. cit*, p. 13-21; Vincent Brown, *The Reaper's Garden*, *op. cit.*, p. 232-234. Cita de Samuel Sharpe en Michael Craton, *Testing the Chains*, *op. cit.*, p. 321.

vino una fase de espera que duró hasta la conclusión de las guerras napoleónicas, durante la cual los abolicionistas creyeron que la abolición de la trata provocaría automáticamente "la mejora" de la esclavitud, ya que los plantadores deberían entonces cuidar a sus esclavos para asegurar la conservación de su mano de obra cautiva. Pero, en 1815, ante la persistencia de la crueldad y la negligencia de los dueños, los abolicionistas exigieron medidas concretas e intervención por parte del gobierno británico para evangelizar y mejorar las condiciones de vida de los esclavos, provocando la oposición de los colonos esclavistas. Fue entonces, en Barbados en 1816, que esclavizados mostraron, por medio de la rebelión, que eran no sólo víctimas, sino también actores de su propio destino y que no querían nada menos que la libertad inmediata. Los abolicionistas rechazaron la acusación según la cual lo que fomentaba las rebeliones serviles era la propaganda antiesclavista. Como lo explica la historiadora Gelien Matthews, a partir de 1816 los activistas británicos no pudieron considerar más a los esclavos como simples beneficiarios de sus acciones y tuvieron que tomar en cuenta la posibilidad de que se rebelaran. En efecto, la rebelión en Barbados forzó a los abolicionistas y a una parte de los parlamentarios a exigir del gobierno en Londres medidas concretas de mejoramiento y, después de la fundación de British Anti-Slavery Society en 1823, la abolición gradual de la esclavitud sin esperar más la cooperación voluntaria de los colonos. Luego, también en 1823, la rebelión de los esclavos en Demerara, con su exigencia de libertad inmediata, demostró las contradicciones obvias entre cristianismo y esclavismo, mientras que los plantadores denunciaban la actuación desestabilizante de los misioneros. Los abolicionistas contraatacaron, imputándoles toda la responsabilidad de la rebelión a los amos inhumanos y a la institución de la esclavitud como tal. Para ello, pudieron apoyarse en los hechos y demostrar que, en la mayoría de los casos, los esclavos rebeldes no procuraban matar a los blancos y destruir todo para establecer un reino negro, sino que, al contrario, no atacaban directamente a sus amos. Por cierto, las rebeliones serviles provocaban la destrucción de propiedades, pero los contados muertos blancos que estas causaban eran accidentales. No eran manifestaciones del supuesto salvajismo de los esclavizados, sino protestas contra las condiciones infrahumanas de la esclavitud[63].

En cambio, la represión por medio de masacres y ejecuciones de cientos de esclavizados rebeldes, por parte de las fuerzas coloniales, eran crueles y desmesuradas, y se convirtieron en la prueba tangible que podían presentar los abolicionistas para exponer el carácter inhumano de la esclavitud y sus partidarios. El hecho de que algunos blancos, en particular predicadores tales como John Smith en Demerara, también hubieran sido víctimas de exacciones o condenas a muerte por parte de los esclavistas les ayudó a prestar

[63] Gelien Matthews, *Caribbean Slave Revolts and the British Abolitionist Movement*, *op. cit.*, p. 180-183.

mayor atención que antes a la suerte de los esclavizados rebeldes. En cada ocurrencia, los activistas británicos validaban las rebeliones de los esclavizados, tal vez menos porque estas demostraban su capacidad de participar activamente en la lucha contra la esclavitud, sino porque los sufrimientos que las fuerzas del orden les infligían durante la subsiguiente represión revelaban la magnitud de la decadencia de la sociedad colonial esclavista. Finalmente, los abolicionistas presentaron la reiteración de las rebeliones serviles como una prueba de la necesidad de una mayor intervención de Londres en un sistema colonial esclavista que inevitablemente producía insurrecciones. En 1830, renunciaron al reformismo para reclamar la abolición total e inmediata. Casi como un eco de ello, en diciembre de 1831, la rebelión de Jamaica confirmó su convicción reciente de que la esclavitud debía ser inmediata y completamente abolida. Su argumento de allí en adelante fue que la esclavitud no sólo era contraria a la religión, contraria a la moral y contraria a la humanidad, sino que era la fuente misma de la rebelión[64].

Mientras que, para los plantadores, lo que desestabilizaba la esclavitud era la evangelización mal entendida, para un número creciente de abolicionistas, entre ellos miles de mujeres, era precisamente la esclavitud lo que contenía la semilla de su propia destrucción. El Parlamento británico fue de nuevo asaltado por peticiones contra la esclavitud y, en las clases populares, las demandas de abolición inmediata solían yuxtaponerse a las demandas de reforma social y democratización del sufragio en el Reino Unido. En cuanto a los plantadores esclavistas, intentaron mostrar su contribución esencial a la economía del Imperio británico —aunque esta hubiera declinado a medida que el imperio se extendía en Asia y conquistaba nuevos mercados en América Latina—. Finalmente, en 1833, el Parlamento aprobó la emancipación gradual, a partir de agosto de 1834, de todos los 670 000 esclavizados de sus colonias americanas, y una compensación para sus propietarios: este era el *Mighty Experiment* (poderoso o gran experimento). Concretamente, los dueños de esclavos recibirían, como compensación, un total de veinte millones de libras, al cual se añadía el derecho al trabajo de sus esclavizados —rebautizados "aprendices"— durante seis años más, tras los cuales estos últimos serían libres por fin. A los libertos, por su parte, no se les compensaba en lo más mínimo por el trabajo no remunerado que habían suministrado desde la infancia: ni dinero, ni un pedazo de tierra, pero sí una vaga esperanza de educación para sus hijos. Aunque los exesclavos apoyaron las escuelas de misiones disponibles, a partir de 1835 tuvieron que enfrentar el futuro sin otro recurso que lo que les quedaba de fuerza de trabajo.

Recibido sin entusiasmo por los esclavizados, el aprendizaje resultó muy similar a la esclavitud. Además, algunos de sus instrumentos, como el castigo del *treadmill*, un enorme rodillo que movían decenas de "aprendices" bajo

[64] *Ibid.*, p. 4-17.

el látigo, reproducían todos los abusos de la esclavitud. Las huelgas se multiplicaron y el descontento se incrementó. Temiendo una nueva revuelta de envergadura y una mayor intervención del Parlamento de Londres, la mayoría de las asambleas de las colonias renunciaron al aprendizaje en 1838, acabando con la esclavitud en la América británica. Es cierto que los dueños de plantación elaboraron nuevas formas de subordinación de los antiguos esclavizados para atarlos a ellos y a sus hijos a las plantaciones, obligándolos a seguir luchando por una libertad plena[65]. No obstante, de allí en adelante, estos hombres, mujeres y niños eran libres.

[65] Thomas C. Holt, *The Problem of Freedom*, *op. cit.*, p. 55-112; Robin Blackburn, *The Overthrow of Colonial Slavery*, *op. cit.*, p. 421-457; David Lambert, *White Creole Culture, Politics, and Identity during the Age of Abolition*, *op. cit.*, p. 204-206.

EPÍLOGO (1838-1888)

Cuando decidí embarcarme en este estudio diacrónico sobre la liberación de los esclavizados por sí mismos en las Américas y el Caribe, sólo tenía una certeza, fundada en la historiografía estadounidense, latinoamericana, angloantillana y europea desde la década de 1980: que no sólo muchos esclavizados habían decidido liberarse, sino que una parte lo había logrado, hasta el punto de llegar a transformar las sociedades americanas en las que vivían. Producto de extensas investigaciones en archivos locales, provinciales y nacionales, de ambos lados del Atlántico, las publicaciones de las cuales se alimentó mi inventario crítico se habían enfocado en los esclavizados como actores históricos. La perspectiva "desde abajo" que esto implicaba, por definición, subrayó el rol pionero y continuo de los esclavizados en un largo proceso de lucha contra la esclavitud en el continente americano y en las islas del Caribe, y ello desde el comienzo del siglo XVI hasta, e incluyendo, la era de las revoluciones. Al inscribir las luchas de los esclavizados en el mapa y organizándolas cronológicamente a lo largo de más de tres siglos, pude establecer una tipología y compararlas en el tiempo y el espacio.

De esto salieron muchas sorpresas, que retoma este epílogo. En particular, sobresale claramente que, en la primera mitad del siglo XVIII, otra América se había construido discretamente mientras que la plantación azucarera esclavista parecía dominar: una América de vastas regiones fronterizas y de *hinterland*, habitada por esclavos prófugos que se habían integrado progresivamente en la población libre; también una América de ciudades, donde una gran parte de los habitantes estaba compuesta de libertos y sus descendientes "libres de color". Todos estos hombres y mujeres se habían pues liberado de la esclavitud, solos o en grupo. Otro descubrimiento de este estudio comparativo con una perspectiva de largo plazo es que los esclavizados no se rebelaron masivamente sino de manera excepcional, cuando varias condiciones igualmente excepcionales convergían. Lejos de cuestionar la capacidad de los esclavos para actuar con el fin de moldear sus destinos, este descubrimiento muestra, al contrario, que conocían bien el ambiente en el que vivían, y buscaban el momento en que aparecerían fisuras en el sistema de dominación, para aprovecharse de ellas, en vez de improvisar una rebelión de la cual generalmente no había otra salida que una muerte cruel.

Esto explica que, durante todo el periodo, los esclavizados africanos y afrodescendientes que querían liberarse hayan priorizado la fuga, el cimarronaje y la compra de la libertad. Sin embargo, después de la guerra de los Siete Años, se multiplicaron las grietas en el sistema de dominación colonial,

y algunos esclavizados se esforzaron en ahondarlas. La revuelta, en particular, se convirtió en una opción en un contexto de revolución; otra opción eran los momentos en que se debilitaba la posición de los hacendados; o cuando emergía una corriente abolicionista inclinada a apoyar las demandas de libertad de los esclavizados. Así, al participar de manera diversa pero autónoma en los movimientos que trastocaron las Américas a través de los siglos, los esclavos fueron también agentes de la historia general de ese continente.

Mi análisis se termina en el año de 1838, pues este fue un año decisivo en la historia de la esclavitud americana. En 1838, bajo la presión de las poblaciones esclavizadas, todas las colonias británicas en las Américas —las islas del Caribe, entre ellas Jamaica, Antigua, Barbados y Trinidad, así como la Guyana, Belice y Canadá en el continente— acabaron con la abolición gradual que había votado el parlamento británico en 1833 y decretaron la emancipación inmediata de los 670000 hombres, mujeres y niños esclavizados en la integralidad de sus territorios (ver capítulo 10). Anteriormente, el año de 1804, cuando la Revolución haitiana demostró que las víctimas de la esclavitud podían vencer ese sistema de opresión, había sido decisivo. Pero esta reveló también cuáles eran las singulares condiciones que se necesitaban para una tal victoria. Además, Haití siguió siendo una nación pobre y frágil, amenazada por una invasión francesa hasta 1825 y, por consiguiente, incapaz de desafiar la esclavitud en otras partes, excepto en el caso de su vecina, Santo Domingo. Al contrario, en 1838, el Reino Unido era el imperio más poderoso del mundo, y disponía de una Marina real invencible. El año siguiente, la British Anti-Slavery Society se convirtió en la British and Foreign Anti-Slavery Society, y su objetivo era promover la creación de sociedades abolicionistas en Europa y las Américas. La Marina real multiplicó sus esfuerzos por impedir la trata negrera transatlántica y los cónsules británicos presionaban a los gobiernos para que suprimieran la esclavitud progresivamente. Así, la posición antiesclavista de la principal potencia mundial, el Reino Unido, aumentó dramáticamente las perspectivas de liberación de millones de hombres, mujeres y niños que seguían esclavizados en las Américas.

Sin embargo, en 1838, la esclavitud seguía estando sólidamente implantada en las colonias de Francia y de los Países Bajos, así como en el sur de Estados Unidos, en Puerto Rico, Cuba y Brasil; y seguía siendo legal, pero más marginal, en la mayoría de las repúblicas suramericanas. En realidad, harían falta otros cincuenta años para que la última nación americana aboliera la esclavitud —Brasil en 1888—. Este medio siglo demuestra la importancia de la esclavitud como sistema de trabajo y el gran valor, en términos de capital, que representaban los esclavizados para sus propietarios. Muestra también cuán ilusorio y suicida habría sido, por parte de la población esclavizada, intentar derribar la esclavitud sola, sin ayuda externa y en ausencia de

un movimiento abolicionista popular[1]. En 1838, los esclavizados representaban la mayoría de la población sólo en las colonias francesas, neerlandesas y danesas y en Carolina del Sur. En todas partes, la ley les prohibía a los esclavos organizarse y disponer de los medios imprescindibles, como de fondos, de lugares de reunión, de infraestructuras, y aún menos de armas, que les pudiera servir para atacar el sistema que les oprimía. Y, sin embargo, la abolición de la esclavitud fue, casi en todas partes, el resultado parlamentario de un proceso violento —una guerra civil, una revolución en Europa o la amenaza de un conflicto interregional— en el cual participaron activamente muchísimos esclavizados. La abolición, en todos los casos, la decretó el poder ejecutivo y/o legislativo, en el cual los esclavos (y las mujeres) no tenían ninguna representación, mientras que los propietarios de esclavos siempre formaban un *lobby* poderoso. Frente a una relación de fuerza tan desigual, los hombres y las mujeres esclavizados hicieron lo que sus predecesores habían hecho desde el siglo XVI: adaptaron las estrategias de liberación que se examinaron en este libro a nuevos contextos. Algunos huyeron hacia las tierras del interior o hacia territorios donde la esclavitud era ilegal; otros se esforzaron por comprar su libertad o la de sus parientes trabajando más de lo que su amo o ama les exigía; muchos hombres se enlistaron en el ejército a cambio de una promesa de emancipación; y, en algunos pocos casos, grupos de esclavizados se rebelaron u organizaron una insurrección mayor. Pero, como antes, cuando aparecían grietas en los sistemas de dominación, particularmente durante guerras civiles o guerras por la independencia, muchos esclavizados arriesgaron —y a menudo perdieron— la vida, uniéndose y luchando por un bando que les prometía o que les permitía divisar una posibilidad de manumisión personal o de emancipación general.

La emancipación general en las colonias británicas en 1838, que liberó de un solo golpe a 670 000 personas, tuvo un impacto inmediato en el mundo atlántico. Muchos esclavizados comprendieron rápidamente su significado y, en los años siguientes, miles se escaparon de Estados Unidos y de las islas francesas, neerlandesas y españolas para refugiarse y obtener la libertad en el Caribe británico y en Canadá[2]. Sin embargo, después de 1838, las otras naciones no se apresuraron en seguir el camino que había tomado el Reino Unido al acabar con la esclavitud. Las primeras potencias coloniales que lo

[1] Ver los estudios comparativos de Stanley L. Engerman, *Slavery, Emancipation & Freedom: Comparative Perspectives*, Louisiana State University Press, Baton Rouge, 2007; Seymour Drescher y Pieter C. Emmer (eds.), *Who Abolished Slavery? Slave Revolts and Abolitionism: A Debate with João Pedro Marques*, Berghahn Books, New York, 2010; Frédérique Beauvois, *Indemniser les planteurs pour abolir l'esclavage?*, *op. cit.*, p. 299 para ver un cuadro comparativo de las aboliciones y de los tipos de indemnización.

[2] Lawrence C. Jennings, *La France et l'abolition de l'esclavage*, *op.cit.*, p. 123; R. J. M. Blackett, *Making Freedom. The Underground Railroad and the Politics of Slavery*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 2013, p. 20-31.

hicieron fueron, en orden cronológico, Suecia, Dinamarca y Francia, quince años después de que el Parlamento británico votara la ley de abolición en 1833[3]. En Francia, el abolicionismo se inspiró en el movimiento británico, comenzando con la creación de la elitista Société Française pour l'Abolition de l'Esclavage en 1834, a favor de una abolición gradual. En 1845, la Monarquía de Julio promulgó su propia versión de las leyes británicas de mejora de la esclavitud, llamada la ley Mackau, la cual suscitó, como en las colonias británicas, la resistencia de los hacendados y produjo pocos cambios en la vida cotidiana de los esclavizados. Sin embargo, muchos cautivos se aprovecharon de ciertas disposiciones de la ley Mackau: el reconocimiento de la capacidad legal de los esclavos y de su derecho a la propiedad, el derecho a comprar su libertad, y la imposición de límites a los abusos de sus dueños, como lo muestra el aumento de las automanumisiones y los primeros juicios por maltrato, emprendidos por esclavizados contra sus propietarios. Por consiguiente, en Guadalupe, Martinica y Guayana, un total de 36 500 esclavos obtuvo su manumisión entre 1830 y 1848 y, en vísperas de la emancipación general en 1848, entre el 26% y el 34% de la población afrodescendiente era libre (mientras que entre el 74% y el 66% estaba esclavizado). Aun así, los intereses de los dueños de plantación esclavistas no se vieron amenazados antes de la caída de la Monarquía de Julio en febrero de 1848.

La Segunda República (1848-1852) proporcionó el contexto revolucionario necesario para tomar la decisión de acabar con la esclavitud. El subsecretario de Estado, Victor Schœlcher, jugó un papel motor en la preparación del decreto francés de emancipación general (que incluía una compensación a los propietarios de esclavos) adoptado por el gobierno provisional el 27 de abril de 1848, y que entraría en vigor dos meses más tarde. Evidentemente, a los esclavos no se les consultó, pero en Martinica, por ejemplo, esperaban impacientemente su liberación desde que, en marzo, les había llegado la noticia, a través de unos marineros y viajeros, de que se había formado una comisión de abolición presidida por Schœlcher. Unos esclavizados martiniqueses organizaron manifestaciones en varias parroquias y, el 20 de mayo de 1848, muchos se reunieron en Saint-Pierre para exigir la libertad inmediata. Los desórdenes se multiplicaron y, el 23 de mayo, cientos de esclavos confluyeron en la ciudad, lo que dejó un saldo de treinta y cinco muertos y algunos daños. La presión de los esclavizados fue tal, que ese mismo 23 de mayo el gobernador declaró la liberación de todos los esclavos de Martinica, por temor a una insurrección general. Advertido del peligro de una rebelión servil, el gobernador de Guadalupe hizo lo mismo el 27 de mayo. Así, los martiniqueses y

[3] Sobre el papel de los esclavizados en la abolición de la esclavitud en las colonias suecas, en 1847, y danesas, en 1848, ver Ernst Ekman, "Sweden, the Slave Trade and Slavery, 1784-1847", *Revue Française d'Histoire d'Outre-Mer* 62 (1975), p. 221-231; Neville A. T. Hall, *Slave Society in the Danish West Indies: St. Thomas, St. John, and St. Croix*, editado por B. W. Higman, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1992, p. 191-226.

los guadalupeños llegaron a obtener su emancipación inmediata antes de que el decreto oficial de abolición de Francia alcanzara ambas islas. En cuanto a los esclavizados de la Guayana francesa, estos recibieron su emancipación después del 10 de agosto, como estaba previsto por la ley. A finales de 1848, los 244000 esclavos franceses (de los cuales 62000 vivían en la isla de la Reunión) eran libres y sus amos fueron indemnizados por una ley de 1849. Como en otras partes, los "nuevos libres" no recibieron ninguna indemnización, aunque la breve Segunda República estipulara que sus hijos gozarían de la educación pública y, los hombres, del sufragio universal[4].

En 1838, en las repúblicas sudamericanas (excepto Chile, que había abolido la esclavitud en 1823), el número de esclavos había disminuido a la mitad desde la independencia y, en lo sucesivo, estos no representaban más del 2% al 3% de la población total. Muchas mujeres esclavizadas trabajaban como empleadas domésticas en hogares urbanos. Otros, hombres y mujeres, trabajaban en las plantaciones y minas, generalmente situadas lejos de los centros urbanos. Esta reducida población esclavizada, dispersada en un gran territorio o en casas particulares, tenía pocas posibilidades de luchar eficaz y visiblemente por su emancipación colectiva, ya que además el abolicionismo en la región era incipiente o inexistente. De hecho, al principio de la década de 1840, cuando los primeros niños que habían nacido bajo las leyes del "vientre libre" alcanzaron la edad legal para ser realmente emancipados, varios gobiernos prolongaron esta edad y volvieron a autorizar la importación de esclavos. En general, la abolición de la esclavitud fue declarada en el contexto de las guerras civiles entre liberales y conservadores (o federalistas y centralistas) que estallaron en casi todas las repúblicas suramericanas entre finales de la década de 1830 y mediados del siglo. Como durante las guerras de independencia, estos conflictos les ofrecieron a los hombres esclavizados la posibilidad de obtener la libertad si se alistaban en uno de los ejércitos beligerantes, con o sin el acuerdo de su amo. En más de un país, el llamado a las armas a los esclavos dio lugar a la abolición. Generalmente, uno de los dos bandos en conflicto expedía un decreto que les prometía la libertad a los hombres esclavizados (y a sus familias) para que se enlistaran en sus tropas, lo que llevaba al bando adversario a responder con una proclamación más general que emancipaba a todos los esclavos de la república. A partir de este momento, los beligerantes no podían volverse atrás, porque las poblaciones esclavizadas de las plantaciones y de las minas aprovechaban los disturbios relacionados con la guerra civil, para frenar o detener la producción, organizar motines y/o huir solos o en pequeños grupos, agravando así los desórdenes

[4] Lawrence C. Jennings, *La France et l'abolition de l'esclavage*, *op. cit.*, p. 123, 210-228, 278-284; Frédéric Régent, *La France et ses esclaves*, *op. cit.*, p. 283-288; Frédéric Régent, Gilda Gonfier, y Bruno Maillard, *Libres et sans fers: Paroles d'esclaves français: Guadeloupe, Île Bourbon (Réunion), Martinique*, Fayard, Paris, 2015.

en el campo. En Perú, en 1851, en particular, cientos de esclavos de doce plantaciones en el Valle de Chicama marcharon hacia la ciudad de Trujillo para denunciar los abusos de sus amos y exigir su emancipación.

Todas las aboliciones de la esclavitud en las repúblicas suramericanas correspondieron a gobiernos liberales: en Montevideo en 1842, en Colombia en 1851, en Uruguay y Argentina (salvo en la provincia de Buenos Aires) en 1853, en Perú y Venezuela en 1854[5]. En Colombia, en particular, la causa de la abolición movilizó más a la población civil que en otras partes. En 1848, con el impulso de las revoluciones europeas, una nueva generación de liberales formó clubes democráticos y sociedades de artesanos que exigían el sufragio universal masculino y la abolición de la esclavitud. Después de la victoria de los liberales en las elecciones de 1849, el Congreso colombiano revitalizó las juntas provinciales de manumisión, que habían sido creadas en 1821, por medio de un mayor financiamiento y de la instauración de indemnizaciones fijas que se les debían pagar a los propietarios de esclavos. En mayo de 1851, aprobó una ley que emancipaba a todos los esclavos a partir del 1 de enero de 1852. Muchos colombianos y colombianas esclavizados no esperaron el año de 1852 para acudir a las juntas y pedir su manumisión inmediata, lo que tuvo como consecuencia que, en 1851 —es decir, antes de que fuera efectiva la ley—, 5000 esclavizados, de un total de 16468, ya habían obtenido la libertad, muchas veces con el acuerdo de sus amos[6]. En Argentina, en cambio, la abolición no hizo parte de las exigencias populares y se limitó a la inscripción del artículo 15 en la Constitución de 1853, que declaraba "no hay esclavos en la nación", que emancipaba inmediatamente a los esclavos existentes, y compensaba a sus amos. Hasta que fue derrotado en 1852, el dictador argentino Juan Manuel de Rosas (1835-52) llevó una política ambigua de importación de africanos esclavizados, de apoyo a los cabildos de nación africana y de patrocinio de los hombres esclavizados a quienes reclutaba en su ejército para luego emanciparlos y a veces promoverlos como oficiales. Este paternalismo le valió el apoyo de los afrodescendientes libres y esclavos (que juntos representaban el 26% de la población de Buenos Aires en 1836) y complicó los esfuerzos de sus opositores de movilizarlos. Entonces, en 1853, los federalistas inscribieron sin entusiasmo la abolición de la esclavitud en la citada constitución que, al mismo tiempo,

[5] James E. Sanders, *The Vanguard of the Atlantic World: Creating Modernity, Nation, and Democracy in Nineteenth-Century Latin America*, Duke University Press, Durham, 2014, p. 30-34; Peter Blanchard, *Slavery and Abolition in Early Republican Peru*, *op. cit.*, p. 113-120, 162-164, 191-207; John V. Lombardi, *The Decline and Abolition of Negro Slavery in Venezuela*, *op. cit.*, p. 22-26.

[6] Jason McGraw, *The Work of Recognition. Caribbean Colombia and the Postemancipation Struggle for Citizenship*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 2014, p. 20-33; Russell Lohse, "Reconciling Freedom with the Rights of Property", *art. cit.*; Jorge A. Tovar, "La manumisión en Colombia: 1821-1851. Un análisis cuantitativo", Documentos CEDE 004387, Universidad de los Andes-Centro de Estudios sobre Desarrollo Económico, noviembre de 2007.

promovía la inmigración europea para marginar a los no blancos. A los esclavos de Buenos Aires, la emancipación que figuraba en la constitución no los benefició sino en 1861, cuando la provincia entró en la Confederación argentina. Una muestra de la indiferencia de las autoridades de la región para con la abolición es que no existen datos generales ni provinciales sobre el número de argentinos que seguían esclavizados en aquella época, ni sobre el proceso de su liberación[7].

A diferencia de las repúblicas sudamericanas, en Estados Unidos la emancipación general que habían decretado las colonias británicas en 1838 coincidió con un período en que el problema de la esclavitud ardía más que nunca. En 1840, la esclavitud dividía a la nación entre los estados que la habían abolido y los que vivían del trabajo de los esclavizados. Con la expansión del territorio al oeste y al sur, la cuestión de la legalidad de la esclavitud se volvía más aguda cada vez que un nuevo estado entraba en la Unión. En el Sur, aproximadamente un tercio de la población estaba esclavizada (cerca de 2 500 000 personas en 1840). Pero estos esclavizados nunca estuvieron en posición de poder desafiar frontalmente la "institución particular", y por consiguiente seguían intentando ganar la libertad escapándose, hasta el punto de que las redes abolicionistas que los conducían hasta los estados del norte y a Canadá había tomado el nombre de Underground Railroad (ferrocarril subterráneo). La adopción por parte del Congreso de la Fugitive Slave Law (ley sobre los esclavos fugitivos) en 1850 —que obligaba al gobierno federal a capturar a los sospechosos en todo el territorio de la Unión sin ninguna otra prueba que la declaración de propiedad de su amo, y que penalizaba a los funcionarios, las comunidades y los individuos que ayudasen o no denunciasen a los fugitivos— amenazó la libertad de todo esclavo refugiado en un estado libre de esclavitud, e incluso la de los afroamericanos libres. Esta ley les recordó también las escalofriantes realidades de la esclavitud a los residentes de los estados libres, particularmente por el terror que inspiraban los cazadores de esclavos, cosa que radicalizó a los abolicionistas y reforzó la resistencia de las comunidades afroamericanas. Y a pesar de esta ley, algunos esclavizados del Sur seguían logrando huir solos, en familia o en pequeños grupos, para refugiarse en el Norte[8].

[7] George Reid Andrews, *The Afro-Argentines of Buenos Aires*, *op. cit.*, p. 56-58, 66-67, 96-101. Bolivia y Paraguay, a pesar de una abundante mano de obra amerindia, fueron los últimos países de la América continental que se habían liberado de España, en abolir la importación de esclavizados, a comienzos de la década de 1840, en adoptar leyes de "vientre libre", respectivamente en 1831 y en 1842, y en abolir la esclavitud, en la década de 1860 (George Reid Andrews, *Afro-Latin America*, *op. cit.*, p. 57).

[8] Fergus M. Bordewich, *Bound for Canaan. The Epic Story of the Underground Railroad, America's First Civil Rights Movement*, Amistad, New York, 2005; R. J. M. Blackett, *Making Freedom*, *op. cit*.

La guerra civil (o guerra de Secesión) de Estados Unidos, que enfrentó de 1861 a 1865 los estados confederados esclavistas, de un lado, con los estados libres y a los estados esclavistas no secesionistas, del otro, les proporcionó a los afroamericanos esclavizados ocasiones sin precedentes de liberarse, principalmente fugándose, y contribuir así a la abolición de la esclavitud. Durante el primer año del conflicto, el presidente Abraham Lincoln y el Congreso repitieron que el designio de la guerra no era la esclavitud sino la unidad de la Unión y se negaron a incorporar afroamericanos libres como voluntarios en el ejército. Pero para el verano de 1862, ya decenas de miles de esclavizados habían huido para refugiarse en las líneas de la Unión. De acuerdo con la Fugitive Slave Law, estos hombres, mujeres y niños eran considerados como propiedad confiscada al enemigo (a sus amos confederados) bajo la denominación oficial de "contrabando", y gradualmente se les hizo trabajar en los campos militares que necesitaban trabajadores manuales y domésticos. Los esclavos fugitivos de los estados no secesionistas tenían que ser reenviados a sus propietarios legítimos. Pero en realidad, se había vuelto imposible para los comandantes militares de la Unión discernir entre los numerosos refugiados afroamericanos que llegaban diariamente, los que eran libres y los que estaban esclavizados y, en este último caso, los que eran la propiedad de un confederado o de un unionista. Cada vez más responsables en el gobierno y en el ejército de la Unión eran sensibles a los argumentos de los activistas afroamericanos, como Frederick Douglass y Harriet Tubman (ellos mismos eran antiguos esclavos fugitivos del sur), y de los líderes abolicionistas en el Norte que recomendaban que los negros pudieran enlistarse en el ejército y que consideraban que el fin principal de la guerra era la abolición de la esclavitud.

Mientras que el flujo constante de esclavizados en fuga hacia los campos de la Unión era algo parecido a las huidas de sus antecesores hacia las fuerzas armadas británicas durante la guerra de independencia de Estados Unidos, el factor definitivo en la decisión de Lincoln y del Congreso de invertir su posición respecto al reclutamiento de los negros resonaba con los argumentos que Bolívar había empleado para reclutar a esclavos en 1820: debido a las pérdidas crecientes de soldados blancos en el ejército, era imperativo enlistar a esclavos, de lo contrario, su número se volvería incontrolable. No obstante, había una diferencia importante: el ejército de Bolívar estaba racialmente integrado, con una minoría de blancos, mientras que los ejércitos de la Unión estaban casi exclusivamente conformados por blancos, y cuando se abrieron a los afroamericanos libres y a los esclavos fugitivos, los relegaron en unidades segregadas bajo el mando de oficiales blancos. En abril de 1862, el Congreso promulgó el Acto de Emancipación Compensada (Compensated Emancipation Act), que les concedió la libertad a los esclavizados del distrito de Washington, a cambio de que se indemnizara a sus amos. Luego, en julio, decretó que los esclavos que pertenecían a propietarios desleales

(confederados) eran "libres por siempre de su servidumbre" y que podrían ser empleados por el ejército según las necesidades de este. El 27 de septiembre de 1862, Lincoln emitió una Proclamación de Emancipación limitada que se aplicaba solamente en los estados secesionistas a partir del 1 de enero de 1863. Sin embargo, cuando la proclamación fue publicada al principio de 1863, los esclavos hombres y mujeres la interpretaron como un decreto de emancipación general: creyeron que serían "libres por siempre". En el Sur un sinnúmero de esclavizados, a menudo familias enteras, huyeron y afluyeron en cantidades sin precedente en las zonas controladas por los ejércitos de la Unión, a medida que estas avanzaban al oeste y al sur. En 1864, no menos de un millón de esclavizados, de un total de cerca de cuatro millones, se habían escapado para refugiarse en los territorios en manos de la Unión. Al mismo tiempo, los afroamericanos libres del norte fueron autorizados a enrolarse en unidades segregadas de la Unión. En total, cerca de 200 000 hombres afroamericanos, en su mayoría esclavos fugitivos del sur, sirvieron en el ejército y la marina de la Unión, mientras que 300 000 hombres y mujeres, sobre todo esclavos en fuga, contribuyeron al esfuerzo de guerra como trabajadores manuales, transportadores, enfermeras, domésticos o espías, entre otras funciones. Además, los esclavizados que se habían quedado en territorio confederado manifestaban una indisciplina creciente, lo que debilitaba la institución de la esclavitud desde adentro. Sin embargo, la guerra de Secesión —la guerra que hasta el presente ha matado a más ciudadanos estadounidenses en la historia de los Estados Unidos— siguió haciendo furor hasta la victoria de la Unión en abril de 1865. En diciembre de ese año, la Decimotercera Enmienda a la Constitución estadounidense confirmó la abolición de la esclavitud y declaró la libertad de los casi cuatro millones de afroamericanos esclavizados que se habían registrado en el censo en 1860. La abolición estadounidense, una de las pocas emancipaciones generales en las Américas que se decretaran sin indemnizar a los propietarios de esclavos, fue también única en cuanto se esforzó en ofrecerles ayuda integral a los esclavos liberados: el programa de la Reconstrucción. Destinado a apoyar a los afrodescendientes en sus esfuerzos de construir sus vidas después de la esclavitud, el programa fue abandonado sin embargo en la década de 1870, y los dejó solos frente a sus antiguos amos[9].

El año de 1865, que significó la abolición de la esclavitud en Estados Unidos, el país que tenía entonces la población esclavizada más numerosa en las Américas, fue pues otro momento fundamental en la desaparición de "la institución particular". Los acontecimientos estadounidenses, sin embargo, parecen haber tenido poca incidencia en la decisión casi simultánea de

[9] David Williams, *I Freed Myself: African American Self-Emancipation in the Civil War Era*, Cambridge University Press, New York, 2014; Thavolia Glymph, *Out of the House of Bondage: The Transformation of the Plantation Household*, Cambridge University Press, New York, 2008.

los Países Bajos de abolir la esclavitud en 1863. Como respuesta a la emancipación general británica en 1838, y luego francesa en 1848, incontables esclavizados de las Antillas neerlandesas se habían escapado por mar hacia estas colonias sin esclavitud. Los de Saint-Martin obtuvieron la libertad de facto en 1848, para evitar que huyeran hacia la parte francesa de la pequeña isla. Entre los años 1830 y 1863, el gobierno neerlandés les impuso a los plantadores políticas de mejora de la esclavitud que tuvieron más efectos que en otras colonias debido a su mayor duración y a la presión exitosa de los esclavos para obtener más tiempo propio para cultivar sus huertas, cazar, pescar y vender sus productos en los mercados locales. Por consiguiente, en 1863, cuando los 11 650 esclavos de Curazao y de otras islas neerlandesas fueron emancipados y sus propietarios indemnizados, la esclavitud ya había perdido allí mucha importancia, y los esclavizados no representaban sino un tercio de la población (mientras que habían sido más del 80% en la cúspide de la plantación azucarera esclavista). En Surinam, la colonia neerlandesa más extensa, con una economía de plantación y 33 620 esclavos registrados en 1863, que representaban el 55% de sus habitantes, fue otra historia. La abolición fue decretada allí con un período de aprendizaje de 10 años durante el cual las autoridades también hicieron venir de Asia a muchos trabajadores contratados (*coolies*)[10].

Así pues, en 1865, España era la última potencia colonial que conservaba la esclavitud, en Puerto Rico y Cuba, y Brasil era la última nación independiente que lo hacía. Desde 1838, muchos esclavizados de estos tres territorios se habían escapado para formar palenques y quilombos indomables en las montañas, en las tierras del interior e incluso cerca de las ciudades. Otras mujeres y hombres esclavizados seguían comprando su libertad y la de sus hijos. Algunos esclavos iniciaron motines o rebeliones aisladas, en el curso de las cuales unos lograban huir, pero que provocaban una represión rápida. Sin embargo, en 1844 en Cuba, las autoridades españolas pusieron en marcha un ciclo de terror extraordinario que se asemejaba a la represión brutal de los presuntos complots de esclavizados de la década de 1730 (ver capítulo 4). Después de tres rebeliones violentas en plantaciones azucareras cerca de Matanzas, el gobernador afirmó haber descubierto una amplia conspiración antiesclavista que habría implicado a esclavos rurales y urbanos y libres de color, y habría sido orquestada por unos abolicionistas británicos. En el trascurso de los meses siguientes, las autoridades detuvieron a más de 4 000 personas, torturaron a una gran parte de ellas para hacerlas confesar, y sentenciaron a 1 232 sospechosos, entre los que había 590 esclavizados. De los condenados, 78 fueron ejecutados (39

[10] Pieter C. Emmer, "Who Abolished Slavery in the Dutch Caribbean?", en *Who Abolished Slavery: Slave Revolts and Abolitionism: A Debate with João Pedro Marques*, Seymour Drescher y Pieter C. Emmer (eds.), Berghahn Books, New York, 2010, p. 108-110; Gert Oostindie, "Same Old Song? Perspectives on Slavery and Slaves in Suriname and Curaçao," en Gert Oostindie (ed.), *Fifty Years Later: Antislavery, Capitalism and Modernity in the Dutch Orbit*, KITLV Press, Leiden, 1995.

esclavos, 38 libres de color y un blanco, todos hombres salvo una mujer esclavizada) por fusilamiento, descuartizamiento o decapitación, y luego sus cabezas fueron expuestas en sitios públicos. Más de 1 200 afrocubanos (cerca de 500 esclavos y 700 libres de color, entre los cuales había algunas mujeres) fueron sentenciados a cumplir condenas en Cuba, y 435 afrocubanos, todos libres salvo dos esclavizados, fueron desterrados de la isla. A estas cifras se añadía un número elevado pero indeterminado de esclavos, que murieron bajo tortura, atados a una escalera y azotados hasta que confesaran —de allí proviene el nombre de la Conspiración de la Escalera que se le dio a este complot[11]—. Simultáneamente el gobernador promulgó nuevos códigos negros aun más restrictivos para con los esclavos y los libres de color. Esta represión atroz diezmó la pequeña comunidad de afrocubanos libres, entre los cuales había intelectuales y profesionales, y petrificó a los esclavizados durante los veinte años siguientes. En una época en que los afrodescendientes (las tres cuartas parte de estos estando esclavizados) representaban el 58% de la población de Cuba, la presunta Conspiración de la Escala convenció también a los plantadores esclavistas, que seguían temiendo "otra Haití", que había que importar trabajadores contratados de China (125 000 *coolies* entre 1847 y 1874), además de los miles de africanos que introducían ilegalmente por contrabando.

No obstante, la guerra de Secesión acabó finalmente con la importación de cautivos africanos en Cuba y, por consiguiente, en las Américas. Y la abolición de la esclavitud en Estados Unidos en 1865 destruyó las últimas esperanzas de los plantadores esclavistas cubanos de salvaguardar "la institución particular" por medio de la anexión de la isla al sur esclavista. En Madrid se fundó la Sociedad Abolicionista Española bajo la iniciativa de un puertorriqueño y, en 1868, la monarquía fue derrocada, dando lugar al Sexenio Democrático durante el cual las Cortes aprobaron, en 1870, la ley Moret del "vientre libre", que sería aplicada en Cuba y Puerto Rico. Poco después, en 1873, durante la efímera Primera República española (1873-1874), las Cortes decretaron la emancipación de los 29 335 esclavos censados en Puerto Rico, compensando a sus amos y obligando a los libertos a trabajar tres años más para sus antiguos propietarios[12]. La ley Moret llegó a Cuba en medio de su primera guerra de independencia contra España (la guerra de los Diez Años o guerra del 68 [1868-1878]) y tuvo entonces poco impacto en las provincias orientales de Santiago de Cuba y Puerto Príncipe donde, en 1870, los independentistas cubanos habían establecido un gobierno provisional republicano que les prometía la libertad a los esclavos. Sin embargo, como en el caso

[11] Manuel Barcia, *Seeds of Insurrection*, *op. cit.*; Robert L. Paquette, *Sugar Is Made with Blood*, *op. cit.*; Michele Reid-Vazquez, *The Year of the Lash: Free People of Color in Cuba and the Nineteenth-Century Atlantic World*, The University of Georgia Press, Athens, 2011, p. 47-63.

[12] Rebecca Scott, *Slave Emancipation in Cuba*, *op. cit.*, p. 38; Christopher Schmidt-Nowara, *Empire and Antislavery*, *op. cit.*, p. 134-157.

de otras guerras que se han examinado en este libro, si bien los hacendados blancos cubanos que iniciaron la lucha por la independencia liberaron a sus esclavizados hombres para reclutarlos en su ejército, en 1868 estos sólo contemplaban una emancipación gradual con compensación a los dueños después del fin de la guerra. Pero como muchos esclavos, hombres y mujeres, a veces en familia, comenzaron a huir de sus lugares de trabajo para refugiarse en los territorios controlados por los independentistas, estos últimos declararon en su primera asamblea constitucional que "todos los habitantes de la república son absolutamente libres". Sin embargo, poco después, como en Saint-Domingue bajo Sonthonax en 1793 (ver capítulo 6), se emitió un reglamento de libertos que colocaba a los antiguos esclavos bajo la tutela de patronos y asignaba la mayoría de ellos (incluyendo a todas las mujeres) a la agricultura y parte de los hombres al ejército. De nuevo, como en Saint-Domingue, en el este de Cuba los esclavos liberados presionaron a favor de la libertad completa y la obtuvieron, gracias al apoyo de los oficiales y soldados afrocubanos, cada vez más numerosos y poderosos en el ejército independentista, lo que condujo a aun más esclavizados de la región azucarera en el centro de la isla a huir para liberarse. En Cuba, la ley Moret de 1870 fue pues un intento del gobierno colonial de frenar el éxodo de los esclavizados dejándoles divisar la abolición gradual, y a la vez procurando conservar la fidelidad a España de los terratenientes cubanos. Aunque la ley no convenció a los esclavizados, entre los cuales muchos siguieron huyendo hacia el este para intentar alcanzar Cuba Libre, logró asegurar el apoyo de la inmensa mayoría de los hacendados cubanos al colonialismo español. La adhesión de estos últimos a la esclavitud impidió que la insurrección independentista se extendiera más allá de las provincias orientales, y la guerra se terminó en un punto muerto. El tratado de paz de 1878 (el Pacto de Zanjón) representó sin embargo una victoria para los hombres, mujeres y niños esclavizados que se habían unido a los rebeldes independentistas, pues el tratado les dio libertad permanente, al igual que a los hombres esclavizados que habían luchado, voluntaria o involuntariamente, con el ejército español.

Sin embargo, la esclavitud seguía viva en Cuba, que para entonces era uno de los dos últimos territorios esclavistas de las Américas, junto con Brasil. La presión para que se aboliera la esclavitud aumentó, tanto desde el exterior como del interior de la isla, particularmente por parte de ciertos veteranos afrocubanos de la guerra de los Diez Años, como el general Antonio Maceo, e intelectuales afrocubanos nacidos después de la Conspiración de la Escala, como Juan Gualberto Gómez, nacido esclavo en una plantación pero cuyos padres le compraron su libertad cuando era niño y que, como Douglass en Estados Unidos, militaba por la abolición y la igualdad racial a través del periódico que había fundado. En 1880, las Cortes españolas aprobaron una ley de abolición gradual en Cuba que rebautizaba a todos los esclavos bajo el nombre de "patrocinados" (aprendices) y les imponía ocho

años de tutela durante los cuales debían trabajar sin sueldo para su amo, antes de que la esclavitud fuera abolida en 1888. Como en los casos precedentes, los esclavizados, o patrocinados y patrocinadas, aprovecharon esta ley para negociar su manumisión con sus amos y liberarse antes de 1888. Las múltiples fugas de esclavos que suscitó la guerra de los Diez Años, la multiplicación de las compras de libertad por parte de los esclavizados, así como los efectos demográficos de la ley Moret del vientre libre y del envejecimiento de la población esclavizada, hicieron que el número de esclavos en Cuba disminuyera rápidamente, pasando de un total de 368 550 en 1862 a 199 094 en 1877, 99 566 en 1883, y 25 381 en 1886. El hecho de que, tres años después de 1883, el número de patrocinados se haya dividido por cuatro, demuestra la voluntad individual y colectiva de los esclavizados de liberarse. En 1886, quedaban tan pocos patrocinados (la mayoría eran mujeres que trabajaban como empleadas domésticas) que España decretó la abolición definitiva de la esclavitud en Cuba[13].

Dos años más tarde, en 1888, Brasil, que había importado el 46 % de los 10 538 000 esclavos que habían llegado a las Américas en el curso de más de tres siglos, acabó definitivamente con la esclavitud legal en las Américas. La proporción de esclavos en la población total del país no era de más del 15% en 1872, cuando el primer censo del país contabilizó a 1 500 000 esclavos, mientras que estos representaban cerca del 30% de los habitantes en 1850. Como en Cuba, una ley del vientre libre de 1871, que incluía un fondo de emancipación financiado por el Estado, aceleró la desaparición progresiva de la esclavitud en Brasil. Pero a diferencia de lo que había pasado en otros lugares de las Américas, en Brasil los esclavizados hombres rara vez tuvieron la oportunidad de liberarse participando en una guerra, bien fuera en el proceso de independencia o durante la guerra de Paraguay (1864-1870), aunque en esta última 7 000 esclavos (de un total de 90 000 soldados) fueron reclutados por la fuerza después de que el Estado indemnizara a sus amos. Sintiendo que se acercaba el fin de la esclavitud, cada vez más hombres y mujeres esclavizados compraban su libertad y recurrían a los tribunales para denunciar los abusos de sus amos. Las madres esclavizadas de niños nacidos de su "vientre libre" eran particularmente activas en cuanto a su lucha por obtener la custodia de sus hijos y, si lograban liberarse, por tener derechos parentales sobre ellos. La indisciplina y el rechazo al trabajo disminuían la producción de numerosas fazendas en todo el país. Cada día más esclavizados huían hacia las tierras del interior o a las ciudades donde se refugiaban dentro de una población libre mayoritariamente afrodescendiente. A veces todos los esclavos de una plantación determinada denunciaban colectivamente el maltrato

[13] Gabino La Rosa Corzo, *Runaway Slave Settlements in Cuba*, *op. cit.*, p. 93-117; Rebecca J. Scott, *Slave Emancipation in Cuba*, *op. cit.*, p. 45-52, 63-83, 111-172.

de sus amos en el cuartel de policía más cercano[14]. En la década de 1880, las fugas de esclavos se multiplicaron, y gozaban para entonces con el apoyo de un abolicionismo popular en auge, lo que volvió la abolición de la esclavitud en Brasil algo ineluctable.

En efecto, como en el Imperio británico en la década de 1830, la abolición en Brasil movilizó decenas de miles de esclavizados y ciudadanos con el fin común de destruir la esclavitud. El movimiento abolicionista brasileño, sin igual en las Américas no anglófonas, emergió en 1880 con la creación de la Sociedad Antiesclavista Brasileña por parte de algunos blancos de la élite y de los afrobrasileños de la clase media. Esta sociedad consiguió organizar redes abolicionistas populares que comprendían periodistas, artistas, trabajadores de los puertos y de los ferrocarriles y hombres y mujeres del común, en manifestaciones callejeras, espectáculos públicos y acciones concretas de apoyo a los esclavos fugitivos. Una de las victorias más emblemáticas del movimiento fue el primer decreto de abolición que se declaró en la provincia de Ceará en 1884, gracias a la movilización de la población que había dirigido el periodista de Río de Janeiro José Carlos do Patrocínio, nacido de una joven madre esclavizada y de un sacerdote católico. Después de Ceará, las provincias de Goiás y Amazonas declararon la abolición en 1885. En São Paulo, unos trabajadores emprendieron una huelga que no acabaron sino cuando el puerto vecino de Santos fue declarado zona libre de esclavitud, después de lo cual esta atrajo rápidamente a 10000 esclavos fugitivos. Brasil estaba transformándose en un mosaico inmenso de provincias y municipalidades libres o esclavistas, y los esclavizados podían contar con un "ferrocarril a cielo abierto" (o Overground Railroad, en contraste con el Underground Railroad de Estados Unidos) para transportarse gratuitamente solos, en familia o en grupos, a donde la esclavitud había sido abolida. El éxodo de esclavos, que había comenzado de manera pacífica, provocaba conflictos a medida que se intensificaba. Además, en varios lugares, los amos no lograban obtener la protección de su propiedad privada de esclavos por parte de unas autoridades locales que concordaban con el sentimiento abolicionista de parte de la población. En 1887, diez de las veinte provincias de Brasil habían abolido la esclavitud, y la población esclavizada había decaído, pasando de 1 000 000 en 1885 a 637 000. Frente al riesgo de que la situación degenera en una guerra civil, en mayo de 1888 una amplia mayoría del Senado brasileño aprobó la abolición inmediata e incondicional de la esclavitud en todo el territorio, sin compensar a los dueños de esclavos, decisión firmada por la emperatriz Isabel[15].

[14] Dale Torston Graden, *From Slavery to Freedom in Brazil*, *op. cit.*, p. 53-82, 133-158; Camillia Cowling, *Conceiving Freedom: Women of color, Gender, and the Abolition of Slavery in Havana and Rio de Janeiro*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 2013.

[15] Herbert S. Klein, *African Slavery in Latin America and the Caribbean*, *op. cit.*, p. 255-257; Dale Torston Graden, *From Slavery to Freedom in Brazil*, *op. cit.*, p. 159-196; Stanley J. Stein,

En realidad, a pesar de contextos muy diferentes, particularmente después de 1838, las estrategias de liberación que utilizaron los hombres y las mujeres esclavizados en las Américas cambiaron poco entre el siglo XVI y el final de la esclavitud en 1888. Como lo ha mostrado este libro, a lo largo de estos cuatro siglos, tanto en el continente americano como en las islas del Caribe, muchos esclavizados consiguieron liberarse, y esto en números mucho más elevados que lo que se había estimado antes. Por supuesto, es imposible cuantificar estos actos de autoliberación. Pero no hay duda de que ascienden a cientos de miles, e incluso a millones. Los esclavizados obtuvieron su libertad sobre todo por medio de la fuga, pero también comprando su libertad o combinando estas estrategias. Durante casi tres siglos, llevaron esta batalla solos, sin defensores en las sociedades coloniales y sin ninguna esperanza de acabar con la institución de la esclavitud. Sin embargo, al final del siglo XVIII, estos hombres, estas mujeres y estos niños cautivos empezaron a encontrar aliados en los círculos abolicionistas y entre ciertos protestantes. En Saint-Domingue, en el arrebato de la Revolución francesa de 1789, los esclavizados se hallaron en una situación que les permitía emprender una insurrección prolongada que acabó por triunfar, y dio lugar a la independencia de Haití. Algunos esclavizados pudieron aprovechar las guerras de independencia y los conflictos entre imperios para emanciparse, generalmente más debido a las necesidades militares de los dirigentes regionales que a las convicciones humanistas de estos últimos.

En 1838, sin embargo, cuando la esclavitud fue definitivamente abolida en las colonias británicas, esta seguía estando sólidamente establecida en la mayor parte de las Américas. Para liberarse, aún y siempre, los esclavizados en el continente y en el Caribe, más que nada, tuvieron que contar con ellos mismos. Aunque durante mucho tiempo los diversos relatos nacionales atribuyeron el final de la esclavitud americana, entre 1848 y 1888, a los blancos —Victor Schœlcher, Abraham Lincoln o la Princesa Isabel de Brasil, entre otros— que firmaron los decretos de abolición definitiva, una multitud de esclavizados de estos territorios habían ganado la libertad mucho antes, huyendo, comprándola ellos mismos, enlistándose en un ejército o participando en la guerra de Secesión en Estados Unidos o en la guerra de los Diez Años en Cuba. Y como había sido el caso de los esclavos de las colonias británicas en 1838, los que fueron liberados como consecuencia de estos decretos de abolición en realidad habían comprado su libertad a sus amos al precio de muchos años de trabajo no remunerado. Es cierto que los abolicionistas y sus aliados parlamentarios apoyaron a los esclavizados militando por darle un fin legal a la institución de la esclavitud. Pero para lograrlo, en

Vassouras: A Brazilian Coffee County, 1850-1900: The Roles of Planter and Slave in a Plantation Society, Princeton University Press, Princeton, New Jersey, 1985, p. 295.

la mayoría de los casos, aceptaron indemnizar a los amos por la pérdida de su propiedad humana, mientras que dejaron a los "nuevos libres" sin compensación alguna por el trabajo no remunerado que habían proporcionado desde la infancia. A lo largo del mapa y la historia de las Américas, los antiguos esclavizados se encontraron sin apoyo frente al futuro, provistos únicamente de lo que quedaba de su fuerza de trabajo y de las esperanzas que habían depositado en la libertad.

BIBLIOGRAFÍA

FUENTES

Aptheker, Herbert, ed. *Documentary History of the Negro People in the United States*. New York: Citadel Press, 1951.

Annales maritimes et coloniales, ou recueil des Lois et Ordonnances royales [...]. Partie 2, editado por M. Bajot. Paris: Imprimerie Royale, 1827.

Christophe, Henri, King of Haiti. *Henry Christophe and Thomas Clarkson: A Correspondence*, editado por Earl Leslie Griggs y Clifford H. Prator. Berkeley: University of California Press, 1952.

"The Code Noir, 1685". En *Slave Revolution in the Caribbean 1789-1804. A Brief History with Documents*, editado por Laurent Dubois y John D. Garrigus, 49-53. Boston: Bedford/St. Martin's, 2006.

Collection of pay certificates for serving in the Connecticut Line in the Continental Army (1780-1782), disponible en http://www.scottwinslow.com/images/file/catalogs/Black_Soldiers.pdf el 6 de agosto 2017.

Condorcet, Marie Jean Antoine Nicolas Caritat de, marquis de. *Réflexions sur l'esclavage des nègres* (1784). Paris: Flammarion, 2009.

Conrad, Robert Edgar. *Children of God's Fire. A Documentary History of Black Slavery in Brazil*. Princeton: Princeton University Press, 1983.

Constitution of Hayti (1805). <https://en.wikisource.org/wiki/Constitution_of_Hayti_(1805)>.

Constitution of the United States (1787). <https://www.ourdocuments.gov/doc.php?flash=true&doc=9&page=transcript>.

Designs against Charleston. The Trial Record of the Denmark Slave Conspiracy of 1822, edición e introducción de Edward Pearson. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1999.

Documentos de la insurrección de José Leonardo Chirinos. Caracas: Fundación Historia y Comunicación, 1994.

Documentos para la historia del México independiente, 1808-1938. México: Miguel Ángel Porrúa, 2010.

Edwards, Bryan. *The History, Civil and Commercial, of the British Colonies in the West Indies*. 2 vols. 1era ed., Dublin: Luke White, 1793; 2da ed., London: John Stockdale, 1794.

Equiano, Olaudah. *The Interesting Narrative of the Life of Olaudah Equiano, or Gustavus Vassa the African. Written by Himself*. London: Author, 1789. <http://docsouth.unc.edu/neh/equiano1/menu.html>.

"Flag from the Barbados Slave Revolt". Anonymous, abril de 1816. National Archives of the United Kingdom, Cat Ref: MFQ1/112. <https://en.wikipedia.org/wiki/Bussa%27s_Rebellion#/media/File:God_always_saves_endavour.jpg>.

Gates, Henry Louis Jr., ed. *The Classic Slave Narratives*. New York: Penguin Books, 1987.

Geggus, David, ed. y trad. *The Haitian Revolution: A Documentary History*. Indianapolis: Hackett, 2014.

Gray, Thomas R. *The Confessions of Nat Turner*. Baltimore: Lucas & Deaver, 1831. <http://docsouth.unc.edu>.

Horsmanden, Daniel. *The New York Conspiracy, or, A History of the Negro Plot, with the Journal of the Proceedings against the Conspirators at New York in the Years 1741-2. Together with Several Interesting Tables, Containing the Names of the White and Black Persons Arrested on Account of the Conspiracy, the Times of Their Trials, Their Sentences, Their Executions by Burning and Hanging, Names of Those Transported, and Those Discharged.* 1744. Reimp.: New York: impreso y publicado por Southwick & Pelsue, 1810. <https://books.google.ch/books?id=MSQ3AQAAMAAJ&dq=authornbsp:%22Daniel+Horsmanden%22&lr=&hl=fr&source=gbs_navlinks_s>

Irwin, Graham W., ed. *Africans Abroad. A Documentary History of the Black Diaspora in Asia, Latin America, and the Caribbean during the Age of Slavery*. New York: Columbia University Press, 1977.

Janvier, Louis Joseph. *Les Constitutions d'Haïti (1801-1885)*, vol. 1. Paris: C. Marpon et E. Flammarion, 1886.

Kennedy, Lionel Henry, y Thomas Parker. *The Trial Record of Denmark Vesey* (1822). Boston: Beacon Press, 1970.

Konetzke, Richard, ed. *Colección de documentos para la historia de la formación social de Hispanoamérica, 1493-1810*. 3 vols. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1953-1962.

Long, Edward. *The History of Jamaica or, General Survey of the Antient and Modern State of the Island with Reflections on Its Situation Settlements, Inhabitants, Climate, Products, Commerce, Laws, and Government*. 3 vols. London: T. Lowndes, 1774. <https://archive.org/details/historyofjamaica02long>

Lucena Salmoral, Manuel. *Regulación de la esclavitud negra en las colonias de América Española (1503-1886): Documentos para su estudio.* [Alcalá de Henares, Madrid]: Universidad de Alcalá; [Murcia]: Universidad de Murcia, [2005].

Lucena Salmoral, Manuel. *Les Codes noirs hispaniques*. Paris: UNESCO, 2005.

Manzano, Juan Francisco. *Autobiografía del esclavo poeta y otros escritos; edición, introducción y notas de William Luis*. Madrid: Iberoamericana; Frankfurt am Main: Vervuert, 2007.

Moreau de Saint-Méry, Médéric-Louis-Elie. *Description topographique et politique de la partie française de l'isle de Saint-Domingue*. 1796; rev. ed. editado por Blanche Maurel y Etienne Taillemite. 3 vols. Paris: Société de l'Histoire des Colonies Françaises, 1958.

Pearson, Edward, ed. *Designs against Charleston: The Trial Record of the Denmark Slave Conspiracy of 1822*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1999.

"Pennsylvania. An Act for the Gradual Abolition of Slavery, 1780." Avalon Project, Lillian Goldman Law Library, Yale Law School. <http://avalon.law.yale.edu/18th_century/pennst01.asp>.

Peytraud, Lucien. *L'esclavage aux Antilles françaises avant 1789: d'après des documents inédits des archives coloniales*. Paris: Hachette, 1897.

Prince, Mary. *The History of Mary Prince, a West Indian Slave. Related by Herself*. London: F. Westley y A. H. Davis, 1831. <http://docsouth.unc.edu/neh/prince/prince.html>.

Raynal, Guillaume-Thomas-François. *Histoire philosophique et politique des établissements et du commerce des Européens dans les deux Indes*. 1770; reimp., 6 vols., Amsterdam: [n.p.], 1773.

Smith, Adam. *Selected Philosophical Writings*. Edición e introducción de James R. Otteson. Exeter: Imprint Academic, 2004.

Stavig, Ward, y Ella Schmidt, ed. y trad. *The Tupac Amaru and Catarista Rebellions: An Anthology of Sources*. Indianapolis: Hackett, 2008.

"Toussaint Louverture's Constitution, July 1801 (*Constitution de la colonie française de Saint Domingue*)." En *The Haitian Revolution: A Documentary History*, editado y traducido por David Geggus, 160–64. Indianapolis: Hackett, 2014.

U.S. Census Bureau. *Census of Population and Housing*, 1790, 1810, 1840, 1860. <www.census.gov/prod/www/decennial.html>.

U.S. Census Bureau. *Census for 1820*. Washington: Gale & Seaton, 1821. <www.census.gov/prod/www/decennial.html>.

U.S. Census Bureau. *Compendium of the Enumeration of the Inhabitants and Statistics of the United States [...] Prepared at the Department of State*. Washington: Robert Allen, 1841. <www.census.gov/prod/www/decennial.html>.

United States, War Department. *Report on the Census of Cuba, 1899*. Washington, D.C.: Government Printing Office, 1900.

Voyages: The Trans-Atlantic Slave Trade Database. <http://www.slavevoyages.org>.

Wheatley, Phillis. *Poems on Various Subjects, Religious and Moral*. London: A. Bell, 1773. <http://digital.tcl.sc.edu/cdm4/document.php?CISOROOT=/pwp&CISOPTR=138&REC=1>.

Wheatley, Phillis. *The Collected Works of Phillis Wheatley*. Editado por John C. Shields. New York: Oxford University Press, 1988.

Literatura secundaria

Abenon, Lucien-René. *Petite histoire de la Guadeloupe*. Paris: L'Harmattan, 1993.

Abénon [sic], Lucien René. "Les résistances à l'oppression esclavagiste. Les révoltes serviles à la Martinique de 1789 à 1831." En *Rétablissement de l'esclavage dans les colonies françaises, 1802: Ruptures et continuités dans la politique coloniale française (1800-1830). Aux origines d'Haïti*, editado por Yves Bénot y Marcel Dorigny, 241-50. Paris: Maisonneuve & Larose, 2003.

Acosta Saignes, Miguel. *Vida de los esclavos negros en Venezuela*. Caracas: Hespérides Distribución-Ediciones, 1967.

Aizpurúa Aguirre, Ramón. "La insurrección de los negros de la serranía de Coro de 1795: Una revisión necesaria." *Boletín de la Academia Nacional de la Historia* (Caracas) 71 (julio-septiembre 1988): 705-723.

Aizpurúa, Ramón. "En busca de la libertad: Los esclavos fugados de Curazao a Coro en el siglo XVIII." En *Influencias africanas en las culturas tradicionales de los países andinos: Memorias, II Encuentro para la Promoción y Difusión del Patrimonio Folclórico de los Países Andinos, Santa Ana de Coro, Noviembre 2001*, 69-102. [Caracas]: Ministerio de Educación, Cultura y Deportes, 2001.

Alderson, Robert. "Charleston's Rumored Slave Revolt of 1793." En *The Impact of the Haitian Revolution in the Atlantic World*, editado por David P. Geggus, 93-111. Columbia: University of South Carolina Press, 2001.

Allmendinger, David F., Jr. *Nat Turner and the Rising in Southampton County*. Baltimore: Johns Hopkins University Press, 2014.

Andrews, George Reid. *Afro-Latin America, 1800-2000*. New York: Oxford University Press, 2004.

Andrews, George Reid. *The Afro-Argentines of Buenos Aires, 1800-1900*. Madison: University of Wisconsin Press, 1980.

Aptheker, Herbert. "Maroons within the Present Limits of the United States." En *Maroon Societies. Rebel Slave Communities in the Americas*, editado por Richard Price, 151-67. Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1987.

Aptheker, Herbert. *American Negro Slave Revolts*. New York: Columbia University Press, 1943.

Aptheker, Herbert. *The Negro in the Civil War*. New York: International Publishers, 1938.

Araujo, Ana Lucia. *Shadows of the Slave Past. Memory, Heritage, and Slavery*. New York: Routledge, 2014.

Brown, Christopher Leslie, y Philip D. Morgan (dir.). *Arming Slaves: From Classical Times to the Modern Age*. New Haven: Yale University Press, 2006.

Baralt, Guillermo A. *Slave Revolts in Puerto Rico. Slave Conspiracies and Unrest in Puerto Rico, 1795-1873*; traducido del español por Christine R. Ayorinde. Princeton: Markus Wiener, 2008.

Barbour, Hugh, y Jerry William Frost. *The Quakers*. New York: Greenwood, 1988.

Barcia, Manuel. *Seeds of Insurrection. Domination and Resistance on Western Cuban Plantations, 1808-1848*. Baton Rouge: Louisiana State University Press, 2008.

Barthélémy, Gérard. "Les esclaves révoltés à Saint-Domingue: Supplétifs, mercenaires et combattants." En *D'esclaves à soldats: Miliciens et soldats d'origine servile, XIIIe-XXIe siècles*, editado por Carmen Bernand y Alessandro Stella, 177-89. Paris: L'Harmattan, 2006.

Bastide, Roger. *Les Amériques noires, les civilisations africaines dans le nouveau monde*. Paris: Payot, 1967.

Bateman, Rebecca B. "Africans and Indians: A Comparative Study of the Black Carib and Black Seminole." En *Slavery and Beyond. The African Impact on Latin America and the Caribbean*, editado por Darién J. Davis, 29-54. Wilmington, Del.: Scholarly Resources Inc., 1995.

Beatty-Medina, Charles. "Between the Cross and the Sword: Religious Conquest and Maroon Legitimacy in Colonial Esmeraldas." En *Africans to Spanish America. Expanding the Diaspora*, editado por Sherwin K. Bryant, Rachel S. O'Toole, y Ben Vinson III, 95-113. Urbana: University of Illinois Press, 2012.

Beauvois, Frédérique. *Indemniser les planteurs pour abolir l'esclavage? Entre économie, éthique et politique: une étude des débats parlementaires britanniques et français (1788-1848), dans une perspective comparée*. Paris: Dalloz, 2013.

Beckles, Hilary. *Black Rebellion in Barbados. The Struggle against Slavery, 1627-1838*. Bridgetown, Barbados: Antilles Publications, 1984.

Beckles, Hilary. "From Land to Sea: Runaway Barbados Slaves and Servants, 1630-1700." En *Out of the House of Bondage. Runaways, Resistance and Marronage in Africa and the New World*, editado por Gad J. Heuman, 79-94. London: Frank Cass, 1986.

Beckles, Hilary McD. "The Slave-Drivers' War: Bussa and the 1816 Barbados Slave Rebellion." *Boletín de Estudios Latinoamericanos y del Caribe* 39 (diciembre 1985): 85-110.

Bell, Richard. *We Shall Be No More. Suicide and Self-Government in the Newly United States*. Cambridge: Harvard University Press, 2012.

Bennett, Herman L. *Africans in Colonial Mexico. Absolutism, Christianity, and Afro-Creole Consciousness, 1570-1640*. Bloomington: Indiana University Press, 2005.

Bénot, Yves. "La chaîne des insurrections d'esclaves dans les Caraïbes de 1789 à 1791." En *Les abolitions de l'esclavage: De L. F. Sonthonax à V. Schœlcher, 1793, 1794, 1848. Actes du colloque international tenu à l'université Paris-VIII les 3, 4 et 5 février 1994, organisé par l'Association pour l'étude de la colonisation européenne*, editado por Marcel Dorigny, 179-186. Paris: UNESCO y Saint-Denis: Presses Universitaires de Vincennes, 1995.

Bénot, Yves. *La Guyane sous la Révolution française ou l'impasse de la révolution pacifique*. Kourou, Guyana francesa: Ibis Rouge, 1997.

Bentancur, Arturo Ariel. "Amos y esclavos en el viejo Montevideo. El combate por la libertad (1790-1820)." En *Amos y esclavos en el Río de la Plata*, editado por Arturo Ariel Bentancur y Fernando Aparicio, 15-206. Montevideo: Grupo Editorial Planeta, 2006.

Bergad, Laird W., Fe Iglesias García, y María del Carmen Barcia. *The Cuban Slave Market, 1790-1880*. Cambridge: Cambridge University Press, 1995.

Berlin, Ira. *Generations of Captivity. A History of African-American Slaves*. Cambridge: Belknap Press of Harvard University Press, 2003.

Berlin, Ira. *Many Thousands Gone. The First Two Centuries of Slavery in North America*. Cambridge: The Belknap Press of Harvard University Press, 1998.

Bernand, Carmen, y Alessandro Stella (dir.). *D'esclaves à soldats: Miliciens et soldats d'origine servile, XIIIe-XXIe siècles*. Paris: L'Harmattan, 2006.

Bernand, Carmen. *Negros esclavos y libres en las ciudades hispanoamericanas*. Madrid: Fundación Histórica Tavera, 2001.

Bethell, Leslie, y José Murilo de Carvalho. "Brazil from Independence to the Middle of the Nineteenth Century." En *The Cambridge History of Latin America. Volume III. From Independence to* c. *1870*, editado por Leslie Bethell, 679-746. Cambridge: Cambridge University Press, 1985.

Bilby, Kenneth M. *True-Born Maroons*. Prólogo de Kevin Yelvington. Gainesville: University Press of Florida, 2005.

Bilby, Kenneth M., y Jerome S. Handler. "Obeah: Healing and Protection in West Indian Slave Life." *Journal of Caribbean History* 38 (2004): 153-83.

Blackburn, Robin. "Introduction." En *Paths to Freedom. Manumission in the Atlantic World*, editado por Rosemary Brana-Shute y Randy J. Sparks, 1-13. Columbia: University of South Carolina Press, 2009.

Blackburn, Robin. *The Overthrow of Colonial Slavery, 1776-1848*. London: Verso, 1988.

Blackett, R. J. M. *Making Freedom. The Underground Railroad and the Politics of Slavery*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2013.

Blair, Barbara L. "Wolfert Simon van Hoogenheim in the Berbice Slave Revolt of 1763-1764." *Bijdragen tot de Taal-, Land- en Volkenkunde* 140 (1984): 56-76. <www.jstor.org/stable/27863557>.

Blanchard, Peter. *Slavery and Abolition in Early Republican Peru*. Wilmington, Delaware: SR Books, 1992.

Blanchard, Peter. *Under the Flags of Freedom. Slave Soldiers and the Wars of Independence in Spanish South America*. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 2008.

Blancpain, François. *La Condition des paysans haïtiens: Du Code noir aux codes ruraux*. Paris: Karthala, 2003.

Blassingame, John W. *The Slave Community. Plantation Life in the Antebellum South*. New York: Oxford University Press, 1972.

Bly, Antonio T. "'Pretends He Can Read': Runaways and Literacy in Colonial America, 1730-1776." *Early American Studies* 6 (otoño de 2008): 261-294.

Boidin, Capucine. "Esclaves, pardos et milices au Paraguay (XVII-XIXe siècles)." En *D'esclaves à soldats: Miliciens et soldats d'origine servile, XIIIe-XXIe siècles*, editado por Carmen Bernand y Alessandro Stella, 341-364. Paris: L'Harmattan, 2006.

Bollettino, Maria Alessandra. "Slavery, War, and Britain's Atlantic Empire. Black Soldiers, Sailors, and Rebels in the Seven Years' War." Ph.D. diss., Department of History, University of Texas at Austin, 2009. <https://repositories.lib.utexas.edu/bitstream/handle/2152/ETD-UT-2009-12-543/BOLLETTINO-DISSERTATION.pdf?sequence=1&isAllowed=y>.

Bond, Richard E. "Shaping a Conspiracy: Black Testimony in the 1741 New York Plot." *Early American Studies* 5 (primavera de 2007): 65-94.

Bordewich, Fergus M. *Bound for Canaan. The Epic Story of the Underground Railroad, America's First Civil Rights Movement*. New York: Amistad, 2005.

Borrego Plá, María del Carmen. *Palenques de negros en Cartagena de Indias a fines del siglo diecisiete*. Sevilla: Escuela de Estudios Hispanoamericanos, 1973.

Borucki, Alex. "The Slave Trade to the Río de la Plata, 1777-1812: Trans-Imperial Networks and Atlantic Warfare." *Colonial Latin American Review* 20 (abril 2011): 81-107.

Bowser, Frederick P. *The African Slave in Colonial Peru, 1524-1650*. Stanford: Stanford University Press, 1974.

Bowser, Frederick P. "Colonial Spanish America." En *Neither Slave nor Free. The Freedmen of African Descent in the Slave Societies of the New World*, editado por David W. Cohen y Jack P. Greene, 19-58. Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1972.

Brana-Shute, Rosemary. "Sex and Gender in Suriname Manumissions." En *Paths to Freedom. Manumission in the Atlantic World*, editado por Rosemary

Brana-Shute y Randy J. Sparks, 175-196. Columbia: University of South Carolina Press, 2009.

Briggs, John [et al.]. *Crime and Punishment in England. An Introductory History*. London: University College London Press, 1998.

Brown, Vincent. *The Reaper's Garden. Death and Power in the World of Atlantic Slavery*. Cambridge: Harvard University Press, 2008.

Brown, Vincent. "Slave Revolt in Jamaica, 1760-1761. A Cartographic Narrative", 2012. <http://revolt.axismaps.com>.

Bryant, Sherwin K. "Finding Gold, Forming Slavery: The Creation of a Classic Slave Society, Popayán, 1600-1700." *The Americas* 63 (julio 2006): 81-112.

Buckley, Roger Norman. *Slaves in Red Coats. The British West India Regiments, 1795-1815*. New Haven: Yale University Press, 1979.

Buman, Nathan A. "To Kill Whites. The 1811 Louisiana Slave Insurrection." Master thesis, Louisiana State University, 2008. <http://etd.lsu.edu/docs/available/etd-07112008-110053/unrestricted/buman_thesis.pdf>.

Burac, Maurice. *La Barbade: Les mutations récentes d'une île sucrière*. Bordeaux: Presses Universitaires de Bordeaux, 1993.

Burnard, Trevor. *Mastery, Tyranny, and Desire. Thomas Thistlewood and His Slaves in the Anglo Jamaican World*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2004.

Callahan, Allen Dwight. *The Talking Book. African Americans and the Bible*. New Haven: Yale University Press, 2006.

Calvo, Thomas. *L'Amérique ibérique de 1570 à 1910*. Paris: Nathan, 1994.

Campbell, Marvis. *The Maroons of Jamaica 1655-1796*. Trenton, New Jersey: African World Press, Inc., 1990.

Cardoso, Ciro Flamarion Santana. *La Guyane française (1715-1817): Aspects économiques et sociaux. Contribution à l'étude des sociétés esclavagistes d'Amérique*. Petit-Bourg, Guadeloupe: Ibis Rouge, 1999.

Carroll, Patrick J. *Blacks in Colonial Veracruz. Race, Ethnicity, and Regional Development*. Austin: University of Texas Press, 1991.

Chandler, David L. *Health and Slavery in Colonial Colombia*. New York: Arno Press, 1981.

Chauleau, Liliane. *Dans les îles du vent, la Martinique, XVIIe-XIXe siècle*. Paris: L'Harmattan, 1994.

C[hevalier], L[ouis]. "Peuplement et population de la Guadeloupe." *Population* 18 (enero-marzo 1963): 137-141.

Childs, Matt D. *The 1812 Aponte Rebellion in Cuba and the Struggle against Atlantic Slavery*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2006.

Christian, Charles M. *Black Saga. The African American Experience*. With the assistance of Sari J. Bennett. Boston: Houghton Mifflin, 1995.

Cohen, David W., y Jack P. Greene (dir.). *Neither Slave nor Free. The Freedmen of African Descent in the Slave Societies of the New World*. Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1972.

Cohen, David W., y Jack P. Greene. "Introduction." En *Neither Slave nor Free. The Freedmen of African Descent in the Slave Societies of the New World*, editado por David W. Cohen y Jack P. Greene, 1-18. Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1972.

Cole, Shawn. "Capitalism and Freedom: Manumissions and the Slave Market in Louisiana, 1725-1820." *Journal of Economic History* 65 (diciembre 2005): 1008-1027.

Contreras Cruces, Hugo. "Artesanos mulatos y soldados beneméritos: El Batallón de Infantes de la Patria en la guerra de independencia de Chile, 1795-1820." *Historia* (Santiago) 44 (junio 2011): 51-89. <http://www.scielo.cl/pdf/historia/v44n1/art02.pdf>.

Cooper, Afua. *The Hanging of Angélique. The Untold Story of Canadian Slavery and the Burning of Old Montreal*. Toronto: Harper Collins, 2006.

Costa, Emília Viotti da. *The Brazilian Empire. Myths and Histories*. 2da rev. ed., Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2000.

Costa, Emília Viotti da. *Crowns of Glory, Tears of Blood. The Demerara Slave Rebellion of 1823*. New York: Oxford University Press, 1994.

Cotta, Francis Albert. "Les compagnies de mulâtres et de noirs *libertos*. Mobilité sociale et offices militaires dans le Minas Gerais, Brésil, XVIIIe siècle." En *D'esclaves à soldats: Miliciens et soldats d'origine servile, XIIIe-XXIe siècles*, editado por Carmen Bernand y Alessandro Stella, 149-162. Paris: L'Harmattan, 2006.

Cowling, Camillia. *Conceiving Freedom: Women of Color, Gender, and the Abolition of Slavery in Havana and Rio de Janeiro*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2013.

Cox, Edward L. "Fedon's Rebellion 1795-1796: Causes and Consequences." *Journal of Negro History* 67 (primavera de 1982): 7-19.

Craton, Michael. "The Black Caribs of St. Vincent: A Reevaluation." En *The Lesser Antilles in the Age of European Expansion*, editado por Robert L. Paquette y Stanley L. Engerman, 71-85. Gainesville: University Press of Florida, 1996.

Craton, Michael. *Testing the Chains. Resistance to Slavery in the British West Indies*. Ithaca: Cornell University Press, 1982.

Curtin, Philip D. *The Atlantic Slave Trade. A Census*. Madison: University of Wisconsin Press, 1969.

Davidson, David M. "Negro Slave Control and Resistance in Colonial Mexico, 1519-1650." En *Maroon Societies. Rebel Slave Communities in the Americas*, editado por Richard Price, 82-103. Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1987.

Davis, David Brion. *Slavery and Human Progress*. New York: Oxford University Press, 1984.

Davis, Thomas J. "Conspiracy and Credibility: Look Who's Talking, about What: Law Talk and Loose Talk." En "*Forum*: The Making of a Slave Conspiracy," parte 2, *William and Mary Quarterly* 59 (enero 2002): 167-174.

Debbasch, Yvan. "Le Maniel: Further Notes." En *Maroon Societies. Rebel Slave Communities in the Americas*, editado por Richard Price, 143-148. Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1987.

Debien, Gabriel. *Les esclaves aux Antilles françaises*. Basse-Terre, Guadeloupe: Société d'Histoire de la Guadeloupe, 1974.

Debien, Gabriel. "Marronage in the French Caribbean." En *Maroon Societies. Rebel Slave Communities in the Americas*, editado por Richard Price, 107-134. Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1987.

Degler, Carl N. *Neither Black nor White. Slavery and Race Relations in Brazil and the United States*. New York: Macmillan, 1971.

Demazière, Ève. *Les cultures noires d'Amérique centrale*. Paris: Karthala, 1994.

Díaz, María Elena. *The Virgin, the King, and the Royal Slaves of El Cobre. Negotiating Freedom in Colonial Cuba, 1670-1780*. Stanford: Stanford University Press, 2000.

Díaz Soler, Luis M. *Historia de la esclavitud negra en Puerto Rico*. 1953; reimp., [Río Piedras]: Editorial Universitaria, Universidad de Puerto Rico, 1981.

Din, Gilbert C. "Carondelet, the Cabildo, and Slaves: Louisiana in 1795." *Louisiana History. Journal of the Louisiana Historical Association* 38 (invierno de 1997): 5-28.

Diouf, Sylviane A. *Slavery's Exiles. The Story of the American Maroons*. New York: New York University Press, 2014.

Domínguez, Jorge I. *Insurrection or Loyalty. The Breakdown of the Spanish American Empire*. Cambridge: Harvard University Press, 1980.

Doolen, Andy. "Reading and Writing Terror: The New York Conspiracy Trials of 1741." *American Literary History* 16 (otoño de 2004): 377-406.

Drescher, Seymour. *Capitalism and Antislavery. British Mobilization in Comparative Perspective*. New York: Oxford University Press, 1987.

Drescher, Seymour, y Pieter C. Emmer (dir.). *Who Abolished Slavery? Slave Revolts and Abolitionism: A Debate with João Pedro Marques*. New York: Berghahn Books, 2010.

Du Bois, W. E. Burghardt. *Black Reconstruction in America. An Essay toward a History of the Part Which Black Folk Played in the Attempt to Reconstruct Democracy in America, 1860-1880*. 1935; reimp., New York: Russell & Russell, 1962.

Dubois, Laurent. *A Colony of Citizens. Revolution and Slave Emancipation in the French Caribbean, 1787-1804*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2004.

Dubois, Laurent. *Avengers of the New World. The Story of the Haitian Revolution.* Cambridge: The Belknap Press of Harvard University Press, 2004.

Echeverri, Marcela. *Indian and Slave Royalists in the Age of Revolution: Reform, Revolution, and Royalism in the Northern Andes, 1780-1825*. New York: Cambridge University Press, 2016.

Egerton, Douglas R. *Gabriel's Rebellion. The Virginia Conspiracies of 1800 and 1802*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1993.

Egerton, Douglas R. *He Shall Go Out Free. The Lives of Denmark Vesey*. Madison: Madison House, 1999.

Egerton, Douglas R. "Slaves to the Marketplace: Economic Liberty and Black Rebelliousness in the Atlantic World." *Journal of the Early Republic* 26 (invierno de 2006): 617-639.

Elisabeth, Léo. "The French Antilles." En *Neither Slave nor Free. The Freedmen of African Descent in the Slave Societies of the New World*, editado por David W. Cohen y Jack P. Greene, 134-171. Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1972.

Elkins, Stanley M. *Slavery. A Problem in American Institutional and Intellectual Life*. Chicago: University of Chicago Press, 1959.

Eltis, David. *The Rise of African Slavery in the Americas*. Cambridge: Cambridge University Press, 2000.

Eltis, David. "The Volume and Structure of the Transatlantic Slave Trade: A Reassessment." *William and Mary Quarterly* 58 (enero 2001): 17-46.

Eltis, David, y David Richardson. "West Africa and the Transatlantic Slave Trade: New Evidence of Long-Run Trends." *Slavery and Abolition* 18, no. 1 (1997): 16-35.

Emmer, Pieter C. *The Dutch Slave Trade, 1500-1850*. Traducido por Chris Emery. New York: Berghahn, 2006.

Emmer, Pieter C. "Who Abolished Slavery in the Dutch Caribbean?" En *Who Abolished Slavery: Slave Revolts and Abolitionism: A Debate with João Pedro Marques*, editado por Seymour Drescher y Pieter C. Emmer, 103-111. New York: Berghahn Books, 2010.

Etemad, Bouda. *Crimes et réparations. L'Occident face à son passé colonial.* Bruselas: André Versaille Editeur, 2008.

Fallope, Josette. *Esclaves et citoyens: Les Noirs à la Guadeloupe au XIXe siècle dans les processus de résistance et d'intégration (1802-1910)*. Basse-Terre, Guadeloupe: Société d'Histoire de la Guadeloupe, 1992.

Faragher, John Mack, Mari Jo Buhle, Daniel Czitrom, y Susan H. Armitage. *To 1877*. Vol. 1 de *Out of Many. A History of the American People.* 3ra ed., Upper Saddle River, New Jersey: Prentice Hall, 1997.

Feliú Cruz, Guillermo. *La abolición de la esclavitud en Chile: Estudio histórico y social*. [Santiago de Chile]: Universidad de Chile, 1942.

Fernandes, Florestan. *A integração do negro na sociedade de classes*. São Paulo: Dominus Editôra, 1965.

Ferrer, Ada. "Haiti, Free Soil, and Antislavery in the Revolutionary Atlantic." *American Historical Review* 117 (febrero 2012): 40-66.

Ferrer, Ada. "La société esclavagiste cubaine et la révolution haïtienne." *Annales. Histoire, Sciences sociales* 58 (2003): 333-356.

Fick, Carolyn. "Emancipation in Haiti: From Plantation Labour to Peasant Proprietorship." *Slavery and Abolition* 21, no. 2 (2000): 11-40.

Fick, Carolyn E. *The Making of Haiti. The Saint Domingue Revolution from Below*. Knoxville: University of Tennessee Press, 1990.

Finkelman, Paul. *Slavery and the Founders. Race and Liberty at the Age of Jefferson*. Armonk, New York: M. E. Sharpe, 2001.

Foote, Thelma Wills. *Black and White Manhattan. The History of Racial Formation in Colonial New York City*. New York: Oxford University Press, 2004.

"*Forum*: The Making of a Slave Conspiracy." Parte 1, *William and Mary Quarterly* 58 (octubre 2001): 913-76, y parte 2, *William and Mary Quarterly* 59 (enero 2002): 135-202.

Fouchard, Jean. *Les Marrons de la liberté*. Paris: Éditions de l'École, 1972.

Fox-Genovese, Elizabeth. *Within the Plantation Household. Black and White Women in the Old South*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1988.

French, Scot. *The Rebellious Slave. Nat Turner in American Memory*. Boston: Houghton Mifflin, 2004.

Frey, Sylvia R. *Water from the Rock. Black Resistance in a Revolutionary Age*. Princeton: Princeton University Press, 1991.

Freyre, Gilberto. *Casa-grande and senzala: Formação da família brasileira sob o regime de economia patriarcal*. Rio de Janeiro: Maia & Schmidt, 1933.

Frostin, Charles. *Les révoltes blanches à Saint-Domingue aux XVIIe et XVIIIe siècles: (Haïti avant 1789)*. Prefacio de Olivier Pétré-Grenouilleau. Rennes: Presses Universitaires de Rennes, 2008.

Funes, Eurípedes Antônio. "Comunidades Remanescentes dos Mocambos do Alto Trombetas." Projeto Manejo dos Territórios Quilombolas, Departamento de História, Universidade Federal do Ceará, diciembre 2000. <www.cpisp.org.br/comunidades/pdf/alto-trombetas.pdf>.

Gainot, Bernard. "'Sur fond de cruelle inhumanité': Les politiques du massacre dans la révolution de Haïti." *La Révolution française* [on ligne], Les massacres aux temps des révolutions, publicado on line 8 enero 2011. <http://lrf.revues.org/index239.html>.

García León, Susana. *La justicia en la Nueva España: Criminalidad y arbitro judicial en la Mixteca Alta (siglos XVII y XVIII)*. Madrid: Editorial Dykinson, 2012.

Garnot, Benoît. "Justice, infrajustice, parajustice et extra justice dans la France d'Ancien Régime." *Crime, Histoire and Sociétés / Crime, History and Societies* 4 (2000): 103-120.

Garrigus, John D. *Before Haiti. Race and Citizenship in French Saint-Domingue*. London: Palgrave Macmillan, 2007.

Garrigus, John D. "Catalyst or Catastrophe? Saint-Domingue's Free Men of Color and the Battle of Savannah, 1779-1782." *Revista / Review Interamericana* 22 (1992): 109-125.

Garrigus, John D. "Vincent Ogé *Jeune* (1757-91): Social Class and Free Colored Mobilization on the Eve of the Haitian Revolution." *The Americas* 68 (julio 2011): 33-62.

Gaspar, David Barry. *Bondmen and Rebels. A Study of Master-Slave Relations in Antigua, with Implications for Colonial British America*. Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1985.

Gaspar, David Barry. "From 'the Sense of Their Slavery': Slave Women and Resistance in Antigua, 1632-1763." En *More Than Chattel. Black Women and Slavery in the Americas*, editado por David Barry Gaspar y Darlene Clark Hine, 218-38. Bloomington: Indiana University Press, 1996.

Gaspar, David Barry. "La Guerre des Bois: Revolution, War, and Slavery in Saint-Lucia, 1793-1838." En *A Turbulent Time. The French Revolution and the Greater Caribbean*, editado por David B. Gaspar y David P. Geggus, 102-130. Bloomington: Indiana University Press, 1997.

Gaspar, David Barry. "Slavery, Amelioration, and Sunday Markets in Antigua, 1823-1831." *Slavery and Abolition* 9, no. 1 (1988): 1-28.

Gaspar, David B., y David P. Geggus (dir.). *A Turbulent Time. The French Revolution and the Greater Caribbean*. Bloomington: Indiana University Press, 1997.

Gautier, Arlette. *Les sœurs de Solitude: La condition féminine dans l'esclavage aux Antilles du XVIIe au XIXe siècle*. 1985; reimp., Rennes: Presses Universitaires de Rennes, 2010.

Geggus, David. "The Enigma of Jamaica in the 1790s: New Light on the Causes of Slave Rebellions. *William and Mary Quarterly* 44 (abril 1987): 274-299.

Geggus, David P. "Esclaves et gens de couleur libres de la Martinique pendant l'époque révolutionnaire et napoléonienne: Trois instants de résistance." *Revue Historique* 295 (enero-marzo 1996): 105-132.

Geggus, David P. "The French Slave Trade: An Overview." *William and Mary Quarterly* 58 (enero 2001): 119-138.

Geggus, David P. *Haitian Revolutionary Studies*. Bloomington: Indiana University Press, 2002.

Geggus, David. "Saint-Domingue on the Eve of the Haitian Revolution." En *The World of the Haitian Revolution*, editado por David Patrick Geggus y Norman Fiering, 3-20. Bloomington: Indiana University Press, 2009.

Geggus, David P., "Slave and Free Colored Women in Saint Domingue." En *More Than Chattel. Black Women and Slavery in the Americas*, editado por

David Barry Gaspar y Darlene Clark Hine, 259-278. Bloomington: Indiana University Press, 1996.

Geggus, David. "Slave Rebellion during the Age of Revolution." En *Curaçao in the Age of Revolutions, 1795-1800*, editado por Wim Klooster y Gert Oostindie, 21-56. Leiden: KITLV Press, 2011.

Geggus, David P. "Slave Resistance in the Spanish Caribbean in the Mid-1790s." En *A Turbulent Time. The French Revolution and the Greater Caribbean*, editado por David B. Gaspar y David P. Geggus, 131-155. Bloomington: Indiana University Press, 1997.

Geggus, David. "The Slaves and Free Coloreds of Martinique during the Age of the French and Haitian Revolutions. Three Moments of Resistance." En *The Lesser Antilles in the Age of European Expansion*, editado por Robert L. Paquette y Stanley L. Engerman, 280-301. Gainesville: University Press of Florida, 1996.

Geggus, David P. "Sugar and Coffee Cultivation in Saint Domingue and the Shaping of the Slave Labor Force." En *Cultivation and Culture: Labor and the Shaping of Slave Life in the Americas*, editado por Ira Berlin y Philip D. Morgan, 73-98. Charlottesville: University Press of Virginia, 1993.

Genovese, Eugene D. *From Rebellion to Revolution. Afro-American Slave Revolts in the Making of the Modern World*. Baton Rouge: Louisiana State University Press, 1979.

Genovese, Eugene D. *Roll, Jordan, Roll. The World the Slaves Made*. New York: Pantheon Books, 1974.

Germeten, Nicole von. *Violent Delights, Violent Ends: Sex, Race, and Honor in Colonial Cartagena de Indias*. Albuquerque: University of New Mexico Press, 2013.

Ghachem, Malick Walid. *The Old Regime and the Haitian Revolution*. New York: Cambridge University Press, 2012.

Gigantino, James J., II. *The Ragged Road to Abolition: Slavery and Freedom in Nueva Jersey, 1775-1865*. Philadelphia: University of Pennsylvania Press, 2014.

Gilbert, Alan. *Black Patriots and Loyalists. Fighting for Emancipation in the War for Independence*. Chicago: University of Chicago Press, 2012.

Gilroy, Paul. *The Black Atlantic. Modernity and Double Consciousness*. London: Verso, 1993.

Girard, Philippe R. *The Slaves Who Defeated Napoléon: Toussaint Louverture and the Haitian War of Independence, 1801-1804*. Tuscaloosa: The University of Alabama Press, 2011.

Gisler, Antoine. *L'esclavage aux Antilles françaises: XVIIe-XIXe siècle, contribution au problème de l'esclavage*. Friburgo: Éditions Universitaires, 1965.

Glymph, Thavolia. *Out of the House of Bondage: The Transformation of the Plantation Household*. New York: Cambridge University Press, 2008.

Gómez, Alejandro E. "Entre résistance, piraterie et républicanisme: Mouvements insurrectionnels d'inspiration révolutionnaire franco-antillaise dans la côte de Caracas, 1794-1800." *Travaux et Recherches de l'UMLV* 11 (enero 2006): 91-120.

Goslinga, Cornelis Ch. *The Dutch in the Caribbean and in the Guianas, 1680-1791*, editado por Maria J. L. van Yperen. Assen, Países Bajos: Van Gorcum, 1985.

Goslinga, Cornelis Ch. *The Dutch in the Caribbean and in Surinam, 1791/5-1942*. Assen, Países Bajos: Van Gorcum, 1990.

Graden, Dale Torston, *From Slavery to Freedom in Brazil. Bahia, 1835-1900*. Albuquerque: University of New Mexico Press, 2006.

Gragg, Larry Dale. *The Quaker Community on Barbados. Challenging the Culture of the Planter Class*. Columbia: University of Missouri Press, 2009.

Graham, Sandra Lauderdale. *House and Street. The Domestic World of Servants and Masters in Nineteenth-Century Rio de Janeiro*. Cambridge: Cambridge University Press, 1988.

Grant, John N. "Black Immigrants into Nova Scotia, 1776-1815." *Journal of Negro History* 58 (julio 1973): 253-270.

Griggs, Earl Leslie. "Introduction." En Henri Christophe, King of Haiti, *Henry Christophe and Thomas Clarkson: A Correspondence*, editado por Earl Leslie Griggs y Clifford H. Prator, 3-80. Berkeley: University of California Press, 1952.

Groot, Silvia W. de. "The Maroons of Surinam: Agents of Their Own Emancipation." En *Abolition and Its Aftermath. The Historical Context, 1790-1916*, editado por David Richardson, 55-77. London: Frank Cass, 1985.

Groot, Silvia W. de. *Van isolatie naar integratie; de Surinaamse Marrons en hun afstammelingen; officiele documenten betreffende de Djoeka's (1845-1863)*. s-Gravenhaage: M. Nijhoff, 1963.

Guimarães, Carlos Magno. *Uma negação da ordem escravista: Quilombos em Minas Gerais no século XVIII*. São Paulo: Icone Editora, 1988.

Gutiérrez Azopardo, Ildefonso. "Las cofradías de negros en la América Hispana. Siglos XVI-XVIII." N. d. <http://www.africafundacion.org/IMG/pdf/Frater.pdf>

Guy, Donna J., y Thomas E. Sheridan (dir.). *Contested Ground. Comparative Frontiers on the Northern and Southern Edges of the Spanish Empire*. Tucson: University of Arizona Press, 1998.

Guy, Donna J., y Thomas E. Sheridan. "On Frontiers." En *Contested Ground. Comparative Frontiers on the Northern and Southern Edges of the Spanish Empire*, editado por Donna J. Guy y Thomas E. Sheridan, 3-15. Tucson: University of Arizona Press, 1998.

Hall, Douglas. En *Miserable Slavery. Thomas Thistlewood in Jamaica, 1750-86*. London: Macmillan, 1989.

Hall, Douglas. "Jamaica." En *Neither Slave nor Free. The Freedmen of African Descent in the Slave Societies of the New World*, editado por David W. Cohen y Jack P. Greene, 193-213. Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1972.

Hall, Gwendolyn Midlo. *Africans in Colonial Louisiana. The Development of Afro-Creole Culture in the Eighteenth-Century*. Baton Rouge: Louisiana State University Press, 1992.

Hall, N. A. T. "Maritime Maroons. *Grand Marronage* from the Danish West Indies." En *Caribbean Slave Society and Culture. A Student Reader*, editado por Hilary Beckles y Verene Shepherd, 387-400. New York: The New Press, 1991.

Halpern, Jean-Claude. "Les fêtes révolutionnaires et l'abolition de l'esclavage en l'an II." En *Les Abolitions de l'esclavage: De L. F. Sonthonax à V. Schœlcher, 1793, 1794, 1848. Actes du colloque international tenu à l'université Paris-VIII les 3, 4 et 5 février 1994, organisé par l'Association pour l'étude de la colonisation européenne*, editado por Marcel Dorigny, 187-198. Paris: UNESCO y Saint-Denis: Presses Universitaires de Vincennes, 1995.

Handler, Jerome S. "Slave Revolts and Conspiracies in Seventeenth-Century Barbados." *New West Indian Guide* 56 (1982): 5-43.

Handler, Jerome S. *The Unappropriated People. Freedmen in the Slave Society of Barbados*. Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1974.

Handler, Jerome S., y Arnold A. Sio, "Barbados." En *Neither Slave nor Free. The Freedmen of African Descent in the Slave Societies of the New World*, editado por David W. Cohen y Jack P. Greene, 214-257. Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1972.

Hanger, Kimberly S. "Avenues to Freedom Open to New Orleans' Black Population, 1769-1779." *Louisiana History. The Journal of the Louisiana Historical Association* 31 (verano de 1990): 237-264.

Harris, J. William. *The Hanging of Thomas Jeremiah. A Free Black Man's Encounter with Liberty*. New Haven: Yale University Press, 2010.

Harris, Leslie M. *In the Shadow of Slavery. African Americans in New York City, 1626-1863*. Chicago: University of Chicago Press, 2003.

Hart, Richard. *Slaves Who Abolished Slavery*. 2 vols. Kingston, Jamaica: Institute of Social and Economic Research, University of the West Indies, 1980-1985.

Helg, Aline. *Liberty and Equality in Caribbean Colombia, 1770-1835*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2004.

Helg, Aline, "La limpieza de sangre bajo las reformas borbónicas y su impacto en el Caribe neogranadino." *Boletín de Historia y Antigüedades* (Academia Colombiana de Historia) 100, no. 858 (enero-junio 2014): 143-180.

Helg, Aline. "Simón Bolívar's Republic: A Bulwark against the 'Tyranny' of the Majority." *Revista de Sociologia e Política* 20 (junio 2012): 123-147, <www.scielo.br/pdf/rsocp/v20n42/04.pdf>

Herrera, Robinson A. "'Porque no sabemos firmar': Black Slaves in Early Guatemala." *The Americas* 57 (octubre 2000): 247-267.

Herskovits, Melville J. *The Myth of the Negro Past*. New York: Harper, 1941.

Heuman, Gad. "Introduction." En *Out of the House of Bondage. Runaways, Resistance and Marronage in Africa and the New World*, editado por Gad Heuman, 1-8. London: Frank Cass, 1986.

Heuman, Gad. "Runaway Slaves in Nineteenth-Century Barbados." En *Out of the House of Bondage. Runaways, Resistance and Marronage in Africa and the New World*, editado por Gad Heuman, 95-121. London: Frank Cass, 1986.

Higgins, Kathleen J. "Gender and the Manumission of Slaves in Colonial Brazil: The Prospects for Freedom in Sabará, Minas Gerais, 1710-1809." *Slavery and Abolition* 18, no 2 (1997): 1-29.

Higgins, Kathleen J. *"Licentious Liberty" in a Brazilian Gold-Mining Region. Slavery, Gender, and Social Control in Eighteenth-Century Sabará, Minas Gerais*. University Park: Penn State University Press, 1999.

Higman, Barry W. *Slave Populations of the British Caribbean, 1807-1834*. Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1984.

Higman, Barry William. "The Sugar Revolution." *Economic History Review* 55 (mayo 2000): 213-236.

Hirschfeld, Fritz. *George Washington and Slavery. A Documentary Portrayal*. Columbia: University of Missouri Press, 1997.

Hodges, Graham Russell. "Black Revolt in New York City and the Neutral Zone, 1775-1783." En *New York in the Age of the Constitution, 1775-1800*, editado por Paul A. Gilje y William Pencak, 20-47. Rutherford, New Jersey: Fairleigh Dickinson University Press, 1992.

Hodges, Graham Russell. *Root and Branch. African Americans in New York and East Jersey, 1613-1863*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1999.

Hoetink, H[arry]. *Slavery and Race Relations in the Americas. Comparative Notes on Their Nature and Nexus*. New York: Harper & Row, 1973.

Hoetink, H[arry]. "Surinam and Curaçao." En *Neither Slave nor Free. The Freedmen of African Descent in the Slave Societies of the New World*, editado por David W. Cohen y Jack P. Greene, 59-83. Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1972.

Holt, Thomas C. *The Problem of Freedom. Race, Labor, and Politics in Jamaica and Britain, 1832-1938*. Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1992.

Hoogbergen, Wim S. M., *The Boni Maroon Wars in Suriname*, Leiden: E. J. Brill, 1990.

Hünefeldt, Christine. *Paying the Price of Freedom. Family and Labor among Lima's Slaves, 1800-1854*. Berkeley: University of California Press, 1994.

Hunt, Lynn. *Inventing Human Rights. A History*. New York: W. W. Norton, 2007.

Hurbon, Laënnec. "Église et esclavage au XVIIIe siècle à Saint-Domingue." En *Les Abolitions de l'esclavage: De L. F. Sonthonax à V. Schœlcher, 1793, 1794, 1848. Actes du colloque international tenu à l'université Paris-VIII les 3, 4 et 5 février 1994, organisé par l'Association pour l'étude de la colonisation européenne*, editado por Marcel Dorigny, 87-100. Paris: UNESCO y Saint-Denis: Presses Universitaires de Vincennes, 1995.

Ishemo, Shubi L. "Forced Labour and Migration in Portugal's African Colonies." En *The Cambridge Survey of World Migration*, editado por Robin Cohen, 162-165. Cambridge: Cambridge University Press, 1995.

Izard, Miquel. *Orejanos, cimarrones y arrochelados*. Barcelona: Sendai Ediciones, 1988.

Jackson, Luther P. "Manumission in Certain Virginia Cities." *Journal of Negro History* 15 (julio 1930): 278-314.

Jackson, Maurice. *Let This Voice Be Heard. Anthony Benezet, Father of Atlantic Abolitionism*. Philadelphia: University of Pennsylvania Press, 2009.

James, C. L. R. *The Black Jacobins. Toussaint Louverture and the San Domingo Revolution*. London: Secker and Warburg, 1938.

Jennings, Evelyn P. "Paths to Freedom. Imperial Defense and Manumission in Havana, 1762-1800." En *Paths to Freedom. Manumission in the Atlantic World*, editado por Rosemary Brana-Shute y Randy J. Sparks, 121-141. Columbia: University of South Carolina Press, 2009.

Jennings, Lawrence C. "Cyrille Bissette, Radical Black French Abolitionist." *French History* 9 (marzo 1995): 48-66.

Jennings, Lawrence *La France et l'abolition de l'esclavage (1802-1848)*, André Versaille Editeur, Bruxelles, 2010.

Jernegan, Marcus W. "Slavery and Conversion in the American Colonies." *American Historical Review* 21 (abril 1916): 504-527.

Jiménez Román, Miriam. "Africa's Legacy in Mexico. What Is a Mexican?". <www.smithsonianeducation.org/migrations/legacy/almmx.html>.

Johnson, Lyman L. "Manumission in Colonial Buenos Aires, 1776-1810." *Hispanic American Historical Review* 59 (mayo 1979): 258-279.

Johnson, Michael P. "Vesey and His Co-Conspirators." *William and Mary Quarterly* 58 (octubre 2001): 915-976.

Johnson, Sarah. E. "'You Should Give Them Blacks to Eat': Waging Inter-American Wars of Torture and Terror." *American Quarterly 61 (*marzo 2009): 65-92.

Jordan, Don, y Michael Walsh. *White Cargo. The Forgotten History of Britain's White Slaves in America*. New York: New York University Press, 2008.

Kafka, Judith. "Action, Reaction and Interaction: Slave Women in Resistance in the South of Saint Domingue, 1793-94." *Slavery & Abolition* 18, no. 2 (1997): 48-72.

Kaplan, Sidney, y Emma Nogrady Kaplan. *The Black Presence in the Era of the American Revolution, 1770-1800*. Greenwich, Connecticut: New York Graphic Society, 1973.

Karasch, Mary. "Interethnic Conflict and Resistance on the Brazilian Frontier of Goaiás, 1750-1890." En *Contested Ground. Comparative Frontiers on the Northern and Southern Edges of the Spanish Empire*, editado por Donna J. Guy y Thomas E. Sheridan, 115-134. Tucson: University of Arizona Press, 1998.

Karasch, Mary C. *Slave Life in Rio de Janeiro, 1808-1850*. Princeton: Princeton University Press, 1987.

Kars, Marjoleine. "Dodging Rebellion: Politics and Gender in the Berbice Slave Uprising of 1763." *American Historical Review* 121 (febrero 2016): 39-69.

Kennedy, Melvin D. "The Bissette Affair and the French Colonial Question." *Journal of Negro History* (enero 1960): 1-10.

Kimmel, Ross M. "Blacks before the Law in Colonial Maryland." Master's thesis, 1974, Maryland State Archive, Special Collection. <http://msa.maryland.gov/msa/speccol/sc5300/sc5348/html/title.html>.

Kinsbruner, Jay. *Not of Pure Blood. The Free People of Color and Racial Prejudice in Nineteenth-Century Puerto Rico*. Durham: Duke University Press, 1996.

Klachko Rotman, Maïté. "Le rôle de l'armée dans le processus de libération des esclaves au Río de la Plata: Le cas des *'libertos'* de Buenos Aires (1806-1821)." En *D'esclaves à soldats: Miliciens et soldats d'origine servile, XIIIe-XXIe siècles*, editado por Carmen Bernand y Alessandro Stella, 279-300. Paris: L'Harmattan, 2006.

Klebaner, Benjamin Joseph. "American Manumission Laws and the Responsibility for Supporting Slaves." *Virginia Magazine of History and Biography* 63 (octubre 1955): 443-453.

Klein, Herbert S. *African Slavery in Latin America and the Caribbean*. New York: Oxford University Press, 1986.

Klein, Herbert S. *The Atlantic Slave Trade*. Cambridge: Cambridge University Press, 1999.

Klein, Herbert S. "Nineteenth-Century Brazil." En *Neither Slave nor Free. The Freedmen of African Descent in the Slave Societies of the New World*, editado por David W. Cohen y Jack P. Greene, 309-334. Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1972.

Klein, Herbert S., y Francisco Vidal Luna. *Slavery in Brazil*. Cambridge: Cambridge University Press, 2010.

Klooster, Wim. "The Rising Expectations of Free and Enslaved Blacks in the Greater Caribbean." En *Curaçao in the Age of Revolutions, 1795-1800*, editado por Wim Klooster y Gert Oostindie, 57-74. Leiden: KITLV Press, 2011.

Knight, Franklin W. *The African Dimension in Latin American Societies*. New York: Macmillan, 1974.

Kolchin, Peter. *American Slavery, 1619-1877*. New York: Hill and Wang, 1993.

Kom, Anton de. *Wij slaven van Suriname - Wir Sklaven von Surinam*. Moscow: Verlagsgenossenschaft Ausländischer Arbeiter in der UdSSR, 1935.

Komisaruk, Catherine. "Becoming Free, Becoming Ladino. Slave Emancipation and *Mestizaje* in Colonial Guatemala." En *Blacks and Blackness in Central America. Between Race and Place*, editado por Lowell Gudmundson y Justin Wolfe, 150-174. Durham: Duke University Press, 2010.

Kraay, Hendrik. "'Em outra coisa não falavam os pardos, cabras, e crioulos': O 'recrutamento' de escravos na guerra da Independência na Bahia." *Revista Brasileira de História* 22, no. 43 (2002): 109-126.

La Rosa Corzo, Gabino. *Runaway Slave Settlements in Cuba. Resistance and Repression*. Traducido del español por Mary Todd. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2003.

Lambert, David. *White Creole Culture, Politics, and Identity during the Age of Abolition*. Cambridge: Cambridge University Press, 2005.

Landers, Jane. *Black Society in Spanish Florida*. Urbana: University of Illinois Press, 1999.

Landers, Jane. "*Cimarrón* and Citizen. African Ethnicity, Corporate Identity, and the Evolution of Free Black Towns in the Spanish Circum-Caribbean." En *Slaves, Subjects, and Subversives. Blacks in Colonial Latin America*, editado por Jane G. Landers y Barry M. Robinson, 111-45. Albuquerque: University of New Mexico Press, 2006.

Landers, Jane. "Spanish Sanctuary: Fugitives in Florida, 1687-1790." *Florida Historical Quarterly* 62 (enero 1984): 296-313.

Landers, Jane. "Transforming Bondsmen into Vassals: Arming Slaves in Colonial Spanish America." En *Arming Slaves: From Classical Times to the Modern Age*, editado por Christopher Leslie Brown y Philip D. Morgan, 120-145. New Haven: Yale University Press, 2006.

Lara, Oruno. *La Guadeloupe dans l'histoire. La Guadeloupe physique, économique, agricole, commerciale, financière, politique et sociale de 1492 à 1900*. 1921. Reimp., Paris: L'Harmattan, 1999.

Lavallé, Bernard. "Violence esclavagiste et marronnage à Trujillo (Pérou) au XVIIe siècle." En *La Violence en Espagne et en Amérique (XVe-XIXe siècles). Actes du colloque international "Les raisons des plus forts,"* editado por Jean-Paul Duviols y Annie Molinié-Bertrand, 271-90. Paris: Presses de l'Université Paris-Sorbonne, 1997.

Le Guern, Erwann. "Une chose baptisée? Le statut juridique de l'esclave des colonies françaises sous l'Ancien Régime." Mémoire pour le DEA d'histoire du droit, Université Rennes-I, 2002-2003. <http://partages.univ-rennes1.fr/files/partages/Recherche/Recherche%20Droit/Laboratoires/CHD/Theses/LeGuern.pdf>.

Lefebvre, Georges. *La Grande Peur de 1789, suivi de Les Foules révolutionnaires*. 1932. Reimp., Paris: Armand Colin, 1988.

Lepore, Jill. *New York Burning. Liberty, Slavery, and Conspiracy in Eighteenth-Century Manhattan*. New York: Knopf-Vintage Books, 2005.

Lepore, Jill. "The Tightening Vise: Slavery and Freedom in British New York." En *Slavery in New York*, editado por Leslie Harris e Ira Berlin, 57-89. New York: New Press, 2005.

Levy, Claude. "Barbados: The Last Years of Slavery, 1823-1833." *Journal of Negro History* 44 (octubre 1959): 308-345.

Libby, Douglas Cole, y Alfonso de Alencastro Graça Filho. "Notarized and Baptismal Manumissions in the Parish of São José do Rio das Mortes, Minas Gerais (c. 1750-1850)." *The Americas* 66 (octubre 2009): 211-240.

Linebaugh, Peter y Marcus Rediker. *Many-Headed Hydra: Sailors, Slaves, Commoners, and the Hidden History of the Revolutionary Atlantic*. Boston: Beacon, 2000.

Littlefield, Daniel C. "Revolutionary Citizens: 1776-1804." En *To Make Our World Anew, vol. 1: A History of African Americans to 1880*, editado por Robin D. G. Kelley y Earl Lewis, 103-168. Oxford: Oxford University Press, 2005.

Littlefield, Daniel F. Jr., y James W. Parins (dir.). *Encyclopedia of American Indian Removal*. 2 vols. Santa Barbara, California: Greenwood, 2011.

Lockhart, James, y Stuart B. Schwartz. *Early Latin America. A History of Colonial Spanish America and Brazil*. Cambridge: Cambridge University Press, 1983.

Lockley, Tim y David Doddington. "Maroon and Slave Communities in South Carolina before 1865." *South Carolina Historical Magazine* 113 (abril 2012): 125-145.

Lockley, Timothy James, ed. *Maroon Communities in South Carolina. A Documentary Record*. Columbia: University of South Carolina Press, 2009.

Lohse, Russell. "Reconciling Freedom with the Rights of Property: Slave Emancipation in Colombia, 1821-1852, with Special Reference to La Plata." *Journal of Negro History* 86 (verano de 2001): 203-227.

Lokken, Paul. "Marriage as Slave Emancipation in Seventeenth-Century Rural Guatemala." *The Americas* 58, no. 2 (octubre 2001): 175-200.

Lombardi, John V. *The Decline and Abolition of Negro Slavery in Venezuela, 1820-1854*. Westport, Connecticut: Greenwood, 1971.

Lora Hugi, Quisqueya. "El sonido de la libertad: 30 años de agitaciones y conspiraciones en Santo Domingo (1791-1821)." *Clío, Órgano de la Academia Dominicana de la Historia* 80 (julio-diciembre 2011): 109-140.

Lovejoy, Paul E. *Transformations in Slavery. A History of Slavery in Africa*. Cambridge: Cambridge University Press, 1983.

Lucas, Marion Brunson. *A History of Blacks in Kentucky. From Slavery to Segregation, 1760-1891*. Frankfort: University Press of Kentucky, 2003.

Lucena Salmoral, Manuel. "El derecho de coartación del esclavo en la América española." *Revista de Indias* 59, no. 216 (1999): 357-374.

Lynch, John. *Las revoluciones hispanoamericanas, 1808-1826*. 1976; reimp., Barcelona: Editorial Ariel, 1989.

Maestri Filho, Mário José. *L'Esclavage au Brésil*. Paris: Karthala, 1991.

Mam-Lam-Fouck, Serge. *La Guyane française au temps de l'esclavage, de l'or et de la francisation (1802-1946)*. Petit-Bourg, Guadeloupe: Ibis Rouge, 1999.

Mam-Lam-Fouck, Serge. "La résistance au rétablissement de l'esclavage en Guyane française: Traces et regards (1802-1822)." En *Rétablissement de l'esclavage dans les colonies françaises, 1802: Ruptures et continuités dans la politique coloniale française (1800-1830): Aux origines d'Haïti: Actes du colloque international tenu à l'université Paris-VIII les 20, 21 et 22 juin 2002*, editado por Yves Bénot y Marcel Dorigny, 251-71. Paris: Maisonneuve & Larose, 2003.

Marchand-Thébault, M.-L. "L'esclavage en Guyane française sous l'Ancien Régime." *Revue Française d'Histoire d'Outre-Mer* 47 (primer trimestre de 1960): 5-75.

Martin, Michel Louis, y André G. Cabanis. "Choc de terreurs outremer: Haïtiens et Français à Saint-Domingue, 1802-1804." En *Justice et politique: La Terreur dans la Révolution française*, editado por Germain Sicard, Études d'histoire du droit et des idées politiques 1 (1997): 327-344.

Mata, Sara E. "Negros y esclavos en la guerra por la independencia, Salta 1810-1821." En *'Negros de la patria': los afrodescendientes en las luchas por la independencia en el antiguo Virreinato del Río de la Plata*, editado por Silvia C. Mallo, Ignacio Tellesca y Alex Borucki, 131-148. Buenos Aires: Editorial SB, 2010.

Matison, Sumner Eliot. "Manumission by Purchase." *Journal of Negro History* 33 (abril 1948): 146-167.

Matthews, Gelien. *Caribbean Slave Revolts and the British Abolitionist Movement*. Baton Rouge: Louisiana State University Press, 2006.

Mattos, Hebe. "'Black Troops' and Hierarchies of Color in the Portuguese Atlantic World: The Case of Henrique Dias and His Black Regiment." *Luso-Brazilian Review* 45, no. 1 (2008): 6-29.

Mattoso, Kátia M. de Queirós. *Ser escravo no Brasil*. São Paulo: Brasiliense, 1982.

Maxwell, Clarence. "Enslaved Merchants, Enslaved Merchant-Mariners, and the Bermuda Conspiracy of 1761." *Early American Studies* 7 (primavera de 2009): 140-178.

McFarlane, Anthony. "Autoridad y poder en Cartagena: La herencia de los Austrias." En *Cartagena de Indias en el siglo XVIII*, editado por Haroldo Calvo Stevenson y Adolfo Meisel Roca, 221-259. Bogotá: Banco de la República, 2005.

McFarlane, Anthony. "*Cimarrones* and *Palenques*: Runaways and Resistance in Colonial Colombia." *Slavery and Abolition* 6, no. 3 (1985): 131-151.

McGraw, Jason. *The Work of Recognition. Caribbean Colombia and the Postemancipation Struggle for Citizenship*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2014.

McKinley, Michelle A. *Fractional Freedoms: Slavery, Intimacy, and Legal Mobilization in Colonial Lima, 1600-1700*. New York: Cambridge University Press, 2016.

McManus, Edgar J. *Black Bondage in the North*. Syracuse: Syracuse University Press, 1973.

Meadows, R. Darrell. "Engineering Exile: Social Networks and the French Atlantic Community, 1789-1809." *French Historical Studies* 23 (invierno de 2000): 67-102.

Melish, Joanne Pope. *Disowning Slavery: Gradual Emancipation and "Race" in New England, 1780-1860*. Ithaca: Cornell University Press, 1998.

Menschel, David. "Abolition without Deliverance: The Law of Connecticut Slavery 1784-1848." *Yale Law Journal Online* 111 (septiembre 2001): 183-222.

Miller, Christopher L. *The French Atlantic Triangle: Literature and Culture of the Slave Trade*. Durham: Duke University Press, 2008.

Miller, Joseph C. *Way of Death. Merchant Capitalism and the Angolan Slave Trade, 1730-1830*. London: J. Currey, 1988.

Millett, Nathaniel. *The Maroons of Prospect Bluff and Their Quest for Freedom in the Atlantic World*. Gainesville: University Press of Florida, 2013.

Moitt, Bernard. *Women and Slavery in the French Antilles, 1635-1848*. Bloomington: Indiana University Press, 2001.

Moomou, Jean. *Le monde des marrons du Maroni en Guyane (1772-1860). La naissance d'un peuple: les Boni*. Matoury, Guyana francesa: Ibis Rouge, 2004.

Moomou, Jean, y miembros de la APFOM (dir.). *Sociétés marronnes des Amériques: mémoires, patrimoines, identités et histoire: du XVIIe au XXe siècles: actes du colloque, Saint-Laurent-du-Maroni, Guyane française (18-23 novembre 2013)*. Matoury, Guyana francesa: Ibis Rouge, 2015.

Moore, Christopher. "A World of Possibilities: Slavery and Freedom in Dutch New Amsterdam." En *Slavery in New York*, editado por Leslie Harris e Ira Berlin, 29-56. New York: New Press, 2005.

Moreno Fraginals, Manuel. "Aportes culturales y deculturación". En Manuel Moreno Fraginals, ed., *África en América Latina*, 13-33. Mexico: Siglo Veintiuno Editores, 1977.

Moreno Fraginals, Manuel. *El ingenio. El complejo económico social cubano del azúcar*. 3 vols. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1978.

Morgan, Philip D. "The Cultural Implications of the Atlantic Slave Trade: African Regional Origins, American Destinations, and New World Developments." *Slavery and Abolition* 18, no. 1 (1997): 122-145.

Morris, Thomas D. *Southern Slavery and the Law, 1619-1860*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1999.

Moss, Simeon F. "The Persistence of Slavery and Involuntary Servitude in a Free State (1685-1866)." *Journal of Negro History* 35 (julio 1950): 289-314.

Moura, Clóvis. *Dicionário da escravidão negra no Brasil*; assessora de pesquisa Soraya Silva Moura. São Paulo: Editora da Universidade de São Paulo, 2004.

Moura, Clóvis. *Os quilombos e a rebelião negra*. São Paulo: Brasiliense, 1981.

Moya Pons, Frank. "Casos de continuidad y ruptura: La revolución haitiana en Santo Domingo (1789-1809)." En *La crisis estructural de las sociedades implantadas, vol. 5 de Historia General de América Latina*, editado por Germán Carrera Damas y John V. Lombardi, 137-161. Madrid: Trotta y Paris: UNESCO, 1999.

Mullin, Gerald W., *Flight and Rebellion. Slave Resistance in Eighteenth-Century Virginia*. New York: Oxford University Press, 1972.

Mullin, Michael. *Africa in America. Slave Acculturation and Resistance in the American South and the British Caribbean, 1736-1831*. Urbana: University of Illinois Press, 1992.

Nash, Gary B. *Race and Revolution*. Madison: Madison House, 1990.

Nash, Gary B. *Race, Class, and Politics. Essays on American Colonial and Revolutionary Society*. Urbana: University of Illinois Press, 1986.

Nash, Gary B. y Jean R. Soderlund. *Freedom by Degrees. Emancipation in Pennsylvania and Its Aftermath*. New York: Oxford University Press, 1991.

Navarrete, María Cristina. *Cimarrones y palenques en el siglo XVII*. Cali: Editorial Facultad de Humanidades, 2003.

Navarrete, María Cristina. "Los palenques, reductos libertarios en la sociedad colonial, siglos XVI y XVII." *Memoria y Sociedad* (Bogotá) 7, no. 14 (abril 2003), 77-96.

Newton, Melanie J. "The King v. Robert James, a Slave, for Rape: Inequality, Gender, and British Slave Amelioration, 1823-1834." *Comparative Studies in Society and History* 47 (julio 2005): 583-610.

Nicholls, Michael L. "Strangers Setting among Us: The Sources and Challenge of the Urban Free Black Population of Early Virginia." *Virginia Magazine of History and Biography* 108, no. 2 (2000): 155-179.

Nicholls, Michael L. *Whispers of Rebellion. Narrating Gabriel's Conspiracy*. Charlottesville: University of Virginia Press, 2012.

Nishida, Mieko. "Manumission and Ethnicity in Urban Slavery: Salvador, Brazil, 1808-1888." *Hispanic American Historical Review* 73 (agosto 1993): 361-391.

Nistal Moret, Benjamín, ed. *Esclavos prófugos y cimarrones. Puerto Rico, 1770-1870*. Río Piedras: Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 1984.

Ogle, Gene E. "Slaves of Justice: Saint Domingue's Executioners and the Production of Shame." *Historical Reflections / Réflexions historiques* 29 (verano de 2003): 275-293.

Oostindie, Gert. "Same Old Song? Perspectives on Slavery and Slaves in Suriname and Curaçao." En *Fifty Years Later: Antislavery, Capitalism and Modernity in the Dutch Orbit*, editado por Gert Oostindie, 143-78. Leiden: KITLV Press, 1995.

Oostindie, Gert. "Slave Resistance, Colour Lines, and the Impact of the French and Haitian Revolutions in Curaçao." En *Curaçao in the Age of Revolutions, 1795-1800*, editado por Wim Klooster y Gert Oostindie, 1-22. Leiden: KITLV Press, 2011.

Ortiz, Fernando. *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar (advertencia de sus contrastes agrarios, económicos, históricos y sociales, su etnografía y su transculturación)*. La Habana: J. Montero, 1940.

Oudin-Bastide, Caroline. *Travail, capitalisme et société esclavagiste: Guadeloupe, Martinique (XVIIe-XIXe siècle)*. Paris: La Découverte, 2005.

Paiva, Eduardo França. "Revendications de droits coutumiers et actions en justice des esclaves dans le Minas Gerais du XVIIIe siècle." En *Brésil: Quatre siècles d'esclavage: Nouvelles questions, nouvelles recherches*, editado por Jean Hébrard, 115-31. Paris: Karthala, 2012.

Palmer, Colin A. *Slaves of the White God. Blacks in Mexico, 1570-1650*. Cambridge: Harvard University Press, 1976.

Palmié, Stephan. *Wizards and Scientists. Explorations in Afro-Cuban Modernity and Tradition*. Durham: Duke University Press, 2002.

Paquette, Robert L. "'A Horde of Brigands?': The Great Louisiana Slave Revolt of 1811 Reconsidered." *Historical Reflections / Réflexions historiques* 35 (primavera de 2009): 72-96.

Paquette, Robert L. *Sugar Is Made with Blood. The Conspiracy of La Escalera and the Conflict between Empires over Slavery in Cuba*. Middletown, Connecticut: Wesleyan University Press, 1988.

Paton, Diana. "Punishment, Crime, and the Bodies of Slaves in Eighteenth-Century Jamaica," *Journal of Social History* 34 (verano de 2001): 923-954.

Patterson, Orlando. "Slavery and Slave Revolts: A Sociohistorical Analysis of the First Maroon War, 1665-1740." En *Maroon Societies. Rebel Slave Communities in the Americas*, editado por Richard Price, 246-92. Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1987.

Patterson, Orlando. *The Sociology of Slavery. An Analysis of the Origins, Development and Structure of Negro Slave Society in Jamaica*. 1967; reimp., Rutherford, New Jersey: Fairleigh Dickinson University Press, 1975.

Pearson, Edward A. "'A Countryside Full of Flames': A Reconsideration of the Stono Rebellion and Slave Rebelliousness in the Early Eighteenth-Century South Carolina Lowcountry." *Slavery and Abolition* 17, no. 2 (1996): 22-50.

Pérez, Louis A. Jr. *To Die in Cuba. Suicide and Society*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2005.

Pérotin-Dumon, Anne. "Économie corsaire et droit de neutralité: Les ports de la Guadeloupe pendant les guerres révolutionnaires." En *L'Espace caraïbe: Théâtre et enjeu des luttes impériales, XVIe-XIXe siècles*, editado por Paul Butel y Bernard Lavallé, 239-75. Bordeaux: Maison des Pays Ibériques, 1996.

Pérotin-Dumon, Anne. "Free Coloreds and Slaves in Revolutionary Guadeloupe. Politics and Political Consciousness." En *The Lesser Antilles in the Age of European Expansion*, editado por Robert L. Paquette y Stanley L. Engerman, 259-79. Gainesville: University Press of Florida, 1996.

Phaf-Rheinberger, Ineke. "L'impossibilité d'une révolution caraïbéenne: Curaçao et Venezuela, 1795-1817." En *Haïti 1804. Lumières et ténèbres. Impact et résonance d'une révolution*, editado por Léon-François Hoffmann, Frauke Gewecke y Ulrich Fleischmann, 125-41. Madrid: Iberoamericana y Frankfurt am Main: Vervuert, 2008.

Phelan, John Leddy. *The People and the King. The Comunero Revolution in Colombia, 1781*. Madison: University of Wisconsin Press, 1978.

Piecuch, Jim. *Three Peoples, One King. Loyalists, Indians, and Slaves in the Revolutionary South, 1775-1782*. Columbia: University of South Carolina Press, 2008.

Piquet, Jean-Daniel. *L'Émancipation des Noirs dans la Révolution française (1789-1795)*. Paris: Karthala, 2002.

Pita Pico, Roger. *El reclutamiento de negros esclavos durante la independencia de Colombia 1810-1825*. Bogotá: Academia Colombiana de Historia, 2012.

Postma, Johannes M. *The Dutch in the Atlantic Slave Trade, 1600-1815*. Cambridge: Cambridge University Press, 1990.

Price, Richard. *The Guiana Maroons. A Historical and Bibliographical Introduction*. Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1976.

Price, Richard. "Introduction: Maroons and Their Communities." En *Maroon Societies. Rebel Slave Communities in the Americas*, editado por Richard Price, 1-30. Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1987.

Price, Richard, ed. *Maroon Societies. Rebel Slave Communities in the Americas*. Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1987.

Price, Richard, y Sally Price. "Introduction." En *Stedman's Surinam. Life in an Eighteenth-Century Slave Society*, editado por Richard Price y Sally Price, XI-LXXV. Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1992.

Pybus, Cassandra. *Epic Journeys of Freedom. Runaway Slaves of the American Revolution and Their Global Quest for Liberty*. Boston: Beacon, 2006.

Pybus, Cassandra. "Jefferson's Faulty Math: The Question of Slave Defections in the American Revolution." *William and Mary Quarterly* 62 (abril 2005): 3-64.

Quarles, Benjamin. *The Negro in the American Revolution*. 1961; Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2012.

Rael, Patrick. "The Long Death of Slavery." En *Slavery in New York*, editado por Leslie Harris e Ira Berlin, 111-46. New York: New Press, 2005.

Régent, Frédéric. *Esclavage, métissage, liberté. La Révolution française en Guadeloupe, 1789-1802*. Paris: Grasset, 2004.

Régent, Frédéric. *La France et ses esclaves: De la colonisation aux abolitions (1620-1848)*. Paris: Grasset, 2007.

Régent, Frédéric, Gilda Gonfier, y Bruno Maillard. *Libres et sans fers: Paroles d'esclaves français : Guadeloupe, Île Bourbon (Réunion), Martinique*. Paris: Fayard, 2015.

Reid-Vazquez, Michele. *The Year of the Lash: Free People of Color in Cuba and the Nineteenth-Century Atlantic World*. Athens: The University of Georgia Press, 2011.

Reis, João José. "Quilombos e revoltas escravas no Brasil." *Revista da Universidade de São Paulo* 14 (diciembre 1995-febrero 1996): 14-39. <www.usp.br/revistausp/28/02-jreis.pdf>.

Reis, João José. *Slave Rebellion in Brazil. The Muslim Uprising of 1835 in Bahia*, traducido por Arthur Brakel. Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1993.

Reis, João José y Flávio dos Santos Gomes. "Repercussions of the Haitian Revolution in Brazil, 1791-1850." En *The World of the Haitian Revolution*, editado por David Patrick Geggus y Norman Fiering, 284-313. Bloomington: Indiana University Press, 2009.

Restall, Matthew. "Black Conquistadors: Armed Africans in Colonial Spanish America." *The Americas* 57 (octubre 2000): 171-205.

Restall, Matthew. *The Black Middle. Africans, Mayas, and Spaniards in Colonial Yucatan*. Stanford: Stanford University Press, 2009.

Ringrose, David R. *Spain, Europe, and the "Spanish Miracle", 1700-1900*. Cambridge: Cambridge University Press, 1996.

Rivera, Enrique Salvador. "Social Control on the Eve of a Slave Revolt. The Case of Coro, 1795." Master's thesis, University of Maryland, College Park, 2013. <http://drum.lib.umd.edu/bitstream/handle/1903/14152/Rivera_umd_0117N_14289.pdf?sequence=1&isAllowed=y>.

Rivers, Larry Eugene. *Rebels and Runaways. Slave Resistance in Nineteenth-Century Florida*. Urbana: University of Illinois Press, 2012.

Roberts, Justin. *Slavery and the Enlightenment in the British Atlantic, 1750-1807*. New York: Cambridge University Press, 2013.

Robertson, David M. *Denmark Vesey. The Buried History of America's Largest Slave Rebellion and the Man Who Led It*. New York: Alfred A. Knopf, 1999.

Rosenwaike, Ira. *Population History of New York City*. Syracuse: Syracuse University Press, 1972.

Rupert, Linda M. "Inter-Colonial Networks and Revolutionary Ferment, Curaçao and Tierra Firme." En *Curaçao in the Age of Revolutions, 1795-1800*, editado por Wim Klooster y Gert Oostindie, 75-96. Leiden: KITLV Press, 2011.

Rupert, Linda M. "'Seeking the Water of Baptism': Fugitive Slaves and Imperial Jurisdiction in the Early Modern Caribbean." En *Legal Pluralism and Empires, 1500-1850*, editado por Lauren Benton y Richard J. Ross, 199-231. New York: New York University Press, 2013.

Russell-Wood, A. J. R. *Slavery and Freedom in Colonial Brazil*. 1982; reimp., Oxford: Oneworld, 2002.

Sáez, José Luis. *La iglesia y el negro esclavo en Santo Domingo: Una historia de tres siglos*. Santo Domingo, República Dominicana: Patronato de la Ciudad Colonial de Santo Domingo, 1994.

Saint-Louis, Vertus. "Les termes de citoyen et africain pendant la révolution de Saint-Domingue." En *L'Insurrection des esclaves de Saint-Domingue (22-23 août 1791). Actes de la table ronde internationale de Port-au-Prince (8 au 10 décembre 1997)*, editado por Laënnec Hurbon, 75-95. Paris: Karthala, 2000.

Sainton, Jean-Pierre, y Lydie Ho-Fong-Choy Choucoutou. "Le processus d'occupation des Petites Antilles (du milieu du XVIe au début du XVIIe)." En *Histoire et civilisation de la Caraïbe (Guadeloupe, Martinique, Petites Antilles), vol. 1: Le temps des genèses, des origines à 1685*, editado por Jean-Pierre Sainton, Raymond Butin, Richard Château-Degat, Lydie Ho-Fong-Choy Choucoutou, y Georges B. Mauvois, 187-380. Paris: Maisonneuve & Larose, 2004.

Sanders, James E. *The Vanguard of the Atlantic World: Creating Modernity, Nation, and Democracy in Nineteenth-Century Latin America*. Durham: Duke University Press, 2014.

Saunders, A.C. de C.M. *A Social History of Black Slaves and Freedmen in Portugal, 1441-1555*. Cambridge: Cambridge University Press, 1982.

Schama, Simon. *Rough Crossings. Britain, the Slaves and the American Revolution*. London: BBC Books, 2005.

Schmidt-Nowara, Christopher. *Empire and Antislavery. Spain, Cuba, and Puerto Rico, 1833-1874*. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 1999.

Schuler, Monica. "Akan Slave Rebellions in the British Caribbean." 1970. Reimpreso en *Caribbean Women. An Anthology of Non-Fiction Writing, 1890-1980*, editado por Veronica Marie Gregs, 366-392. Notre Dame, Indiana: University of Notre Dame Press, 2005.

Schultz, Kirsten. *Tropical Versailles. Empire, Monarchy, and the Portuguese Royal Court in Rio de Janeiro, 1808-1821*. New York: Routledge, 2001.

Schwartz, Stuart B. "*Cantos* and *Quilombos*. A Hausa Rebellion in Bahia, 1814." En *Slaves, Subjects, and Subversives. Blacks in Colonial Latin*

America, editado por Jane G. Landers y Barry M. Robinson, 247-272. Albuquerque: University of New Mexico Press, 2006.

Schwartz, Stuart B. "The Manumission of Slaves in Colonial Brazil: Bahia, 1684-1745." *Hispanic American Historical Review* 54 (noviembre 1974): 603-665.

Schwartz, Stuart B. *Slaves, Peasants and Rebels. Reconsidering Brazilian Slavery*. Urbana: University of Illinois Press, 1996.

Schwartz, Stuart B. *Sugar Plantations in the Formation of Brazilian Society. Bahia, 1550-1835*. Cambridge: Cambridge University Press, 1985.

Scott, James C. *Domination and the Arts of Resistance. Hidden Transcripts*. New Haven: Yale University Press, 1990.

Scott, James C. *Weapons of the Weak. Everyday Forms of Peasant Resistance*. New Haven: Yale University Press, 1985.

Scott, Rebecca J. *Slave Emancipation in Cuba. The Transition to Free Labor, 1860-1899*. Princeton: Princeton University Press, 1985.

Sensbach, Jon F. *Rebecca's Revival. Creating Black Christianity in the Atlantic World*. Cambridge: Harvard University Press, 2005.

Sharp, William F. *Slavery on the Spanish Frontier. The Colombian Chocó, 1680-1810*. Norman: University of Oklahoma Press, 1976.

Sharples, Jason T. "Discovering Slave Conspiracies: New Fears of Rebellion and Old Paradigms of Plotting in Seventeenth-Century Barbados." *American Historical Review* 120 (junio 2015): 811-843.

Sharples, Jason T. "Hearing Whispers, Casting Shadows: Jailhouse Conversation and the Production of Knowledge during the Antigua Slave Conspiracy Investigation of 1736." En *Buried Lives. Incarcerated in Early America*, editado por Michele Lise Tarter y Richard Bell, 35-59. Athens: University of Georgia Press, 2012.

Sheridan, Richard B. *Doctors and Slaves. A Medical and Demographic History of Slavery in the British West Indies, 1680-1834*. Cambridge: Cambridge University Press, 1985.

Sidbury, James. *Ploughshares into Swords. Race, Rebellion, and Identity in Gabriel's Virginia*. Cambridge: Cambridge University Press, 1997.

Snyder, Jennifer K. "Revolutionary Repercussions: Loyalist Slaves in St Augustine and Beyond." En *The Loyal Atlantic. Remaking the British Atlantic in the Revolutionary Era*, editado por Jerry Bannister y Liam Riordan, 165-184. Toronto: University of Toronto Press, 2012.

Snyder, Terri L. *The Power to Die: Slavery and Suicide in British North America*. Chicago: University of Chicago Press, 2015.

Spence, Caroline Quarrier. "Ameliorating Empire. Slavery and Protection in the British Colonies, 1783-1865." Ph.D. diss., Harvard University, Faculty of Arts and Sciences, 2014. <http://dash.harvard.edu/bitstream/handle/1/13070043/Spence_gsas.harvard.inactive_0084L_11797.pdf>.

Spierenburg, Pieter. *The Spectacle of Suffering. Executions and the Evolution of Repression. From a Preindustrial Metropolis to the European Experience*. Cambridge: Cambridge University Press, 1984.

Stampp, Kenneth M. *The Peculiar Institution. Slavery in the Ante-Bellum South*. New York: Knopf, 1956.

Stein, Stanley J. *Vassouras: A Brazilian Coffee County, 1850-1900: The Roles of Planter and Slave in a Plantation Society*. Princeton, New Jersey: Princeton University Press, 1985.

Stipriaan, Alex van. *Surinaams contrast. Roofbouw en overleven in een Caraïbische plantagekolonie, 1750-1863*. Leiden: KITLV Uitgeverij, 1993.

Sweet, James H. "Manumission in Rio de Janeiro, 1749-1754: An African Perspective." *Slavery and Abolition* 24, no. 1 (2003): 54-70.

Sweet, James H. *Recreating Africa. Culture, Kinship, and Religion in the African-Portuguese World, 1441-1770*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2003.

Sweet, John Wood. "The Subject of the Slave Trade. Recent Currents in the Histories of the Atlantic, Great Britain, and West Africa." *Early American Studies* 7 (primavera de 2009): 1-45.

Tannenbaum, Frank. *Slave and Citizen. The Negro in the Americas*. New York: Vintage Books, 1946.

Tardieu, Jean-Pierre. *Cimarrones de Panamá. La forja de una identidad afroamericana en el siglo XVI*. Madrid: Iberoamericana; Frankfurt am Main: Vervuert, 2009.

Tavares, Luís Henrique Dias. *Da sedição de 1798 à revolta de 1824 na Bahia: Estudos sobre a sedição de 12 de agosto de 1798*. Salvador: EDUFBA y São Paulo: UNESP, 2003.

Taylor, Eric Robert. *If We Must Die: Shipboard Insurrections in the Era of the Atlantic Slave Trade*. Baton Rouge: Louisiana State University Press, 2006.

Taylor, Quintard. *In Search of the Racial Frontier. African Americans in the American West, 1528-1990*. New York: W. W. Norton, 1998.

Theobald, Mary Miley. "Slave Conspiracies in Colonial Virginia." *Colonial Williamsburg Journal* 28 (invierno de 2006): 26-31. <www.history.org/Foundation/journal/Winter05-06/conspiracy.cfm>.

Théodat, Jean-Marie. *Haïti-République dominicaine: Une île pour deux, 1804-1916*. Paris: Karthala, 2003.

Thésée, Françoise. "La révolte des esclaves du Carbet à la Martinique (octobre-novembre 1822)." *Revue Française d'Histoire d'Outre-Mer* 80 (cuarto trimestre de 1993): 551-584.

Thibaud, Clément. *Républiques en armes: Les armées de Bolívar dans les guerres d'indépendance du Venezuela et de la Colombie*. Rennes: Presses Universitaires de Rennes, 2006.

Thomas, Hugh. *Cuba, or, The Pursuit of Freedom*. 2da rev. ed., New York: Da Capo, 1998.

Thompson, Alvin O. *Flight to Freedom. African Runaways and Maroons in the Americas*. Kingston, Jamaica: University of the West Indies Press, 2006.

Thompson, Vincent Bakpetu. *The Making of the African Diaspora in the Americas: 1441-1900*. White Plains, New York: Longman, 1986.

Thomson, Sinclair. *We Alone Will Rule. Native Andean Politics in the Age of Insurgency*. Madison: University of Wisconsin Press, 2002.

Thornton, John K. *Africa and Africans in the Making of the Atlantic World, 1400-1680*. Cambridge: Cambridge University Press, 1992.

Thornton, John K. "'I Am the Subject of the King of Congo': African Political Ideology and the Haitian Revolution." *Journal of World History* 4 (otoño de 1993): 181-214.

Titus, Noel. *The Amelioration and Abolition of Slavery in Trinidad, 1812-1834: Experiments and Protests in a New Slave Colony*. Bloomington: AuthorHouse, 2009.

Tovar, Jorge A. "La manumisión en Colombia: 1821-1851. Un análisis cuantitativo." Documentos CEDE 004387, Universidad de los Andes-Centro de Estudios sobre Desarrollo Económico, noviembre 2007. <https://core.ac.uk/download/files/153/6325261.pdf>.

Townsend, Camilla. "'Half My Body Free, the Other Half Enslaved': The Politics of the Slaves of Guayaquil at the End of the Colonial Era," *Colonial Latin American Review*, vol. 7, no. 1, 1998, p. 105-128.

Trani, Lionel. *La Martinique napoléonienne, 1802-1809: Entre ségrégation, esclavage et intégration.* Prefacio de Bernard Gainot. Paris: Éditions SPM, 2014.

Trouillot, Michel-Rolph. *Haiti, State against Nation. The Origins and Legacy of Duvalierism*. New York: Monthly Review Press, 1990.

Trouillot, Michel-Rolph. *Silencing the Past: Power and the Production of History*. Boston: Beacon, 1995.

Turner, Mary. *Slaves and Missionaries. The Disintegration of Jamaican Slave Society, 1787-1834*. Urbana: University of Illinois Press, 1982.

Valencia Villa, Carlos Eduardo. *Alma en boca y huesos en costal. Una aproximación a los contrastes socio-económicos de la esclavitud, Santafé, Mariquita y Mompox, 1610-1660*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia, 2003.

Valim, Patrícia. "Corporação dos enteados - tensão, contestação e negociação política na Conjuração Baiana de 1798." Ph.D. diss., Universidade de São Paulo, 2012. <http://www.teses.usp.br/teses/disponiveis/8/8137/tde-02042013-115539/pt-br.php>.

Van Young, Eric. *The Other Rebellion. Popular Violence, Ideology, and the Mexican Struggle for Independence, 1810-1821*. Stanford: Stanford University Press, 2001.

Vidal, Cécile. "Africains et Européens au pays des Illinois durant la période française (1699-1765)." *French Colonial History* 3 (2003): 51-68.

Vidal, Cécile. "Church, Métissage, and the Language of Race in the Mississippi Colony during the French Period." En *Louisiana: Crossroads of the Atlantic World*, editado por Cécile Vidal, 125-46. Philadelphia: University of Pennsylvania Press, 2013.

Vignaux, Hélène. *Esclavage et rébellion: La construction sociale des Noirs et des mulâtres (Nouvelle-Grenade, XVIIe* siècle). Montpellier: Presses Universitaires de la Méditerranée, 2007.

Vincent, Ted. "The Blacks Who Freed Mexico." *Journal of Negro History* 9 (verano de 1994): 257-276.

Voelz, Peter Michael. *Slave and Soldier: The Military Impact of Blacks in the Colonial Americas*. New York: Garland, 1993.

Walvin, James. *The Zong: A Massacre, the Law and the End of Slavery*. New Haven: Yale University Press, 2011.

Webster, Jane. "The *Zong* in the Context of the Eighteenth-Century Slave Trade." *Journal of Legal History* 28:3 (diciembre 2007): 285-298.

Weiss, John M. *The Merikens. Free Black American Settlers in Trinidad, 1815-16*. London: McNish & Weiss, 2002.

White, Deborah Gray. *Ar'n't I a Woman? Female Slaves in the Plantation South*. New York: W. W. Norton, 1985.

Wiecek, William M. "The Statutory Law of Slavery and Race in the Thirteen Mainland Colonies of British America," *William and Mary Quarterly*, 3ra series, 34 (abril 1977): 258-280.

Williams, David. *I Freed Myself: African American Self-Emancipation in the Civil War Era*. New York: Cambridge University Press, 2014.

Williams, Eric E. *Capitalism and Slavery*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1944.

Winks, Robin W. *The Blacks in Canada. A History*. New Haven: Yale University Press, 1972.

Wong, Edlie L. *Neither Fugitive nor Free. Atlantic Slavery, Freedom Suits, and the Legal Culture of Travel*. New York: New York University Press, 2009.

Wood, Peter H. *Black Majority. Negroes in Colonial South Carolina, from 1670 through the Stono Rebellion*. New York: W. W. Norton, 1975.

Yoshpe, Harry B. "Record of Slave Manumissions in New York during the Colonial and Early National Periods." *Journal of Negro History* 26 (enero 1941): 78-107.

Zabin, Serena. *Dangerous Economies. Status and Commerce in Imperial New York*. Philadelphia: University of Pennsylvania Press, 2009.

Zeuske, Michael. "Historiography and Research Problems of Slavery and the Slave Trade in a Global-Historical Perspective." *International Review of Social History* 57 (abril 2012): 87-111.

Zeuske, Michael. "Two Stories of Gender and Slave Emancipation in Cienfuegos and Santa Clara, Central Cuba – Microhistorical Approaches to the Atlantic World." En *Gender and Slave Emancipation in the Atlantic World*, editado por Pamela Scully y Diana Paton, 181-98. Durham: Duke University Press, 2005.

Zuluaga R., Francisco U. *Guerrilla y sociedad en el Patía: Una relación entre clientelismo político y la insurgencia social*. Cali: Universidad del Valle, Facultad de Humanidades, 1993.

ÍNDICE DE GRÁFICOS E ILUSTRACIONES

Gráficos

Gráfico I.1. *Africanos esclavizados desembarcados en las Américas por región, 1501-1866* 32
Gráfico I.2. *Africanos esclavizados desembarcados en las Américas por año, 1501-1864* 34

Ilustraciones

Ilustración I.1. *Quilombo Buraco do Tatú, Salvador, Brasil, 1743-1763, anónimo*..... 85
Ilustración III.1. *Negros cristianos bozales de Guinea rezando. Felipe Guamán Poma de Ayala, Peru, 1615.* 93
Ilustración V.1. *Frontispicio del libro de Phillis Wheatley,* Poems on Various Subjects, *por Scipio Moorhead, 1773.* 157
Ilustración V.2. *Facsímil del certificado del Marqués de Lafayette recomendando a James Armistead Lafayette por sus servicios en el Ejército continental, con su retrato por John B. Martin, 1784*..... 174
Ilustración VI.1. *Incendio de Le Cap, 1793.* 201
Ilustración IX.1. *Despacho del protector de esclavos (Trinidad), por Richard Bridgens, 1838*..... 309
Ilustración IX.2. *Habitaciones de negros en Martinica, años 1820.* 314
Ilustración IX.3. *Negras vendedoras de angú, Brasil, ca. 1820.* 317
Ilustración X.1. *Horrible masacre en Virginia, 1831*..... 333
Ilustración X.2. *Esbozo de una bandera blandida por los rebeldes en Barbados, 1816.* 339
Ilustración X.3. *Represión de la insurrección en Demerara, 1823* 345
Ilustración X.4. *A los amigos de la emancipación de los negros* 352

ÍNDICE

Introducción 9

Primera parte
TERRITORIOS Y PERÍODOS

I *La trata y la esclavitud en las Américas* 29
Tendencias transcontinentales 29
El Perú y el Brasil: después de los amerindios, los africanos (1492-1650) 35
La plantación azucarera, nuevo modelo letal en el Caribe, el Brasil y América del Norte (1650-1775) 39
Algodón, azúcar y café, devoradores de esclavos en el sur de Estados Unidos, Cuba y Brasil (1775-1870) 44
De un sistema esclavista a otro: puntos de convergencia y divergencia 53

Segunda parte
DE LA CONQUISTA AL FINAL DE LA GUERRA DE LOS SIETE AÑOS (1492-1763)

II *El cimarronaje, un camino arriesgado pero posible hacia la libertad* 61
El cimarronaje, primera forma de sublevación contra la esclavitud 63
Palenques y quilombos irreductibles 68
Glorias y reveses del cimarronaje de gran escala en las Antillas azucareras 74
El cimarronaje internacional y la política de asilo de España ... 79
El cimarronaje y la colonización del territorio continental 81

III *Comprar la libertad y servir en el ejército, dos vías legales de liberación pero de acceso desigual* 89
La liberación planificada: comprar la libertad y emanciparse en la América ibérica 90

Hacia la interdicción de la manumisión
en los territorios británicos y neerlandeses 98
El Código Negro y las restricciones
a la manumisión en las colonias francesas 101
El servicio militar, otra manera de conquistar la libertad 107

IV *La conspiración y la revuelta,*
estrategias excepcionales 113
Crimen y castigo según la justicia colonial 114
Miedos y rumores antes de 1700: hacia la formación
de un escenario de complot de esclavos 118
Revueltas esporádicas a través del prisma
del escenario de complot de esclavos 123
Una orgía de fuego, de sangre y de torturas... 128
Las revueltas de Jamaica y Berbice a favor
de la guerra de los Siete Años 136
El terror esclavista, revelador
de la plena humanidad de los esclavizados 145

Tercera parte
LA ERA DE LAS INDEPENDENCIAS (1763-1825)

V *Los esclavos, actores en el proceso*
de independencia de Estados Unidos 151
Sermón, escritura, petición: nuevos medios
de propaganda para la libertad 153
La fuga de miles de esclavos con el llamado
del ejército británico 157
Los esclavizados de los territorios independentistas
lidian con las tensiones Norte-Sur 164
¿Quid de las promesas de libertad después
de la derrota de Gran Bretaña? 168
Libertad al horizonte para los esclavos
del Norte de Estados Unidos después de la independencia 175
Los esclavos del Sur frente al refuerzo de la esclavitud racial . 181

VI *De la revolución servil de Saint-Domingue*
a la nación negra de Haití 186
El primer choque: la insurrección masiva
en la Plaine du Nord 187
Enrolamiento militar y cimarronaje colectivo
en el oeste y el sur de la colonia 195

La lucha hasta la obtención de la abolición
de la esclavitud (1793-1794) ... 199
La resistencia de los *NOUVEAUX LIBRES*
a los reglamentos de trabajo ... 203
Las bandas cimarronas, en la vanguardia
de la victoria contra las tropas de Napoleón ... 207
El sentido de la libertad para los nuevos ciudadanos
de la nación negra de Haití ... 212

VII *Las repercusiones de la Revolución haitiana* ... 217
Los esclavos de las colonias francesas
en el torbellino de la Revolución haitiana ... 218
Los *NOUVEAUX LIBRES* de Guadaloupe y Guyana
en la lucha contra la restauración de la esclavitud ... 226
La gran revuelta de los esclavos de Curazao en 1795 ... 230
El Código Negro español de 1789,
una reforma rápidamente olvidada ... 232
El impacto de Saint-Domingue en las colonias españolas ... 236
La conspiración de Gabriel Prosser y la revuelta de Luisiana,
dos movimientos sin lazo con Saint-Domingue ... 245
Los esclavos de Brasil y de las colonias británicas
al margen de la revuelta de Saint-Domingue ... 251
El viraje decisivo de la Revolución haitiana ... 255

VII *Las guerras de independencia de la América ibérica:*
nuevas oportunidades de liberación ... 258
El monarca, ¿protector de los esclavos
contra los amos colonos? ... 258
Liberación de esclavos en México insurrecto ... 260
Los esclavos de Venezuela en busca de libertad
al servicio del rey de España ... 263
Simón Bolívar y la esclavitud ... 266
Reclutamiento y manumisión en el Río de la Plata ... 272
Complots y revueltas de esclavos en el Caribe fiel a España ... 280

Cuarta parte
ENTRE ESCLAVISMO
Y ABOLICIONISMO (1800-1838)

IX *El cimarronaje y la compra de libertad, estrategias*
siempre reinventadas ... 289

Huir, una hazaña cada vez más difícil
en el sur de Estados Unidos 290
Continuidad y reinvención del cimarronaje
en el Caribe y en América del Sur 294
La manumisión en Estados Unidos: del Norte gradualmente
abolicionista al Sur firmemente esclavista 299
Emanciparse para acelerar la abolición
en las repúblicas hispanófonas 303
La manumisión, de su prohibición a su fomento
en las colonias británicas, neerlandesas y francesas 307
La compra de libertad frente
a la trata negrera en Cuba y Brasil 315

X *Revueltas y abolicionismo* 321
Revueltas aisladas en las Antillas francesas y en Brasil 321
De la conspiración de Denmark Vesey a la revuelta
de Nat Turner en el sur de Estados Unidos 328
La revuelta de 1816 en Barbados,
"un esfuerzo por cumplir con el deber" 335
El levantamiento de los "hermanos en Jesucristo"
en Demerara (1823) 342
La rebelión bautista de 1831-1832 en Jamaica 349
La libertad gracias a la dinámica de las revueltas serviles
y del movimiento abolicionista 355

Epílogo (1838-1888) 359

Bibliografía 375

Índice de gráficos e ilustraciones 409